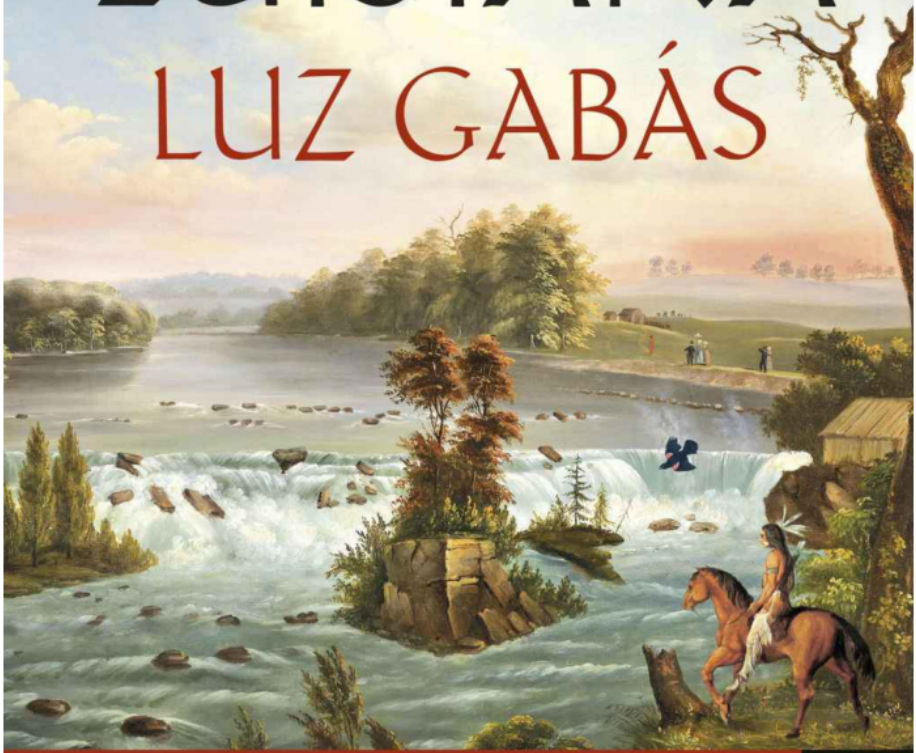
LEJOS DE LUISIANA

LUZ GABÁS



PREMIO PLANETA 2022

AE & I

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Premio Planeta 2022
Dedicatoria
Cita
Luisiana en el último tercio del siglo XVIII
El corazón de Ishcate nunca había latido...
Primera parte. Curso alto
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15

Segunda parte. Curso medio
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20

21
22
23
24
25
Tercera parte. Curso bajo
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
Cuarta parte. Mar
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
Nota de la autora

Agradecimientos
Bibliografía
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Después de años de colonización, la familia Girard acepta la controvertida decisión de su país, Francia, de ceder a España en 1763 parte de las indómitas tierras del Misisipi; sin embargo, sufrirá las consecuencias de las rebeliones de sus compatriotas contra los españoles, la guerra de norteamericanos contra ingleses por la independencia de los Estados Unidos y la lucha desesperada de los nativos indios por la supervivencia de sus pueblos. En unos tiempos tan convulsos, Suzette Girard e Ishcate, indio de la tribu kaskaskia, librarán su propia batalla: preservar su amor de las amenazas del mundo que les ha tocado vivir. Todo ello conforma una novela cautivadora y monumental que atraviesa las cuatro décadas en las que España poseyó las legendarias tierras de Luisiana.

Lejos de Luisiana , ganadora del Premio Planeta 2022, es una novela magistral y un gran fresco histórico sobre la aventura de España en el corazón de Norteamérica.

Lejos de Luisiana

Luz Gabás

Premio Planeta 2022

Planeta

Esta novela obtuvo el Premio Planeta 2022, concedido por el siguiente jurado: José Manuel Blecua, Fernando Delgado, Juan Eslava Galán, Pere Gimferrer, Carmen Posadas, Rosa Regàs y Belén López Celada, que actuó como secretaria con voto.

Para mis hijos, que se embarcan ahora en una nueva aventura de su vida; y para José Español Fauquié, mi río.
Y para Ángel Corvinos Suárez, in memoriam.

Ningún río puede regresar a su fuente; sin embargo, todos los ríos deben tener un comienzo.

P ROVERBIO DE LOS INDIOS NORTEAMERICANOS

En silencio escuchaban el susurro del agua, que para ellos ya no era la corriente, sino la voz de la vida, de la existencia, de lo que siempre será.

H ERMAN H ESSE , *Siddartha*
(Capítulo IX, «El Barquero»)

LUISIANA EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XVIII

LOS MIAMI
y OTRAS TRIBUS
RÍO MISISIPI
RÍO ILLINOIS
N
RÍO WABACHE
VINCENNES
SAINT LOUIS
CAHOKIA
RÍO MISURI
RÍO KASKASKIA
FUERTE DE CHARTRES
SAINTE GENEVIÉVE
KASKASKIA
RÍO OHIO
TERRITORIO SHAWNEE
TERRITORIO OSAGE
MISISIPI
RÍO BLANCO
TERRITORIO CHICKASAW
ALDEA QUAPAW
KAPPA
FUERTE ARKANSAS
(CARLOS III)
RÍO ARKANSAS
LUISIANA
RÍO
NATCHEZ
(FUERTE ROSALIE)
TERRITORIO CHOCTAW
MOBILA
POINTE COUPÉE
BATON ROUGE
MANCHAC
LAGO PONTCHARTRAIN
PENSACOLA
NUEVA ORLEANS
COSTA DE LOS ALEMANES
PLACA MINAS
BALIZE
GOLFO DE MÉXICO

El corazón de Ishcate nunca había latido con la intensidad, casi dolorosa, de esos momentos. Percibía cada palpitación percutiendo contra el pecho, convertido de repente en la tensa piel de un tambor. En otras ocasiones, al seguir a sus hermanos mayores en sus correrías, había sentido una mezcla de excitación y miedo, pero ahora era distinto; ahora dominaba la expectativa, la emoción de que algo iba a cambiar en su vida para siempre, o eso le habían contado.

Lo único que sabía de lo que tenía por delante era que otros muchachos como él habían pasado por lo mismo y ninguno había desaparecido ni había perdido la cabeza. Se juró a sí mismo que él tampoco fallaría.

Siguió alerta los pasos de su padre hasta que se detuvo en un pequeño claro, ante un enorme cedro. Como la mayoría de los hombres de su pueblo, Couroway era de mediana altura, con anchos hombros, cintura estrecha, cabello oscuro largo, piel curtida y músculos marcados por una vida en continuo movimiento por las tierras del Illinois. Que sus tres hijos —sobre todo Ishcate— lo sobrepasaran en altura lo enorgullecía, pues lo tomaba como una prueba de que Keešihiwia, el creador, aún brindaba su favor a los kaskaskia de sangre pura, aún deseaba que su familia prosperara.

Couroway le indicó un tocón en el que sentarse e Ishcate obedeció, dispuesto a escuchar en qué consistía ese ritual del que nada sabía salvo su existencia.

—Como hizo mi padre conmigo y yo con tus hermanos —dijo Couroway en tono solemne—, te entrego hoy a la noche del bosque, hijo mío, *niniicaanhsa* , para que comprendas quién eres y quién serás. Mañana nada será igual para ti.

Ishcate asintió con un gesto leve, aunque un tanto decepcionado. Así que esa era la gran prueba, pensó. Pasar la noche en el bosque con su padre.

Couroway liberó una piel de cabrito que colgaba de su cinturón.

—No debes valerte del sentido de la vista —añadió mientras le cubría los ojos con la delicada piel—. El Gran Espíritu sabrá si lo engañas.

Pasar la noche en el bosque con su padre, con los ojos vendados...

Notó una palmadita cariñosa en el hombro y oyó de nuevo a su padre:

—*Šaaye.* Adiós. Volveré al alba.

Pasar la noche en el bosque con los ojos vendados...

Solo.

Ishcate sintió ahora un escalofrío.

No se tenía por un cobarde, pero de pronto imaginó las sombras que la luna llena proyectaba en el bosque dibujando formas retorcidas y, en cuanto cesaron los suaves crujidos de las hojas caídas bajo las pisadas de su padre —en cuanto se supo solo—, comenzó a echar de menos el familiar y alegre titar de los pavos, el gruir de las grullas, los graznidos de los cisnes y el resoplar de los venados en ese denso y grave silencio nocturno roto por esporádicos ruiditos desconocidos y amenazantes.

Aguzó el oído. De día era capaz de reconocer los sonidos de todos los animales del bosque... Bramidos, aullidos, chillidos, gruñidos, zumbidos. Búfalos, lobos, osos, águilas, insectos. Pero ahora, ¿cómo sabría si ese chasquido pertenecía a una ramita quebrada por el paso sigiloso de un oso? ¿Y qué era ese misterioso zapateo? Retumbaba demasiado como para provenir de las patas traseras de un conejo. ¿Cómo podría defenderse si no veía por dónde llegaba el enemigo o el camino para huir?

Un sudor frío le cubría el cuerpo.

Se puso de pie y avanzó unos pasos con las manos extendidas en dirección al cedro. Acarició la corteza rugosa y aspiró el fuerte aroma que emanaba de ella. No podía quitarse la venda, pero su padre nada había dicho acerca de subirse a un árbol. Alzó los brazos hasta que tocó una rama y se colgó de ella para auparse a su resguardo. Era ágil y fuerte. A sus catorce inviernos pasaba los días corriendo por los bosques y montes cercanos, trepando árboles y remando en canoas. Con cuidado, se deslizó hasta dar con la espalda en el tronco. No estaba a mucha altura del suelo, pero se había quitado de encima la posible amenaza de un buen número de depredadores.

Sin embargo, la tranquilidad duró poco.

Nada podría hacer si lo atacaba un indio de una tribu enemiga: un iroqués, un chickasaw, un fox...

¿Y qué iba a hacer ahí un hombre en medio de la noche?,

argumentó para sí. Que él supiera, sus enemigos no recorrían los bosques bajo las estrellas para cazar a jóvenes inmersos en rituales.

Esbozó una sonrisa. Ignoraba cuánto tiempo había pasado pendiente de los sonidos de la naturaleza, pero seguía vivo y cada vez más tranquilo. Llevó la mano al collar de cuentas de colores y huesecillos, el amuleto que le había regalado su madre cuando era un niño para protegerlo de...

Maci-manetoowa. Los espíritus malignos.

Voló a su recuerdo aquella historia que había escuchado a los ancianos de la aldea: la del gran cazador que se perdió en el bosque y tuvo que alimentarse de carne humana, y como castigo, los dioses lo convirtieron en un monstruo que se alimentaba de los corazones de quienes encontraba en su camino.

Oyó entonces su nombre susurrado por el súbito viento entre las copas de los árboles cercanos.

Ish-ca-te...

Se llevó la mano al corazón, que volvía a latir desbocado, ahora por el terror. Aun con los ojos vendados, veía ante sí al espíritu demoniaco que podía darle caza o poseerlo durante el sueño. Era un ser deforme con garras y dientes afilados.

Corre... , le repetía entre horribles jadeos.

«No lo haré. No me moveré de aquí.»

El viento sopló con más fuerza, alborotando su largo cabello negro, obligándolo a girarse y a abrazarse con fuerza al tronco del árbol para no perder el equilibrio.

¡Libera tus ojos! , insistía el monstruo. *¡Salta y huye a casa!*

Ishcate añoró la seguridad de la cabaña de su familia, hecha con esteras de juncos cosidos bien juntos. Su madre habría apagado las últimas brasas del fuego y preparado los lechos con las finas pieles usadas para las noches de verano. Él era rápido, más que ninguno de sus hermanos: podría estar allí en muy poco tiempo.

«¡No!»

Negó con la cabeza para apartar las tentaciones del diablo, imaginado ahora —según las enseñanzas del padre Meurin— con una larga cola terminada en punta, cuernos retorcidos y un tridente. Rezó entonces al Gran Espíritu en su lengua, tal como le habían enseñado sus padres y, por si acaso, también al Dios cristiano en las pocas frases que sabía en francés. El padre Meurin dirigía la misión y, además de

enseñar agricultura a los indios, se empeñaba en que aprendieran la religión de los franceses y fueran a la iglesia. En las celebraciones religiosas cantaban parte de los salmos en el idioma indio y parte en una lengua que los franceses llamaban «latín». Se persignó. *Awiinsoonimenki oohsima, akwihsima, neehi waahsee-manetoowa.* En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pronto se le acabaron las estrofas.

Para alejar sus pensamientos de la oscuridad, evocó a sus ancestros, porque la sangre que corría por sus venas era también la de ellos.

Él era Ishcate de los kaskaskia, hijo del jefe Couroway, nieto del jefe Keemawassaw, hermano de Maughquayah y de Kicounaisa.

Vivía en el país de los illinois, como las tribus de los peoria, cahokia, michigamea, moingwena y tamaroa, con quienes compartía idioma y tradiciones. Su aldea estaba en una gran llanura en la orilla del río Kaskaskia que daba nombre a los suyos, a corta distancia de su tranquila desembocadura en el gran Misisipi, en su lado este. Desde donde ahora estaba, podía oír el rumor de su corriente, acompañándolo, y se sintió menos solo. Aquella era su tierra, su espacio.

Cuando abría los ojos cada mañana, corría a lavarse en el río. Hasta hacía poco, jugaba luego con sus amigos y se entretenía viendo cómo su madre y las otras mujeres curtían pieles o cocinaban; ahora, cada vez con mayor frecuencia, sus hermanos le permitían acompañarlos en alguna partida de caza por las tierras cercanas a la aldea.

Uno de sus pasatiempos favoritos era ir a la Kaskaskia francesa. En tiempos pasados, solo había una Kaskaskia, en la que vivían juntos misioneros, comerciantes de pieles y granjeros, muy cerca de la tribu india en la que los franceses buscaban a las mujeres con las que casarse. Para evitar conflictos entre unos y otros en la creciente comunidad, un comandante francés la había dividido en dos, pero ambos poblados seguían estando a poca distancia, a apenas un rato a caballo y menos aún en canoa. La Kaskaskia francesa, con su variedad de habitantes franceses, indios, mestizos y esclavos negros, era un lugar muy entretenido. A Ishcate le encantaba asistir al faenar de los hombres que cargaban y descargaban mercancías de los barcos fondeados a las orillas del río. Su familia y sus conocidos trocaban

caballos, grasa de oso, sebo, carne de búfalo salada, pieles y cuero, y volvían a casa con trigo, hortalizas, frutas, cuchillos, hachas, ollas y sal de las salinas al este del Misisipi.

Aunque él jamás había salido del exuberante territorio de ríos y arroyos, espesos bosques y colinas frondosas de las tierras del Illinois, dudaba que existiera otro lugar con la hermosura y riqueza de las praderas cercanas a Kaskaskia, donde pacían los bueyes y las vacas de los granjeros, y de las lejanas, donde corrían grandes manadas de búfalos, cabras salvajes, ciervos y venados y multitud de aves engordaban gracias a la avena silvestre.

Esa maravillosa tierra no podía dar miedo ni de día ni de noche. Inspiró hondo para sobreponerse.

Si a algo o a alguien debía temer no era ni a los espíritus ni a los seres que reptaban por la noche, sino a los sioux del noroeste, los iroqueses del este, los fox del norte y los cherokee y chickasaw del sur.

Los sioux habían expulsado a sus antepasados de sus tierras originales cerca de los Grandes Lagos. Los iroqueses habían destrozado Kaskaskia y matado a muchos de su tribu en el pasado; los fox también, pero indios y franceses juntos los habían echado. Los chickasaw eran pocos, pero muy intrépidos; con los cherokee, habían atacado el país de los illinois durante la última guerra entre europeos del lado de sus amigos ingleses.

Ah, los ingleses. A esos sí que había que temerlos.

Su padre le había repetido cientos de veces que los enemigos de los franceses también eran enemigos de los kaskaskia.

Sintió una súbita desazón. Hasta esa larga noche de soledad no había reparado en la reciente preocupación de Couroway.

¿Qué pasaría con Kaskaskia, ahora que los ingleses habían ganado la última guerra contra los franceses en América del Norte?

¿Debería preocuparse él también? Su corazón era indio, pero como súbdito de ese lejano lugar llamado Francia...

Recordó otras palabras de su padre y corrigió su pensamiento.

Los kaskaskia no eran súbditos de nadie. En todo caso, aliados. Esos territorios les pertenecían. Podían trasladarse libremente y elegir ser amigos de quienes quisieran.

Le costaba comprender el concepto en términos generales, pero le gustaba la cuestión específica de la libertad. Como sus hermanos, sería libre para disfrutar de las largas jornadas de caza en verano, para

convertirse en un buen guerrero y luchar contra los enemigos de su pueblo y luego para casarse y fundar su propia familia... En todo caso, para esto último todavía faltaba mucho. Sus hermanos sí se fijaban en las jóvenes de la tribu —se unían a ellas ante los fuegos, intercambiaban risas y miradas—, pero a él le daba vergüenza responder siquiera a una sonrisa. A su edad, las mujeres de la tribu eran criaturas cercanas y al tiempo tan lejanas como las montañas que perfilaban el horizonte más allá del río. En sus actuales circunstancias de soledad, se permitió dejar volar la imaginación. ¿Cómo sería su esposa? India, desde luego, con el cabello oscuro y las facciones definidas. Francesa jamás, eran demasiado flacas y flojas.

Algo se posó en su muslo y dio un respingo.

—*Iiyoowe!* —exclamó con miedo.

¿Iba a atemorizarlo una hoja seca o un simple insecto?, se recriminó. El sonido estridente que oyó enseguida le confirmó que era un saltamontes. ¿Acaso también el animal había buscado refugio en la rama de un árbol? ¿A qué peligro se habría enfrentado? Agotado el pensamiento sobre ese futuro lejano, permaneció inmóvil y se centró en las sensaciones que despertaba en él el contacto del animal sobre su piel. Era pequeño, apenas del tamaño de su índice, y aun así transmitía fortaleza y robustez. Al cabo de unos segundos sintió una ligera presión, como si el saltamontes afianzara las patas traseras para coger impulso antes de abrir las alas y desaparecer en la oscuridad. ¿Adónde iría? ¿Qué sería de su corta vida? Siempre de aquí para allá, sin un destino fijo. Un ser mínimo en la inmensidad de la naturaleza.

Ishcate volvía a estar solo, pero algo había cambiado. Esa breve visita le había proporcionado paz. Ni su respiración era ya agitada ni se mostraba tan vigilante. Sus sentidos se relajaron y se adormeció hasta que lo despertó el frío del rocío. El amanecer trajo los familiares sonidos de los animales diurnos, que abandonaban el sueño y tomaban el relevo de los amos de la noche.

—Ishcate... —Reconoció la voz de su padre—. Ya puedes quitarte la piel que cubre tus ojos y venir conmigo.

Ishcate así lo hizo, extrañado por no haberlo oído llegar. Parpadeó mientras acostumbraba la vista a la luz naciente y los colores y formas del bosque se desplegaban de nuevo ante él, libres ya de amenaza. Bajó del cedro de un salto, sin un solo ruido.

Ante él, el rostro de Couroway revelaba su cansancio. Había

velado por su hijo a una corta distancia toda la noche, listo para protegerlo de cualquier peligro. Pero esto Ishcate solo lo sabría cuando le tocara cumplir el ritual con su propio hijo.

—Has cruzado la noche y tu espíritu está sereno. Ishcate, ¿dónde encontraste la fuerza para vencer al miedo?

—Pedí ayuda al Gran Espíritu y al Dios francés —respondió él con franqueza.

Couroway sonrió.

—*Mayaawi teepi.* Muy bien. Vivimos entre dos mundos. Demuestra inteligencia obtener lo mejor de cada uno. —Posó una mano en su hombro y alzó la cabeza para mirarlo a los ojos—. Has sobrevivido con dignidad al sueño del bosque. Ya eres un hombre, Ishcate de Kaskaskia, hijo del jefe Couroway.

El chico enderezó la espalda con orgullo.

—Ya soy un hombre —repitió, aunque en el fondo no se sintiera tan diferente al día anterior—. Podré decidir mi propio futuro. Con la ayuda del Gran Espíritu Manetoowa, el camino será sencillo.

—No pidas una vida fácil, hijo; pide fuerzas para soportar una vida difícil.

Ishcate asintió solemne y grabó ese consejo en su corazón, mientras padre e hijo encaminaban los pasos de regreso a la aldea.

Primera parte
Curso alto

1

Nueva Orleans, agosto de 1763

En la calle Dauphine —en el quinto distrito, el penúltimo más alejado del Misisipi—, el ambiente era demasiado festivo para una despedida; y eso que, a diferencia de otras veces en que la casa de Suzette se llenaba de comerciantes, dueños de plantaciones, oficiales del gobierno y militares, esa tarde solo estaban los Girard y los Leroux-Dubois.

Se habían reunido con motivo de la marcha de Benoît Leroux y su hijastro de catorce años Étienne Dubois hacia las peligrosas tierras de los indios del norte, a casi doscientas leguas de distancia. Partían en busca de un buen lugar donde asentarse y abrir un puesto comercial para tratar con las tribus indias del oeste del Misisipi, y lo hacían sin fecha fija de regreso. No podía ser un viaje más arriesgado, pero, en lugar de tristeza o nerviosismo, Suzette Girard solo percibía excitación y alegría. Echaría muchísimo de menos a Étienne, a quien la pequeña de siete años veía como a un hermano. Ambas familias vivían en la misma calle, a doce casas de distancia, y el chico había formado parte de su vida desde que tenía memoria.

Las voces de los mayores se pisaban unas a otras.

Jérôme Girard —de treinta y seis años, alto, enérgico, de facciones rotundas y patillas a media oreja, cuando la moda imponía el afeitado total— tan pronto recordaba su viaje inicial desde Francia hasta Luisiana, como repasaba la lista de las mercancías cargadas en el barco en el que Benoît Leroux —delgado, de cabello oscuro y sonrisa pícara, cinco años más joven y más intrépido— y el adolescente Étienne remontarían el Misisipi hacia el norte.

Los adultos ocupaban coquetos canapés y butacas de la misma seda rosa que tapizaba las paredes, frente a una chimenea sin fuego de mármol blanco. De cuando en cuando, Girard elevaba su copa de fino cristal francés llena de brandy hacia los valientes aventureros y

repetía:

—Sin duda, hoy es un gran día. En esa enorme extensión de terreno encontraremos la riqueza con la que siempre hemos soñado.

—¡Por la compañía Girard y Leroux! —celebraba su amigo.

Jérôme Girard poseía tres cuartas partes del negocio dedicado al comercio de pieles, un gran olfato comercial y una innata habilidad para las relaciones sociales; Benoît Leroux, la parte restante de las acciones y el espíritu inquieto imprescindible para aceptar una propuesta como la que le había hecho su socio. Su amistad había comenzado hacía una década. Congeniaron nada más verse, quizá porque sus historias vitales tenían algunos elementos en común: ambos provenían de pequeñas poblaciones en Francia y en algún momento de la veintena, impulsados por la energía de la juventud, habían cruzado el Atlántico hacia el sur de América del Norte.

Sentada junto a los demás niños de ambas familias en una exquisita alfombra a los pies de los mayores, Suzette intercambió una mirada con Margaux: su hermana mayor llevaba todo el día de un humor sombrío, y cuando negó con la cabeza, su largo cabello oscuro osciló de lado a lado. Habían escuchado decenas de veces las anécdotas de ese viaje transoceánico. La dureza de las largas semanas a bordo del barco, las náuseas, la comida y la bebida en malas condiciones y los estrechos habitáculos. La emoción al rodear la punta de Florida, cruzar el golfo de México y aproximarse a la desembocadura del río Misisipi. El trayecto desde allí hasta Nueva Orleans en los años cincuenta, cuando empezaban a construirse las plantaciones y haciendas de arroz, tabaco, índigo, azúcar, algodón y madera a ambos lados del río. La nostalgia de la tierra y de la familia cuando atravesaban los misteriosos pantanos infestados de caimanes y de cipreses, de los que colgaban gigantescas redes de musgo, y los mosquitos los atacaban sin piedad, la humedad los calaba hasta los huesos y el calor agobiante los aturdía.

En este punto de la narración, Leroux siempre comentaba:

—Me hubiera dado la vuelta, arrepentido por haber escuchado la llamada de la ambición. ¿Cómo demonios había terminado yo, un francés bien educado del Pirineo, en las tierras pantanosas del otro lado del mundo?

Y Girard soltaba una carcajada.

—¡Eso mismo me preguntaba yo! ¿Por qué no me había dejado la

armada francesa en La Habana en lugar de traerme a Luisiana como soldado?

Pero el destino final —la bulliciosa población de Nueva Orleans, en la ribera este del Misisipi— había logrado acallar sus lamentos. Ambos habían coincidido en su primera impresión sobre la ciudad: como si hubieran viajado en círculo, les había parecido que estaban de nuevo en una Francia que hubiera sido repoblada por negros, mulatos e indios. Y pronto habían comprendido que Luisiana —un inmenso territorio que se extendía de sur a norte desde el golfo de México siguiendo el curso del Misisipi hasta la frontera con Canadá, y cuyos lejanos límites hacia el oeste nadie sabía marcar con precisión— era la tierra de las oportunidades.

Girard no era el primer militar que emprendía negocios. En su caso, la fortuna había querido que se cruzase en su camino una mujer excepcional: Blanche, hija de un acaudalado empresario que la dotó con cinco mil libras francesas, con las que su marido, ocho años mayor que ella, pudo abrir su primer negocio de pieles. Desde su matrimonio, tanto la parte militar como la comercial habían ido sobre ruedas. Como capitán del regimiento de Luisiana, Girard había combatido en la última guerra contra los ingleses que pretendían quedarse con los territorios franceses en América del Norte. Por desgracia, Francia había perdido la guerra, por lo que —a excepción de la ciudad de Nueva Orleans— sus posesiones en Canadá y en el territorio entre el este del Misisipi y los Apalaches pasaban ahora a ser de los ingleses.

En cualquier caso, como recompensa por sus servicios, el gobierno francés había concedido a Jérôme Girard una patente para comerciar con las tribus indias de la parte alta del río Misisipi, en la zona del río Misuri, en el país de los illinois.

—¡La primera compañía con derechos exclusivos para comerciar en la Alta Luisiana! —exclamó orgulloso Girard, chocando la copa con la de su socio—. ¡Por el éxito de nuestro nuevo puesto comercial del norte!

Benoît Leroux respondió al enésimo brindis con una sonrisa que trataba de ocultar cierto nerviosismo. Le gustaba la aventura y confiaba en sacar buenos réditos de la nueva que iba a emprender para ofrecerle una vida mejor a su amada Cécile, pero echaría mucho de menos a la mujer con la que había formado una familia muy poco convencional, hasta el punto de que le había costado que la esposa de

Girard —un referente del decoro en Nueva Orleans, conocida por su elegancia y distinción— la aceptara en su círculo de amistades. Finalmente lo había hecho, como demostraba la naturalidad y simpatía con que la trataba ahora.

A los quince años, el padre de Cécile la había obligado a casarse con un panadero de apellido Dubois, que le había dado un hijo, Étienne, antes de abandonarlos a ambos para regresar él solo a su país natal, Francia. Para cuando Leroux la conoció y se enamoró de ella, la vida de Cécile seguía congelada en un compás de espera: no se podía divorciar de un marido ausente ni volver a casarse hasta su muerte. Sin embargo, ella no era mujer de vías muertas. ¿Por qué tenía que renunciar al amor? ¡Todo el mundo tenía derecho a una segunda oportunidad! Al igual que Benoît Leroux, era una mujer apasionada, emprendedora y amante de los libros. El transcurso del tiempo había confirmado que la suya era una relación seria y no un capricho pasajero. Leroux se había comportado como un buen padre para el joven Étienne, contagiándole su pasión por la lectura e introduciéndolo en los negocios compartidos con Girard. Y Cécile y él habían tenido tres hijos en común, bautizados con el apellido Dubois para que nadie pudiera tacharlos de bastardos y que por ello perdieran en un futuro buenas oportunidades laborales y sociales.

—¡Que se cumplan nuestras expectativas! —añadió Jérôme Girard antes de dirigir un guiño cómplice a su socio—. Ojalá pronto podamos trasladarnos a una casa mejor en el tercer distrito.

—¡Yo no quiero vivir en otro sitio! —Suzette se alarmó al oírlo.

Girard bajó la mirada hacia ella.

—En esta ciudad, cuanto más cerca se está del río, más rico se es. Recuerda, hija mía, que la vida es una sucesión de movimientos. Sin duda, el azar juega su papel, pero uno también tiene que ir haciendo sus cálculos. Conviene marcarse objetivos. —Se secó el sudor de la frente con un pañuelo que sacó del bolsillo de su chaleco—. ¡Lo siguiente será una plantación en las afueras, cerca del lago Pontchartrain, para librarnos del calor horroroso de la ciudad en verano!

Pronto la conversación comenzó a girar en torno a los preparativos del viaje y, al apreciar el aburrimiento en los rostros de los niños más mayores y la inquietud de los pequeños, Blanche dio permiso a los primeros para que se fueran a jugar al patio e indicó a

dos jóvenes doncellas que se hicieran cargo de los segundos.

Suzette miró a Étienne, confiando en que saliera con ellos, pero el muchacho no se movió: de repente se había convertido en un adulto, pensó. Hasta físicamente parecía distinto y mayor: llevaba sus rizos rebeldes recogidos con un lazo y un gesto serio había reemplazado la sonrisa traviesa de su rostro. Debía comentar los últimos detalles del viaje con los hombres, y seguro que las conversaciones con una niña ya no le parecerían interesantes.

En ese momento, como en tantos otros, Suzette habría preferido ser varón y tener más edad. Aunque escaparan a su entendimiento, las discusiones sobre viajes y negocios siempre le resultaban más amenas que aquellas sobre telas, guisos y vidas ajenas.

A la mañana siguiente, muchos curiosos se acercaron al muelle del río para despedir la expedición liderada por Benoît Leroux.

Suzette y su hermana Margaux pronto formaron grupo con las hijas de las familias conocidas de sus padres. Maravilladas por el espectáculo desplegado ante sus ojos y situadas en primera fila junto a monsieur Girard, proferían exclamaciones y gritos por cada nuevo descubrimiento. Era la primera vez que presenciaban un acontecimiento semejante.

Varios barcos de quilla, de entre cuarenta y cinco y setenta y cinco pies de largo, de poco calado y puntiagudos en ambos extremos, se balanceaban con suavidad sobre las aguas del ancho Misisipi, como si fueran conscientes de que cargaban mercancías valiosas. En la primera nave del convoy, en medio de una veintena de hombres que trajinaban con cuerdas, Étienne cotejaba en un papel los datos que su padrastro le gritaba moviéndose entre barricas, barriles y cajas. Cuando terminaron, Leroux le dio una palmada en el hombro a Étienne y se dirigió a voces a Girard mientras bajaba a tierra por una pasarela:

—¡Ahora sí! ¡Todo listo!

Suzette tiró de la manga de la casaca de su padre:

—¿Podemos subir antes de que se vayan?

El hombre dudó unos instantes, pero al cabo asintió con un gesto. En fila y ayudadas en el primer tramo por Girard, ascendieron por la rampa entre risas; en la parte final Étienne les dio la mano una por una hasta que las cinco estuvieron a bordo con sus vestidos ligeros, frescos, de colores claros y lazos rosa, dispuestas a acribillarlo a

preguntas.

—¿Qué hay en los barriles? —preguntó Margaux Girard mientras jugueteaba con un tirabuzón de su larga melena oscura.

—Harina de arroz, de maíz y de trigo, azúcar, sal, café, carne de cerdo salada, grasa, cerveza, tafia, brandy y vino...

—¿Y en las cajas? —quiso saber la pizpireta Louise Le Sénéchal, de trece años, siempre con una sonrisa en su rostro redondo.

—Telas, mantas, ropa, cuerdas, utensilios de cocina y de costura, herramientas de construcción y de labranza, algún libro, jabón, pólvora, fusiles...

—¿Para qué?

Étienne se rascó la cabeza ante la pregunta de Marie de la Ronde, que con su altura y el rictus firme de sus labios finos no aparentaba solo cinco años.

—Pues para construir allí, para vivir y para comerciar.

—¿Y las armas? —insistió Marie.

—Para defendernos de los animales salvajes y de los indios.

—¡Indios! —exclamó Jeanne Fournier, de diez años, mirando río arriba con un escalofrío—. Dicen que, cuando muere alguien de su tribu, atacan para conseguir cabelleras enemigas que sirven de compañía al espíritu en su último viaje.

—¡Puaj! —se limitó a replicar la pequeña Marie con cara de asco.

—¡Ten mucho cuidado, Étienne! —dijo Margaux con una dramática preocupación que sorprendió a Suzette.

El hermano de Jeanne, Belmont Fournier, se unió al grupo. Era alto y tenía el mismo cabello color café y las mismas facciones bien proporcionadas que su hermana. A Suzette le resultaba muy atractivo y se ponía nerviosa en su presencia, pero este era un secreto que no había compartido con nadie.

—¿No tienes miedo? —le preguntaba Jeanne a Étienne en ese instante.

El joven se encogió de hombros.

—Van a hacer negocios, no a la guerra —intervino Belmont, poco dispuesto a elevar a la categoría de héroe a un chico que apenas era un año mayor que él mismo.

—Ya, pero un viaje tan largo y a unas tierras tan lejanas... —Margaux no apartaba la mirada de Étienne—. ¿Cuándo volverás?

—Si todo va bien, el año que viene. Nuestros cálculos son tres

meses de navegación río arriba; luego hay que elegir el lugar para asentarnos, construir y establecer relaciones comerciales.

Girard les gritó que bajaran ya del barco: se acercaba el momento de zarpar. Suzette, ágil como ninguna otra de las chicas, fue la primera en pisar tierra. Desde allí observó que Margaux remoloneaba para ser la última en acceder a la pasarela y poder aceptar la mano que le tendió Étienne para ayudarla.

La familia Leroux-Dubois se reunió para despedirse. Cécile, con su hija de un año en brazos, acarició con una mano el rostro de Étienne conteniendo las lágrimas para no mostrar debilidad. Leroux se agachó, conversó unos instantes con sus dos hijos pequeños y luego los abrazó brevemente pero con fuerza. Ya incorporado, compartió murmullos con Cécile durante un largo rato, sin dejar ambos de mirarse a los ojos, mientras Étienne entretenía a sus hermanastros.

Por fin se acercó a Girard y se aclaró la voz para controlar la emoción.

—Te pido que veles por mi familia.

—Puedes estar seguro de ello, aunque Cécile es una mujer fuerte. Y tú, ten cuidado de que no le pase nada a Étienne. Sabes que le tengo mucho aprecio al chico.

Leroux sonrió. Los hijos de las mejores familias de la colonia comenzaban apenas siendo unos niños sus carreras militares o mercantiles. Gracias a su socio, Étienne llevaba desde los ocho años preparando su futuro. Girard le había enseñado la diplomacia de tratar tanto con gobernadores del rey como con jefes indios.

—Creo que sabrá valerse por sí mismo. Ha tenido un buen maestro, gracias.

Girard barrió el aire con una mano, como quitando importancia al comentario.

—Salimos adelante cuando llegamos desde Francia sin nada y durante siete años hemos soportado una guerra contra los ingleses. Y, a pesar de la derrota, aquí estamos, con nuevas ilusiones: todavía queda mucho por descubrir al norte y al oeste. Eres un hombre valiente, Benoît. Con la ayuda de Dios, esta aventura tendrá un buen final. —Le palmeó la espalda.

Por supuesto que rezaría por ello, pues Girard había invertido en esa empresa gran parte de sus ahorros.

Desde el barco, Étienne llamó a su padrastro. Benoît Leroux

estrechó la mano de su socio, hizo una leve reverencia ante Blanche, se despidió de nuevo de Cécile y de sus hijos y ascendió por la pasarela con la mezcla de elegancia, agilidad y seguridad que lo caracterizaba.

Las tripulaciones, compuestas por hombres blancos, negros y mulatos, ocuparon sus puestos. Al grito de «¡En marcha!» de Leroux, varios hombres situados en la proa del barco hundieron un poste largo y grueso en el fondo cenagoso del río. Luego se dirigieron a la popa y repitieron la acción. Poco a poco, la nave se fue alejando del muelle y, entre la fuerza de los remeros y la de los postes, palmo a palmo, la comitiva comenzó a desplazarse río arriba.

A medida que un barco se alejaba, iba menguando el número de parientes, amigos y vecinos que habían acudido para despedirse. Al final solo quedaron los familiares de los socios de la compañía Girard y Leroux frente al río.

El convoy sobre el Misisipi le pareció a Suzette una serpiente gorda y pesada tras la ingesta de un enorme mamífero. Reptaría por el río durante tres meses. Una eternidad. La de cosas que podían pasar en su mundo en ese espacio de tiempo, pensó. No se le ocurría ahora ninguna en concreto y apenas recordaba lo sucedido hacía más de una semana, pero la excitación por lo observado le produjo una novedosa sensación de cambio y celeridad que permanecería en ella mucho tiempo, hasta mucho más allá de que las aguas hubiesen borrado la huella de la última estela.

Cuando el barco de Leroux se perdió de vista, Cécile Dubois dejó al fin que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Blanche se acercó para consolarla. Alta y rubia la primera, menuda y de cabello oscuro la segunda, por fuera no podían ser más distintas, pero ambas compartían una personalidad resuelta e inteligente que las había convertido en buenas amigas. Blanche tomó a la pequeña de brazos de Cécile y se la entregó a Suzette, para que se hiciera cargo de ella mientras la mujer se recomponía, inspirando y espirando al ritmo suave de las ondas de agua contra las maderas del puerto.

Suzette pensó que pocas veces sostenía su madre a los niños en brazos. Siempre había una doncella cerca que lo hacía. En casa de los Girard había muchos sirvientes: tenían veinte esclavos africanos —diez hombres adultos, tres muchachos y siete muchachas— y cuatro mulatos libres contratados. Por lo que había oído, a partir de catorce

esclavos ya eras rico, así que su padre era el hombre más rico del quinto distrito, lleno de casas de comerciantes, donde ella vivía. Las familias de sus amigas Louise, Jeanne y Marie tenían muchos más y también vivían más cerca del río, de modo que eran más ricas aún. Y cuanto más ricas las familias, más hijos tenían; quizá porque disponían de muchas criadas para hacerse cargo de ellos.

—Todo irá bien —le dijo Blanche a Cécile mientras su hija, curiosa como siempre, acunaba a la pequeña sin quitar oído.

—Dios te oiga, porque estoy embarazada de nuevo. —Cécile suspiró—. No se lo he dicho a Benoît para no preocuparlo.

Suzette no comprendió por qué habría de preocuparse monsieur Leroux. Ella tenía cuatro hermanos y sus padres siempre decían que les gustaría tener más hijos, que eran la bendición de una familia y las herramientas de su prosperidad. El propio Belmont Fournier era el mayor de siete hermanos, y en su plantación tenían casi cien esclavos.

—El tiempo pasa deprisa —dijo Blanche—. El próximo año será uno de bienvenidas. Mientras tanto, puedes contar con nuestra ayuda. Los criollos debemos cuidarnos entre nosotros.

Seguida de los niños Dubois y con el bebé en brazos, Suzette corrió hacia sus hermanos pequeños, que jugaban con unos sacos y unas cuerdas vigilados por Margaux mientras su padre hablaba con unos hombres. Girard hablaba siempre con mucha gente. Eso debía de ser parte de su trabajo. Decía que hablar era muy importante. Que nunca se sabía dónde podía surgir un buen trato.

Iba a pedirle a su padre que le aclarase una duda acerca de lo que había escuchado a su madre y a Cécile —él siempre le explicaba las cosas sin rodeos—, pero la expresión en su rostro la detuvo. Visiblemente contrariado, repetía:

—¡Eso no es posible! Después de lo que hemos pasado en la última guerra luchando por este territorio contra los ingleses. ¡Me niego a creerlo! Y ustedes tampoco deberían hacer caso a los chismes...

Suzette se acercó a su hermana.

—¿Por qué discuten?

—No lo sé. —Margaux se encogió de hombros—. Ya sabes que padre siempre habla así de fuerte.

Los casi cuatro años que le sacaba su hermana la convertían en toda una autoridad para ella, y al ver que restaba importancia al

asunto, Suzette regresó a la verdadera preocupación que la había llevado allí. Su madre había empleado una palabra que le había sonado fatal, como si ocultara algún misterio.

—¿Somos criollos, Margaux? ¡Creía que éramos católicos!

Margaux no pudo evitar una sonrisa.

—De religión, tontorrona; criollos de procedencia. Quiere decir que somos nacidos en América, pero de origen europeo. En nuestro caso, de Francia.

Suzette suspiró aliviada. Se percató entonces de que su hermana tenía los ojos enrojecidos.

—¿Estás triste porque se ha marchado Étienne?

Margaux asintió.

—Yo también —admitió Suzette, aunque pensó que no tanto como si hubiera sido Belmont quien se hubiera ido y comprendió vagamente esa tristeza—. ¿Qué le has dicho mientras bajabais del barco?

—Que me escriba.

—También le puedes escribir tú.

—Lo haré. Prométeme que me guardarás el secreto.

—Prometido.

Suzette quería mucho a su hermana. Parecía seria y excesivamente responsable para sus once años, pero era muy dulce. Apenas discutían como sabía que hacían otras hermanas.

—Sus cartas llegarán antes que las tuyas —dijo con intención de animarla—. He escuchado que los barcos tardan tres meses en subir río arriba a la Alta Luisiana, pero solo tres semanas en bajar.

El comentario le arrancó una sonrisa más amplia a Margaux.

Suzette cerró los ojos y respiró el frescor que surgía del agua cercana. En apenas una hora el calor sería insoportable. En sus brazos, la pequeña Dubois comenzó a impacientarse. La llevó de vuelta con su madre, sin poder sacudirse de encima el presentimiento de que ese era un día de grandes cambios. Además del adiós a su amigo Étienne y la percepción del ambiente de despedida del que había sido su mundo hasta entonces, burbujeaba en su interior una revelación difícil de explicar.

Podría haber nacido en cualquier otro lugar, más frío o más pequeño; o en otra familia, con menos miembros o menos medios; o en un cuerpo de hombre, o en otra piel más oscura; o con otra

personalidad, menos reflexiva, impaciente o compasiva.

Pero era Suzette, de la familia Girard de Nueva Orleans: un nombre y rango que le pertenecían única y exclusivamente a ella, convirtiéndola por ello en el ser más especial del mundo, aunque tuviera todavía la forma de una niña de siete años con un corazón que latía al compás del aleteo de garzas, mirlos o pelícanos, y con unos grandes ojos curiosos, abiertos a las novedades que la vida le trajera.

2

Hacia la Alta Luisiana, septiembre de 1763

Étienne, que nunca había salido de la ciudad, esperaba con excitación la siguiente sorpresa que surgía en cada meandro del Misisipi. Por mucho que le hubieran contado, jamás habría podido imaginar una exhibición semejante de colores, sonidos, olores y texturas.

En los cuarenta y cinco días que llevaba de viaje hacia las tierras del norte no había perdido detalle de nada. Disponía de todo el tiempo del mundo, porque el convoy avanzaba muy lentamente: unas tres leguas por jornada. Tomaba notas en un cuaderno y acompañaba sus explicaciones con bosquejos someros, pues lo suyo eran más los números y cálculos que los dibujos.

Entre la espesa vegetación de cañas y maleza de las orillas, más altas que la tierra interior, incluía figuras de mapaches, zarigüeyas y mofetas. Entre los maderos, leños y ramas arrastradas por el río, dibujaba algún pez cocodrilo y alguna serpiente mocasín o ponía bigotes a un bagre. Y copiaba extractos de su diario de viaje en la primera y larga carta que preparaba para Margaux, aunque no sabía cómo y cuándo se la haría llegar. Se habían cruzado con algún barco que viajaba en dirección contraria, pero no se había atrevido a dejar sus íntimos pensamientos en manos de desconocidos.

También trazaba su propio mapa, que iba completando con las profusas explicaciones de Benoît Leroux, empeñado en que conociera hasta el último detalle del que sería su recorrido habitual de trabajo en los próximos años. Al poco de dejar atrás Nueva Orleans, había marcado sobre el papel los asentamientos de la Costa de los Alemanes, en la ribera oeste del río, habitados por colonos germanos desde hacía cuatro décadas. En la orilla este, a diez días de distancia de la ciudad, estaba Baton Rouge, un antiguo asentamiento francés del que solo quedaban restos de algunas edificaciones; y pocas leguas más al norte, en la orilla oeste, el puesto de Pointe Coupée.

La jornada previa por fin habían cumplido la mitad de su trayecto, tras desviarse hacia el oeste por el río Arkansas, afluente del Misisipi, y fondear en la orilla, frente a la empalizada del fuerte Arkansas. A unos doscientos pasos se levantaba una decena de casas de madera de unos cinco pies de ancho por dieciséis de largo. Étienne había oído hablar de ellas; sabía que albergaban una comunidad casi tan variada como la de Nueva Orleans, pues estaba formada por soldados, hombres y mujeres blancos, hombres negros, algún mulato y mujeres indias.

Aun así, ellos habían dormido en el fuerte, donde Leroux acordó con el almacenero del puesto el alquiler de caballos y una carreta en la que sus hombres cargaron varios barriles con vino y brandy, pólvora, balas, herramientas, telas, sábanas, cuchillos, agujas y sal. Eran regalos para la tribu india de los quapaw, que quería visitar al día siguiente.

Al amanecer, de camino hacia el cercano valle que se extendía entre las confluencias de los ríos Arkansas, Misisipi y Blanco, Étienne se mantenía más callado que de costumbre. Había pasado mala noche en el fuerte y no se encontraba bien. Le dolía la cabeza y tenía escalofríos. Esos síntomas siempre anunciaban algo tan terrible como la fiebre amarilla, que tantas muertes causaba cada año.

—¿Estás asustado, Étienne? —le preguntó Leroux.

Por un segundo regresó a la memoria del muchacho una de las historias de los hombres. Tres semanas atrás habían llegado a Natchez, una pequeña población francesa rodeada de prados, árboles frutales y plantaciones de tabaco en la orilla este, a los pies de la colina donde se alzaba el fuerte Rosalie. Alarmado, Étienne había descubierto que ese había sido el escenario de una masacre de cientos de compatriotas, hacía unos treinta años. Los indios natchez asesinaron o capturaron a todos los del puesto y ocuparon el fuerte hasta que, con la ayuda de los indios choctaw, los franceses lo recuperaron al año siguiente.

Aquello le había grabado a fuego que, por tranquilas que parecieran las aguas, por placentera que le pudiese resultar la travesía, las tierras a ambos lados del río estaban plagadas no solo de animales salvajes sino también de hombres peligrosos. Ojalá él no se viera nunca forzado a empuñar un arma. «¿No tienes miedo?», le había preguntado Jeanne Fournier. Delante de las chicas —sobre todo de Margaux— jamás lo habría reconocido, pero convivía con él cada

noche desde hacía mes y medio. No era un cobarde; simplemente se sentía menos militar que comerciante.

Aun así, por nada del mundo quería quedar como un blando ante su padrastro, que no daba muestras de inquietud o preocupación. Y tampoco le estropearía el día con su incipiente enfermedad. Aguantaría como fuera y rezaría para que Dios no quisiera llevárselo todavía.

—Estoy disfrutando del hermoso paisaje —dijo con toda la naturalidad de la que fue capaz—. Y siento curiosidad por entrar en un poblado indio.

—Es bueno que te vayan conociendo —asintió Leroux—. Si me sucediera algo, tú te encargarías del negocio. Hoy les compraré carne y sebo y les encargaré las pieles que recogerá el año que viene uno de nuestros barcos para bajarlas a Nueva Orleans. En este valle abundan castores, ciervos, mapaches, lobos, martas y nutrias. Los tratos con los quapaw siempre son buenos. —Hizo un gesto hacia la carreta con los regalos—. Ya verás cómo se alegran de verme hoy.

Benoît Leroux se sentía seguro de sí mismo. En la década de los cincuenta había patrullado, allá en Francia, las fronteras con España y los pasos del Pirineo. Estaba acostumbrado a diferentes lenguas, valores, ropas, comidas y costumbres. Aquella había sido una importante lección que sin duda le había resultado útil para tratar con los indios como comerciante. Étienne había tenido la suerte de crecer bajo su ala y la de Girard, pero tenía que enseñárselo todo porque carecía de experiencia. Por fortuna, era un joven juicioso y obediente, pensó. Y su olfato le decía que había puesto sus ojos en la joven Margaux Girard. Ojalá el azar jugara a su favor: un enlace con ella sin duda resultaría muy beneficioso para sus intereses.

El poblado de Kappa estaba ubicado a tres leguas, cerca de la desembocadura del río Blanco en el Misisipi, junto a una colina muy empinada de unos cuarenta pies de alto. Accedieron a él por una amplia abertura en la empalizada que defendía el conjunto de casas y no tardó en rodearlos una docena de guerreros altos y casi desnudos, con el cuerpo pintado y un ciervo tatuado en el muslo, la nariz y las orejas perforadas, el pelo corto y plumas en la coronilla. Étienne sumó una nueva punzada de miedo al malestar físico; se acrecentaron los escalofríos.

Los indios escoltaron a los blancos hasta una plaza alrededor de

la cual se erigían las viviendas alargadas de madera y techo de corteza, edificadas sobre grandes montículos artificiales para protegerse de las frecuentes inundaciones. Varias mujeres trabajaban en grupos: unas separaban con cuchillos la grasa de bisontes y osos clavados en estacas, que luego introducían en grandes ollas de cobre; otras se turnaban para remover el sebo; otras iban tomando cazos de las ollas para mezclar el líquido con la harina y amasarlo sobre piedras lisas. Cuando vieron a los europeos, interrumpieron el trabajo y se sumaron a las decenas de niños que los rodearon, chillando y riendo.

Leroux y Étienne tomaron asiento en un entramado de alfombras en el suelo, bajo un improvisado toldo de pieles en el que varios hombres aguardaban sentados. El intérprete nombró a los jefes de las cuatro aldeas quapaw, llamadas Kappa, Ossoteoue, Touriman y Tonginga. Los guerreros se situaron tras ellos y el resto de los habitantes rodeó el escenario. Junto a Étienne se sentó un chico indio de unos doce o trece años que, para su sorpresa, se dirigió a él en un francés perfecto:

—Me llamo Sarazen.

—Yo, Étienne.

—Dicen que venís de la ciudad.

—De Nueva Orleans.

El muchacho asintió serio:

—Algún día querré conocerla.

—¿Cómo es que hablas tan bien mi idioma?

—Mi madre es quapaw, pero mi padre era francés.

Étienne iba a continuar la conversación, pero Sarazen le susurró que comenzaba la ceremonia del *calumet* . Agradeció tener su intérprete particular, pues a partir de ese momento el muchacho, amable y de humor alegre, fue explicándoselo todo.

El gran jefe Cazenonpoint, de unos treinta años y uno de los hombres más grandes que Étienne había visto en su vida, encendió una pipa alargada, como una caña cilíndrica, adornada con plumas. Lanzó bocanadas de humo hacia el cielo, a los cuatro vientos y a la tierra, invocando tanto al mundo divino como al humano, en la creencia de que el humo que se elevaba facilitaba la comunicación con el Gran Espíritu, que los quapaw llamaban Wah-kon-tah. Luego pasó la pipa a los otros jefes y a Benoît Leroux. Por fin, habló con voz

pausada y clara:

—*Hawé, kkóta Leroux. Íwíkide ádakní.* Hola, amigo Leroux. Me alegra verte. Los quapaw y los franceses hemos estado unidos durante años, en los tiempos buenos y en los malos.

Los otros jefes asintieron con la cabeza.

—En la última guerra os hemos ayudado contra los chickasaw y los ingleses, aunque no haya servido para ganarla —continuó—. Somos solo ciento sesenta guerreros de setecientos quapaw, pero mientras quede uno de nosotros seguiremos luchando y seguiremos siendo vuestros aliados.

Leroux asintió también, pero no dijo nada; sabía lo ceremoniosos que eran los indios y le pareció más prudente esperar a que Cazenonpoint le formulara una pregunta directa para tomar la palabra. El jefe señaló a su derecha, hacia una cruz rodeada de un círculo de estacas.

—Conservamos vuestra cruz como señal de nuestra unión. Espero que esa alianza también siga viva por vuestra parte.

Leroux arqueó las cejas, sin comprender a qué venía la duda. Entendió el prolongado silencio de Cazenonpoint como una invitación a hablar.

—*Hawé, kkóta gahíge* . Hola, amigo jefe. Yo no soy militar, sino comerciante, pero puedo asegurar que por parte de Francia no hay ni habrá ningún cambio. Como bien has dicho, seguimos siendo vuestros firmes aliados contra vuestras tribus enemigas instigadas por los ingleses.

Cazenonpoint lo señaló con el extremo de la pipa.

—Hemos oído rumores de que Francia abandona Luisiana. Toda. No solo las tierras del este.

Leroux pensó que no había entendido bien. ¿Abandonar Francia Luisiana? ¿De dónde podía haber surgido esa idea descabellada? Cierto era que Francia había perdido la última guerra contra los ingleses y, como consecuencia, muchos de sus territorios en América, incluida la parte este del Misisipi, al norte del río Iberville, que fluía entre Baton Rouge y Nueva Orleans. Pero la parte oeste del Misisipi seguía siendo francesa, al igual que la ciudad de Nueva Orleans y las tierras del este, al sur del Iberville. Y así seguiría siendo. Sintió un sudor frío en la nuca. ¡Malditos rumores! Cazenonpoint había conseguido que se pusiera nervioso. El futuro de su familia dependía

de que nada cambiara en esas tierras.

—¡Tonterías! —exclamó con cierta irritación—. ¡Eso no sucederá nunca! Los rumores viajan más raudos que las personas. Salí de Nueva Orleans hace seis semanas y allí no oí nada al respecto. —Esbozó una sonrisa para recuperar el ambiente distendido de la reunión y, de paso, convencerse de que no había nada de que preocuparse—. Y no me ha adelantado ningún barco por el río.

Cazenonpoint escuchó la traducción y también sonrió.

—*Hótta.* Bien, bien. Entonces, todo sigue igual. ¿Te quedarás unos días en Arkansas antes de regresar a Nueva Orleans?

—Esta vez voy al país de los illinois. Deseo empezar negocios allí.

Cazenonpoint frunció el ceño.

—Esperamos que no olvides que además de parientes de ceremonias y aliados militares también somos compañeros de comercio de los franceses.

Leroux indicó a sus hombres que trajeran los presentes. Esperó a que los jefes valoraran la mercancía y, al comprobar la satisfacción en sus rostros, dijo:

—Nada cambiará entre nosotros. —Señaló a Étienne—. Mi hijastro y yo mantendremos las mismas condiciones.

Cazenonpoint miró a los otros jefes, que hicieron un gesto de asentimiento:

—Nos parece bien. Una última cuestión. Los osage siguen intentando entrar en el valle del Arkansas para cazar. Este es nuestro territorio. Hemos pedido varias veces al gobernador que nos ayude contra ellos, pero no vemos un respaldo claro. Agradeceríamos que intervinieras en este asunto.

Leroux meditó su respuesta. Los indios no se diferenciaban tanto de los españoles, franceses e ingleses, enfrentados cada poco tiempo. Al igual que Inglaterra y Francia —ayudada por España— habían luchado por sus territorios norteamericanos, los indios a ambos lados del Misisipi también buscaban la oportunidad de expandir sus tierras. Y él deseaba ampliar sus objetivos comerciales, lo cual incluía tratar con los astutos y turbulentos osage, cuyas mujeres eran expertas en curtir y afeitar las pieles de búfalo y ciervo. Si conseguía comerciar con ellos en el norte, tal vez dejaran de molestar a sus vecinos del sur.

—Está en mi ánimo ayudar a que la paz reine entre vosotros —respondió de manera ambigua.

Cazenonpoint apoyó las palmas de las manos en sus muslos.

—Si así es, está todo dicho. *Wíe hótta* . Estoy contento. Ahora compartiremos nuestra comida con vosotros.

La formalidad desapareció como por arte de magia en cuanto las mujeres comenzaron a repartir cuencos con carne asada, tortitas de sebo y verduras.

Sentado con las piernas cruzadas en el suelo, Étienne le preguntó a Sarazen acerca de las costumbres de su pueblo. Le asombró en especial la de enterrar a los muertos en los suelos de barro de sus casas atados a un poste en posición sentada y luego cubiertos de tierra. Se esforzaba por escuchar con atención, pero no se encontraba nada bien.

De pronto le sobrevino un mareo, cerró los ojos y se inclinó hacia delante para apoyar la cabeza sobre las rodillas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sarazen—. Casi no has probado bocado.

—Nada —mintió Étienne—. Estoy cansado.

Sarazen se levantó y se dirigió a una de las viviendas, de la que regresó en unos minutos portando una pequeña y colorida cerámica en cuyo interior había una sustancia en polvo.

—Toma un pellizco con agua, tres veces al día, siete noches seguidas.

—¿Esto me curará si me ha atrapado la fiebre amarilla? —preguntó Étienne, dispuesto a tomarse ya la primera dosis.

Sarazen le indicó que bajara la voz.

—Que no te oigan o te quemarán por miedo a contagiarse. Si tienes fiebre amarilla, esto no hará que vivas: lo más probable es que mueras, después de habernos contagiado a todos; pero viéndote dudo que la tengas, y con esto te sentirás mejor. Es corteza de olmo. Va bien para las tripas.

A Étienne le sorprendió la confianza de aquel espabilado muchacho y repasó mentalmente los síntomas de la enfermedad. Ni estaba amarillento, ni le sangraban las encías, ni vomitaba, ni le ardían la frente o las mejillas. Sintió gratitud hacia Sarazen, el único que se había percatado de su malestar y le había ofrecido un remedio. Cuando se despidió de él, reconoció que en cualquier otro contexto hubiera podido ser su amigo.

—¿Cómo se dice «gracias» en quapaw?

—*Kaniké* .

—Pues... *kaniké* , Sarazen.

En el camino de regreso al puesto de Arkansas, fue Leroux el que se mantuvo silencioso. Étienne se situó a su altura.

—¿No has quedado satisfecho del encuentro con los quapaw?

—En los negocios, como en la política, abundan las sonrisas y los buenos propósitos. Pero los intereses de hoy no son los de mañana. De un día para otro cambian las lealtades. No bajes nunca la guardia, Étienne. A pesar de lo que has visto y escuchado hoy, son los indios quienes eligen la amistad, no nosotros. Cuando a los quapaw los regalos no les parecen suficientes, amenazan con verse con los ingleses. O tan pronto firman la paz como están a matar con los osage del noroeste y los chickasaw del este.

—¿Y ahora es tiempo de paz o de guerra? —preguntó el chico con renovado temor.

Leroux se encogió de hombros.

—Este viaje que hemos hecho entre Nueva Orleans y el puesto de Arkansas suele ser tranquilo. De aquí hacia el norte solo hay incertidumbre.

El convoy partió del puesto de Arkansas rumbo al país de los illinois, una inmensa región desconocida que se extendía desde el valle del Misisipi medio hasta los valles de los ríos Illinois, Misuri, Ohio y Ouabache. Navegaron río arriba solos durante semanas, siguiendo la misma rutina de acampar en una u otra ribera. En ese tiempo, gracias al remedio de Sarazen, Étienne se recuperó por completo.

Una noche montaron el campamento pasada una enorme elevación del terreno en forma de cuatro acantilados.

Al amanecer del día siguiente unos gritos despertaron a Étienne, y al asomar la cabeza por la manta que hacía de puerta en su tienda vio a su padrastro rodeado por media docena de indios. Se adivinaban otros tantos ocultos entre las sombras, controlando al resto de la comitiva francesa. Sin pensarlo, se incorporó y corrió hacia Leroux, con las rodillas temblorosas y un sudor frío recorriéndole la espalda.

Entre la bruma del pánico podía ver cómo las armas lo apuntaban. Lo que tanto había temido estaba sucediendo y, desbocada, la imaginación anticipaba las torturas a las que esos indios de monstruosas frentes aplanadas los someterían. Con la cabeza gacha,

lanzó miradas de reojo al cabecilla; para su sorpresa, era un hombre blanco de unos cuarenta años, de cabello rojizo y ojos azules, al que escoltaban dos jóvenes mestizos. Vestía como los *coureurs des bois* o *voyageurs* que había visto en la ciudad, con casaca y pantalón de flecos y gorro de castor.

—Recojan sus cosas y márchense —dijo el hombre en rudimentario francés con acento inglés—. No pueden estar aquí.

—Somos comerciantes de Nueva Orleans —protestó Leroux— y en nuestros mapas está claro que podemos acampar aquí.

—Ya no.

—¿Y quién lo dice? Que yo sepa, el traspaso a los ingleses de la orilla este del Misisipi aún no se ha hecho efectivo.

—Me llamo Logan Colbert. —Hizo un gesto para que los indios bajaran sus armas—. Y estos son mis hijos. —Señaló a los mestizos—. Este territorio siempre ha sido de los chickasaw. Y así seguirá, vengan o no los soldados ingleses a establecerse. La próxima vez quédense en el otro lado del río. Y corra la voz. A partir de ahora no seremos tan amables.

Leroux alzó las manos en son de paz. No quería líos. Décadas atrás los chickasaw habían cortado un tiempo la navegación por el Misisipi. No podía arriesgarse a que su convoy tuviera que darse la vuelta. Urgió a sus hombres a levantar el campamento.

Una vez en el barco, Étienne sentía a partes iguales alivio por seguir vivo y vergüenza por su cobardía frente a la actitud serena que había mostrado su padrastro. De pie en la proa junto a él, verbalizó su sorpresa:

—¿Un blanco, jefe de los chickasaw?

—Había oído hablar de un escocés asentado entre ellos, casado con una india, que tiene mucha influencia en la tribu —comentó Leroux con la vista fija al frente—. Por su actitud, creo que habrá que hacerse a la idea de que los mapas cambiarán de ahora en adelante.

A partir de ese incidente Étienne comenzó a dormir un poco peor. Estaba alerta continuamente por si surgía algún indio en la oscuridad dispuesto a cortarle el cuello.

Por fin, tras días tranquilos en los que no se toparon ni con blancos ni con indios, llegaron a las dos primeras poblaciones del país de los illinois, situadas una frente a la otra, a cada lado del río: Ste. Geneviève en la ribera oeste, Kaskaskia en la este. Como allí no había

ningún edificio grande en el que almacenar los productos que llevaban, Leroux decidió continuar hasta el cercano fuerte de Chartres, centro de la administración francesa de la Alta Luisiana, donde el convoy se detuvo el 3 de noviembre, después de tres meses de viaje.

A primera vista, el fuerte —rodeado por una gruesa muralla y con bastiones que se proyectaban al exterior— parecía más nuevo y sólido que el de Arkansas y eran más numerosas las casas de la aldea que se extendía a su costado.

Nada más atravesar el portón de entrada, oyeron unos gritos.

Un hombre alto y delgado de mediana edad, de cabello oscuro muy corto y vestido de misionero, caminaba deprisa seguido de dos indios desnudos salvo por una tela que los cubría de la cintura hasta poco más de la ingle, con collares al cuello y plumas en la cabeza y en pantorrillas o tobillos, sujetas con cintas de cuero. El religioso iba lanzando improperios hacia alguien ubicado a su espalda. Sin querer, chocó contra Étienne y se volvió hacia él al tiempo sorprendido y extrañado.

—Disculpa, muchacho —se excusó dejando de lado la ira apenas unos segundos, antes de reiniciar su diatriba deslavazada.

El objeto de su enfado era un joven militar de cabello claro con casaca blanca de puños azules que permanecía de pie, visiblemente contrariado, en medio de un patio de unos cinco arpendes, en el que se levantaban varios edificios destinados a cuartel, vivienda, cárcel y almacenes. Siguieron oyendo sus juramentos incluso después de perderlo de vista tras doblar la esquina.

Un soldado se les acercó y Leroux se presentó y preguntó por monsieur Neyon, comandante del puesto, que resultó ser el joven de la casaca blanca. Cuando este supo que traían mercancías de parte del gobernador de Luisiana, respiró claramente aliviado:

—Mal momento han elegido para moverse por estas tierras. Entre indios y jesuitas, no veo la hora de marcharme... Ese que acaba de irse era el padre Meurin, que vive entre indios y tiende a comportarse como uno de ellos. Dentro de tres días tendrá lugar la subasta de sus propiedades en Kaskaskia. —Negó con la cabeza—. Después de tantos años en la colonia, de repente los jesuitas son declarados hostiles a la autoridad real, a los derechos de los obispos y a la seguridad y paz pública. ¿Quién lo entiende?

Leroux se abstrajo unos instantes pensando en la oportunidad que

se le presentaba. Ignoraba qué interés político podía haber tras la decisión de expulsar a unos hombres de vida nada envidiable que trabajaban pacíficamente en sus misiones y que a menudo favorecían la paz con los indios. El único motivo de fricción entre los jesuitas y los comerciantes —insuficiente para una decisión tan drástica como la expulsión— era la oposición frontal de aquellos a que se comerciara brandy con los indios. Ahora bien; él nada podía hacer al respecto y una subasta era siempre una buena ocasión para adquirir propiedades y bienes a buen precio.

Pactó con Neyon el alquiler de uno de los almacenes del fuerte para guardar su mercancía hasta después de la subasta y aceptó la invitación del comandante de cenar con él la noche siguiente.

Sonrió para sí. Su estancia en las tierras del norte no podía comenzar mejor.

3

Kaskaskia, Alta Luisiana, noviembre de 1763

—Coge tu cuchillo más afilado y una piel —ordenó Kicounaisa—. Nos vamos de caza, pasaremos la noche fuera.

Ishcate obedeció y lo siguió al cercado de los caballos. Los últimos meses su relación había cambiado; desde su rito de paso en el bosque el pasado verano, su hermano ya no lo trataba como a un niño, pero tampoco aún como a un hombre. A él no le importaba: sabía bien que el respeto del guerrero no se gana en lo alto de los árboles, sino en la guerra y en la caza.

—¿Solo vamos nosotros? —preguntó extrañado, al comprobar que eran cuatro, cuando a las partidas de caza se sumaban siempre todos los jóvenes.

—Lo de hoy es algo especial.

—¿Y Maughquayah? —Su otro hermano, el mayor, le infundía seguridad.

—No le apetece acompañarnos. Y deja de preguntar como un cachorro miedoso.

—¡No tengo miedo!

Kicounaisa esbozó una sonrisa taimada.

—Tendrás ocasión de demostrarlo.

Cabalgaron junto al río Kaskaskia, remontando la corriente hacia el norte desde el amanecer hasta que el sol estuvo en lo alto del cielo, cuando pararon a descansar. Después vadearon el río y se dirigieron hacia el este. A lomos de su caballo pinto de crines cobrizas, Ishcate cabalgaba en silencio e inquieto: nunca había ido más allá de las colinas que dibujaban el horizonte de la amplia llanura ni del límite marcado por el río. Además, habían visto muchas piezas, pero no habían cazado ninguna. Al anochecer se detuvieron junto a un arroyo y extendieron sus pieles en el suelo.

—¿Por qué no hemos cazado nada, Kicounaisa? —Ishcate estaba

muerto de hambre y frío—. ¿Por qué no hacemos fuego?

Su hermano le tendió un pedazo de carne seca y unos frutos secos.

—No queremos que nos vean.

Más intrigado todavía, Ishcate se arrebujó en la piel de oso que le había regalado su madre tras la noche que había pasado solo en el bosque y trató de dormir. El día había sido largo y poco divertido. No debería haber hecho caso a su hermano, que tan mal había organizado esa partida.

Dormía profundamente con la mano aferrada al mango del cuchillo cuando alguien le tapó la boca. Abrió los ojos con el corazón palpitante y vio a Kicounaisa, que le hacía un gesto para que se mantuviera en silencio, recogiera sus cosas y lo siguiera. Aún era de noche. Montaron en sus caballos y, sin el menor ruido, se adentraron en el bosque cercano y cabalgaron al paso hasta que empezó a clarear. Se detuvieron en la linde de un prado. En medio, Ishcate vio un par de cabañas; en el suelo entre unas y otras dormían varios hombres, junto a restos de hogueras.

Oyó unos ruidos a su derecha y al girar la cabeza vio a otros indios que alzaban sus hachas a modo de saludo. Frunció el ceño. No reconoció que fueran de tribus amigas. Por los adornos y pinturas le pareció que podían ser iroqueses, lo cual le extrañó aún más, pues los iroqueses no eran amigos de los indios del Illinois. Además, en la última guerra habían luchado del lado de los ingleses. ¿Por qué estaban allí, en lo que parecía un campamento de tramperos? ¿Por qué se juntaban con esos?

A un gesto de Kicounaisa, los indios golpearon los flancos de sus monturas con los talones y emitieron gritos agudos mientras, con las hachas en alto, irrumpían al galope en el campamento.

Desprevenido por el súbito arranque, Ishcate no pudo evitar que su caballo siguiera a los otros. De repente estaba en medio de un grupo de hombres blancos enloquecidos y con la confusión en los ojos, y de otro de indios que los mataban.

Arrastrado hasta el vórtice del ataque, se sintió perdido. Nadie le había contado qué estaba haciendo allí ni por qué mataban sin razón aparente. Le habían enseñado que debía estar siempre listo para defenderse o para responder a una afrenta contra sí mismo o contra cualquiera de su pueblo Kaskaskia, ya fuera el indio o el francés, pero

nadie lo había atacado ni ofendido directamente.

Oyó un grito de mujer y dirigió la mirada hacia una de las viviendas. Kicounaisa sujetaba por el pelo a una blanca que gritaba en una lengua desconocida e intentaba proteger con el cuerpo a un niño rubio. El pequeño apenas tendría dos años, tres como mucho.

Ishcate saltó de su caballo y corrió hacia ellos justo cuando Kicounaisa blandía el hacha sobre la cabeza de la mujer. Instintivamente, empujó a su hermano, que cayó al suelo. La mujer aprovechó para coger al niño en brazos y refugiarse en la cabaña.

—¡¿Te has vuelto loco?! —Kicounaisa se levantó con el rostro encendido de ira.

—¡Ibas a matar a una mujer indefensa!

—¡Es una inglesa, maldita sea! —Se dirigió a la puerta—. ¡Sus hijos y los de tantas como ellas nos quitarán nuestras tierras!

Ishcate le cortó el paso. Aun siendo tres años menor, ya le sacaba una cabeza. Quizá no fuera más fuerte que él, su cuerpo aún debía endurecerse, pero le haría frente.

—No vas a entrar. —Pronunció las palabras con lentitud, en tono bajo, controlado, a pesar de la rabia que hervía en su interior.

Kicounaisa valoró la situación y supo que no se haría a un lado. Escupió en el suelo, a los pies de su hermano.

—Son las enseñanzas de ese Meurin —le soltó con cara de asco—. Te has dejado amansar: ahora tienes alma de granjero. —Se alejó unos pasos y se giró para añadir—: Olvida a Meurin y haz más caso a lo que dice Pontiac. Un verdadero indio del Illinois no defiende a un inglés. Si no consigues una cabellera, no te atrevas a regresar conmigo, *kweehsia.*

Ishcate sintió que le ardían las mejillas por el insulto de su hermano. Lo había llamado «gallina». ¿Y si tenía razón? Cerró los ojos unos instantes para recapacitar, mientras a su alrededor seguían los gritos y el olor del miedo. Creía que había actuado por instinto; tal vez no fuera así y en realidad las palabras sobre la compasión del religioso francés hubieran hecho mella en su forma de ser. ¿Por qué debía pagar ese niño las consecuencias de los actos de los adultos? Él no había elegido dónde vivir ni a qué familia pertenecer. Apretó los puños. Dijera lo que dijese Kicounaisa, se consideraba un hombre justo y un digno kaskaskia.

Y desde luego no era un cobarde.

Deslizó la vista por el campamento, convertido en un caos de cuerpos cubiertos de sangre, telas rasgadas y armas abandonadas, y se fijó en un hombre tumbado boca abajo que, con una enorme herida abierta en la espalda, intentaba arrastrarse, sin éxito. Estaba prácticamente muerto. Liberó el cuchillo que portaba al cincho de cuero y caminó hacia él. Se arrodilló mientras pensaba que, a diferencia de lo que decía el padre Meurin, a veces solo una línea muy fina separa la crueldad de la compasión, la ira de la misericordia. Apoyó la mano libre con fuerza sobre la frente del hombre, rogó al Gran Espíritu que guiara su mano para hacer lo correcto, le echó la cabeza hacia atrás y le rebanó el cuello de un tajo, sin dudar, en un gesto experto. Con las manos manchadas de sangre, separó el cuero cabelludo del cráneo como había visto hacer a los otros.

Era el primer hombre al que mataba en su vida. Al ser consciente de ello, se le nubló ligeramente la vista.

Pensó que la textura de la carne humana era la misma que la de cualquier animal. Pero ese hombre no era un animal.

Fue en busca de su hermano.

Le mostró la cabellera, de la que todavía goteaba la sangre, y gritó con todas sus fuerzas, como si así pudiera expulsar el sentimiento de culpa que lo embargaba.

Fuerte de Chartres, Alta Luisiana, noviembre de 1763

Étienne agradeció cenar ante una mesa y con platos de cerámica después de tantas semanas comiendo en el suelo y con cuencos de peltre. Benoît Leroux, el comandante Neyon y el notario de la zona, llamado Joseph Labuxière, se habían embarcado en una amena charla sobre las bondades de Nueva Orleans y los placeres de una buena comida cuando se vieron interrumpidos de pronto por el ruido de cascos de caballos y unos gritos escalofriantes que llegaban desde el exterior.

El comandante Neyon se levantó de la mesa y se asomó rápidamente a una ventana.

—¡Maldita sea! ¡Otra vez!

Étienne y Leroux se unieron a él. El notario no se movió de la mesa, como si estuviera acostumbrado a situaciones parecidas.

Varios indios a caballo daban vueltas al galope por la explanada

de tierra ante los edificios. Sujetaban las riendas con una mano; en la otra, cada uno de ellos asía algo. Pero ¿qué? Étienne entrecerró los ojos, trató de enfocar y, al reconocer que era piel de cráneo humano con cabello, tuvo que hacer un esfuerzo para controlar las arcadas de miedo y asco.

Neyon salió de la sala y, al poco, protegido por varios soldados con sus fusiles preparados, sus invitados lo vieron llegar hasta el cabecilla. Discutieron un buen rato. Por fin los indios se fueron, blandiendo en el aire las cabelleras arrancadas, y el comandante regresó a la mesa.

—Cabelleras inglesas —explicó mientras se dejaba caer en la silla, con aire lúgubre—. Solicitan ayuda militar contra los ingleses. Les he dejado bien claro que los franceses no apoyaremos la continua resistencia de Pontiac. ¡Todos los santos días lo mismo! ¿Comprenden por qué tengo tantas ganas de marcharme?

Étienne lo comprendía a la perfección. Si le dieran a elegir en ese momento, optaría por regresar a Nueva Orleans sin dudarlo.

—¿Quién es Pontiac? —preguntó.

—Un jefe ottawa que lleva desde el año pasado instigando a las tribus contra los ingleses. ¡Está consiguiendo reunir a tribus que hasta ahora se consideraban enemigas unas de otras! Han matado y capturado a cientos de colonos de los fuertes ganados a los franceses en los territorios del Ohio y los Grandes Lagos durante la guerra. Aunque los ingleses han ido recuperando el control total de los fuertes, el miedo a nuevos ataques no ha desaparecido.

Étienne tragó saliva. Según el tratado de paz, ese fuerte en el que se hallaban también quedaba para los ingleses.

—¿Por qué tanta oposición a los ingleses? —preguntó Leroux—. No seré yo quien los defienda, pero suelen ser muy generosos con sus regalos. Les dan armas y abundante munición, buena ropa y ron de calidad.

—Las naciones de la parte superior del valle del Ohio los odian porque los expulsaron de sus tierras de las montañas. Otros se quejan de que, a pesar de los regalos, los ingleses los insultan y se burlan de ellos. Pero hay una cuestión en la que todos están de acuerdo: los colonos británicos llegan en oleadas y desplazan a los indios; en cambio, somos pocos los franceses que vivimos por aquí, así que no suponemos una amenaza y por eso nos prefieren. Pero ya se sabe que

las preferencias de un hombre no siempre coinciden con los designios trazados por quienes gobiernan... —Neyon rellenó las copas con el excelente vino que le había llevado Leroux—. Y bien, unos queremos irnos y otros desean venir. ¿Cuáles son sus planes, monsieur?

—Busco un buen lugar donde asentarnos y abrir un puesto comercial para tratar, precisamente, con las tribus indias del oeste del Misisipi.

El notario Labuxière se echó atrás en su asiento y, en un tic que Étienne le había visto ya varias veces, habló mientras se atusaba el bucle posterior de su corta peluca negra empolvada de gris:

—En la cercana Kaskaskia, la tierra es fértil y crece bien el ganado. Hay iglesia y cervecería. Si no fuera porque también queda ahora en la parte inglesa, sería un buen lugar donde establecerse. Me temo que muchos querrán cruzar al lado francés...

—Siempre y cuando siga siendo francés —apuntó Leroux—. Los quapaw de Arkansas nos hablaron de ciertos rumores de que Francia abandona Luisiana... No me entra en la cabeza. ¿De quién pasaría a ser entonces?

—Algo se ha comentado también por aquí —Labuxière asintió con gesto serio—, pero el último mensajero no trajo ninguna noticia oficial. Diría que son mentiras de los ingleses, aunque no entiendo con qué fin. Nueva Francia y Acadia son ahora de ellos, y dicen que también las dos Floridas españolas. Los ingleses controlan el este del Misisipi de norte a sur. ¿Qué más quieren? Bajo ningún concepto Francia abandonará las ricas tierras del oeste del Misisipi. Nos queda todavía mucho por descubrir y colonizar.

Neyon hizo un gesto de escepticismo.

—Dudo que Francia esté dispuesta a enviar dinero y suministros. Antes de la guerra ya eran escasos. Habiéndola perdido...

—Sin ánimo de ofender —dijo Leroux—, los monarcas, los ministros y sus componendas están muy lejos. Somos los ciudadanos quienes creamos la riqueza. Tengo la absoluta convicción de que este territorio prosperará gracias a expediciones como la de la compañía Girard y Leroux.

—Brindo por su optimismo. —Neyon alzó la copa en su dirección —. Yo hace tiempo que lo perdí.

Dos días después Étienne y Leroux se dirigieron a caballo por un cómodo camino a Kaskaskia, que solo estaba a seis leguas al sur. El

resto de la expedición, por orden de Leroux, se había quedado en el fuerte. Atravesaron los comunales para pastos y las tierras de labranza y entraron en la población, de calles irregulares delimitadas por las empalizadas de postes de cedro que rodeaban las casas de madera y los cobertizos, graneros, establos, gallineros, palomares y huertos de los que provenían gruñidos, cacareos y mugidos.

Llegaron a la pequeña explanada ante la iglesia, construida en piedra, donde tendría lugar la subasta pública de las propiedades confiscadas a los jesuitas. En una mesa cerca de la puerta, los funcionarios reales ordenaban papeles y varios soldados franceses vigilaban desde diferentes puntos.

Étienne y Leroux saludaron al notario Labuxière y tomaron asiento en uno de los bancos de madera traseros de la docena que había en la plazuela. Enseguida terminó la misa y los fieles salieron de la iglesia —franceses con sus esposas francesas o indias, esclavos negros e indios vestidos con ropa larga hecha de pieles cosidas—. La mayoría de los hombres blancos se sentaron en los bancos y los demás quedaron de pie a una distancia cercana. El anciano jesuita que había oficiado la misa cerró la puerta y, con gesto de resignación, le entregó la llave al notario. Al poco, un alguacil leyó en voz alta el decreto real seguido del listado de los bienes que se subastaban: una casa con varias habitaciones, desván y bodega junto a un almacén y una cabaña para negros y varias construcciones sueltas: cobertizos, establos para ganado, un granero, un taller de tejer, un molino de caballos y un palomar. Aunque los jesuitas vivían en la Kaskaskia india, el grueso de las propiedades estaba en la francesa.

Los presentes —comerciantes, artesanos, granjeros y algún que otro viajero como Étienne y Leroux— permanecían en silencio, con la mirada hacia el suelo, incómodos, como si formaran parte de una actividad ilícita. El ladrido ocasional de algún perro interrumpía la tensa calma.

—¿De verdad piensas comprar algo? —le susurró Étienne a Leroux, sin comprender qué hacían allí cuando la idea era construir un puesto nuevo y encima ahora Kaskaskia pasaba a ser inglesa.

—Nunca sabes cuándo puede surgir una buena oportunidad para invertir...

La subasta iba a comenzar cuando se oyó jaleo tras ellos.

Un grupo de indios armados con arcos y flechas, hachas pequeñas

y cuchillos colgados del fajín acompañaban a un misionero, que Étienne reconoció enseguida como el hombre que había chocado contra él al llegar al fuerte de Chartres.

Junto a él destacaba un indio joven y de suaves facciones; Étienne calculó que tendría más o menos su edad, pero era bastante más alto y fuerte, y el cabello negro como ala de cuervo le llegaba hasta la mitad de la espalda. Las venas se le marcaban en la mano que sujetaba una pequeña hacha y lucía en el antebrazo el tatuaje en color ocre de un saltamontes hecho con una pericia que él hubiera deseado para ilustrar su diario de viaje.

—Solicito permiso para hablar —dijo el padre Meurin en voz alta y clara, acallando en el acto los murmullos.

—Ya está todo dicho —se apresuró a intervenir Labuxière—. Como representante de la justicia hoy aquí, les pido que se marchen y nos dejen proceder en paz.

—Y yo le pido que me deje explicar al pueblo mis razones —insistió Meurin—. Si después de escucharnos nadie se rebela contra esta injusticia, nos iremos.

—De acuerdo, hable —accedió el notario—. Pero le adelanto que nadie se rebelará, pues la ley es la ley.

El padre Meurin se situó frente a los hombres sentados en los bancos. Sus escoltas indios permanecieron de pie, en el pasillo central algunos; al fondo otros. El indio del tatuaje de saltamontes se quedó a apenas dos palmos de Étienne.

En medio de un tenso silencio, el religioso tomó la palabra:

—Los jesuitas hemos construido esta iglesia y todas las capillas de la zona. Hemos instruido a los kaskaskia y sus tribus vecinas. Gracias a nosotros hay más cristianos, más fieles a los preceptos de abstinencia, comunión, confesión y obligación de ir a misa; hay más hombres templados y más gente cría a sus hijos en la fe verdadera y cuida mejor de sus esclavos. Hay menos superstición y más paz.

»Pagamos nuestro propio sustento, nuestros viajes, la construcción y el mantenimiento de nuestras viviendas... Nos hemos procurado nuestras propias ganancias, sin pedir nada a los vecinos. Ninguno de los argumentos contra nosotros tiene base. ¡Podría esperar este ataque de los enemigos del cristianismo, pero no de fieles franceses católicos!

Incómodo por el último comentario, Labuxière se acercó para

tomarlo del brazo.

—Padre Meurin, es suficiente.

Uno de los indios intervino entonces en su idioma. Meurin tradujo:

—El jefe Couroway dice que hace unos días pidieron al comandante Neyon que, al menos, me dejara a mí al frente de la misión.

—La respuesta sigue siendo la misma —dijo el notario—: El decreto es bien claro al respecto: tienen que marcharse todos.

Una voz surgió de entre quienes se encontraban de pie:

—¿Con qué derecho el gobierno hace suyas las propiedades de los jesuitas, si ahora el territorio de Kaskaskia, donde vive y trabaja el padre Meurin, pertenece a la corona de Inglaterra? Se nos ha concedido a todos los habitantes sin distinción dieciocho meses para elegir si quedarnos o marcharnos. ¿Acaso no son habitantes de aquí los padres? Yo también quiero que se queden.

Varios vecinos se sumaron a la petición y, temiendo que la situación se desmandara, Labuxière indicó por señas a los soldados franceses que se prepararan para una posible sublevación. Estos empuñaron las armas.

—¡Si alguien hace un comentario más, lo detendré por rebelión contra la autoridad pública! Empezando por usted, padre Meurin. Podría encarcelarlo ya solo por llevar el hábito cuando sabe que lo tiene prohibido.

El jesuita deslizó la mirada hacia la audiencia, valorando la situación. Quienes no se habían movido de su sitio esperando el comienzo de la subasta superaban con creces a quienes habían defendido a los miembros de su orden. Cruzó la mirada con los indios que lo habían acompañado, apretó los labios y se retiró.

La subasta del primer grupo de propiedades, el más codiciado, fue rápida: un vecino ofreció ocho mil libras francesas; otro, veinte mil; y otro, veinticinco mil...

—¡Treinta mil! —gritó Leroux.

Su puja fue aumentada en dos y cinco mil libras.

—¡Treinta y nueve mil!

Étienne dio un respingo al escuchar la segunda oferta de Leroux. Era una suma importante de dinero. Un dinero que necesitaban para la construcción del nuevo puesto comercial y de su vivienda.

Desconocía que su padrastro fuera un hombre impulsivo.

Las pujas continuaron ascendiendo hasta cuarenta mil.

—¡Cuarenta mil cien! —ofreció el primer pujador.

A partir de ahí se hizo el silencio. Leroux frunció el ceño, sopesando si lanzarse. Étienne lo advirtió y apretó el brazo de su padrastro para llamar su atención. Moviendo la cabeza a ambos lados, le aconsejó que se plantara.

—¿Para qué queremos propiedades en tierra inglesa? —susurró el muchacho.

El comentario pareció convencer a Leroux, que se retiró de la puja. Más tarde, al finalizar la subasta, le dijo al joven:

—Debo alabar tu prudencia. No siempre conviene dejarse llevar por la ambición. Pero has de saber que no deseaba tanto la propiedad como que me conocieran. —Le guiñó un ojo—. Y ahora ya saben todos quién soy.

Pocos días después Leroux compró un almacén cerca de Chartres. Si no encontraba un lugar mejor, ese podría funcionar como punto desde el que comenzar los negocios. Dejó a Étienne como responsable de la vigilancia de las mercancías y partió con un grupo de hombres que conocían la zona y realizaban incursiones en las tierras más al norte en busca también de un emplazamiento ideal para establecerse.

En su ausencia, Étienne contaba las horas y los días, que parecían transcurrir con extraordinaria lentitud. No tenía nada que hacer salvo preocuparse por la gran responsabilidad que le supondría, a su edad, hacerse cargo de los negocios de la compañía en caso de que su padrastro falleciera. Si antes no le pasaba algo a él. Dormía junto a un puñado de hombres en el mismo almacén donde guardaban la mercancía, con un ojo abierto, por si alguien pretendía robarla. Los indios de la zona eran amistosos —en teoría— y los temibles osage del otro lado del río no solían cruzar el Misisipi, pero después de lo que había visto en el fuerte, no se fiaba. Y allí dentro había una mercancía tentadora.

Por más que intentaba no dejarse vencer por el sueño, había ratos en los que fracasaba.

Una noche despertó sobresaltado. Aguzó el oído, pero no identificó ningún sonido extraño en el silencio interrumpido por los ronquidos y resoplidos de los hombres. Se convenció de que no había motivos de preocupación y se arrellanó en el lecho de paja, aunque no

pudo retomar el sueño. Al cabo de un rato el corazón comenzó a latirle con fuerza. No era su imaginación: algo o alguien se arrastraba por el suelo. Se estiró todo lo que pudo para tocar el hombro del compañero más cercano, pero no llegó a hacerlo porque un hombre cayó sobre él. Antes de que pudiera gritar ya tenía una mano tapándole la boca y un cuchillo en la garganta, apretado con tanta fuerza que cualquier forcejeo lo mataría.

Empezó a sudar y la humedad entre las piernas le indicó que se había orinado. Jamás en su vida había tenido tanto miedo.

El atacante le susurró una palabra al oído:

—Tafia.

Por su acento, Étienne dedujo que no era europeo. Solo podía ser un indio. Recordó las cabelleras sanguinolentas y los ojos se le llenaron de lágrimas. No quería morir. Iba a morir. Todos sus sueños terminaban en ese momento. La aceptación de su inminente destino hizo que relajara la tensión de su cuerpo en señal de derrota.

El indio lo zarandeó.

Étienne sintió un súbito escozor en el cuello. Señaló una pila de cajas un poco separadas de los barriles y rezó por su alma.

El indio lo soltó y, ágil y silencioso como un felino, corrió hasta las cajas, cogió una y se perdió en la oscuridad.

A partir de esa noche Étienne ordenó hacer turnos de vigilancia. La herida del cuello se curaría enseguida; su orgullo tardaría más. No le robarían otra vez, se juró. Y no lo volverían a pillar desprevenido. A menos que huyera como un cobarde de esas tierras, tendría que habituarse a vivir con miedo o, mejor, a enfrentarse a él.

Durante los siguientes días se dedicó a practicar con un fusil y una pistola, y cuando Leroux regresó, al cabo de tres semanas, se había convertido en un tirador más que decente; con los años llegaría a ser de primera. Para sobrevivir y abrirse camino en el norte, necesitaba tan buena puntería con las palabras como con la escopeta.

Su padrastro traía buenas noticias. A unas veinte leguas al norte, y a tres de las desembocaduras del Misuri y el Illinois, había localizado un llano con abundante madera y piedra para la construcción y muchos arroyos de agua fresca.

—Está cerca del río —le contó entusiasmado—, pero por encima del cauce, así que no hay peligro de inundaciones. El paisaje es hermoso, la tierra fértil, y la naturaleza generosa. ¡Me ha parecido un

paraíso! Ya hay algo de actividad por allí y los otros pioneros, que supieron de mi solvencia económica por la subasta de los jesuitas, me han propuesto que me asiente junto a ellos y les explique mis ideas. Nos marcharemos en cuanto pase lo peor del invierno.

Contagiado por su ilusión, Étienne comenzó esa misma noche a diseñar mentalmente cómo podría ser la nueva vivienda de la familia Leroux-Dubois. La imaginó habitada por su madre y sus hermanastros, a quienes echaba de menos. Y cuando estuviera terminada, empezaría la suya propia. Visualizó cómo crecía la nueva ciudad tal como su padrastro la tenía en mente, siguiendo el ejemplo de Nueva Orleans, en forma de cuadrícula y orientada hacia el río.

En poco tiempo habría muchas familias con las que juntarse en la iglesia los domingos y celebrar fiestas. Y una escuela llena de niños. También allí podrían llegar los productos franceses de los que disfrutaban en Nueva Orleans.

Y una de esas familias sería la que él formaría con su amada Margaux Girard. Solo tenía once años, pero las muchachas de Luisiana se casaban a los catorce. La esperaría. ¡Tres años pasaban deprisa!

¡Ah, la ilusión movía montañas!

Y se enfrentaba y vencía al miedo, pensó al recordar cómo había superado el incidente del almacén.

¡Y era contagiosa!

Seguro que, al leer sus cartas, también Margaux empezaría a descontar las semanas que faltaban hasta que sus sueños pudieran convertirse en realidad.

4

Kaskaskia, Alta Luisiana, finales de noviembre de 1763

El padre Meurin se sentía desolado y rabioso. Ni él ni sus compañeros merecían ese trato injusto. Los habían echado de sus casas expropiadas, que habían sellado para que no desapareciera ni un plato antes de la subasta; se habían apoderado de los cuadros, de sus crucifijos, cálices, palias, vinajeras, custodias y demás objetos litúrgicos, antes de arrasar las capillas de las misiones; y ahora los expulsaban de esas tierras del país de los illinois. Las autoridades, pensó con amargura, querían olvidarse cuanto antes de su mala acción y, como en diciembre y enero el hielo en el Misisipi suponía un peligro para los barcos, tenían prisa por que se marchasen ya del fuerte de Chartres para quitárselos de encima.

La barcaza de fondo plano en la que había embarcado con los otros padres y sus esclavos se despegó con pereza de la orilla, aunque pronto se acostumbró a la corriente del río en dirección a Nueva Orleans. En otro barco viajaban varios ingleses capturados por los indios. A la tristeza por verse forzado a despedirse del que se había convertido en su hogar añadía el enojo de ser considerado y tratado como un esclavo o como un enemigo.

Repasó el poco equipaje que les habían permitido llevarse consigo —algo de ropa, sus libros y colchones, y unas tiendas de campaña— y se entristeció todavía más. Como religioso, no daba excesivo valor a lo material, pues confiaba en que Dios siempre proveía; en esta ocasión, no obstante, la injusticia cometida contra ellos lo hacía rebelarse interiormente contra quien la había permitido, fuera un notario, un rey o el Altísimo.

Advirtió un movimiento a su espalda, y al instante oyó la voz a su lado.

—¿Qué será de nosotros?

Meurin tuvo que alzar la mirada para fijarla en el joven esclavo,

al que apodaban Bamboula porque tocaba una flauta de bambú con ese nombre.

—Dios no nos abandonará —le respondió tratando de sonar convincente, aun cuando sabía que los cuarenta y ocho esclavos negros serían subastados en la ciudad para beneficio del rey de Francia.

Meurin se había hecho cargo personalmente de él tras la prematura muerte de sus padres, un matrimonio de esclavos que había comprado en la subasta de una herencia en Kaskaskia, y a sus veinte años ya le había dado sobradas muestras de su serenidad e inteligencia. Le gustaba Bamboula porque leía en sus ojos la misma actitud orgullosa y desafiante que admitía en sí mismo, por más que las normas religiosas y legales lo obligaran a contenerse.

El esclavo echó un vistazo por encima del hombro para cerciorarse de que nadie lo escuchaba, antes de volver la vista hacia su protector.

—No hay suficientes provisiones para todos —comentó en un susurro.

El jesuita, hombre previsor, también había hecho sus cálculos. Tenían comida para un par de semanas y el trayecto duraría en torno a tres.

—Haremos lo que nos enseñó nuestro Señor —le dijo—: compartir lo poco que tengamos.

Por fortuna, el oficial al mando también era consciente de la situación y consintió en aprovechar las paradas para ir a cazar animales salvajes y no les faltó comida. También los acompañó el tiempo, que no fue especialmente malo según dejaban atrás el puesto de Arkansas y, más abajo, el de Pointe Coupée. De modo que el 21 de diciembre el padre Meurin llegó a Nueva Orleans con mejor ánimo que en su partida de Chartres.

La ilusión duró lo que le costó al barco atracar en el puerto de Nueva Orleans. El padre Meurin se preguntó dónde se alojarían, pues nada tenían y a nadie conocían. También allí las propiedades de los jesuitas habrían sido subastadas. Y no solo eso: ahora tendría que despedirse, quizá para siempre, de Bamboula, que había sido como un hijo para él. Lo venderían junto a los demás en el mercado de Nueva Orleans y él no disponía del dinero que valía un hombre de sus características físicas, su inteligencia y su fidelidad. En cualquier

plantación pronto llegaría a capataz.

—Lamento que nuestros caminos se tengan que separar aquí —dijo Meurin a Bamboula en el muelle, incapaz de soportar la vista de los grilletes en las muñecas y los tobillos del joven—. Nada de esto ha sucedido por mi voluntad. Si estuviese en mi mano, te compraría.

Bamboula asintió con una mezcla de abatimiento y resignación, pero no dijo nada, y a Meurin se le encogió el corazón.

—Hablaré de ti al gobernador —añadió el padre con los ojos nublados por las lágrimas—. Es todo cuanto puedo hacer. Le pediré que te busque un buen amo.

Meurin le dio una palmada en el hombro y esperó a que la fila de hombres encadenados desapareciera calle abajo antes de unirse a su grupo de religiosos en dirección a la casa del Gobierno, donde esperaban que el gobernador D'Abbadie se encargara de ellos.

A la semana siguiente, la última de diciembre, Meurin se presentó en el hogar de la familia Girard para cumplir con unos encargos que le habían pedido Leroux y Étienne. Se habían acercado a presentarle sus respetos unos días después de la subasta y Leroux, a quien le parecía una injusticia lo sucedido con los jesuitas, le había permitido guardar sus pertenencias en su almacén hasta el momento de partir.

En cuanto supo quién era y de dónde venía, Jérôme Girard mandó a su hija Suzette en busca de Cécile Dubois para que escuchara las noticias frescas que traía el religioso desde la Alta Luisiana.

—¿Y dónde se han instalado? —preguntó Girard una vez reunidos los miembros de ambas familias.

—Tienen una propiedad provisional cerca del fuerte de Chartres, pero llevaban idea de establecerse más al norte. Cuando nos marchamos, apenas habían empezado a limpiar la zona. Ahora en invierno poco podrán hacer, continuarán en primavera.

—¿Están bien? —Cécile habló con las manos cruzadas sobre el vientre, que ya se notaba abultado por el embarazo—. ¿No han caído enfermos?

—La última vez que los vi gozaban de buena salud.

—¿Y los indios? —preguntó Margaux, preocupada sobre todo por Étienne—. ¿Han tenido que matar a alguno?

—¿Por qué habrían de hacerlo? —El padre Meurin centró su atención en la delicada jovencita y pensó fugazmente que no

aguantaría mucho tiempo en las tierras del norte.

—Para defenderse... —balbuceó ella, intimidada por el tono seco y directo del religioso.

—Yo tengo muchos amigos indios. Y aquí estoy.

—Tengo entendido que parten pronto para Francia... —terció Girard para sacar a su hija del apuro—. ¿De dónde es usted exactamente?

—De Champagne.

—Buena tierra, en la que podrá descansar.

Meurin comprendió que el giro de la conversación sonaba a despedida, así que se levantó y siguió a Girard hasta la puerta de entrada, donde le entregó una carta.

—Es para su hija mayor, pero he pensado que debía entregársela a usted. De parte del joven Étienne. Parece un buen chico.

—Lo es —se limitó a decir Girard, agradecido por la discreción del religioso. Sabía bien cómo era Étienne y conocía sus sentimientos hacia Margaux. Veía con buenos ojos un posible enlace entre ambos, pero su esposa deseaba que el marido de su hija fuera alguien de mayor peso que un comerciante que, en un futuro próximo, solo se relacionaría con indios y tramperos.

Meurin se acercó a la puerta, aunque en el último instante se giró de nuevo, con la mano en el picaporte y una petición quemándole en la lengua:

—Una última cosa. —Se aclaró la voz—. Me he fijado en que tiene varios esclavos. Si necesita uno excelente, mañana venden a un tal Bamboula. Lo conozco desde hace años. Créame; si pudiera, me lo llevaría conmigo.

—Lo sopesaré.

En cuanto Meurin se marchó, Girard fue en busca de Margaux y le entregó la carta con un guiño burlón que su hija no le tuvo en cuenta.

—Por el grosor, diría que tiene muchas cosas que contarte...

La joven la tomó con ojos brillantes y corrió a encerrarse en su cuarto. Girard la vio alejarse escaleras arriba y sonrió; qué lejos le quedaba ya a él esa primera inocencia, pensó antes de encaminarse hacia su despacho.

Por la noche Suzette escuchó con los ojos como platos y boquiabierta la lectura de Margaux del viaje de Étienne al país de los

illinois.

En la habitación que compartían había dos camas, a un brazo de distancia una de otra, con sendos cabeceros blancos. Cada hermana tenía su propio baúl y la mitad del espacio de un armario y una cómoda. La chimenea de mármol, que solo se encendía aquellos meses en que la humedad del invierno calaba los huesos, aportaba elegancia a la coqueta estancia en la que tantos secretos se revelaban a la tenue luz de las velas.

—¡Qué valiente! —exclamó admirada cuando Margaux terminó la lectura.

—Sí, ¿verdad? —Ella suspiró antes de llevarse la carta al pecho y girarse en la cama, para mirar a su hermana pequeña a través de la mosquitera—. Si todo va bien, algún día nos casaremos.

Suzette echó cuentas. Su madre se había casado a los catorce, lo cual quería decir que en unos tres años Margaux podría marcharse. La noción del tiempo para ella era algo difícil de valorar, pero en ese momento le pareció que la marcha de su querida hermana acechaba con las fauces abiertas.

—Te irás de aquí...

Margaux dudó unos instantes antes de asentir.

—Entonces tendré que aprender muchas cosas.

—¿Por qué? —preguntó Margaux con extrañeza.

—Porque cuando tú no estés, yo seré la hermana mayor —murmuró Suzette pensando en sus hermanos Gabriel, de cinco años, Jules, de dos, y Victoire, de ocho meses—. Tendré que ayudar en las cosas de la casa y los negocios.

Margaux sonrió.

—De los negocios se encargan los hombres. Preocúpate de aprender solo las cosas de la casa, para cuando te cases.

Se giró de nuevo en la cama y, tumbada boca arriba, volvió a centrar toda su atención en la carta.

Poco convencida, a la mañana siguiente, al término del desayuno, Suzette declaró con tono resuelto:

—Quiero ir con padre a comprar a ese Bamboula del que habló el jesuita.

Girard arqueó una ceja.

—¿Sucede algo aquí de lo que tú no te enteres? —bromeó.

—Ese no es lugar para una niña —dijo Blanche.

—Nos repetís que tenemos que prepararnos para encargarnos algún día de nuestras propiedades. Los esclavos son parte del patrimonio. Quiero saber cómo se hace todo.

Girard y su esposa intercambiaron una mirada. A pesar de su corta edad, Suzette era una niña muy despierta y solía salirse con la suya. No estaba acostumbrada a las negativas y argumentaba con buenas razones. Cuando no sabía algo, no dudaba en preguntar hasta que su curiosidad quedaba saciada. Entonces permanecía meditabunda largos ratos hasta que la información encajaba en algún lugar de su cerebro.

—De acuerdo —consintió su padre, persuadido una vez más por la lógica aplastante de la pequeña. Si quería aprender cómo se gestionaba una propiedad, ese día recibiría su primera lección.

La casa de subastas de esclavos estaba en la calle Chartres, cerca del muelle, a pocas manzanas de la vivienda de la familia Girard, así que Suzette, su padre y un par de sirvientes fueron caminando. Cuando llegaron, poco antes del mediodía, un grupo de hombres bien vestidos con casacas y sombreros de tres picos aguardaban a que se abriera la puerta de un sencillo edificio de una planta con tejado inclinado de pizarra y construido de argamasa y piedras entre postes.

Suzette reconoció a los padres de sus amigas Jeanne y Marie —monsieur Fournier, tesorero real, y monsieur De la Ronde, acaudalado propietario de la plantación Versailles y miembro del Consejo Superior de la colonia—, y a monsieur Laurent —uno de los hombres más ricos de la ciudad—. Los caballeros no disimularon una mirada de reproche al ver que Girard había traído a la niña, aunque no dijeron nada porque conocían el carácter extravagante de Jérôme.

Para alegría de Suzette, Belmont Fournier acompañaba a su padre y estaba tan guapo como de costumbre. Como siempre, también esta vez se puso nerviosa al ver que se acercaba a ella mientras los hombres hablaban de sus cosas.

—¿Te has fijado en la cara de mi padre cuando te ha visto? —Belmont habló en voz baja y con un brillo divertido en los ojos—. Casi le da algo.

—Tú también estás aquí.

—Pero yo soy un chico. ¿Cuántas mujeres ves?

Suzette miró a su alrededor, consciente de que la respuesta iba a ser inevitablemente negativa, cuando de pronto descubrió a una:

vestida de manera elegante aunque sencilla, había ocupado un sitio en la fila de espera.

—Ella no cuenta —se apresuró a decir Belmont.

—¿Por qué?

—Porque es una granjera.

La mujer tenía el rostro tostado, con arrugas, y las manos grandes y encallecidas.

—¿La conoces?

Belmont asintió.

—Sí, y no me gusta.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir, Su. Todavía eres pequeña para entenderlo.

Aunque le encantó escuchar el cariñoso diminutivo con que a veces se dirigía a ella, Suzette hizo un mohín de disgusto: odiaba que Belmont la considerara una cría. Por suerte para ella, la puerta se abrió en ese momento y le ahorró pensar en una respuesta.

Entraron en una sala no muy grande de suelos de madera y techo de vigas. La veintena de postores tomó asiento en unos bancos rústicos frente a un podio. Girard y Suzette se sentaron en el banco de delante del que ocupaban los dos Fournier y monsieur De la Ronde. A la izquierda del podio, una puerta daba a la espalda del edificio. A la derecha, ante una mesa, estaba el dueño del negocio, llamado Isaac Monsanto. A un gesto suyo, el encargado de la subasta comenzó a explicar la calidad del grupo que se iba a subastar. Después, uno a uno, fueron entrando hombres y mujeres por separado y de cuando en cuando un matrimonio, todos con expresión derrotada, de tristeza y cansancio. El encargado ensalzaba sus virtudes y marcaba un precio de salida. Los clientes pujaban hasta que nadie superaba una cifra. Y vuelta a empezar.

Suzette se sentía mareada y aturdida. Se había empeñado en acompañar a su padre y ahora lo lamentaba. Entre las palabras pronunciadas en un tono demasiado alto, se oían también lloros y lamentos. Los esclavos de su casa siempre habían estado ahí; ella jamás se había planteado cómo habían llegado, de dónde habían surgido. Ella los veía como hombres, mujeres y niños que trabajaban para que todo funcionase en la propiedad Girard, como parte de un engranaje, un conjunto, un grupo con un mismo fin. En esa sala, sin

embargo, tenía la sensación de que los trataban y vendían como si fueran animales.

—¿Quieres salir un momento fuera? —le susurró Girard, pendiente de la niña y consciente de que la situación la estaba superando—. Pero no te alejes...

Suzette no lo dudó. Salió a la calle, apoyó la espalda contra la pared, cerró los ojos y respiró hondo. Entonces oyó una melodía triste y pegadiza. El sonido la guio a la parte trasera del edificio. En el grupo de esclavos que aguardaban su turno vigilados por hombres armados, un joven negro, fuerte como un coloso, tocaba una flauta sentado en el suelo con los pies descalzos y engrilletados.

Se preguntó si sería ese el esclavo del que había hablado el padre Meurin.

—¡Largo de aquí, mocosa! —gritó uno de los guardias—. ¡Y tú, negro, deja de tocar, eres el siguiente!

Suzette corrió adentro y se sentó junto a su padre, expectante. Enseguida entraron al músico, al que efectivamente llamaron Bamboula. El joven, grande y musculoso, algo lento de movimientos, deslizó la mirada por la sala sin fijarla en ningún rostro: orgulloso, retador casi.

—Qué zorro, este Monsanto —susurró De la Ronde a Girard—. Se guarda lo mejor para el final.

El subastero alabó las virtudes del robusto ejemplar masculino: según él, era trabajador, fuerte y dócil. «¡Y sano!», dijo: como muestra, remarcó las encías rosadas, la lengua roja, el pecho ancho y el vientre liso. Estableció el precio de partida en la cifra de ochocientas libras francesas que, en cuestión de minutos, ascendió a mil. Pese a la insistencia de Suzette, Girard se plantó ahí. La niña rezó para que nadie más pujara, pero De la Ronde levantó la mano y ofreció mil cien. Suzette lo odió con todas sus fuerzas, a pesar de ser el padre de su amiga Marie.

—Por favor, padre —suplicó en un susurro—. Si escucharas su música... Yo lo he hecho, antes, cuando he salido. Toca la flauta. Además de fuerte, Bamboula es sensible. Será un esclavo bueno.

Girard frunció el ceño. Suzette no era una niña caprichosa. Y supo que era importante no defraudarla en ese momento que ella nunca olvidaría. Alzó la mano:

—¡Mil doscientas!

Un murmullo se extendió por la sala. El subastero miró a De la Ronde, que movió la cabeza a ambos lados. Mantenía una buena relación con Girard y no iba a estropearla por el orgullo. Entonces se oyó una voz desde el fondo:

—¡Cien más!

El murmullo creció en intensidad. Mil trescientas libras por un esclavo era una cantidad desorbitada. Girard se giró para ver quién era el nuevo contrincante y gruñó por lo bajo.

Nicolas Chauvin de Lafrenière. El recién nombrado procurador general del Consejo Superior de Luisiana. No lo había visto desde que llegó en junio de Francia con el gobernador D'Abbadie y con los papeles de su nuevo cargo y la orden de expulsión de los jesuitas.

Lafrenière tenía fama de ser un hombre extremadamente atractivo y no eran pocas las mujeres en Nueva Orleans que lo observaban cuando tenían ocasión, ocultas tras sus abanicos. Alto y bien proporcionado, con melena entrecana y rizada hasta los hombros y ojos de mirada penetrante, desprendía un aire de valentía y arrogancia. Para Girard, que nunca se había llevado bien con él, su frente era demasiado ancha y los labios, finos, formaban una línea inexpresiva. Le parecía un estirado que se creía con más derecho que nadie sobre ese territorio, aunque en realidad descendía de un colono canadiense a quien la vida le sonrió cuando el propio fundador de Nueva Orleans le entregó seiscientos arpendes de tierra para empezar una plantación. Había amasado una fortuna cultivando arroz, maíz, patatas e índigo en la orilla este del Misisipi, cosechando madera de ciprés y criando mucho ganado. Esto le había permitido proporcionar una educación más formal a sus descendientes. Nicolas Lafrenière había estudiado leyes en Francia y, al morir su padre, había sido llamado para ocupar su puesto en el Consejo Superior. Así que ahora, además de consejero real, era procurador general. Quienes se codeaban con él eran del mismo palo: para ellos, hombres como Jérôme Girard o Benoît Leroux, emprendedores desde la nada, motivados por la necesidad y el deseo de mejorar en la vida, pertenecían a un nivel inferior.

En algunas familias exitosas, pensó Girard, la vanidad aparecía ya en la primera generación. Y no solo eso. Tenía la sospecha de que, en su juventud, Lafrenière había echado el ojo a la joven y acaudalada Blanche Bonnet y nunca había digerido del todo que Girard se hubiera

casado con ella. Y ahí estaba ahora, echándole un pulso en público. Se había sumado a la puja al final, cuando la venta ya estaba decidida a su favor. Pues él no estaba dispuesto a perder. Levantó la mano y, con calma, sin alzar la voz, ofreció mil cuatrocientas.

—¿Qué está usted haciendo? —le preguntó desde atrás Fournier —. No le conviene enfrentarse al procurador general.

Suzette no comprendía del todo la amenaza, pero intuyó el peligro y se arrepintió de haber insistido tanto en la compra de Bamboula. La expresión tensa en el rostro de su padre le aconsejó mantenerse quieta y callada.

—Quinientas —dijo entonces Lafrenière.

—Cien más —indicó Girard sin dudar, queriendo mostrar que no iba a detenerse fácilmente.

Durante unos segundos reinó el silencio más absoluto. Era evidente que la puja no tenía que ver con el valor del esclavo sino con el orgullo de ambos hombres. El tiempo pasaba y Lafrenière no aumentaba la cantidad.

—Mil seiscientas —dijo el subastero—. ¿Alguien da más? —Miró a Monsanto, que le urgió con un gesto a que terminara ya—. Adjudicado, pues, a monsieur Girard.

Suzette esbozó una sonrisa nerviosa. Se sentía satisfecha por que hubiera ganado su padre, pero había pagado un altísimo precio por Bamboula en un año en que, además, había invertido mucho en la expedición de Leroux.

Creyó que ya se podrían marchar, pero entonces subieron a la plataforma a una niña mulata de su edad, menuda y flaca, de aspecto desvalido, que no dejaba de llorar.

—Terminamos con las gangas —dijo el subastero empujándole la barbilla hacia arriba para que pudieran verle la cara—. Aunque parece poca cosa, trabajó de niñera hasta el fallecimiento de su amo. Los herederos están vendiendo todas las propiedades. —Hizo una mueca de complicidad con la audiencia—. Ya saben, para pagar deudas.

Durante unos minutos nadie pujó por ella. Como último argumento, el subastero le tocó el vientre y dijo:

—Está sana. Seguro que cría bien.

Entonces, la única mujer presente en la sala alzó la mano:

—Treinta libras.

—¿Alguien da más? —preguntó el subastero.

—Pobrecita. Cómo llora —se lamentó Suzette a media voz.

De la Ronde, que la oyó, se inclinó hacia delante.

—Que no te dé lástima —le dijo—. Los negros carecen de las emociones básicas humanas. Sus penas, como las de los perros, son transitorias.

A Suzette le asqueó el comentario. Las lágrimas de la muchacha la conmovían.

—Padre, Belmont me ha dicho que no le gusta esa granjera. ¿Por qué?

Girard no respondió, pero se giró e intercambió una mirada con Fournier, que también parecía incómodo.

—¿Qué pasa con ella? —insistió Suzette.

Girard no sabía qué responder a su hija. Aquella compradora siempre hacía lo mismo: esperaba al final de las subastas para adquirir por poco dinero a aquellas jovencitas que nadie quería y que ella se llevaba a su propiedad para hacerlas criar. Ninguna ley prohibía que se pudiera tener una granja de esclavos, pero a él personalmente le parecía desagradable. Aun cuando no fuese su caso, tal vez muchos consideraran un mero desliz, fruto del apetito sexual de un hombre, tener un hijo con una esclava; pero ningún buen cristiano vería con buenos ojos aquella actividad deliberada.

—No es buena con sus esclavos —se limitó a contestar.

—Pues entonces, cómprala —dijo Suzette ansiosa—. Será mi doncella.

—Ya he gastado más de lo previsto con Bamboula...

—Si nadie sube la puja... —decía el subastero, con ganas evidentes de quitarse de encima a la niña esclava.

Suzette se llevó las manos a las orejas, se quitó los pendientes de oro y los puso en la palma de la mano de su padre.

—Yo la pago.

Y sin esperar su consentimiento, gritó:

—¡Dos luises! —No sabía demasiado del valor de las cosas, pero para ella un luis era mucho y equivalía a veinticuatro libras. Estaba superando las treinta que ofrecía esa mujer.

Algunos se rieron al escucharla. Monsanto miró a Girard, que confirmó con un leve gesto de la cabeza la puja hecha por su impetuosa hija.

Suzette cerró los ojos y, con el corazón palpitante, contó los

segundos que pasaban, temiendo que se oyese otra oferta mejor. Sin embargo, no llegó.

—Adjudicada entonces a mademoiselle. —El subastero sonrió, como si se tratase de un juego.

Fournier se inclinó hacia delante.

—No sabía que su hija tuviera tanto carácter, monsieur Girard —le susurró—. Sin duda lo ha heredado de usted.

Girard reconoció para sus adentros que a él también le había sorprendido la actitud tan decidida e imprudente de su hija en ese asunto, pero valoró positivamente su compasión y generosidad, cualidades que él consideraba necesarias para la gestión de cualquier empresa de la vida. Se acercó a la mesa donde estaba Monsanto y firmó un pagaré por la suma total de la compra, antes de enviar a sus criados a buscar a Bamboula y a la niña sin nombre.

Ya se había despedido de De la Ronde y de Fournier en el exterior cuando, como surgido de la nada, apareció a su lado el padre Meurin. No había querido marcharse sin conocer el destino del esclavo; había permanecido toda la subasta al fondo de la sala.

—Gracias por escucharme y comprar a Bamboula.

—Más vale que sea un buen trabajador. Me ha costado una fortuna.

—Es una buena inversión. Le será leal hasta la muerte.

—Ya lo veremos. Yo diría que hoy en día no hay certezas absolutas. ¿Acaso no le ha abandonado a usted su propio gobierno?

El padre Meurin reflexionó unos instantes.

—Los gobiernos van y vienen, pero el hombre noble siempre lo es. No sé qué nos deparará la vida ni a usted ni a mí, pero hoy ha demostrado su buena naturaleza al comprar a ese joven y a esa niña. Y yo ahora puedo partir en paz.

5

Nueva Orleans, marzo de 1764

Suzette tardó meses en conseguir que su doncella personal cambiara los lloros por alguna sonrisa y la desconfianza por la naturalidad. Poco a poco fue ganándose su confianza.

Supo que se llamaba Anne Operman, que había nacido en una plantación de añil, en la que su madre, originaria de Guinea, trabajaba de cocinera. Recordaba la mansión principal, los establos, las cabañas de los esclavos, el jardín con robles y el rostro del amo Operman, que a veces le regalaba telas a escondidas para que se hiciera algún vestido. Su madre le había dicho que ese era su padre, pero que nunca debería ni verlo como tal ni contarlo por ahí. Si alguna vez se había hecho ilusiones con que él la tratara como a sus otros hijos, sobre todo tras la muerte de su madre, estas desaparecieron al fallecer el hombre. Su familia no dudó en deshacerse de ella.

Un domingo en que las familias Fournier y Le Sénéchal se reunieron en casa de los Girard, Suzette sacó el tema con su hermana y amigos. Estaban en el patio, disfrutando de la suave temperatura de la primavera, sentados en unos bancos de madera junto a una fuente con querubines de piedra.

—Si mi padre tuviera un hijo con una esclava, sería mi hermano —dijo.

—Pero sería un esclavo —replicó Louise Le Sénéchal.

—Un hermanastro esclavo. —Margaux resopló—. Qué raro. Mejor si no pasa...

—Sucede en las mejores familias. —Louise miró a los hermanos Fournier—. ¿A que sí?

Jeanne se ruborizó por la indiscreción de su amiga.

—Nuestro padre tuvo una hija con una esclava —confesó—. Se llama Alizée. Tiene veintiséis años, está casada y tiene un hijo que se llama como nuestro padre. —Se encogió de hombros en un gesto

resignado hacia las hermanas Girard—. Creía que lo sabíais. Todo el mundo lo sabe.

—Entonces tienes una hermanastra y un sobrinastro esclavos —comentó Margaux.

—No es necesario dar tantas explicaciones.

—¿Por qué te enfadas, Belmont? —preguntó Suzette ante su tono airado.

El muchacho pensó sus palabras. No quería que creyeran que él podía actuar como su padre. En su casa estaba prohibido hablar del tema, pero él se llevaba bien con Alizée, quien lo trataba con el afecto de una hermana mayor, aunque a escondidas. Jeanne se parecía a Alizée; el color de la piel marcaba la gran diferencia entre vivir entre algodones o trabajar en la cocina. No le parecía justo.

—Si a mí me pasara, también sería mi hijo —admitió con convicción.

—Sí, ya —dijo Margaux con ironía—. No me lo creo.

De pronto se oyó jaleo en la casa y enseguida una criada salió en busca de los hijos de las familias invitadas para decirles que tenían que marcharse. Ante la puerta principal, Blanche se ajustaba un ligero chal sobre los hombros y urgía a una de sus doncellas, la que solía atenderla en sus partos, a que saliera ya de la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Suzette, corriendo junto a Margaux para seguir el paso de su madre.

—Cécile se ha puesto de parto. No va bien.

En pocos minutos llegaron las cuatro a la vivienda de la familia Dubois. Cruzaron la sala en la que lloraban los hijos de Cécile aferrados a las faldas de una joven niñera y entraron en la habitación donde la mujer, sola, gritaba tumbada en una cama. Las sábanas estaban empapadas de sangre.

—Encargaos de los pequeños —ordenó Blanche a sus hijas, con cara de espanto, obligándolas a salir de la habitación—. Y tú —se dirigió a la niñera—, pon más agua al fuego y trae más ropa limpia. ¿Dónde está el médico?

—También le he mandado aviso —lloriqueó—, pero está visitando enfermos. Que llegará cuando pueda.

La criada de los Girard salió del dormitorio, se acercó a Blanche con las manos manchadas de sangre y le susurró:

—Viene de nalgas. Yo más no puedo hacer: está en manos del

Señor. —Tenía experiencia en partos con su señora, pero los de Blanche jamás se habían torcido tanto.

—Dios la proteja. —Blanche se persignó.

Suzette la imitó, sin poder evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Los gritos de Cécile eran desgarradores. Producían un miedo intenso e indescriptible en su interior.

Entonces se oyó una vocecilla:

—Yo puedo ayudar.

Todas se giraron hacia la niña que les hablaba desde la puerta de entrada. Era Anne, la doncella de Suzette. No se habían percatado de que las seguía.

—Lo hice una vez —añadió.

Blanche dudó unos instantes, pero el tiempo corría demasiado deprisa y la vida de Cécile estaba en peligro. Asintió con la cabeza y la niña se dirigió al fuego y pidió a Margaux que le echara agua caliente en las manos. Después de lavárselas bien entró en el dormitorio y analizó la situación unos instantes.

—Tiene que seguir empujando. Todo lo fuerte que pueda. No es su primer hijo, así que hay sitio.

Cécile respiró hondo y emitiendo un grito animal empujó con todas sus fuerzas. Anne le insistió en que repitiera la acción tres veces más hasta que salieron las nalgas. Cuando vio los omoplatos, le indicó a la criada de Blanche que pusiera las manos en el bajo vientre de Cécile y ejerciera una presión firme sobre la cabeza del bebé. Entonces rodeó con ambas manos las nalgas de este como si fuera un cinturón y lo fue curvando lentamente hacia el pubis de la madre, sin tirar. Con cada presión de la otra mujer, Anne alzaba un poco más a la criatura, con delicadeza, sin forzar, como si le estuviera mostrando el camino que solo ella podía tomar, hasta que primero se desprendieron los brazos y, por último, la cabeza. Era una niña preciosa y sana.

Blanche dirigió la mirada hacia Suzette, que observaba la escena desde la puerta con una mezcla de miedo, asco y curiosidad en el rostro. Se había enfadado por la compra de una esclava para su hija sin contar con su criterio de elección, y había dudado de las cualidades y aptitudes de esa niña flacucha y callada. Ahora acababa de salvar dos vidas.

—Bendito el día que la trajiste a nuestra casa —dijo.

Suzette agradeció el comentario de su madre con una sonrisa y

decidió que, si algún día se atrevía a tener hijos, solo querría que la atendiera Anne.

Al día siguiente, de camino al despacho de la gobernación, Jérôme Girard disfrutó de la agradable temperatura de ese lunes de marzo. Desde los balcones abiertos le llegaba un delicioso aroma a café negro y fuerte. Le gustaba recorrer la ciudad a pie, a pesar del ruido de carretas y carruajes, que levantaban nubes de polvo a su paso, y de los gritos de los vendedores callejeros. Alababa el buen gusto de los pioneros que la habían diseñado como una parrilla de calles perfectas trazadas desde el río. Aunque la mayoría de las viviendas con galerías estuvieran elevadas sobre altos travesaños como protección frente a las inundaciones, los techos en pico, algunos abuhardillados, y las casas encaladas le traían recuerdos de su inolvidable Francia.

Atravesó la plaza de armas, contigua al río, alrededor de la cual se erigían la iglesia, los hogares de algunos comerciantes y miembros del gobierno, los cuarteles y la prisión militar, y, ante el edificio de la gobernación, miró la hora en su reloj de bolsillo.

Era un hombre extremadamente puntual, incluso en sus retrasos: había decidido llegar unos minutos tarde, tiempo suficiente para que el gobernador ni se molestase por la demora ni considerase al solicitante de la reunión demasiado apremiante.

Se pasó el pañuelo por la frente para eliminar cualquier rastro de sudor. Quería mostrar un aspecto impecable.

Cuando al fin un oficial lo acompañó al despacho, encontró a monsieur Jean-Jacques Blaise D'Abbadie concentrado en sus anotaciones. Tenía el hombre treinta y ocho años, pero lo avejentaban su sobrepeso y esa generosa papada bajo un rotundo rostro cuadrado, además de las abultadas ojeras, que indicaban largas noches de desvelos. D'Abbadie era *ordonnateur* o interventor general y gobernador y, desde su llegada el verano anterior, poco antes de la marcha de Leroux, supervisaba las propiedades reales, cobraba los tributos, gestionaba el dinero de la colonia y era el primer juez del Consejo Superior.

Ya en los preliminares de la conversación, el gobernador tuvo claro que Girard estaba al tanto de muchas cosas, de las cuales le interesaban en particular los intentos de los ingleses de ascender el Misisipi desde que habían ganado la guerra y el derecho de

navegación por el río, pues en ellos tendría unos fuertes competidores para sus negocios.

—Al primer convoy inglés no le ha ido bien —comentó Girard íntimamente satisfecho, refiriéndose a la expedición de once barcos y más de trescientos pasajeros que, tras sufrir el ataque de los indios a la altura de Pointe Coupée, se había dado la vuelta hacía poco. Con intención de conseguir información, añadió—: Supongo que volverán a probar cuando se les pase el disgusto...

—De momento no tengo noticias. —El tono de D'Abbadie se agrió —: Le advertí al obstinado oficial inglés al cargo del peligro que conllevaba en esos tiempos turbulentos ascender por el Misisipi y le di toda la información necesaria sobre la navegación por el río. El muy ingrato ahora me culpa del fracaso y de los muertos y se dedica a propagar la sospecha de que, con tal de conservar nuestro lucrativo negocio entre Orleans y el Illinois, los franceses hablamos de paz mientras por detrás armamos a los indios.

—Una actitud deplorable —convino Girard—. Como la de inspeccionar los barcos franceses que viajan a Florida Occidental para evitar, bajo pena de confiscación, la exportación de vino y licores franceses, tafia, azúcar y café. Me temo que costará que haya entendimiento con los ingleses.

D'Abbadie suspiró.

—Cada uno vela por sus intereses —dijo mientras pensaba: «Y yo por los de todos».

Sobre él recaía la responsabilidad de desmantelar las guarniciones francesas que pasaban ahora a manos británicas. Lo que más le preocupaba era la difícil reconciliación entre colonos ingleses e indios hostiles.

Se masajeó el entrecejo.

—Y bien, monsieur Girard... ¿En qué puedo ayudarlo?

—Sabrá que el anterior gobernador concedió a mi compañía los derechos exclusivos de comercio con los indios del Illinois. He sufragado con mi dinero la expedición de Leroux, con lo cual supondría un grave perjuicio para mis intereses que las condiciones cambiaran.

El deseo de Girard era que nadie (ni inglés ni francés) le hiciera la competencia. D'Abbadie asintió levemente. Si algo tenía claro era que le convenía llevarse bien con un amigo de Fournier y Laurent,

hombres poderosos de la ciudad.

—Las últimas noticias llegadas de monsieur Neyon desde el Illinois son inquietantes. Las naciones indias están agitadas y proponen atacar a los ingleses. Tengo que evitar a toda costa que Francia se vea arrastrada por la rebelión de los seguidores de ese Pontiac. Desde luego lidera usted una empresa arriesgada, monsieur. En estos momentos de incertidumbre, tiene mi palabra de que no anularé esa exclusividad.

Girard sonrió para sus adentros; externamente, no obstante, solo inclinó un poco la cabeza.

—Sabrá usted —continuó D'Abbadie, aprovechando la satisfacción del otro para conseguir algo a cambio— que la escasez de harina me ha obligado a reducir a la mitad las raciones de los soldados y añadir medias raciones de arroz. Aprovechándose de la situación, un mercader inglés me la vende a noventa libras, una cantidad que desde luego no pienso pagar, aunque tenga que reducir más todavía las raciones.

Girard también estaba al tanto de esto. Al negarse a comprar la harina, el precio había bajado a sesenta libras. D'Abbadie tenía fama de controlar hasta el último *denier* de cobre. La pausa prolongada tras la explicación del gobernador indicaba a las claras que ahora le correspondía a él agradecer la renovación de la exclusividad en el comercio del norte. Tenía que hacer una oferta que nadie más pudiera igualar, aunque no sacara ningún beneficio o incluso perdiera algo de dinero.

—Por el bien de nuestros soldados, y por no darles el gusto a los ingleses, yo se la conseguiré a cuarenta y cinco.

D'Abbadie, satisfecho, extendió la mano para cerrar el trato.

Girard salió del despacho del gobernador convencido de que nunca aceptaría un puesto de gobernación: no podía haber nada más ingrato.

Sabía que los demás comerciantes de Nueva Orleans criticarían a D'Abbadie por favorecer sus intereses.

Ah, bueno. Así era la vida.

¿Cuántos de esos comerciantes hubieran solucionado el gran problema de la harina? Ninguno.

Se sentía satisfecho por lo logrado para su empresa y por haber hecho méritos ante el gobernador. Solo faltaba que empezaran a llegar

los productos del nuevo puesto de Leroux en el norte para que sus sueños de comprar una casa más cerca del río se hicieran realidad. Por él y por su familia. Las acciones de un hombre siempre tenían consecuencias en el futuro. Y él deseaba el mejor para los hijos que ya tenía y para los que aún esperaba tener con su amada Blanche.

Justo en la puerta de la calle se topó con monsieur Laurent, que iba acompañado del procurador Lafrenière. Se sintió incómodo por tener que conversar por educación con el primero cuando el último encuentro con el segundo, en la subasta de esclavos, había resultado tan desagradable.

—¿Le ha dicho algo de la cesión a España de la parte de Luisiana que todavía le queda a Francia? —le preguntó Laurent—. Tanto Fournier como aquí monsieur Lafrenière insisten en que no son solo habladurías. Que le llegaron a monsieur D'Abbadie noticias en la última correspondencia.

—Algo de esa importancia no se puede ocultar —dijo Girard, que desde que había escuchado los primeros chismes en el puerto el día que partió la expedición de su socio Leroux se había empeñado en hacer oídos sordos—. ¡Me niego a creer que Francia nos traicione y nos entregue a España! No me parece que el gobernador sea de los que engañan. ¿Cómo me iba a conceder los derechos de comercio en el norte si supiera que la colonia no iba a seguir en manos francesas?

—En eso lleva usted razón. No pretendía inquietarlo.

Tal vez no fuera esa su intención, pero Laurent lo había conseguido.

«No me gustaría estar en el pellejo del gobernador», pensó Girard de nuevo. Si Francia cediera Luisiana a España, en compensación por su ayuda en la última guerra contra los ingleses y por la pérdida española de Florida, a ver cómo se lo explicaba a los indios que rechazaban a los ingleses porque querían seguir con los franceses, y a los criollos franceses, que jamás aceptarían vivir bajo gobierno español.

¿Qué haría él, llegado el caso?

¿Antepondría su éxito a su bandera?

Girard, por lo general un hombre alegre y sereno, anduvo malhumorado durante días.

6

Alta Luisiana, abril de 1764

Benoît Leroux se sentía emocionado. Sus hombres, su hijastro Étienne y él mismo habían trabajado muy duro desde el final del severo invierno y el resultado era evidente. Las primeras edificaciones frente al río del nuevo asentamiento del norte ya estaban terminadas. En general eran casas pequeñas, construidas con maderos de cedro rojo y roble colocados verticales a lo largo de zanjas que, una vez rellenadas, los mantenían firmes. Los huecos entre los postes estaban cerrados con barro y piedras, y los tejados a dos aguas, cubiertos con tablones de álamo.

Las paredes exteriores de su casa, no obstante, estaban forradas de piedra, lo cual marcaba una diferencia económica con el resto. Aconsejaba a Étienne que nunca fuera un hombre derrochador y él se permitía esos lujos... Pero tenía sus razones: quería que todos se formaran la mejor impresión de él. Un hombre poderoso debía, además de serlo, parecerlo. Solo le faltaba terminar los cobertizos de la parte trasera y levantar el muro que cerrase la propiedad.

Fieles a las costumbres de Luisiana, los recién llegados —negociantes, artesanos y granjeros— se habían ido repartiendo parcelas rectangulares de terreno sobre la marcha y de común acuerdo, siguiendo un diseño que respetaba tres partes: una para la futura población, que tendría una plaza pública cuadrada de cara al río, como en Nueva Orleans; otra para tierras de labranza a las afueras, a la espalda del pueblo; y otra de terrenos comunales para pastos de ganado, leña y caza. El comandante Neyon, como representante del rey, había otorgado a cada uno verbalmente una parcela de ciento veinte pies de frente y ciento cincuenta pies de profundo, con el compromiso de que la ocuparan y mejoraran durante un año y un día para obtener la propiedad. Con la concesión de la parcela urbana, también recibían una faja de tierra de cultivo de

ochenta arpendes.

Como ya podían alojarse en sus viviendas, las edificaciones auxiliares destinadas a cabañas para esclavos, graneros y establos, gallineros y porquerizas se construirían con celeridad. Corría prisa, sobre todo, poner en marcha los huertos, porque la primavera avanzaba rauda.

En cuanto al nombre, habían elegido el de Saint Louis en honor a su majestad el rey Luis XV de Francia, de quien Leroux esperaba seguir siendo súbdito durante mucho tiempo. Tenía el presentimiento de que esa ciudad competiría con Nueva Orleans. Podría incluso superarla. Al fin y al cabo, el sur de Luisiana se había poblado con golfos y presidiarios que enviaba Francia —amén de unos cuantos militares y emigrantes bien educados como él—, mientras que en Saint Louis habían empezado de cero con familias trabajadoras.

Étienne interrumpió sus pensamientos.

—Quería comentarte algo —dijo el muchacho un tanto nervioso —. Neyon ha retrasado varias veces su marcha a Nueva Orleans para regresar a Francia. Lo tiene todo dispuesto por fin para junio.

Leroux asintió.

—No lo echaré de menos.

Había procurado mantener una relación cordial con él porque, al fin y al cabo, era quien tenía que tramitar la solicitud para la apertura del establecimiento de la compañía Girard y Leroux, pero le reprochaba su actitud. Neyon tenía tantas ganas de marcharse del fuerte de Chartres que ni siquiera trataba de convencer a los colonos de Kaskaskia y Cahokia —ahora en territorio inglés— de que se pasasen a Saint Louis en vez de abandonar la Alta Luisiana o prestar juramento a un rey protestante. Ojalá el sustituto de Neyon fuese más firme y diligente.

—He pensado —continuó Étienne— que podría aprovechar y bajar con monsieur Neyon para ayudar a mi madre a preparar su viaje. Ahora que conozco el trayecto, no me imagino cómo se podrá arreglar con mis hermanos, tan pequeños.

Lo decía de corazón, aunque había otro motivo: echaba de menos a Margaux. Era un joven fuerte. Podría soportar el viaje río abajo y río arriba en pocos meses con tal de verla.

Leroux comprendió el rubor en las mejillas del joven. El éxito se saboreaba mejor cuando se compartía con la persona amada. Él

echaba muchísimo de menos a Cécile y, ahora que la casa estaba terminada, su próxima ilusión sería que ella se trasladara cuanto antes.

—Buena idea, muchacho. Y muy considerado por tu parte pensar en tu madre. No será un viaje fácil.

Los veintiún barcos y las siete largas piraguas en los que se trasladaban los pertrechos y la guarnición francesa abandonaron el fuerte de Chartres a mediados de junio, junto con docenas de colonos franceses que no querían ni quedarse bajo gobierno británico ni asentarse en el puesto de Saint Louis.

Étienne viajaba en el barco de Neyon y su esposa. En comparación con el largo y fatigoso ascenso del otoño anterior, el viaje transcurrió con normalidad hasta que pasaron el puesto de Arkansas, que marcaba la mitad del trayecto.

Era de noche. Como uno más de los fornidos hombres de la expedición, el joven había escalado la resbaladiza y empinada orilla del Misisipi y se había adentrado en el bosque que bordeaba el río para clarear el espacio elegido limpiándolo de matorrales, zarzas y brezos con un hacha. Estaba reuniendo leña para el fuego cuando vio llegar a unos soldados del grupo que había salido a cazar. Regresaban con una compañía inesperada.

Traían entre cuatro hombres a dos indios: uno muy herido, que tumbaron en el suelo, y el otro al límite de sus fuerzas.

Étienne se aproximó y descubrió con gran sorpresa que este último era el mestizo Sarazen, el que le había hecho de intérprete en su visita al poblado quapaw y luego le había recetado aquellas hierbas que tan bien le habían sentado.

—¿Qué os ha ocurrido? —le preguntó acuclillándose junto a él.

—Salí a cazar con los hombres de nuestra aldea y nos topamos con un grupo de chickasaw que llevaban prisioneros a indios del norte, de los nuestros, de los amigos de los franceses, para venderlos a los ingleses. Los seguimos para liberar a los prisioneros, porque ellos habrían hecho lo mismo por nosotros. Nos descubrieron. Hubo algún muerto. Otros huyeron. A nosotros nos hirieron, pero conseguimos escapar. Llevo tres días en el bosque cuidando de él —Sarazen señaló al otro joven—, pero está grave. Por favor, ayudadnos.

—Lo haremos —prometió Étienne, sin saber cómo haría honor a su palabra.

Fue a hablar con Neyon, que en ese momento los observaba en pie con las manos unidas a la espalda y gesto serio, junto a una pequeña hoguera que alargaba las sombras y mantenía la oscuridad a raya. Tanto él como el capitán del barco principal se negaron a dar la vuelta para llevar de regreso a los indios al puesto de Arkansas. Incapaz de dejarlos allí, abandonados a su suerte, Étienne calculó a cuánto ascendía su bolsa y, tragando saliva, decidió hacerse cargo de ambos y costear sus gastos hasta Nueva Orleans.

—Podrías ahorrarte la mitad del dinero —le dijo Neyon—. El mestizo se salvará, pero el otro no.

—Me arriesgaré —repitió mientras se preguntaba si Benoît aplaudiría su decisión o si se la echaría en cara.

Miró por encima del hombro hacia los dos indios, que permanecían recostados en la tierra blanda. Sarazen se revolvía; el pecho del otro apenas se levantaba.

Había visto el tatuaje que lucía el moribundo en el brazo: un saltamontes. Por eso le había resultado familiar. Era el joven indio que acompañaba al padre Meurin en la subasta de los bienes de los jesuitas en Kaskaskia.

Sarazen explicó que le había quitado la bala del vientre con su cuchillo y que le había aplicado emplastos de hierbas para curar la herida, pero que había perdido mucha sangre. Entre él y Étienne se turnaron los siguientes días para darle de comer y beber con frecuencia y en pequeñas cantidades.

En Pointe Coupée, a pocas jornadas de distancia de Nueva Orleans, cuando se detuvieron para descansar, se encontraron con tres barcos que, viajando en dirección contraria, también habían hecho la correspondiente parada en aquel lugar.

Neyon buscó a Étienne.

—Son barcos reales enviados por comerciantes con provisiones para Arkansas y el Illinois. Me informan de que como pasajeros solo llevan a una familia apellidada Dubois.

Étienne no podía dar crédito.

No estaba previsto que su madre viajara tan pronto, pero en Nueva Orleans no había otros Dubois...

Corrió a la zona de acampada de los tripulantes de esos barcos y vio a una mujer alta y rubia rodeada de tres chiquillos. Cuando la emoción por el encuentro permitió hablar a Cécile, le presentó al

nuevo miembro de la familia, Victoire, que apenas tenía tres meses.

—¿Cómo te has aventurado sola con los niños? —preguntó Étienne con sincera preocupación—. ¡Ha sido imprudente!

—El tiempo sin vosotros se me hacía insoportable.

—¡Y preparar las pertenencias y las provisiones! ¡Y cerrar la casa! ¡Se suponía que yo tenía que ayudarte!

El enfado de Étienne surgía del dilema al que se tenía que enfrentar. Quería llegar a Nueva Orleans. Ver a Margaux. Ahora, además, tenía a dos jóvenes indios a su cargo. Sarazen podría regresar con él hasta el puesto de Arkansas, pero el herido no resistiría varias semanas sin los cuidados apropiados. Por otra parte, su prioridad tenía que ser su familia. No podía consentir que su madre y sus hermanastros se enfrentaran a ese viaje tan largo hasta Saint Louis sin él.

—Me ayudaron las mujeres Girard —respondió Cécile—. Cogí solo cuatro cosas. Y durante el viaje me está ayudando... ¡Mira, aquí viene!

—¡Padre Meurin! —exclamó Étienne—. ¡Lo hacía ya en Francia!

—Cambié de idea en el último momento, muchacho.

El padre Meurin amplió la explicación más tarde, cuando los niños ya dormían y la luna sobre las aguas del Misisipi en una noche cálida como aquella propiciaba las narraciones:

—Ironías de la vida, los capuchinos, a cargo ahora de la espiritualidad de la colonia, nos proporcionaron alojamiento y alimento. Nos trataron con cortesía, pero yo percibía a todas horas que deseaban nuestra marcha. Supongo que se sentían culpables de haber aceptado sin protestar la imperdonable injusticia cometida contra nosotros. A principios de enero se nos comunicó que embarcaríamos de vuelta a Europa. La única clemencia que obtuvimos del Consejo fue la de posponer el viaje hasta la primavera, cuando los mares no estuvieran tan agitados. La noche antes de partir de Nueva Orleans me sentía rabioso, intranquilo. No me quería ir. Quería regresar al Illinois. A pesar de no poseer nada sino mala salud. Y no me subí a ese barco.

—¿Y qué hará ahora? —preguntó Étienne.

—Los indios cuidarán de mí. No soporto pensar que se olvidarán de la religión. Además, ¿qué iba a encontrar en Francia? Ni sé qué familia me queda, después de tantos años. ¿Y qué amor puedo ya

sentir por el que fue mi primer país? ¿Acaso no ha venido de allí el decreto contra nosotros? Pasaré los últimos años de mi vida donde se me quiere. Vuelvo a la que considero mi casa. La zona de Kaskaskia es ahora inglesa. De allí nadie puede echarme.

—Es usted valiente —aplaudió Cécile.

—No lo sé. Pero sí sé que, por primera vez en mi vida, me siento libre.

Étienne también hubiera deseado ser libre para continuar su camino río abajo.

Cayó entonces en la cuenta de que Meurin conocía a uno de los indios heridos, pues los había visto juntos en aquella subasta. Si le decía algo, se sentiría obligado a hacerse cargo de él; tal vez incluso decidiera acompañarlo a la ciudad, con el riesgo de que lo detuvieran. Juzgó adecuado no empañar su alegría y no ponerlo en peligro.

Esa noche Étienne apenas durmió, pensando en su mala suerte.

No podía dejar de dar vueltas a la idea de que, estando tan cerca de la ciudad, se veía obligado a regresar al norte. Si se hubieran detenido en cualquier otro lugar o cualquier otra noche en Pointe Coupée, no se habría producido el encuentro con su madre y sus hermanos. A la vez, se sentía culpable por atribuir esa coincidencia a la mala suerte.

Por fin tomó su pluma: sabía qué debía hacer.

7

Nueva Orleans, julio de 1764

Suzette se desanudó el barboquejo del sombrero de paja ribeteado con una cinta azul, a juego con su falda. Hacía un calor insoportable, húmedo y pegajoso. Notaba la camisa de lino pegada a la piel y se le había manchado el encaje de la bocamanga al secarse el sudor del rostro. Solo quería llegar a casa y librarse de las medias y del corpiño. Ojalá su madre no fuera tan pesada con el tema de la vestimenta, que para ella debía ser perfecta en toda ocasión. Con su sencillo vestido de algodón de color gris claro, Anne no parecía tan agobiada como ella.

El paseo no podría haber resultado más decepcionante. Por culpa del calor —y del hedor proveniente de la porquería acumulada en las zanjas que rodeaban las viviendas— no se habían encontrado con nadie.

Absorta en sus quejosos pensamientos, hasta que estuvo a unos pasos no se dio cuenta de que dos jóvenes aguardaban ante la puerta principal de la residencia Girard. Uno estaba de pie y el otro parecía al límite de sus fuerzas, como si estuviese recurriendo a todo su orgullo para mantenerse en pie, recostado contra la cancela.

Suzette se percató de que eran indios —habrían destacado en cualquier sitio por su atuendo, el largo cabello de uno y la nariz y las orejas perforadas y el cráneo rasurado del otro—, y el corazón le dio un vuelco de miedo. Había indios en Nueva Orleans, pero no merodeaban por los distritos residenciales. Se quedaban acampados en los alrededores de la ciudad, al otro lado de la empalizada que la protegía, o plantaban sus puestos en el mercado cerca del río para vender sus mercancías. Y, desde luego, solían llevar más ropa que esos dos.

Estaba a punto de echar a correr o ponerse a gritar, o quizá ambas cosas, cuando uno de ellos le preguntó en francés:

—¿Es esta la casa de monsieur Jérôme Girard?

Muda de repente, Suzette asintió con la cabeza.

—¿Lo conoces, mademoiselle? —preguntó el mismo joven.

Cuando Suzette volvió a asentir, el indio le mostró una carta.

—Tengo esto para él. ¿Sabes si está en la ciudad? He llamado, pero nadie contesta.

Estarían todos en el patio o en la parte trasera de la casa esperando que remitiera el calor sofocante, pensó Suzette todavía aterrorizada. Lo de la carta podía ser un engaño. ¿Oirían sus gritos si las atacaban?

Anne dio un paso al frente, tapando con su cuerpo a su dueña.

—Si te apartas de la puerta, nosotras lo avisaremos —dijo con firmeza.

Sarazen así lo hizo, consciente de que las niñas se habían asustado. Sin perderlo de vista en ningún momento, Anne extrajo la llave de su bolsillo, abrió la puerta, dejó que pasara Suzette, entró después de ella y cerró corriendo. Tras un instante para recuperarse del susto, volaron hacia el patio en busca de Girard.

—¡Padre! —gritó Suzette—. ¡Un indio pregunta por ti en la entrada! —Ante la mirada de extrañeza del hombre, trató de ser más precisa—: Son dos indios. Traen una carta. Uno habla francés. El otro no ha dicho nada, pero tenía muy mala cara.

Girard frunció el ceño, preguntándose si no sería una fabulación de la más fantasiosa de sus hijas.

—Es cierto, monsieur —aseguró Anne.

—Avisad a Bamboula, que los traiga aquí.

Girard había asignado al esclavo la tarea de encargarse de todo en general y del acompañamiento de los miembros de la familia en particular. Su presencia infundía seguridad. Que dos indios llamaran a la puerta de un vecino distinguido de Nueva Orleans era insólito y misterioso.

Sarazen se presentó y le entregó la carta, que Girard leyó con asombro creciente. Últimamente su casa se estaba convirtiendo en el refugio de los desamparados. Primero Bamboula y Anne, y ahora esos dos protegidos de Étienne. Este le pedía que los atendiera —algo necesario, pues su estado era lamentable— y que, cuando el más grave se hubiera recuperado, confiando en que lo hiciera, les consiguiese a ambos un pasaje de vuelta al norte. La carta terminaba con un párrafo entero de agradecimiento y la promesa de que pagaría los gastos de

manutención. Girard recordó cómo había pujado Suzette por Anne y soltó un resoplido. ¿Qué les pasaba a los jóvenes? Se estaban ablandando por los negros y los indios...

—¿Jérôme? —preguntó Blanche desde el interior—. ¿Todo bien?

—Sí, ahora te explico. —Se dirigió a Bamboula—: Llévalos por atrás y que se alojen en una de las cabañas del patio. Encárgate de que se laven, dales ropa y comida. Comprueba la situación del herido y que Anne le eche un vistazo, ya que parece tener un don para la medicina.

En Nueva Orleans las habladurías corrían como la pólvora; no pensaba llamar a un médico. Conocedor del parto difícil de Cécile, antes de tener que dar explicaciones a nadie y de que se supiera en toda la ciudad que cobijaba a dos indios en su casa, Girard confiaría en las habilidades de la mulata.

La cabaña de la parte trasera del patio, una de la media docena exactamente iguales donde se alojaban los esclavos de la casa, se convirtió de la noche a la mañana en el lugar prohibido al que todos los niños deseaban ir.

Primero fueron los hermanos Girard —Margaux, Suzette y Gabriel— quienes siguieron todos los pasos de Anne, encargada de cuidar de los indios, y luego se sumaron los amigos —la vivaracha Louise Le Sénéchal, la afable Marie de la Ronde y los hermanos Jeanne y Belmont Fournier—. La curiosidad venció al miedo y pronto reconocieron que allí no había peligro. Los heridos eran poco mayores que la mayoría de ellos, el más enfermo ni se movía, y Sarazen era muy hablador y se expresaba muy bien porque era hijo de francés. Respondía a todas sus preguntas y les contaba relatos apasionantes de la vida en los bosques, de la caza, de la historia de su tribu, de sus costumbres y creencias. A petición de Margaux, les repitió varias veces cómo había conocido a Étienne con los quapaw y cómo este los había salvado.

Con el paso de los días se convirtió en algo normal que muchas tardes del verano se juntara todo el grupo.

A Suzette le preocupaba el otro joven, cuyo nombre aún desconocían porque no había tenido ningún momento de completa lucidez desde su liberación, según contó Sarazen.

Pasaban los días y seguía sin moverse.

Al final, ante la insistencia de la niña, Jérôme Girard consintió en

ir a buscar al médico. Lo que ella comprendió fue que la herida se había infectado, que la infección se había extendido por sus entrañas, y que solo Dios sabía si el joven ganaría la batalla contra la muerte. Mientras tanto había que dejar la herida abierta para que supurase la podredumbre, limpiarla con frecuencia y seguir alimentando al enfermo para que no perdiera la poca energía que le quedaba.

Suzette y Anne aunaron esfuerzos. La segunda se encargaba del cuidado físico del chico, y la primera, además de peinarle el largo cabello, se ocupaba de la parte espiritual. Todas las tardes Suzette le leía un fragmento de un libro.

—No sé si me entiendes o no —le decía—, pero al menos te hago compañía. Tienes que sentirte muy solo dentro de ti mismo.

Y alguna vez, si lo notaba inquieto, le pedía a Bamboula que interpretara una melodía con su flauta.

Blanche no sabía cómo poner fin a esa extraña relación entre unos y otros. Presentía que más pronto que tarde los otros padres le pedirían explicaciones o directamente prohibirían a sus hijos continuar con la amistad de los Girard.

—No sé si esta es la educación que esperaba para mis hijos —se quejó una noche a su marido apoyada contra su hombro en el lecho.

—El mundo está cambiando. —Jérôme jugueteaba con un mechón del largo cabello oscuro de ella—. Nunca sabes qué relaciones te pueden interesar en el futuro.

—En ocasiones me pregunto si no hubieras sido más feliz viajando a la aventura, como tu amigo Leroux.

Girard la abrazó y acarició su vientre.

—Oh, querida, con cinco hijos y el que viene en camino —dijo en tono bromista—, esas son cosas que ya ni me planteo.

Ishcate parpadeó varias veces hasta que su vista se acostumbró a la luz. No reconocía el extraño lugar en el que se hallaba e ignoraba cómo había llegado allí. Se llevó la mano al cuello en un gesto instintivo en busca del collar de cuentas de colores y huesecillos. Su amuleto lo había protegido, puesto que estaba vivo. Inspiró hondo y cerró de nuevo los ojos. Se sentía muy cansado.

—¡Que no se vuelva a dormir! —oyó que decía en francés una voz aguda femenina, seguida de otra frase que no entendió del todo.

Otra voz que le resultó vagamente familiar le habló a continuación en su lengua:

—¿Cómo te llamas?

—*Weenswiaani* ... Me llamo Ishcate y soy de Kaskaskia. —Las palabras salieron de su garganta seca como el chocar de piedra contra piedra.

Se preguntó por qué la voz femenina repetía su nombre, como si fuera algo tan difícil de recordar. Poco a poco la neblina que le cubría la mente se fue disipando. Unos cherokee habían matado al molinero de Kaskaskia, y su hermano Kicounaisa y otros los siguieron, en busca de venganza, pero se desplazaron demasiado hacia el sureste. Unos chickasaw los atacaron con fusiles y con hachas y a él, malherido, lo tomaron prisionero. Otros indios lo liberaron. Recordaba el dolor punzante en el vientre, imágenes de un barco, la voz de ese indio, que se había presentado como Sarazen, la voz de una joven que le hablaba en francés...

—¡Dile que era yo!

—Lo he hecho.

Ishcate giró la cabeza en dirección a la insistente joven y descubrió que era una niña blanca de rostro dulce y mirada despierta.

—Llevas aquí un mes —le explicó ella—. Estás en la ciudad de Nueva Orleans, en mi casa. Has estado muy cerca de la muerte. Puedes dar gracias a Dios, a Sarazen por rescatarte, a Étienne por mandarte aquí, al médico por sus remedios y a mi doncella Anne y a mí por nuestros cuidados —recapituló con una sonrisa.

Ishcate solo entendió la mitad de esa avalancha de palabras. Chapurreaba francés gracias al padre Meurin, pero a esa velocidad las palabras se enganchaban en los jirones de niebla que resistían en su pensamiento. Cerró los ojos.

Un mes... Pensó en su familia y en la tristeza que los embargaría al creerlo muerto. A la vez, se sintió herido en su orgullo por haberse dejado capturar. Había pagado muy cara la osadía —la estupidez— de adentrarse en territorios ajenos por seguir, una vez más, al insensato de su hermano. Se preguntó si Kicounaisa estaría vivo.

La niña no dejaba de observarlo con detenimiento, como si esperase una respuesta. Lo menos que podía hacer era mostrarse agradecido, que lo estaba. Miró primero a Sarazen y luego a ella y dijo, con un hilo de voz:

—Gracias por salvarme la vida y por cuidar de mí.

Suzette le respondió con otra sincera y amplia sonrisa. Se sentía

feliz por la recuperación del joven. Tras tantos días haciéndole compañía, conocía sus rasgos a la perfección. La nariz, delineada en un rostro de pómulos y barbilla marcados por la delgadez. Los labios, llenos. Las sienes, rapadas al llegar —en contraste con la larga melena —, lucían ahora cortos mechones de cabello negro. Pero hasta ese instante no había podido ver qué se ocultaba tras sus párpados. Leyó en su mirada el sincero agradecimiento y se olvidó del miedo que una vez le había inspirado el muchacho. Ella nunca había visto una mirada tan intensa ni unos ojos tan negros.

Durante las siguientes semanas Suzette se convirtió en la profesora de francés de Ishcate, que por suerte ya conocía sus rudimentos gracias a las enseñanzas de los jesuitas de su poblado. El verano en la ciudad solía ser aburrido. Sus amigas se trasladaban a las plantaciones familiares, por lo que no las veía con tanta frecuencia, y el calor ralentizaba o directamente detenía toda actividad entre media mañana y el atardecer. Así que se dedicó con todas sus energías a que Ishcate consolidara lo que sabía y ampliara su vocabulario y sus expresiones. Primero preparó dibujos sencillos de objetos cotidianos y le hacía repetir las palabras para que las memorizara; después practicaron frases cortas de presentación e información sobre uno mismo y su familia.

A principios de septiembre ya eran capaces de mantener una conversación no tan básica y, para cuestiones complejas, intervenía Sarazen.

—Es posible que te eche de menos cuando me vaya —dijo un día Ishcate.

Lo decía en serio. Se había acostumbrado a esa pequeña de casi —así se lo había remarcado ella— nueve años, de reflejos dorados en el cabello castaño, sonrisa amable y voz afectuosa. Le recordaba a la hermana pequeña de uno de sus amigos, una que solía correr tras los chicos cuando no levantaba un palmo del suelo, y que tenía la misma mirada resuelta.

Suzette sentía algo parecido: los chicos que ella conocía nunca se mostraban tan dispuestos a hablar con ella y a responder sus inagotables preguntas; ni siquiera Belmont. Además, Ishcate le hablaba de un mundo que iba mucho más allá del suyo y remontaba la corriente hacia tierras salvajes, y hablar con él había llenado de nuevos colores sus sueños. Ella también lo echaría de menos.

—Si hablas de irte, es que ya te has recuperado. —La niña frunció el ceño.

—Me noto más fuerte —respondió él, y no mentía.

—Podrías quedarte, ¿no te gusta esto?

—Me gusta mi tierra. Mi gente.

—¿Te caen mal los franceses?

Ishcate lo pensó unos instantes:

—Tengo claro que los prefiero a los ingleses.

—¿Por qué?

—Porque sois menos en el norte, donde yo vivo, en el país de los illinois.

—Vaya razón. —Suzette sonrió. Cuando estaba con ese chico siempre lo hacía.

—Los franceses alteraron nuestra vida con los objetos tentadores que nos traían a las aldeas y con sus enfermedades y conflictos europeos, pero sus guarniciones son pequeñas y hay pocas familias granjeras. Los colonos ingleses esperan extender su agricultura en territorio indio. Son muchos. Acabarán con la caza, la pesca y nuestras tradiciones. Por eso no queremos a los ingleses y seguimos a Pontiac.

—¿Y quién es Pontiac? —preguntó Suzette.

Con Ishcate nunca se terminaba la conversación. No había silencios incómodos ni preguntas inapropiadas. Solo ganas de aprender, de descubrir.

—Pontiac es un gran jefe de muchas tribus indias, que nos dice que rechacemos la cultura europea y recuperemos nuestras tradiciones para mantener nuestra independencia y volver a contentar así al Señor de la Vida, como llamamos a quien vosotros llamáis Dios. Entendemos que los europeos ya no os vais a ir, pero podemos elegir a aquellos con los que vivimos más tranquilos: los franceses. Pontiac quiere que echemos a los ingleses antes de que nos echen ellos.

Suzette no acabó de comprender toda aquella información, pero no quería que creyera que era una niña ignorante.

—A mi padre tampoco le gustan mucho los ingleses —aseguró—. ¡Ya tenemos una cosa en común!

Sarazen e Ishcate estallaron en carcajadas y ella, satisfecha, amplió su sonrisa.

—¿Y tú qué opinas sobre lo que dice ese Pontiac? —preguntó a Sarazen.

El joven se encogió de hombros.

—Soy mestizo. Mis costumbres son tanto indias como francesas. No veo por qué tengo que elegir unas en lugar de otras.

Entonces apareció Margaux.

—¡Suzette! —Tomó a su hermana del brazo y la arrastró al exterior de la cabaña, donde le recriminó—: Esas no son maneras propias de una dama. Te pasas el día con estos indios.

—¡Tú también lo hacías!

—Antes, Su. Al principio también a mí me pudo la curiosidad, pero ya basta.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Esa nunca había sido una respuesta válida para Suzette Girard.

—Tú tendrías que aprender algo de ellos, Margaux. Te resultaría útil para cuando vivas con Étienne.

Margaux apretó los labios, pero no añadió nada más. La estancia de Ishcate y Sarazen le había hecho plantearse algunas cosas. ¿Cómo iba a encajar ella en un lugar con personas de costumbres tan diferentes?

La gran duda que le oprimía el estómago no la abandonaba.

Ella era muy distinta de su hermana pequeña.

Saint Louis, Alta Luisiana, septiembre de 1764

Ni en sus mejores sueños podría haberse imaginado Benoît Leroux que, al llegar a su casa de Saint Louis una tarde de septiembre, tras pasar el día en tratos con una tribu india cercana, se iba a encontrar con su familia esperándolo en el porche. ¡Su llegada se había adelantado varios meses! ¡Y ni siquiera habían mandado aviso de que acudiera a buscarlos al barco! Cécile no había dudado en alquilar una carreta para seguir a un vecino que iba en la misma dirección.

Leroux abrazó primero a sus hijos pequeños y los colmó de besos, desbordado de alegría. Abrazó entonces a Cécile, le acarició las sonrosadas mejillas, le colocó tras la oreja un mechón rubio que se había desprendido de su recogido y le susurró:

—Qué ganas tengo de compartir mi lecho contigo. Este año sin ti se me ha hecho eterno.

—Yo también te he echado de menos. —Lo apartó con ternura

para descubrir lo que se ocultaba bajo la mantita que abrazaba contra su pecho—: Te presento a tu hija, Victoire. La llamé como a la pequeña de los Girard. El nombre es significativo, pues fue un parto difícil. Ambas podríamos estar muertas ahora.

Leroux, emocionado, tomó a la pequeña en sus brazos con mucho cuidado y le acarició las manitas.

—Y si no hubiera sido por el parto, podríais haber muerto en un viaje tan largo y peligroso. Era mi intención enviarte a buscar la próxima primavera con hombres de mi confianza armados hasta los dientes, para que volvieses con ellos y con Étienne. —Cayó en la cuenta de que el muchacho había bajado a la ciudad—: ¡Étienne! Él fue a...

—Lo sé, lo sé —lo interrumpió Cécile antes de contarle cómo sus naves se habían cruzado en la travesía.

—Agradezco a Dios la buena fortuna de que te encontraras con él y con el padre Meurin —asintió Leroux antes de devolverle a Victoire y rogarle que aguardase allí un instante.

Se dirigió a la parte trasera de la casa, donde estaban los establos, el gallinero, el granero y las cabañas de los esclavos, y regresó al poco con dos indias, justo al mismo tiempo en que se unía a ellos su hijastro. Los dos hombres se fundieron en un abrazo.

—Estas son Theresia y su hija Manon. —Leroux hizo las presentaciones—. Las adquirí en cuanto te fuiste, Étienne. Nos prepararán algo para cenar y os ayudarán a instalaros.

Cansado por el viaje y apesadumbrado por no haber podido ver a Margaux, Étienne se limitó a hacer un gesto de cabeza hacia la mujer y la pequeña, de unos diez años, antes de escabullirse dentro de la casa.

Leroux mantuvo la puerta abierta con una sonrisa en el rostro y extendió teatralmente los brazos, invitando a su familia a entrar.

—Bienvenidos a vuestro hogar.

Pasaron a una amplia sala provista de pocos muebles de aspecto robusto a ambos lados de la cual había dos puertas que correspondían a los dormitorios. En la pared del fondo resaltaba un hogar de piedra al que se dirigió la criada Theresia para atizar el fuego y poner a calentar dos ollas de hierro, en las que siempre tenía comida preparada para un amo con horarios imprevisibles, mientras Manon enseñaba a los niños sus dormitorios.

Benoît Leroux y Cécile se sentaron ante la gran mesa de patas torneadas que ocupaba el centro de la sala.

—Tomé la decisión de venir cuando fueron cobrando fuerza los rumores de la cesión de la parte francesa de Luisiana a España —explicó ella—. No quise arriesgarme a que me pusieran problemas para viajar.

—Pero ¿hay noticias concretas sobre eso?

—Dicen que es verdad, que es cuestión de tiempo que lleguen los españoles, aunque cuando yo me fui todo parecía igual. Dejé la llave de la panadería en casa de una vecina. Si alguna vez aparece el sinvergüenza de monsieur Dubois, no quiero que me acuse de nada. Solo he cogido lo que era mío y tus libros, por supuesto.

Leroux esbozó otra sonrisa. Su felicidad esa tarde iba en aumento. Podía presumir de tener una maravillosa familia y más de cien libros. No los había subido en su viaje para que no se estropearan trasladándolos de aquí para allá y por eso los había guardado en la casa de Cécile hasta el destino definitivo. La mayoría versaban sobre negocios y comercio. Todo lo que un hombre necesitaba saber para ascender y mejorar en la vida estaba en los libros.

—Otra razón para sentirme feliz hoy. Me estaba quedando sin lectura. Me he leído dos veces los *Ensayos* de Bacon.

Cécile llamó a su hijo pequeño y le susurró algo al oído. El niño desapareció y regresó al poco con un paquete que le entregó a su padre. Este lo abrió y descubrió *El contrato social* , de Jean-Jacques Rousseau.

—Publicado hace dos años. Se lo compré a un oficial que iba mal de dinero. —Cécile bajó la voz—: No se lo dejé al padre Meurin porque al final ataca a la religión cristiana...

—¡Has encontrado tiempo para leerlo! —Leroux se admiró.

—Oh, sí. Y me mostraré impaciente hasta que tú lo acabes. Hay puntos que no me convencen, pero también conceptos muy interesantes. El oficial me dijo que en Francia lo está leyendo todo el mundo.

Leroux imaginó las deliciosas veladas que compartiría con Cécile, quien se había aficionado a la lectura en el colegio de las Ursulinas. Los libros la habían ayudado a evadirse del abandono de su padre, casado nuevamente tras la muerte de su madre, y a soportar después un matrimonio desgraciado. Ella nunca hubiera respondido a sus

proposiciones sin la certeza de que jamás tendría que volver a leer a escondidas. Leroux se sentía agradecido por poder disfrutar de conversaciones inteligentes con la mujer que amaba.

Manon puso platos de loza sobre la mesa. Étienne y sus hermanastros, Benoît, Pelagie y Agnès, hambrientos y agotados, devoraron el estofado entre bostezos. En cuanto terminaron, se fueron a dormir. Las esclavas recogieron rápidamente y dejaron solos a Leroux y a Cécile, que amamantaba a Victoire.

—Quiero hablarte del alojamiento —dijo ella.

Leroux arqueó las cejas.

—Esta casa no es muy grande, pero si todo sigue así de bien, pronto podremos ampliarla y añadir una galería...

—Benoît, he llevado bien la panadería en ausencia de monsieur Dubois, y con los ahorros de estos años me haré mi casa, aunque sea más pequeña. No sería correcto que viviéramos juntos. Mañana mismo solicitaré una parcela.

—Pero... —comenzó a protestar él.

—Me ha dicho Étienne que los vecinos te tienen en gran estima y consideración. Si empezamos de cero, no quiero habladurías.

—Las habrá igualmente. ¿A quién se parece el pequeño Benoît? ¡A mí!

—No pienso ceder.

—Pues entonces quiero una estancia para trabajar en la casa que te construyas... —Leroux le guiñó un ojo—, donde pasaré la mayor parte del tiempo, aunque no vivamos juntos.

Ella sonrió.

—De acuerdo.

Leroux extendió los brazos.

—¿Y qué haré ahora con esta casa?

—Estoy segura de que Étienne sería feliz aquí con Margaux. ¡Pobre! Por mi culpa no ha podido encontrarse con ella en Nueva Orleans. Espero que pronto pueda hacerlo.

Leroux le tomó la mano, se la llevó a los labios y la besó. Cuánto bien le haría su compañía. La soledad se había alargado en exceso. Durante un rato Cécile había conseguido que olvidara sus problemas. Formar parte de la creación de una nueva ciudad era excitante y alentador, pero siempre surgían cosas y siempre había alguien que se aprovechaba del vacío de una autoridad clara. Le preocupaba que de

repente estuvieran apareciendo comerciantes que pretendían beneficiarse de la situación estratégica de Saint Louis y que intentaban comerciar ilegalmente en el Misuri, cuando él tenía la exclusividad y había peleado por abrir un puesto oficial. Le inquietaba la llegada de tanta gente de paso de diferente condición y pelaje que desestabilizaba el incipiente sentido de comunidad. También el hecho de que sus hijos crecieran en un entorno poco educado. Ni siquiera existía aún una iglesia a la que acudir. Tendría que hablar con el padre Meurin para que se encargara de sus almas mientras construían una.

Recordó la ilusión del año anterior, cuando partió de Nueva Orleans rumbo a la aventura y al fin encontró el lugar donde asentarse, y la de la primavera pasada, durante la construcción de su casa, y por un momento tuvo una leve sensación de asfixia.

Tenía una familia a la que sacar adelante, muchos proyectos nuevos...

Y muchas deudas.

8

Nueva Orleans, febrero de 1765

Cuando Girard supo del fallecimiento del gobernador D'Abbadie tras unas semanas de agonía por culpa de la fiebre amarilla, sintió lástima por él, pues se había muerto demasiado joven y era un hombre muy trabajador. No obstante, enseguida un pensamiento cruzó por su mente calculadora: tendría que reunirse pronto con el nuevo al mando, monsieur Charles Philippe Aubry, para renovar sus derechos de exclusividad en el norte. Si había un proverbio certero era aquel de «Al muerto la mortaja y al vivo la hogaza». Cuanto antes pidiera cita con él, mejor.

Mandó a un criado que le preparara la peluca, la casaca y el tricornio, y esperó en el vestíbulo. Justo entonces alguien llamó a la puerta. Abrió él mismo y se encontró con dos indios que le preguntaron educadamente en francés por Ishcate.

Girard levantó la vista al cielo. ¡Qué ganas tenía de que esos dos se marcharan!

La recuperación de Ishcate había sido larga. Cuando se encontró fuerte como para poder resistir un viaje de tres meses río arriba, ya no salían barcos por culpa del invierno. Girard sabía que había indios acampados a las afueras de la ciudad esperando a que el gobernador los recibiera. Si esos dos que estaban a la puerta de su casa preguntaban por Ishcate, no le cabía duda de que su estancia y la de Sarazen en Nueva Orleans tocaba a su fin, gracias a Dios. A sus esclavos negros y a sus sirvientes mulatos contratados les costaba comprender que hubiera dos indios ociosos en la casa, tratados prácticamente como invitados, sobre todo por Suzette.

Qué chiquilla tan indomable, pensó.

Le costaría adaptarse a una sociedad que requería que una mujer se encargase de su hogar y de su familia. Si hubiera nacido varón, habría valido para los negocios. ¡Ah, pero nacer hembra o varón era

cosa de Dios! Había mujeres emprendedoras, como Cécile Dubois, aunque a costa de convertirse en objeto de habladurías y sabiendo que nunca podrían optar a los más altos niveles de la sociedad. Y no era ese el destino que Blanche y él deseaban para sus hijas.

Envió a los indios a la parte de atrás de la casa acompañados por el criado que le traía ya sus cosas, y se disponía a salir cuando llamaron otra vez a la puerta.

Un oficial le tendía un requerimiento del Consejo de la colonia para que acudiera al importante encuentro que iba a tener lugar entre el gobernador Aubry y los indios del país de los illinois dos días más tarde. Ya no tenía que pedir cita. Se quitó la casaca, el tricornio y la peluca, y regresó a su despacho de buen humor.

Eran buenas señales tanto que Aubry ejerciera de gobernador —lo cual quería decir que, de momento, la colonia no pasaba a manos españolas— como que este lo hubiera designado para representar a los comerciantes —lo cual podía contribuir a que la exclusividad de sus negocios en la Alta Luisiana no corriera peligro—. Mantuvo el ánimo optimista hasta el día de la reunión, el 24 de febrero, a media mañana.

En una sala del edificio del Consejo, un nutrido y variado grupo de hombres fueron tomando asiento en sillas dispuestas en semicírculo frente a la que ocupaba el corpulento monsieur Charles Philippe Aubry. La gran peluca empolvada que se había puesto para la ocasión enmarcaba su rostro ancho, en el que unos ojos un tanto separados imprimían una expresión franca.

Entre los asistentes había oficiales franceses, habitantes influyentes de Nueva Orleans y alrededores —como Fournier, De la Ronde y Le Sénéchal—, una docena de indios y oficiales ingleses. Girard se sentó junto a Fournier, a quien notó demacrado y con la piel amarillenta.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó.

—Un ligero malestar —respondió Fournier—. Aubry ha insistido en que estuviera presente.

—¿Por qué hay tantos oficiales ingleses?

—Para que vean y escuchen que no hay connivencia entre franceses e indios. El objetivo de Aubry es mantener la paz y la tranquilidad entre los franceses, los salvajes y los ingleses hasta que lleguen los españoles. Una tarea nada fácil.

Girard acogió esto último con el ceño fruncido.

—Pero ¿llegarán los españoles algún día?

—Mucho me temo que antes de lo que pensamos —contestó Fournier con tono serio.

Monsieur Aubry dio una bienvenida general y enseguida pasó la palabra al que presentó como jefe de la tribu Kaskaskia.

Girard dirigió la mirada hacia él y sofocó una exclamación de sorpresa al descubrir quién estaba a punto de tomar la palabra.

Ishcate respiró hondo.

La casualidad había querido que el gran jefe de los indios del Illinois hubiera caído muy enfermo en el campamento a las afueras de Nueva Orleans y que él, hijo de Couroway, jefe kaskaskia, estuviera en la ciudad. Habían ido en su busca para que hablara en nombre del gran jefe Levacher, para que representara a su pueblo y los pueblos amigos ante los jefes blancos.

Tendría que estar a la altura, pues los testigos hablarían de su actuación y no era su intención avergonzar a sus ancestros. Se frotó el tatuaje del saltamontes y pidió mentalmente valor para hablar con la sabiduría de los ancianos, a pesar de su juventud, y con la serenidad de su padre. Quería que se sintiera orgulloso de él; que se borrara del recuerdo el oprobio de su captura a manos de los chickasaw.

Consciente de que todas las miradas estaban fijas en él, irguió la espalda y tomó la larga pipa que le acercó uno de sus acompañantes. Aspiró y exhaló el humo. Le tendió el *calumet* al gobernador para que fumara y solo entonces comenzó su discurso:

—Mi gente ha venido de muy lejos a la ciudad cálida para que nos confirmes lo que tememos: que el lugar de los illinois al este del Misisipi ha sido cedido a los ingleses. Nos sorprende que el emperador lo haya hecho y, puesto que nos ha rechazado, somos dueños ahora de nuestros cuerpos y nuestras tierras. —Le entregó a Aubry un cinturón de cuero en el que había cosidas cuentas de porcelana—. En este *wampum* hay sesenta piedras que representan nuestras naciones aliadas. No queremos la mano de los franceses sino todo el brazo. No queremos que aceptes las exigencias de los ingleses. ¿Sabes que quieren que se nos prohíba el comercio de pólvora? ¿Desean acaso que muramos de hambre? Pues entonces usaremos nuestros arcos y flechas. —Miró a los ingleses presentes—. Vosotros, ingleses, solo queréis matar. Habéis causado la muerte de muchos hombres rojos.

Nuestros corazones están todavía dolidos porque hemos visto a muchos franceses e indios morir juntos.

Dicho esto, Ishcate guardó silencio. El gobernador Aubry le respondió:

—Agradezco al Gran Espíritu por haberos guiado hasta vuestro padre, que os recibe como a hijos amados y velará por vuestras necesidades. Los grandes emperadores de Francia e Inglaterra han hecho las paces. Cuando las naciones firman la paz entre ellas, se olvidan de todo lo sucedido durante la guerra y entierran el hacha. En el otro lado de los mares, por todo el universo, todos los hombres están unidos y en paz. El Señor de la Vida quiso que hiciéramos las paces para vuestra felicidad y la nuestra. Vosotros sois los únicos que, en este rincón del mundo, desean hacer la guerra y es para vuestra desgracia.

»Los ingleses son hoy nuestros hermanos y amigos, y mi corazón se aflige al ver que derramáis su sangre. Los ingleses no os quieren quitar vuestras tierras y no desean convertiros en esclavos como creéis: sois hombres libres y siempre lo seréis. Cuando veo vuestras aldeas, siento lástima, compadezco la miseria en la que os encontráis. Haced las paces con los ingleses y tendréis abundancia, vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos. Los ingleses de la orilla este del río os darán lo que necesitéis y cuando vayáis a ver a los jefes franceses de la orilla oeste, os estrecharán la mano y se preocuparán por vosotros.

»Me es imposible enviaros pólvora y munición para destruir a los ingleses. No puedo y no lo haré. El gran emperador lo prohíbe. Así que no enrojezcáis la tierra más, hijos míos, enterrad el hacha y haced las paces con ellos. Estas son mis palabras. Que no se las lleve el viento. Repetidlas a todos los hombres rojos que os han enviado y no escuchéis a otros. Vuestro padre os llevará siempre en el corazón y nunca os olvidará.

Ishcate, que había escuchado atentamente conteniendo las ganas de interrumpirlo en más de un momento, apretó los puños. La sangre le hervía en las venas. El jefe blanco le hablaba como si fuera estúpido. En su aldea no había miseria. Al contrario; no les faltaba el alimento gracias a los hombres, que cazaban y criaban caballos, y a las mujeres, que curtían las pieles. Con los trueques, en Kaskaskia conseguían muchas cosas. No tenían que sentir ninguna lástima por

ellos. Y lo peor de todo era esa mentira sobre la bondad de los ingleses. Los ingleses no eran amigos de las tribus de sus tierras. Tuvo claro que el jefe blanco mentía para quitárselos de encima. Esa reunión era una gran farsa. Por mucho que el tono fuera amable, de su gente se esperaba que fuera sumisa. Debía responder ahora. ¿Qué diría el gran jefe Levacher? ¿Y qué diría su padre?

—Daré hoy mi mano a los oficiales ingleses que están aquí —dijo Ishcate educado pero firme—, aunque no deseo que estos vayan a nuestras aldeas porque no los recibiremos. Los indios sentimos inquietud por las tierras, que queremos conservar. Cuando los ingleses se conduzcan bien con los hombres rojos, los miraremos bien. No añadiré nada más.

Sentado a apenas unos pasos de Ishcate, Girard le susurró a Fournier:

—Aubry ha hablado con sabiduría, pero tengo la impresión de que el joven indio está decepcionado.

—Y eso que no le ha dicho nada de que las tierras francesas del oeste del Misisipi pasarán ahora a manos españolas.

—Dios nos ampare. ¿Cómo podría comprenderlo, si yo mismo rechazo esa idea con todas mis fuerzas?

Aubry dio por finalizada la reunión. Mientras algunos hombres se reunían en corrillos y otros comenzaban a marcharse, Girard se acercó a Ishcate. Hasta entonces le había parecido un muchacho, pues no podía tener más de dieciséis o diecisiete años; pero al analizar su postura y actitud había percibido honor, entereza y hombría. Se adivinaba en él el espíritu orgulloso de un jefe indio.

—Debo reconocer que me he llevado una gran sorpresa al escucharte y saber que eres hijo de un jefe.

—Has cuidado bien de mí. Ahora volveré con mi familia. En su nombre te doy las gracias. No lo olvidaremos. Siempre serás bienvenido y bien tratado.

Por más que Girard supiera que los arrogantes pieles rojas siempre tuteaban a los blancos —incluso al mismo gobernador—, le chocó la forma en que Ishcate se dirigió a él. Respondió, no obstante, al agradecimiento con una leve inclinación de cabeza.

—Mi firma comercia con vosotros a través de Benoît Leroux. Su hijo Étienne se encargó de que llegaras hasta Nueva Orleans. Seguramente lo verás tú antes que yo. Busca a Leroux y dile que nos

hemos conocido.

—Así lo haré. Esta noche ya dormiré en el campamento indio porque partiremos al alba. Te pido que nos permitas a Sarazen y a mí despedirnos de tu familia.

—Por supuesto.

La sala se quedó vacía con la marcha de los indios y Girard aprovechó para hablar con el gobernador Aubry.

—Supongo que estará al corriente de la situación de mi empresa. El anterior gobernador, que en paz descanse, respetó la exclusividad de mis derechos para comerciar con los indios. Confío en que nada cambie...

—Y yo supongo que estará usted al corriente de las protestas de otros comerciantes, monsieur. Mi predecesor recibió duras críticas por privilegiar los intereses de Girard y Leroux.

—Dígame cuántos han arriesgado como yo para fundar un puesto comercial en el norte —replicó Girard con los puños apretados—. Por las noticias que me llegan, Saint Louis crece por semanas. Los otros comerciantes pretenden beneficiarse a costa de mi esfuerzo.

—Comprendo sus argumentos, pero lamento tener que decirle que, por orden del Ministerio de la Marina, me veo obligado a revocar todos esos contratos. De todos modos, es una orden absurda, pues las licencias van a perder su validez con los españoles. Digamos que la colonia partirá de cero. Tendrá que negociar con ellos. Yo soy un mero intermediario en el traspaso de poderes.

—Ya veo... —Girard se sentía tan defraudado como Ishcate—. Todo son buenas palabras, pero vacías de contenido.

Aubry se encogió de hombros.

—Así es la política. Dígame usted si conoce algún modo de contentar a la vez a indios, ingleses, españoles y franceses.

Suzette no podía hacerse a la idea de que sus nuevos amigos indios fueran a desaparecer de Nueva Orleans, de su casa, de su vida. Sentía que con su marcha volvía a empequeñecerse su mundo y le daba miedo que ya jamás se agrandara.

—¿Y si no nos volvemos a ver? —le preguntó a Ishcate, con los ojos llenos de lágrimas, en el que sería su último paseo juntos por el jardín.

El joven guardó silencio un largo minuto, con la mirada baja y sin detener su paso tranquilo. Luego se llevó la mano al cuello, se

desanudó el collar de cuentas de colores y huesecillos y se lo entregó a la pequeña. Tenía ganas de regresar a su hogar, a la naturaleza salvaje a la que estaba acostumbrado, pero le daba pena ver así a Suzette.

—Este amuleto ha estado siempre conmigo. Me ha dado suerte. Me trajo aquí. Ahora es tuyo.

Suzette miró su regalo con ojos deslumbrados, antes de corresponder regalándole su cadenita de oro y de pedirle que esperara allí mismo —«¡No te muevas!»—. Salió corriendo en un arrebato hacia el interior de la cabaña que había alojado a los jóvenes los últimos meses y regresó de allí al minuto, con su habitual sonrisa de vuelta en los labios. Traía en la mano el cepillo con el que le había peinado ese hermoso cabello negro cuando estaba inconsciente.

—No dejes que se te enrede, allá arriba en *Kaaaskaaskia* . —Casi sin resuello por la carrera, pronunció la palabra alargando intencionada y exageradamente las vocales, recordando las veces que él se lo había hecho repetir hasta decirlo bien—. Cuando llegaste parecía el de un caballo lleno de pinchos. Me costó mucho arreglártelo.

Ishcate sonrió, mostrando sus perfectos dientes, aún más blancos en contraste con su piel tostada.

—*Neewe.* Quiere decir «gracias».

Extendió los brazos y rodeó la espalda de Suzette, que se ruborizó al sentirlo tan cerca.

—Yo también tengo un consejo para ti. Quítate esa cosa que te oprime.

Suzette comprendió que se refería a la faja que llevaba bajo el vestido.

—Mi madre dice que hay que educar el cuerpo en una buena postura. La espalda recta es signo de buena educación.

—Las mujeres de mi pueblo están muy bien educadas y pueden respirar bien.

—Son afortunadas, pero no conoces a mi madre. Es cabezota. Seguro que no estaría de acuerdo con tu idea de lo que es la buena educación.

—Ni yo con la suya.

Ambos rieron, aún cerca uno del otro.

—Como eres hijo de un jefe —consiguió decir ella—, cuando seas mayor igual tienes que venir alguna vez a la ciudad para hablar con

los jefes blancos.

—Vendré y te buscaré. —Ishcate se señaló el tatuaje del antebrazo—. Te expliqué que el saltamontes rara vez permanece en un mismo lugar mucho tiempo.

—¿Lo harás? —Un rayo de esperanza iluminó el ánimo sombrío de la niña.

Ishcate se inclinó sobre ella y le susurró:

—Cada vez que oiga la palabra *Francia* , me acordaré de ti.

—¿Cómo se dice «adiós, amigo» en tu lengua? —preguntó Suzette.

—*Šaaye niihka.*

A unos pasos de distancia, acompañado de Sarazen, Girard carraspeó y Suzette comprendió que la conversación había terminado, que la separación de Ishcate era inminente.

En efecto, en menos de un minuto los dos indios agradecieron al hombre una vez más el trato recibido y se fueron hacia sus caballos, que piafaban ya nerviosos, arrendados cerca de la puerta.

Después de un rato en silencio, Suzette susurró:

—Tengo ganas de llorar. —«*Šaaye niihka* . Adiós, mi amigo.»

Girard le posó una mano en el hombro.

Su hija acababa de vivir la primera experiencia dolorosa de su vida. Su pequeña comenzaba a hacerse mayor.

Girard sabía que toda vida pasa por muchos reencuentros y muchas despedidas. Y también que, por desgracia, algunas eran dramáticas y definitivas.

Unas semanas después una trágica noticia sacudió la sociedad de Nueva Orleans. Monsieur Fournier, el padre de Belmont y Jeanne, falleció de fiebre amarilla; había partido de esta vida demasiado joven, dejando a todos sus hijos sin casar. Girard incluyó a su amigo en sus oraciones, se prometió ayudar al joven Fournier en sus nuevas responsabilidades y conservar la buena relación que siempre habían mantenido ambas familias.

Entonces cayó en la cuenta de que Belmont, a quien tanto apreciaban sus dos hijas mayores, heredaría la magnífica propiedad familiar y no sería un mal respaldo para sus propios negocios.

9

Nueva Orleans, enero de 1766

Aunque hacía más de dos años que Jérôme Girard no veía a su socio Benoît Leroux, los cargamentos con balas de pieles llegaban puntuales desde el norte.

Mientras la colonia sufría de inestabilidad fiscal por la incertidumbre política de su futuro, Girard veía cómo sus ingresos aumentaban. Así pudo cumplir uno de sus sueños: mudarse al tercer distrito de la ciudad, más cerca del río y habitado por las familias más influyentes. La suya necesitaba una vivienda más grande, ya que se había ampliado con el nacimiento de su sexto hijo, Thierry.

Entre sus nuevos vecinos se encontraban el gobernador Charles Philippe Aubry y el procurador Nicolas Chauvin de Lafrenière. Tenía que reconocer que el primero era un hombre educado y agradable, a pesar de no haberle renovado los derechos de exclusividad del comercio con los indios del norte. Y en cuanto al segundo, se había producido un cambio: buscaba a Girard para hacerlo partícipe de sus intrigas, que tenían que ver con el rechazo a la transferencia del territorio a España. Si Girard, como buen hombre de negocios, se mostraba cauteloso, Lafrenière buscaba sin esconderse adeptos para su causa, que no era otra que la de oponerse frontalmente al nuevo gobernador español, cuya llegada se esperaba en breve.

Una de las estrategias empleadas por Lafrenière para congraciarse con su vecino fue la de alentar la amistad de su hija menor, Cathy, con las hermanas Girard, en especial con Margaux, de edad similar. Pronto congeniaron las tres, pues Cathy era una joven alegre, amable y buena conversadora. El hecho de ser vecinas favorecía que se vieran a menudo. Girard tuvo que acostumbrarse a que el apellido Lafrenière se pronunciase en su casa con más frecuencia de la que desearía, pero su esposa lo convenció de que las actitudes de los padres no debían interferir en sus descendientes, o así había argumentado él en otras

ocasiones para defender a los Leroux-Dubois.

El barco con el gobernador español, llamado Antonio de Ulloa, arribó por fin el 5 de marzo.

Movidos por la curiosidad, muchos vecinos se acercaron al puerto ese día, mas no hubo entusiasmo en el recibimiento. Los comentarios se mantuvieron al nivel del cuchicheo y las miradas que se intercambiaban unos y otros estaban cargadas de recelo. La presencia del gobernador Ulloa era una señal incuestionable de que España pretendía hacerse cargo del territorio. Aun así, el obstinado Lafrenière se atrevió a decir en voz alta, para que todos los que lo rodeaban lo oyeran bien:

—¡Mientras no ondee la bandera española, este territorio sigue siendo francés!

Al gobernador Ulloa, un hombre de unos cincuenta años vestido con una rica y seria casaca negra de puños del mismo color vino que el chaleco, lo acompañaba una jovencita de unos veinte años, vestida también de oscuro. Corrió la voz de que era su prometida.

—¡Si parece su padre! —exclamó Margaux, ya de catorce años, pensando en Étienne, cuyas cartas llegaban puntuales con cada cargamento de pieles—. Yo nunca me casaré con alguien tan mayor.

—Yo tampoco —la respaldó Suzette pensando en Belmont.

—Yo desde luego que no... —dijo Cathy, que se había sumado a las hermanas.

Las chicas estaban en la parte de la plaza de armas más alejada del río, en los aledaños de la iglesia de San Luis, junto a otros familiares de criollos influyentes. Habían ido, como el resto, a ponerle cara al español, y desde su privilegiada situación podían seguir de cerca cuanto sucedía. Hacía un día soleado y cálido. Margaux y Cathy llevaban sendos vestidos a la polonesa, bastante escotados. Suzette, que odiaba el polisón porque la hacía parecer una gallina, había elegido un cómodo vestido abierto en la parte delantera en forma de V invertida que permitía que se le vieran las enaguas.

—Espero casarme el año próximo —añadió Cathy.

—¿Y quién es el afortunado? —preguntó Margaux.

Alta, delgada, de ojos claros y facciones suaves, e hija del influyente Lafrenière, era una de las jóvenes más codiciadas de la sociedad.

—Jean Payen. ¿Lo conocéis?

—Sí. —Margaux procuró que no se le notara la envidia. Si hacía un momento se había acordado de Étienne y sus cartas, ahora lo comparó mentalmente con el prometido de Cathy, perteneciente a una de las mejores familias de la ciudad y sobrino nieto del fundador de esta. Cathy disfrutaría de una vida cómoda, mientras ella viajaba al norte—. ¿Ya has comenzado con los preparativos?

—Mi madre y yo vamos pensando en cosas, la ceremonia, los invitados... Por supuesto, estáis invitadas.

—¡Será la primera boda a la que asista! —aplaudió Suzette ilusionada.

Cathy centró de nuevo su atención en lo que sucedía junto al río.

—Mi padre ha jurado que no piensa estrechar la mano del gobernador español.

—¿Se atreverá...? —dijo asombrada la pequeña de las Girard.

El gobernador francés Aubry acababa de acercarse a saludar al gobernador español Ulloa, y en ese instante le presentaba a los oficiales de mayor rango, a miembros del Consejo como Lafrenière —que en efecto se negó a estrechar su mano—, y a representantes del colectivo de comerciantes y hacendados, entre los que se encontraba Girard. Acto seguido se dirigieron caminando al cercano edificio de la gobernación, donde se informaría a Ulloa de cuestiones generales del funcionamiento de la colonia y de la preocupante situación económica.

Suzette, Margaux y Cathy cruzaron la plaza y pasearon un buen rato junto al río sin alejarse demasiado del edificio hasta que vieron salir a varios hombres. Se apresuraron entonces en busca de sus padres.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Cathy.

—Habla francés —dijo Lafrenière—, pero no me ha parecido muy dispuesto a escuchar lo que tenemos que decirle. ¡Mal empezamos! —La tomó del brazo y se marcharon.

Suzette repitió la misma pregunta a su padre.

Girard suspiró. Tenía el presentimiento de que se avecinaban malos tiempos. Las críticas hacia el gobernador español eran como los primeros signos de un huracán: vientos ligeros y variables, algún cúmulo en el cielo; apenas perceptibles al principio, iban aumentando en intensidad hasta la devastación.

No se equivocaba.

—No deberíamos ir —le insistió Ishcate a Couroway—. ¿Y nuestros principios?

—Y tú, ¿por qué eres tan obstinado? —preguntó a su vez su hermano Maughquayah.

Los cuatro hombres de la familia se habían reunido a la sombra del exterior de la cabaña familiar cubierta de estopa y corteza que compartían Ishcate y Kicounaisa con sus padres. Maughquayah, casado recientemente, se había trasladado a un tipi de piel de bisonte. Sentado frente a Kicounaisa, Ishcate cruzó una mirada con él, pero no vio respaldo en su rostro. Recordó el reencuentro con los kaskaskia y su familia: lo habían festejado como si regresara del mundo de los espíritus y no de la ciudad de los blancos, río abajo. Kicounaisa había sido especialmente afectuoso. Se culpaba de lo sucedido. Su hermano pequeño había muerto y no había podido recuperar su cuerpo para enterrarlo con dignidad, mientras que él, artífice de la partida contra los chickasaw, había escapado gracias a la suerte. Desde entonces el vínculo entre ellos se había fortalecido; ahora, sin embargo, parecía comenzar a debilitarse.

—Juegan con nosotros a su antojo —replicó Ishcate a Maughquayah, enfadado—. Lo que quieren es arrancarnos una promesa de lealtad y, al final, lo conseguirán.

Se sentía furioso. ¿Para qué lo habían educado como un *maamiikaahkia* , un guerrero, si no luchaba, a pesar de las razones que había para hacerlo? Había hablado en nombre de las tribus del Illinois en lugar del gran jefe Levacher —que había fallecido recientemente— ante el mismísimo gobernador blanco en Nueva Orleans. Le había transmitido el sentir general alentado por las palabras de Pontiac. Habían quedado que las tribus del Illinois se sumarían a la guerra contra los ingleses... Y ahora perdían el tiempo debatiendo si acudían al fuerte de Chartres a ver qué regalos les traían los ingleses en el convoy de la compañía Bayton, Wharton y Morgan, que acababa de llegar desde Filadelfia por el río Ohio. Los ingleses llegaban por todos los lados; hacía unos meses, también por el Misisipi.

—Que hablaras una vez por nosotros no te convierte en jefe —repuso Maughquayah—. Y no lo serás antes que Kicounaisa o yo mismo.

—¡No pretendo serlo! —La envidia por su hazaña todavía envenenaba a su hermano—. Solo quiero lo mejor para los kaskaskia. ¿Dónde está el espíritu aguerrido de nuestros antepasados?

—La población de la Kaskaskia india desciende día a día —dijo Maughquayah—. Recuerdo cuando éramos dos mil. ¿Cuántos somos ahora? ¿Seiscientos? ¿Y cuántos guerreros? Apenas cien que, junto con los de Cahokia, Peoria y Michigamea, sumamos cuatrocientos guerreros contra miles de ingleses e indios aliados. Olvídate de esa idea de Pontiac.

—¡Yo no la olvido! ¡Y vosotros tampoco deberíais! —Miró a su padre.

—Pontiac ya no piensa lo mismo, hermano —le dijo Kicounaisa negando con la cabeza—. Ha cambiado de bando, ahora se lleva bien con los ingleses.

Ishcate parpadeó asombrado al oír este giro y sin saber cómo interpretarlo.

—¿Y qué dicen los otros jefes?

—El anciano Tomera piensa como tú —respondió Couroway—. El jefe Ducoigne dice que terminaremos aceptando a los ingleses. El pueblo está dividido, como nosotros.

—¿Cuál es tu postura? —preguntó Ishcate con impaciencia.

Couroway meditó sus palabras, pues sabía la desilusión que provocarían en el apasionado joven.

—Los franceses de Kaskaskia dicen que los ingleses respetan sus derechos de propiedad y su religión. Y varias tribus del norte ya se han reconciliado con los ingleses, gracias a la intervención de Pontiac.

Ishcate abrió la boca, pero la decepción le impidió hablar. Daba igual lo que dijera Pontiac, ¡los kaskaskia jamás se reconciliarían con los ingleses! Las familias francesas que hicieran lo que quisieran, que juraran lealtad al rey inglés o que se marcharan a Saint Louis, como hacían algunas, hartas de los incompetentes comandantes británicos del fuerte de Chartres, arrastrando las puertas y los marcos de las ventanas de las casas que dejaban para comenzar a construir una nueva vida. ¡Los kaskaskia ni se aliarían con los ingleses ni se marcharían de la tierra de sus antepasados!

—Una vez me dijiste que era inteligente obtener lo bueno de cada mundo diferente —dijo al fin mirando a su padre—. He respetado a los franceses. Hasta te acompañé cuando defendiste que el

padre Meurin permaneciera entre nosotros. Pero esto no lo acepto.

—Entonces al anochecer todos iremos al fuerte menos tú —dijo Kicounaisa encogiéndose de hombros—. No te necesitamos.

Ishcate le lanzó una mirada cargada de reproche. Kicounaisa, el que se había esforzado por convencerle de cuál debía ser su camino, el que lo había empujado a matar por primera vez, había cambiado.

Y si había dos cosas que Ishcate detestaba eran la indecisión y la debilidad.

Sabía perfectamente cuál era el regalo favorito de su hermano. Uno que convertía a hombres fuertes en seres enfermizos y vulnerables.

Fiel a su palabra, se negó a acompañar a los hombres de su tribu al fuerte de Chartres. Optó por recorrer a lomos de su caballo pinto las tierras que alegraban su corazón. Desde la noche del ritual que lo había convertido en un hombre a los ojos de los demás, nunca más había temido la oscuridad del bosque. Era fuerte, física y mentalmente, y confiaba en su *takaakani* —su hacha— y su rifle. No había ser que pudiera abatirlo. Hablaría con otros jóvenes y resucitaría el espíritu combativo de Pontiac. Las voces de sus antepasados le susurraban que no olvidase sus luchas. ¿Por qué nadie más parecía escucharlas?

Obtuvo la respuesta a su pregunta cuando regresó al poblado ya de madrugada. Los cuerpos de sus conocidos tumbados en el suelo, desperdigados aquí y allá, le recordaron que había un enemigo que las armas no podían vencer. Un espíritu maligno que se apoderaba de la mente y del corazón de los hombres para que olvidaran su verdadera naturaleza, sus raíces, su dignidad. Un espíritu maligno que convertía a los hombres en la vergüenza de las mujeres indias. *Koteewaapowi.* El maldito licor.

Encontró a Kicounaisa tirado en la entrada de la cabaña. Ni siquiera había sido capaz de llegar hasta su lecho, pensó con desprecio. A su lado había una botella rota. Le desagradó el fuerte olor a sudor, alcohol y vómito.

La culpa de todo lo que pasaba en su tierra la tenían los ingleses, pensó.

Se corrigió mentalmente: la culpa de todo lo que pasaba en su tierra la tenía el maldito alcohol que los ingleses regalaban a los indios para que se volvieran sumisos y dependientes.

Se sentía capaz de luchar contra los hombres, pero no contra ese enemigo que diezmaba los pueblos y que lo dejaba a él en una situación de desamparo. ¿Cuál sería ahora el verdadero camino que debía seguir?

Al día siguiente montó a su caballo y se marchó a la nueva Saint Louis.

Nueva Orleans, octubre de 1766

En los meses siguientes a la llegada del gobernador español, fueron apareciendo señales de que se avecinaba un futuro tormentoso, equivalentes en la naturaleza al incremento del oleaje y el descenso del barómetro: los primeros fondos españoles resultaron insuficientes; los siguientes no llegaron porque el convoy en el que viajaban se hundió en septiembre, y el gobernador Ulloa ni siquiera se atrevía a residir en la ciudad, pues se había instalado en La Balize, un asentamiento cerca de la desembocadura del Misisipi, a casi treinta y cinco leguas de Nueva Orleans.

—¡Habrase visto semejante cobardía! —criticaba Lafrenière a todo aquel dispuesto a escucharlo—. ¡Y le ha pedido a monsieur Aubry que siga encargándose del control de la colonia! ¿Necesitamos más prueba de que esta tierra es francesa? ¡Que se larguen los españoles! ¡Ulloa el primero!

Jérôme Girard percibía que cada vez más personas compartían la hostilidad de Lafrenière contra los españoles. Él intentaba ser prudente, sabiendo que su silencio lo situaba en el bando de los cobardes a ojos de los criollos exaltados. Y las repercusiones eran claras: muchos dejaron de comprar sus mercancías. La equidistancia, neutralidad o imparcialidad —que siempre le habían reportado beneficios en los negocios— se habían convertido ahora en cualidades antipatrióticas. Odió a Lafrenière por liderar el desencanto. Y se arrepintió de haberse mudado a aquella vecindad en la que estaba claro que solo él opinaba distinto.

Un domingo de octubre, mientras los Girard disfrutaban después de la comida de una tarde de lectura y costura, un estrépito quebró la paz familiar. Una gruesa piedra rompió el cristal del ventanal del salón y cayó a pocas pulgadas de la cunita en la que dormitaba el pequeño Thierry, que rompió a llorar desconsolado.

Girard retiró el papel que envolvía la piedra y leyó la palabra que había escrita: «Traidor».

Furioso, salió al exterior, pero no vio a nadie. Piedra en mano, se dirigió a casa de su vecino.

—Cuando alguien no sujeta las riendas con firmeza, los caballos se desbocan, monsieur Aubry —le recriminó.

El gobernador en funciones, sorprendido y avergonzado, trató de calmarlo:

—Esos caballos pertenecen ahora al rey de España. Póngase en mi lugar. Lo máximo que puedo hacer es mantenerlos alimentados y cuidados hasta que el nuevo propietario se haga cargo. Represento a la ley, por más que a mi corazón le duela esta situación.

—Entonces, busque a los culpables y castíguelos conforme a la ley. Podrían haber matado a mi hijo pequeño. ¡A plena luz del día! —dijo blandiendo la piedra como si fuese a lanzarla. La dejó en la mesa del salón con un golpe sordo.

—Monsieur Girard, si no vio usted al autor, si no me da un nombre, sabe tan bien como yo que no lo encontraremos, aunque envíe a todos los soldados a preguntar por esas calles. Y, sinceramente, casi me alegro de que no viera a nadie. Una denuncia por su parte pondría en mayor riesgo a su familia. Los ánimos están calientes.

—¿De veras? ¡No lo había notado!

Girard, muy a su pesar, reconoció para sus adentros que Aubry tenía razón y trató de calmarse.

—Todos llegamos aquí con la misma idea —murmuró—. Empezamos de cero y creamos un mundo nuevo. Luchamos juntos contra los ingleses. Me niego a creer que los franceses nos convirtamos en nuestros propios enemigos.

Cuando regresó a su casa, pensando en cómo podría explicar a su mujer y a sus hijos lo que a él le costaba comprender, vio a un hombre en la puerta. Convencido de que era otro atacante, se abalanzó sin dudar sobre él, gritando:

—¡Da la cara, maldito cobarde!

Entonces, una voz familiar se alzó nerviosa:

—¡Soy yo, monsieur! ¡Soy yo!

El asalto se convirtió en un abrazo emocionado.

10

Nueva Orleans, octubre de 1766

Étienne había cambiado mucho en tres años. Ya no era el adolescente desgarbado y de rizos rebeldes que partió río arriba con su padrastro, sino un joven de diecisiete años con una peluca Ramillies de coleta larga atada con dos lazos negros, rostro tostado, músculos definidos y manos curtidas por el trabajo.

Durante dos horas respondió a decenas de preguntas sobre su familia y la vida en Saint Louis. Sus hermanos crecían sanos; la población aumentaba sin parar; la autoridad estaba en manos de un sexagenario capitán francés llamado Bellerive.

—Se encarga de todo —explicó Étienne—. Por más que digan que ahora el territorio pertenece a España, la gente lo pone en duda. Algunos incluso dicen que acabaremos perteneciendo a los británicos. ¡Ya les gustaría a esos! Echan pestes de nosotros. Dicen que la existencia de Saint Louis les impide a ellos tener un importante puesto comercial en el Illinois. ¿Qué culpa tenemos de que ahora todos quieran vivir en nuestra nueva ciudad? —Se le iluminaron los ojos—. Tendríais que ver aquello. Hay franceses de Francia, de Canadá, de Acadia, del Illinois y de Nueva Orleans conviviendo con indios de diferentes naciones. Y, aunque ahora están en zona inglesa, tenemos relaciones comerciales con los poblados de Cahokia y Kaskaskia...

Suzette, que lo escuchaba con atención, dio un respingo al oírlo.

—¡Kaskaskia! —exclamó. Su amigo indio le había dicho que su pueblo no era muy numeroso. ¿Podría la fortuna haber llevado sus pasos hasta Étienne?—. ¡De allí era Ishcate!

—Sí. —El joven sonrió—. Me buscó y me contó lo bien que cuidaste de él. Tenemos tratos con su pueblo. Me pidió que te saludara si te veía y que te diera esto.

La niña sonrió de oreja a oreja mientras desataba el cordel de un pequeño pedazo de cuero que envolvía un *calumet* de madera

adornado con diminutas plumas de diferentes colores. *«Neewe»* , le agradeció mentalmente. No había olvidado la palabra.

—Me alegra saber que el muchacho está bien —dijo Girard—. Su tribu nos será fiel. Ya que el gobierno no nos apoya, tendremos que recurrir más que nunca a nuestras habilidades.

—Al hilo de su comentario, monsieur, hay un asunto que debo explicarle. —Había adoptado un tono serio—. Sus noticias de que ya no teníamos la exclusividad nos llegaron después de haber confiscado los bienes de dos comerciantes que trataban de comerciar en el Misuri. Nos han demandado y exigen el reembolso de sus pérdidas.

Girard masculló un juramento. Otro contratiempo. Con lo bien que habían vivido sin los ingleses y sin los españoles.

—El gobernador es nuestro vecino. Hablaré con él para que intervenga.

—Gracias, monsieur. Reconozco que cuando llegué me entristeció no encontrarlos en la casa de siempre, pero me alegra que el cambio de residencia lo haya acercado a alguien tan influyente.

A partir de ese momento a Girard le interesó poco la conversación. Cuando los niños pequeños se impacientaron, Blanche propuso salir al jardín.

Étienne deseó encontrar allí un minuto para hablar a solas con Margaux, pero esta parecía más ocupada en atender a sus hermanos y en dar instrucciones a los sirvientes para que prepararan merienda que en conversar con él.

—¿Y ahora qué harás? —le preguntó Suzette.

—Pasaré el invierno aquí, en la casa de mi padre —respondió Étienne—, y regresaré al norte en febrero. Ayudaré a tu padre en las oficinas y nos pondremos al día en las cuentas.

Suzette pensó que aquello sería un motivo de alegría para su hermana, pero también ella se percató de que Margaux no prestaba mucha atención al muchacho.

Por la noche, en el dormitorio, quiso sacarle el tema:

—Qué bien que Étienne se quede unos meses, así podréis hablar de vuestras cosas. —Jugueteó con el bordado del embozo de la sábana de lino—. ¿Crees que te pedirá ya que te cases con él, Margaux?

—Espero que no lo haga —murmuró su hermana.

Asombrada, Suzette se incorporó en su cama.

—¡Creía que lo amabas!

—Oh, es difícil que lo entiendas... —La voz de Margaux se quebró por el llanto.

Suzette frunció el ceño: iba a cumplir once años en un par de meses; entendía más cosas de las que creían los mayores. Apartó la mosquitera y se sentó al borde de la cama. La luz de la luna entraba tenue por la ventana y permitía distinguir las formas de los muebles a grandes trazos. A petición de las hermanas, los muebles habían sido dispuestos en la casa nueva exactamente igual que en la anterior. Las dos camas, cerca, con sus cabeceros blancos y sus mosquiteras; los baúles a los pies; la cómoda y el armario compartidos en paredes opuestas.

—He visto cómo lo mirabas —dijo—. Te fijabas en su ropa y en sus manos. Parece más un trampero que un caballero. —El prolongado silencio le confirmó que había acertado. Se introdujo en la cama de su hermana, como hacían cuando una u otra necesitaba consuelo, y le acarició los pies con la planta de los suyos—. Es eso, ¿verdad? No quieres irte de aquí.

—¡Seguro que crees que soy mala! —estalló Margaux antes de darle la espalda—. ¡Tú sí que te irías si pudieras! ¡Sola o con quien fuese!

—¡Margaux! —gritó Suzette dolida por el tono empleado por su hermana—. ¡A mí no me metas en tus problemas!

Era cierto que había soñado con las praderas de las que le habló su amigo indio, y también era cierto que alguna vez había envidiado a Étienne, por todo lo que él había visto: a una «chica de su posición» —como decía su madre— jamás se lo habrían consentido. Cuando pensaba en su futuro, a veces fantaseaba con ir más allá de la línea del horizonte... Pero eso chocaba con su otro sueño, en el que se veía casada con Belmont y criando a sus hijos con la ayuda de Anne. Para ella habría sido toda una suerte que el mayor de los Fournier fuese comerciante como Étienne, para poder vivir en la frontera de los dos mundos. Por eso le costaba entender a su hermana.

Esperó alguna reacción de Margaux, que no llegó. Probablemente se hubiera arrepentido ya de sus palabras. Con intención de suavizar la situación, añadió, mientras regresaba a su lecho:

—Tendrás que decírselo. Y cuanto antes, mejor.

Todas las tardes, al salir de la oficina del almacén de la compañía, Étienne se pasaba por la residencia de los Girard. Como

estaba solo en su casa, Girard insistía en que se quedara a cenar con ellos, para incomodidad de Margaux, que tenía que esforzarse por resultar agradable y educada cuando sabía que el mensaje que se podía interpretar de aquella situación era contrario a sus intenciones. Debería haber seguido ya el consejo de Suzette, pero nunca encontraba ni el momento ni la determinación. Cada vez que pensaba en el contenido de las cartas que el joven le había enviado en los últimos tres años, era más consciente del daño que le infligiría.

Una noche Margaux se armó de valor y acompañó a Étienne hasta la salida. En el recibidor, tras cerrar las puertas del salón, le pidió que esperase un instante. Subió a su dormitorio, extrajo algo de su baúl, regresó en unos minutos, inspiró hondo y dijo:

—Compartimos ilusiones en el pasado, Étienne, pero ahora debemos olvidarnos de ellas.

—¿Por qué? —preguntó él súbitamente alarmado.

—Nunca me iré contigo al norte. Si alguna vez tuve alguna duda, después de conocer a Sarazen e Ishcate y oírlos hablar sobre ese lugar, me he dado cuenta de que no es para mí. Nunca sería feliz allí, aun en tu compañía. Y estoy convencida de que tú tampoco vivirías aquí, en Nueva Orleans, ni siquiera por mí. ¿Me equivoco?

Étienne movió la cabeza de lado a lado. Nunca se había planteado esa posibilidad. En Saint Louis estaba su futuro. Había tomado parte en la creación de la nueva ciudad. Estaba completamente seguro de que allí había encontrado su lugar. No podía renunciar a él. No iba a hacerlo. Había dado por supuesto que ella lo seguiría allá adonde fuera, pero ahora, por primera vez desde que había regresado, miró con nuevos ojos su vestido de gasa y seda y luego su rostro. Ninguna joven en Saint Louis vestía como ella. Ninguna tenía su fina piel. ¿En qué había estado pensando? Aun así, no podía aceptar su rechazo y una serie de recriminaciones salieron de sus labios:

—Tus cartas alentaban mis ilusiones, Margaux. Creía que me amabas. Todos estos años perdidos pensando en ti...

—Lo siento —dijo ella con un nudo en la garganta. Le entregó un paquetito de cartas atadas con un cordel—. Estas son las que me enviaste. Espero que tú me devuelvas las mías. Si emprendemos caminos diferentes, no conviene guardar nuestros recuerdos más íntimos. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Adiós, Étienne.

Margaux regresó a su dormitorio, se lanzó sobre la cama y, abrazada a la almohada, liberó los sollozos contenidos durante la conversación con Étienne.

La razón le había ganado la batalla al corazón.

Había hecho lo correcto; pero el alivio por su libertad recobrada no superaba a la pena que le producía la despedida, que debía ser definitiva.

Étienne pasó la noche en las tabernas cercanas a los muelles. La borrachera lo mantuvo alejado del trabajo un par de días. Cuando apareció por fin por el almacén, Girard, al tanto ya de la decisión de Margaux, le puso la mano en el hombre con gesto afligido.

—Muchacho, estas cosas cuanto antes pasan, mejor. No es deseable un matrimonio desgraciado.

Se calló que a su esposa Blanche la había complacido la ruptura del compromiso —por fortuna para su hija, ni oficial ni conocido por la sociedad—, pues tenía otras aspiraciones para su primogénita. En cuanto a él mismo, si había esperado reforzar con lazos familiares el vínculo económico y comercial con su socio Leroux a través de los jóvenes, tuvo el presentimiento de que este giro supondría un cambio en la relación con su amigo, cuya imagen se le iba desdibujando en la mente después de tantos años sin verlo.

—Gracias, monsieur Girard —musitó el joven.

Étienne hubiera deseado desaparecer de la ciudad de inmediato, pero los barcos no ascendían el Misisipi en diciembre y enero. Encontró pasaje a finales del invierno en la primera expedición española al Illinois, al mando del capitán Francisco Riú.

Comparó la ilusión de su primer viaje con este, lo cual no hacía sino incrementar su abatimiento. A su propia pena se sumaba el ambiente sofocante del barco por la actitud déspota de Riú, que ordenaba hacer ondear las banderas rojigualdas al pasar ante los fuertes de ambas riberas para que quedase claro que se estaba formalizando la presencia española en la margen oeste. Todas las noches obligaba a rezar el rosario y quería que la jornada de trabajo comenzase al alba. Obsesionado por el miedo a un ataque indio, ordenaba que los cuarenta soldados de la expedición tuvieran siempre las armas cargadas y listas y no probaran ni una gota de alcohol. A raíz de estas exigencias, había nuevas deserciones tras cada acampada nocturna. Si hubiera podido, Étienne también se habría buscado otra

manera de regresar a Saint Louis.

Además de los soldados, viajaban ocho oficiales, un carpintero, un albañil, un picapedrero, un intérprete, un herrero, un cirujano y un capellán. Todos eran de origen francés, español o africano, y a muy pocos los acompañaban sus esposas. Según contó el capitán, el gobernador Ulloa hubiera deseado llevar a más familias, pero no había encontrado ninguna dispuesta a responder a la llamada de las oportunidades del norte. La única mujer soltera era una joven de catorce años que lloraba todos los días.

Étienne le preguntó la causa de su tristeza. Ella le explicó que se había educado en el convento de las Ursulinas de Nueva Orleans. Para animar matrimonios, el gobernador había dotado a los soldados y les había prometido vivienda mientras cumplieran con sus obligaciones militares, pero no había mujeres blancas disponibles y el concubinato con negras o mulatas, aunque existía, estaba prohibido. Ella era la única en edad casadera y la habían comprometido con uno de los dos sargentos, por fortuna con el más joven. Ante su incierto futuro, solo sentía deseos de arrojarse por la borda, pero su cobardía se lo impedía.

Sintió lástima por ella. Comprendió entonces que nunca había prestado atención a los verdaderos deseos de Margaux. Había que ser de una naturaleza física y moral muy fuerte para resistir en aquellas tierras.

Deslizó la vista por las tranquilas aguas del Misisipi y suspiró profundamente.

Comprendió con tristeza y resignación que el amor no siempre bastaba.

Los sueños y la realidad seguían trayectos diferentes.

Nueva Orleans, abril de 1767

Poco después de la marcha de Étienne, Blanche dio a luz a otra niña, a la que llamaron Pauline. La energía de su primer llanto marcó las diferencias con su hermano Thierry, que crecía débil y enfermizo. La salud del niño era tan inestable como el clima de esa primavera, pensaba Suzette: tan pronto brillaba el sol como las tormentas se cebaban en las poblaciones, devorando las cosechas y obligando a los habitantes a echar mano de las cada vez más menguantes reservas de

comida.

Una mañana agradable de abril, mientras Blanche tomaba el aire en el jardín con sus hijos pequeños y sus doncellas, Bamboula, convertido en hombre de confianza de la familia, avisó a la señora de que un tal René Dubois, panadero, deseaba hablar con monsieur Girard, que en esos momentos no estaba en casa. Blanche dudó si recibirlo, pues solo conocía al hombre de oídas y no se le ocurría qué otra cosa podía querer salvo preguntar por su esposa desaparecida, pero su marido estaba tan ocupado últimamente que prefirió liberarlo de esa visita poco agradable.

—Hazlo pasar, Bamboula, y luego quédate todo el tiempo a mi lado.

Cuando Blanche vio a René, se compadeció enseguida de Cécile por haber sido obligada a compartir su vida con un hombre semejante. Era todo lo contrario a Benoît Leroux, no tanto en el aspecto físico —pues conservaba cabello sin canas y figura— como en sus formas groseras y su mirada desafiante. Además, su casaca de anchos puños, pasada de moda, necesitaba una buena limpieza. Al menos tuvo la educación de quitarse el sucio sombrero ante ella, que se puso en pie manteniendo la distancia: no pensaba presentarle su mano para que la besara.

—Monsieur Dubois, tenía entendido que estaba usted por Francia. ¿Cómo le ha ido?

—Mejor que por aquí, desde luego. Acabo de llegar, esperando encontrar a mi mujer al frente de la panadería, y resulta que no está.

—Oh, Cécile le hubiera escrito, pero no dejó usted señas adonde enviar una carta...

—¡No la disculpe! Mi mujer debería estar donde la dejé.

—Como comprenderá, eso no es de mi incumbencia. —Blanche señaló la salida con la mano, dando la conversación por terminada, pero René se le acercó.

—Quiero saber dónde está.

—Se fue de la ciudad. No dijo el destino.

—¡Miente!

Bamboula se situó a su lado. René alzó la cabeza, como midiendo sus fuerzas, pero ante ese hombre no tendría nada que hacer. Sacudió contra su pierna el sombrero que sujetaba entre las manos antes de ponérselo para marcharse.

—Me encargaré de denunciar el apoyo de los Girard en la decisión de mi mujer de cambiar de vida —añadió alterado—, cuando sigue legalmente casada conmigo. Moveré cielo y tierra, pero daré con ella. Hablaré con el gobernador. Y regresará aquí, que es donde debe estar, conmigo, que es con quien debe estar. ¡La ley obliga a las mujeres a vivir donde lo hacen sus maridos!

Blanche tuvo que morderse la lengua para no replicarle que, en tal caso, debería habérsela llevado consigo cuando desapareció rumbo a Francia. En realidad, Cécile había tenido mucha suerte de que él no lo hiciera.

Se le hizo el tiempo eterno hasta que volvió su esposo y le pudo contar la enojosa escena. Girard la escuchó, pero no pareció darle la misma importancia que ella, preocupada siempre por no manchar el nombre de la familia.

—Ahora se dedicará a hacer correr rumores malévolos sobre nosotros, Jérôme; al fin y al cabo, Cécile se ha ido con tu socio... Tienes que hacer algo al respecto.

—¿Y qué quieres que haga? Nuestros vecinos y amigos nos conocen y saben que ese hombre es un sinvergüenza. Que diga lo que quiera, pues nadie le hará caso. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

Blanche lo miró sin parpadear, esperando que se explicara. Por fin Girard dijo:

—Me han revocado definitivamente todos los contratos anteriores a los españoles. Y el Consejo Superior de Luisiana ha fallado contra la compañía Girard y Leroux por confiscar los bienes de esos comerciantes del Misuri de los que habló Étienne. Tenemos que desembolsar seis mil quinientas libras francesas. ¿Sabes quién ha dictado la sentencia?

—Lafrenière... Te está mostrando su poder con esta venganza por no apoyarlo en su conspiración contra los españoles.

—Siento que me atacan por todos los lados —suspiró Girard.

Justo entonces llegaron Margaux y Suzette de dar un paseo.

—¿Qué ha pasado que estáis tan serios? —preguntó la mayor.

Blanche las puso al día.

—Se terminó vuestra relación con Cathy Lafrenière —añadió Girard—. Por supuesto, no asistiréis a su boda ni se le hará ningún regalo. No pienso gastarme ni una libra en quien me ha quitado

tantas.

A Margaux se le llenaron los ojos de lágrimas y avanzó hacia su padre, aunque se detuvo a medio camino, con los puños apretados.

—¡Pero, padre...! —protestó—. ¡No es justo!

—No hay más que hablar —zanjó él con firmeza y el ceño fruncido.

Margaux buscó la mirada de su madre, pero Blanche se limitó a suspirar y a negar apenas con la cabeza. No añadió nada. La mayor de las hermanas supo que no habría vuelta atrás y salió de allí corriendo y envuelta en llanto, con Suzette pegada a sus talones, hasta el dormitorio.

—Cathy es una buena amiga —dijo entre sollozos Margaux con la cara apretada contra la almohada—. ¿Por qué nos mezclan nuestros padres en sus problemas?

Suzette se sentó a su lado y le acarició el pelo.

—Pero, si lo piensas bien, ¿cómo vamos a hablar en confianza con ella cuando sabemos que su padre ataca al nuestro?

—¡Su boda será el acontecimiento del año! —Margaux se incorporó de pronto enfadada, con los ojos enrojecidos—. Ay, Suzette, no justifiques a nuestro padre. Por culpa de su obstinación solo conseguirá que nos deje de hablar la mitad de la ciudad.

Suzette creía que su padre era honesto, sincero y trabajador. Ella lo admiraba. ¿Qué estaba haciendo mal para que su propia hija también lo criticara? Todo andaba revuelto ese año, no solo el clima.

Margaux estuvo semanas enfurruñada. Intentó convencer a su madre de que hiciera cambiar de idea a su padre, pero no tuvo éxito. En este asunto, Blanche, la reina de las reuniones sociales, opinaba como su marido.

Como suponía Margaux, el enlace entre Cathy Lafrenière con Jean Payen fue el acontecimiento del año.

—Me han contado que firmaron como testigos entre otros el gobernador Aubry y el gobernador Ulloa —comentó Blanche al día siguiente de la boda durante la sobremesa—. No me lo podía creer, teniendo en cuenta que Lafrenière y Payen conspiran contra el español...

—Aunque no se llevan bien, ellos no tuvieron problemas en asistir y nosotros nos lo perdimos —dijo Margaux en un tono todavía rabioso.

—Si el gobernador español ha consentido en ser testigo de la boda de la hija de Lafrenière es porque alguien le ha aconsejado que tenga un gesto con los criollos. —Blanche reclamó la atención de su marido—: Jérôme, también acudieron y firmaron D'Arensbourg, de la Costa de los Alemanes, Villeré y Milhet.

Girard chasqueó la lengua.

—Las relaciones familiares se van consolidando —dijo enigmático—. Lo cual me reafirma en la decisión que tomé, queridas hijas... Por muy difícil que os resulte de entender.

En efecto, en ese momento ni Margaux ni Suzette supieron comprenderlo. Aún tardarían unos meses en averiguar que las partidas importantes requieren a veces movimientos lentos.

11

Nueva Orleans, mediados de agosto de 1768

Sentada en el coche de caballos, de camino a la fiesta que los Fournier celebraban en su plantación, Suzette pensó que, en el brindis típico de un encuentro como ese, pediría para sus adentros con todas sus fuerzas que retornara la felicidad a su ciudad y a su casa, donde el ambiente no podía estar más enrarecido. ¡Y que no se le olvidase!: también pediría que los españoles desaparecieran de esas tierras, pues todo parecía haberse estropeado con su llegada. ¡Con lo bien que habían vivido sin ellos!

A excepción de los momentos divertidos proporcionados por su nueva hermana, Pauline, todos los sucesos que recordaba hasta donde alcanzaba su memoria eran negativos. El fallecimiento de monsieur Fournier al poco de irse Ishcate y Sarazen, la marcha de Étienne tras la ruptura del compromiso, la llegada de su indeseable padre, la pérdida del juicio contra la empresa de Girard y Leroux, la prohibición de asistir a la boda de Cathy, la débil salud de su hermano Thierry, el aislamiento al que se veían sometidas las hermanas... ¡Ni siquiera había celebrado su décimo segundo cumpleaños con sus amigas! Sin duda ese había sido el cumpleaños más triste de su vida. Y nada tenía visos de cambiar. El verano ya estaba muy adelantado; en cuatro meses cumpliría trece y no quería ni pensar que tampoco pudiera celebrarlo.

El carruaje se detuvo ante el porche de entrada de la fastuosa vivienda, desde donde se oía la suave música de una orquesta. Tras casi tres años de duelo por el fallecimiento de monsieur Fournier, la familia había decidido retomar sus actividades sociales porque, según le había explicado su madre, en esa familia había muchas hijas que casar y un heredero al que encontrar esposa. Suzette había oído rumores de que lo rondaban tres jovencitas casaderas y de pronto se sintió insegura. Se miró de arriba abajo preguntándose si él se fijaría

en ella y pensó que esa también sería una buena petición para el brindis.

Se sentía especialmente excitada por dos razones, además de por su deseo de cambio hacia la felicidad: era la primera gran fiesta formal a la que asistía y vería a Belmont. Aparte de algún encuentro rápido en la misa de los domingos, hacía tiempo que no coincidían como antaño porque él había cancelado todos sus actos sociales y se había dedicado a ponerse al día en los asuntos de la gestión del patrimonio familiar. Aun así, cuando pensaba en él, seguía viéndolo como el joven más atractivo de toda Nueva Orleans.

La puerta del carruaje se abrió y Bamboula, que había viajado en el pescante junto al conductor, las ayudó a descender. En el porche se arrodilló y, una tras otra, como era costumbre, procedió a cambiarles el calzado normal por las zapatillas de seda de baile para que lucieran impolutas.

Cuando le llegó el turno a Suzette, que era la última, rechazó su ayuda.

—Gracias, Bamboula, ya lo hago yo —le dijo indicándole que se pusiera en pie. No podía soportar ver a un hombretón como él en esa posición humillante.

—Es parte de su trabajo —comentó Margaux en voz baja—. Espero que nadie lo haya visto y seamos motivo de chismorreo.

Suzette se encogió de hombros.

—No me gusta que lo haga y no me importa lo que digan.

—Hoy debemos comportarnos mejor que nunca. —Margaux señaló a los hermanos Fournier—. Es una noche importante para ellos.

En la puerta principal, cuyas dos hojas estaban abiertas de par en par, la viuda Catherine Fournier, Belmont, de dieciocho años, y su hermana Jeanne, de quince, recibían uno por uno a los invitados.

Cuando le tocó el turno a Suzette, Jeanne le susurró:

—Gracias a Dios, creo que ya quedan pocos por saludar.

Y Belmont, tras besarle la mano, le dijo:

—Estás muy hermosa esta noche.

Suzette se ruborizó. Se había arreglado con un vestido de color crema de una pieza con pliegues en la espalda y pequeños volantes en mangas y escote, demasiado sencillo para el gusto de su madre, y se había negado a ponerse bajo las enaguas uno de esos incómodos *paniers* que deformaban la figura. Tal vez no fuera a la última moda,

pero se sentía cómoda. Él, por el contrario, sí que estaba elegante, con su casaca de seda azul y pasamanería de plata y una peluca corta de etiqueta acabada en un bucle en la parte posterior del cuello, pensó, mientras repetía varias veces mentalmente las palabras que le acababa de dedicar. Había empleado el mismo tono de siempre —cercano, cordial—, pero nunca antes la había adulado, ni la había tocado como un caballero a una dama, inclinándose apenas para acercar su mano a sus labios con excitante lentitud. Y no había escuchado que a su hermana Margaux le dijera lo mismo, y eso que a sus dieciséis años ya parecía una mujer, con ese vestido de brocado tan escotado y ese alto tocado con rizos postizos.

Suzette sintió que flotaba al entrar en el gran salón con ventanales hasta el suelo en el que los invitados charlaban de pie junto a varias mesas dispuestas para la cena. Por su lado pasó la recién casada Cathy Lafrenière con su marido. La joven fue educada: saludó con una leve inclinación de cabeza, pero no se detuvo para hablar, con lo cual quedó claro que la amistad que una vez compartieron había terminado para siempre.

La familia Girard se unió enseguida a las familias Le Sénéchal y De la Ronde, así que Suzette y su hermana Margaux se juntaron con sus amigas Louise y Marie.

—¿Habéis visto qué guapo está hoy Belmont? —cuchicheó Louise.

Era la mayor de todas —dieciocho años, los mismos que el joven objeto del piropo—, pero casi tan bajita como Suzette, aunque esa noche parecía más alta por el sofisticado recogido que lucía.

Margaux y Marie soltaron unas risitas. Suzette enrojeció al darse cuenta de que le molestaba que lo convirtieran en el foco de su atención.

—Vamos, Suzette, no seas tan remilgada —le dijo Margaux al advertirlo—. ¿A ti no te lo parece? —Cuando por fin su hermana hizo un levísimo gesto de asentimiento con la cabeza, alzó la vista al techo —. ¡Gracias a Dios!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Suzette molesta por su tono burlón.

Margaux se encogió de hombros.

—Me tienes preocupada con tus gustos. Espero que hoy encuentres a alguien que te haga olvidar a ese indio.

Ahora sí que Suzette enrojeció hasta la raíz del cabello. Quería a su hermana, pero, a veces, Margaux la humillaba con comentarios desafortunados. Esto era así desde que había rechazado a Étienne. Al resaltar alguna imperfección de su hermana, Margaux pretendía rebajar lo que creía que otros podían criticar en ella.

—¡Era mi amigo! —La protesta le nació de dentro.

Jamás lo había visto de otro modo. Nunca, en ningún momento, había pensado en él como pensaba en Belmont. Sin embargo, por primera vez en su vida ese ataque injustificado le hizo plantearse qué habría de malo en ello.

—Tenía un nombre imposible de recordar —dijo Marie, de diez años, la más joven de todas, que llevaba un sencillo conjunto rosa de falda y corpiño.

—Ishcate —murmuró Suzette—. No es tan difícil, si te esfuerzas por prestar atención.

—¡Te molestas por un indio al que nunca más volverás a ver! —exclamó Louise—. ¿Qué idiotez es esa? Más vale que no se entere nadie. No encontrarías marido ni en los muelles.

—¿De qué habláis? —preguntó Jeanne incorporándose al grupo. Estaba preciosa con un vestido salpicado de florecillas en azul y plata, a juego con la casaca de su hermano.

—De Belmont —le respondió Marie rápidamente, para rebajar la tensión—. ¡Cuántas desearán bailar hoy con él!

Suzette agradeció que ninguna le contara nada más sobre la conversación. Por ahora. Conociendo a la indiscreta Louise, poco tardaría en ponerla al día.

—Espero que también baile con vosotras —dijo Jeanne—. ¿Quién sabe? ¡Igual una de mis queridas amigas podría ser mi cuñada! —Las jóvenes rieron—. Por cierto, ahí está. Le diré que os invite a todas. Y con él viene... —Cruzó las manos ante su pecho—. ¡Oh, sí!

Sus amigas dirigieron la vista hacia el motivo de su súbita alegría. Quien caminaba junto a Belmont era Philippe, el hijo mayor de los Laurent, la familia más acaudalada de Nueva Orleans. Ambos se sumaron al grupo y permanecieron con ellas hasta el brindis. Entonces Belmont tomó su copa y se situó junto a su madre frente a los invitados.

—Mi padre se sentiría feliz de ver tanta animación en esta casa. —Alzó la copa—. En su nombre y en su recuerdo, brindo por todos

nosotros.

Decenas de manos elevaron sus copas sobre las pelucas empolvadas de los hombres y los adornos de plumas, perlas y lazos de los elaborados recogidos de las mujeres.

—¡Viva Francia! —gritó alguien.

—¡Viva! —corearon todos alzando de nuevo sus copas.

—¡Y fuera los españoles! —gritó la misma persona.

Algunas manos dudaron, pero la mayoría permanecieron en alto; otras, como la de Girard, descendieron.

—Maldito Lafrenière —masculló este.

—¿No estás de acuerdo con él, padre? —preguntó Suzette.

—Este no es el momento ni el lugar —le respondió él antes de dirigirse a su mujer—: ¿Has visto cómo paseaba la mirada por la sala? Está calculando cuántos adeptos tiene su causa y dejando en evidencia a los demás.

Monsieur Aubry, con rostro contrariado, se unió al matrimonio.

—Esto no terminará bien —dijo con la mirada perdida—. Lafrenière sabe que los pagos están suspendidos y que la gobernación española corre peligro. No pierde ocasión para calentar los ánimos.

—¿Y cuál es su postura, monsieur?

—He visto cómo frenaba su brindis, Girard, así que no difiere mucho de la suya. Tengo un mensaje para usted del gobernador español. Ha llegado la hora de tomar partido abiertamente. De su decisión dependerá su futuro y el de su familia.

—El gobierno español ha cometido un gran error al anunciar el fin del comercio de esta provincia con Francia y sus colonias y al ordenar el cierre de las bocas del Misisipi. Como comerciante no puedo estar más en desacuerdo. Ahora bien, lo que menos le interesa ahora a esta tierra es una nueva guerra. —Meditó unos instantes—. ¿Cuál es el encargo?

—Quieren que lleve mil quinientos pesos a los alemanes para pagarles las deudas que tienen contraídas por el maíz y otros granos que se han usado para fines del real servicio de España.

—¿Cuándo? —quiso saber Girard.

—Cuando acabe el verano. El gobernador Ulloa planea izar la bandera española por fin en la ciudad no más tarde de octubre. El objetivo del pago está claro: contentar a los descontentos.

—Entiendo... Que sea un francés quien lo haga será un claro

signo de apoyo a los españoles.

—Y te convertirá en un traidor a ojos de otros... —dijo Blanche con preocupación.

Siguiendo las órdenes de Belmont, los sirvientes se apresuraron en retirar las mesas de la comida y despejar el espacio para el baile. La orquesta comenzó a interpretar una melodía que animó a muchas parejas a situarse en posición para bailar un minué. Philippe Laurent invitó a Jeanne, para regocijo de esta.

—Ahí viene Belmont —le susurró Margaux a Suzette—. Seguro que me invita a bailar. Madre me ha dicho que su madre vería con buenos ojos que nuestras familias se unieran...

Margaux enderezó la espalda y ensayó una sonrisa deliciosa. No obstante, fue a Suzette a quien se dirigió el joven:

—¿Me concedes este baile?

Suzette sintió una oleada de calor y aceptó con una sonrisa espontánea sin mirar a su hermana, para que la decepción en su rostro no la hiciera sentir culpable. Deseaba disfrutar de ese instante que jamás olvidaría. Belmont la había invitado a bailar a ella , de entre todas las jóvenes presentes. Delante de todos los invitados. Habría comentarios.

Ligeramente nerviosa, se situó frente a él y se concentró en bailar con gracia los menudos pasos, sosteniendo con una mano un pliegue de su vestido y aceptando la de él cuando tocaba un saludo o una reverencia. Al cabo de un par de figuras, Belmont se inclinó sobre ella:

—¿Qué te preocupa?

—El baile no es lo mío. Tengo que contar los pasos. —Mintió, porque eso era más fácil que confesarle que tenía un nudo en el estómago desde que él había descansado la mano en su cintura.

—Suzette... Nos conocemos desde niños. Sé cuándo algo ronda por tu cabeza.

Embriagada por la música, por su contacto, por el descubrimiento de que él se había preocupado por conocerla, Suzette deseó que el baile no terminara nunca. El hechizo podría romperse si le confesara que su padre podría ser un traidor. Nada sabía ella de las ideas de Belmont.

—¿Te ha molestado el brindis de monsieur Lafrenière? —Hablar de otros era terreno seguro; mucho más que centrarse en ella misma.

—No me ha sorprendido, la verdad. Cuando mi madre y yo

preparamos la lista de invitados, comentamos que se iban a reunir aquí los más rebeldes. —De los que nombró, Suzette conocía de oídas a Milhet, Villeré y Marquis, y en persona a Payen, el marido de Cathy —. Pero consideramos que, en el fondo, todos opinamos como ellos, aunque no demos la cara... todavía.

—Y tú, ¿hasta dónde estarías dispuesto a llegar? ¿Tomarías las armas?

—Mi padre contribuyó a enriquecer esta colonia. Me debo al apellido de mi familia. Me debo a Francia. ¿No opinas igual?

Suzette pensó de repente en Ishcate y en tantos como él. Los indios querían conservar su independencia; los franceses querían lo mismo.

Y cada vez que unos u otros sacaban a relucir esa palabra, se oían ruidos de sables y percutores de fusiles.

Costa de los Alemanes, octubre de 1768

Girard siguió el recorrido más rápido y seguro hasta la Costa de los Alemanes, donde debía reunirse con Karl Friedrich D'Arensbourg para convencer y alejar a los alemanes del influjo rebelde de Lafrenière y atraerlos al bando español. Poco después del amanecer del 24 de octubre, una vez pasado el tercer meandro del Misisipi en dirección al norte, ordenó amarrar el barco de su propiedad en un pequeño muelle de la orilla oeste y desembarcar y ensillar su caballo.

—¿No quiere que lo acompañe, monsieur? —le preguntó Bamboula mientras comprobaba la cincha y los estribos.

Girard negó con la cabeza. El encuentro debía celebrarse con la mayor discreción y los criados no sabían guardar secretos.

—Estaré de vuelta al atardecer.

A unos cien pasos del muelle había un almacén. En el exterior, varios hombres apilaban la mercancía que viajaría en el siguiente barco. Girard preguntó por el camino para asegurarse y un hombre desgarbado con los dientes mellados se lo indicó. Galopó hacia el oeste por tierras de labranza en las que faenaban familias de cabellos rubios. Pronto divisó pajares y cobertizos, señal de que se acercaba al establecimiento. Se cruzó con un carretero que le indicó cuál de la docena de casas iguales, de una planta y con tejado inclinado a dos aguas, era la de D'Arensbourg. Por fortuna, él estaba en la vivienda —

se había ahorrado buscarlo por los campos— y dispuesto a escucharlo.

D'Arensbourg, un sueco corpulento de más de setenta años que derrochaba salud, lo hizo pasar a la sala principal de la casa, que hacía de recibidor y comedor; lo invitó a sentarse a la mesa de recios tablones y le ofreció un vaso de vino y pan con queso, que el francés aceptó de buen grado después de varias horas a caballo en un día plomizo.

Girard conocía el pasado del hombre y su fama. Había llegado a Luisiana hacía casi medio siglo a través de la Compañía de Indias, encargada de poblar el territorio a cambio del monopolio del comercio. Optó por la estrategia de la adulación abierta y directa para conseguir su objetivo.

—Usted lideró todas las luchas contra la enfermedad, los terribles huracanes y los indios locales y este territorio prosperó. Muchos de los productos que consumimos en la ciudad se cultivan aquí. Nada se decide en este lugar sin contar con su opinión. Por eso le ruego que ahora haga caso al sentido común y a la sensatez. Su nieta está casada con uno de los cabecillas rebeldes, cuñado de Lafrenière. Hágalo entrar en razón.

—Esas mismas razones que usted alega son las que hacen que me hierva la sangre.

—Una sangre que no es francesa, al fin y al cabo —se atrevió a decir Girard.

D'Arensbourg se puso en pie y dio unos pasos por la sala con las manos unidas tras la espalda. A Girard le inquietó haberse excedido, pero se forzó a guardar silencio. Durante un rato que se le antojó eterno, solo oyó los latidos de su corazón.

—Por Francia, mi familia y yo hemos pasado penurias —alegó al fin D'Arensbourg irritado—. Me he ganado el derecho a decidir y opinar sobre el futuro de estas tierras. Nuestras familias han estrechado lazos con las familias francesas, de modo que mis descendientes tienen raíces que llegan hasta los primeros exploradores. No puede usted decir lo mismo, monsieur.

—Si el complot para expulsar al gobernador español impulsado por Lafrenière sigue adelante, vendrán tiempos aciagos para todos. —Puso sobre la mesa una bolsa de monedas—. Con este dinero queda saldada la deuda que los españoles tienen con los alemanes.

D'Arensbourg meditó unos instantes antes de concluir:

—Nos apostaremos a una legua de la ciudad el día señalado, y después ya veremos. No tengo nada más que decir.

Girard tomó el camino de regreso a su barco más preocupado todavía. El último comentario de D'Arensbourg había sido ambiguo, pero había quedado claro que estaba del bando de los franceses insurgentes. La rebeldía era más contagiosa que cualquiera de las pestes que de vez en cuando asolaban la colonia. Era difícil hacer entrar en razón a quien hablaba con el impulso del corazón. ¿Por qué tantos se empeñaban en no ver lo que para él era cristalino? España izaría su bandera contra viento y marea. Era un tremendo error enfrentarse a los españoles.

Divisó la silueta del almacén recortada sobre la luz tormentosa cuando las nubes empezaban a descargar el agua acumulada durante días. En unos segundos las recias gotas se convirtieron en un aguacero que inquietó al caballo y le impidió la visión. Buscó refugio en el edificio, en la confianza de que el chaparrón pasaría pronto.

No percibió el trajín de la mañana. Los trabajadores se habrían marchado ya. El repiqueteo de la lluvia en el tejado se imponía sobre cualquier otro ruido y sobre sus propios pensamientos. De repente alguien se situó a su lado y Girard dio un respingo. Reconoció al hombre que le había indicado el camino por la mañana. Le dio mala espina la forma en que fijaba en él sus ojos desafiantes mientras le dedicaba una desagradable sonrisa. Sintió entonces una presión en la espalda y comprendió que alguien lo estaba apuntando con una pistola.

—No llevo dinero encima, si es lo que queréis —dijo en voz alta para que lo oyeran a través de la lluvia.

—¡No queremos tu dinero, perro traidor! —le gritó el de los dientes mellados—. ¿Cómo puede un francés mostrarse fiel a los españoles? —Con un ademán, le indicó que caminara hacia el fondo, donde había varias cajas apiladas.

Girard obedeció, mientras un sudor frío le recorría la espalda. Esos hombres sabían quién era y por qué había ido allí. Maldijo para sus adentros no haberse hecho acompañar por Bamboula.

—¡Pagaréis por esto! —bramó—. ¡Mis hombres vendrán a por mí!

El hombre cogió una cuerda y le ató las manos. A continuación se quitó el sucio pañuelo que llevaba al cuello y se lo metió a él en la boca.

—Triunfará la revolución. Mientras tanto, nos aseguraremos de que no interfieras. Después, ya veremos qué hacemos contigo. —Lo empujó con violencia.

Girard cayó al suelo y se golpeó la cabeza. Le pareció que el ruido de la lluvia ya no era tan ensordecedor y que las formas perdían nitidez. En su aturdimiento, distinguió una enorme sombra que se abalanzaba sobre los hombres. Oyó gritos y golpes y luego el espectro, que blandía un cuchillo, se acercó a él. Cerró los ojos y rezó, convencido de que se acercaba su final.

—Monsieur —dijo una voz.

El alivio descendió sobre él como la bruma sobre los campos. Parpadeó varias veces para enfocar la vista.

—Bamboula...

El esclavo le cortó las ataduras.

—Lo vi a lo lejos desde el muelle y me extrañó que tardara tanto en llegar. —Señaló a los dos secuestradores, inconscientes en el suelo —. ¿Qué hago con ellos?

Girard se puso en pie y cogió la pistola con la que lo habían apuntado. Encañonó al cabecilla, que empezaba a moverse.

—Átalos y déjalos aquí.

Bamboula obedeció.

Durante el corto trayecto de regreso río abajo hasta Nueva Orleans, Girard se arregló el atuendo y se aseó para ofrecer una buena imagen a su familia tras la desagradable experiencia. En el muelle, ya en la ciudad, le entregó unas monedas a Bamboula.

—Cómprate algo en el mercado. —Le dio unas palmaditas en el hombro—. Hoy me has demostrado tu fidelidad. No lo olvidaré, muchacho.

Caminó hasta su casa para tonificar los músculos y despejar sus oscuros pensamientos. Estaba vivo. Sumaba una anécdota más a la historia de su vida. Pero lo sucedido era un claro ejemplo de que se avecinaban tiempos turbulentos y odios entre compatriotas.

Llegaba ya a su vivienda cuando el corazón le dio un vuelco. En la puerta había dos jóvenes armados. Olvidándose súbitamente del cansancio, subió los escalones con agilidad.

—¡¿Qué sucede?! —gritó preocupado.

Uno de ellos lo apuntó con su mosquete.

—Está usted arrestado. Métase en casa.

—¡Soy un ciudadano libre! ¡Tengo mis derechos!

—No saldrá de su domicilio hasta que esto haya terminado. De momento, acatará nuestras órdenes.

—¿Por qué se me humilla de esta manera, si puede saberse?

—Por colaborar con el enemigo.

Girard soltó un resoplido. Lo habían atacado con intención de secuestrarlo y ahora lo detenían. La sublevación había comenzado y querían apartarlo del camino para que no molestase.

Hizo el gesto de lanzarse a coger el cañón para arrancarle de las manos el mosquete a ese impertinente, pero el otro muchacho lo apuntó también con su arma. Girard pensó en su familia y levantó las manos. Convenía mantener la calma. Daría aviso al gobernador. Esos rebeldes no se atreverían a tenerlo bajo arresto mucho tiempo.

Al quinto día de encierro el ambiente en la vivienda era irrespirable. Suzette nunca había visto a su padre tan iracundo. Daba vueltas por la casa, subía y bajaba la escalera, se asomaba por las ventanas y por la puerta principal soltando improperios. Ninguno de los hombres armados que vigilaban la propiedad les explicaban qué sucedía más allá de esas paredes y solo permitían que un par de doncellas salieran a hacer la compra.

Suzette también quería saber qué estaba pasando.

Tuvo una idea.

Fue a las dependencias del servicio y le pidió a Anne algo de ropa. Como esta era más alta que ella, con rápidas y espaciadas puntadas cogieron el bajo a la falda y cosieron unas lorzas en las mangas de la camisa. Con sendas cestas colgadas del brazo, las muchachas se dirigieron al mercado, poco antes del mediodía. Las calles estaban repletas de personas que gritaban y avanzaban como si fueran un manto de nubes gruesas y bajas antes de una tormenta, y todos los hombres portaban mosquetes o fusiles.

Suzette y Anne pasaron por delante de la iglesia de San Luis. La fachada principal miraba hacia el río Misisipi, que estaba a unos doscientos pasos. Aunque el edificio permanecía cerrado por reparaciones, varios hombres se habían subido al campanario octogonal. El espacio abierto de ahí hasta el río era la plaza de armas, que estaba atestada. A los gritos se sumaron enseguida los sonidos de las campanas, que acompañaron el arriado de la bandera española y el izado de la francesa.

Resultaba difícil no contagiarse del espíritu combativo de tantas personas juntas, pensó Suzette. Resultaba difícil caminar contra la masa de gente. Su cerebro repetía las palabras prudentes de su padre, pero su corazón la tentaba a gritar consignas contra los españoles, por culpa de los cuales la vida conocida tenía que cambiar.

De pronto alguien la cogió del codo y ella dio un respingo.

Al girarse, se encontró cara a cara con Belmont, que la miraba con ojos encendidos por el fuego que animaba a la muchedumbre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó nervioso.

Suzette vio que también él llevaba un fusil.

—Supongo que lo mismo que tú: apoyar a mi país.

—Este no es lugar para una mujer.

—Pues yo veo decenas.

—Para una mujer como tú, quiero decir. Lo sabes tan bien como yo. Por eso te has vestido así.

—Tendré que mejorar mis habilidades para el disfraz, si tan fácil te ha sido reconocerme...

—La casualidad ha querido que estuviera cerca, lo cual me alegra. He visto a tu doncella, me he fijado en su acompañante y has resultado ser tú. Y no desvíes la conversación. ¿Por qué has venido, Suzette?

—Quiero saber qué está pasando. Los mismos que gritáis por Francia sois los que atacasteis a mi padre y ahora habéis encerrado a mi familia.

Belmont puso cara de extrañeza y ella le explicó la situación.

—Te acompañaré a casa y hablaré con él.

Ella accedió. Una vez en la vivienda, Belmont puso al día a Girard delante de su esposa, de sus dos hijas mayores y también de Gabriel, que tenía ya casi once años y asistía a la escena con los ojos muy abiertos y tan hambriento de noticias como el resto:

—El pueblo ha tomado las calles y no permite que el gobernador desembarque para hacerse cargo de la administración —comenzó el joven Fournier—. Han llegado decenas de hombres de la Costa de los Alemanes y acadianos, todos al mando de D'Arensbourg. El cuerpo de milicias ha tomado las armas a las órdenes de Marquis. Todos los paisanos reciben munición si no tienen. Milhet ha traído hombres desde el oeste y Villeré desde el noroeste. La muchedumbre ha izado la bandera francesa.

Girard se pasó la mano por la nuca, inquieto, mientras meditaba cuáles deberían ser sus próximos pasos.

—Esto es un despropósito —dijo al fin—. Di a tus jefes que me dejen libre. O permite que yo mismo hable con Lafrenière de inmediato.

—Por su bien, monsieur, es mejor que no. El Consejo Superior ha hecho llegar al gobernador Ulloa el mensaje de que se le manda salir de esta ciudad en el plazo de tres días. Con solo cien soldados de su parte, es probable que se vaya.

Girard reflexionó unos instantes y negó con la cabeza.

—Se irá, pero vendrá otro. Aún estás a tiempo de situarte en el bando adecuado, joven. Y, en ausencia de tu padre, te recomiendo que te marches a tu casa, guardes el fusil y que no te vean hasta que todo esto haya pasado. Por tu bien y el de tu familia.

—No podrán con nosotros, monsieur.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que podrán!

—¡Tendrías que haberlo visto, padre! —intervino entonces Suzette con excitación—. ¡Todo el mundo estaba en las calles excepto nosotros! ¿Cómo puedes afirmar que tantos estén equivocados?

Girard descendió la mirada hacia ella. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que se estaba posicionando del lado del joven Fournier. En un tono seco que ella no le había escuchado nunca le ordenó:

—Sube a tu habitación y quítate esa ropa.

Suzette obedeció, rabiosa contra su padre. Salió de allí sin mirar siquiera a Belmont, roja de ira. Hasta ese momento siempre había escuchado sus consejos, pero algo le decía que esta vez podía estar equivocado. ¿Qué sucedería entonces? A los ojos de muchos conocidos, ella era la hija de un traidor.

También Margaux y Gabriel salieron, a un gesto del padre. Belmont se quedó en el salón, a solas con el matrimonio.

—Si alguna vez se te ha pasado por la cabeza estrechar lazos con esta familia a través de mi hija —dijo Girard—, harás lo que te he dicho. Piensa bien con quién te alías. Los ideales son contagiosos. Cuando lleguen los soldados españoles, que llegarán, veremos cuántos de los que hoy gritan tan ufanos marchan entonces por las calles. ¿Tan iluso eres que crees que Francia entrará en guerra con España por unos pocos miles de franceses en el escaso territorio norteamericano

que le queda? Nadie vendrá a defendernos. Yo no pienso echar por tierra todos mis esfuerzos para sacar adelante a mi familia por un conflicto perdido de antemano. Y tampoco pienso olvidar el bochornoso trato que se me ha dado. ¿Está claro?

Belmont tenía una sensación amarga en la boca. Tardó en responder:

—Me obliga usted a elegir, monsieur: o Suzette o Francia.

—No te engañes, muchacho. En esta partida no juega Francia.

La misma muchedumbre que había tomado la plaza de armas despidió al gobernador español Antonio de Ulloa tres días después, a principios de noviembre. Lo hizo con gritos de júbilo, si bien la alegría de los rebeldes estuvo empañada por que este viajara a bordo del César , un barco francés, y no en su fragata Volante , sometida a reparación. Tendrían que soportar la visión de la nave, a modo de recuerdo de la indeseable presencia española, más tiempo.

Tras la marcha de Ulloa, las calles se fueron vaciando, y los alemanes y acadianos se fueron retirando a sus casas. Los presos detenidos por su orden fueron liberados de las cárceles y los retenidos como Girard, contrarios a la revuelta popular, recuperaron también su libertad.

En cuanto los soldados desaparecieron de la puerta de su casa, Girard se arregló para salir.

—¿Adónde vas? —le preguntó Blanche, sentada en un sillón de terciopelo rosa del dormitorio.

—A casa de Lafrenière. ¡Me va a escuchar! Esta tierra también es la mía. No consentiré que pisotee mis derechos.

Consciente de que nada ni nadie lo haría cambiar de opinión, Blanche se levantó y se dirigió hacia el tocador para retocarse el cabello. Su marido la observó. Le pareció tan hermosa como siempre, a pesar del cansancio reflejado en su rostro, consecuencia de las noches en vela junto al lecho del pequeño Thierry, que cada día estaba más débil.

—Te acompaño. Mi padre y el suyo fueron amigos. Tal vez mi presencia atempere los ánimos.

Girard sintió una súbita punzada de celos al imaginarse en una misma estancia a su mujer y a Lafrenière, en tiempos enamorado de ella y ahora en el bando en apariencia vencedor.

—Me gustaría tener la certeza absoluta de que estás de mi lado,

sin fisuras —comentó.

—Haré como que no he oído esas palabras —repuso ella con cierta irritación, antes de colocarse una ligera esclavina sobre los hombros y tomar la delantera hacia la puerta.

Caminaron en silencio la corta distancia que separaba una casa de la otra en la misma calle. El cielo estaba nublado, pero la fresca temperatura resultaba agradable. En cuanto Lafrenière los recibió en el salón de su vivienda, quedó claro que la iniciativa de Blanche había sido un acierto: su mera presencia obligó a ambos hombres a actuar con exquisita educación. La conversación discurrió dentro de los márgenes de la cortesía, a pesar de las discrepancias entre ellos.

—Entiendo su enfado, monsieur Girard —dijo Lafrenière—, pero las circunstancias exigían un control absoluto de la situación. Cuando uno se empecina en mantenerse en una posición equivocada, debe asumir las consecuencias.

—Le recordaré estas palabras cuando cambien las tornas —repuso Girard.

—Nada hace pensar que vayan a hacerlo.

—Lo creería si el gobernador Aubry estuviera de su parte y, por lo que sé, resiste firme al mando de la colonia en nombre de España. Llegado el caso, no dudará en juntar tropas. Me refiero a si se produce una nueva sublevación.

—Entonces habría sangre entre hermanos franceses; y nosotros, desde luego, no desearíamos llegar a eso.

—Cuesta creerlo si lo dice quien lidera las hostilidades.

Lafrenière enrojeció ligeramente, pero inspiró hondo para no perder la compostura. Se dirigió a una mesa en la que había varios documentos y tomó uno, que entregó a Girard.

—Este es el borrador de las *Memorias de los habitantes y negociantes de Luisiana sobre el acaecimiento del 29 de octubre* . Cuando esté corregido lo repartiremos para que todo el mundo conozca nuestras razones. En el poco tiempo que lo hemos tenido que sufrir, Ulloa se ha comportado como un tirano. Supongo que en esto estará usted de acuerdo conmigo...

Girard hojeó por encima el texto, pero se mantuvo en silencio.

—Para que las posturas de unos y otros queden claras —continuó Lafrenière—, hemos preparado este texto de adhesión a la causa criolla. —Le entregó un papel—. Le aconsejo que, antes de tomar una

decisión, repase bien las firmas y piense si quiere que su nombre figure entre los de esas familias o no. —Miró a Blanche—. Usted es tan libre de firmar como yo, monsieur, pero el futuro de su familia depende de su firma.

Girard arrojó el papel al suelo y se levantó airado.

—¡Vámonos, Blanche!

Ella se agachó para recoger el documento y se lo entregó a Lafrenière mirándolo a los ojos al tiempo que le decía:

—Cuando alguien amenaza en la misma frase en la que habla de libertad, pierde la razón, monsieur.

12

Nueva Orleans, finales de 1768

La sensación embriagadora de triunfo dio paso a semanas de incertidumbre que Suzette percibió como si la vida se hubiera convertido en un huracán, aunque ese año ya hubiese finalizado la temporada de huracanes. La expulsión del gobernador español solo había sido el ojo del fenómeno atmosférico, el momento engañoso en el que la tormenta alcanza su punto máximo, los vientos empiezan a aflojar, la lluvia termina abruptamente, el cielo comienza a iluminarse y parece que la furia ha llegado a su fin.

Pero volvieron los vientos y reaparecieron las nubes.

La nueva obsesión de los criollos sublevados era que los treinta calafates acabaran de una vez con la carena y los arreglos de la arboladura del Volante y desapareciera la maldita fragata, con la bandera española ondeando al aire, por las buenas o por las malas, y que se llevara a los últimos oficiales españoles que quedaban en la colonia.

Y la negativa de su padre a firmar el texto de adhesión a la causa criolla tuvo consecuencias. Aunque ahora no había ningún hombre armado a la puerta de su casa que le franquease el paso, Suzette se sentía prisionera. Cualquier miembro de la familia se arriesgaba a padecer injurias y sonrojos públicos si se atrevía a salir. Las familias no se juntaban, de modo que no podía hablar con sus amigas. A Belmont llevaba sin verlo desde el día de la sublevación, aunque su padre le había asegurado que la firma de aquel no aparecía en el documento, así que tal vez no la odiara por ser hija de un traidor; aunque también cabía la posibilidad de que todavía no hubiera firmado cuando sus padres hablaron con Lafrenière. En cualquier caso, sobre los Girard y otros pendía ahora la amenaza de expulsión de la colonia por ser considerados simpatizantes de los españoles.

El liderazgo y la popularidad de Lafrenière, por otra parte, iban

en aumento. Los nuevos síndicos que había nombrado para el Consejo, entre los que se encontraban su cuñado y el marido de su sobrina, formaron un nuevo banco independiente —el Banco de Montepío— con el capital de los colonos más acaudalados, que utilizaron sus tierras y negocios como garantía. Su mensaje era claro: ellos se encargaban de todo; no necesitaban a los españoles para nada. Ni a los amigos de los españoles como los Girard.

La oscuridad total para Suzette llegó una noche de mediados de diciembre, un par de días antes de su decimotercer cumpleaños, en la que los gritos desesperados de su madre la despertaron.

—¿Qué pasa? —le preguntó muerta de miedo a Margaux que, ya en pie, se cubría con un salto de cama—. ¿Es la guerra?

—No lo sé.

Ambas hermanas salieron al pasillo rumbo a la habitación de los niños, de donde provenían los gritos, ahora convertidos en lamentos. En la puerta, la doncella Anne, con la pequeña Pauline asustada y llorosa en brazos, solo pronunció una palabra:

—Thierry.

Suzette rompió a llorar.

Su hermano fue el primer muerto que vio en su vida y le provocó una impresión de la que le costó recuperarse.

El día de su cumpleaños no hubo fiesta.

Tampoco hubo celebración de Navidad ni de Año Nuevo. El luto era por Thierry, pero también por el incierto futuro de la colonia, por las amistades perdidas y por la paz rota a causa del odio.

A principios de marzo de 1769 llegó una carta de Benoît Leroux que Jérôme Girard leyó en voz alta a su mujer y a sus hijas mayores:

> Estimado monsieur:
>
> Espero que al recibo de la presente usted y su familia se encuentren bien. Gracias a Dios, nosotros gozamos de buena salud. Cécile les manda muchos recuerdos. Los niños crecen sanos y alegres, lo cual es mucho en esta tierra crucificada por la incertidumbre desde que el capitán español Francisco Riú nos trajo en 1767 la sorprendente noticia de la efectiva entrega del oeste de Luisiana a España. Afortunadamente, me han llegado rumores de que el hombre se marcha ya, porque nada de lo que proponía era acertado ni se ha cumplido. Sus mayores empeños eran multar a los comerciantes que abusaran del comercio de alcohol y tafia con los indios y obligar a obtener nuevas licencias desde Nueva Orleans.
>
> Por muchos capitanes que manden los españoles, es el comandante francés Bellerive quien sigue ejerciendo su autoridad. Suerte tenemos de él y del notario Labuxière. Hay que vivir aquí para comprender las cosas. Los gobiernos inciertos provocan inestabilidad económica y social. Y la imposición de políticas comerciales no suele agradar, porque las redactan quienes no saben cómo funcionan las relaciones comerciales entre indios y europeos de diferentes naciones. Los indios se emborrachan

y nos exigen aguardiente y, si no se les proporciona, no hay tratos comerciales. Si franceses o españoles no les damos armas, las consiguen de los ingleses, con quienes resulta difícil competir. Por resumir, los ingleses han aumentado su presencia en las fronteras y nosotros mantenemos buenos contactos con los kaskaskia, peoria y cahokia y pocos más.

Así las cosas, mi querido amigo, la retirada del monopolio de Girard y Leroux no pudo llegar en peor momento. Aquí se ha entendido como que cualquiera puede disfrutar de la libertad de comercio y la competencia es feroz. Creo que la distancia, el tiempo y las circunstancias recomiendan que disolvamos nuestra sociedad. Me han concedido bastantes arpentes de tierra en las praderas cercanas, por lo que he decidido dedicarme también a la agricultura y ganadería.

He calculado mi parte del valor de las instalaciones en Saint Louis y nuestros bienes en común (pieles, doce esclavos, ganado y caballos, cerdos, arados y herramientas de granja y herrería, muebles, utensilios de cocina y cubertería de plata, casas, molino, establos y tierras) en ochenta mil libras francesas que le pagaré en cuatro pagos de veinte mil libras al año en cuatro años, comenzando en 1771, si le parece bien, puesto que ahora no puedo reunir todo el dinero.

Deseo que la disolución de la compañía no sea causa del término de la amistad que hemos compartido.

Dios guarde a usted muchos años.

Girard suspiró al recordar la ilusión con la que ambos habían enviado la primera expedición al norte seis años atrás.

—Ahora me trata con excesiva formalidad —comentó—. Qué le vamos a hacer. Todo tiene un principio y un fin. Aunque, a decir verdad, no pensé que fuera tan pronto.

—Entonces ¿vas a aceptar? —quiso saber Blanche.

—Sí. Creo que se equivoca, pero una sociedad de dos es como un matrimonio. En cuanto uno pierde la ilusión de la unión, la empresa nunca más funciona. No quiero que llegue el momento de la desconfianza por alguien a quien he apreciado como amigo.

—¿Ha tenido algo que ver lo de Étienne? —preguntó Margaux sintiéndose un poco culpable—. Ni siquiera lo nombra...

Blanche se apresuró a intervenir:

—Sin duda, de haber existido vínculos familiares no se habría atrevido a dar el paso; pero dadas las actuales circunstancias de incertidumbre nos alegramos de tenerte aquí, querida. —Le dedicó a su hija una sonrisa tranquilizadora—. Tal vez le hayan llegado noticias de la postura de esta familia...

—Si hubieran estado aquí monsieur Leroux y Étienne —comentó Suzette—, habrían firmado la adhesión a la causa criolla.

Girard arqueó las cejas.

—¿Hacia quién va dirigido el reproche? ¿Hacia ellos o hacia mí?

Suzette no supo qué contestar.

—Te estoy preguntando, jovencita. Quiero conocer tu opinión.

—No veo a Louise, Jeanne y Marie desde la fiesta de los Fournier, ya hace meses —murmuró la joven. Con Louise y Jeanne había intercambiado algunas cartas; de Marie no sabía nada, probablemente porque su padre había tomado partido por los sublevados—. Solo quiero que todo vuelva a ser como antes.

—Todos lo deseamos, Suzette —dijo su madre—. Y puede que no tarde tanto. Por más veces que se reúnan los sublevados, se perciben signos de debilidad. Me ha contado mi doncella que esta mañana en el mercado ha escuchado una conversación entre uno de los alemanes que vendía arroz y maíz en su puesto y un hombre a quien no conocía. Este le decía al alemán, para imbuirle el rencor contra los españoles, que mientras siguiera estando ahí anclada la fragata española, no había de vender nada, y el alemán le ha respondido que ojalá hubiera diez como ella, que entonces seguro que lo vendía todo...

Girard esbozó una sonrisa.

—Esto coincide con lo que Bamboula me ha dicho que ha escuchado de un sirviente de monsieur Aubry. Ha habido un cambio de actitud entre los alemanes. Los han ido a buscar para que bajen como hicieron en octubre, esta vez para impeler la salida de la fragata, pero D'Arensbourg se ha excusado afirmando que no podían en estas fechas abandonar sus cosechas y sus labores; y les ha pedido que, si querían algo de ellos, que les pagasen, que la otra vez se les prometió, engañándolos con que eran órdenes del gobernador, y luego no recibieron el dinero.

Suzette rezó para que sus padres tuvieran razón. Sin embargo, cuando la dichosa fragata española se marchó un mes más tarde, el 20 de abril, pensó que nada parecía indicar que realmente hubiera cambios y ella pudiera recuperar su vida anterior.

Entonces algo sucedió que reavivó sus esperanzas.

A finales de abril un desmejorado monsieur De la Ronde fue a visitar a Girard a su almacén. Lo acompañaba su hija Marie, con tan buena fortuna que también ese día Suzette había ido con su padre. Las dos amigas se fundieron en un largo abrazo después de más de un año sin verse.

—¡Si ya eres más alta que yo, Marie! —exclamó Suzette al percatarse de que no se tenía que agachar para abrazarla. Se separó para observarla—. ¡Y qué cambiada y guapa estás! Te he echado mucho de menos.

—Ha sido horrible —se lamentó Marie—. Mi padre me prohibió escribirte. Y amenazó a los esclavos si favorecían cualquier contacto con tu familia.

—Lo imaginé... —Suzette bajó la voz—. Odio que nuestros padres estén en bandos diferentes, pero si tu padre ha venido para convencer al mío, no lo conseguirá. Tenemos que pensar algo para poder juntarnos como antes... ¡Nunca más nos separaremos tanto tiempo!

A Marie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me temo que no será posible, querida Suzette. —Extrajo una carta del bolsillo de su falda—. Pensaba entregársela a cualquiera en esta oficina para que te la hiciera llegar. No entiendo qué pasa, pero mi padre ha puesto en venta la plantación y los esclavos. Creo que nos vamos a mudar a la parte inglesa. No podía marcharme sin despedirme. ¡Y no quiero irme de aquí!

Suzette comprendió entonces que las tornas estaban cambiando. Hacía unos meses, la amenaza de tener que abandonar la colonia pendía sobre su familia; si ahora De la Ronde, que había apoyado a los rebeldes, quería marcharse de allí, solo podía significar que su padre había tenido razón desde el principio. Lamentó haber dudado de él; se alegró porque esa pesadilla fuera a terminar y se entristeció porque su alegría supusiera ahora la tristeza de su amiga. Buscaba las palabras apropiadas para consolar a Marie cuando la puerta de la oficina de su padre se abrió y salió De la Ronde. Como no se detuvo con ellas, las jóvenes se dieron ahora un rápido abrazo.

—Yo tampoco quiero que te vayas —susurró Suzette al oído de su amiga.

Ya a solas, le dijo a su padre:

—Marie me lo ha contado todo. ¿Puedes hacer algo por ellos?

—Ahora busca de nuevo mi amistad y mi consejo. Le he aconsejado que no venda nada, que hable con el gobernador Aubry y se sume al creciente grupo de reformados. Todavía está a tiempo.

Suzette suspiró aliviada. Se abrazó a él.

—Gracias, padre.

Girard le acarició la cabeza con ternura, rogando para sus adentros que en verdad no fuera demasiado tarde.

Saint Louis, Alta Luisiana, abril de 1769

Cécile Dubois se despertó al amanecer por el ruido de la lluvia repiqueteando contra los cristales. Se percató de que Benoît ya no estaba en la cama. Era un hombre madrugador y seguía sus rutinas hiciera el tiempo que hiciese. Estaría ya en su casa de la ciudad.

Se asomó a la ventana, aunque poco pudo ver. El paisaje era una mancha gris en la que apenas se adivinaban las formas de los tejados de los cobertizos, la valla de madera del huerto, los árboles y las colinas lejanas. No iba mal de vez en cuando un día así, pensó. Como no se podría hacer nada afuera, dejaría que sus hijos durmieran un poco más. Luego revolotearían por la casa y, con tal de no aburrirse, se sumarían a cualquier tarea, como amasar para hacer pan y dulces, arreglar algún desperfecto o incluso sumergirse en la lectura de algún libro, algo que tanto Benoît como ella fomentaban.

Se vistió y bajó a la cocina, donde Theresia y su hija Manon, convertida en una guapa adolescente, ya trajinaban junto al fuego. Aunque Benoît conservaba su casa de la ciudad para guardar las apariencias, en realidad hacía vida en la granja Dubois, por lo que había llevado allí a las esclavas indias.

Sentada a la mesa de madera, Cécile tomó un café y un trozo de pan con mermelada y disfrutó de un largo rato de la agradable sensación de tranquilidad que unos golpes a la puerta interrumpieron.

Fue a abrir, convencida de que a esas horas solo podía ser algún vecino necesitado de ayuda, pero antes lanzó una ojeada a la escopeta y la pistola colgadas sobre el dintel. Ni era miedosa ni había tenido que hacer uso de las armas desde que vivía allí, pero convenía ser precavida en esa tierra a la que llegaban tantos forasteros.

Cuando reconoció al hombre empapado que esperaba en el porche, se le cayó el alma a los pies.

René Dubois.

Su marido, a quien creía en Francia.

El agua se escurría de su ajado sobretodo de cuero. Acudieron a su mente imágenes del pasado. El fallecimiento de su madre cuando era niña. El nuevo matrimonio de su padre. El día que la llevaron al convento de las Ursulinas para, con la excusa de recibir una buena educación, quitársela de encima. El día que la sacaron de improviso para casarla a la fuerza con un hombre mayor al que detestó desde el primer momento. La rudeza con la que él la tomaba cuando le daba la gana. Las horas de trabajo para mantener a flote la panadería, porque

él pasaba las tardes de taberna en taberna. Lo único bueno que había obtenido de René era su querido Étienne.

—¿Qué haces aquí? —Sintió náuseas al pensar que podía establecerse en la ciudad.

René se golpeó el sombrero de tres picos contra el muslo para sacudir el agua.

—¿No me invitas a pasar? —preguntó él en tono zalamero—. Me iría bien algo caliente.

Hizo ademán de entrar y ella le cerró el paso, con los brazos cruzados contra el pecho. Lo miró fijamente. Lo recordaba más grueso y más alto; el contorno del rostro había perdido su aspecto juvenil y sus mejillas estaban hundidas. El brillo ladino de su mirada no había cambiado.

—No eres bienvenido en mi casa.

—También es algo mía. La habrás pagado con el dinero que me has robado todos estos años. —Miró a su alrededor sin poder disimular su codicia—. Al menos lo has invertido bien. —Se le acercó —. Nos pagarán una buena suma cuando la vendamos.

—¡Largo de aquí!

Cécile lo empujó y aprovechó los segundos de desconcierto para darle con la puerta en las narices, pero él reaccionó y logró evitar que ella pudiera echar el cerrojo.

—Sé que compartes tu cama con otro, como una vulgar mujerzuela —le espetó René a través de la rendija que iba aumentando de anchura bajo la fuerza que ejercía con el hombro.

La había vigilado los dos días anteriores y le había sonsacado información a la dueña de la casa donde había alquilado una habitación. Sabía que vivía con el conocido comerciante Benoît Leroux y que tenía cuatro hijos, aparte de Étienne. Tenía claro que él no los había engendrado, pero llevaban su apellido y le pertenecían. Étienne era un hombre de veinte años que podía tomar sus propias decisiones, pero a los otros se los llevaría de vuelta a Nueva Orleans. A excepción del más pequeño, los demás ya podrían trabajar en la panadería; y en pocos años encontraría candidatos entre los hijos de comerciantes conocidos para casar a las chicas si conseguía arrancarlas de las garras de la ramera de su madre y salvar sus reputaciones. Además, el pasaje en la barcaza en la que había ascendido el Misisipi y el alojamiento le habían supuesto un gran gasto y había perdido mucho tiempo. No

regresaría con las manos vacías. Empujó con más fuerza.

En el interior, con la espalda apoyada contra la puerta, Cécile sintió que no podría mantener la posición mucho más tiempo. Llamó a gritos a las criadas que, alarmadas, acudieron enseguida. Aprovechó que la sustituyeron para coger la escopeta y la pistola. Tendría que apuntar bien. Solo dispondría de un par de tiros.

A una señal, Theresia y Manon se apartaron de la puerta, que se abrió de golpe.

Cécile apuntó al pecho a René con la pistola. El hombre, con la sorpresa reflejada en el rostro, levantó las manos.

—No voy a hacerte nada —dijo en un tono falsamente humilde —. Solo quiero hablar del futuro de nuestros hijos.

—Tú y yo ya no compartimos nada.

René hizo ademán de avanzar y ella dirigió la boca de la pistola hacia abajo y disparó junto a sus zapatos, cubiertos de barro; arrojó a continuación la pistola descargada al suelo y lo apuntó con la escopeta de un solo cañón.

Con los dientes apretados y la mandíbula en tensión, Cécile miró directamente a los ojos de René para que comprendiera que estaba dispuesta a matarlo. Jamás renunciaría a todo lo que había conseguido por sí misma. Oyó las voces alarmadas de los niños en la escalera y percibió el movimiento de Theresia, que iba a hacerse cargo de ellos, pero no movió ni un músculo.

René retrocedió con las manos todavía en alto hasta que llegó al porche, donde recogió el sombrero que se le había caído. Lo alzó hacia ella y le dijo con odio:

—No te librarás de mí tan fácilmente.

13

Kaskaskia, Alta Luisiana, abril de 1769

Ishcate había aprendido que debía tomar sus propias decisiones, forjar sus propias opiniones y no creerse todo lo que le dijeran otros, por cercanos que fuesen.

Tras la decepción sufrida por el súbito e interesado cambio de parecer de los seguidores de Pontiac, como su hermano Kicounaisa, se había planteado vivir en el asentamiento blanco de Kaskaskia y tener un trabajo fijo para las empresas de pieles de Saint Louis; pero, como no era un hombre sedentario, al final había optado por seguir viviendo con su tribu, aunque en su propia tienda.

Dedicaba su tiempo a la caza en pequeños grupos y a las visitas a Saint Louis para vender la piel y la carne de los animales. Esta ocupación le permitía ir a lomos de su caballo por praderas y bosques, donde se sentía feliz.

Se defendía bien con los comerciantes de la creciente ciudad —sobre todo con Leroux y Étienne Dubois—, socios del hombre que lo acogió en su casa en Nueva Orleans: Girard. El padre de aquella niña, Suzette. No había olvidado lo grave y formal que se ponía cuando impartía sus clases de francés y la sonrisa de su rostro redondo cuando se sentía satisfecha por los logros de su alumno. En cuanto pensaba en ella, no podía evitar esbozar una sonrisa. ¿Cuántos años tendría ahora? ¿Cómo habría cambiado? ¿Seguiría siendo tan afectuosa?

También recordaba a su amigo quapaw, Sarazen, y se preguntaba qué vida llevaría por la zona del puesto de Arkansas. Era probable que se dedicara a plantar maíz; no se lo imaginaba matando con el arco y las flechas. Rezaba al Gran Espíritu para que le permitiera reencontrarse con él algún día.

A finales de abril el grupo con el que Ishcate solía moverse quiso pasar unos días de caza por la zona de Cahokia, que estaba a dos jornadas a caballo, unas trece leguas al norte del fuerte de Chartres,

por un camino cuya última parte transcurría a los pies de unos imponentes riscos.

Los amigos de la tribu cahokia los llevaron a cazar por sus tierras y bosques cercanos y los agasajaron con una gran fiesta en la que hubo cantos y bailes alrededor de las hogueras. Ishcate se sumó a la alegría del centenar de jóvenes que se pasaban botellas de licor entre risas, aunque él nunca bebía hasta perder el conocimiento. Charlaban unos con otros, bromeaban, fanfarroneaban de grandes hazañas pasadas que los tenían a ellos mismos o a sus pueblos como protagonistas y cruzaban miradas con las jóvenes que se reían de ellos a cierta distancia. Ishcate se dijo que pronto tendría que pensar en formar su familia, pues la mayor parte de los amigos de su edad ya tenía al menos un hijo, pero aunque había compartido su lecho con distintas mujeres, no encontraba a ninguna por la que su corazón sintiera preferencia.

A medida que la oscuridad se fue adueñando de la aldea, aumentaron las deserciones de quienes se retiraban a sus viviendas y los cuerpos desmayados por el exceso de alcohol.

Ishcate se sumó a un grupo de tres o cuatro que pensaban continuar la juerga en el puesto de la firma de comerciantes Bayton, Wharton y Morgan, una tienda-taberna en la población blanca de Cahokia donde servían bebidas. Cuando llegaron, apenas había media docena de clientes, todos indios, repartidos en dos mesas. Algunas velas proporcionaban una iluminación escasa al local.

Tras varias rondas de tafia, los acompañantes de Ishcate cayeron dormidos y él entabló conversación con un joven desconocido que se había sentado a su lado.

—Está claro que la fiesta ya ha terminado por hoy —comentó.

—Quedamos los mejores: nosotros dos y Pontiac.

—¿Qué dices? —Ishcate se rio—. La bebida te provoca visiones.

El desconocido le dio un codazo para que prestara atención a los tres ocupantes de la otra mesa.

—¡Eh, Pontiac!

El hombre sentado en medio de los otros, ya muy adormilados, levantó la vista de la botella que sujetaba con ambas manos. Las marcadas arrugas de su rostro indicaban que hacía tiempo que había llegado a la madurez, y llevaba el cabello entrecano recogido en dos trenzas.

—¿Quién me llama? —preguntó con voz pastosa.

A Ishcate se le aceleró el pulso. En otros tiempos se hubiera emocionado al tenerlo tan cerca, porque se había creído su discurso de unir a todas las tribus contra los ingleses. Ahora tenía que frenar el impulso de encarársele y reprocharle su actitud. Merecía la muerte por traición. Si es que realmente era él.

—Si fuera el famoso Pontiac —susurró con ironía—, lo rodearía un grupo de guerreros, como a los grandes jefes.

El desconocido escupió en el suelo.

—Te aseguro que es Pontiac y te aseguro que no es un gran jefe. No lo quieren ni los suyos. El resultado de nuestros esfuerzos, de la guerra que lideró y que todos seguimos convencidos por sus palabras, ha sido justo el contrario del que se pretendía. Los ingleses han aumentado su presencia y vendrán más y nos echarán.

Ishcate miró al joven.

—Me alegra conocer a alguien que habla con juicio, aunque parezca que esté nublado. Nunca acepté que traicionara sus propias palabras para pasarse a los ingleses. Un hombre nunca debe poner en venta sus principios. Soy Ishcate, hijo del jefe Couroway de los kaskaskia. ¿Y tú?

El otro miró a su alrededor, con cierto nerviosismo, como si contase quiénes quedaban despejados.

—No importa. Hoy haré algo grande y nadie sabrá que yo lo hice. Pero tú serás testigo de lo que hizo este peoria. También puedes ayudarme si quieres. ¿Acaso no te hierve la sangre?

Entonces Pontiac se levantó y se dirigió a la puerta. El acompañante de Ishcate se puso en pie y lo siguió, con la mano apoyada en el *takaakani* del cinturón.

Ishcate también salió a la calle. A pesar de la oscuridad, vio cómo el joven se lanzaba sobre el antiguo gran jefe.

—¡Apuñalaste a uno de los míos y nos vendiste a todos! —gritó mientras le clavaba el hacha en la espalda.

Pontiac emitió un sonido sordo y se inclinó hacia delante. Extendió las manos para apoyarse en una pared. Dobló las rodillas y fue cayendo muy despacio hasta el suelo. Quedó inmóvil en esa postura, empapado de sangre.

Antes de que Ishcate pudiera reaccionar, el atacante se le acercó.

—¡Huye, kaskaskia, si no quieres problemas!

Ishcate corrió tras él hacia el madero donde estaban arrendados los caballos y montó de un salto sobre el suyo. Se le había pasado el sopor de repente. El que servía las bebidas lo había visto hablar con el asesino. Pontiac estaba muerto. Había sido testigo con sus propios ojos. Recordó haber escuchado cómo el jefe kaskaskia Ducoigne contaba que había presenciado hacía un tiempo cómo Pontiac apuñalaba a un jefe peoria. A eso se refería el joven.

Espoleó a su montura para alejarse cuanto antes de Cahokia, pero no podía regresar a la aldea india. Si el muerto era Pontiac, él estaría en un lío y desde luego habría represalias. Tenía que huir, pero ¿adónde?

Entonces pensó en alguien. La única persona que podía ayudarlo y que, por fortuna, no estaba demasiado lejos.

Cabalgó, deteniéndose lo justo para que descansara su caballo durante toda la noche y todo el día siguiente en dirección a una población llamada Prairie du Rocher, a poco más de una legua del fuerte de Chartres.

Anochecía cuando llegó a la puerta de la vivienda que había junto a una tosca capilla. Llamó y no tardó en abrir un hombre.

—Padre Meurin...

Desde su regreso Meurin trabajaba como pastor diocesano: le habían permitido quedarse con la condición de no oficiar como jesuita. Desarrollaba su labor en Ste. Geneviève, Kaskaskia, Prairie du Rocher, Cahokia y Saint Louis, de modo que estaba al tanto de todo lo que sucedía en la zona.

Ishcate le contó lo sucedido.

Meurin reflexionó unos instantes.

—Te esconderás aquí. Me enteraré de si realmente era Pontiac y tomaremos una decisión.

Meurin salió al alba del día siguiente.

A Ishcate se le hizo el tiempo eterno. No le gustaba la sensación de no poder moverse con libertad y no soportaba estar tantas horas sin nada que hacer salvo esperar y rezar al Gran Espíritu.

Ya había anochecido cuando al fin se abrió de nuevo la puerta de la casa y entró Meurin.

—Era Pontiac —dijo sin rodeos mientras se sacudía el polvo del camino—. Los testigos aseguran que lo mató un peoria, a quien vieron hablar con un kaskaskia. Se han llevado el cuerpo a Saint Louis, pues

los cahokia no quieren enterrarlo en su aldea. Nadie ha mencionado nombres, pero si encuentran a quien lo hizo, podría delatarte. Mi consejo es que desaparezcas algún tiempo para evitar represalias.

Meurin entró en su pequeño dormitorio y comenzó a rebuscar y sacar ropas de un sencillo armario de madera.

—¿A quién le puede doler la muerte de ese traidor? —le preguntó Ishcate desde la puerta.

—Cualquier acto sirve de excusa para quienes están preparados para la guerra. Los indios del norte no perdonarán el asesinato de uno de los suyos, aunque ya no tuviera apoyos. Esto se entenderá como una acción contra todas las tribus del noroeste.

—Entonces debo quedarme y defender a los míos. Huir es de culpables y cobardes.

—Y, a veces, de prudentes. —Le entregó un calzón y una camisa y dejó otro par en la mesa de madera de la salita—. Cámbiate. —Sacó una tela grande, pan y queso de una alacena y envolvió la ropa y la comida—. Si te cogen y te matan, siendo como dices inocente, los tuyos también se vengarán. —Le entregó el fardo—. Vete. Yo avisaré a tu familia.

A Ishcate le caía bien Meurin, era un hombre de fiar.

Se cambió de ropa, se recogió el cabello, tomó el petate y enfiló al trote a lomos de su montura el camino que lo alejaría de su querida Kaskaskia.

Nueva Orleans, julio de 1769

Los rumores de la llegada a la desembocadura del Misisipi de un convoy español procedente de La Habana —capital española de la administración y de la economía del golfo de México y cuartel general de las tropas españolas en tierras americanas, que España había recuperado de los ingleses tras la última guerra— se esparcieron como la pólvora por las calles de la ciudad de Nueva Orleans y las plantaciones y asentamientos de los meandros del gran río.

Decían que el convoy constaba de veintiuna embarcaciones con una tropa de dos mil hombres al mando de un teniente general español con apellido inglés: Alejandro O'Reilly. No había duda de que esta vez los españoles habían llegado para quedarse.

El gobernador Aubry reunió a miembros del Consejo de Nueva

Orleans, entre ellos a Lafrenière, y a negociantes, entre ellos a Girard. Lo acompañaba un oficial español de unos treinta años, a quien presentó como el señor Francisco Bouligny.

—El señor O'Reilly me comunica desde La Balize que ha sido comisionado para tomar posesión de Luisiana en nombre de su majestad el rey Carlos III —dijo Aubry tras leer una carta del teniente general español—. Llegará en apenas unos días. Y espero que cuando me entregue en mano las correspondientes órdenes, aquí haya paz. —Lanzó una mirada al grupo de Lafrenière—. Les advierto que si los habitantes se oponen de algún modo, mi tropa se unirá a los españoles para castigar su audacia.

Nadie replicó, así que dio la reunión por terminada.

Lafrenière y sus cercanos permanecieron aún un rato largo en la sala cuchicheando entre ellos. Finalmente, aquel y dos más se acercaron al oficial español.

—Señor Bouligny —dijo Lafrenière—, en representación del pueblo de Luisiana, lo acompañaremos de vuelta a La Balize para hablar con el señor O'Reilly.

Bouligny aceptó y, cuarenta horas después, los tres franceses se encontraban ante el teniente general, inspector general de las armadas reales españolas.

En el rostro de O'Reilly destacaban las líneas rectas de los labios, de la importante nariz y de la barbilla cuadrada y rotunda, y la perfecta simetría de las cejas sobre los ojos brillantes, escudriñadores. Resultaba un hombre imponente. Y más aún sabiendo que el rey le había dado poderes para utilizar todos los medios necesarios con el fin de asegurar la provincia de Luisiana para España.

Lafrenière, que por dentro se sentía desvanecer, se aclaró la voz, reunió fuerzas, se presentó y dijo:

—Hemos venido a asegurarle a vuestra excelencia la sumisión de la colonia a las órdenes de su majestad cristianísima y católica. Luisiana no ha tenido nunca intención de faltar al profundo respeto que profesa al monarca que vuestra excelencia representa. La dureza del genio de don Antonio de Ulloa ha sido la sola causa de las revoluciones sucedidas en esta colonia. Las órdenes de las que vuestra excelencia es portador son suficientes para tomar posesión del país y harán más efecto que las armas en las manos. El francés es dócil y acostumbrado a ser gobernado con dulzura.

Alejandro O'Reilly, que había escuchado la arenga sin interrumpir, con seriedad, se tomó un par de minutos antes de responder.

—Señores, cuando llegue a la ciudad, pondré especial cuidado en instruirme a fondo de todo. Tranquilicen al pueblo y asegúrenle mi buena disposición. Veo con gusto el partido que han tomado ustedes. Los hombres en el delirio no reflexionan, ni miden las consecuencias de sus acciones. ¿Se han figurado ustedes ser capaces de resistir a las fuerzas de uno de los más poderosos reyes de Europa? ¿Y han podido ustedes pensar que su rey cristianísimo, unido por los lazos de la sangre y por la más estrecha amistad con mi rey, hubiese nunca apoyado ni puesto atención a los gritos de un pueblo sedicioso?

Al escuchar esta última palabra, Lafrenière abrió la boca para alegar algo, pero el teniente general O'Reilly levantó una mano en el aire para impedírselo.

—A su tiempo escucharé con gusto sus razones. No ignoro que muchas veces las cosas que parecen negras desde lejos suelen ser blancas cuando uno se aproxima. Les aseguro que me enteraré de todo con el más desapasionado y reflexivo examen, y en unas semanas hablaremos de nuevo.

Las palabras de O'Reilly sonaron amables, pero Lafrenière, Payen y Milhet salieron de allí con la percepción de que era implacable.

Regresaron a Nueva Orleans con el ánimo sombrío. Y cerca de su ciudad, sus casas y sus tierras, una repentina turbonada convirtió el corto viaje en una pesadilla.

Como si el clima, pensó Lafrenière, les anunciase que habría represalias.

Navegando río arriba a la espía y a la sirga las veinticuatro leguas que separaban la desembocadura del Misisipi de la ciudad, el convoy de O'Reilly terminó de llegar a Nueva Orleans el 17 de agosto.

Nadie en la ciudad había visto nunca algo semejante y nadie hablaba de otra cosa. Lideraba el conjunto la fragata del teniente general, seguida de dos columnas de diez barcos cada una entre las cuales navegaban dos barcos hospitales. Pero ese solo era el comienzo del despliegue militar, inabarcable con la mirada. Algunos curiosos que anduvieron por la orilla río abajo pronto hicieron correr la noticia de que, además, había tres fragatas, dos bergantines, seis balandras, seis goletas, una gabarra, un paquebote y dos saetías.

La ceremonia de la toma de posesión definitiva de la colonia por parte de los españoles tuvo lugar la tarde siguiente, bajo un sol de justicia.

Sonó un cañonazo de la nave capitana y cientos de soldados comenzaron a desembarcar por las planchas desde los buques, engalanados con empavesadas, banderas y gallardetes, hasta la plaza de armas. Se ubicaron frente al río, ante un asta de bandera. La poca tropa veterana francesa y las milicias se situaron a su izquierda y, a la derecha de estos, formó la columna del regimiento de Lisboa. En el frente opuesto a los franceses formaron los artilleros, fusileros de Montaña, Dragones y las tres compañías de blancos, pardos y negros. Cerraba el cuadro el regimiento de La Habana.

En medio, al frente del cuerpo de guardia principal, estaba el gobernador Aubry con los miembros más importantes del Consejo y del pueblo, entre ellos Girard, como militar y comerciante.

Cuando O'Reilly descendió de su barco, la marinería de las fragatas gritó cinco veces «¡Viva el rey!». El teniente general entró en el cuadro y, seguido de su comitiva y de la francesa, llegó hasta el pie del asta de la bandera donde presentó al gobernador francés las órdenes concernientes a la cesión formal de la provincia y los poderes que lo autorizaban para tomar posesión en nombre del soberano español. Se enarboló la bandera de España en el asta y, a la vez, en las cuatro puertas de la ciudad y frente a la casa que ocuparía el ahora capitán general de la provincia. Los franceses, dirigidos por el gobernador, proclamaron cinco veces «¡Viva el rey!»; la tropa española lo hizo tres más, con el acompañamiento sonoro de la salva graneada de las fragatas.

El acto militar terminó con el cambio del sargento mayor de la plaza, que guio a la nueva tropa destinada a la custodia de la pólvora y artillería. Entonces O'Reilly se dirigió a la iglesia, en cuya entrada el vicario general —el padre capuchino francés Dagovert— lo recibió con palio.

Gracias a su padre, Suzette asistía a la ceremonia desde un lugar privilegiado, y no perdía detalle. Nunca en sus trece años y medio de vida había presenciado nada tan solemne y, a la vez, tan triste.

Para esos nuevos militares españoles, ese era un día de orgullo. Para los criollos como Lafrenière, era un día de lágrimas entre las cintas de las cucardas que bailaban en el aire. Sus armas no hubieran

podido vencer a las de dos mil soldados españoles, pero para ellos había algo más humillante que perder una guerra y era el verse obligados a aceptar al enemigo sin haber podido siquiera presentar batalla. No solo eso; desde la reunión con O'Reilly, por miedo a represalias, ahora no desaprovechaban la ocasión para elogiar en público al militar español.

La muchacha dirigió la vista hacia el ancho y aparentemente plácido río. El río por el que se ascendía hacia la tierra del norte. La tierra por donde imaginaba a los indios y los colonos y la naturaleza salvaje; donde imaginaba a Ishcate a lomos de su caballo. Deseó poder hablar el lenguaje de los peces que nadaban a contracorriente —un salmón o una lamprea— para que la enseñaran a ser libre como ellos.

Volvió a centrar su atención en la gente para ocupar el tedio de la espera. Las misas especiales siempre eran muy largas.

Su mirada se detuvo de pronto en el rostro de un joven que la observaba fijamente.

Reconoció a Ishcate y el corazón le dio un vuelco.

Por un segundo se preguntó si el exceso de calor le estaba provocando delirios.

Se pellizcó el brazo y volvió a mirarlo.

¡Era él! ¡En carne y hueso!

Tuvo que controlarse para no levantar el brazo y saludarlo y gritar su nombre. Le dedicó una sonrisa para que supiera cuánto se alegraba de verlo, mientras comenzaba a maquinar cómo escapar de allí. La pomposidad del acto, que tenía embelesado a todo el mundo, jugaba a su favor. Le hizo con la mano una discreta señal de que esperase.

—Me siento un poco mareada —le dijo a Margaux—. Creo que ya no queda mucho, así que me adelanto a casa.

Antes de que su hermana dijera nada, se escabulló entre la gente en dirección a la calle Toulouse. De cuando en cuando se giraba para comprobar si Ishcate la seguía. En la esquina con la calle Chartres se detuvo y esperó. Los escasos viandantes estaban tan enfrascados comentando la ceremonia que no le prestaron atención. Por fin lo vio.

Iba vestido con un calzón largo de ante con flecos en los costados, una camisa blanca de lino con una tela roja rodeando su cintura y un sombrero sin picos de cuero. Caminaba hacia ella con paso resuelto, con una amplia sonrisa en el rostro.

Suzette se sintió extraña. Deseaba correr hacia él y abrazarlo, pero no debía. Cuando se marchó, ella era una niña y él un muchacho. A pocos pasos de ella había ahora un joven muy apuesto —alto, de hombros anchos, facciones perfectas y ojos brillantes— que le provocaba un deseo intenso, un impulso instintivo, una mezcla de alegría y anhelo. Aquel era un sentimiento nuevo que no había experimentado por nadie, ni siquiera por Belmont.

—Te has cortado el cabello —fue lo único que se le ocurrió decirle, nerviosa, cuando lo tuvo enfrente y se vio obligada a mirar hacia arriba por lo alto que era.

Ishcate se quitó el sombrero.

—Lo llevo recogido. Sigo teniendo el mismo que tú cepillabas.

Suzette se ruborizó al imaginarse ahora acariciándolo.

—Me alegra mucho verte. ¿Qué haces aquí?

Antes de que Ishcate pudiera responder, una voz de hombre preguntó:

—¿Todo bien?

Suzette reconoció a un vecino de una calle cercana a la de su casa, que paseaba con su mujer.

—Sí, monsieur. Es uno de los tratantes de mi padre. —Improvisó una mentira—. Le indico cómo llegar a las oficinas.

Resultó convincente, pues el matrimonio continuó su camino.

Suzette se dio cuenta de que Ishcate y ella por fuerza tenían que llamar la atención. Precisamente ese día las mujeres de su familia habían elegido vestidos de fiesta. Ella estaba envuelta en seda y él en ante. Tendría que buscar un lugar donde pudieran hablar sin sobresaltos y, a veces, esconderse era peor que la naturalidad. Así que lo condujo hasta la nueva vivienda de los Girard, en concreto al jardín trasero, parecido al de la residencia anterior donde tantos paseos habían dado juntos mientras él se restablecía, pero más grande y con una fuente más ostentosa. Siempre tendría la excusa de que el joven había pasado a saludar a la familia. Y estarían tranquilos, pues su padre había dado permiso a los criados para que fueran a la plaza.

Una vez allí, sometió a Ishcate a un interrogatorio.

Él le contó que llevaba unos meses viviendo en el puesto de Arkansas entre los quapaw —aunque omitió la razón por la que había tenido que huir del país de los illinois— y que había acompañado a Sarazen a Nueva Orleans para recoger información y trasladársela al

jefe Cazenonpoint, enfadado porque ahora no recibía regalos, ni de los franceses ni de los españoles.

—¡Si no volvemos con buenas noticias, es capaz de bajar él mismo hasta Florida para exigirles explicaciones a los ingleses! —concluyó en tono bromista.

—¿Te quedarás un tiempo, entonces? —Suzette se ilusionó—. Le pediré a mi padre que os deje una cabaña. —Señaló una a su espalda —. Esta no la ocupa nadie ahora.

—Hemos montado un campamento a las afueras de la ciudad. Creo que es mejor no abusar de su hospitalidad. Pero te prometo que nos veremos.

Ishcate extendió el brazo y acarició un mechón que se había soltado de la larga y sedosa melena de color castaño claro que la muchacha llevaba recogida con un ancho lazo.

—Eres la misma, pero has cambiado —susurró recordando las veces que se había preguntado cómo sería ella ahora.

Cuando se fue, Suzette era una niña de nueve años con ganas de descubrir el mundo. Ahora adivinaba ante sí la promesa de la mujer en la que iba a convertirse: los rasgos más definidos en el rostro; los labios más llenos; el cuerpo rellenando las líneas rectas y curvando la forma del pecho; una mirada más honda, con un fuego diferente. Se dio cuenta de que la niña que él recordaba ya no existía.

—Estás... distinta —insistió.

Suzette se rio, acalorada por la cercanía.

—Sigo siendo bajita. Bueno, dicen que aún tengo tiempo de crecer, todavía no he cumplido los catorce. Y espero crecer, aunque sea un poco, de lo contrario, ¡vaya...!

Iba a decir «novia».

Llevaba meses fantaseando con el día de su boda. Con Belmont.

De repente se sintió culpable. Por no sentir la misma efervescencia hacia el joven Fournier.

Debería apartarse de Ishcate, pero no lo hizo.

—La misma risa, la misma voz —añadió Ishcate mirándola con intensidad—, pero...

Suzette le sostuvo la mirada.

Si no echaba un paso atrás en ese instante, tal vez después se arrepintiese de lo que pudiera pasar. ¿Y qué podría pasar? ¿Que se besaran? Ella jamás había besado a un chico, aunque nada malo podía

haber en juntar sus labios, ¿verdad? Sabía que un beso en los labios era la muestra de cariño entre un hombre y una mujer. Y ella sentía atracción por él. Si Ishcate se inclinara, ella no retrocedería. No lo haría.

Posó las manos en sus fuertes antebrazos, para apoyarse en él, para invitarlo a que se aproximara más.

Entonces se oyó un ruidito proveniente de la cabaña. Suzette giró un poco la cabeza y vio cómo se movía hacia arriba el picaporte de madera.

La puerta se abrió y apareció su doncella, sonrojada y sudorosa, y tras ella, Bamboula. La amplia sonrisa de Anne se transformó en una mueca de sorpresa al ver a su ama.

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó Suzette.

—Arreglando unas cosas, mademoiselle —se apresuró a responder la esclava. Reconoció al indio y aprovechó para desviar la atención—: ¡Pero si es Ishcate! —Parpadeó, confusa, mientras aclaraba sus ideas. Suzette estaba prácticamente en brazos del joven —. Tenemos que irnos. Los amos no tardarán en llegar.

Justo entonces los gritos de los pequeños Girard invadieron el jardín. Tras ellos aparecieron los padres y Margaux, que mostraron su asombro al reconocer al kaskaskia. Como Suzette no reaccionaba con naturalidad, Anne tomó las riendas. Se acercó a Blanche y le explicó:

—El joven Ishcate está de visita. Me ha parecido más oportuno pasarlo al jardín.

—Gracias, Anne.

—Veo que ya te encuentras mucho mejor —susurró Margaux a su hermana pequeña en tono irónico.

Tras un breve y educado saludo, Girard le preguntó a Ishcate por la situación en el norte en general y por Leroux en particular. Esperaba que las cosas le fueran bien, en parte por afecto y en parte porque en un año y medio su antiguo socio tendría que empezar a pagarle las cantidades estipuladas en la disolución de la empresa.

—Sigue ampliando sus contactos en el negocio de las pieles —informó Ishcate—, también en zona inglesa. Le han concedido más parcelas en la parte trasera de Saint Louis y ha comprado ganado. Y cuando me fui llevaba idea de adquirir un molino y construir una fábrica de cuerda.

Girard frunció el ceño.

—Se está arriesgando mucho. Espero que no demasiado. Cuando lo vuelvas a ver, dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré, monsieur, aunque tardaré un tiempo.

Suzette sonrió para sus adentros. Podrían verse. Ella, desde luego, haría todo lo posible. Contaría las horas, los minutos y los segundos hasta que se juntaran de nuevo.

14

Nueva Orleans, finales de agosto de 1769

Los comentarios sobre la llegada triunfal de O'Reilly pronto se vieron reemplazados por los rumores de que sus buenas intenciones, sus reuniones con los principales vecinos de la ciudad y sus palabras amables sobre atender al bien público y guardar justicia a todos querían decir, en realidad, que habían comenzado a tomar declaraciones sobre los sucesos de la rebelión de los criollos que condujo a la expulsión del gobernador Ulloa.

—Se está dando prisa en restablecer la paz y el orden —le comentó Girard a su esposa en el jardín de la casa apenas unos días después de la toma de posesión—. De repente no hay rebeldes, ni críticas ni insultos hacia los españoles. El miedo es efectivo.

—Deseábamos tranquilidad —comentó Blanche— y, sin embargo, percibo preocupación en tus palabras.

—No me agradaría que me citasen a declarar y temo que lo hagan.

Girard mojó su pañuelo en el agua de la fuente y se humedeció la nuca y la frente. El calor de los últimos días era asfixiante.

Entonces una doncella se acercó acompañada de Cathy Lafrenière, visiblemente desmejorada, con los ojos enrojecidos y las manos apretadas con fuerza contra su vientre para controlar el nerviosismo.

—Disculpen que me presente sin avisar —dijo la joven—, pero tengo que hablar con usted, monsieur. Por favor, le pido que reciba a mi padre. Está en la puerta.

Girard cruzó una mirada con Blanche antes de indicar a la doncella que lo fuera a buscar.

El aspecto del padre era más penoso que el de su hija. Había envejecido en días y el peso de la desazón le encorvaba la espalda. Poco quedaba del orgullo que mostró hacía menos de un año, cuando

le puso delante el texto de adhesión a la causa criolla. Con voz temblorosa se dirigió a Girard:

—He oído que O'Reilly quiere hablar con usted. Me consideraré eternamente en deuda si le hace saber que desde su llegada no he podido hablar en mejores términos de él a mis conocidos. Mi rechazo iba referido en exclusiva a la actitud tiránica de Ulloa. No me cabe la menor duda de que el nuevo gobernador es diferente y sabrá dirigir esta colonia con rectitud y acierto. En ningún caso fue mi propósito faltar al rey español.

Girard, que tanto había odiado a Lafrenière, meditó unos instantes. Por culpa de ese hombre, él y su familia habían sido insultados y tratados de traidores; por su culpa habían apedreado su casa y le habían vuelto la espalda. En su interior se repetía aquella frase que el procurador le había dicho la única vez que su esposa y él lo visitaron en su domicilio: «Cuando uno se empecina en mantenerse en una posición equivocada, debe asumir las consecuencias». No obstante, no pudo evitar apiadarse.

—Si llegara el caso —dijo con cautela—, tenga usted por seguro que mediría mis palabras.

Nicolas Chauvin de Lafrenière inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

En voz baja para que no lo oyeran los criados, Girard añadió:

—Me permito aconsejarle que sopese la posibilidad de marcharse al lado inglés.

—Lo he pensado, pero no sé cómo —admitió Lafrenière—. Es imposible escapar de la ciudad. Ahora los españoles lo vigilan todo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Cathy alarmada—. ¿Nuestras vidas corren peligro? —No hubo respuesta—. Mi esposo...

Rompió a llorar; su marido, Jean Payen, también se había significado abiertamente del lado de su suegro y en contra de España.

Su padre la tomó del brazo con suavidad y la condujo hacia la salida.

Antes de marchar, Cathy volvió sobre sus pasos y miró a Girard a los ojos.

—Usted nunca se ha llevado bien con mi padre, monsieur, ni ha querido entender sus razones, pero es un hombre justo y solo pensaba en el bien de su país. Hace un tiempo ordenó al notario Labuxière que anulara una venta en el país de los illinois por la que se había

separado a un esclavo legítimamente casado de su esposa e hijos. No se olvidó del tema, como sucede tantas veces; se aseguró de que se cumplía la ley. Ayúdelo ahora, por favor.

Girard apretó los labios y permaneció en silencio y pensativo hasta un buen rato después de que la joven se marchara.

Por fin, suspiró y le dijo a su mujer:

—Me alegra que nuestras hijas no estén aquí hoy. La humillación de un hombre no proporciona ninguna satisfacción.

Nueva Orleans, finales de agosto de 1769

Ishcate se secó una vez más el sudor de la frente mientras masticaba el último bocado de una deliciosa tortita de guisantes, cebolla y pescado. La proximidad del agua no mitigaba el asfixiante calor que hacía en el mercado, ubicado en la explanada entre el primer distrito de la ciudad y el río, cerca de la zona de fondeo de los muelles y de los almacenes. Las lonas de cáñamo de los comerciantes europeos e indios proporcionaban poca sombra para proteger sus mercancías frescas, que trataban de vender a toda prisa ofreciendo buenos precios a gritos. El lugar era un caos de lenguas, aromas más o menos desagradables —las especias de los guisos no ocultaban el olor acre de algunas personas— y sonidos. Las voces de negociantes, granjeros, artesanos, esclavos, criados y mujeres con cestos en la cabeza se mezclaban con los ruidos de las carretas, los cacareos de las gallinas enjauladas, los ladridos de perros, el redoble de algún tambor, los chillidos de los pájaros y los golpes sobre el metal de una herrería cercana. Desde luego, ese mercado se parecía poco al de la población de Kaskaskia, mucho menos bullicioso y variopinto en cuanto a personas e indumentarias.

Se acercó a Sarazen, que llevaba un buen rato ante un puesto que vendía utensilios de cocina, telas y objetos de adorno.

—¿Quieres aprender a cocinar? —bromeó.

Sarazen lo miró de soslayo, con una enigmática sonrisa, e Ishcate comprendió que no estaba interesado en las ollas de hierro, las sartenes, las artesas de amasar o los platos de hornear, sino en las pulseritas y los lazos de seda de colores.

—¿La conozco?

—Es Mikakh.

Ishcate asintió. Era una quapaw guapa, simpática y resuelta.

—¿Te ha dado esperanzas?

—Todavía es muy joven. Esperaré.

«De la edad de Suzette...»

Un pequeño disturbio atrajo la atención de los muchachos. Un ladronzuelo había huido con fruta robada y el comerciante había salido corriendo tras él. Entonces, Ishcate distinguió la cabeza de Bamboula, que sobresalía sobre las demás. Delante de él caminaban Suzette y Anne. El corazón le palpitó de contento al verla. Le pareció preciosa con su ligero vestido estampado en florecillas rosa y celeste y un pequeño sombrero adornado con un ramillete de capullos. Caminaba atenta a cuantos la rodeaban, como si buscara a alguien. Sus miradas se cruzaron por fin y ella esbozó una encantadora sonrisa de triunfo, a la par que sus mejillas se sonrojaban.

Ishcate le devolvió la sonrisa.

—¡Qué casualidad! —le susurró Sarazen con ironía. En las poco más de dos semanas que llevaban en la ciudad, se habían encontrado con Suzette media docena de veces, casi siempre en el mercado.

—¿Qué hacéis? —les preguntó ella pizpireta.

—Sarazen quiere comprar un regalo para alguien especial —respondió Ishcate señalando hacia el tenderete—. Tu consejo puede ser útil.

Suzette se situó entre ambos y analizó la mercancía. Eligió un fino brazalete de plata con piedrecitas azules y se lo probó.

—A mí me gustaría que me regalaran esto.

Se lo quitó y se lo entregó a Sarazen. Mostró entonces interés por los rollos de lazo. No necesitaba comprar; solo quería aprovechar la ocasión para sentirse cerca del kaskaskia, que no le quitaba ojo de encima, o eso le parecía.

Unas jóvenes que querían ver la mercancía la empujaron sin querer y perdió ligeramente el equilibrio. Ishcate la sujetó por la cintura y ella se asió a sus manos. Un río de fuego súbito recorrió su cuerpo y demoró la separación. Jamás hubiera imaginado que el contacto físico con un hombre pudiera resultar tan excitante. Desde luego, no había sentido lo mismo al bailar con Belmont. Si un contacto tan breve le producía semejante turbación, no podía ni imaginar qué supondría abrazar y besar a Ishcate. Por lo que le había contado Anne, que le había confesado su relación secreta con Bamboula, la expresión

más apropiada sería la de sentirse en el paraíso.

Como Sarazen había efectuado ya su compra, Suzette retomó el paseo por el mercado junto a Anne. Para no suscitar comentarios que pudieran llegar a sus padres, debía medir su tiempo junto a los indios.

Con cierta envidia pensó que hasta sus esclavos lo tenían más fácil para juntarse porque vivían en la misma propiedad. Ella tenía que conformarse con mirar a Ishcate desde la distancia y cruzar unas pocas frases cuando se paraban ante algún puesto. Nada más. Pronto Anne le advirtió que se acercaba la hora del almuerzo y debían regresar a casa. Suzette se despidió de Ishcate deseando con todas sus fuerzas que el tiempo pasase rápido hasta el próximo encuentro.

—¿Ya habéis acordado dónde coincidir la próxima vez? —le preguntó Sarazen a Ishcate—. Si no quieres sufrir, deberías guiar a tu corazón para que se fije en una mujer india.

—Lo dice un mestizo...

—De padre blanco y madre india. No es la misma situación. Además, como hijo de un jefe kaskaskia, tendrás responsabilidades que cumplir para con los tuyos.

Ishcate le palmeó la espalda y adoptó un tono desenfadado.

—No te preocupes por mí. Prometo fijarme en alguna de las amigas de Mikakh.

En cuanto pronunció esas palabras, surgió en su mente la imagen de un *sekinaahkwa* —un mirlo— y recordó cuánto le gustaba su gorjeo suave y aflautado. En pocas ocasiones repetía melodía. Y, de todas las aves que había observado, el mirlo permanecía monógamo hasta la muerte de uno de los miembros de la pareja.

Le sorprendió cómo interpretó ese súbito pensamiento: apenas acababa de irse Suzette y él ya estaba impaciente por un nuevo encuentro con ella.

Nueva Orleans, septiembre de 1769

Tres semanas después de pedirle a Girard su intercesión ante los españoles, Lafrenière acudió a las nueve de la mañana a la reunión a la que el gobernador Aubry y el gobernador O'Reilly lo habían citado. En la casa en la que este residía, se encontró con su cuñado, su yerno, el marido de su sobrina y otros ocho hombres. Sus esperanzas de conseguir clemencia se disiparon cuando comprendió la situación: los

habían convocado por separado y con diferentes pretextos, y allí no estaban los hombres influyentes de la ciudad ni los representantes de los gremios sino solo los cabecillas de la revolución.

Habían caído en una encerrona.

—En nombre del rey, quedan ustedes arrestados —les dijo O'Reilly sin rodeos—. Los papeles que he recogido desde que me posesioné de este mando los acusan de ser cabezas y motores principales de la sublevación de esta plaza contra el gobernador electo don Antonio de Ulloa y el gobierno de su majestad católica. Deseo que puedan justificar su inocencia. Serán ustedes oídos y juzgados según las leyes.

El silencio se convirtió en un mar de protestas. Los acusados esgrimían las mismas excusas, que de nada sirvieron. Divididos en tres grupos los llevaron presos a una de las embarcaciones del puerto, al cuartel y al edificio del Consejo. El traslado se hizo a pie, para que todo el mundo los viera y corriera pronto la voz.

Al día siguiente O'Reilly hizo público un indulto para tranquilizar los ánimos; un indulto que no se hizo extensivo a los cabecillas de la revuelta detenidos.

Dos días más tarde empezaron a desfilar por su despacho los habitantes de la ciudad invitados a prestar juramento de fidelidad a la corona española. Los primeros fueron el padre Dagovert y los religiosos capuchinos; después, los preceptores y maestros de escuela; siguieron los hacendados y comerciantes; por último, el resto de los vecinos. Los alemanes y los acadianos enviaron diputados en representación. En cada caso, se leyó el juramento de fidelidad primero en castellano y después en francés; luego, cada individuo estampó su firma o, si no sabía escribir, hizo una cruz junto a la cual un oficial escribió el nombre.

El día del juramento de los hacendados, las familias Girard, De la Ronde, Fournier y Le Sénéchal quedaron en la plaza de armas mientras los cabezas de familia firmaban.

Aunque el ambiente era tenso, Suzette se sentía feliz por poder juntarse de nuevo con sus amigas Marie, Jeanne y Louise en público, sin temor a que las insultasen o las tachasen de traidoras. El miedo había cambiado de bando. Al seguir el consejo de su padre de pasarse al lado de los reformados, monsieur De la Ronde no estaba incluido en el grupo de los detenidos o sospechosos. Asimismo Belmont se había

mantenido finalmente alejado de la política, de modo que los Fournier también estaban tranquilos. Y Louise Le Sénéchal, hija única de un fallecido comisario de la marina, había vivido esos meses con su madre al margen de todo conflicto.

La alegría de Suzette procedía en parte del reencuentro con sus amigos; pero, en su mayor parte, de la presencia de Ishcate en Nueva Orleans. Era este su gran secreto.

Cuando los hombres y la viuda de Le Sénéchal salieron del edificio tras el juramento, se entretuvieron paseando por la plaza mientras las jóvenes charlaban. En verano, las familias que tenían plantaciones acudían poco a la ciudad, y aprovechaban cada ocasión para ponerse al día. Además, a diferencia de las jornadas anteriores, esa mañana no era insoportablemente calurosa.

Un par de oficiales españoles se detuvieron a hablar con los adultos, separados unos pasos de las jóvenes.

Los hombres miraron en dirección hacia ellas y las saludaron con una inclinación de cabeza y el más joven, de rostro redondo y cabello y ojos de color castaño claro, se llevó la mano al sombrero en un leve gesto de saludo. Probablemente Girard, que parecía dirigir la conversación, estuviera explicando quién era quién en ese grupo.

Cuando los oficiales continuaron con su camino, Belmont Fournier se acercó a las muchachas.

—Nos acabamos de enterar de que ha muerto en el barco el cuñado de Lafrenière, el que estaba casado con la nieta de D'Arensbourg. Estaba muy alterado desde su detención y su corazón no ha resistido.

—¿Os lo han dicho esos españoles? —quiso saber Suzette.

Belmont asintió.

—El que os ha saludado es don Francisco Bouligny, teniente de infantería. Ahora ejerce de traductor. El más mayor es don Tomás Durán, brazo derecho del que dicen que será el nuevo gobernador, un tal Luis de Unzaga. Tendremos que ir acostumbrándonos al *don* y al *señor* . —Miró a Louise—. Por cierto, tu madre ha aprovechado para alabarte... Ambos están solteros.

Louise se ruborizó. Como seguía soltera a sus diecinueve años, su madre no hacía más que proponerle nombres de pretendientes.

—Conociéndola, seguro que organiza pronto un baile.

—Esa era su intención, pero madame Girard la ha convencido

para que espere a que haya pasado el juicio de los presos.

—Pobre Cathy Lafrenière —dijo Margaux—. Su padre y su marido... Dicen que están completamente arruinados. Costearon la sublevación y utilizaron sus tierras y negocios como garantía del banco criollo que ahora desaparece. Ni vendiendo todas sus propiedades podrían hacer frente a las deudas. ¿Qué será de ella?

Jeanne se dirigió a su hermano:

—Si no hubieras hecho caso a monsieur Girard, ahora estaríamos en la misma situación.

—Pero no lo estamos —repuso él ligeramente irritado por que saliera ese tema. Aunque hubiera optado por la opción sensata, en su corazón también había prendido la llama de la pasión por defender su tierra. La tranquilidad comenzaba a extenderse por las calles de la ciudad, pero la paz interior tardaría en llegar. Hizo un gesto con la cabeza en dirección al río—. ¿Paseamos, Suzette? Tengo el permiso de tu padre.

Suzette asintió entre las risas de sus amigas y el rictus de envidia de su hermana, que tampoco tenía ningún pretendiente a sus diecisiete años.

Caminaron en silencio, disfrutando del espléndido día, de la normalidad deseada durante meses, de las voces de los viandantes, de los gritos de los niños.

—Hace mucho que no hablamos —dijo Belmont—. Ojalá llegue pronto el tiempo de bailes. Te he echado de menos.

—Yo también —dijo ella luchando en su interior contra un torrente de emociones contradictorias.

Claro que echaba de menos a Belmont cuando pasaban semanas sin verse. Le gustaba el sonido de su voz, la manera en que se dirigía a ella, la naturalidad con la que conversaban, el interés que mostraba por su opinión; le agradaba la ligera presión de sus manos en las suyas, o en la cintura cuando habían bailado... y sentía cariño por su familia. Como el río Misisipi, que nacía en las tierras del Minesota y desembocaba en el golfo de México y tenía un origen y un destino claros y conocidos y un recorrido de amplios meandros por una tierra fértil, Belmont representaba la promesa de un futuro agradable.

Pero desde que Ishcate estaba en la ciudad, su corazón tendía a latir desbocado y un demonio metido en su mente le repetía que el joven kaskaskia era el verdadero dueño de su felicidad, presente y

futura. Por más que lo intentaba, no lograba acallar esa voz que le hablaba de torrentes y cataratas por tierras incógnitas, y se obligaba a no pensar en el porvenir porque ¿acaso existía la menor posibilidad de que en ese futuro hubiera un hueco para Ishcate?

—Si te parece, podríamos vernos más —añadió Belmont ofreciéndole el brazo para que apoyara su mano, cosa que ella hizo—. Estoy seguro de que a tus padres no les parecerá mal.

Suzette asintió apenas con la cabeza, pero no dijo nada. Mantenía la mirada perdida en algún punto del horizonte cuando, de repente, Ishcate entró en su campo de visión. En un gesto instintivo, ella se soltó de Belmont.

Ishcate se aproximó y los saludó con cortesía.

—No sé si te acordarás de mí, monsieur —dijo—. Nos conocimos hace unos años en casa de mademoiselle. —Señaló a Suzette, que rogó para sus adentros que no la mirara a los ojos para mantenerse serena.

—Sí, he sabido que andabas por aquí. —Belmont empleó un tono neutro. En realidad, no sabía de qué hablar con él. Y no le había pasado desapercibida la reacción de Suzette.

Se produjo un silencio incómodo.

Tratando de resultar espontánea, la joven intervino:

—Mi padre me ha dicho que Sarazen y tú queríais reuniros con el gobernador. ¿Ha sido posible? —Ella ya conocía la respuesta. No. Y gracias a esa negativa, Ishcate seguía en la ciudad.

—Estamos esperando a que nos reciba. —Ahora Ishcate la miró directamente a los ojos, como si quisiera asegurarse de que ella asimilaba lo que iba a decirle—. Si no lo hace en el plazo de una semana, nos marcharemos.

El corazón de Suzette se detuvo.

Una semana.

Siete días para que la plena alegría desapareciese.

Aquella noche no pudo dormir. Daba vueltas en su habitación pensando qué hacer para ver a Ishcate a solas, para evitar su marcha, para detener el tiempo. La respuesta era siempre la misma: nada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Margaux.

—Hace mucho calor —mintió Suzette.

—Pues sal al jardín un rato.

Suzette se puso un sencillo vestido de diario y fue a despertar a Anne.

—¡Tengo que verlo! —le dijo.

—¿A estas horas, mademoiselle? —protestó la muchacha—. Es una imprudencia.

—¡Ve a buscar a Bamboula! Os espero en la puerta.

Tenía que estar a solas con él sin interrupciones y sin prisas. ¿Había sido su imaginación o él también sentía algo por ella? Necesitaba una respuesta antes de que volviera a irse. No podría tomar una decisión sobre su futuro con Belmont mientras existiera la menor posibilidad de que el corazón de Ishcate latiera tan ilusionado como el suyo.

El pequeño grupo de Sarazen e Ishcate acampaba al otro lado de los postes podridos de la empalizada, que había visto días mejores y ofrecía una débil protección a la parte trasera de la ciudad, y pasado el terreno conocido como la plaza de los Negros, el único lugar donde los esclavos tenían permitido juntarse para celebrar fiestas y bailar los domingos y festivos.

Como era entre semana, Suzette, Anne y Bamboula no se cruzaron con nadie ni en las calles ni en la plaza. Las almas despiertas esa noche estival estarían en la otra punta, en las tabernas cercanas a los muelles. La soledad imponía, pero la presencia de Bamboula proporcionaba tranquilidad. Su enorme envergadura le permitía moverse entre las sombras sin que se le acercase nadie con malas intenciones.

—Si el amo se entera, me castigará por esto —le dijo Bamboula a Anne—. Si no me mata o me vende...

—No tiene por qué enterarse —le dijo Anne, sin saber que alguien los estaba siguiendo.

Llegaron al conjunto de tiendas ubicadas alrededor de una hoguera. Los recibió un indio con actitud recelosa. Algunas prostitutas se aventuraban hasta el campamento, pero estas mujeres eran demasiado jóvenes, llevaban buenas ropas y disfrutaban de la protección de un gigante. Desenvainó su cuchillo y lo apuntó hacia Bamboula.

—Busco a Ishcate —se apresuró a decir Suzette.

Con palabras y gestos le hizo comprender que solo iría ella a verlo. El indio le señaló un pequeño tipi sin apartar la vista de Bamboula y le franqueó el paso.

Suzette se dirigió a la tienda deprisa. Apartó la piel que hacía de

puerta, entró y se arrodilló junto al cuerpo que la oscuridad le impedía ver. Olía a una agradable mezcla de humo, cuero y sudor. Al sentir su presencia, Ishcate se despertó de repente, y en un solo movimiento se abalanzó sobre ella y le puso un cuchillo al cuello.

—¡Soy yo!

Al reconocer la voz de la joven, Ishcate se apartó sorprendido y la ayudó a incorporarse. Quedaron sentados muy cerca.

—Podría haberte matado. ¡Nunca te acerques así a un indio! —Su tono cambió a la preocupación—: ¿Has venido sola hasta aquí?

—Anne y Bamboula están fuera. —Posó la mano sobre la de él—. Me alegra que te preocupes por mí. —En vista de que él permanecía en silencio, añadió—: Y me apena que te vayas.

—Mi trabajo aquí ha terminado.

—Estos días me ha parecido que te gustaba la ciudad. ¿No has pensado en quedarte?

—Mi sitio está con mi gente. —Ishcate mantenía la vista fija en la suave mano de ella sobre su piel.

—Te echaré de menos. Mucho.

—Tienes a monsieur Fournier.

Suzette ladeó ligeramente la cabeza. Le había parecido notar un atisbo de celos en la manera en que Ishcate había pronunciado ese nombre. El corazón le aleteó en el pecho, animándola con la idea de que él la apreciaba más de lo que sus palabras transmitían. Se atrevió a proponerle:

—En la ciudad viven indios como tú. Venden en los mercados, o trabajan en los muelles, o en negocios como los de mi padre.

—Yo no cultivo maíz ni tengo amo. Yo cazo y comercio con pieles cuando quiero y lucho cuando es necesario.

Suzette suspiró.

—Ojalá fuera libre como tú.

Él alzó la mirada e indagó en las profundidades de los ojos de ella. Allí vio el mismo anhelo que sentía él y que se obligaba a frenar. Sarazen tenía razón: debía conducir los deseos de su corazón hacia una mujer india con la que caminar en la vida. Cuando había visto a Suzette paseando del brazo de ese joven blanco, había sentido envidia. Y, a la vez, se había dado cuenta de que ella y él pertenecían a dos mundos completamente diferentes.

—¿Qué harías? —le preguntó.

Suzette recorrió entonces con las yemas de los dedos las facciones del rostro de Ishcate. Sin apartar la vista de la de él, respondió:

—Me iría contigo.

Ishcate la tomó por los antebrazos para terminar con la tortura de sus caricias. Su corazón le pedía secuestrarla en ese mismo instante y llevársela lejos de allí, donde ni todos los soldados de Luisiana juntos pudieran encontrarlos. Su mente le aconsejaba que aguardara a que el Gran Espíritu les concediera una oportunidad de volver a verse; que esperara a que ella fuera más mayor y pudiera valorar las implicaciones de la decisión irrevocable de fugarse con un indio.

—Hablas con el corazón, no con la cabeza. Eres joven todavía.

—Tengo casi catorce años —protestó ella—, a esa edad se casó mi madre. Y yo no soy como Margaux. Mi hermana rompió su compromiso con Étienne porque quiere vivir entre seda y lujos. Pero los barcos que suben a Saint Louis llevan cada vez a más mujeres. Tú mismo me has contado que hay muchos matrimonios entre indios y blancos en tu tierra...

Ishcate detuvo sus argumentos posando sus labios en los de ella mientras la estrechaba entre sus brazos. Si continuaba hablando con la audacia y la determinación que mostraba, terminaría por convencerlo y haría una locura. Si es que ya solo besarla no lo era.

Suzette se entregó al beso con ardor y angustia. Saboreó el primer beso de su vida. Relajó los labios y degustó los de Ishcate como si fueran la fruta más sabrosa. Apreció la textura húmeda y amoldable de la carne con su lengua y, durante un largo y delicioso rato, demostró que ya no era una niña.

Ishcate la apartó con suavidad. Los besos de Suzette habían resultado tanto o más tentadores que sus palabras. Por hacer caso a la razón también se obligaba a renunciar a momentos de absoluta exquisitez como el que acababan de compartir.

—Será mejor que te vayas —dijo con voz ronca.

—No es lo que quiero.

Suzette enredó las manos en el largo cabello oscuro de Ishcate. Necesitaba aferrarse a algo para mantenerse a flote en esa corriente salvaje que fluía en su interior. Se acomodó en su regazo y le rodeó el cuello con los brazos para besarlo una vez más. De nuevo le pareció que el calor y la agradable humedad de la noche surgían de su cuerpo y no de la naturaleza. Creyó perder la consciencia cuando él respondió

con una estremecedora mezcla de dulzura y entusiasmo. Sentía sus labios por el rostro y por el cuello y sus manos por el pecho, la cintura y los muslos. Escuchaba cómo, por algún mecanismo mágico, sus respiraciones, ligeramente jadeantes, iban armonizando.

Entonces Ishcate rompió la magia. La apartó de nuevo, se puso en pie y, tomándola de ambas manos, la levantó sin apenas esfuerzo. Salió al exterior y gritó el nombre de Anne, que acudió corriendo, asustada.

— Mademoiselle se marcha ya —le dijo él, antes de perderse en la oscuridad.

15

Nueva Orleans, septiembre de 1769

En los días que siguieron a ese encuentro, Margaux se dedicó a espiar a Suzette. No había contado a nadie lo que había visto en el campamento indio de las afueras. Según lo narrara podría sonar imperdonable o insustancial.

Su hermana, acompañada de Anne y Bamboula, había visitado al indio Ishcate en su tienda y había permanecido unos veinte minutos a solas con él. Al salir, las ropas de Suzette estaban igual que al entrar.

Si ese encuentro trascendiera, la reputación de su hermana quedaría arruinada para siempre. Si ese encuentro se repetía —algo que, de momento, no había sucedido—, aumentaría el riesgo de ser descubierta. Si mencionaba el asunto a sus padres, aunque no hubiera nada por lo que preocuparse, algún criado escucharía la conversación, porque siempre había alguien escuchando, y podría ser peor el remedio que la enfermedad. Y esos no eran tiempos para añadir preocupaciones a sus padres. Que muchos como Girard hubieran prestado juramento no evitaba que el ambiente estuviera enrarecido por los juicios contra los cabecillas de los rebeldes que iban a comenzar en breve.

Al seguir las idas y venidas de Suzette durante una semana, Margaux se percató de que salía mucho de casa, generalmente con la excusa de acompañar a Anne al mercado, cuando las compras las solían hacer los criados de la cocina y no las doncellas. Al regresar no tomaban las calles cercanas, sino que bordeaban la plaza de armas por el lado del río, pasaban los muelles, llegaban cerca del convento de las Ursulinas, giraban a la izquierda y volvían por la calle Bourbon. En resumen: recorrían casi toda la ciudad, a paso ligero, y la actitud de Suzette era extraña. Miraba en todas las direcciones, como si esperase ver a alguien en cualquier momento, y, cuando llegaba a casa, seguía con el nerviosismo en el jardín, cruzándolo a lo ancho y a lo largo,

como si no pudiera dejar de pensar, como si tuviera que tomar una gran decisión. Solo una vez se encontraron con Ishcate. Anne se apartó unos pasos para que pudieran hablar a solas, pero la conversación apenas duró diez minutos.

El domingo por la noche, después de la cena, Margaux subió a su dormitorio con intención de hablar muy en serio con su hermana. En cuanto cruzó el umbral de la puerta, Suzette cerró de golpe la tapa de su baúl.

—¿Qué haces? —le preguntó la mayor.

—Nada, buscar una cosa. La habré metido en otro sitio.

Margaux se acercó y la observó. Suzette estaba pálida.

—Estos días te veo inquieta. Sabes que, si te pasa algo, lo que sea, puedes contármelo.

Suzette sonrió.

—Sí, claro. ¿Te acuestas ya? Yo aún estaré un rato con nuestros padres en el salón.

—Cojo un libro y me uno a vosotros.

Margaux esperó a que Suzette se marchara para abrir el baúl, decidida a descubrir qué tramaba su hermana. Sus manos tocaron un bulto de tela. Desató el nudo y comprendió con horror qué era.

Lo dejó como estaba y se apresuró fuera de la casa en dirección a los alojamientos de los esclavos, junto a las caballerizas, y preguntó por Bamboula, confiando en que no se hubiera ido a la fiesta de los domingos en la plaza de los Negros.

Por suerte dio con él enseguida. Le pidió que la siguiera a un rincón donde no pudieran escucharlos y le soltó sin ningún preámbulo:

—Te pregunto a ti porque sé que Anne me mentirá y Suzette la defenderá. Mi hermana ha preparado un paquete con las cosas más importantes de su vida. Ha elegido las más pequeñas, las que menos sitio ocupan. Ha reunido algo de dinero. Ha plegado los vestidos más sencillos de su armario. Diría que se prepara para un viaje para el que entiende que es mejor no llevar mucho equipaje.

El hombre grande y robusto agachó la cabeza.

—¿Eres consciente del lío en el que te has metido por encubrirla? Os seguí la semana pasada hasta el campamento de los quapaw. Mi padre no te perdonará esta traición, Bamboula. No me gustaría estar en tu pellejo. Dime, ¿cuándo piensa marcharse?

—Pasado mañana, al amanecer.

Margaux pensó que tenía suficiente tiempo para tomar cartas en el asunto.

—No dirás ni una palabra de todo esto a nadie o te arrepentirás. Mañana por la mañana me llevarás al campamento. A las ocho. Y reza para que resolvamos este asunto sin que se enteren mis padres.

Al día siguiente, con cuidado de que nadie la oyera, Margaux salió de su casa. Las otras mujeres de su familia solían levantarse más tarde, pero a ella le gustaba madrugar y pasear, así que no necesitaba ninguna excusa si se topaba con alguien. Bamboula ya la esperaba. Durante el trayecto a la parte trasera de la ciudad, Margaux solo dirigió la palabra al hombre una vez, y fue para recriminarle:

—¿Cómo has podido alentar esta estupidez, Bamboula? Te tenía por un hombre cuerdo y de fiar.

—Mademoiselle Suzette me amenazó con separarme de Anne si me iba de la lengua —susurró él—. El amor nos vuelve insensatos.

—¡Qué sabrás tú del amor! —murmuró ella entre dientes.

Margaux apretó el paso para que quedara claro que no pensaba entablar ninguna conversación con él sobre ese asunto que ella tenía claro: el amor surgía de la conveniencia. A esas alturas ya se había convencido de que la atracción que antaño había podido sentir por Étienne no era verdadero amor. La llama se habría apagado en poco tiempo. El verdadero amor era el de sus padres, que habían formado un hogar feliz y decente, y velaban para que a sus hijos no les faltase de nada. Y eso ella no lo habría conseguido con Étienne, ni su hermana, desde luego, lo conseguiría con ese indio. Solo de pensarlo se le revolvían las tripas.

Nada más llegar al campamento, divisó a Ishcate conversando con Sarazen mientras otros indios iban desmontando las tiendas, algo que le extrañó, pues Bamboula le había dicho que no se irían hasta el día siguiente. Fue directa a ellos y habló sin preámbulos, con la mirada encendida y fija en Ishcate.

—Mi padre te abrió su casa para salvarte la vida y te aprovechaste de ello. Mi hermana jamás se irá de aquí contigo.

—Mademoiselle Margaux —intervino Sarazen—, te equivocas...

—Sé que ha estado organizando el viaje a escondidas —lo interrumpió ella—. Os vais mañana. He venido a exigiros que os vayáis ya o...

—¿O...? —preguntó Ishcate ladeando un poco la cabeza.

Por unos instantes Margaux comprendió por qué su hermana había perdido el juicio. El salvaje Ishcate era un joven extremadamente atractivo. Sus facciones eran perfectas; su mirada, embriagadora.

—Hablaré con mi padre y con el gobernador y os echará a tiros.

—No será necesario —intervino de nuevo Sarazen con voz calmada.

Margaux parpadeó. No había pensado que fuera a resultar tan sencillo convencerlos.

—Nos vamos ahora —dijo Ishcate—. Y Suzette no lo sabe.

—Asunto solucionado, entonces.

Giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia Bamboula.

Sarazen la alcanzó.

—Hemos adelantado el viaje un día porque así lo ha querido Ishcate. Sabe que le partirá el corazón a Suzette, pero hace lo correcto. Esa muchacha no aceptaba una negativa.

—Oh, vamos —resopló Margaux—, si tu amigo no la hubiera engatusado, ahora no tendrías que defender su nobleza. Lo correcto habría sido mantenerse alejado de ella desde el principio. Suzette no ha nacido para pertenecer a alguien como él. Hay que ser muy necio para no darse cuenta. Solo espero que no haya sucedido nada irremediable entre ellos.

—Todos los corazones duelen, mademoiselle —dijo Sarazen—. Los blancos, los negros y los rojos. El dolor de esta separación será irreparable.

Esa noche Suzette no pegó ojo. Contaba las horas para que llegase el momento acordado con Anne y Bamboula para que la acompañasen al campamento. Tenía clara su decisión: no podía imaginarse su vida futura lejos de Ishcate. Si él no se quería quedar, se iría ella con él. Todo sería más fácil para ambos en las tierras despobladas lejos de Nueva Orleans. Cuidaría de él. Sabía de cuentas. Con lo que él ganase con la venta de pieles y carne se encargaría de la casa en la que vivirían. Estaba dispuesta a renunciar a todo —también a Belmont— con tal de estar siempre con él. Los besos compartidos con Ishcate le habían demostrado que estaban hechos el uno para el otro.

Le producía tristeza alejarse de su querida familia, pero los

sentimientos hacia Ishcate eran más fuertes que los que la unían a sus padres y a sus hermanos. Era consciente de que los heriría, aunque no conocía a ninguno que no hubiera superado, incluso con alegría, la separación causada por un matrimonio. No todos los casados se quedaban en Nueva Orleans: algunos partían a Francia, o a las colonias británicas del este, o al norte, como los Leroux. Con el tiempo la perdonarían porque la querían. Y volverían a verse.

En cuanto a Belmont, también la perdonaría. Le deseó mentalmente que encontrara a otra joven que lo hiciera olvidarla y que pudiera corresponderlo con la misma pasión que ella sentía por Ishcate.

Poco antes del alba abrió con sigilo el baúl y cogió el fardo en el que había guardado lo imprescindible. Se acercó a Margaux, le depositó un beso en la frente y se dirigió a la puerta con los ojos llenos de lágrimas. Echaría mucho de menos su compañía y sus conversaciones nocturnas desde que tenía memoria.

—Suzette —susurró entonces su hermana.

La joven se quedó helada. La había despertado. ¡Si apenas la había rozado con los labios! Esperó un instante en silencio. Tal vez solo estuviera adormilada. Pero Margaux apartó la mosquitera, salió de la cama y se acercó a ella, sin mostrar asombro por que estuviera vestida y portara algo de equipaje. Suzette balbuceó el comienzo de una explicación improvisada, pero Margaux la interrumpió.

—No te vas, Suzette. —La tomó por los hombros, buscó su mirada en la penumbra y le habló con voz firme, aunque cariñosa—. Ishcate se fue ayer. No te ha esperado. No quiere que vayas con él.

Suzette pestañeó sin dar crédito.

—¡Qué sabrás tú!

Trató de zafarse, pero su hermana la sujetó con fuerza de un brazo.

—Os seguí hasta el campamento aquella noche. Conseguí que Bamboula confesara. Ayer fui a hablar con Ishcate y lo amenacé con decírselo a nuestros padres, pero él ya ha había decidido marcharse. Cuando llegué, estaban recogiendo las tiendas. Ishcate no pensaba decírtelo. Ha jugado contigo y además es un cobarde.

—Tú no lo conoces. —Suzette comenzó a llorar—. Ishcate no miente. Tú sí. Se va ahora ... —Miró a su hermana con odio—. ¡Y yo me voy con él! —Se liberó y salió corriendo.

Margaux cogió una capa de su armario y corrió tras ella. Contaba con que su hermana dudara unos instantes al no ver a los criados cómplices en la puerta principal, así que se detuvo en la habitación de Anne, a quien ordenó:

—Llama a Bamboula y acudid en nuestra busca en dirección al campamento.

Cuando salió a la calle, comprobó que Suzette, a pesar de la oscuridad, no había dudado en continuar su camino. Corrió tras ella, pero no había forma de acortar la distancia que las separaba.

Por fin, poco antes de llegar al descampado, vacío, Suzette fue reduciendo la velocidad hasta que se detuvo por completo y se dejó caer de rodillas.

Margaux se arrodilló junto a ella y le pasó el brazo por los hombros.

—Es mejor así, aunque ahora no lo comprendas —le dijo con voz muy dulce, si bien se sentía rabiosa contra quien había provocado ese dolor en su hermana pequeña—. Tú no has nacido para ser la mujer de un indio. Sé que algún día te avergonzarás por lo que has estado a punto de hacer, por eso te doy mi palabra de que jamás volveré a mencionar este asunto.

Suzette no dijo nada.

Lloró hasta la extenuación.

Cuando el cielo comenzó a clarear, se dejó guiar por Margaux de nuevo hasta su casa. Tras ellas caminaban en silencio Anne y Bamboula.

En el dormitorio, Margaux la ayudó a desvestirse y ponerse el camisón. Luego la arropó y la besó en la frente.

En un momento de lucidez Suzette pensó que azotaría a Anne por traidora. Y que haría todo lo posible para que su padre vendiera a Bamboula. Que ambos sintieran el dolor de la separación.

Que se fueran al infierno.

Ese en el que ella acababa de entrar.

Nueva Orleans, octubre de 1769

El juicio de los cabecillas de los colonos rebeldes duró dos meses, los mismos que Suzette estuvo enferma.

Empezó con fiebre alta, escalofríos y mucha sudoración. Durante

diez días sobrevoló la casa el fantasma de la muerte del pequeño Thierry y sus padres temieron lo peor, porque el médico no acertaba en el diagnóstico. No era, aunque lo pareciese, ni fiebre amarilla ni terciana maligna; tampoco viruela. Pero peor todavía que estos horrores era no saber qué había sumido a la joven en ese lamentable estado.

Cuando la fiebre remitió y Suzette comenzó a tomar —obligada— algo de alimento, siguió callada y débil durante semanas. Nada le interesaba. Solo quería que la dejasen en paz para poder recorrer mentalmente el camino que transitaba Ishcate: un camino que ella no conocía pero que idealizaba recordando explicaciones de elegantes meandros, misteriosos pantanos, praderas infinitas, plantas y animales salvajes y bosques impenetrables.

Por más que su hermana le hubiese asegurado que Ishcate no quería que ella se fuera con él, se aferraba a la creencia de que él también sufría por la separación; lo imaginaba atormentado. Algún día se encontrarían, y él le explicaría las verdaderas razones de su marcha.

No podía enfrentarse a la idea de haber sido solo un capricho pasajero para él durante su estancia en la ciudad.

Agotando todos los intentos de rescatarla de su apatía, su familia se volcó en mantenerla al día de todo lo que sucedía en la colonia —ahora provincia española— que tenía que ver con los juicios del gobernador O'Reilly, en los que declararon decenas de testigos y se interrogó a los acusados. Los abogados de estos esgrimieron que la ley española no podía juzgarlos porque Ulloa nunca había tomado posesión formal de la colonia, pero el argumento fue rechazado.

Girard fue llamado como testigo.

Recordando la petición de Lafrenière, se limitó a narrar con objetividad su encuentro con D'Arensbourg, el posterior ataque en el almacén y el arresto en su propia casa. Incidió en la confusión que había podido provocar en los sublevados la actitud del gobernador Ulloa y en la pública aceptación mostrada hacia la figura de O'Reilly en representación de la corona española. Salió de la sala con una sensación amarga: era imposible nadar entre dos aguas; sus palabras en poco podían haber beneficiado a Lafrenière, aunque no lo hubiera acusado directamente.

El 24 de octubre el tribunal emitió su veredicto, que colgaron

para que todo el mundo pudiera leerlo:

> De resultas del caso juzgado en Nueva Orleans ante su excelencia don Alejandro O'Reilly contra los principales instigadores de la rebelión que ocurrió en esta provincia resultan las penas que se detallan a continuación:
>
> Condenados a la horca: Nicolas Chauvin de Lafrenière, Jean Payen, Joseph Villeré *(in absentia)* , Pierre Marquis, Pierre Caresse y Joseph Milhet.
>
> Condenados a prisión en el fuerte el Castillo del Morro de La Habana: Masan, diez años; Hardi de Boisblanc, seis años; Petit, de por vida; Poupé, seis años; Milhet (hermano del de arriba), seis años; Doucet, diez años.
>
> Todas las propiedades de los mencionados serán confiscadas.

Satisfecho con el trabajo legal realizado y con la sentencia, O'Reilly ordenó al gobernador francés Aubry que el ahorcamiento se realizara al día siguiente, para terminar cuanto antes con ese asunto y no dejar margen a una posible reacción a la dureza de las condenas.

Aubry, que había cumplido escrupulosamente con las exigencias de su cargo, sintió que sus fuerzas flaqueaban al conocer la sentencia. La ley era la ley, pero Lafrenière era su vecino. Se conocían desde hacía años. Habían discrepado en decenas de reuniones. Le había advertido del lío en el que se metía al enfrentarse al gobierno español. Nada había servido. En unas horas sería ejecutado. Encontró consuelo en el hecho de que lo único que podía hacer ahora por él era evitarle la humillación de ser colgado a la vista de todos.

—Excelencia, ahora mismo no disponemos de verdugo en la ciudad.

El gobernador O'Reilly frunció el ceño. Ese trabajo no lo podía realizar cualquiera y esperar a que llegara alguno de La Habana supondría un retraso no deseado —el trayecto duraba unos veinte días — por cuanto podría dar margen a nuevas revueltas de protesta por la sentencia.

—Serán fusilados, entonces. Mañana. Que se haga público.

Al día siguiente, el 25 de octubre de 1769, pasado el mediodía, las calles se quedaron vacías.

Como todos los vecinos, los Girard cerraron las puertas y las ventanas y esperaron en medio de una calma insoportable a que sonasen los disparos y que terminase esa agonía.

—Pobre Cathy —repetía Margaux—. Ojalá pudiera estar ahora con ella para consolarla.

—Como si pudiera haber consuelo para esto —susurró Blanche—. Perder a su marido y a su padre a la vez...

Suzette miraba a su padre, que caminaba de un lado a otro del

salón. Habían sido días difíciles para él. A pesar de todo lo sucedido, quienes se enfrentaban a un pelotón de fusilamiento español eran compatriotas franceses. Para unos eran traidores; otros preservarían su memoria como héroes. Por un instante la reconfortó no haber añadido más sufrimiento con su huida...

El reloj dio las tres.

Hacía un día espléndido. El sol brillaba con la fuerza justa para calentar el ambiente sin agobiar.

En días así uno se enamoraba más de Nueva Orleans, pensó fugazmente Nicolas Chauvin de Lafrenière en los exteriores del cuartel español. Su yerno sollozaba a su lado. Los otros tres permanecían en silencio. Lafrenière se preguntó si Dios lo juzgaría con tanta dureza como lo habían hecho los hombres. Se le había concedido una vida que había disfrutado. Había tomado las decisiones que su conciencia le había dictado en cada momento. Lo hecho hecho estaba, y no se arrepentía de nada; en todo caso, del sufrimiento ocasionado a su familia. Pero si uno pensase solo en eso, nunca haría nada; se limitaría a ver pasar la vida sentado en un sillón. La vida era acción, hasta el final.

—Carguen... —escuchó que gritaba el oficial a sus soldados—. Apunten...

—¡Fuego! —gritó el mismo Lafrenière.

Tras el último canto del pájaro del reloj en forma de jaula de cobre dorado de los Girard, el voleo de los mosquetes rompió el silencio expectante.

Ya estaba; ya había pasado; ya había terminado, pensó Suzette recordando de repente la muerte de su hermano Thierry, recordando lo que había sufrido tras la marcha de Ishcate. Los cuerpos de los muertos perderían enseguida el color —como también sucedía con el color recordado de los ausentes— y los vivos que los amaron se verían obligados a soportar un lacerante pesar hasta que la densa corriente del tiempo lo arrastrara lejos.

Segunda parte
Curso medio

16

Nueva Orleans, primavera de 1770

Con la ejecución de quienes habían sido miembros influyentes de la comunidad, quedó claro que el nuevo gobierno español no se andaba con chiquitas.

Aliviados por no tener que enfrentarse a la muerte o a prisión, otros potenciales alborotadores aceptaron las órdenes de O'Reilly y se guardaron la rabia en las entrañas. Al anciano D'Arensbourg se le permitió residir en Nueva Orleans, pero a sus hijos los obligó a vender las propiedades y trasladarse al territorio del puesto de Opelousas, a cuarenta y seis leguas al noroeste. A dieciséis comerciantes poderosos, entre ellos Monsanto y sus hermanos, los expulsó, acusándolos de comercio ilegal, aunque todo el mundo coincidió en que no era casual que todos fueran o judíos o protestantes.

Desde finales de noviembre —tan solo un mes después de las ejecuciones—, durante interminables días de nubosidad, viento y lluvia, el gobernador español fue modificando la ley francesa e implantando las nuevas estructuras administrativas españolas. En el que se terminó conociendo como Código O'Reilly estableció disposiciones tan concretas como los nuevos pesos y medidas que se habían de utilizar en los mercados; y el cabildo reemplazó al Consejo Superior de la colonia como el cuerpo de gobernación más alto. En cuanto a los esclavos, en diciembre promulgó un decreto por el que se prohibía el comercio de nativos americanos esclavos. El de los africanos continuaba según lo dispuesto en el Código Negro francés, si bien introdujo una nueva ley de coartación que permitía a los esclavos comprar su libertad y la de otros esclavos. Y las medidas económicas que adoptó mejoraron la situación financiera de la nueva provincia española.

Los criollos tuvieron que admitir que todo parecía funcionar relativamente bien; pero, en voz baja, se referían a O'Reilly como «el

Sanguinario». Resultaba imposible olvidar la actitud despiadada que había mostrado con los criollos rebeldes.

Por eso un alivio generalizado se extendió por la ciudad en la primavera del año siguiente, 1770, cuando Madrid reclamó a O'Reilly para destinarlo a ocupar la costa argelina y conquistar todas las plazas del norte de África. En el mismo barco arribaron las noticias de su relevo y de la muerte del último gobernador francés: monsieur Aubry había perecido en el mes de febrero, en el naufragio del barco en el que viajaba, el Père de Famille , frente a la costa de Burdeos, a pocas horas de volver a pisar su tierra natal.

A Jérôme Girard le costó semanas superar este trágico suceso. Después de tantos quebraderos de cabeza por Luisiana —pensaba—, ahora que su vecino y amigo Charles Philippe Aubry podía descansar antes de asumir un nuevo cargo, puesto que aún no era excesivamente mayor, había fallecido ahogado en el mar. Hubo quien aludió a Lafrenière, como si este hubiera extendido sus tentáculos desde el más allá para vengarse por la labor de Aubry en la rebelión criolla. Girard, hombre realista y práctico, no creía en brujerías, si bien en esta ocasión reconocía que el destino había cerrado con ironía un capítulo de la historia de Luisiana.

Tras la marcha de Alejandro O'Reilly, el cargo de gobernador de Luisiana y presidente del cabildo de Nueva Orleans quedó en manos del coronel del regimiento de La Habana, Luis de Unzaga, a quien Girard había visto de refilón hablando con su secretario, el señor Durán, el día del juramento de fidelidad a España.

Poco a poco se fue instaurando una normalidad en la que el idioma español se abría paso en las conversaciones entre los militares españoles y las jóvenes criollas. Hasta el padre Dagovert introducía expresiones en esta lengua al comienzo y al final de las misas en latín como ejemplo de los esfuerzos de los ciudadanos por asumir que vivían otros tiempos.

Y era precisamente en las celebraciones religiosas donde los oficiales españoles aprovechaban para echar el ojo a las jóvenes casaderas de las mejores familias de la ciudad.

Ni en sueños hubiera podido imaginar la familia Girard que el corazón de Tomás Durán, el hombre más próximo al nuevo gobernador, latiría por Margaux.

Por mucho que se quisiera apuntar algún tanto, Jérôme Girard

achacaba a la fortuna el compromiso de su hija. La reciente obtención de una nueva patente para el negocio de las pieles había sido el resultado de su actitud contraria a la revolución criolla. Su olfato y su decisión política se habían demostrado acertados. Que su hija mayor fuese a ser ahora la esposa del señor Durán se debía al azar, aunque era bien cierto que, de haber seguido él la senda rebelde de Lafrenière, jamás habría surgido la oportunidad...

¡De todas las muchachas de la ciudad, don Tomás Durán había elegido a Margaux!, se repetía, satisfecho. Dio gracias al cielo por la sensatez que había mostrado su primogénita, en quien veía tanto de su propia esposa. ¡Cuánta razón había tenido esta última! Blanche nunca había sido partidaria de un enlace con el joven Étienne Dubois. Qué gran error habría sido que su hija se hubiera casado en esas tierras de los salvajes. En cambio, gozaría ahora de una vida envidiable.

Suzette no era tan optimista. Recordaba los tiempos en que su hermana aseguraba que nunca se casaría con un hombre mayor. Sin embargo, ahora estaba encantada con la propuesta del señor Durán.

—Es diez años más viejo que padre, Margaux —le dijo una noche de mayo cuando se preparaban para dormir. Desde la marcha de Ishcate hacía nueve meses no habían conversado con la confianza de antaño—. ¡Durán tiene cincuenta y tres años, y tú dieciocho!

—Esos matrimonios suelen funcionar bien —argumentó Margaux —. Los hombres como el señor Durán tienen experiencia y bienes. Se aseguran de que nada les falte a sus esposas y a sus hijos.

Suzette visualizó el aspecto del prometido de su hermana. Era moreno de cabello y piel. En su rostro estrecho y alargado resaltaban una nariz afilada, unos labios gruesos, y un hoyuelo en la barbilla. A primera vista el conjunto producía una impresión extraña, aunque enseguida —y sobre todo al escucharlo mientras hablaba— resultaba agradable. No obstante, imaginarlo besando a Margaux le produjo un escalofrío.

—¿Serás capaz de...? —Antes de terminar la pregunta, prefirió reformularla—: ¿Estás segura de que no echarás de menos a alguien como Étienne? Me refiero a la intimidad del matrimonio.

Margaux soltó una risita nerviosa.

—¡Qué sabrás tú de eso! A no ser que... —No continuó la frase. Imaginarse a su hermana en brazos de aquel indio le producía rechazo. Además, pensaba guardar la promesa que le hizo de no

mencionar el tema. También ella recondujo la conversación—: El señor Durán es un caballero.

—¿Tú te escuchas? ¡Ni siquiera lo llamas por su nombre! —Suzette se dejó caer de espaldas en la cama y se tapó los ojos con las manos.

—No veo en qué cambia eso.

—¿Te ha besado? —La miró entre los dedos.

—Sí.

—¿Te gustó?

Margaux tardó unos segundos en responder.

—Sabe lo que hace. No pienso decir nada más. Y espero que no seas tan preguntona con Louise.

Louise Le Sénéchal se había prometido con Francisco Bouligny, teniente de infantería. Suzette resopló, con ganas de presentar batalla.

—Él es trece años mayor que ella, no treinta y cinco como en vuestro caso. La diferencia de edad no es tan evidente.

—No se puede tener todo, Suzette. Aquellos que me criticaron por romper el compromiso con Étienne y me borraron de su lista de baile se acercarán a mí para pedir favores. —No había olvidado la humillación que le había provocado que Belmont invitara a bailar a Suzette. Quienes pensaban que la hermana mayor se había quedado sin opciones de conseguir un buen matrimonio se llevarían ahora una sorpresa—. Hay que aprovechar las oportunidades cuando llegan. Este enlace es bueno para mí y para nuestra familia. También para ti.

Suzette guardó silencio. Había ambición en la decisión de su hermana. Pensó en decirle: «Yo solo me casaré por amor», pero se mordió la lengua. Ella no era la más indicada para dar lecciones. Dudaba que pudiera sentir por nadie lo que había sentido —lo que aún sentía— por Ishcate. Si solo el amor guiara sus pasos, organizaría otra fuga y buscaría el medio para encontrarlo. Pero no lo haría. Ni era tan valiente ni tenía la certeza de que él deseara verla. Al final, una cosa era el pálpito desbocado del corazón y otra la realidad.

Y en la realidad que ella conocía, los hombres como Lafrenière morían ejecutados por seguir el dictamen de sus sentimientos. Y las mujeres que no lograban un buen matrimonio envejecían corroídas por el resentimiento.

—Solo quiero que seas feliz —susurró Suzette deslizándose entre las sábanas—. Me sentiré muy sola en esta habitación cuando te

vayas.

Le costaba sentir rencor hacia Margaux. Se había desvivido por ella desde la marcha de Ishcate, como una buena hermana mayor.

Estiró el brazo hacia la cama de su hermana. Margaux hizo lo mismo en dirección contraria y las manos de ambas se entrelazaron en la oscuridad.

—Seguro que es por poco tiempo —dijo Margaux con la voz quebrada—. Después de una temporada mala llegan las cosas buenas, una tras otra. Y ahora tienes a otra hermanita a la que cuidar...

Blanche había dado a luz en enero a su octavo hijo: una niña a la que llamaron Géraldine.

—Es verdad —admitió Suzette—, pero entre nosotras ya nada será lo mismo.

17

Nueva Orleans, junio de 1770

Si la boda entre Louise Le Sénéchal y el teniente español Francisco Bouligny fue un acontecimiento importante, la de Margaux y Tomás Durán tardaría en dejar de acaparar el tiempo de las tertulias. Después de años de tensiones, problemas económicos, climatología adversa, malas cosechas e incertidumbre sobre el futuro español de la colonia, el enlace entre una criolla francesa y el alto cargo español aunó en un ambiente festivo a las partes antes enfrentadas.

Cientos de personas que no querían perderse el acontecimiento llenaron las calles largas, rectas y polvorientas, desde las manzanas más humildes donde aún quedaban antiguas casas de tablas de ciprés y techumbres de hojas de palma hasta las más modernas de edificios encalados, tejados recubiertos de tejas recortadas en forma de pizarras y elegantes galerías. El despliegue de hermosos vestidos, joyas y uniformes logró el efecto deseado de recuperar la imagen más sofisticada de la ciudad y transmitir optimismo por el futuro. Durante la rebelión de los criollos, las familias acaudaladas y las de los hacendados se habían recluido en sus propiedades. Al retomar la vida social alegraban el bolsillo de los sastres, vendedores del mercado, cocineros y panaderos como René Dubois, que tras salir de Saint Louis con el rabo entre las piernas había regresado a Nueva Orleans aún más furioso y resuelto a recuperar a una mujer a quien desde luego no amaba pero que consideraba suya por derecho.

Acompañada de su amiga Marie de la Ronde, en la boda de su hermana, Suzette habló y bailó hasta sentirse exhausta. Como la ciudad, disfrutó de sentirse viva después de tanto tiempo de tristeza.

Igual los más mayores tenían razón: el tiempo lo curaba todo.

De entre los invitados a los que fue presentada, se entretuvo más con dos jóvenes matrimonios conocidos de Belmont: el formado por el moreno capitán español Fernando de Leyba y María Concepción César,

y el del pelirrojo comerciante irlandés de la colonia británica de Pensilvania Oliver Pollock, casado con Margaret O'Brien. Ambos hombres tenían poco más de treinta años y habían llegado a Nueva Orleans con el teniente general O'Reilly, el primero como militar y el segundo como comerciante, pues había sido representante en La Habana durante años de una firma de Filadelfia.

Suzette sabía que a Girard no le había gustado ver a Pollock, por quien sentía envidia, en la lista de invitados. El año anterior, para paliar la escasez de harina y la amenaza de hambruna, el irlandés había vendido todo el cargamento de su barco, el Royal Charlotte, a mitad de precio. Como muestra de gratitud, O'Reilly le había concedido el derecho de comerciar libremente en todo el territorio y una casa mercantil en la ciudad para operar entre la Luisiana española y la Florida Occidental británica. Sus negocios estaban prosperando a toda velocidad gracias al suministro de harina y víveres a las tropas españolas. A Girard le reconcomía que el gobernador español tolerara a los comerciantes ingleses para que la economía siguiera en funcionamiento y que nadie pareciera acordarse de que él había hecho algo similar con la harina en tiempos del gobernador D'Abbadie.

Ella, no obstante, se propuso mostrarse educada.

La esposa de Leyba estaba preocupada por el nuevo emplazamiento al que habían destinado a su marido: el puesto de Arkansas; justo donde se asentaba la tribu de Sarazen, recordó Suzette en silencio.

—Tenemos dos hijas pequeñas —explicó—, y no sé si será un lugar seguro para ellas, con tanto indio cerca.

—Los quapaw son pacíficos —aseguró Leyba—. Fueron leales a los franceses y me encargaré de que siga siendo así con nosotros.

—Entonces le aconsejo que parta de aquí con un buen cargamento de regalos —intervino Suzette—. En su última visita no pudieron hablar con el gobernador. El jefe Cazenonpoint esperaba más de los gobernadores Ulloa y O'Reilly para forjar nuevas alianzas, alguna ceremonia oficial, alguna fiesta, intercambio de regalos, alguna invitación para bajar a Nueva Orleans... Hay que comprender que ahora no reciben nada de los franceses que se van ni de los españoles que llegan. Existe el riesgo de que busquen en los ingleses lo que no encuentran en los demás. Espero que el gobernador Unzaga actúe con sensatez.

Un silencio de asombro y sorpresa siguió a sus palabras y Suzette sintió que se ruborizaba, aunque estaba segura de que no había dicho nada inapropiado.

Margaret se dirigió a su marido, el comerciante inglés:

—Oliver, como puedes comprobar, no soy la única a la que le interesan los asuntos políticos. —Su comentario arrancó sonrisas en el grupo. La mujer miró a Suzette—. Lo extraño es que le gusten a alguien tan joven como usted, mademoiselle.

—Es que Suzette tiene amigos indios —intervino de pronto Marie de la Ronde—. Por eso está tan bien informada.

Suzette le lanzó una mirada recriminatoria, por indiscreta.

—¿Es posible entablar amistad con los salvajes? —preguntó un tanto escandalizada María Concepción.

Sarazen no era un salvaje, pensó Suzette. Ishcate no era un salvaje. Marie podría haberse evitado el comentario, propio de una niña de doce años que pretendía hacerse la mayor en una conversación de adultos o que había probado una copita de champán a escondidas. Ahora todos la miraban esperando una respuesta. Incluido Belmont, que parecía divertido con la situación.

—A principios de siglo, el ochenta por ciento de los bautizados en el lugar de Kaskaskia, en el país de los illinois, eran de padre francés y madre india —dijo al fin—. Yo diría que algo más que amistad ha sido posible entre unos y otros. No son tan diferentes a nosotros.

Belmont la tomó del brazo.

—Creo que tus padres reclaman tu atención. —Hizo una leve inclinación de cabeza a los demás—. Si nos disculpan un momento...

Suzette comprendió que la estaba salvando de una nueva situación incómoda.

—Me sé defender sola, gracias —le susurró mientras se desplazaban por la gran sala de la casa de sus padres.

Él le sonrió.

—No tengo la menor duda. Pero no quiero que ningún recuerdo triste empañe este día de alegría.

Suzette dudó si el joven se refería a Ishcate. ¿Cómo iba a saber él nada? Su secreto no había trascendido. Margaux, Anne y Bamboula lo habían guardado, la primera, por proteger el buen nombre de la familia; los segundos, por miedo. Si de algún modo Belmont lo había

sospechado o deducido, o si su hermana Jeanne alguna vez le había hablado de Ishcate, su comportamiento no podía ser más noble al respetar, sin recriminaciones, sus sentimientos. No obstante, ella tampoco hablaría con él de ese asunto, de modo que cargó contra los recién llegados:

—Detesto a estos extranjeros soberbios que creen que lo saben todo sobre nuestra tierra y no saben nada.

—Tendrás que esforzarte por soportarlos. Uno de ellos es ahora tu cuñado.

Suzette soltó un resoplido.

—Mi familia está encantada con este enlace, pero a mí me cuesta ver a mi hermana con un hombre tan mayor.

Belmont le apretó la mano para advertirle de que los recién casados estaban a menos de un par de pasos.

—¿Lo estás pasando bien? —le preguntó Margaux, que irradiaba felicidad y satisfacción.

—Oh, sí —respondió Suzette—. No puedo recordar los nombres de toda la gente con la que he hablado.

Tomás Durán sonrió.

—Resulta incómodo cuando los vuelves a encontrar, te saludan como si te conocieran de toda la vida y tú no tienes muy claro quiénes son... —dijo en tono bromista.

Suzette reconoció que su cuñado de facciones afiladas siempre tenía un comentario amable hacia ella. Tal vez fuera un buen hombre, y su hermana, al fin y al cabo, disfrutara de un feliz matrimonio. Y si en general tanto él como el nuevo gobernador, Luis de Unzaga, caían bien a su familia y a los otros criollos, por algo sería. Desde luego en la colonia se respiraba otro ambiente. A ello había contribuido el gesto del gobernador de liberar a los líderes de la revolución que aún permanecían presos en el fuerte el Castillo del Morro de La Habana tras la marcha de O'Reilly.

Entonces se les acercó el teniente Bouligny, con una sonrisa tensa en su rostro blando y redondeado. Había ganado peso desde su boda con Louise.

—Disculpe que lo moleste, pero han llegado noticias que creo que debe transmitir a su excelencia. No es el momento, pero considero que es muy importante.

Durán se excusó ante las damas y se apartó para escuchar a

Bouligny. Al poco volvió junto al grupo de su esposa, al que ahora se había sumado el matrimonio Girard.

—En el mes de marzo soldados ingleses dispararon en Boston a una turba de colonos norteamericanos que los amenazaban con piedras —los informó—. Los soldados respondían a las provocaciones, pero parece ser que su uso de la fuerza fue desmedido. Murieron cinco personas.

Se sucedieron los comentarios consternados. Suzette no pudo evitar acordarse de Lafrenière y los otros cuatro criollos ejecutados en otoño por O'Reilly.

—Creía que en las colonias británicas no había conflictos contra sus dirigentes...

—Oh, pero Boston está lejos y eso que dices sucedió hace meses —dijo Margaux—. ¿De veras esa información no podía esperar? No deseo preocupaciones en el día de nuestra boda.

—El juicio contra los soldados es mucho más reciente y no los ha dejado satisfechos: en su mayoría han sido absueltos. Por parte de los colonos se habla ya de la «Masacre de Boston». Esto quiere decir que algo se está moviendo por ahí y a alguien le interesa aprovechar el incidente. —Durán miró a su esposa con cariño—. Como bien dices, nada que no pueda esperar a mañana. ¿Me concedes un baile antes de marcharme en busca del gobernador?

Cuando se alejaron, Blanche le preguntó a su marido:

—¿Y ese ceño fruncido?

—Sé por otros comerciantes que hay descontento en las colonias británicas del este.

—¿Por qué razón? Los colonos norteamericanos lucharon del lado inglés en la última guerra contra franceses y españoles. Ganaron ellos. Tienen más territorio. Gran Bretaña controla las principales rutas oceánicas, con lo cual las colonias disfrutan de buen comercio. Y tampoco hay ningún Pontiac que ataque ahora a los ingleses en el Illinois.

—Como siempre, todo tiene que ver con el dinero —respondió Girard—. Tras la guerra, Gran Bretaña cedió a los nativos el territorio al oeste de los Apalaches, impidiendo nuevos asentamientos europeos, pero las compañías del Ohio y de la tierra del Misisipi, propiedad de colonos americanos, quieren ampliar sus inversiones precisamente allí. Por otra parte, aumentan las quejas contra las subidas de impuestos

ordenadas desde Gran Bretaña para pagar las deudas contraídas durante la guerra y para sufragar el coste de los soldados británicos en tierras americanas. Los americanos argumentan que, como no tienen representación en un parlamento que está tan lejos, este no tiene derecho a imponerles impuestos. En pocas palabras, mucho me temo que este es solo el principio de más revueltas.

—Pero eso no nos puede afectar, ¿verdad? —quiso saber Suzette, temerosa de que la violencia regresara a su entorno después de lo vivido en el traspaso de la colonia a los españoles.

Girard dudó unos instantes antes de responder:

—Si dos de tus vecinos discuten, tarde o temprano surgirá algo que te obligue a tomar partido por uno u otro. Quieras o no, te verás involucrado en el conflicto.

—Confiemos en que la cosa no pase a mayores —intervino Belmont—. Hoy es un día de celebración. —Mirando a Suzette, hizo un gesto con la cabeza para señalar el centro de la sala, ocupado por parejas de baile—. ¿Bailamos?

Suzette aceptó la invitación, aunque estaba cansada y notaba oscuros nubarrones sombreando sus pensamientos. ¿Por qué no se podía vivir en paz? En todas partes había quejas y protestas. Todas las conversaciones desde que tenía uso de razón giraban en torno a cuestiones políticas y a conflictos surgidos del descontento. Las palabras *paz* y *guerra* aparecían siempre juntas en la misma frase. La primera solo se conseguía tras la segunda; no obstante, una vez lograda, volvían a cargarse los cañones con la excusa de mantenerla.

—Me alegra que se haya borrado la preocupación de tu rostro —dijo Belmont al cabo de un rato—. A pesar de los temores de tu padre, yo creo que ahora tocan buenos momentos para Luisiana, Nueva Orleans y nuestras familias. Espero que la alegría de hoy se extienda hacia un futuro próximo. Y nada me haría más feliz que anunciar nuestro compromiso.

Suzette parpadeó sorprendida. La música se detuvo en ese instante y se retiraron a un lado.

—Quizá no haya escogido la mejor ocasión para declararme, pero si me rechazas, me resultará menos violento que estando a solas contigo —añadió él al ver que ella no comentaba nada. La miró a los ojos y le tomó las manos—. Desde hace tiempo sé que eres la elegida de mi corazón para ser mi esposa, para formar una familia, para

envejecer juntos, aquí en Nueva Orleans.

Suzette se ruborizó. Conocía a Belmont desde siempre y sabía que era tímido para hablar de sus sentimientos. En el atractivo rostro del joven había ahora ilusión y expectación y los labios apretados indicaban cierto nerviosismo. Tenía que responderle algo. Una proposición tan directa requería una respuesta clara. Su enlace con Belmont no sorprendería a nadie: hasta en su casa bromeaban cuando el joven, cumpliendo los formalismos, pedía permiso a Girard para dar un paseo con Suzette, como si existiera la menor posibilidad de que no se lo concediera. Ella quería a Belmont, pero la herida abierta en su corazón por Ishcate no había cicatrizado del todo. Al lado de él había conocido un amor que quemaba, que —como un torrente impetuoso— arrasaba las orillas de su raciocinio; junto al firme y leal Belmont imaginaba días luminosos y riachuelos que fluían con alborozo. Le resultaría deshonesto acceder al matrimonio con alguien tan íntegro como él mientras le quedase una pequeña duda.

También ella lo miró de frente y apretó sus manos. Eran suaves y cálidas.

—Si estuviéramos a solas, desearía que me besaras.

Encontraría la respuesta a sus dudas en el beso. Un beso que le hiciera olvidar aquellos compartidos con Ishcate; un beso que la convenciera de que podría ser feliz con Belmont, feliz con ese joven al que se había sentido ligada y atraída de niña; un sencillo contacto físico que engatusara a ese vozarrón interior para que la dejara vivir, si no plenamente feliz, al menos en una serena alegría.

Aquella noche a Suzette le resultó imposible conciliar el sueño. Hacía calor, el día había sido largo y excitante y, por primera vez en su vida, dormía sola en la habitación que había compartido con su hermana Margaux.

Tras dar muchas vueltas en la cama, decidió ir a buscar a Anne. A alguien le tenía que contar la proposición de Belmont y nadie la conocía tan bien como su doncella. Hacía tiempo que la había perdonado, tanto a ella como a Bamboula, por su traición al confesar a su hermana sus planes de fugarse con Ishcate. Había comprendido finalmente que habían actuado así bajo la amenaza de Margaux de vender a Bamboula y separarlos. Además, una vez recuperada la lucidez, se había dado cuenta de que le costaría mucho vivir sin su Anne, su apoyo y confidente.

Se disponía a llamar a la puerta del dormitorio de Anne cuando oyó unos sollozos y una voz de hombre.

Sin dudar, abrió la puerta de golpe y descubrió a Bamboula y Anne sentados en la cama con las manos entrelazadas.

—¡No puedes estar aquí, Bamboula!

Anne se puso en pie mientras se secaba las lágrimas.

—Ya se marcha.

—No antes de que me digáis qué sucede —exigió Suzette.

Anne miró a Bamboula, que le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Estoy embarazada —confesó la doncella.

Suzette recibió la noticia con sorpresa y alivio: el asunto no era tan grave.

—¡Pero entonces tendréis que casaros enseguida!

—¿No está usted enfadada?

—Lo que me enfadaría mucho es que el niño fuera un bastardo —miró a Bamboula—, pero confío en que el padre no saldrá huyendo, ¿verdad? —No esperó una respuesta—. Tenemos que ponernos manos a la obra. Y ni una palabra a nadie sobre el embarazo.

Primero su hermana, luego la propuesta de Belmont, ahora su doncella: estaba claro que esa había sido la noche de los compromisos.

A los Girard no los cogió por sorpresa el anuncio del enlace, porque desde el mismo día que Anne y Bamboula habían llegado a la casa, comprados ambos en la misma subasta, habían sido inseparables. Más de una tarde los habían visto juntos: él tocando esa melodía suya que a Suzette siempre le sonaba triste; ella sentada cerca, sin mirarlo directamente, pero conectados con ese hilo invisible hecho de notas de flauta.

Suzette tomó las riendas de los preparativos de la boda. Se casarían en la iglesia, como Dios mandaba, aunque luego celebrasen alguno de esos rituales africanos con los demás esclavos. Arreglarían un vestido de Blanche para Anne y una casaca de Girard para Bamboula. Comerían en el jardín el mejor gumbo de marisco que preparaba la cocinera de la casa. Y después vivirían en una de las cabañas de los esclavos.

Anne, que no tenía familia, agradeció a Suzette su implicación para que el día de su boda fuera inolvidable.

—Me has servido bien todos estos años —le dijo ella—. Lo único

que me preocupa es que no podré renunciar a ti cuando me case. No soportaría a otra tocando mis cosas.

—Entonces acepte la proposición de monsieur Fournier y así seguirá viviendo en Nueva Orleans. Yo podría pasar el día con usted y regresar por la noche con Bamboula, a no ser que monsieur Fournier decidiera comprarlo, claro...

—Siempre y cuando mi padre quisiera venderlo, lo cual veo muy difícil. ¿Y el niño?

—Alguna de las viejas esclavas cuidará de él. Los niños crecen rápido. Podría trabajar para usted.

—Lo tienes todo pensado. —Suzette sonrió. Por lo visto, no era la única que le daba vueltas a su futuro.

El día de la boda de Anne y Bamboula, a la que solo asistió Suzette como representante de la familia Girard, transcurrió como estaba previsto, salvo por una minucia: Bamboula estaba más serio de lo normal.

Suzette lo atribuyó a la emoción de la celebración.

Sin embargo, meses más tarde, cuando a principios del nuevo año de 1771 Anne dio a luz a un niño al que llamó Demba y Bamboula desapareció de la noche a la mañana, Suzette recordó ese detalle, señal de que el silencioso Bamboula llevaba tiempo maquinando algo.

Ni su esposa ni su hijo lo habían hecho cambiar de opinión.

¿Qué podía haber más importante para un hombre que su propia familia?

Suzette ignoraba entonces que Anne tenía la respuesta a esa dolorosa pregunta.

Kappa, aldea quapaw, cerca del puesto de Arkansas, abril de 1771

Ishcate pensó que cada vez se parecía más a un *kwaahkwaanshia* —un saltamontes—, como el que llevaba tatuado en el antebrazo: vivía dando saltos de fe, seguía adelante sin saber el resultado y cambiaba de dirección cuando era necesario.

Desde que salió de Nueva Orleans sin despedirse de Suzette, tan pronto estaba en el puesto de Arkansas como en Kaskaskia. Su destino dependía de la actitud de los indios sioux, cherokee, sauk, fox, ottawa, chippewa y potawatomi, empeñados en hacerles la vida imposible a los del Illinois tras el asesinato de Pontiac, contando a su favor con

que en el fuerte de Chartres el destacamento era cada vez más pequeño: unos veinticinco hombres bajo el mando de un oficial inglés.

Los jefes de su pueblo medían sus fuerzas: si se enteraban por algún espía de que podían hacer frente a un ataque, luchaban; si se preveía que el adversario era muy superior en número de guerreros, se trasladaban cerca de Saint Louis o incluso algunos, como él, más abajo, al puesto de Arkansas, donde al menos disfrutaba de la amistad de Sarazen y de la hospitalidad de los quapaw.

Su vida desde hacía año y medio se había volcado en su deber para con los suyos, siempre con un ojo atento a la espalda, y con algún intervalo placentero de caza y alguna noche esporádica de sosiego mirando a las estrellas y disfrutando de los sonidos de la desbordante naturaleza. También había gozado de alguna noche de pasión con alguna hermosa joven. Aunque seguía recordando a Suzette, había recobrado la alegría de las cosas sencillas, y más de una vez se había sorprendido al descubrirse sonriendo al ver a lo lejos la carrera tambaleante de un niño, o los esfuerzos de algún potrillo por mantener el equilibrio. La vida empezaba una y otra vez y él quería sumarse a su irresistible propuesta. Prueba de ello era que miraba a las amigas de Mikakh, la prometida de Sarazen, con nuevos ojos. Tal vez entre ellas se encontrara su futura esposa.

Ahora se hallaba de nuevo en el poblado de Sarazen, donde el jefe Cazenonpoint atendía la visita del nuevo comandante del puesto, el capitán español Fernando de Leyba, un hombre de treinta y siete años, delgado, de cabello y ojos oscuros, que, por nerviosismo o miedo, mantenía los finos labios apretados en actitud tensa.

Sarazen hacía de traductor del jefe indio.

El desconfiado capitán blanco, que hablaba francés, empleaba los servicios de un soldado francés que había vivido años con los quapaw.

Cazenonpoint, que parecía el doble de grande que el español, se mostraba expectante. Confiaba en que esa ceremonia lo resarciera por no haber sido recibido por el anterior gobernador español.

Como estaba previsto, se procedió al intercambio de medallas como símbolo de la nueva alianza entre los quapaw y los españoles. Cazenonpoint le entregó a Leyba la francesa que había obrado en su poder por su lealtad a los franceses, y Leyba le entregó una española.

El jefe quapaw analizó con detenimiento la medalla recibida. Era de plata, pero pequeña. En el anverso aparecía el busto de un hombre

de perfil con el cabello corto y una corona de hojas de laurel. Había unas letras que no comprendió. En el reverso, dos palabras más rodeadas de una guirnalda de laurel.

—La imagen es de nuestro rey, Carlos III —explicó Leyba—. Está escrito que es rey de España y de las Indias. En el reverso pone «Al mérito». Quiere decir que es una medalla especial que solo se otorga a personas de gran consideración.

—Es más pequeña que la francesa —protestó Cazenonpoint—. Comprendo entonces que para los españoles yo soy menos. Esperaba que me trajeras una medalla más grande que la anterior.

Leyba hizo esfuerzos para controlar su irritación.

—Lo que importa es el valor simbólico de la unión entre nuestras naciones, no el tamaño de una simple medalla.

Un guerrero se acercó a Cazenonpoint y le susurró algo al oído. El jefe frunció el ceño y elevó el tono de voz al dirigirse de nuevo al capitán:

—Las armas que nos has traído son de mala calidad. Están húmedas y oxidadas.

—Es por el largo viaje a través del Atlántico —se excusó Leyba—. Se secarán y las puliremos.

—Las queremos nuevas —insistió Cazenonpoint.

—En el presupuesto que tengo asignado se contemplan regalos anuales, pero no gastos extraordinarios —explicó Leyba consciente de que el sudor en su frente era bien visible.

—El rey es rico. Siempre habláis de la riqueza y del tamaño de su imperio. Pero sus medallas son pequeñas y sus regalos, defectuosos. Devuélveme mi medalla francesa. —Le tendió la mano y Leyba no tuvo más remedio que obedecer. El jefe indio negó con la cabeza—: Me temo que los quapaw y los españoles no nos vamos a entender. Y cuando no hay entendimiento... —Cazenonpoint apoyó la mano derecha en el gran cuchillo de su cinturón.

El cerebro de Leyba iba deprisa. Calculó que allí había más de trescientos quapaw con la misma cara de pocos amigos que el jefe. Tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no pasarse el dedo índice por el interior del corbatín blanco con encajes que llevaba anudado al cuello y aflojarlo un poco. No podía mostrarse vulnerable, pero sí comprensivo.

—Tienes mi palabra de que traeré nuevas medallas y buenas

armas para los jefes de los poblados de Kappa, Ossoteoue, Touriman y Tonginga —aseguró con tono firme—. Y como muestra de mi buena voluntad, os invito mañana a comer a todos.

Necesitaría una vaca, un barril de casi trescientas libras de harina y unas sesenta botellas de brandy para saciar a tantos, pensó Leyba. Una fortuna. Pero acababa de llegar con su mujer y sus hijas pequeñas a un territorio salvaje. La seguridad de su familia dependía de la respuesta de ese jefe. Mientras veía con alivio cómo se abría la sonrisa en el rostro de Cazenonpoint, se dijo que ya encontraría el modo de cumplir esa promesa.

Al día siguiente Ishcate aprovechó la comida para acercarse a Leyba. Sentía pena por el hombre. Desde el primer momento había apreciado su esfuerzo por hacer bien su trabajo, que consistía básicamente en contentar a la tribu quapaw en aras de preservar la paz; pero Cazenonpoint era obstinado y quisquilloso. Se presentó como hijo del jefe kaskaskia y amigo de la familia Girard.

Leyba no pudo ocultar su sorpresa, pero recordó la conversación con la joven Suzette en la boda de su hermana y, por cómo hablaba el indio de los diferentes miembros de la familia, dedujo que era verdad, si bien le pareció que la palabra *amistad* era un tanto excesiva.

—Si me permites un consejo —le dijo Ishcate—, no muestres nerviosismo ni desconfianza ante Cazenonpoint. Un jefe siempre espera de otro jefe que esté a su altura, aunque sea enemigo.

A Leyba le irritó su osadía, pero con una leve inclinación de cabeza simuló que agradecía las palabras de Ishcate. Su conocimiento de las relaciones entre indios y europeos podría resultarle útil algún día, pensó. En un naufragio, hasta la tabla más pequeña podía suponer la salvación.

18

Nueva Orleans, abril de 1772

Otra boda, pensó Girard durante la comida en la plantación de los Fournier para organizar el enlace entre Suzette y Belmont.

Otro gasto imprevisto en una época de escaso efectivo.

En realidad, en el caso de Margaux, debería decir que había sido una buena inversión —ser el suegro de la mano derecha del gobernador no podía reportarle sino beneficios, como la consecución de otra patente en el comercio de pieles—. No obstante, se necesitaba tiempo para percibir las ganancias de cada nuevo negocio y, mientras tanto, los gastos diarios eran los mismos.

En pocas palabras: necesitaba dinero contante y sonante para mantener el nivel de vida de su familia y hacer frente a la boda de Suzette.

Había contado con el primer pago de Leroux por la compra de un cuarto de los bienes comunes de la disuelta compañía Girard y Leroux, que debería haberse formalizado el año anterior, pero el dinero no había llegado. En su lugar, había recibido una carta de su amigo —ojalá pudiera seguir empleando ese término en adelante— pidiéndole más tiempo, con las consabidas excusas: no había podido reunir la cantidad acordada, se había endeudado para pagar la compra y para extender sus negocios, etcétera. La palabra dada y firmada era sagrada para Girard. No se debía apelar a la amistad en cuestiones económicas, pues se corría el doble riesgo de perder el dinero y al amigo. Rezaba por que realmente fuera un retraso puntual y nunca tuviera que verse en la obligación de ejecutar la hipoteca sobre los edificios y tierras que Leroux todavía conservaba en Nueva Orleans.

Los invitados ese día de abril en casa de los Fournier eran las familias Girard, Durán y Bouligny. El tema de conversación era exclusivamente el de la boda, que se celebraría en un par de semanas. Como contaban con la experiencia de los recientes enlaces de Margaux

y Tomás Durán y Louise y Francisco Bouligny, todo parecía estar bajo control.

—Padre —Suzette reclamó su atención con un gesto—, un panadero ha denunciado a René Dubois por hacer circular el rumor de que ponía veneno en los pasteles. Quizá sería mejor no encargar nada a ninguno de los dos.

—Dubois es un sinvergüenza y un envidioso. Ya le gustaría a él tener la clientela de otros. No le iría mal una temporada en la cárcel. Y no vamos a quedar mal con ningún panadero por una difamación infundada. ¿Alguna duda más?

Todos sonrieron. A Girard solo le interesaba hablar de política o negocios.

En ese instante un criado se acercó hasta Francisco Bouligny con una bandeja en la que había una nota. El oficial español la abrió y la leyó en silencio.

—Vaya por Dios.

—¿Qué sucede? —preguntó Durán.

—El jefe Cazenonpoint ha acampado a las afueras de la ciudad. Solicita hablar con usted y con el gobernador Unzaga.

Suzette prestó atención. Sarazen solía acompañar al jefe quapaw, y pensar en Sarazen inevitablemente conducía a pensar en Ishcate. Sintió una punzada en el estómago, el pellizco del deseo. ¿Y si hubiera bajado de nuevo a la ciudad? En ese caso, ella no haría nada por verlo. La oportunidad de huir con él pertenecía al pasado. Él había dejado claro que le importaba más su estilo de vida errante que trabajar para labrar un futuro juntos. En el fondo tenía que reconocer que le había hecho un favor. Su boda con Belmont sería preciosa, y su vida con él, cómoda. Su futuro marido era un hombre joven, sensato, educado, divertido, cariñoso y generoso. Y muy atractivo también, de un modo distinto al del kaskaskia, menos salvaje. Coincidirían en cómo educar a sus hijos, preservando las costumbres criollas.

Desde luego, había salido ganando con el abandono de Ishcate.

—Es tenaz este hombre —comentó Girard—. ¿Y qué pide ahora? ¿Más de lo mismo?

—El capitán Leyba no se entiende con él —explicó Durán—. En teoría, los quapaw han fomentado la alianza entre nosotros y los chickasaw, que también han aceptado la bandera y las medallas españolas. Pero en la práctica, los chickasaw han mantenido contactos

con los ingleses de Florida en Mobila y Pensacola.

—Los ingleses encargados de los asuntos indios para el Misisipi son hábiles —intervino Bouligny—. No paran de darles regalos para dejar en evidencia que los españoles no hemos sustituido con éxito a los franceses.

El comentario molestó a Durán, que chasqueó los labios.

—Para persuadir a los indios de que los españoles sabemos qué les conviene, deberían bastar las palabras amables. Como dice el gobernador Unzaga, las alianzas basadas en regalos se convierten en un continuo chantaje.

Girard tenía a su yerno por un hombre moderado y conciliador. No obstante, en este asunto estaba convencido de que se equivocaba.

—Las palabras amables solo funcionan con los indios si además van acompañadas de regalos.

—Caballeros —intervino entonces la madre de Belmont—, sugiero dejar estos asuntos para más adelante. El motivo de esta reunión tiene que ver con las últimas disposiciones para el enlace de estos jóvenes.

—Tienes razón, Catherine —dijo Blanche—. Creo que solo nos falta repasar el documento de las aportaciones que firmaremos ante el notario con los señores aquí presentes como testigos.

Catherine asintió.

—El novio aporta el patrimonio de la herencia Fournier, al ser el primogénito y heredero. Establece un acuerdo de cinco mil libras francesas para la novia desde el mismo día de la boda y una aportación en caso de fallecimiento, Dios no lo quiera, de tres mil libras a cobrar en dinero o muebles, a elegir.

—Por su parte —dijo Blanche—, la novia aporta una criada mulata de un valor de ochocientas libras, un carruaje y tres caballos valorados en mil doscientas libras, dos mil libras en vestidos y joyas y una parte de la futura herencia de su padre y de su madre.

—Estamos de acuerdo —asintió Catherine.

Suzette pensó entonces que, en efecto, su padre tenía razón. Las alianzas se forjaban con buenas palabras y mejores regalos.

Como Cazenonpoint sabía que Sarazen e Ishcate conocían a la esposa de Tomás Durán, mano derecha del gobernador, consideró útil que ambos lo acompañaran a la reunión en la que, además, harían la labor de traductores, como siempre. El señor Unzaga había accedido a

recibirlos a la primera petición, lo cual ya era una buena señal.

Una vez en su despacho, Cazenonpoint repitió las mismas palabras de deseo de buena relación entre ambas naciones que había elevado ante Fernando de Leyba un año atrás. El gobernador, un hombre delgado, de cabello moreno y expresión seria, acompañado entre otros de Durán y Girard, las aceptó y compartió. Seguidamente, el jefe indio formuló dos peticiones concretas:

—Queremos pólvora, balas y seis pesos por cada cabellera osage que te traigamos. Los osage ocupan nuestros terrenos de caza y asesinan a *voyageurs* y tramperos. Queremos vengar sus muertes. El gobierno español prohíbe que se nos vendan armas y los osage las consiguen de los contrabandistas franceses del Illinois británico. También queremos que cambies al comandante del puesto. El comandante Leyba no nos entiende.

Durán miró a su suegro, evocando su consejo de sumar regalos a las buenas palabras. Iba en contra de sus principios, pero a veces había que ceder. Hizo un leve gesto al gobernador Unzaga, que comprendió cuál debía ser la respuesta:

—Accedo a la primera petición, Cazenonpoint. A la segunda, no. Creo que un año no basta: Leyba necesita más tiempo para conoceros mejor.

Cazenonpoint aceptó. Como buen negociador, sabía que había que pedir mucho para conseguir algo. Estrechó la mano del gobernador.

—Nuestro corazón sufrió al saber que los españoles reemplazabais a los franceses. Nos alegrará que elijas a una esposa francesa, como sabemos que hacen tus hombres cercanos. —Señaló a Durán y, a continuación, miró a Girard—: Tu familia cuidó de Sarazen e Ishcate. Los grandes favores no se olvidan nunca.

—Esperamos que madame Margaux y mademoiselle Suzette se encuentren bien —intervino Ishcate entonces, dirigiéndose a Girard—. Diles que las recordamos.

Por mucho que el indio fuera un conocido del pasado, a Tomás Durán le chocó escuchar la familiaridad con la que se refería a su esposa y a su cuñada. Su asombro fue a mayores cuando Sarazen añadió:

—Tal vez aprovechemos nuestra estancia para hacerles una visita.

A Durán aquello le pareció demasiado y quiso terminar la conversación.

—Tendréis lo que habéis pedido en un par de días, así que podréis regresar a casa enseguida.

—Transmitiré vuestras amables palabras —dijo entonces Girard —, pero ahora están ocupadas con los preparativos de la inminente boda de mademoiselle Suzette con monsieur Fournier.

Ishcate apretó las mandíbulas. Suzette se iba a casar. Aunque siempre había sabido que tarde o temprano podía llegar el día en que Suzette fundara su propia familia con otro hombre, sintió que la certeza le rompía el corazón.

Le resultaba insoportable estar tan cerca de ella, en la misma ciudad, y no verla, aunque solo fuera un momento. Había merodeado los últimos días por su casa, sin éxito. No pretendía hablar con ella. Con toda probabilidad ella no querría estar cerca de él, por cómo se había marchado sin despedirse al poco de desembarcar los españoles en la colonia.

Seguramente, incluso lo habría olvidado.

No hablaría con ella, pero no se marcharía sin verla.

Mientras recorría el largo pasillo de la iglesia de San Luis del brazo de su padre ante los rostros sonrientes de los invitados, en pie ante los bancos de madera, Suzette se percibió feliz y nada nerviosa. A sus dieciséis años se sentía más que preparada para empezar su nueva vida junto a Belmont Fournier, de veintidós, que la esperaba ante el altar con una sonrisa.

La iglesia, recién restaurada, lucía preciosa. Bajo el techo a dos aguas habían construido un entramado de madera, riostrado a los lados por contrafuertes; con los ladrillos de las nuevas fábricas de la ciudad habían rellenado los espacios entre los marcos de madera de las paredes que luego habían encalado, como el techo, y adornado con cuadros; y las ventanas habían sido cerradas con cristal.

Estrenaba iglesia y estrenaba vida, pensó Suzette.

La vieja iglesia y las tristezas pertenecían al pasado. Tenía la sensación de que lo vivido hasta entonces no tenía tanto que ver con ella como con los demás. Hasta ese momento había sido la hija de un próspero comerciante en la ciudad de Nueva Orleans en tiempos turbulentos, en los que había sido más observadora que protagonista. De ahora en adelante compartiría sus decisiones con su marido, ese

joven al que conocía desde niña y que la hacía sentirse valorada y protegida. Su propio futuro brillaría como la cruz de plata y los seis candelabros traídos de Francia que ocupaban el altar tallado.

Siguió la ceremonia con una sonrisa y los ojos brillantes de emoción. A su lado, Belmont no podía evitar lanzarle miradas de complicidad. También se lo veía feliz. Suzette sabía que él haría todo lo posible para alegrarle la vida todos los días. Un ejemplo de su generosidad era que había comprado una casita en la ciudad para que pudieran disfrutar de la intimidad de los primeros años de matrimonio. Como heredero de los Fournier la plantación sería para él, pero allí aún vivían su madre y sus hermanos y, aunque su hermana Jeanne se iba a casar con Philippe Laurent en julio, seguían siendo demasiados.

Cuando recorrió de nuevo el pasillo en dirección a la salida de la iglesia, ahora ya del brazo de su marido, Suzette dio gracias a Dios por su felicidad. Un carruaje los esperaba para trasladarlos a la plantación Fournier, donde iba a tener lugar la fiesta con los invitados. La única tristeza ese día era la ausencia de su querida amiga Marie, de luto por la inesperada y reciente muerte de su padre, monsieur De la Ronde.

Afuera había tantos vecinos aplaudiendo en la plaza de armas que la pareja se tuvo que demorar un buen rato antes de partir. La celebración de una boda fastuosa siempre despertaba la curiosidad y convenía al matrimonio y a sus familias —para salir bien parados de los comentarios sobre el evento— mostrarse cercanos. Suzette saludó a unos y otros, como si fuera una reina. Y así se sentía, con su vestido en raso de seda de color rosa claro con encajes y guarniciones de plata. A algunos los conocía de vista; a otros de misa o del mercado...

Y a uno en concreto hubiera deseado no volver a verlo nunca o, al menos, en esas circunstancias.

Ishcate.

Suzette sintió que se le detenía el corazón.

¿Qué estaba haciendo allí, tan cerca que solo con estirar el brazo podría tocarlo?

¿Por qué, precisamente, ese día?

Quiso apartar la mirada de él, pero no pudo. El largo cabello negro se apoyaba en sus hombros, más anchos. La piel de su rostro estaba curtida por el aire y el sol, excepto por unas diminutas arrugas más claras alrededor de los ojos, esos ojos oscuros que la miraban con

una intensidad que parecía rayar el odio.

¿Cómo se atrevía a mirarla así?

Él la había abandonado y ella lo había odiado por eso y por haberle infligido un dolor contra el que había luchado durante meses.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Belmont—. Estás pálida.

Ella recuperó la sonrisa.

—No es nada. Me he agobiado un poco con tanta gente.

Belmont la guio hasta el carruaje y la ayudó a subir. Ella giró la cabeza en dirección a Ishcate, pero el indio había desaparecido.

Ishcate pasó el día en las tabernas del puerto, asqueado de sí mismo: el dolor lo llevaba a comportarse como tantas veces había recriminado a su hermano. Gracias a las ventas de pieles, siempre disponía de algo de dinero para comprarse ropas y armas, y ese día se iba a gastar lo que fuera necesario para emborracharse hasta perder el conocimiento con tal de quitarse a Suzette de la cabeza.

La última vez que la vio, Suzette bordeaba esa frontera entre la niña que él recordaba y la mujer que llegaría a ser, y había sentido una fuerte atracción hacia ella; tan fuerte que le había costado un inmenso esfuerzo romper el lazo. Pero al verla ahora radiante y lejos ya los ecos de la infancia, convertida en una mujer preciosa, de una belleza hipnótica, se había dado cuenta de que lo que sentía por ella no era algo pasajero.

Supo que no podía disfrazar sus sentimientos.

Se había intentado engañar a sí mismo repitiéndose que no era una mujer importante para él sino una chiquilla a la que había tomado afecto. Al verla del brazo de su marido, no obstante, lo había invadido la rabia.

Si hubieran nacido en el mismo mundo, en el indio o en el europeo, tal vez el Gran Espíritu les habría concedido la oportunidad de compartir sus vidas. En el momento en que él hizo caso a la sensatez y se alejó de ella, aceptó que nunca podrían vivir juntos. Esa maldita boda le había hecho ver que el lugar de ella estaba entre brocados y oro y paseos por la ciudad; que sus sueños de un enlace indio en medio de las viviendas de su poblado, junto a una Suzette enfundada en telas de colores y fino ante y con el cabello castaño claro adornado con flores, eran ridículos.

Tenía que olvidarse de ella para siempre.

Su cuerpo lo disfrutaría otro hombre.

Sus hijos serían de otro hombre.

Sentado en un taburete de madera en el rincón más oscuro de la última taberna de la ciudad al anochecer, cuando llevaba ya ingeridos varios vasos de más de brandy, fue testigo de que la conversación de un grupo de cuatro hombres blancos a tres pasos de él subía de tono.

—¡Os lo juro por mi madre! —gritó uno—. ¡Aparentan ser elegantes y decorosos, pero no son mejores que la puta de mi mujer!

—Déjalo ya, René —dijo otro—. El alcohol te hace hablar de más. Aquí acuden trabajadores de Girard...

Al escuchar el apellido de Suzette, Ishcate prestó atención.

—¡Me da igual! —continuó el tal René—. ¡Que se enteren de cómo es su jefe! Ayudó a mi mujer a fugarse con su socio Leroux, del que ha parido varios bastardos. Y luego es el primero que va a misa. ¡La ley es la misma para todos! ¡Y la ley dice que una mujer no puede abandonar a su esposo! Así que Girard, además de ser un traidor a Francia, ha infringido la ley de los hombres y la de Dios al consentir que Cécile se fuera. Me puedo imaginar qué educación habrá transmitido a sus hijas.

—No sigas por ahí... —le aconsejó el mismo de antes.

—Oh, bueno —intervino un tercero—. Algo de razón sí que lleva. Como dice René, qué casualidad que su hija mayor sea la esposa de un alto mando español. Seguro que la ofreció para cobrarse sus servicios a los españoles cuando la revuelta. De lujo, pero puta también. —Soltó una risotada—. Puestos a elegir, yo me hubiera quedado con la otra, la que se ha casado hoy. Esa sí que tiene unas buenas...

—¡Eh! —gritó Ishcate para evitar que el hombre terminara la frase insultante contra Suzette—. ¡Cállate!

René miró al indio.

—¿Y tú quién te crees que eres para hablarle así a mi amigo?

—Es imposible beber en paz con bocazas como vosotros.

René se acercó e Ishcate se levantó. Le sacaba dos cabezas, pero el panadero no se amilanó.

—¿Nos estás insultando? —Repitió la pregunta varias veces mientras le daba un empujón y luego otro.

—No me extraña que tu mujer te abandonara...

—¡Qué sabrás tú!

—Sé que le va bien lejos de ti porque conozco a madame Cécile...

René Dubois se abalanzó sobre él y los otros tres se levantaron en

el acto para acudir en ayuda de su amigo.

Ishcate liberó su cuchillo del cinturón. Eran cuatro contra uno, pero él era un guerrero, por sus venas corría la sangre de los jefes indios: podía abatirlos. Peleó con fiereza, aunque había bebido demasiado y otros blancos se sumaron cuando se derrumbó el primer herido. Se dio por vencido, y aun así los golpes no cesaron hasta que cayó al suelo, donde lo mantuvieron inmovilizado hasta que llegaron los soldados a los que alguien había dado parte y se lo llevaron a prisión.

—¡Nos ha provocado! —escuchó que repetía René—. ¡Malditos indios! Si no saben convivir entre nosotros, ¡que se queden en sus miserables aldeas!

Afuera, escondido entre las sombras, Sarazen maldijo en su lengua nativa. Ojalá hubiera encontrado a Ishcate antes. Había empezado su búsqueda por la parte trasera de la ciudad hacía un par de horas, en el convencimiento de que algo tenía que haberle sucedido porque Ishcate jamás se hubiera marchado de la ciudad sin decírselo. Las palabras de ese bravucón aumentaron su preocupación.

Tuvo claro que si algún blanco había salido mal parado en el altercado y si la autoridad decidía usarlo como escarmiento ante los demás indios, Ishcate acabaría pendiendo de una soga salvo que él hiciera algo por evitarlo.

19

Nueva Orleans, abril de 1772

Sarazen corrió a casa de monsieur Girard, el único que podía ayudar a Ishcate. La criada que le abrió la puerta le dijo que toda la familia estaba en la plantación Fournier con motivo de la boda de Suzette y que no regresarían hasta la madrugada. Preguntó entonces por Anne: tuvo suerte, pues la doncella había vuelto tras la ceremonia, y fue a ella a quien contó lo sucedido.

—Pero hoy no podemos hacer nada... —dijo ella.

—Está malherido —insistió Sarazen—. Tengo que sacarlo de la cárcel. ¿Dónde está la plantación Fournier?

Anne suspiró, imaginando la reacción de Suzette. «Que pase esto justo el día de su boda...», pensó. Meditó unos instantes antes de decidir:

—Espérame frente al portón del patio.

Diez minutos más tarde dos esclavos abrían las grandes hojas de madera para que pudiera salir un carruaje conducido por un criado, a cuyo lado iba sentada Anne.

—Sube —le indicó a Sarazen, apoyando la palma de la mano en el hueco libre junto a ella—. Es casi la hora de ir a buscar a los amos.

Cuando llegaron a la plantación, en medio del lío de coches de caballos que ya iban saliendo por la verja principal con los primeros invitados que se retiraban a sus casas, Anne le ordenó a Sarazen que bajase del carruaje, se escondiese entre los arbustos y aguardase allí su vuelta.

—Malditos indios —susurró el criado mientras recorrían el paseo flanqueado por robles—. Nos meteremos en un lío. El amo no comprenderá que lo molestemos hoy.

—No le diremos nada. —En cuanto el carruaje se detuvo, Anne descendió con agilidad—. Ni se te ocurra irte sin mí.

Como no podía entrar directamente en la fiesta, Anne se dirigió a

las cocinas, donde preguntó por Alizée, la hermanastra mulata de los Fournier. La conocía de las visitas con Suzette a la plantación y de encontrarse alguna vez en el mercado. Era una mujer alta y fuerte, aunque con las facciones delicadas de sus hermanos. Alizée se extrañó de verla allí.

—Tengo que hablar con madame Margaux —explicó Anne—. Es muy urgente. Estaré en el jardín trasero.

Anne esperó un buen rato, espiando el interior a través de los grandes ventanales entreabiertos. Jamás había visto un despliegue semejante de cristalería y vajilla tan delicada sobre exquisitos manteles blancos de lino. En las fuentes distinguió pavos rellenos de nueces de pecán, capones, tortugas, truchas y percas, cangrejos y ostras sobre lechos de berros, huevos, verduras y hortalizas. Había frutas de todo tipo y abundante Sherry, Medeira, champán y licores. En un extremo del enorme salón, una orquesta interpretaba una alegre melodía.

Recordó su boda con Bamboula; apenas una docena de invitados y un menú especial, pero corriente, preparado por la cocinera de los Girard, que se sirvió en el patio de la casa, con permiso de los amos y sin la presencia de estos. Qué diferentes eran las vidas de unos y otros según en qué familia hubieras nacido. Echaba mucho de menos a su marido. Lo hacía cada vez que miraba la carita de su bebé, que tanto se lo recordaba; o cada vez que, como ahora, escuchaba música. Lo había odiado por lo que había hecho: marcharse de repente, abandonar a su familia. Había sufrido tanto por la incertidumbre sobre su paradero que, de no ser por el pequeño Demba, no habría salido adelante. Pero finalmente había conseguido comprenderlo y ya solo rezaba por que algún día pudieran volver a juntarse.

Por fin salió Margaux.

—¿Y por eso me molestas ahora? —Se enfadó tras escuchar el relato de lo sucedido con Ishcate—. Él se lo ha buscado. No pienso pedirle nada a mi marido esta noche ni nunca para ayudar a ese hombre.

—¿A quién no quieres ayudar? —oyeron de pronto a Suzette a su espalda. Dentro hacía tanto calor que había seguido a su hermana al exterior para tomar el aire. Entonces reconoció a la interlocutora—: ¡Anne! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Ha pasado algo en casa? —Pensó alarmada en su hermana de dos años, Géraldine, la única que no había

ido a la fiesta. Incluso en el pequeño Demba, el hijo de Anne, a quien trataba como si fuera de la familia.

Anne miró a Margaux, sin atreverse a abrir la boca.

—Iré a buscar a nuestros padres —dijo Suzette.

—¡Espera! —Margaux la sujetó del brazo—. No tienes que decirles nada, pues nada sucede. Anne solo quería husmear en la fiesta y me he enfadado porque el cochero la haya traído. No la ayudaré si padre se entera. A eso me refería.

Entonces apareció Sarazen, que había escuchado toda la conversación desde el principio. Su falta de confianza en que Anne solucionara el asunto lo había hecho acercarse a la vivienda.

—Ishcate está herido, en la cárcel. —Miró a Margaux—. Pídele a tu marido que me consiga un documento para sacarlo o para poder entrar yo.

—Estás loco si piensas que voy a molestar al señor Durán por esto. Tu amigo tendrá que responder ante la ley.

—Si no lo haces tú, lo haré yo —replicó Suzette con una determinación que la sorprendió incluso a ella.

Margaux miró a su hermana. Si hacía un momento sus mejillas estaban sonrosadas, ahora tenía el rostro desencajado y pálido. Se sujetaba a la baranda con fuerza para mantenerse en pie.

—Ha atacado a unos hombres, Suzette. Tendrá que pagar por ello.

La novia habló con voz forzadamente pausada, en un esfuerzo por mantener una calma que no sentía, como si estuviera a punto de enloquecer:

—No pienso fugarme con él, si es lo que te preocupa. Pero no lo abandonaré.

Margaux abrió la boca, perpleja. ¿Qué hechizos empleaban esos indios para nublar el entendimiento? Su hermana había parecido la mujer más feliz del mundo durante todo el día. ¿Cómo podía albergar en su interior sentimientos por Ishcate cuando ahí dentro la esperaba un marido maravilloso?

—Muy bien, seamos juiciosos —accedió al fin, consciente de que solo ella podía poner remedio a esa situación y evitar que trascendiera —. Suzette, espera aquí. Anne, que venga el coche. Sarazen, cuando estemos en marcha, te subes al pescante.

Margaux regresó al gran salón en busca de su marido que, por

suerte para sus planes, conversaba con el matrimonio Girard y con Belmont. Esbozando su mejor sonrisa les dijo a sus padres:

—Ha llegado vuestro coche, pero es pronto y la fiesta aún está muy animada. ¿Os importa si me lo llevo de vuelta a la ciudad? —Miró a Belmont—. A Suzette le gustaría ir a vuestra nueva casa y cambiarse de vestido.

—Buena idea —dijo Blanche.

—Te acompaño, querida —dijo Tomás Durán.

—No es necesario. Volvemos enseguida.

Su marido no insistió. Un problema menos.

En el carruaje, Margaux terminó de pensar cómo proceder con la mayor discreción. En general la gente tendía siempre a hablar demasiado. Tenía que adelantarse a las intenciones de Ishcate. Seguro que utilizaba su relación con los Girard y los Durán para salir del atolladero. No se debía bajo ningún concepto asociar el nombre de ese indio pendenciero con sus familias. A su lado, Suzette permanecía callada. ¡A saber qué pasaba por su cabeza! Temía su reacción cuando se encontrase con Ishcate. Solo esperaba que le quedara algo de sentido común para comportarse correctamente.

La cárcel estaba en los bajos del anterior Consejo de la colonia, ahora conocido como «cabildo». La vivienda del gobernador, en la que también se alojaba el matrimonio Durán, se hallaba en el edificio contiguo. Margaux entró en su casa unos minutos y regresó portando una bolsita. Se dirigió a Sarazen:

—El cochero te acercará al campamento. Vuelve aquí cuanto antes con algunos hombres.

Ella y Suzette entraron en la cárcel. A esas horas de la noche solo había un oficial de guardia a la entrada, que cabeceaba en su silla. Cuando vio a dos mujeres tan elegantes, pensó que soñaba.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Margaux.

El oficial se puso en pie de un salto al reconocer a la esposa del señor Durán.

La vio depositar la bolsita sobre la mesa.

—Aquí tienes ciento cincuenta pesos fuertes. Tráenos al indio que habéis detenido esta noche.

—Me temo que no está en condiciones de andar, madame. Le dieron una buena tunda.

—Llévanos con él, entonces.

—Pero... No es un sitio agradable... Y no sé si debo...

Margaux cogió la bolsa de dinero de la mesa.

El oficial no quiso arriesgarse a perder el equivalente a tres meses de sueldo de un teniente de cuartel, de modo que se apresuró a abrir la puerta. Pasó a un largo pasillo en el que había una hilera de cubiles. Allí dentro dormitaban hombres; llenaba el aire un hedor insoportable a orín y sudor. A mitad del trayecto, se detuvo ante una de las celdas.

—Ahí lo tienen —dijo sin más.

Suzette vio a Ishcate tumbado en el suelo, con el cuerpo cubierto de sangre.

—¡Abra la puerta!

—Madame, no sabemos si es peligroso.

—¡No lo es! —rugió ella.

El oficial obedeció. Cuando Suzette entró a toda prisa y se arrodilló junto a Ishcate, Margaux susurró al oficial:

—Regresa a la entrada. Vendrán otros indios. Hazlos pasar. Se llevarán a este hombre. Cuando alguien te pregunte, dirás que te amenazaron. No me nombrarás en ningún momento. En cualquier caso, nadie te creería. Tengo el permiso de mi esposo y él, a su vez, del gobernador. Solo te diré que estás evitando un gran conflicto. Tal como están las cosas, no son deseables nuevos problemas con las tribus indias...

El otro asintió y se fue.

Margaux cerró un instante los ojos para controlar los nervios y rezó para que su marido no se enterara de lo que acababa de hacer. Miró luego a la extraña pareja que formaban su hermana recién casada, con el vestido de novia ahora manchado de sangre, y ese indio yacente. Había mentido por Suzette. Porque era su hermana y la quería.

Y porque haría cualquier cosa para evitar su perdición.

Mientras le acariciaba el rostro y el cabello con cuidado, Suzette susurró varias veces el nombre de Ishcate hasta que él entreabrió los ojos y la reconoció.

—Solo quería verte una vez más —dijo él, tratando de dibujar una sonrisa entre los cortes y moratones—. Pero no así y no aquí.

—¿Qué pasó?

—Insultaron a tu familia y te insultaron a ti. Entre los míos eso no se consiente.

—Has puesto tu vida en peligro. —Le tomó las manos y lo miró a los ojos—. Tienes que vivir. Eres mi ilusión. Tengo que saber que estás vivo para soñarte por las noches.

Ishcate tocó con sus dedos la tela ensangrentada del vestido y guardó silencio.

—Si no te hubieras marchado... —le recriminó ella volviendo a aquel lejano día—. Estaba dispuesta a dejarlo todo para seguirte.

—Mi mundo es violento. Soy un guerrero que mata hombres y bestias. Te vi feliz al salir de la iglesia. Has encontrado tu sitio. —Unas lágrimas de Suzette gotearon sobre su rostro—. Me alegro por ti.

—Sabré si he encontrado mi sitio al final de mis días. Dicen que solo ante la muerte descubre uno la verdad.

Ella continuó con sus caricias por el rostro y el cuello. Sus dedos tocaron una cadenita de la que pendía una medalla. Era la que le había regalado de niña. ¡Todavía la llevaba! Nunca la había olvidado.

—Me quisiste y renunciaste a mí... —murmuró.

—No hables en pasado, pues no me estoy muriendo —bromeó él antes de añadir, ya serio—: Estaré unido a ti de por vida, Suzette.

Ella sonrió. Se inclinó y lo besó en la frente.

—De por vida —repitió la joven en un susurro.

Permanecieron en silencio hasta que Margaux los interrumpió:

—Ha llegado Sarazen.

Suzette se incorporó. Entraron cuatro indios en el cubículo y, con cuidado, cargaron con Ishcate.

Las hermanas salieron tras ellos. Anne las esperaba en el carruaje para acompañarlas a la nueva casa de los Fournier-Girard en la calle Toulouse.

—Gracias —le dijo Suzette a Margaux—. Te devolveré hasta el último peso de esa bolsa.

Margaux negó con la cabeza, quitándole importancia al gesto. No había podido evitar emocionarse al escuchar la conversación entre Ishcate y su hermana pequeña. Había sido testigo de una promesa de amor eterno más real, intensa y sentida que las bendecidas en todas las bodas religiosas a las que había asistido. Le había quedado claro que nada ni nadie rompería jamás el vínculo que unía a esos dos. En cierta manera resultaba envidiable, aunque desconcertante. Desde luego, ella no sentía nada parecido por su marido. La suya era una relación serena y racional, mucho más satisfactoria a la larga que el

sufrimiento provocado por las pasiones desbocadas. En conclusión: no desearía estar en la piel de Suzette, para quien la vida marital y la llegada de los hijos quizá no lograsen borrar ese anhelo de imposibles.

—Lo único que quiero recobrar es la hermana radiante de esta mañana —dijo repasando con la mirada el vestido manchado, el rostro cansado y el peinado deshecho. Le costaría un buen rato reconvertirla en una novia expectante por su noche de bodas—. He mentido por ti. Ahora te toca a ti. Tu única obligación es complacer a tu marido.

Suzette dirigió su mirada al exterior. La oscuridad envolvía calles y edificios. A medida que el carruaje se alejaba de la prisión y la separaba de Ishcate, se intensificaba en su interior la sensación de que ella era la cautiva.

20

Kappa, aldea quapaw, cerca del puesto de Arkansas, abril de 1773

Ishcate echaba de menos a su gente, a pesar de no poder perdonarles que se hubieran adaptado a los modos ingleses, razón por la que demoraba su regreso, pues cuatro años después ya nadie se acordaba de la muerte de Pontiac. Por algún viajero se había enterado de que el río se había llevado el fuerte de Chartres y que la guarnición inglesa se había trasladado a Kaskaskia, a la vieja casa de piedra de los jesuitas. Los ingleses ya formaban parte de la vida cotidiana de su pueblo.

Hacía más de veinte lunas que no subía a Kaskaskia, calculó mientras lanzaba piedras al río Arkansas. Con los quapaw se sentía a gusto. Casi parecía ya uno más: se había perforado la nariz y las orejas y se pintaba el cuerpo como ellos, aunque el cabello no se lo había cortado ni adornado con plumas en la nuca como ellos. Su largo cabello negro era su seña de identidad kaskaskia y cortarlo ofendería a sus ancestros.

Otra razón por la que vivía tranquilo era que, en las tierras de los quapaw, solo había conflictos con los osage y no con varias tribus a la vez como en el norte. Y, además —para qué engañarse— allí estaba más cerca de Nueva Orleans, exactamente a mitad de camino. Y eso significaba que era más sencillo que pudiera surgir una nueva ocasión para bajar a la ciudad y encontrarse con Suzette.

Se preguntaba si ya tendría algún hijo.

Quizá ahora añorase un poco más a su gente porque Sarazen se había casado con Mikakh y ella estaba encinta. Los hombres que fundaban una familia tenían menos tiempo para sus amigos. No era ese su caso. Eso de tomar esposa y fundar una familia era una ley de la vida que él se resistía a cumplir, por mucho que Sarazen le propusiera candidatas. Ishcate quería seguir siendo libre para ir adonde se le antojara sin dar muchas explicaciones. No le faltaba de nada: conseguía dinero de la caza, de las cabelleras osage y de algún

trabajo puntual para el comandante Leyba, que se había librado del soldado intérprete oficial porque no se fiaba de él: estaba convencido de que alteraba las traducciones para dejarlo en mal lugar ante Cazenonpoint y que trabajaba al servicio de comerciantes británicos para llegar al comercio de los quapaw. Algo de razón no le faltaba: desde que Ishcate hacía de traductor, los quapaw apreciaban un poco más a Leyba. Y él estaba aprendiendo español. Tal vez le resultara útil, viendo cómo llegaban cada día más españoles a Luisiana.

—¡Eh, Ishcate! —Sarazen corrió junto a él, casi sin resuello—. ¡El gran jefe no se encuentra bien!

El aludido se puso en pie de un salto. Cazenonpoint era un hombre todavía joven y fuerte. Nunca enfermaba; ni siquiera tosía en los meses fríos del invierno. Corrió tras Sarazen hasta el poblado. Decenas de personas esperaban noticias frente a la tienda del jefe, en la plaza central. Alrededor de una hora más tarde, el curandero de la tribu, un hombre seco y encorvado, salió con expresión seria y anunció que el corazón del gran jefe se había detenido y que su espíritu ya viajaba para reunirse con Wah-kon-tah, dios del universo. Los hombres agacharon la cabeza y las mujeres emitieron gritos de duelo.

Los preparativos para el funeral comenzaron enseguida, pero el asunto que preocupaba a todos era el de su sucesión. El hijo mayor de Cazenonpoint solo tenía nueve años. El consejo se reunió varias veces en los siguientes días y, por fin, tomó una decisión sorprendente para Ishcate: pedirían que el comandante Leyba hiciera de mediador y propusiera a un nuevo jefe.

Ishcate y Sarazen acudieron al fuerte y hablaron con el hombre, que acababa de regresar de un viaje rápido a Nueva Orleans.

—No puedo aceptar —dijo abrumado—. Es una gran responsabilidad.

—Te equivocas —intervino Sarazen—. Es un gran honor. Los quapaw te serán fieles.

Leyba solo deseaba que su estancia allí fuese lo más tranquila posible para su esposa y sus hijas. Habían vivido momentos de pánico, sobre todo el primer año. Una vez Cazenonpoint había amenazado con pasar a los del puesto a cuchillo; otra, había pedido a sus hombres que le llevaran un barril de brandy o la cabellera de Leyba. El jefe indio, que en gloria estuviera, lo había puesto a prueba.

—¿Y a quién elijo?

Sarazen sonrió satisfecho.

—A nadie sorprendería que nombraras a Guatanika.

—De acuerdo. Decid a vuestra gente que llevaré regalos a la ceremonia. Hasta entonces, como gesto, ordenaré que se bajen los precios de la tienda de este puesto.

—Recibirán las noticias con agrado —dijo Sarazen.

Leyba se dirigió entonces a Ishcate:

—¿Tienes pensado viajar pronto al norte? Tengo correo de la ciudad para entregar en San Luis. —Se refería a la ciudad de Saint Louis, que solo los franceses llamaban ya así—. Normalmente lo envían por barco, pero es urgente, y me lo dieron aprovechando mi viaje. Necesitaría de varios soldados para cruzar con seguridad el territorio osage... He pensado que tú te conoces todos los atajos. Te pagaré bien.

Ishcate pensó unos instantes. La repentina muerte de Cazenonpoint le había afectado. Se preguntaba cuántos de su familia ya no vivirían. Por otra parte, los preparativos para el funeral y la ceremonia del nuevo jefe tendrían a todos muy ocupados. Él, un hombre solo, sin familia, perteneciente a otra tribu, se sentía como un mero espectador, casi como un intruso.

—Saldré al amanecer —dijo.

Uno de los documentos del correo tan urgente que Ishcate tenía que entregar en mano al comandante del puesto de Saint Louis, Pedro Piernas, que ejercía como teniente gobernador de la Alta Luisiana para cuestiones tanto militares como civiles, resultó ser un requerimiento para Cécile Dubois.

Ishcate se enteró de esto por casualidad. Cuando llegó, un domingo por la mañana después de dos semanas de viaje sin incidentes, le dijeron que el comandante estaba en misa. Se dirigió a la plaza, que le recordó a Suzette porque era parecida a la de Nueva Orleans, y esperó a que terminara la celebración en la puerta de la capilla, edificada con troncos bastos. El almacén de Leroux estaba en el mejor lugar de la plaza; se notaba que él había sido uno de los primeros en elegir parcela cuando se levantó la ciudad. El resto de los edificios eran casas pequeñas de postes de cedro con techos a dos aguas, algunas con buhardillas y postigos, rodeadas de porches y galerías o cobertizos.

Por fin, de la pequeña iglesia salieron varias familias, oficiales y soldados españoles, los Leroux-Dubois y el padre Meurin. Tras intercambiar calurosos saludos, Ishcate preguntó por el comandante, cumplió su encargo y aceptó la invitación de Cécile —que también incluía al religioso— de comer con ellos para que los pusiera al día de las novedades de Nueva Orleans.

Ishcate no recordaba la última vez que había comido sentado en una silla o degustado unos guisos tan sabrosos y elaborados. Cécile había preparado pollo y venado fresco con guisantes, pan de trigo y manzanas asadas, que había servido en su mejor vajilla de loza. Y Leroux no dejaba de rellenarle la copa de un exquisito vino francés para soltarle la lengua. Resumió lo que recordó de los últimos dos o tres años, aunque de muchas cosas, como los asuntos de los matrimonios de las personas conocidas de Nueva Orleans, estaban ya al tanto. Las noticias generales sí llegaban con los barcos; lo que les interesaba eran los detalles.

Aquel era un grupo extraño, pero en conjunto resultaba agradable. La granja de madame Dubois, a las afueras de la ciudad, era lo bastante grande para albergarla a ella, sus cinco hijos, su amante Benoît Leroux, sus esclavos y cuatro inquilinos: el capitán francés retirado Bellerive y una india embarazada llamada Angélique, con la que ya tenía dos hijas pequeñas. Bellerive, de setenta años y con salud delicada, solo trabajaba ahora como asesor de su sucesor español, el señor Piernas, en asuntos indios.

—Hoy me has robado el protagonismo —le dijo Bellerive a Ishcate mientras cogía un pellizco de tabaco rallado de una cajita de plata y lo aspiraba por la nariz—. Normalmente soy yo el que cuenta las historias.

Temeroso de que Bellerive aprovechara para repetir alguno de sus relatos —había escuchado decenas de veces cómo los chickasaw habían quemado vivo a su hermano—, Leroux preguntó enseguida:

—¿Y cómo está Girard? Parece que las cosas le van bien. Un negocio próspero, dos hijas casadas con hombres importantes...

Ishcate se percató de que Étienne bajaba la mirada, como había hecho cada vez que salía el nombre de Margaux. Lo comprendía; él también había entregado su corazón a una Girard.

—Lo vi hace un año —respondió recordando mentalmente el fatídico día en que recibió la noticia de la boda de Suzette—. Estaba

bien. Seguía teniendo el mismo aspecto de siempre.

—¿Sabes si está molesto conmigo?

—¿Molesto? —Ishcate frunció el ceño—. No he oído nada.

A Leroux le pesaba no estar siendo capaz de cumplir su palabra. Este era el tercer año que incumplía su pacto: ya tendría que haber devuelto a su antiguo socio sesenta mil de las ochenta mil libras francesas acordadas, pero era como si los años malos se encadenasen unos tras otros.

—Olvídalo. —Barrió el aire para apartar esos pensamientos—. Conociéndolo, tiene que sentirse muy satisfecho. Su ambición se va colmando.

Había un deje de tristeza en su voz. Cécile le acarició la mano.

—Benoît... Aquí no nos falta de nada.

Leroux rellenó su copa. Su mejor fortuna era la de haber conocido a Cécile. Comprensiva y juiciosa, jamás le había recriminado que sus negocios no fueran tan bien y que estuviera con el agua al cuello intentando reunir el dinero que le debía a Girard. Trabajadora infatigable, se encargaba de su propia granja, que iba ampliando con el trabajo de nuevos esclavos, y de sus propios negocios. Por ello no sentía envidia de Girard y se alegraba por sus logros, aunque a veces lo asaltaba el pensamiento de que, ya que ambos hombres habían partido de un mismo punto, la riqueza podría haber estado más repartida, teniendo en cuenta, sobre todo, el esfuerzo que le había supuesto a él empezar en una ciudad surgida de la nada mientras que el socio, enfundado en finas casacas, esperaba los cargamentos en el muelle.

Leroux suspiró para sus adentros. También él tenía culpa de sus propios fracasos: no había sido tan intrépido como había parecido en un principio y se había quedado en el escalafón de negociante, con lo cual los ingresos eran menores, pues en lugar de tratar directamente con los indios, pagaba a intermediarios y proporcionaba mercancías a comerciantes y viajantes que marchaban en piraguas a las aldeas indias lejanas a finales del otoño, al principio de la temporada de trampas y caza que duraría todo el invierno. Se dedicaba a cerrar tratos y, en cuanto conseguía algo de dinero, asumía nuevos riesgos y compraba más ganado o adquiría un molino para dedicarse también al comercio de la harina o proveía a las tropas españolas de alojamiento. No le faltaba de nada, pero nunca tenía dinero en metálico.

—Tienes razón, Cécile. Cada uno es como es. Girard sabe moverse por los despachos. Yo soy más impetuoso, y eso siempre crea incertidumbre.

Uno de los esclavos de la casa anunció entonces que el comandante Piernas solicitaba hablar con madame Dubois a solas. Intrigada, Cécile acudió a la puerta. El señor Piernas, un hombre joven de facciones largas y afiladas, le entregó un papel. Ella lo leyó y, al finalizar, masculló un juramento.

—Súmese a nuestra reunión, señor Piernas. No tengo inconveniente en que los demás se enteren de este despropósito.

En la sala, Cécile se dirigió a Étienne:

—El desgraciado de tu padre exige hacer valer sus derechos maritales sobre mi persona. Va detrás de mis propiedades y mi dinero. El gobernador Unzaga me requiere para que vuelva con mis hijos a Nueva Orleans, exactamente a la panadería de la calle Dauphine.

Se produjo una exclamación conjunta.

—¡De ninguna de las maneras! —Leroux se puso en pie de un salto, con tal ímpetu que volcó la silla.

—Querido, simplemente no pienso hacer caso —dijo ella muy tranquila. No le había bastado al muy canalla con salir de allí a punta de pistola, que ahora pretendía ampararse en los gobernantes—. A no ser que me lleven encadenada y a rastras.

El señor Piernas tosió antes de decir:

—Como representante de la ley, madame, mi obligación es hacer que se cumpla.

—La ley es interpretable —intervino Bellerive—. Responda al gobernador que la mandará en cuanto pueda a Nueva Orleans acompañada de Étienne, el único hijo Dubois, pero que los otros hijos se quedarán con su padre, monsieur Leroux. Retrasar un expediente no es mentir.

—Pero los chicos llevan el apellido Dubois —argumentó Piernas —. Eso puede complicar las cosas.

—¡Lo decidimos para que no fueran considerados bastardos! —exclamó agitado Leroux—. ¡Haga caso a Bellerive! Conoce como nadie los entresijos del gobierno. Siempre le han hecho caso desde la capital.

Piernas frunció el ceño. El propio O'Reilly, cuando lo había enviado a esas tierras, le había insistido en que mantuviera buena relación con Bellerive y en que conservara a su servicio a los oficiales

de su milicia. Recordaba su toma de posesión hacía tres años. Los últimos supervivientes al servicio de Francia, una docena de hombres uniformados de cualquier manera, convertidos de repente en soldados españoles, solo atendían a las indicaciones de Bellerive. Supo entonces que, en caso de duda, tanto ellos como los habitantes de la zona obedecerían a Bellerive antes que a él. Su obligación hasta entonces había sido resolver cuestiones administrativas —dar fe en transacciones inmobiliarias, contratos matrimoniales, testamentos, inventarios y subastas— y mantener la paz. Y la única manera de conservar la paz allí era llevarse bien con el capitán retirado.

Con su interpretación de la ley en ese asunto, Bellerive pensaba en su propio bienestar: había alquilado una parte de la residencia de madame Dubois, que lo trataba como si fuera su padre, para vivir tranquilo lo que le quedase de vida. Se tomaría cualquier ataque contra ella como algo personal.

—Escribiré al gobernador en esos términos —accedió Piernas—. Que pase el tiempo y ya se verá.

Cécile se dirigió entonces al padre Meurin:

—Espero que la ley de Dios también sea interpretable, porque jamás volveré a estar cerca de ese miserable que solo se considera mi marido cuando le conviene.

Meurin levantó las palmas de las manos, pero no dijo nada y Cécile continuó:

—Me enferma siquiera pensar en ese vago, borracho y malhablado.

Ishcate recordó la pelea con el grupo de René en la taberna de Nueva Orleans, su encarcelamiento y posterior liberación gracias a Suzette, el mismo día de su boda.

Suzette.

Todo cuanto sucedía a su alrededor, pensó, hasta la conversación más trivial en apariencia, terminaba por recordarle a ella. Qué diferente habría sido la vida de Cécile si no se hubiera atrevido a seguir a su amado hasta Saint Louis, sin saber entonces cómo saldría adelante. Estaría amasando pan en una calle de Nueva Orleans, soportando los gritos del cretino de su marido. Cécile había sido una mujer muy valiente.

También Suzette había estado dispuesta a escaparse con él, pensó entonces.

Y él lo había evitado.

Y, aun sabiendo que había hecho lo correcto, cuanto más tiempo pasaba, más se arrepentía. Por su culpa, ni siquiera habían tenido la oportunidad de intentarlo. Viendo la mezcla de personas que habitaban Saint Louis, quizá allí nadie se hubiera entrometido en su vida. Si aceptaban que Cécile, una mujer legalmente casada, conviviera y tuviera hijos con otro hombre; si aceptaban que el viejo Bellerive tuviera hijos con la india Angélique..., ¿acaso no habrían aceptado que él y Suzette fueran felices allí? Ah, pero eso ya nunca podría ser. El agua del río pasaba por delante de ti una sola vez. Una sola vez. La tomabas entre tus manos y sabías que nunca más volvería a ser la misma.

—¿Y tú qué vas a hacer ahora? —El padre Meurin sacó a Ishcate de sus pensamientos.

—Si las cosas están tranquilas por Kaskaskia, me quedaré un tiempo.

—No tendrás problemas. Hace un año que terminaron los ataques de las tribus que buscaban venganza por la muerte de Pontiac. Parece ser que su influencia cuando murió ya no era tanta como se creía y cada vez eran menos quienes deseaban morir por vengarlo u honrar su memoria. Y no sé si te enteraste de que los chickasaw atacaron Kaskaskia el año pasado...

Ishcate lo miró alarmado, con un súbito sentimiento de culpa. Su pueblo había sido atacado y él no había estado allí para defenderlo.

—Tranquilo, Ishcate —continuó Meurin—. Los mismos ingleses los echaron para mantener la paz en la zona. Desde entonces, la única novedad es que una compañía quiere comprar vuestras tierras.

—¿Las de los kaskaskia?

—No, muchacho: las de todas las tribus del Illinois.

Ishcate frunció el ceño.

—No pueden.

—Eso les dije cuando me consultaron, pero creo que la negociación está adelantada.

De repente Ishcate sintió la urgencia de llegar a su pueblo cuanto antes. Se despidió de la familia Leroux-Dubois y puso rumbo a Kaskaskia, después de dos años de ausencia.

Kaskaskia, Alta Luisiana, julio de 1773

Ishcate percibió que su corazón se alegraba al acompasar su ritmo con el del agua del río Kaskaskia y al entrar en su aldea, bañada por el sol de un espléndido día de principios de verano. Los miembros de su tribu estaban reunidos en un espacio abierto ante las tiendas y las cabañas dispuestas en semicírculo, así que pudo saludar a todos al mismo tiempo.

Una anciana enseguida le informó de que tenía tres nuevos sobrinos, uno de ellos de Kicounaisa, que había tomado esposa hacía un año; que la ausencia de ataques de otros indios había devuelto la paz al poblado; y que estaban esperando la llegada de los jefes peoria y cahokia para una importante reunión.

Su felicidad se esfumó de golpe cuando le preguntó por sus padres y se enteró de que su madre había muerto el invierno anterior.

Caminó hacia Couroway, sintiéndose observado por todos. Estaba sentado con los otros jefes kaskaskia, entre Ducoigne y el gran jefe Tomera, ya muy anciano y debilitado. Tras él estaban, de pie, Maughquayah y Kicounaisa. Estrechó con la mano los antebrazos de sus hermanos con la sensación de que el saludo no era muy efusivo y se arrodilló ante su padre. Couroway parecía gozar de buena salud a sus casi cincuenta años. Su cabello quizá no era tan largo y denso, pero conservaba su corpulencia y su expresión severa.

—*Aya aya, niniicaanhsa.* Hola, hijo mío. Agradezco al Gran Espíritu que te haya traído de nuevo a casa —dijo Couroway poniendo las manos, grandes y ásperas, sobre los hombros de su hijo.

Con la cabeza agachada, Ishcate murmuró con tristeza:

—*Aya aya, noohsa.* Hola, padre. Acabo de saber que el Gran Espíritu se llevó a mi madre. Lamento mucho no haber estado a su lado entonces.

—Cada hombre debe seguir su camino. Estuvo bien acompañada y su sufrimiento fue breve. —Couroway señaló a los otros jefes—. Cuéntanos qué noticias traes de las tierras del sur.

Ishcate les puso al día de lo que consideró que podía interesarles: la llegada del comandante Leyba al puesto de Arkansas y su relación inestable con los quapaw; la anécdota de las pequeñas medallas españolas; su viaje a Nueva Orleans, donde las cosas no parecían ir mal con los españoles; su trabajo como traductor, que le había

permitido conocer en persona a oficiales del gobierno español; la muerte de Cazenonpoint y el posible nombramiento de Guatanika como su sucesor.

Los jefes escucharon con atención y Couroway, en concreto, con orgullo. Su hijo sabía moverse por el mundo fuera del territorio del Illinois, conocía en persona a grandes jefes blancos y hablaba bien su lengua. Podría ser un gran jefe, aunque tenía hermanos mayores y no había tomado esposa con quien continuar el linaje.

—He sabido que hay una oferta para comprar tierras... —dijo entonces Ishcate.

—Hablaremos de eso con los otros jefes —lo interrumpió su padre—. Ahí vienen. Siéntate ahora con tus hermanos y escucha antes de opinar.

Ishcate lo obedeció y esperó impaciente a que el jefe peoria y el jefe cahokia saludaran a los kaskaskia y compartieran el *calumet* antes de comenzar a intercambiar opiniones.

Sin embargo, pensó enseguida Ishcate, allí no se produjo un debate sino la bendición de un acuerdo.

Sus peores sospechas se confirmaron cuando se sumó a la reunión un hombre bajo de pequeños ojos claros acompañado de un intérprete.

—¿Quién es? —preguntó a su hermano Maughquayah.

—William Murray. Trabaja como agente de los comerciantes ingleses y representa a la Compañía de las Tierras del Illinois.

Ishcate apretó las mandíbulas cuando vio que el inglés entregaba unos documentos al gran jefe Tomera, que se los pasó a Ducoigne; unos años mayor que Ishcate, era el único que sabía leer. Antes de que tradujera el contenido de la propuesta, Ishcate se puso en pie y pidió permiso para intervenir. Aquello ya había llegado demasiado lejos. Los jefes intercambiaron unas palabras y accedieron.

Ishcate se acercó al inglés y habló en voz alta para que todos lo escucharan:

—La proclamación real inglesa de 1763 prohíbe comprar tierras de los nativos americanos en el país de los illinois.

Murray lo miró con una sonrisa burlona, como si le hiciera gracia que un indio le hablara de leyes.

—La ley es interpretable y ya existe un precedente. —Murray omitió el lugar: las Indias Orientales, muy lejos de allí.

—¿Dónde? —inquirió Ishcate. En poco tiempo había escuchado

esa frase dos veces, la primera en boca de Bellerive. ¿Para qué servían las leyes si cada cual las interpretaba como le daba la gana?

—¿De verdad esperas que te lo explique? —Murray se dirigió a los jefes—. Lo esencial es que los negocios privados son eso, privados. ¿Es vuestra esta tierra sí o no?

Los jefes asintieron.

—Os he oído decir cientos de veces que, aunque los jefes europeos impongan sus leyes, vosotros os regís por las vuestras para defender vuestro territorio. —Miró a Ishcate—. ¿Quién os puede prohibir vender lo que es vuestro? Y en última instancia: si vosotros queréis vender y alguien quiere comprar, ¿qué más da la ley? En todo caso sería la empresa la que saldría perdiendo si la corona inglesa no reconociera los contratos de compraventa.

A Ishcate le daban igual las leyes y sus interpretaciones. Lo que quería decir era que le parecía un tremendo error vender tierras. Era dinero hoy a cambio de vender sus raíces. Se arrepentirían.

—Estás retorciendo las palabras. La ley del rey inglés quería protegernos precisamente de esto, de que vinierais desde el este a echarnos de nuestras tierras. —Miró a los jefes—. ¿Cómo podéis estar de acuerdo con esto? Venderemos ahora un trozo y viviremos un tiempo sin cazar; cuando se acabe el dinero, venderemos otro trozo y sucederá lo mismo. Y cada vez seremos más débiles ante nuestros enemigos.

Intervino entonces su hermano Kicounaisa:

—Ishcate, tú vienes y vas, libre como el viento. Si vivieras siempre aquí, comprenderías nuestra decisión. El hijo de un jefe se debe a su pueblo, pero tú has tomado tu propio camino. Venderemos y empezaremos una nueva vida en otro lugar, tal vez más al sur.

Ishcate miró a Kicounaisa con dureza, molesto por el reproche: le costaba reconocer en ese hombre al hermano que una vez lo había empujado a enfrentarse a los ingleses, a cortar su primera cabellera, a mantener intacto el orgullo del guerrero. El hombre que habría estado dispuesto a matar a un niño pequeño solo para evitar que de adulto arrebatara sus tierras a los indios. ¿Cómo podía seguir en pie un hombre si había muerto su espíritu?

Ya no reconocía a su hermano en este Kicounaisa, y aun así debía admitir que sus palabras le habían dolido. Aunque no viviera allí todo el tiempo, era aún uno de ellos. No podía creer lo que escuchaba.

—¿Marcharnos de Kaskaskia para siempre, dices?

—En Kaskaskia quedamos doscientas personas y sesenta guerreros —dijo ahora Maughquayah—. Y somos los únicos indios hermanos de los franceses y españoles que continuamos en el lado inglés del Misisipi. Marcharnos es lo mejor que podemos hacer para el futuro de nuestros hijos. Si tuvieras, tal vez nos comprenderías.

La irritación de Ishcate aumentó. No tenía hijos, pero sí el mismo derecho que ellos a opinar y decidir sobre su *ašiihkiwi* , su tierra. A la vez, se entristeció porque el trato de sus hermanos no era lo cordial que había esperado después de tanto tiempo sin verse. Todos sus recuerdos de la infancia y juventud tenían que ver con ellos. Le habían enseñado lo que sabía para sobrevivir en la naturaleza. Lo habían hecho reír; le habían curado las primeras heridas. Cuando un hombre creaba su propia familia, pensó, se desvinculaba de su familia original. O esa era la razón de la frialdad de Kicounaisa y Maughquayah, o sencillamente lo envidiaban por haber recorrido mundo. Elevó el tono de voz:

—¿Y qué precio le habéis puesto a la tierra de nuestros antepasados? ¿Acaso se puede tasar como una barrica de tafia o una bala de pieles?

Un profundo silencio siguió a sus preguntas.

Ishcate odió que nadie dijera nada. ¿Cómo era posible que todos estuvieran de acuerdo? Su padre, sus hermanos, sus amigos... Ojalá hubiera nacido en otra época, antes, mucho antes de que ningún europeo hubiera puesto sus pies en aquellas tierras. Todo lo que tenía que ver con esos seres avariciosos terminaba mal. Sus acercamientos adornados de buenas palabras siempre eran interesados. Esperó unos instantes más, con la vana ilusión de que a sus antiguos compañeros les comenzara a hervir la sangre en las venas como a él y echaran de allí a ese inglés, pero nada sucedió.

Entonces negó con la cabeza y se marchó. No presenciaría la maldita firma de los malditos contratos.

Fue a su tienda a coger sus cosas antes de dirigirse al cercado de los caballos, donde se encontró con el anciano Tomera, que a duras penas se mantenía en pie, ayudado por dos jóvenes.

Tomera lo miró a los ojos y le dijo, con voz grave:

—Mi piel está arrugada y mi cuerpo cansado, pero mi corazón late como el tuyo. Opino como tú, Ishcate. Lamento que mis palabras

ya no sirvan para convencer a los demás. Rezo al Gran Espíritu para que se me lleve antes de tener que abandonar mi tierra.

Ishcate agradeció sus palabras. Inclinó la cabeza ante Tomera, montó en su caballo, golpeó con rabia los flancos y partió al galope hacia el bosque.

Esa noche apenas durmió. Tumbado sobre la piel de oso que lo protegía de la humedad de la tierra, daba vueltas a su vida. Todo lo que le resultaba ilusionante se desmoronaba. No podía compartir su vida con Suzette porque era indio; y tampoco podía vivir como un verdadero guerrero indio porque ni siquiera sabía por qué luchar cuando los intereses comerciales acababan imponiendo una paz interesada, y cuando su propio pueblo vendía la tierra que había jurado defender con su sangre desde niño. ¿Qué rumbo tomaría? Podría trabajar de corredor de bosque o viajante para algún comerciante de Saint Louis como Leroux. O de traductor. De agricultor no: carecía de paciencia para labrar detrás de los bueyes. Era buen cazador, pero si su pueblo se marchaba, no podría quedarse ahí cazando solo. No resistiría un primer invierno.

Por fin concilió el sueño, pero este tampoco fue tranquilo.

Soñó que algo terrible le sucedía a Suzette y que tenía que avisarla.

Soñó que solo él podía avisarla, pero estaba tan lejos que no llegaba a tiempo.

21

Nueva Orleans, septiembre de 1774

Suzette sintió que le clavaban un cuchillo en las entrañas y dejó escapar un grito.

Belmont se levantó de un salto de la butaca en la que leía un libro y cruzó a toda prisa el salón de muebles de flores lacadas, paredes de color claro y cuadros de tintas delicadas y temas pastoriles hasta la ventana frente a la que descansaba su mujer en un amplio y mullido canapé, entretenida hasta ese momento con la vista de la calle.

—¿Ya?

Ella asintió, con las manos abrazando su abultado vientre. Como era su primer hijo, había preguntado a todas las madres que conocía acerca de las señales inequívocas.

Ese dolor solo podía significar que estaba de parto.

—¡Que venga Anne!

Desde que mostró sus habilidades con madame Dubois, su doncella había ayudado a Blanche Girard a dar a luz a sus siguientes cuatro hijos; el último, Didier, hacía un año. Suzette no quería a nadie más junto a ella.

Belmont voló por toda la casa, avisando al resto de los criados de que prepararan la habitación de madame Fournier, pusieran agua a hervir y buscaran a Anne.

Pero la joven no estaba en ninguna parte.

—¡¿Adónde habrá ido hoy?! —gritó enfadada Suzette. En los últimos meses, Anne desaparecía sin avisar y luego sus excusas sonaban inventadas.

—Iré a por el médico —dijo Belmont nervioso, ayudándola a caminar hasta su dormitorio.

—Pero primero pídele a Alizée que venga.

Aunque tuviera la gran suerte de que el médico no estuviese

atendiendo a cualquier otro paciente en las afueras, Suzette quería a su lado a una mujer que hubiera soportado esos dolores y que le infundiera confianza. Su madre tenía mucha experiencia, pero su cuñada vivía más cerca. Alizée, la hermanastra mulata de Belmont, regentaba con su marido Pompe una posada a cuatro calles de distancia desde que el año anterior había comprado su libertad a los Fournier por trescientos veinte pesos. Suzette tenía contacto con ella y llevaba regalos a sus hijos.

Se tumbó en la cama e intentó mantener la calma controlando su respiración. Todos sus sentidos estaban alerta, concentrados en su vientre y en sus pensamientos. Entre los mordiscos del dolor, cada vez más frecuentes e intensos, rezaba para que todo fuera bien, para que el bebé naciera fuerte y sin problemas. Trataba de sofocar los gritos, pero no podía, y allí no había nadie para ayudarla, o animarla o consolarla, salvo la nueva cocinera y una doncella, ambas tan jóvenes que no tenían muy claro qué hacer. Les tuvo que chillar que le quitaran la ropa, que le pusieran un camisón de lino, que extendieran toallas sobre la cama, que se lavaran bien las manos... Dobló entonces las rodillas y sintió unas irrefrenables ganas de empujar. El dolor era insoportable.

Por fin llegó Alizée y se hizo cargo de la situación. A partir de ese momento Suzette apenas pudo pensar con claridad. Durante un tiempo que le resultó eterno, gritó y empujó con los dientes apretados cada vez que una voz, primero la de su cuñada y luego la del médico, se lo pidió.

En un lugar del este llamado Gaillarde, en las tierras pantanosas cerca del lago Borgne, entre la desembocadura del Misisipi y Nueva Orleans, a Anne se le encogió el alma al tener que despedirse una vez más de Bamboula.

En los últimos años se habían visto a escondidas de noche en alguna cabaña de esclavos de alguna plantación porque él no quería que supiera dónde vivía. Alguien la avisaba de cuándo y dónde, y ella acudía. Había insistido tanto que finalmente Bamboula había accedido a que conociera el lugar en el que vivía desde hacía tres años con otros esclavos escapados, conocidos como «cimarrones».

Un esclavo la había acompañado hasta el límite al que Bamboula podía acercarse sin peligro, donde había una tabla clavada en un árbol con unas palabras talladas que Anne, gracias a las clases de Suzette,

pudo leer: MALDITO EL BLANCO QUE CRUCE ESTA FRONTERA . Luego, tras recorrer pantanos impenetrables para quien no los conociera, con cipreses creciendo en el agua enfangada en la que se movían ranas, mapaches, caimanes y culebras, habían llegado a la cueva en la que habitaba su marido.

—¿Cómo voy a dejarte aquí? —preguntó Anne entre lágrimas.

—Por eso no quería que vinieras —se lamentó Bamboula—. No es tan terrible como parece. Y sabes que no estoy solo. Ya somos una treintena. Desde que Jean Saint Malo nos lidera, cada mes llega alguno nuevo.

Se refería a un esclavo escapado de D'Arensbourg, de la Costa de los Alemanes. Gracias a Saint Malo, los cimarrones vivían bastante organizados. A veces incluso hacían trabajos de campo a otros esclavos a cambio de armas y munición. O cortaban madera para construcción contratados por blancos que no los denunciaban porque sus jornales les salían más baratos que los de otros trabajadores. Vivían lo bastante lejos para esconderse, pero lo bastante cerca para conseguir utensilios y comida con la que ampliar su alimentación a base de animales salvajes, raíces y plantas, y para visitar a sus seres queridos.

—Me cuesta comprenderte, Bamboula —le recriminó ella como cada vez que se juntaban—. Podrías comprar tu libertad pagando abonos periódicos. Otros lo han hecho. Los negros libres llevan una vida más o menos normal.

—Yo no pago por lo que me corresponde como hombre. Es una cuestión de principios.

—O también podrías conseguir tu libertad luchando como soldado...

—Las de los europeos no son mis guerras.

—¡Oh, Bamboula! —exclamó ella abatida—. ¡Entonces la única opción que tenemos para estar juntos es que yo me quede aquí contigo! El mismo Saint Malo ha traído a su esposa.

—Tienes que cuidar de nuestro pequeño Demba. —Bamboula la miró a los ojos—. Ni sobreviviría en este sombrío lugar ni tú podrías renunciar a él. —Consciente de que su marido tenía razón, Anne hizo un leve gesto de asentimiento mientras el dolor le corroía las entrañas —. No te olvides de repetirle que no me nombre nunca. No podemos arriesgarnos a que se le escape que me ha visto.

A Anne se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas. Ni siquiera le había dicho al niño que ese hombre que lo abrazaba alguna vez por la noche y le tarareaba melodías nostálgicas era su padre. Pero Demba solo tenía tres años; no podría comprender los motivos que habían empujado a Bamboula a abandonarlos, y dudaba que con el paso del tiempo lo hiciera.

Como todos los cimarrones, Bamboula prefería vivir en esas condiciones, en la miseria —pero libre— antes que esclavo. No podía soportar que cualquier indio tuviera más libertad que él. Las nuevas instrucciones españolas eran las de tratar al indio de forma pacífica y recurrir al comercio y los regalos, mientras que para el negro seguía el látigo. Que Girard hubiera sido un buen amo no significaba que no fuera consciente de lo que hacían otros. Y, en cualquier caso, había muchas cosas humillantes además del látigo: la obediencia plena, la rápida respuesta a órdenes, siempre con la cabeza agachada y una falsa sonrisa en el rostro. Cuando echaron a los jesuitas del país de los illinois, en aquel barco que los llevó a Nueva Orleans, Bamboula pensó que nunca volvería al norte, adonde algunos escapaban ahora, pues sabía muy bien que allí seguiría siendo un ciudadano del escalafón más bajo de la sociedad. Y pagar por la libertad, un derecho que debería ser sagrado, le parecía aberrante. Así que, de momento, ese era su lugar.

—Y repítele cada noche... —a Bamboula se le quebró la voz— que su padre ya no es un esclavo, que no acepta órdenes ni de misioneros ni de comerciantes ni de dueños de plantaciones. Dile que he conseguido lo que deseaba desde niño, cuando me trajeron desde África encadenado con mis padres en uno de esos abominables barcos: ser libre. Algún día Demba será un hombre y sabrá comprenderme.

—Tenemos que irnos —dijo una voz desde el exterior de la cueva.

Habían acordado que la joven regresaría al atardecer con uno de los cimarrones, que pensaba pasar la noche en la ciudad.

Anne echó un último vistazo al pequeño escondrijo en el que habitaba un hombre tan grande como Bamboula. Le había traído algo de ropa, un par de mantas, una almohada, un hornillo, una sartén, dos platos y dos tazas de loza y una cesta con comida y bebida. Intentó convencerse de que el lugar era más acogedor ahora que antes de su visita.

Llenó el rostro de Bamboula de besos y lo abrazó con fuerza una última vez, sin saber cuándo volvería a verlo.

Era ya noche oscura cuando llegó a la vivienda del joven matrimonio Fournier. Al día siguiente pensaría qué excusa daría a su ama para explicarle por qué se había ausentado durante la cena, en caso de que hubiese reparado en ello. Se le estaban agotando: ya había abusado de visitas a conocidas en plantaciones y de alguna que otra aventura fantasiosa como que se había caído y golpeado la cabeza y permanecido horas inconsciente sin que nadie la ayudara. Por fortuna, Suzette era buena con ella. Estaba tan concentrada en su nueva vida como joven casada, dedicada a su marido, a que todo estuviese perfecto en su casa, a comentar su vida con sus amigas, y tan pendiente de su embarazo, que a menudo no le prestaba atención y, así, Anne había gozado de libertad para encontrarse con Bamboula.

En cuanto oyó los gritos, el corazón le dio un vuelco. Comprendió enseguida que su ama estaba de parto, que ella no había estado allí desde el principio y que habría consecuencias.

A ver qué se le ocurría esta vez.

Y a ver cómo le explicaba —teniendo en cuenta que pronto le resultaría imposible ocultarlo— que estaba embarazada de su marido fugado.

Tardó tres meses en atreverse a contárselo a Suzette.

A principios de diciembre, cuando la temporada de lluvias y huracanes había llegado a su fin, la recién nacida Adrienne alegraba los días de sus padres y la agradable temperatura indicaba el comienzo de un invierno suave, Anne aprovechó uno de los paseos por el jardín de la casa con Suzette para sincerarse, aunque finalmente decidió no hablarle de Bamboula; al fin y al cabo, era un esclavo de Girard. Pedirle a su ama que ocultara esta información a su propio padre, que tres años después aún no había digerido la huida de un hombre al que creía haberle ofrecido una buena vida, era mucho pedir.

Se inventó, pues, la historia de una violación. Una noche, de regreso de una fiesta en la plaza de los Negros. Estaba muy oscuro. No pudo ver su rostro. Por su forma de hablar le pareció negro; ni indio, ni blanco. La consecuencia crecía en su seno.

—¡Oh, Anne! —Suzette se conmovió—. ¿Por qué has tardado tanto en decírmelo?

—No quería entristecer su felicidad por el nacimiento de Adrienne...

—Eres fuerte, Anne. Lo demuestra que no hayas buscado los servicios de esas curanderas para librarte del niño. Tendrás a tu hijo y lo criarás con nosotros.

Anne suspiró aliviada.

Desearía ser libre y vivir con Bamboula como uno de tantos matrimonios de la ciudad, regentando un pequeño negocio, cuidando de su familia y de su casa y celebrando los días de fiesta. Lo que para tantos era normal, para ella resultaba imposible, por ser mulata, esclava y esposa de un cimarrón. Reconocía que pocas habían tenido su suerte de pertenecer a una mujer compasiva y generosa como Suzette; pero en el fondo pensaba que era más sencillo ser caritativo y desprendido cuando no te faltaba de nada, y que no era justo que el color de la piel te impidiera escoger y dirigir tu forma de actuar.

Pensaba como Bamboula, pero su instinto de madre le impedía huir.

Tal vez algún día consiguiera comprar su libertad; o tal vez algún día su ama se la concediera...

Al menos para soñar sí era libre.

Ese día se había liberado de un gran peso al confesar su embarazo y al recibir el apoyo de Suzette. Sus hijos saldrían adelante en un entorno seguro.

Por ahora, esa era su mayor ambición.

Saint Louis, Alta Luisiana, finales de diciembre de 1774

Al poco de amanecer, Cécile salió a recibir al notario Labuxière y al comandante Piernas, avisados por un criado para que acudieran a la casa. Los adolescentes Leroux-Dubois daban vueltas por la galería, a pesar del viento gélido, y las indias esclavas más jóvenes iban y venían o se detenían cerca de la entrada para hablar con Angélique, que, sentada encogida en una silla, se secaba las lágrimas. Había sido una noche difícil para todos: monsieur Bellerive había fallecido.

Los condujo hasta uno de los cuartos de la planta superior, donde yacía el cuerpo envuelto en una sábana recia de cáñamo. Con la ayuda de Piernas y del padre Meurin, que había acompañado a Bellerive en sus últimos momentos, los hombres de la casa lo transportaron hasta

uno de los cobertizos mientras el notario tomaba nota de las pertenencias del difunto y sellaba el armario del dormitorio y la puerta con lacre y unas bandas de papel. Como dictaba la ley, no se tocaría nada hasta que se cumplieran sus últimas voluntades. Luego se juntaron en la sala principal, donde esperaba Cécile con unas tazas de café recién hecho.

—Si les parece —dijo Labuxière sentándose a la mesa—, procederemos a la lectura del testamento.

—Entonces que entre Angélique. —Cécile hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—No es necesario.

—¿Cómo que no? Es la madre de sus hijos y la que ha cuidado de él en los últimos años y durante su enfermedad.

—Cécile —intervino Leroux—, creo que será mejor que hables tú después con ella.

La mujer frunció el ceño, pero comprendió que habría alguna razón para que la india no escuchase el testamento, así que tomó asiento.

Labuxière comenzó a leer:

—Como buen cristiano, católico, apostólico y romano, monsieur Louis Bellerive ha consignado su alma a Dios, a la Virgen santa y a todos los santos de la corte celestial para que intercedan por él con el Altísimo...

El fallecido había dispuesto que con el dinero que se obtuviese de la subasta de sus bienes —una vaca, una ternera, un toro, algo de ropa de buena factura, unas cajitas de plata para tabaco, un sable con empuñadura de plata y tres libros— se saldasen pequeñas deudas y se le pagase a madame Dubois el alojamiento que le debía desde el verano del año anterior. Dejaba además tres esclavos rojos —una madre y dos niñas— a su sobrina.

Antes de que Cécile protestara, el notario explicó:

—El decreto de O'Reilly terminó con la esclavitud india, pero la adquisición de Angélique fue anterior al decreto, así que lo que el fallecido dispone es legal.

Cécile soltó un bufido. Se levantó y salió dando un portazo. Siguiendo su lema de que había que hacer frente a los disgustos cuanto antes, se plantó ante Angélique, a cuyos pies estaban sentadas sus pequeñas hijas.

—¿Qué será ahora de nosotras? —preguntó en voz baja la india.

Cécile le repitió las palabras del notario. Pensó que podría hablar con la sobrina de Bellerive para que permitiese que Angélique se quedara con la familia Dubois, pero entonces cayó en la cuenta de que el capitán había vivido allí a cambio del pago de un alquiler por el uso de tres habitaciones de la casa, para él, su amante concubina y sus tres hijos, el pequeño de los cuales había fallecido hacía unos meses, al poco de nacer. Por mucho que le resultara injusto que el hombre no hubiera pensado ni en Angélique ni en las niñas en su testamento, no iba a cargar ella con varias bocas más que alimentar. Y más ahora que la barriga de la criada india Manon crecía por culpa de Étienne. Ya le había dicho a su hijo que tendría que cumplir con su obligación de educar a su descendiente en la fe católica y mantenerlo hasta que se casara.

Se inclinó y le dio un par de palmaditas a Angélique en el hombro donde descansaba una larga trenza de cabello entrecano.

—Conozco a la sobrina de Bellerive —se limitó a decirle—. Es una buena mujer.

Angélique se secó las lágrimas y se irguió.

—Me gustaría que enterraran a Louis junto a la tumba de nuestro hijo. Allí querré descansar yo también cuando llegue la hora de mi muerte. Por favor, dígaselo usted al comandante.

Cécile asintió, asombrada por el extraño vínculo emocional de esa mujer con quien no había sido capaz de pensar en ella al final de su vida, después de tantos años compartidos. En el año y medio que Bellerive había vivido en esa casa, Cécile no había escuchado ni gritos ni malos modos. Tal vez él la hubiera amado, pero como hombre moderado y disciplinado, dedicado al servicio e interés público, como repetía siempre, se había guardado sus sentimientos en la alcoba.

Tenía que reconocer que podía sentirse afortunada de que Leroux fuera todo lo contrario y no mantuviese oculto su amor por ella.

Al día siguiente del entierro, cuando Cécile, Leroux y Étienne se despedían del padre Meurin, que regresaba a su casa, vieron que se acercaba alguien a caballo. Enseguida reconocieron a Ishcate a lomos de su pinto.

Étienne se extrañó. Solían reunirse una vez al mes por negocios y no habían pasado ni dos semanas desde el último encuentro.

Ishcate desmontó y los saludó con un apretón de manos.

—Parto con mi tribu hacia las tierras del sur.

—Ya ha llegado la hora... —dijo Étienne apenado. Estaba al tanto de la venta de gran parte de las tierras indias de Kaskaskia, y sabía que Ishcate había hecho cuanto estaba a su alcance para convencer uno por uno a todos los jefes, pero tras meses de deliberación finalmente se había firmado el contrato. Lo echaría de menos. Era un buen cazador y un hombre de palabra—. ¿Dónde os instalaréis?

—En la zona del puesto de Arkansas.

—¿Y qué haréis allí?

Étienne trató de que no se le notara cierta envidia porque Ishcate estuviera más cerca de Nueva Orleans. Margaux no era más que un pequeño punto lejano en su memoria; en realidad, lo que a veces añoraba era el ambiente que recordaba de la ciudad. Saint Louis no dejaba de ser un pueblo grande. Sus ilusiones del comienzo se habían enfriado por la falta de dinero. Su padrastro se empeñaba en invertir de manera imprudente y buscaba mil excusas para evitar que Étienne se independizara. ¡Ni siquiera tenía su propia casa a los veinticinco años! ¡Iba a criar al hijo que esperaba Manon en la casa de su madre! No tenía pensado casarse con ella, pero al menos podrían gozar de una cómoda intimidad. A veces deseaba ser libre como Ishcate para empezar de nuevo en otro lugar, pero su elevado sentido de la responsabilidad le dictaba que tenía que ayudar a su madre y hermanos a salir adelante.

Ishcate se encogió de hombros, pero no respondió. Haría lo de siempre. Cazar y vender pieles.

—Os echaré de menos —dijo el padre Meurin palmeándole la espalda en un ademán que a Ishcate le recordó a su infancia—. Está mal que lo diga en voz alta, pero los kaskaskia habéis sido los favoritos de mi corazón. Espero que regreséis pronto y que yo viva para verlo.

—¿Regresar adónde? —Ishcate empleó un tono rabioso—. Les advertí que no vendieran las tierras, pero no me escucharon. El único que opinaba como yo, el gran jefe Tomera, falleció. Y el nuevo gran jefe, Ducoigne, a pesar de ser un hombre joven, dice que debemos irnos por nuestra seguridad.

—Solo la muerte es definitiva —sentenció Meurin—. También yo me fui para no volver y aquí me tienes.

Ishcate hizo un gesto de escepticismo y montó de un salto en su

caballo.

—¿Puedes esperar un minuto? —preguntó entonces Leroux.

Ishcate asintió. No tenía excesiva prisa porque su tribu se desplazaba despacio por los ancianos y todas las pertenencias que tenían que transportar en su viaje hacia el sur. Los podría alcanzar en cualquier momento.

Leroux entró en la casa y salió al poco con una carta que le entregó, junto con unas monedas.

—Si bajas a Nueva Orleans, llévasela a monsieur Girard con mis saludos. Si no, desde el puesto de Arkansas la mandas por barco. Hasta la primavera no partirá ninguno desde aquí y el último correo salía hoy y no he podido llegar a tiempo.

Ishcate se alejó a paso lento de las tierras del Misuri, donde había crecido y donde había pensado envejecer y morir. Mientras que otros kaskaskia de su edad no habían conocido más horizontes que aquellos, él había traspasado las fronteras del país de los illinois, lo cual le había permitido conocer la forma de vida, la cultura y la lengua de los quapaw, los franceses y los españoles. Por un lado, la experiencia le había hecho plantearse una vida diferente a la esperada para alguien como él; por otro, le había hecho ver que nada era tan sólido y cierto como la pertenencia a una tribu. Echaría de menos las praderas y los bosques de Kaskaskia, los mil tonos de verde, el rumor del agua sobre las rocas, el cielo que había visto pasar la vida de sus ancestros; pero tenía que asumir que su lugar estaba con su gente, dondequiera que viviesen.

Se llevó la mano a la medalla que le había regalado Suzette en su primera despedida y que nunca se quitaba. La gran ventaja que veía en el traslado a las tierras del puesto de Arkansas —su gran secreto— era que estaría físicamente más cerca de ella. Aunque ambos estuviesen recorriendo su propio camino, tenía la certeza de que, al menos desde que se vieron en aquella celda, la joven pensaba en él tanto como él en ella.

Y pensar en Suzette lo ayudaba a continuar adelante.

Al fin y al cabo le había prometido que seguiría vivo para que ella pudiera soñarlo.

Recordó entonces el sueño que se repetía en sus noches. Algo terrible le sucedía a Suzette y él no llegaba a tiempo para avisarla.

Las primeras veces lo interpretó como el resultado de su deseo

por verla; últimamente, como una señal del Gran Espíritu de que hacía bien en marcharse al sur con su gente. O, tal vez, pensó con una sonrisa, el sueño tuviera una explicación tan sencilla como que Suzette trataba de establecer una comunicación con él que traspasaba las barreras del espacio, del tiempo y de los sentidos.

Sí; tal vez simplemente Suzette le estuviese reclamando que volviera a ella.

22

Nueva Orleans, junio de 1775

Una semana después de que aparecieran los primeros síntomas —cansancio, escalofríos, dolor de cabeza y náuseas—, Belmont no era ni la sombra del apuesto y decidido joven con el que Suzette se había casado. La terrible fiebre amarilla lo había consumido. La enfermedad había llegado demasiado deprisa y con demasiada fuerza.

Tumbado en la cama, con aspecto cadavérico, ya no quería que le trajeran a la pequeña Adrienne y apenas hablaba. Solo quería que Suzette le sujetara la mano y le relatara recuerdos de la infancia compartida, de su primer baile, de su primer beso, de la ilusión con la que comenzaron su vida juntos en esa casa, de cómo la decoraron, de la espera del nacimiento de Adrienne... No quería hablar del futuro de su amada esposa y su adorada hija por temor a no formar parte de él.

La noche en que presintió que su final estaba próximo, giró con esfuerzo la cabeza para contemplar a Suzette. No se había separado de él ni un instante y el agotamiento había dejado huella en su precioso rostro. Ella le sonrió con ternura.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Rezar, amor mío.

—Lo hago, Belmont. Con todas mis fuerzas.

—Por mi alma, Suzette. Mi cuerpo se acaba.

La barbilla de Suzette comenzó a temblar. Luchó para no llorar ante él y hundió la cara en su regazo. Ya habían comenzado a fallarle algunos órganos. Pronto le fallaría el corazón, ese corazón noble y generoso que ella había tenido la suerte de conocer.

Belmont le acarició el largo cabello.

—Háblale de mí a Adrienne todos los días... Que no me olvide.

Sin alzar el rostro, ella asintió con la cabeza.

—He sido plenamente feliz contigo —susurró él—. Gracias.

Y ya no dijo nada más.

La tragedia familiar convirtió la mente de Suzette en un territorio de pantanos azotado por huracanes e inundaciones.

Levantarse, caer, volver a levantarse.

Ese era el espíritu de los habitantes de Luisiana, le repetía su padre. Cada cierto tiempo los edificios de Nueva Orleans crujían por las fuertes ráfagas de viento y sus calles desaparecían bajo los colosales vertidos de las aguas del cercano lago Pontchartrain. Enmudecía el bullicio y los temerosos habitantes murmuraban sus rezos católicos o africanos hasta que las aguas del Misisipi volvían a su cauce y la ciudad poco a poco iba recuperando su pulso.

En general, la normalidad siempre regresaba. Solo era cuestión de tiempo.

¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto le costaría a ella asimilar ese golpe? Le parecía imposible que algún día fuera capaz de retomar alguna sencilla actividad cotidiana.

Todas las familias salían adelante tras la muerte de uno de sus miembros. La muerte formaba parte del día a día. Un accidente. Una guerra. Un ataque de los nativos río arriba. Viruela. Malaria. Vómito negro. Fiebre amarilla.

El tiempo lo arregla todo, le decían.

Para ella, ahora el tiempo se había convertido en un odioso y lento monstruo que la paralizaba, cuando lo que deseaba con toda el alma era que avanzara para alejarla de ese instante y de ese lugar. Sus pensamientos eran una mezcla cenagosa de recuerdos y sensaciones. Tan pronto era una niña con toda la vida por delante como una adolescente enamorada de un indio, como una joven ilusionada en el día de su boda; tan pronto escuchaba la voz atronadora de su padre como jugaba con sus numerosos hermanos; tan pronto visualizaba el rostro rosado de un bebé como el descolorido de un hombre muerto.

Se había casado con Belmont Fournier hacía poco más de tres años en esa misma iglesia de San Luis en la que estaba ahora y jamás lo había lamentado. Ni un instante. Ni siquiera la noche en que pisó su nuevo hogar como recién casada, con el vestido de novia manchado de sangre de otro hombre. Ni siquiera cuando las manos suaves de Belmont la desnudaron y tuvo que esforzarse por no pensar que eran las de Ishcate las que le arrancaban los primeros gemidos. Ni siquiera entonces. Su amor por su esposo era distinto y también auténtico. Su matrimonio había sido un gran acierto. Belmont y ella se entendían

bien. Belmont era un hombre joven y fuerte. Vivían en una preciosa casita con balcones de madera en el centro de la ciudad, en la que disfrutaban de independencia e intimidad y hacían planes de futuro con la pequeña Adrienne. Algún día se mudarían a la gran plantación familiar que le correspondía a él por ser el primogénito, donde no sentirían tanto el calor agobiante y la humedad de los largos veranos...

Nada de eso existía ya.

Nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas. Tendría que acostumbrarse a hablar de él en pasado.

Se había casado a los dieciséis años y medio. Había sido madre a los dieciocho. A los diecinueve, era una viuda con una hija de nueve meses.

Que no se lo repitieran más: no se creía eso de que el tiempo lo curaba todo.

Adrienne crecería sin su padre, ni siquiera podría recordar su rostro ni el sonido de su voz. Siempre sería un extraño con quien compartiría apellido, por mucho que le hablara de él todos los días.

—Suzette —susurró Margaux a su lado—. Es hora de salir.

La ceremonia había terminado y no se había enterado de nada. Cuando todos alabaran las palabras del padre Cirilo de Barcelona, el sustituto español de fray Dagovert, ella tendría que limitarse a asentir.

Al alzar la vista advirtió que los varones de ambas familias ya portaban el féretro sobre sus hombros y esperaban a que ella se situase tras ellos para comenzar la procesión hasta el cementerio.

Recorrió el largo pasillo sintiendo las miradas de lástima de los asistentes, en pie ante los bancos de madera. Contó cien pasos. Pensó en el día de su boda, en el bautizo de Adrienne y otras celebraciones familiares. De pronto el elegante centro religioso le resultaba tenebroso y grotesco.

Aunque con andar inestable, soportó el trayecto del cortejo hasta el exterior. Frente al gran espacio abierto de la plaza de armas, sintió un ligero vahído. Su madre la tomó del brazo. Su madre, que estaba en el séptimo mes de un nuevo embarazo; su madre, que había enterrado a sus padres y a un hijo pequeño...

Suzette quería tener la fortaleza de su madre.

Se aferró a ella para cruzar la plaza y caminar hasta el extremo de la calle Saint Pierre, que moría en el río, donde se encontraba el pequeño cementerio de la parroquia. El murmullo del agua rompía la

paz deseable en un camposanto; o quizá la voz del río se fundía con la de los muertos. El sacerdote tuvo que elevar el tono para que se oyera el último responso antes de introducir el ataúd en el agujero excavado en el suelo.

Suzette sintió que cada palada de tierra que caía sobre el cuerpo de su marido también lo hacía sobre su espalda. Con cada nuevo sollozo, su alma se encorvaba. Murmuraba palabras inconexas. Sus pensamientos eran erráticos. En una tumba cercana, un camaleón al sol lanzaba la lengua para cazar moscas. Pero consiguió recordar algo que tenía que hacer. Buscó a Anne con la mirada y la criada se le acercó y le entregó una bolsa de fino algodón bordado que Suzette dejó caer en la tumba.

Era la larga trenza de su cabello, que se había cortado para que acompañara a Belmont en su viaje.

Volvió a sollozar.

Tenía que esforzarse por recomponerse. Ahora le darían el pésame. Belmont pertenecía a una de las familias más conocidas de la ciudad. Le debía un último esfuerzo a su marido, para que no hablaran mal de su funeral, para que lo recordaran como se merecía.

Le presentaron sus más sentidas condolencias decenas de personas: oficiales civiles y militares del gobierno español, comerciantes, propietarios de plantaciones y conocidos de las grandes familias de Nueva Orleans. Sin embargo, Suzette solo recordaría luego con nitidez a aquellos con quienes Belmont y ella habían tenido una relación más personal: Jeanne Fournier y su marido, Philippe Laurent; Marie de la Ronde; Louise Le Sénéchal sin su esposo, Francisco Bouligny, de viaje en España; Oliver Pollock sin su esposa, que ahora residía en Pensilvania mientras él iba y venía; y su cuñada mulata Alizée, que no había parado de llorar agarrada al brazo de su marido Pompe.

Y, por fin, la llevaron a casa, donde solo pudo encontrar algo de consuelo en el olor de la piel limpia, fresca e inocente de la pequeña Adrienne.

La abrazó fuerte, como si necesitara asegurarse de que su hija era real, la única razón para seguir adelante, la única cuerda que la sacaría del pozo oscuro en el que sentía que estaba cayendo.

Dios no la había hecho para el amor, pensó. Había tenido que renunciar a Ishcate. Y se había tenido que despedir de Belmont. Todo

su amor sería ahora para su pequeña.

Adrienne rompió a llorar y Anne se acercó para hacerse cargo de ella; consiguió calmarla.

—Oh, Anne —dijo Suzette entre sollozos—. ¿Cómo pudiste resistir la muerte de tu hijo? Qué insensible fui. Espero que me perdones.

Anne se mordió el labio para aguantar las lágrimas que le surgían en cualquier momento del dolor desgarrador que no desaparecía de su interior y que debía ocultar. Su segundo hijo había fallecido a las pocas semanas de nacer, hacía apenas un par de meses. Como su ama creía que era el resultado de una violación, había insinuado que Dios la había liberado del recuerdo permanente de la agresión. Y le había aconsejado que se volcara en el pequeño Demba para seguir adelante, como si la presencia de uno bastara para borrar el dolor por la ausencia del otro. Suzette había tenido que vivir la experiencia del fallecimiento de Belmont para comprender la dimensión de la herida.

—Pienso en él todos los días —respondió—. Siento que desde el cielo me hace compañía.

—Belmont... —Suzette volvió a gemir su nombre.

Anne le apretó la mano. Ella sentía la muerte de monsieur Fournier, pero también le preocupaba su futuro, ligado al de su ama. En el contrato matrimonial había estipulada una cantidad que no sabía si resultaría suficiente para el mantenimiento de todos los esclavos de la casa, y ella tenía a Demba, un niño que aún no podía trabajar ni de mensajero. Durante el velatorio había escuchado a monsieur Girard decir que lo mejor sería que su hija se trasladara a la nueva plantación familiar junto al lago Pontchartrain. Y dudaba que el hombre quisiese tener cerca a quien le recordara a diario al ausente Bamboula.

—La tristeza se ha adueñado de esta casa —murmuró Suzette—. ¿Qué haré ahora?

—Descansar y comer bien —respondió Anne, con el firme propósito de encargarse personalmente de la recuperación de su ama.

A los dos meses del funeral Suzette comenzó a dar cortos paseos más allá del jardín.

Acompañada de Anne, que se había convertido en su sombra, con un velo que cubría su rostro y vestida de negro riguroso a pesar del insoportable calor de agosto, se propuso como meta llegar cada día

una cuadra más lejos. Cada pequeño avance era un triunfo que hacía más soportable el lento paso de los días. Sus padres insistían en que se trasladase a la plantación, pero de momento a ella no le apetecía regresar al inevitable jaleo provocado por seis hermanos entre los diecisiete y los dos años de edad y, además, su madre estaba a punto de dar a luz a otro. Suzette necesitaba ir avanzando poco a poco. Necesitaba tranquilidad, paz y silencio.

—¿Qué le parece si hoy llegamos hasta la casa de Alizée? —sugirió Anne un lunes por la mañana.

Suzette asintió. Su cuñada se había preocupado por ella desde la muerte de su hermanastro. La había visitado un par de veces y le había hecho llegar dulces deliciosos. Le gustaba estar con Alizée. Era poco habladora y sus ojos y su sonrisa le recordaban a Belmont.

Cuando llegaron a la posada que regentaba Alizée, en la calle St. Philippe, a cuatro manzanas tanto de su casa como del río, Suzette estaba física y mentalmente exhausta. Había tenido que saludar a varios conocidos con demasiadas ganas de cháchara y el calor era más agobiante de lo normal. La humedad le pegaba la ropa interior a la piel y el cabello, corto aún, a la frente.

Alizée las recibió con los brazos abiertos en la gran sala de la planta baja que servía tanto de recepción como de comedor. Las invitó a pasar a una salita decorada con sencillez, muy limpia y confortable, y les ofreció un té.

Suzette recordó el día que obligó a Belmont a visitar por primera vez el negocio que su hermanastra mulata se había arriesgado a abrir tras comprar su libertad. Su marido había terminado por reconocer su admiración, incluso orgullo, por lo conseguido. En una casa de tamaño medio construida de argamasa y piedra entre postes, Alizée y Pompe habían habilitado doce habitaciones para huéspedes que daban tanto a la calle como al patio y jardín interior, donde cultivaban un pequeño huerto y tenían gallinas para emplear sus propias hortalizas, huevos y carne en los guisos que ofrecían tanto a quienes se hospedaban allí como a quienes trabajaban en los muelles. Pronto se habían hecho con una clientela fija, entre otras razones porque apenas había establecimientos como ese en Nueva Orleans.

Suzette envidiaba la fortaleza de Alizée: a pesar de no haber hecho otra cosa en la vida que trabajar por su libertad y su familia, siempre tenía una sonrisa en el rostro. Sin embargo, ella, que había

crecido entre lujos y doncellas, parecía una anciana que arrastraba los pies al caminar.

—No te quitaremos mucho tiempo, sabemos que estás siempre muy ocupada.

—Todo puede esperar, madame. Además, los hijos mayores ya ayudan.

—Me alegra que vaya bien el negocio. —Suzette se abanicó con las manos—. Aunque no sé cómo viene nadie a la ciudad con este calor.

—Ahora hay mucho movimiento de barcos de mercancías río arriba y río abajo, madame. —Hizo un alto al ver que una figura pasaba ante la puerta de la salita en dirección a la sala más grande—. Disculpe un momento.

Alizée se alejó a preguntar al cliente y, de pronto, Suzette sintió que se le detenía el corazón.

Esa voz...

Inconfundible.

Cruzó la mirada con Anne y supo que no estaba equivocada.

Ishcate. Era la voz de Ishcate. Ishcate estaba a unos pasos. ¿Cómo? ¿Por qué?

Sintió la presión del corsé, la falta de aire, y se llevó las manos al pecho. Luego se puso en pie de un salto, como si hubiera recuperado súbitamente toda la energía perdida. Llegó hasta la puerta y allí se detuvo para mirarlo.

Estaba de espaldas. Llevaba el cabello negro atado con una cinta de cuero, una camisa larga de lino, unos calzones de ante fino hasta los tobillos y mocasines de cuero. Junto a sus pies había un fardo, señal de que, o bien pensaba alojarse allí, precisamente allí, o bien ya se marchaba. Escuchó que preguntaba:

—¿Dónde puedo dejar mi caballo?

—Tenemos un establo en la parte de atrás —explicó Alizée—. Eso será medio peso más la noche.

Ishcate asintió.

«Llega ahora», pensó Suzette. Se alojaría a poca distancia de su casa. De ella.

Solo tenía que abrir la boca y pronunciar su nombre y él se giraría y ella podría ver su rostro después de más de tres años sin saber de él.

Tres años. Una eternidad.

Desde el día de su boda.

Con Belmont.

Suzette se apartó de la puerta y apoyó la frente contra la pared tratando de controlar la respiración. ¿Cómo iba a hablar con él delante de Alizée? La mujer percibiría el brillo en sus ojos, el temblor de excitación en su voz, la resurrección de su alegría. ¿Cómo podía traicionarla su cuerpo de esa manera? No podía haber mayor humillación para el recuerdo de Belmont. Sintió vergüenza de sí misma.

Anne se le acercó y Suzette se llevó un dedo a los labios para indicarle que se mantuviera en silencio. Cuando comprendió que la conversación terminaba, se sentó como si nada hubiera pasado y escuchó con avidez las explicaciones de Alizée:

—¡Cómo cambian los tiempos! Indios en una posada... Lo normal es que se alojen en campamentos a las afueras, pero este viaja solo.

—¿Y no ha dicho por qué? —preguntó Anne con naturalidad, en vista de que su ama había perdido el habla.

Alizée movió la cabeza de lado a lado.

—No. Pero llevaba bastante dinero en la bolsa. A veces algunos traen sus propias pieles para vender en la ciudad y luego se quedan unos días para divertirse. —Frunció el ceño—. Espero que no me traiga a ninguna mujerzuela a la habitación. Este es un lugar decente.

—Gracias, Alizée, por este rato tan agradable. —Suzette se puso en pie.

Tenía que marcharse de allí cuanto antes. Ishcate podría salir en cualquier instante y no quería encontrarse con él.

Lo deseaba con toda su alma, pero aquello no podía suceder.

Todavía.

¡Ah, cómo podía pensar siquiera en la posibilidad...!

Suzette peleó contra sus sentimientos durante una semana en la que se mostró más activa y resuelta que nunca. Se levantaba pronto para pasear por el jardín, atendía a Adrienne, ordenaba sus armarios y cómodas, se preocupaba por las compras y las cuentas de la casa, se preocupaba por su aspecto.

Tenía que estar atareada para no pensar en Ishcate.

La alteraba saber que se alojaba a una corta distancia a pie y que no se habían visto porque él no había pasado a visitarla —«¿Por qué

no lo ha hecho?», se preguntaba; «Menos mal que no lo ha hecho», se repetía— y que podría marcharse —«No se lo perdonaré nunca»— sin haber tenido ocasión de verle el rostro —«Seguro que no ha cambiado mucho»— o de intercambiar unas palabras —«¿Te has casado?, ¿tienes hijos?, ¿eres feliz?»—. Al mismo tiempo se tachaba de indecente e impía por sus pensamientos. ¿Cómo podía albergar unos deseos de vida tan intensos cuando estaba de luto por la muerte de Belmont? ¿Qué decía eso de sus sentimientos?

Hacía poco quería que el tiempo pasara rápido y ahora quería que se detuviera.

Creyó enloquecer.

Y no podía confesarle a nadie su pecado, su dilema moral.

Sus lágrimas en el entierro de Belmont habían sido sinceras. Había sufrido mucho. El dolor la había hundido. ¡Ah, pero la muerte no tenía remedio!, pensaba ahora. ¡Ni terminaba con el amor! Y otros hombres y mujeres habían rehecho sus vidas tras quedarse viudos. La sociedad otorgaba la absolución después de un largo periodo de duelo, pero ¿cuánto tiempo se necesitaba para que desapareciera el sentimiento de culpa?

Por fin la tarde del domingo, poco antes de caer la noche, le dijo a Anne:

—Tengo que verlo. Ve a buscarlo. Y júrame por el alma de tu hijo muerto que me guardarás el secreto.

Anne no se movió. Tenía que aprovechar ese momento de desesperación de su ama. Inspiró hondo antes de decir:

—La ayudaré si cuento con su palabra de que no me venderá nunca.

Suzette esbozó su primera sonrisa en mucho tiempo, preludio de las que deseaba que vinieran.

—¡Oh, Anne! No necesitas promesas. ¡Te querré conmigo hasta el final!

Anne se marchó aliviada y Suzette puso en marcha su plan.

Primero se cambió de ropa y eligió un ligero y sencillo vestido de flores, largo hasta el tobillo y abrochado por delante. Luego preparó una cesta con algo de comida, fruta y bebida que dispuso en una mesita en la salita contigua al dormitorio de invitados, el más alejado de la habitación que había compartido con Belmont. Siempre se había visto con Ishcate a escondidas y deprisa. Por una vez en su vida,

deseaba disfrutar de su presencia con calma. Por último, dio fiesta a los tres criados que conservaba, a los que sugirió que se fueran a la plaza de los Negros que, por ser domingo, estaría muy animada. Ella se encargaría de los niños hasta que regresara Anne, que no tardaría.

—Tenemos que ir recobrando la normalidad poco a poco —les dijo a los criados mientras cogía en brazos a Adrienne y tomaba a Demba de la mano—. Y no habéis salido desde que falleció monsieur Fournier.

Sentada en una butaca de la salita que daba al jardín, mientras mecía a su hija y vigilaba que el curioso Demba no rompiera nada, se sintió nerviosa como una adolescente y, a la vez, segura de que lo que más deseaba era borrar la tristeza de su alma. Y el único que tenía el poder para hacerlo era Ishcate.

Sonaron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —dijo Suzette.

Era Anne. Con un gesto de la cabeza le dio a entender que él estaba ahí. Cogió a Adrienne en brazos y a Demba de la mano y salió. Unos segundos más tarde entró Ishcate, que se aproximó a Suzette resuelto.

Y al fin el tiempo se detuvo, justo como ella había deseado.

—Has tardado tres años en venir a verme —le recriminó tras unos segundos de silencio.

Extendió las manos para que él las tomara mientras recorría con la mirada su rostro y concluía que apenas había cambiado, a pesar de los pequeños adornos de su nariz y orejas perforadas; que era y estaba como lo recordaba: apuesto, luminoso, natural, firme. Sintió que el cuerpo tiraba de ella para abrazarlo, para que la estrechara contra su pecho y todo desapareciera menos ellos, pero se obligó a permanecer quieta.

—Demasiado —admitió él.

Suzette lo guio hasta un canapé de seda de color crema donde tomaron asiento. Se inclinó ligeramente sobre la mesita cercana, llenó dos copas de vino y le entregó una.

Había tanto de lo que hablar y tan pocas palabras capaces de expresarlo...

—Y bien —dijo al fin—, ¿adónde fuiste cuando te liberé de la cárcel?

Ishcate la puso al día sobre su estancia con los quapaw y Sarazen,

su regreso a Kaskaskia y sobre la familia Leroux-Dubois en Saint Louis.

—Ahora vivo río Arkansas arriba —concluyó—, cerca del fuerte español. Mi tribu se ha unido a los quapaw. El comandante...

—Leyba, sí —lo interrumpió ella—. Los conocí a él y a su mujer.

—Me refería al comandante que hay ahora: Balthazar de Villiers. Leyba se fue hace poco a Saint Louis. Me alegro por él: no estaba a gusto en Arkansas. Villiers nos dio la bienvenida y nos ofreció tierra para plantar maíz.

Suzette sonrió al imaginarlo enredado con rastrillos o arados.

—¿Y qué tal se te da la agricultura?

—Yo soy guerrero y cazador. —Ishcate le devolvió una sonrisa burlona—. Le dijimos que no, gracias, que preferíamos establecernos separados, remontando la corriente del río Blanco. Se negó. También se negó el gobernador Unzaga. Así que nos quedamos con los quapaw. Algunos sí plantan maíz, pero Sarazen y yo cazamos mucho. Me va bien. Entre las pieles y algún trabajo de intérprete no me falta de nada...

Se interrumpió y la miró fijamente a los ojos. Había mentido. Le faltaba ella en el día a día, pero no se iba a engañar: aunque la tuviera enfrente en ese mismo momento, pronto volverían a separarse. Bajó la vista hacia la delicada mano de ella que sostenía entre las suyas y la acarició unos instantes antes de decir:

—Sentí tu dolor en mis sueños. Vine a Nueva Orleans solo para verte. Me enteré de la muerte de tu marido el día de mi llegada y al fin entendí. Quise visitarte en tu casa enseguida, pero no sabía si sería bienvenido. Merodeaba por tu calle. Si no hubieras enviado a Anne a buscarme, no sé si habría aguantado la espera mucho más. —La miró con extrañeza—. ¿Cómo supiste dónde estaba?

—La dueña de la casa de huéspedes es hermanastra de mi difunto marido. Te vi cuando llegaste —confesó—. Estaba allí. Quise acercarme, hablar contigo...

«Y abrazarte...»

¿Por qué no decirlo abiertamente?

—Y abrazarte.

Ishcate la miró a los ojos con una intensidad que la hizo estremecer y que convirtió su cuerpo en un brioso caudal de emociones: se sentía como el arroyo que volvía a susurrar en primavera tras el silencio del invierno; como la impetuosa cascada que

desafiaba al vértigo; como la lluvia que regaba los brotes de las plantas, jubilosas por reverdecer.

—¿Aún lo deseas? —preguntó él.

Ella asintió.

Ishcate la atrajo hacia su pecho y la envolvió con sus brazos. Era tan menuda comparada con él... Apenas había crecido físicamente desde aquellos besos en la tienda a las afueras de la ciudad, cuando estaba dispuesta a abandonar a su familia para fugarse con él. Si lo hubiera hecho, pensó, si hubiera vivido con él en algún lugar del norte, ahora su piel no sería tan suave y sonrosada, ni tan dulce el aroma de ese hermoso cabello castaño del color de la tierra recién labrada.

—Te has cortado la melena —advirtió él.

Suzette le explicó por qué.

—Pensaste como una india —murmuró Ishcate conmovido.

Le acarició la espalda con esas manos que, ásperas por el viento y el frío de los inviernos, se enganchaban en las flores bordadas del tejido.

Suzette se apartó para poder levantarse y comenzó a desabrocharse los lazos que cerraban su vestido. Se alegró de haber elegido el más fácil de poner de su armario pensando en ese instante, porque ahora le urgía librarse de la barrera que la separaba del contacto de la piel de Ishcate.

Se sentía audaz.

Si algo le había enseñado su experiencia con la muerte era que la vida pasaba muy rápido, que no se podían desperdiciar las ocasiones de ser feliz. Y si algo le había enseñado su breve aunque satisfactoria vida de casada era cómo disfrutar del cuerpo de un hombre. Era una mujer consciente de sus actos.

Quería amar a Ishcate y ser amada por él.

No sentiría remordimientos. No habría de qué arrepentirse. Bebería del espíritu de Ishcate para soportar luego la ausencia.

Porque él se iría.

Se iría porque nunca podrían vivir juntos.

No, nunca podrían vivir juntos, pero tampoco separados.

«Unidos de por vida»; repitió para sí la promesa que se habían hecho hacía tres años.

Suzette se desprendió también de la enagua y, cubierta ya solo

por la camisola de muselina, extendió la mano hacia Ishcate y lo guio hasta el dormitorio contiguo. Junto a la amplia cama de nogal, lo ayudó a quitarse la camisa y disfrutó del tacto de su torso tostado y musculoso.

Alzó la cabeza y buscó su mirada.

Y supo que Ishcate la deseaba tanto como ella a él y que nada más importaba.

Ni las dudas, ni la culpa, ni las reglas sociales, ni sus diferentes mundos, ni el transcurso del tiempo.

23

Nueva Orleans, marzo de 1776

Jérôme Girard le había dado muchas vueltas al nombre de la plantación que había comprado para encontrar alivio a los veranos insoportablemente calurosos de la ciudad, para mostrar a la sociedad que los negocios le iban bien y para cultivar azúcar de caña, que —por lo que había calculado— acabaría proporcionándole más beneficios que el índigo. Finalmente se había decidido por el nombre melodioso de la región de Francia de donde provenía. Auvernia. Sonaba a lujo y esplendor, aunque no fuera una propiedad tan grande como otras de Nueva Orleans.

La plantación Auvernia ocupaba cuarenta arpendes cuadrados en la parte noreste de la ciudad, entre los *bayous* de St. John y Savage, brazos del río con aguas pantanosas surgidos de antiguos meandros de lento discurrir del Misisipi. En una cresta elevada con menos posibilidades de inundación, justo frente al lago Pontchartrain, Girard había encargado construir una casa de dos plantas de sesenta por cuarenta pies, siguiendo el estilo colonial francés, a la que se llegaba por un camino flanqueado por jóvenes robles bajo cuya sombra esperaba pasear cuando fuera anciano. Y, cuando se cansase entonces, se sentaría en la galería que rodeaba el edificio para deleitarse con las vistas al lago.

Ah, pero todavía faltaba mucho para eso. A sus cuarenta y nueve años aún se sentía fuerte y lleno de energía.

Deslizó la vista satisfecho por el enorme jardín donde correteaban sus tres hijos pequeños y pensó que comprar aquella propiedad había sido un acierto. La casa de la ciudad resultaba práctica para los dos o tres meses más fríos del invierno, pero apenas tenían espacio, así que cada vez pasaban más tiempo en la plantación, donde todos parecían más felices.

A su lado, vigilando a la más pequeña, Elodie, que gateaba sobre

una manta en el suelo, su esposa Blanche conversaba con Margaux, que sostenía en brazos a su hija de cinco meses, observadas por el joven Gabriel y los adolescentes Jules y Victoire, de dieciocho, quince y doce años. Y en cualquier momento llegaría Suzette con Adrienne. Cuando estaban todos juntos se acordaba con más pena del hijo fallecido, Thierry, pero daba gracias a Dios por que le hubiera compensado la pérdida con más descendientes.

En cuanto vio la cara de Suzette, Girard supo que algo no iba bien. Tras la muerte de su marido a principios del verano anterior, durante dos meses no había querido ver a nadie. Después comenzó a salir algún rato a pasear y pareció que retomaba su vida. Tanto Blanche como él le habían insistido en que se mudara a la plantación con ellos, pensando también que la pequeña Adrienne sería feliz con sus jóvenes tíos, pero Suzette se había cerrado en banda.

Girard esperó unos minutos a que su hija terminara de saludar a su madre y hermanos y se puso en pie con exagerada lentitud, como si le costara desperezarse.

—¿Me acompañas a dar un paseo, Suzette? Llevo sentado demasiado tiempo.

—¡Pero si acaba de llegar! —protestó Blanche.

Suzette tomó el brazo de su padre.

—Vamos hasta el lago y volvemos.

En cuanto se hubieron alejado unos pasos, Girard le preguntó sin rodeos:

—¿Qué sucede?

La joven sacó una carta del bolsillo de su falda.

—El otoño pasado, en un viaje que hizo a la ciudad, Ishcate preguntó por ti. Traía esta carta de parte de monsieur Leroux. Le dije que te la haría llegar y se me olvidó. Lo siento mucho. Espero que no fuera muy importante.

Era cierto. Se le había olvidado. En brazos de Ishcate había perdido la noción del tiempo.

Girard la leyó por encima y soltó un resoplido.

—Más de lo mismo: que están bien y que no me puede pagar. —Miró a su hija con detenimiento. El alivio reflejado en su rostro era demasiado leve—. Como ves, igual hubiera dado que me la entregases. Ahora dime, ¿qué te preocupa de verdad?

Suzette tardó en responder:

—Con la aportación que dejó Belmont en caso de fallecimiento casi no me llega para hacer frente a todos los gastos de la casa y te aseguro que no derrocho. Su hermano es ahora el heredero de la propiedad Fournier y no quiero tener que pedirle nada.

—Entonces, volverás a vivir con nosotros. Aquí nunca falta diversión. En poco tiempo recuperarás la sonrisa.

Oh, ya había sonreído, pensó. Con Ishcate. Durante semanas. Pero si algo había aprendido en sus veinte años de vida era que la felicidad para ella era veleidosa. Ahora iba y venía al ritmo marcado por Ishcate, obligado a desaparecer unas semanas tras las que regresaba para hacerla feliz y volver a marcharse.

Suzette sabía que esa situación no duraría. Ishcate necesitaba cazar y obtener pieles que vender para pagar su alojamiento en la ciudad; y ella se resistía a renunciar a sus encuentros por una cuestión principalmente económica. El dinero de Belmont tenía que servir también para dotar a su hija en un futuro. No podía —no debía — privarla de ese derecho para extender en el tiempo su relación con Ishcate. Y no solo eso: hasta ahora habían tenido suerte porque nadie se había enterado... Si alguien lo hiciera, también la reputación de Adrienne quedaría manchada para siempre. Reputación, honra, desprestigio... Esas eran palabras que empleaba su hermana Margaux. No había comprendido su verdadero significado hasta que fue madre.

Por Ishcate no le hubiera importado perder su honor. Por Adrienne, le entraban miles de dudas.

—Podría vender la casa y comprar otra más pequeña —pensó en voz alta.

Girard meditó unos instantes antes de decirle:

—Tienes que valorar que la gente de nuestra clase no comprendería que vivas sola. No es lo mismo quedarse viuda ya mayor que a tu edad. Digamos que perderías opciones de volver a casarte bien.

—No es algo que pase ahora mismo por mi cabeza, padre.

—Entiendo que es pronto, pero la vida es más larga de lo que parece. Mi consejo es que no te cierres puertas. Cuanto más viejo se hace uno, más arrepentimientos conoce, propios y ajenos.

Suzette deslizó su mirada por el paisaje en actitud reflexiva. La nueva residencia de sus padres estaba en la orilla de uno de tantos *bayous* de Nueva Orleans. Tenías que fijarte bien para darte cuenta de

si la lenta corriente, apenas perceptible, del riachuelo fluía hacia el mar o hacia arriba, lo cual dependía de si la marea era baja o alta.

Así se sentía ella por dentro.

Como un arroyo indeciso.

Nueva Orleans, abril de 1776

Suzette se resistía a perder su independencia, que le permitía continuar su relación con Ishcate. Si en algún momento flaqueaba y le daba la razón mentalmente a su padre, en cuanto Ishcate la abrazaba como lo hacía esa deliciosa noche de abril en la habitación de invitados que se había convertido en su nido de amor, el corazón le dictaba sus propias normas: regresar a la casa familiar supondría terminar con esos encuentros secretos que daban sentido a su vida; jamás podría amar a otro hombre como lo amaba a él; tenían más valor unos días con él que semanas con el mejor partido de Nueva Orleans.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Ishcate mientras le acariciaba la espalda.

—No quiero que esto se acabe —se sinceró ella, con el rostro sobre su torso desnudo.

—El destino ha sido con nosotros más generoso de lo que pude imaginar.

—Tú también intuyes que llegará el fin. Y no quiero. Una vez ya estuve dispuesta a escaparme contigo. Podríamos comprar una casita lejos de la ciudad...

Ishcate se incorporó ligeramente. Alguna vez habían imaginado cómo serían sus vidas en otro lugar donde nadie los conociera, pero al final la conclusión era siempre la misma: estaban demasiado atados a sus entornos, distintos de parte a parte. Sin embargo, algo en la voz de Suzette le decía que hablaba en serio.

—Otros niños franceses viven en la zona de Arkansas —continuó ella—. Adrienne tendrá amigas. Y guardaré el dinero de su padre para cuando sea mayor y ella decida qué quiere hacer con él.

—Perderás la relación con tu familia...

—Pero tú serás mi marido.

—Si encuentras a un sacerdote que bendiga esta unión.

—Si es necesario, podríamos recurrir a tu amigo, el padre

Meurin. Recuerdo que me impresionó su carácter seco y serio. Por lo que me has contado de él, parece un hombre más flexible de lo que aparenta. Podríamos ir al país de los illinois. ¡Me encantaría conocerlo!

Ishcate sonrió. Por lo visto, Suzette lo tenía todo pensado. La apartó con suavidad para levantarse de la cama y comenzó a ir y venir por la habitación.

—¿Cuándo y cómo? —preguntó de pronto animado por la propuesta—. Ahora es buena época para viajar porque vamos hacia el verano y suben muchos barcos río arriba. O podríamos alquilar un carro e ir por tierra. Sería más rápido... No. También más peligroso... A no ser que nos acompañaran Sarazen y otros guerreros. Puedo ir a buscarlos. En un par de meses como mucho estaría de vuelta. ¿Te habrá dado tiempo para vender la casa y organizarte? Anne te puede ayudar...

Suzette se echó a reír, contagiada de su ilusión.

—¡No había pensado ni en ella! Aunque es de mi propiedad, no la obligaré a seguirme. Si empezamos una nueva vida, solo quiero felicidad. Pero seguro que acepta, porque nada la retiene aquí. Solo me tiene a mí y estaré encantada de que ella y Demba trabajen en nuestra futura casa. —Se levantó y se lanzó a los brazos de él—. ¡Oh, Ishcate! ¡Nuestra casa! ¡Qué bien suena!

Él la abrazó con fuerza antes de mirarla a los ojos.

—Entonces, no perdamos el tiempo. Tú eliges el modo de viaje.

—Por tierra. En los muelles hay muchos hombres que trabajan para mi padre y podrían avisarlo.

—Partiré hoy mismo y regresaré con ayuda.

Suzette le dedicó una sonrisa radiante. ¿Qué suponían ocho semanas de espera para un premio tan grande? Se le pasarían volando, tantas eran las cosas que tendría que hacer. Con la excusa del traslado a casa de sus padres, vendería la casa y empaquetaría sus pertenencias sin levantar sospechas. Cuando su familia se enterase, ella ya estaría rumbo al norte.

René Dubois sonrió para sus adentros.

Tantos días de espionaje habían dado sus frutos. La casualidad había querido que un día reconociera en una calle al indio que le había plantado cara y había dejado cojo a su amigo en aquella taberna. Cuando los otros salvajes lo rescataron de la cárcel aquella

misma noche, amenazando de muerte al soldado de guardia —según relató este—, no se pudo cursar ninguna denuncia porque nadie sabía su nombre. Tras tomar declaración a varios testigos, para las autoridades el asunto quedó en una reyerta más de borrachos.

Habían pasado cuatro años, pero René no había olvidado el rostro del indio. Lo que nunca hubiera imaginado era que el azar le pusiera en bandeja una oportunidad de oro para hacer dinero y, de paso, vengarse de los Girard. Delatar al indio no le reportaría ningún beneficio; chantajear a la familia para no manchar su nombre, muchos.

Qué listo había sido al mantener la calma y seguir al hombre en lugar de denunciar dónde se alojaba y mandar que lo apresaran...

El indio salía de noche de la casa de huéspedes y se dirigía a una vivienda situada a poca distancia. Escondido entre la maleza de una propiedad abandonada frente a la casa, René había sido testigo de qué sucedía a continuación. En la puerta del jardín, una criada mulata, con actitud furtiva, le permitía la entrada y no volvía a salir hasta el amanecer. Aquello tenía toda la pinta de ser un encuentro amoroso clandestino. Tirando de la lengua a vecinos y clientes de su panadería, enseguida había sabido quién vivía allí y, aplicando la lógica, había concluido que, por edad, las destinatarias de los favores del hombre solo podían ser Suzette Girard o su doncella personal.

Tendría que forzar un poco su investigación e intensificar sus ruegos para que la elegida fuera la joven viuda blanca. A nadie le interesaría lo que hiciera la esclava por las noches. Y no podía fundamentar su chantaje en sospechas e intuiciones sino en pruebas irrebatibles.

Decidió, pues, encararse con el indio ante testigos. Lo siguió hasta la pensión y, cuando estuvo a tres o cuatro pasos de la puerta ante la que barría la dueña a esas horas tempranas, le gritó:

—¡Eh, tú, salvaje!

Ishcate se giró y reconoció al hombre que se dirigía a toda prisa hacia él empuñando un pistolete de chispa. Maldijo su mala suerte para sus adentros y en un gesto reflejo llevó la mano al cuchillo del cinturón, aunque de momento de nada le serviría. Permaneció quieto.

Alizée entró en la casa espantada y cerró y atrancó la puerta. Lamentó que su marido no estuviera ese día. Pompe había madrugado para acudir a una subasta de caballos en las afueras. Observó la escena

desde una de las ventanas entreabiertas del salón.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —exclamó René con sarcasmo—. ¡Y qué poderosa tiene que ser la razón por la que te has arriesgado a regresar a la ciudad!

—Nada que a ti te importe —dijo Ishcate sin apartar la vista del arma.

El otro solo disponía de un disparo: a no ser que le acertara de lleno en el corazón o en la cabeza, le clavaría el cuchillo antes de que tuviera tiempo de recargar.

—Me incumbe y mucho. Heriste a mi amigo y no pagaste por ello. Pienso entregarte a la justicia, a menos que lleguemos a un acuerdo.

—No me interesa ningún negocio contigo.

René fingió una risotada con la mirada puesta en el rostro de Ishcate para no perder detalle de su reacción al siguiente comentario, que emitió en voz muy alta:

—Ah, claro. Ya obtienes lo que necesitas de la joven viuda Suzette Fournier.

Ishcate enrojeció de ira. El nombre de su amada de nuevo en labios de ese miserable. Sintió deseos de golpearlo, pero cerró los ojos un instante. Recordó las palabras de su padre tras aquella noche en el bosque, cuando era un niño. Le recomendó que pidiera al Gran Espíritu fuerzas para soportar una vida difícil. El corazón había reaccionado con ímpetu; la mente le aconsejaba templanza. No debía responder a la provocación. Ya pensaría cómo resolver que René se hubiera enterado de su relación con Suzette. Inspiró y se dio la vuelta para marcharse.

—¡Eh! ¡Tú a mí no me das la espalda! —gritó René, que se abalanzó sobre él.

Al sentirse atacado, Ishcate se giró con la rapidez de un lobo. Levantó a René del suelo por las solapas y lo empujó contra la pared. El sonido de un disparo avivó su instinto guerrero de defenderse del enemigo y le golpeó la cabeza contra las piedras. Cuando percibió que el hombre no se movía, su sangre se calmó en las venas y lo soltó. El cuerpo de René cayó al suelo.

Ishcate fue asimilando qué había hecho y cuáles serían las consecuencias. Se arrodilló y agachó la cabeza. Permaneció en esa posición, aturdido, unos segundos.

Alguien se situó junto a él. Alzó la mirada y se encontró con la de Alizée. Suzette le había contado quién era. Hasta entonces ella ignoraba quién era él. Ishcate se preguntó si habría escuchado las palabras de René y si las habría creído. En cualquier caso, lo que distinguió en sus grandes ojos oscuros fue comprensión.

—Tienes que irte —dijo la mujer—. El disparo ha alertado a los vecinos. Es posible que alguien más lo haya visto todo. Y no tardarán en llegar curiosos.

Ishcate se levantó. Un hilo de sangre se deslizaba por su brazo desde el tatuaje del saltamontes. Siguió a Alizée al interior de la casa. En el suelo del recibidor había un bulto: era la piel con la que solía envolver sus pertenencias. La previsora mujer se había dado prisa en sacarlas de la habitación.

—Estás herido —le dijo ella—. Traeré algo para curarte.

—No hace falta, es solo un rasguño. Gracias igualmente.

No comprendía las razones de la mujer para ayudarlo, pero no olvidaría el gesto. Estuvo tentado de pedirle algo más: que le explicara a Suzette que, por precaución, tendría que tardar más de lo acordado en regresar; que le pidiera que lo esperase; que le asegurase que volvería a por ella. No obstante, para no correr más riesgos, guardó silencio. Se echó el fardo al hombro, reprimiendo un gesto de dolor, y se dirigió al patio donde estaban los establos para coger su caballo.

La bala solo lo había rozado.

Ese corte sanaría pronto.

Pero una vez más tenía que huir y poner tierra y tiempo de por medio.

Los sueños compartidos con Suzette no se convertirían en realidad en un futuro cercano.

Y su corazón herido no cesaría de supurar entretanto.

Alizée supo que tenía que hablar con Suzette. A las autoridades les dijo lo justo: que había oído gritos; que se había asomado y había visto a dos hombres peleándose; que uno había huido corriendo y que el otro había caído al suelo, que al verlo le pareció que estaba muerto y por eso dio aviso, y que al panadero Dubois lo conocía de oídas y lo tenía por un hombre impulsivo y pendenciero. Sin más datos sobre el contrincante, todo apuntaba a un ajuste de cuentas. Solo un testigo había declarado haber visto a un indio a lomos de un caballo al galope por la calle St. Philippe en dirección a las afueras de la ciudad. Su

descripción había sido precisa, pero los indios se parecían tanto que dar con él sería complicado.

A Suzette, sin embargo, Alizée tenía que contarle la verdad. Había sentido cierta curiosidad por los extraños hábitos de ese tal Ishcate de Kaskaskia: salía por la noche y regresaba —siempre sobrio — al amanecer. Le costaba creer que mantuviera una relación amorosa con Suzette, pero solo esto podía explicar su absoluta desolación tras la muerte de Dubois. Antes de marcharse, él la había mirado —había dolor en sus ojos— como si deseara confesarle algo, pero nada había dicho. En la decisión de Alizée no había ahora ánimo de fisgoneo sino de ayudar. Sentía que le tocaba a ella cumplir la misión de entregar un mensaje.

Una vez en la casa de su cuñada, solicitó hablar a solas con Suzette, que la recibió en un banquito de madera junto a una fuente en una parte pavimentada del jardín. Hacía una mañana espléndida, demasiado calurosa para finales de abril.

—Supongo que se ha enterado de la muerte del panadero Dubois... —comenzó Alizée tras recibir la invitación para tomar asiento.

Suzette pensó que la mujer había elegido ese tema para romper el hielo. Le intrigaba qué tenía que contarle que fuera tan importante y secreto. Esforzándose por disimular lo feliz que se sentía últimamente, cuando en teoría aún estaba de duelo por el fallecimiento de su marido, adoptó un tono neutro para comentar:

—No se habla de otra cosa. Que Dios lo tenga en su gloria, porque aquí en la Tierra no era muy querido. —Su cuñado, el hombre de confianza del gobernador, incluso había verbalizado ante la familia su alivio por el fallecimiento, porque cada cierto tiempo Dubois le seguía insistiendo de malas maneras en que cumpliera con la ley y forzara el regreso de su esposa desde Saint Louis—. Me imagino lo desagradable que ha sido para ti que sucediera en la puerta de tu casa.

Alizée asintió.

—¿Recuerda aquella vez que vino usted a visitarme a finales del verano pasado?

Suzette frunció ligeramente el ceño. ¿A qué se debía ese súbito cambio?

—El indio que se alojó en aquella ocasión —continuó la otra con cautela—, regresó después de Navidad y se fue y luego volvió hace un

mes.

El corazón de Suzette se detuvo un instante. ¿Por qué le hablaba de Ishcate? Forzó una tensa sonrisa y esperó a que Alizée fuera al grano.

—Fue él quien mató a Dubois.

Suzette bajó la vista hacia sus manos, cruzadas en el regazo, y escuchó el relato completo de lo sucedido. Los ojos se le llenaron de lágrimas, que empezaron a gotear sobre sus dedos. Tardó una eternidad en poder preguntar:

—¿Se lo has dicho a las autoridades?

—No.

—Pero lo harás.

—¡Por supuesto que no! —Alizée se ofendió—. Jamás difamaría su nombre, madame. Ni siquiera mi marido sabe la verdad. —Le contó entonces la versión oficial que había dado.

Suzette la miró sorprendida. Cualquiera habría aprovechado la ocasión para obtener algo a cambio de su silencio. Aliviada, se secó las lágrimas.

—¿Por qué, Alizée?

—Ese hombre la ama, madame. Y por su reacción, deduzco que usted también.

Suzette sintió el impulso de negarlo, de jurarle que ella solo amaba a Belmont, pero sabía que sus ojos la delataban y se limitó a bajar la mirada de nuevo al regazo.

—Sé que quería a mi hermano. —Alizée le leyó el pensamiento.

A Suzette le llamó la atención el término que había elegido su cuñada, pero Alizée lo había visto gatear y dar sus primeros pasos, lo había visto convertirse en un joven con aplomo y férreos principios, en un hombre a la altura de lo que se esperaba de un Fournier: para ella, Belmont siempre sería un hermano, no un hermanastro.

La joven asintió con toda la tristeza del duelo.

—Aún lo quiero —susurró, y no mentía.

También la mulata asintió en un gesto leve, unidas ambas por la pérdida.

—Merece seguir viviendo, madame. Mi hermano también lo desearía. Y si ese hombre, el indio, puede ayudarla a conseguirlo... —Dejó la frase en el aire, y por un instante Suzette sintió que Belmont le apoyaba la mano en el hombro, como si también él la entendiera. Las

lágrimas le cerraron la garganta—. Él no tuvo la culpa de lo ocurrido —continuaba Alizée—. Debía decírselo. Él se defendió de Dubois, que primero pretendía chantajearlo a punta de pistola y luego lo atacó por la espalda. No crea que he venido para juzgarla. He estado pensando y creo que su amigo no se atrevió a pedirme que la avisase de que no regresará a la ciudad en mucho tiempo.

Suzette asintió.

—Es lo mejor.

—Sí, al menos hasta que se olvide el asunto. —Alizée se puso en pie—. Tenía que decírselo —repitió—. No volveré a hablar de esto con usted ni con nadie. Tiene mi palabra.

Ya a solas, Suzette maldijo su mala suerte mientras iba y venía por el patio. ¿Por qué tenía que pasar esto ahora que había elegido su futuro con Ishcate? La sensación de tristeza había ido dando paso poco a poco a la rabia por esa jugarreta del destino, empeñado en arrebatarle la dicha. Al cabo de un rato el torbellino de pensamientos que cruzaban su mente confluyó en una misma dirección: continuaría con sus planes de vender la casa como si Ishcate fuera a regresar a buscarla en la fecha acordada. Se convenció de que él encontraría el modo de cumplir lo acordado. Si, como había dicho, otros lo acompañaban, nadie tenía por qué reparar en él. O, si consideraba que era imprudente viajar a la ciudad, enviaría a Sarazen. Además, confiaba en la absoluta discreción de Alizée. Y René Dubois no era tan importante como para que su memoria perdurara.

Como prueba de que creía firmemente que nada ni nadie podrían separarla de Ishcate, fue en busca de Anne. Tenía que ponerla al día de sus planes y necesitaría su ayuda. La encontró en el cuarto de los niños. Adrienne disfrutaba del sonido de un sonajero muy especial que le había hecho Ishcate: una pequeña calabaza rellena de piedrecitas. Suzette envió a Demba a la cocina con un encargo inventado para que no escuchara la conversación y en voz baja informó a su doncella, que la escuchó en silencio y con el ceño fruncido.

—Después de todo lo que hemos pasado juntas —concluyó Suzette—, sé que puedo confiar en que no le dirás nada a nadie. Te repito que te permito elegir: puedes venir con nosotros o pedirme que te busque otra casa donde trabajar. Quiero saborear la vida a partir de ahora. No deseo conocer tu opinión sobre mis actos; solo que tomes una decisión.

Anne pensaba en Bamboula, escondido en su cueva de los pantanos. En ninguna otra familia se sentiría tan a gusto como con Suzette, quien no podía sospechar la enorme dificultad que entrañaba esa elección, en apariencia tan sencilla. Tenía tres opciones, y cualquiera de las tres implicaba dolorosas renuncias: vivir con Bamboula, arrastrando a Demba a una vida miserable; seguir a Suzette, alejándose de su marido; y trabajar para otra familia, con la incertidumbre de que la vendieran en cualquier momento, despidiéndose para siempre de Suzette, que había sido como un ángel de la guarda para ella.

—Lo pensaré, madame —respondió simplemente, rogando para sus adentros que algo sucediera que devolviera la cordura a su ama.

24

Puesto de Arkansas, mediados de mayo de 1776

Ishcate se impuso una rutina estricta para poder hacer el viaje a la zona del puesto de Arkansas en el menor tiempo posible sin reventar a su caballo.

Cabalgaba una distancia de seis leguas al día, buscaba un lugar de buen pasto y agua fresca para pasar la noche y se alimentaba de lo que cazaba por el camino: algún pato, faisán o perdiz, rápidos de limpiar y asar. Conocía bien el terreno y sabía cómo evitar los trayectos más transitados. Tuvo suerte, pues a excepción de un par de grupos de indios amigos no se topó con nadie. Y la temperatura agradable durante el día y no demasiado fresca por la noche le facilitó el trayecto. Estaba acostumbrado a soportar condiciones mucho más duras. Si no fuera por la inquietud de su ánimo, habría disfrutado de esos días en medio de la naturaleza. Quería llegar cuanto antes y pedirle a Sarazen que partiera enseguida en busca de Suzette. Le había prometido a esta que solo tardaría dos meses y cumpliría los plazos, aunque no pudiera bajar él en persona. Sarazen era su amigo. Podía contar con él. Nada tenía por qué cambiar.

Tres semanas después de abandonar la ciudad llegó a la aldea quapaw de Kappa a media mañana de un caluroso día de mediados de mayo. Enseguida percibió ajetreo. Algunas mujeres cambiaban las pieles de las tiendas; otras acumulaban ramas rotas en montones. Tal vez estuvieran preparando un *powwow* . En cualquier otro momento no le importaría sumarse a una reunión festiva, pero ahora su prioridad era otra. Preguntó a una mujer por Sarazen y esta le indicó, con expresión preocupada, que se dirigiera al cercado de los caballos porque estaba a punto de partir.

Ishcate se sorprendió al ver a su amigo: urgía a unos treinta jóvenes que terminaran de una vez de prepararse. No recordaba la última vez que lo había visto casi desnudo, con todo el cuerpo pintado

y el pelo tan corto, como un guerrero. Por su trabajo como traductor solía cubrirse con una camisa y unos calzones largos.

Algo no marchaba bien.

—*Hawé kkótawítta* —«Hola, amigo mío», lo saludó Ishcate en lengua quapaw—. ¿Qué sucede?

Sarazen lo miró con ojos de loco.

—Se han llevado a mi mujer. No pararé hasta que la encuentre.

Ishcate exhaló aire. ¿Cómo le iba a hablar él ahora de sus problemas?

—Iré contigo. Solo necesito otro caballo.

Sarazen asintió. Esperó a que Ishcate estuviera listo y entonces alzó el brazo, emitió un grito y se puso al galope. Los demás lo siguieron en dirección al norte.

Ishcate tuvo que esperar hasta la noche para escuchar el relato de los hechos.

—Los osage nos atacaron por sorpresa hace una luna —explicó Sarazen con la vista fija en las llamas de la hoguera—. Aprovecharon que la mayoría de los hombres estábamos de caza y cogieron a varias mujeres, entre ellas Mikakh. Algunos piden que nos olvidemos de ellas, pues no hemos hallado ninguna pista desde entonces. Pero aunque tenga que seguir solo y aunque sea lo último que haga en mi vida, daré con la madre de mis hijos.

Ishcate pensó en Suzette. Él también daría su vida por ella.

—No estarás solo —le prometió a su amigo.

Durante tres semanas la rutina para Ishcate consistió en cabalgar horas recorriendo el territorio osage entre el río Misuri y la parte baja del Arkansas. Establecían un campamento en un lugar diferente cada pocas noches y batían una zona. Se escondían en los bosques y atacaban a cada partida de caza osage que veían. Preguntaban a los heridos por las mujeres quapaw y fuera cual fuese la respuesta, los mataban y les cortaban la cabellera. Asaltaban pequeñas aldeas y luchaban o se batían en retirada según la defensa que encontraban.

Pasaban los días envueltos en ira y sangre.

El espíritu guerrero de Ishcate, adormecido durante mucho tiempo, fue despertando a medida que las cabelleras osage, por las que además el gobierno español pagaría bien, aumentaban en número. Tal vez el Gran Espíritu lo quisiera para luchar y vengarse de las afrentas contra su gente, pensaba, y no para convivir con una blanca delicada

como Suzette. ¿Qué opinaría ella de él si lo viera cubierto de la sangre de otros? La vida era en realidad una sucesión de venganzas por ataques recibidos. Los atacados, a su vez, también se vengaban, de modo que los desquites nunca tenían fin.

Agotado físicamente por tantos días de muerte y desmoralizado por la ausencia de resultados, Sarazen estuvo de acuerdo en descansar unos días. Acamparon cerca de la orilla del Misisipi, casi frente a los acantilados chickasaw y la confluencia de río Lobo.

Una tarde de principios de junio un grupo de indios se acercó a ellos. Uno de ellos portaba un palo con un pañuelo blanco atado en un extremo. Ishcate reconoció que eran chickasaw, porque no había ni rastro de vello en sus cuerpos tatuados y porque tenían las frentes aplanadas por una técnica que se les aplicaba al poco de nacer. Y porque lo habían capturado y herido hacía doce años. Instintivamente se puso en pie de un salto y llevó la mano al cuchillo del cinturón, pero Sarazen, que también se había levantado, le hizo un gesto para que mantuviera la calma.

—Un indio siempre escucha a quien llega en son de paz —le recordó.

Ishcate accedió. Al fin y al cabo le debía la vida a Sarazen, que lo había rescatado de los chickasaw. Quizá estos tuvieran información útil. Por su amigo, aceptaría cualquier ayuda, viniera de quien viniese.

En medio del grupo resaltaba la figura de un europeo de unos cincuenta años y cabello y ojos claros que brillaban en su piel curtida y llena de arrugas: Logan Colbert era un conocido cabecilla de la comunidad chickasaw, odiado por los españoles por su permanente acoso a la navegación española por el río.

—Te buscaba —dijo sin rodeos el recién llegado.

—Sé quién eres —dijo Sarazen—, aunque nunca antes te haya visto. Lo que no sé es por qué me buscas. Ni siquiera deberías haberte atrevido a cruzar a este lado del río.

—Tengo noticias que te pueden interesar.

Sarazen lo invitó a tomar asiento. Pensó que, aunque los chickasaw eran feroces guerreros y torturaban a los hombres prisioneros, trataban bien a las mujeres y niños capturados, a los que terminaban por adoptar. Lo mejor que le podía haber pasado a Mikakh y a las otras mujeres quapaw era que los osage las hubieran vendido a los chickasaw.

—Supongo que sabrás cómo andan las cosas entre los británicos —dijo Colbert—. Ahora se pelean entre ellos.

Sarazen asintió. Sabía que los colonos ingleses del este ya no querían saber nada de su rey allá en Europa. Hacía un año que había comenzado la guerra entre americanos e ingleses. El primer enfrentamiento había sucedido en la colonia de Massachusetts, después de que la llama prendiera con aquella Masacre de Boston de años atrás. Los ingleses habían tomado Lexington y Concord, pero luego los coloniales habían sitiado Boston. En unas colinas cercanas a esa ciudad ambos ejércitos se habían encontrado. Los británicos eran superiores, pero los norteamericanos habían demostrado que estaban decididos a presentar batalla hasta conseguir su objetivo, que era independizarse de los ingleses.

—Ahora hay rebeldes o leales al rey —dijo Sarazen—. ¿Tú de qué lado estás?

—Sean franceses, españoles o británicos, mejor siempre que sea un rey quien gobierne estas tierras. ¿Qué serían nuestras tribus sin un gran jefe? Y no solo eso: si ganaran los rebeldes, nuestras tierras y las vuestras estarían en peligro. Los colonos del este se creerán con más derechos sobre nuestros territorios y empezarán a empujarnos hacia el oeste. Los chickasaw lo tenemos claro, y vosotros los quapaw deberíais seguir nuestro ejemplo y aliaros con los británicos. Esta triple alianza sería beneficiosa para todos.

—Aún tendremos que aprender inglés —murmuró Ishcate con sarcasmo. Él jamás vería con buenos ojos una alianza con los ingleses.

—¿Por qué me lo dices a mí? —preguntó Sarazen a Colbert—. ¿Por qué no hablas con mis jefes?

—No sé si querrán escucharme. Están cegados por el gobernador español y sus regalos. Pero cuando necesitáis ayuda, ¿envían soldados a apoyaros contra los osage?

—¿Y qué consigo yo a cambio si hablo a tu favor?

—Sé que buscas a tu mujer y te diré dónde encontrarla.

Sarazen se puso en pie de un salto. Faltaba poco para anochecer, pero en cuanto escuchara de labios de ese hombre el lugar donde tenían presa a Mikakh, partiría sin dudar.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Colbert le dijo:

—Estás a días de camino, así que mejor aguarda al alba. Tienes que ir hacia el oeste, arriba del río Arkansas. Busca a la banda de un

tal Brindamur. Los osage les vendieron unas esclavas indias.

Sarazen apretó los dientes. Todas esas semanas perdidas viajando al norte y al este... ¿Cómo no se le había ocurrido antes empezar su búsqueda por ahí? Sabía quién era Brindamur: el líder de un grupo de desertores del puesto de Arkansas que habían huido tiempo atrás por no aceptar el cambio de manos francesas a españolas. Amigos de los osage, se dedicaban al contrabando y a intrigar con tribus enemigas de los españoles. Mataría a ese Brindamur. Los mataría a todos. Compraban indias esclavas que forzaban a ser sus concubinas y, cuando se cansaban de ellas, las pasaban a otros o las revendían. Los mataría a todos. Tendrían que haberlo hecho hacía mucho.

Se dirigió a Colbert.

—Si estás en lo cierto, trasladaré tus palabras a los jefes de mi pueblo.

Tardaron una semana en recorrer la distancia que separaba ese punto del Misisipi de la zona media del Arkansas. Los cascos de los caballos al galope aplastaron miles de florecillas primaverales que cubrían las praderas que cruzaron en territorio osage. Los filos de los cuchillos cortaron gargantas de quienes se negaron a responder sus preguntas sobre la ubicación exacta del campamento de los renegados y nuevas cabelleras osage colgaron de los cinchos quapaw.

Por fin, un anochecer de mediados de junio, un par de compañeros de Sarazen, siguiendo las indicaciones de quienes suplicaron por conservar la vida, dieron con el lugar, una docena de cabañas en un claro de bosque a poca distancia del río habitada por hombres blancos y mujeres indias que no levantaban la mirada del suelo. Entre ellas reconocieron a Mikakh.

Acampados a una distancia de tres leguas, los quapaw organizaron el ataque sorpresa para el amanecer del día siguiente.

Entraron en la aldea como demonios enfurecidos, profiriendo alaridos, unos enarbolando sus hachas, otros disparando sus flechas o sus fusiles contra los adormilados hombres que primero abrieron las puertas y luego se defendieron disparando tras las ventanas. Algunos consiguieron huir hacia el bosque, pero la mayoría murieron antes de comprender qué estaba pasando. Cuando cesó el ruido y no quedó ni un solo hombre blanco, las mujeres comenzaron a salir de las cabañas.

Sarazen sintió un enorme alivio al ver a Mikakh. Estaba sucia y demacrada, y el cabello negro recogido en una larga trenza acentuaba

la delgadez de sus facciones. Dio gracias al Gran Espíritu por haber alentado su esperanza de encontrarla con vida.

Mikakh se arrojó a los brazos de su marido.

—Tenemos que llevarnos a todas —le dijo—. Aunque no sean de nuestra tribu.

Sarazen ordenó a los otros que reunieran todos los caballos de los blancos para poder transportar a las mujeres. Cuando ya estaban casi listos para partir, Mikakh miró a su alrededor.

—¡Falta Kawutz!

La quapaw saltó de su caballo y corrió hacia una de las viviendas, seguida de su esposo. Al poco este se asomó a la puerta para llamar a Ishcate, que acudió enseguida.

Sarazen señaló a una joven india con los brazos encadenados en alto a una argolla de la pared.

—No creo que resista el viaje, pero Mikakh no se irá sin ella.

Ishcate se arrodilló junto a la mujer, que abrió los ojos y murmuró con esfuerzo:

—Sacadme de aquí.

Era muy hermosa. En su rostro ovalado no había ninguna cicatriz ni pruebas de golpes recientes, pero le habían molido el cuerpo a palos. La observó y palpó con cuidado y concluyó que tenía varias costillas rotas y una herida abierta en el muslo por la que había perdido mucha sangre.

—Brindamur no la golpeaba en la cara para no estropeársela —dijo Mikakh—. Me alegro de que sea uno de los que habéis matado. —Le tendió a Ishcate un manojo de llaves recuperado de algún cadáver.

Él probó varias en el grillete que unía el eslabón de la cadena con la argolla en la pared y asintió aliviado al comprobar que una de ellas funcionaba. Ayudó a Kawutz a bajar los brazos con mucho cuidado. La joven respiraba con fuerza para soportar el dolor sin quejarse.

—No podéis ni imaginar lo que ha aguantado. —Mikakh se había dirigido al fuego y lo había atizado para avivarlo y hervir agua; ahora rebuscaba en los armarios—. Los osage mataron a su familia caddo. No tiene a nadie. Yo cuidaré de ella.

Cortó una sábana en trozos y le lavó la herida, primero con agua y luego con alcohol. Enhebró una aguja y miró a los hombres, que comprendieron qué tenían que hacer: sujetar fuerte a Kawutz para que pudiera coserle la carne. La joven sobrellevó sin gritar las primeras

puntadas, aunque acabó desmayándose. Mikakh aprovechó para darse prisa antes de que volviera en sí. Le vendó primero la herida suturada y luego el abdomen fuertemente con dos tablillas y un gran trozo de tela y se dirigió a su marido:

—Diles a las mujeres que cojan lo que puedan de comida de las casas y a los hombres que nos vamos ya. —Miró ahora a Ishcate—. Tú te encargarás de Kawutz. Si quieres que siga valorando tu amistad, velarás por ella como si fuera de tu sangre.

Ishcate admiró la decisión de Mikakh. A pesar de lo que habría sufrido durante su cautiverio, había sacado fuerzas para preocuparse por Kawutz. Cogió en brazos a la joven y salió al exterior. Lo ayudaron a subirla a su caballo y él montó detrás y la acomodó sobre su pecho. No era tan menuda como Suzette —pensó, incapaz de estar cerca de una mujer sin compararla con su amada—, ni sus facciones eran tan delicadas. Pero sus gruesos labios indios, apretados para no gemir, su proporcionada nariz india y sus grandes y expresivos ojos indios transmitían determinación, orgullo y osadía. Había sobrevivido a lo peor: la muerte de su gente, la esclavitud y la violación.

Y se aferraba a la vida.

25

Nueva Orleans, septiembre de 1776

El tiempo se acababa para Suzette.

Tenía apalabrada la venta de la casa, pero se resistía a venderla porque era su parcela de libertad. La plantación de sus padres estaba siempre llena de gente. Su hija Adrienne había sido feliz allí durante el verano, con tanto entretenimiento, y a Suzette no le importaba acudir a los encuentros familiares de los domingos, pero no quería trasladarse.

Tenía que tomar una decisión. Habían pasado casi seis meses desde la marcha de Ishcate. No había sabido nada de él ni habían acudido sus amigos. Algo terrible debía de haber sucedido que le impidiera cumplir con su palabra. A Suzette le costaba centrarse en la conversación. Le suponía un gran esfuerzo actuar como si nada pasase cuando sus pensamientos siempre tenían que ver con Ishcate.

—¿Vienes, Suzette? —le preguntó Margaux con una mano sobre el vientre: estaba embarazada de su segundo hijo.

Las amigas se habían reunido en la vivienda del matrimonio Durán. Allí estaban Louise Le Sénéchal, que aún tenía a su marido, Francisco Bouligny, de viaje en España; Marie de la Ronde, que seguía soltera y sin compromiso a sus dieciocho años, y Jeanne Fournier, que se mostraba muy animada porque muy pocas veces podía disfrutar de un encuentro íntimo con ellas debido a los numerosos compromisos de su opulento esposo Philippe Laurent.

—¿Adónde vamos? —preguntó a su vez Suzette.

Margaux se rio.

—¿En qué mundo vives, querida hermana? Acabamos de decir que queremos ver los mapas en el despacho de Tomás.

Suzette pensó que ya no había otro tema en las reuniones: la independencia de las colonias norteamericanas del este, que habían formalizado y declarado oficialmente la ruptura de todos los vínculos

con el reino de Gran Bretaña el 4 de julio en el Congreso continental de la ciudad de Filadelfia, en Pensilvania.

Margaux señaló con el dedo las colonias de norte a sur mientras las nombraba en voz alta:

—Nuevo Hampshire, Massachusetts, Nueva York, Rhode Island, Connecticut, Pensilvania, Nueva Jersey, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia... Ahora son los trece Estados Unidos de América. Mi marido dice que esta revolución es ya imparable. La llama ha prendido tan bien que pronto será un incendio. Los recelos ya surgen en el seno de las mismas familias. Se rumorea que un general inglés mandó a su esposa a Inglaterra porque comenzó a sospechar que tenía simpatía por la causa de los rebeldes. ¿Os acordáis de las revueltas de los criollos franceses aquí en Luisiana contra la llegada de los españoles?

Las demás asintieron.

—Fue muy desagradable. Vecinos enfrentados, amistades perdidas...

—Cuando oigo hablar sobre esta guerra, me parece algo lejano —comentó Louise—, pero sobre el papel me parece que se encuentra demasiado cerca.

—Esto no tiene por qué afectarnos —intervino Jeanne—, ni influir en nuestra vida.

Margaux bajó la voz.

—Los rebeldes americanos han iniciado relaciones diplomáticas con otros países para que reconozcan su independencia. Quizá a alguno le interese aprovechar la ocasión para ir contra los ingleses. Por ejemplo, a Francia y España, que tanto perdieron en estas tierras en la última guerra... Tomás dice que tarde o temprano habrá que tomar postura por un bando u otro. Los rebeldes americanos ya han contactado con el gobernador Unzaga. Le han pedido desde Virginia mosquetes, uniformes y medicinas, especialmente quinina. Necesitan de todo porque no tienen nada. Los reclutados en las colonias son agricultores y cazadores.

—¿Y qué va a hacer? —preguntó Marie.

—De momento, observar y actuar con discreción. El regimiento de Luisiana es demasiado pequeño para pensar siquiera en entrar en guerra contra nadie.

Margaux no quiso hablar de más. El gobernador Luis de Unzaga

tenía instrucciones de mantener una neutralidad favorable respecto a los colonos norteamericanos. De hecho, ya estaba proporcionando una ayuda encubierta al permitir el libre comercio por el Misisipi con los colonos rebeldes y al dar refugio a algún buque norteamericano perseguido por británicos. Ahora, en concreto, estaba organizando con el comerciante irlandés Oliver Pollock, defensor entusiasta de la causa revolucionaria y representante oficioso del Congreso continental en Nueva Orleans, el envío de dos embarcaciones con pólvora hacia el puesto de Arkansas, desde donde partirían después del invierno rumbo al fuerte Pitt en Pensilvania remontando el río Ohio.

—¡Ojalá no entremos en esta guerra! —deseó Suzette en voz alta pensando en que una vez más se necesitarían alianzas indias. ¿Y si Ishcate tuviera que luchar? Si no saber nada de él ya le producía una insoportable inquietud, ¿cómo sobrellevaría imaginarlo en el campo de batalla? Y no solo eso... ¿Cómo podría seguir adelante con sus planes de vivir con él si el territorio andaba revuelto?

—Insisto en que en Nueva Orleans estamos tranquilos —intervino de nuevo Jeanne, ahora con voz un tanto temblorosa. Miró a Margaux —: El gobernador está tranquilo, ¿verdad? Él sabrá qué decisiones tomar para mantenernos a salvo.

Margaux carraspeó.

—Quería veros a todas para comunicaros algo. Pronto será otro gobernador quien se encargue de la colonia...

Suzette se sumó a la exclamación conjunta de sorpresa. Margaux la miró antes de continuar:

—Solo lo saben nuestros padres. Al señor Unzaga le han encargado la creación de la Capitanía General de Venezuela y quiere que mi marido lo acompañe. —Volvió a deslizar el dedo índice por el mapa, desde Nueva Orleans hasta la isla de Cuba y de allí a la parte septentrional de América del Sur—. Viviremos aquí. —Señaló la ciudad de Caracas—. A la provincia de Venezuela se le van a unir otras del virreinato de Nueva Granada.

A Suzette le costaba encontrar las palabras para dar voz a su desconcierto.

—¿Te vas a marchar? ¿Cuándo? ¡Pero Venezuela está muy lejos! Y vas a tener otro niño... ¡No veré crecer a mis sobrinos!

—Pensé que te alegrarías por mí, Suzette —la interrumpió Margaux con una sonrisa, consciente de que su hermana hablaba con

el corazón—. Esto es importante para la carrera de mi esposo. Tal vez lo asciendan a general.

—Oh, y me alegro. —A Suzette se le llenaron los ojos de lágrimas —. ¡Yo te echaré de menos!

—Espero que el nuevo gobernador no deshaga lo que el señor Unzaga ha conseguido —dijo Marie, a quien le interesaban todos los asuntos relacionados con la educación, la cultura y la historia—. Hemos vivido años de tranquilidad, la ciudad ha cambiado con sus obras y muchos niños se están beneficiando de la educación en francés, español e inglés de las escuelas españolas. ¿Y si es un anticuado y no apoya la Academia Ursulina? No creo que existan en el mundo muchas escuelas gratuitas femeninas en las que aprendan juntas jóvenes blancas, indias y negras. Hay que decirlo todo: en esto ha influido mucho su esposa. —Se refería a Isabelle de Saint Maxent, joven criolla, hija de un acaudalado comerciante de la ciudad.

—Sí, supongo que al reclamarnos a su lado a Tomás y a mí también piensa en ella: yo le puedo servir de compañía.

Entonces Louise se apresuró a decir:

—Estoy segura de que mi marido, monsieur Bouligny, sería un candidato magnífico para gobernador aquí en Nueva Orleans, porque conoce bien esta tierra. —Rio con forzada humildad—. Sé que es difícil, pero por soñar... Yo creía que solo tenía asuntos privados que resolver con su familia en Alicante, pero en su última carta desde España me cuenta que le ha entregado una memoria histórica y política sobre la provincia de Luisiana al mismísimo secretario de Indias, don José de Gálvez...

—Gracias por vuestras palabras, queridas —la interrumpió Margaux—. Precisamente será un sobrino del ministro Gálvez quien sustituya a Unzaga.

—Ah... ¿Y qué sabes de él? —preguntó Louise intentando ocultar su decepción con un tono cantarín.

—Que se llama Bernardo, que tiene treinta años y mucha experiencia militar...

—Y un tío en la corte —murmuró Jeanne con ironía.

—Y que está soltero —concluyó Margaux, mirando alternativamente a Suzette y a Marie.

Las amigas estallaron en carcajadas. Margaux no desaprovechaba ocasión para encontrar un buen marido a su hermana viuda y su

amiga soltera, porque deseaba que todo el mundo fuera tan feliz como ella.

Suzette se dijo que Margaux había resultado ser más fuerte de lo que parecía. Su mundo giraba en torno a su marido y su familia, y aceptaba su destino sin derramar lágrimas. La añoraría mucho. Apretó los labios para no pasar de la risa al llanto. En sus planes de fuga con Ishcate se había convencido de que podría vivir sin su familia. Ahora que sabía que Margaux se iba a marchar de Nueva Orleans y que no la vería con frecuencia se daba cuenta de cuánto la quería y de cuánto la iba a extrañar.

Una terrible sensación de soledad se apoderó de su corazón.

Sus seres más amados la abandonaban.

Puesto de Arkansas, noviembre de 1776

El tiempo se acababa para Ishcate.

Ni él podía arriesgarse a bajar a Nueva Orleans a buscar a Suzette, ni Sarazen —el único a quien confiaría la seguridad de su amada— pensaba hacerlo en su lugar, al menos de momento, porque no quería dejar a su esposa sola después de la terrible experiencia de su secuestro. Sarazen le había propuesto que esperara hasta marzo del año siguiente, cuando hubiera pasado el frío del invierno. Quizá entonces ya nadie hablara del indio que había matado al panadero y pudieran viajar juntos.

Ishcate decidió que debía contactar con Suzette para decirle que no se había olvidado de ella, pero no sabía cómo hacerlo. Ni él ni nadie de su entorno de confianza sabían escribir. La única opción era pedírselo a algún soldado del puesto de Arkansas o mejor al comandante Balthazar de Villiers, que había sustituido hacía ya más de un año a Leyba, aunque se arriesgaba a que se riera de él si dictaba un texto personal. Optó por inventarse un trato comercial que Suzette supiera interpretar.

El comandante de nariz prominente y mentón hundido, cercano a la cincuentena, se extrañó al escuchar el mensaje de Ishcate, que escribió en un papel:

> En primavera le llegarán las pieles solicitadas. Espero que, a la recepción, no tarde en enviar la mercancía acordada.

Y aún se sorprendió más al descubrir el nombre de la destinataria.

—Sé quién es monsieur Girard, pero ignoraba que su hija quisiera hacerle la competencia.

—Yo también conozco a la familia —dijo Ishcate—. Hace unos meses, en un viaje a la ciudad, madame apreció el tacto de mis pieles e insistió en que le enviara algunas personalmente.

La explicación pareció satisfacer a Villiers.

—En el próximo correo partirá la carta. Calculo que la recibirá a mediados de diciembre. Cambiando de tema, el anterior comandante me habló de ti. Espero contar con tus servicios como traductor y explorador.

Ishcate asintió y se dispuso a marcharse.

—Y otra cosa. —Villiers lo detuvo antes de que llegara a la puerta—. Tú eres el kaskaskia que anda siempre con los quapaw. ¿Qué es eso de que hay ahora un acercamiento entre los quapaw y los chickasaw, amigos de los ingleses? Transmíteles de mi parte que es un error acercarse a los ingleses. Esta nueva guerra entre americanos e ingleses pondrá las lealtades de nuevo en peligro. No os equivoquéis de bando.

Ishcate le dio la razón mentalmente. Sarazen había cumplido con su parte del trato con Colbert. Como había recuperado a su esposa, había comentado a los jefes quapaw las ventajas de una unión con los enemigos chickasaw. Ya empezaba a haber alguna división, también entre los kaskaskia. Su propio hermano Kicounaisa, que tanto había odiado a los ingleses, abogaba por esa propuesta porque creía que vencerían a los americanos. Había rumores de que eran superiores en número, que miles de soldados habían llegado a Nueva York, que las fuerzas americanas bajo el mando de George Washington se batían en retirada en muchos lugares. Y no solo eso: repitiendo las palabras de Colbert, en su deseo de continuar colonizando hacia el oeste, los americanos podrían suponer para los indios una amenaza mayor que los ingleses. Otros, como el gran jefe Ducoigne, preferían ser prudentes, pues les parecía pronto para tomar partido por unos u otros.

La posición de Ishcate en este asunto seguía siendo clara: Suzette era francesa, así que su lealtad se debía a Francia y, por extensión, a España, ambos enemigos de los ingleses en todas las guerras.

—Un hombre nunca debe poner en venta sus principios. —Recordó las palabras que le había dicho un día al asesino del traidor Pontiac—. Los kaskaskia seguiremos de vuestro lado. Hablaré con los quapaw. De todas formas, es posible que el conflicto acabe pronto. Dicen que las tropas norteamericanas están debilitadas.

Balthazar de Villiers estrechó con fuerza la mano de ese indio que hablaba con sensatez, aunque no estuviera de acuerdo con su último comentario.

—Las noticias vuelan rápidamente por valles, bosques, caminos y ríos y pasan por muchas bocas en barcas de pesca, tabernas y puestos comerciales. Es pronto para saber qué hay de cierto, pero conviene estar preparados.

Ishcate regresó al poblado quapaw más tranquilo en cuanto al asunto de la carta para Suzette y más inquieto en cuanto a las lealtades. Tendría que convencer a los quapaw de no dejarse seducir por los chickasaw. Dispondría de muchas veladas en los próximos meses para hacerlo.

Analizó el ambiente a su alrededor.

La temperatura había caído bruscamente en horas. Apenas se oían sonidos de palomas, tórtolas, faisanes, perdices, urogallos y otros animales. Algunos habrían emigrado al sur; otros estarían escondidos ante la inminente llegada de los primeros fríos, preludio del largo invierno.

Un graznido rompió el silencio.

Miró al cielo y descubrió un cuervo revoloteando sobre él.

Percibió cierta intencionalidad en la manera en que lo sobrevolaba en círculos, como si lo hubiera seleccionado de entre todos los humanos de ese territorio.

Tercera parte
Curso bajo

26

Nueva Orleans, diciembre de 1776

Desde la cubierta del bergantín Santa Catalina, Sebastián Orlac se deleitó con la hermosa vista de la ciudad de Nueva Orleans que se desplegaba ante él en forma de luna creciente. Para ser el tercer día de diciembre, la temperatura no le pareció muy fría; no obstante, se arregló el pañuelo del cuello con el fin de protegerse la garganta de la humedad. Ignoraba qué tipo de recibimiento le habrían preparado al nuevo gobernador interino de Luisiana y coronel del regimiento fijo de infantería, su inmediato superior, don Bernardo de Gálvez, con quien había compartido aventuras primero en las batallas de Argel y luego en las provincias de Nueva España antes de llegar a Luisiana, pero le extrañó el poco movimiento de gente en la orilla.

Se preguntó también cómo sería vivir en esa inmensa provincia de población tan variada, de alma francesa aunque española por ley. Y cómo gobernarla.

Sebastián confiaba en servir de ayuda al gobernador. A sus treinta años tenía experiencia militar, fuerza de voluntad, fe, intuición y ambición. Y estaba acostumbrado a recibir órdenes desde la infancia, primero de su autoritario padre y después de su hermano mayor, Rinaldo, que heredaría el título de barón de Orlac. Su lema era que en la vida había que estar siempre preparado para las oportunidades que podían surgir en cualquier momento, y que todos los hombres podían llegar a lo más alto por sus propios méritos.

Durante el largo viaje en barco había aprovechado el tiempo. Se sabía al dedillo la completa memoria del capitán Bouligny sobre Luisiana y, en cuanto a la situación de la revolución americana, se había puesto al día leyendo la *Gazette de Leyde* , el periódico más importante de la prensa internacional, que proporcionaba una cobertura muy completa sobre el asunto sin excesivas interferencias gubernamentales.

Le extrañó que en el muelle vigilaran las maniobras de amarre apenas media docena de oficiales, que solicitaron permiso para subir a bordo en cuanto se colocó la plancha para el desembarco. Supuso que quien lideraba el grupo era el gobernador saliente, don Luis de Unzaga, pero quien se acercó a él con la mano tendida se presentó como Tomás Durán, secretario del malagueño.

—Bienvenido a Luisiana, señor Orlac —dijo Durán—. Deseará descansar después de tan largo viaje desde España. He previsto que el gobernador tome el mando militar y pase revista a las tropas del regimiento fijo y de la milicia criolla la semana que viene.

Ahí estaba entonces la razón de la ausencia de soldados y civiles.

—El señor Gálvez agradece la discreción con que se lo recibe. Habrá tiempo para celebraciones —respondió Sebastián sincero.

—La ceremonia de aceptación de la provincia tendrá lugar cuando parta el señor Unzaga, dentro de un mes. Yo me iré con él. Mientras tanto, vivirá usted en mi casa. —Sonrió—. Le hemos preparado alojamiento en una parte tranquila. Esperamos el nacimiento de mi segundo hijo en cualquier momento.

Durante los siguientes días, ambos gobernadores despacharon todas las mañanas. Tomás Durán presentó a Sebastián Orlac a los oficiales a cargo del funcionamiento de la colonia, respondió a todas sus preguntas e incidió en los temas más preocupantes.

—Hacen falta más tropas para un territorio tan amplio y tan despoblado —le resumió una mañana mientras degustaban sendas copas de jerez en la sala que hacía las veces de despacho. El frío revigorizante de diciembre entraba por la ventana abierta—. Sería buena idea traer repobladores españoles y promover la agricultura. Tampoco conviene descuidar las relaciones con los indios para mantenerlos leales a España. Y, por último, hay que controlar el contrabando, que tanto merma nuestros ingresos. En este tema cuesta encontrar el equilibrio entre satisfacer a nuestro soberano y a los comerciantes de esta provincia. Este no es un lugar nada fácil, se lo aseguro.

—Sí, eso coincide con lo que leí en la memoria del capitán Bouligny. ¿Lo conoce usted? —quiso saber Sebastián.

—Se espera su regreso de España en breve. Aquí lo aguarda su esposa, una criolla, Louise Le Sénéchal. Bouligny es ambicioso, pero de fiar.

—Le agradezco muchísimo su paciencia y sinceridad. —Sebastián se removió en su asiento, y perdió la vista en la franja de río que asomaba más allá de la plaza de armas, antes de afrontar un tema que le inquietaba especialmente—: Me gustaría comentar una última cuestión —dijo al fin, volviendo la mirada hacia su anfitrión—: la independencia de las colonias norteamericanas.

Tomás Durán se revolvió en su asiento.

—¿Acaso trae alguna novedad desde España?

Sebastián dudó unos segundos si hablar con total franqueza, pero Durán no le había dado ninguna muestra de falsedad:

—Ha habido algún encuentro en Francia entre el embajador español y los enviados americanos Franklin, Lee y Deane. El embajador es firme partidario de una alianza con Francia para hacerle la guerra a Gran Bretaña y eliminar, o al menos debilitar, su posición en el golfo de México, con el fin de garantizar la seguridad y el comercio de nuestros dominios en el Nuevo Mundo. Mientras el rey decide cuál va a ser su postura oficial en este conflicto, el gobernador tiene instrucciones oficiosas de apoyar el movimiento independentista de las colonias americanas, evitando a la vez un enfrentamiento militar con Gran Bretaña. Entiendo la estrategia, pero no resultará nada fácil llevarla a cabo...

—Le puedo asegurar que no es tan difícil.

Sebastián arqueó las cejas. Durán le habló del envío río arriba de la mercancía solicitada por los rebeldes de Virginia.

—Nuestro contacto directo es el irlandés Oliver Pollock —añadió —, un conocido comerciante aquí, en Nueva Orleans, que hace de agente suministrador de los americanos. Desde España nos ayuda don Diego de Gardoqui, de Bilbao, gracias a cuya gestión aguardamos la llegada inminente de ciento setenta mil dólares españoles y mercancías por un valor de casi un millón.

Sebastián negó con la cabeza admirado.

—Es una cantidad importante...

—Ya lo creo. Esperamos recibir mosquetes, bayonetas, munición, pólvora, granadas, cañones, tiendas de campaña, uniformes y quinina para enviar en auxilio de los rebeldes. En resumen: la ruta entre España, La Habana y Nueva Orleans está en marcha; y desde aquí hasta los revolucionarios americanos se encarga Pollock. Lo único que nos preocupa es la defensa del Misisipi y de esta ciudad, que hay que

mejorar porque los ingleses podrían descender hasta Nueva Orleans sin problemas.

En ese instante alguien llamó a la puerta y Durán se levantó de un salto. Su mujer podría haberse puesto de parto. Fue precisamente Margaux quien entró.

—Disculpen que los interrumpa. —Se dirigió a Sebastián—: Mis padres han organizado una sencilla fiesta de bienvenida en honor al nuevo gobernador en la plantación familiar. El sábado al mediodía. —Soltó una risita—. Espero que usted y el señor Gálvez acepten. No sabe lo tenaz que es el señor Girard.

—Doy fe —murmuró Durán.

—Será un placer conocer a su familia, señora —dijo Orlac con una leve inclinación de cabeza.

Suzette dejó sobre el mármol del tocador las pinzas de hierro calientes con las que intentaba trazar alguna onda en su cabello. No tenía ni la habilidad ni la paciencia de Anne, y tampoco ganas de acicalarse. Sus padres habían organizado un almuerzo con varios militares españoles al que no le apetecía asistir. En esos momentos ella tendría que estar lejos de allí, con Ishcate. Su ánimo no estaba para conversaciones o fiestas.

—Oh, aquí estás. —Sonrió al ver entrar a su criada en la habitación—. Espero que puedas arreglar este desastre.

En vez de contestar, la joven le entregó una carta.

—Acaba de llegar. Es del puesto de Arkansas.

Intrigada, Suzette rompió el lacre. El comandante Villiers le hacía llegar un mensaje de parte de un indio llamado Ishcate. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Comprendió enseguida las palabras.

—¡Anne! ¡Ishcate vendrá a buscarme en primavera! —Empezó a dar vueltas por el dormitorio, presa de una súbita energía—. ¡Gracias a Dios! ¡Él está bien! ¡Me tenía tan preocupada!

Anne forzó una sonrisa. La alegría de su ama era directamente proporcional a su propia intranquilidad. Aguantaría hasta el último instante para confesarle que ella nunca se iría de Nueva Orleans porque quería vivir cerca de los pantanos de Bamboula. Entretanto, rezaría para que sucediera algo que diera al traste de una vez por todas con esa idea descabellada.

—Me alegra verla tan feliz, madame.

La sonrisa en el rostro de Suzette ya no desaparecería en todo el

día.

Sus padres se percataron enseguida de su cambio de actitud.

En la plantación Auvernia, Jérôme Girard le susurró a su esposa:

—Querida Blanche, está todo perfecto. —Las estanterías repletas de libros, la mesa de billar de caoba, las mesitas con incrustaciones de ajedrez, el globo terráqueo y el celeste y los espejos con marcos dorados resplandecían y aumentaban la sensación de opulencia—. Y una vez más tendré que darte la razón...

Ella ladeó la cabeza y lo miró con coquetería. Su marido tenía en mente invitar a todos sus conocidos para impresionar al nuevo gobernador; sin embargo, ella lo había convencido de que fuera un encuentro íntimo, una comida al mediodía, con el argumento de que no iba a preparar una fiesta a la que acudieran otras muchachas para lucirse ante un par de jóvenes brillantes y solteros como Gálvez y Orlac, cuando había que encontrar un nuevo marido para Suzette. Siendo sincera, la idea había partido de Margaux, que ya le había pedido a Durán que aprovechara para ensalzar con discreción a su hermana ante los recién llegados. De momento todos parecían disfrutar de una amena conversación avivada en ese instante por el notario Andrés Almonaster, un viudo de cuarenta y ocho años al que la familia Girard tenía afecto.

—¿Te has fijado en Suzette? —añadió Girard en voz baja—. Está especialmente sonriente. Para mí que ya está abandonando el duelo y preparada para retomar la vida social.

—Pues entonces solo falta el broche final —le susurró también su esposa. Dirigió la vista hacia el magnífico reloj de pared y aguardó unos segundos a que salieran por unas portezuelas unos pajaritos que dieron la una con sus cantos. Entonces alzó la voz para dirigirse a los demás—: Damas y caballeros, pasemos al comedor.

Blanche esperó a que todos se levantaran y ofreció su brazo a Gálvez, a quien condujo hasta la estancia contigua donde le indicó su asiento en la amplia mesa bellamente decorada con flores en delicados jarrones, vajilla blanca de porcelana y cubiertos de plata. Había sentado a Suzette a la izquierda del gobernador y enfrente de su secretario: sabía que era apuntar muy alto, pero no podía imaginar mejor casamiento para ella que el joven Gálvez.

—Entonces ¿es usted de Málaga, como el gobernador Unzaga? —le preguntó Suzette a Gálvez por educación. Se sentía cohibida en

presencia de ese hombre de rostro rectangular y anguloso, frente ancha y ojos vivaces.

—De un pueblo cercano llamado Macharaviaya —respondió él.

—¿Cómo es?

—Pequeño, frío en invierno, caluroso en verano y muy hermoso. Retamas batidas por el viento, chumberas, olivos y almendros se reparten por colinas que se ondulan hasta el mar.

—Ha olvidado las vides, señor —intervino Sebastián con un destello de picardía en su mirada clara y franca.

El nuevo gobernador le devolvió una sonrisa abierta.

—Las vides, por supuesto.

—¿Usted también es de Málaga? —Suzette se dirigió ahora a Sebastián.

—Me temo que yo provengo de un lugar menos poético, pero vibrante. Madrid, la capital.

Suzette rio la ocurrencia. En el poco rato que hacía que lo conocía había extraído sus conclusiones: comparado con Ishcate, ningún hombre le resultaba atractivo, aunque, siendo objetiva, Sebastián era un joven bien parecido, alto, de cabello y ojos color castaño y facciones proporcionadas. Se lo veía enérgico y resuelto, y saltaba a la vista que, más allá del respeto evidente que mostraba siempre hacia su superior, consideraba a Bernardo un amigo.

—¿Y qué nos dice usted al respecto de Nueva Orleans y de la provincia? —le preguntó él a su vez.

Ella lo pensó unos segundos.

—Tres consejos. —Los fue enumerando con los dedos—: Estamos en diciembre, pero, cuando lleguen, no preste demasiada atención al calor y los mosquitos y se acostumbrará pronto a ellos; no intente que la gente de Luisiana renuncie a sus productos franceses, por mucho que el vino, las aceitunas y el aceite españoles sean deliciosos; y encargue a su rey medallas más grandes para contentar a los indios.

Sebastián la miró perplejo. Había esperado comentarios sobre la belleza del paisaje, las costumbres criollas o la comida típica; sin embargo, ella le había enviado mensajes claros sobre el comercio y los asuntos indios. Tuvo que reconocer que se sentía muy a gusto junto a esa mujer menuda de veintiún años, rostro redondo, ojos vivos, porte elegante y conversación inteligente.

Los demás también escucharon la ingeniosa respuesta de Suzette.

—En nuestra casa hemos hablado siempre de todos los temas ante nuestros hijos como parte de su educación —intervino Girard, a pesar de que su esposa le hubiera advertido que se mantuviera al margen—. Tanto Margarita como Susana saben de negocios y política. Han leído mucho. Ya ha visto cuántos libros tenemos en esta casa.

—¿Cómo nos has llamado, padre? —preguntó Margaux fingiendo enfado.

—Por deferencia a nuestros invitados españoles, he pensado traducir nuestros nombres. También el mío: Jerónimo. —Su acento hizo reír a los demás.

—¿Y yo, padre? —preguntó la más pequeña de la mesa.

—¡Victoria! —se adelantó risueño el notario Almonaster—. Y vosotros...

—... Julio y Gabriel —tradujo al vuelo Sebastián el nombre de los dos jóvenes Girard, que por muy franceses que se sintieran miraban a los dos militares españoles como un espejo en el que reflejarse.

—Su nombre no cambia. —Victoire escrutaba a su hermano mayor con el ceño fruncido, como si algo se le estuviera escapando.

—Eso es porque nuestras tierras tienen raíces comunes. —Sebastián habló mirando a Girard, y Suzette vio que el fondo de la charla había virado en un giro inteligente hacia algo distinto—. Tenemos muchas semejanzas. Nadie va a cambiar lo que no requiera un cambio.

—¿Y quién decidirá qué lo requiere?

—Pues para empezar, mi querido Jerónimo —dijo su esposa, antes de que la charla tomase vericuetos políticos—, si no te importa, yo decido que seguiré siendo Blanche. —Se dirigió a Bernardo—: Mi yerno ha comentado en alguna ocasión que no es frecuente en España que las hijas se expresen con libertad en las tertulias de casa...

El nuevo gobernador comprendió que la mujer por un lado acudía en defensa de la franqueza de su hija y, por otro, pretendía ponerlo a prueba.

—Estoy convencido de que el señor Durán se siente afortunado por tener a su lado una esposa con quien debatir muchos de los asuntos que requieren de su atención.

—Así es —dijo Durán—. Admiro la educación recibida por Margaux. Un hombre instruido requiere de una esposa inteligente. Esta es la fórmula que garantiza la armonía del matrimonio.

Blanche sonrió mientras cruzaba una rápida mirada triunfal con su marido.

Suzette había causado muy buena impresión en los dos hombres, eso saltaba a la vista. Que el gobernador se fijara en su hija quizá fuese pedir mucho, pero el señor Orlac también era un buen partido. Se había enterado de que su hermano mayor tenía el título de barón. Su hija podría emparentar con una familia de la nobleza.

La semilla había sido sembrada. Ahora solo había que esperar a que germinara y diera fruto.

27

Nueva Orleans, enero de 1777

Entre una cosa y otra Suzette no encontraba el momento para reflexionar con calma acerca de su futuro.

Dos días después de la comida con el nuevo gobernador Gálvez y el señor Orlac, Margaux dio a luz a su segundo hijo. Sin tiempo apenas para recuperarse, tuvo que empezar a empaquetar sus cosas. Suzette la ayudó, asombrada por cómo su hermana sacaba fuerzas para dirigir las tareas y por la ilusión que mostraba por un viaje largo con dos niños pequeños a una tierra desconocida.

Tan pronto estaba Suzette en casa de Margaux como en la plantación Auvernia, paseando o comiendo con Sebastián Orlac, invitado por sus padres a todas las celebraciones familiares entre la Navidad y el Año Nuevo con la excusa de que estaba muy solo. El gobernador Gálvez había encontrado su propio entretenimiento en la residencia de los Saint Maxent, pues —según se decía— había puesto sus ojos en la segunda hija, llamada Félicitè, casualmente hermana de la esposa del gobernador Unzaga. Cuando surgía en las tertulias el tema de lo afortunados que eran los Saint Maxent —eufóricos por haber emparejado a dos hijas con sendos gobernadores—, Blanche se tragaba la envidia y rezaba para que, al menos, cuajara la relación entre Suzette y Sebastián.

El día de Año Nuevo tuvo lugar en la plaza de armas el acto solemne de aceptación de la dirección de la provincia por parte del nuevo gobernador ante el regimiento fijo de Luisiana. Suzette pudo presenciarlo desde una situación privilegiada gracias a la invitación personal de Sebastián, cursada a toda la familia Girard. Se entretuvo contemplando la mancha homogénea de tricornios, casacas blancas y calzones azules inmóvil ante el nuevo gobernador, serio, firme y elegante con una casaca oscura con pasamanería dorada, pero no podía detener sus pensamientos: el tiempo pasaba muy deprisa.

Margaux se iba a marchar. Sebastián empezaba a formar parte de su vida. Ella tenía que tomar una decisión.

Llegó el día de la despedida de su hermana.

Junto a la rampa de acceso al barco que se la llevaría lejos, Suzette la abrazó sin poder detener el llanto.

Hasta ese instante no había sido plenamente consciente de cuánto la echaría de menos. Exceptuando lo relacionado con Ishcate, en las últimas semanas habían compartido confidencias, tristezas y celebraciones, recibimientos y despedidas. Tenía la sensación de que la vida transcurría demasiado veloz. Sus recuerdos de la infancia estaban todavía frescos en su memoria y ya eran dos jóvenes adultas con hijos cuyo caminar discurriría por sendas diferentes. Las aguas del golfo de México las separarían. No podrían reunirse cuando quisieran; quizá, con suerte, volvieran a verse una vez al año. Su relación a partir de ahora tendría que ser epistolar.

—Querida Suzette —Margaux se apartó un poco para acariciarle el rostro—, sosiégate. La vida da muchas vueltas. Este destino de mi marido puede ser solo temporal.

Pero Suzette lloraba también por no poder confiarle su secreto, ahora ahogado por las dudas.

Estaba en guerra consigo misma.

Llevaba al enemigo dentro.

Ishcate vendría a buscarla en primavera. ¿Seguía estando convencida de que era realmente lo que deseaba? Si la inminente separación de Margaux le causaba tanto sufrimiento, ¿podría soportar alejarse por propia voluntad de sus padres y hermanos? ¿Podría el amor por Ishcate proporcionarle tal felicidad que en la vida junto a él nunca surgiera el arrepentimiento? ¿Le recriminaría algún día su hija Adrienne que hubiera antepuesto de forma egoísta sus sentimientos a la razón?

Hacía meses que no veía a Ishcate. Suzette sentía que lo amaba, pero no solo había sobrevivido emocionalmente a la separación, sino que habían aumentado los momentos de risas y diversión en los encuentros familiares.

A veces creía que la idea del amor era más intensa que su realización.

Su hermana no había sentido por Tomás Durán una pasión arrebatadora y, sin embargo, la sonrisa nunca había desaparecido de

su rostro. Por el contrario, ella, saciada por Ishcate, vivía entre la preocupación, la angustia, el miedo y la incertidumbre.

El barco comenzó a alejarse y Suzette seguía compungida.

Sebastián se situó a su lado.

—Me parte el corazón verla tan triste, señora, y saber, por mi experiencia en despedidas, que nada de lo que le diga podrá consolarla.

—Dígame solo que mi hermana estará a salvo en Venezuela. Me preocupa que el espíritu independentista sea contagioso. ¿Y si empiezan a oírse allí también tambores de guerra?

—Aquella es una tierra tranquila, por ahora. Y su cuñado es un hombre prudente. Cuidará bien de Margaux.

Suzette asintió. La voz de Sebastián siempre era afectuosa, y sus palabras, sensatas.

—¿Llegará algún día en que nadie se sienta oprimido? Todos luchan por liberarse de las cadenas de otros. —Suzette hablaba de política, pero se refería a sí misma. Se sentía oprimida por el amor de Ishcate. Comenzaba a pesarle esa cadena.

—Esa es la historia en todos los lugares en los que he batallado. En los discursos oficiales, las palabras aluden a nobles ideales para justificar la guerra, cuando la realidad es que siempre hay intereses, mayormente comerciales. En mis luchas contra los apaches, cuando estuve destinado en Nueva España, aprendí que si los indios se vengan de nosotros lo hacen en compensación por las afrentas que les hemos causado. Los apaches van a la guerra por necesidad o por odio. La necesidad es fácil de comprender. El odio, no obstante, nace del deseo de venganza. Y la venganza llama a la venganza en un ciclo vicioso de violencia.

Suzette necesitaba a Ishcate y lo odiaba por haberla dejado sola. En dos ocasiones había estado a punto de marcharse con él —la primera había sido un arrebato; la segunda, una decisión meditada— y ahí seguía, en Nueva Orleans, con su vida de siempre, que transcurría a la vez con angustiosa lentitud cuando pensaba en él y vertiginosa celeridad si se dejaba llevar por los acontecimientos de su entorno.

La ausencia de Ishcate le resultaba insoportable; su hermana se marchaba lejos; Sebastián estaba demasiado cerca.

Kappa, aldea quapaw, cerca del puesto de Arkansas, enero de 1777

Ishcate se había creído invencible.

Para él, la fortaleza plena y auténtica era consecuencia del ejercicio, el poder de la mente y el respeto al Gran Espíritu. Cada vicisitud de la vida se sobrellevaba comprendiendo su verdadera naturaleza, que no era otra que su condición de prueba a superar en el camino de la existencia.

Pero nada lo había preparado para ese horror.

Estaba siendo testigo de la desaparición de todo un pueblo.

Cada día enterraban a varios habitantes de la aldea, en su mayoría ancianos y niños, pero también algunos hombres y mujeres jóvenes.

Los soldados del puesto de Arkansas controlaban que nadie entrara y saliera del poblado quapaw y que los cuerpos de los fallecidos fueran trasladados rápidamente a unas fosas en un terreno cercano en lugar de respetar la costumbre de enterrarlos en el suelo de las viviendas. En situaciones extremas, nada parecía importar y todo perdía su significado: no había tiempo para las despedidas tradicionales ni para los ritos del duelo. El mundo se reducía a un cercado de seres humanos amenazados dentro por la viruela y fuera por los fusiles.

La única información que había conseguido obtener Ishcate del exterior era que la enfermedad no había llegado al asentamiento de los kaskaskia junto al río Blanco, lo cual le hacía suponer que su padre, sus hermanos y sus familias estaban bien. En agradecimiento a la ayuda prestada por los kaskaskia contra un ataque de los chickasaw al fuerte de Arkansas, el comandante Villiers había permitido finalmente a su pueblo que se asentara allí.

Ishcate se arrebujó en sus pieles en el interior de su tienda. Hacía un frío gélido, estaba solo y no había nada que hacer salvo esperar a que lo llamaran para cavar otra tumba. Helaba, pero le quemaban los músculos después de horas, días, semanas picando la tierra endurecida por el invierno.

Alguien lo llamó desde fuera y se incorporó. Mikakh se asomó por la pieza de cuero curtido que cerraba la entrada.

—Sarazen quiere verte —le susurró.

Ishcate se apresuró tras ella. Los hombros de la mujer se encogían

más cada día. Había enterrado a dos de sus tres hijos y ahora cuidaba de su marido. Sobre ella y las otras mujeres liberadas del secuestro recaía la culpa de haber llevado la enfermedad a los quapaw, y al dolor de las pérdidas se sumaban las miradas recelosas y recriminatorias de esos a quienes consideraban de los suyos.

Ishcate se arrodilló junto a su amigo. Cerca, la joven Kawutz sostenía entre sus brazos al pequeño superviviente de Mikakh.

Costaba distinguir el verdadero rostro de Sarazen, oculto bajo una máscara de pústulas redondas, como balines incrustados en la piel. No hacía falta tocarlo para darse cuenta de que tenía mucha fiebre, pues sudaba y a la vez temblaba de frío a pesar del abrigo de las pieles.

—Dejadnos solos —pidió Sarazen. Esperó a que Mikakh y Kawutz salieran para confesarle a Ishcate con dificultad—: Wah-kon-tah me llama, amigo mío. Pronto me reuniré con mis antepasados y con mis hijos.

—La enfermedad sigue su curso —replicó Ishcate—. Eres fuerte. Otros se han curado, así que sabemos que en unos días te bajará la fiebre y esos bultos se convertirán en costras. Serás todavía más feo, pero te aseguro que volveremos a cazar juntos.

Sarazen recibió la broma con una débil sonrisa.

—Un hombre sabe cuándo ha llegado su hora. Y yo lo sé. El Gran Espíritu nos da a cada uno una canción. Ya he cantado la mía. Te he llamado para pedirte tres cosas. Cuida de Mikakh y de mi hijo cuando yo no esté.

—Sabes que lo haré.

—Toma a Kawutz por esposa: necesitas una mujer india.

Ishcate pensó en Suzette. Lo hacía constantemente. La visualizó en esa tienda en ese instante, o en una de las cabañas de madera junto al puesto, y su mente le repitió una vez más que ella no había nacido para el frío y el contacto directo con la tierra. Pero sus sentimientos no habían cambiado: la deseaba y la quería junto a él.

—No puedo prometerte eso.

—Tenía que intentarlo...

Ahora fue Ishcate quien sonrió.

—¿Y la tercera?

—Asegúrate de que nunca nos aliemos con los ingleses y los chickasaw. La vida continuará tras este periodo de muerte, como si

nada hubiera pasado. Regresarán los momentos de nuevas decisiones. Creo que una alianza entre los quapaw, los temibles osage y los españoles siempre será preferible a cualquier otra.

—Esta promesa sí puedo hacerla. Estoy de acuerdo contigo, pero dudo que los osage quieran algo con nosotros. ¿Recuerdas a cuántos matamos para liberar a tu esposa? Los españoles nos pagaron bien por las numerosas cabelleras que les llevamos.

—Si se les propone que haya un comerciante oficial osage en el puesto de Arkansas, aceptarán un trato. Es lo que los osage desean: comerciar tanto en Saint Louis como aquí. Si hay alguna reunión, acuérdate de proponerlo. La verdad es lo que la gente cree. Convéncelos.

—Lo recordaré.

—Bien. —Sarazen cerró los ojos y permaneció en silencio un largo rato hasta que murmuró—: Tú y yo hemos vivido mucho juntos.

Acudieron a su memoria imágenes fugaces de cuando salvó a Ishcate. La cabaña en el jardín de los Girard. Los viajes posteriores a Nueva Orleans. Los días de caza y risas. La amistad había continuado inquebrantable, aunque él hubiera desposado a Mikakh y hubiera tenido hijos. Su buen *kkóta* kaskaskia lo había ayudado a rescatarla de sus secuestradores. También había enterrado a sus dos hijos mayores. Su *kkóta* , su amigo. Se estremeció. El dolor de su alma era más difícil de sobrellevar que el de su cuerpo. Pero él era un ser insignificante que debía aceptar los designios del Gran Espíritu. Tal vez tuviera que morir para reencontrarse con sus hijos, tan solos en la oscuridad de lo desconocido.

—Mikakh... —susurró.

La mujer, que no se había separado de la entrada, apareció y se arrodilló junto a él.

Ishcate buscó la mano del moribundo bajo las pieles y la apretó con fuerza. No dijo nada, porque temía transmitirle la honda pena que sentía y porque no encontraba el modo de hacerle ver lo importante que había sido su amistad para él. Le había salvado la vida y lo había acogido en su familia como si fuera su hermano. Lo echaría tanto de menos que le dolía el pecho, por eso se aferraba a la posibilidad de que Sarazen venciera a la maldita enfermedad.

Regresó a su tienda y esperó sin hacer nada porque nada podía hacer y nada quería hacer.

Pasó la noche despierto y escuchando los golpes del viento helador en las tiendas. Lo tomó como señal de que el Gran Espíritu buscaba el lugar en el que detenerse esta vez.

A la mañana siguiente supo por Kawutz que Sarazen había muerto al amanecer.

Se dirigió al lugar habilitado como cementerio común y empezó a picar con rabia la tierra helada. Le costó horas cavar la tumba para su amigo y varios días asumir que nunca más lo vería.

Después llegaron la fiebre, el malestar, el dolor de cabeza, los vómitos, las manchas rojas en la lengua y en la boca, que se convirtieron en llagas abiertas, a la vez que una erupción comenzaba a extenderse por la cara, los brazos, las manos y el tronco.

Él, que se consideraba invencible, se había contagiado de viruela. El aliento de la muerte también rondaba su tienda.

Y en las noches de delirio veía el rostro de Suzette, que le hablaba con la voz de Kawutz.

28

Nueva Orleans, junio de 1777

El tiempo había sido agradable esa primavera, pensó Suzette, y la guerra entre ingleses y colonos norteamericanos no parecía afectar la vida en la ciudad de Nueva Orleans y mucho menos en los territorios al oeste del Misisipi. Por tanto, no había ni razón climatológica ni militar que impidiera a Ishcate cumplir su palabra de ir a buscarla. Sin embargo, las semanas habían ido pasando y él no llegaba, y el comprador interesado en adquirir su casa se impacientaba por la demora de la venta y ella tuvo que pedir dinero prestado a su padre para hacer frente a los gastos diarios. Comprendía que a su familia le resultara difícil entender su actitud: ni quería mudarse a la plantación Auvernia con su familia, ni se había trasladado a una vivienda más pequeña. Se limitaba a contar los días, a la espera.

Ocultar su nerviosismo bajo una máscara de naturalidad ante sus seres cercanos le resultaba agotador. Además, su madre había emprendido una campaña abierta a favor de Sebastián. Con la nueva excusa de que las conversaciones con un comerciante y militar experimentado como Girard le podían resultar útiles al joven Orlac, la mayoría de los encuentros entre ambos hombres terminaban con una invitación a comer o cenar cuando «casualmente» también estaba Suzette.

Sebastián parecía ya un miembro más de la familia, y Suzette reconocía que se estaba acostumbrando a su presencia. Los paseos frente al lago Pontchartrain se iban convirtiendo en una grata y sosegada rutina.

Una mañana de mediados de junio Suzette percibió en Sebastián un ánimo sombrío, cuando normalmente se mostraba comunicativo, ingenioso y risueño.

—¿Le preocupa algo, señor? —le preguntó.

—Si respondiera con sinceridad, me temo que tendría usted que

soportar un largo monólogo de problemas y cuestiones aburridas de la gobernación.

—Empiece por lo peor y tal vez le pueda ayudar con mi opinión.

Sebastián la miró, sopesando la propuesta. Suzette siempre le parecía sincera.

—El comandante de Arkansas, monsieur Villiers, asistió hace un par de meses a una conferencia de paz entre los osage y los quapaw. Entre otras cuestiones, se acordó que hubiera un comerciante oficial para los osage en el puesto de Arkansas...

Suzette elevó la vista al cielo.

—Si hubiera preguntado a mi padre, se habría negado en redondo. Los osage son difíciles de tratar y es mejor que comercien solo en el puesto de Saint Louis.

—El comandante Villiers cuenta en su informe que aquel día todo fueron abrazos y buenas palabras entre el jefe quapaw Guatanika y los seis osage. Bien es cierto que también medió uno de los traductores, un hombre a quien Villiers tiene en alta estima y que al parecer conoce a su padre.

—Sería Sarazen. —Con el pulso acelerado, Suzette le contó cómo lo habían conocido hacía muchos años. Hablar de Sarazen y rememorar aquellos tiempos inevitablemente implicaba pensar en aquel a quien había entregado su corazón. Forzó una sonrisa y trató de resultar espontánea cuando concluyó—: Por circunstancias de la vida hemos seguido en contacto, aunque esporádico.

—Siento decir que el tal Sarazen falleció: una terrible epidemia de viruela diezmó su aldea.

Suzette sintió el impacto de esas palabras como un golpe físico: lamentaba de veras la muerte de Sarazen, pero ahora su preocupación era otra: que Ishcate estuviera bien. ¿Y si él no hubiera cumplido su promesa por algo tan inaceptable para ella como que hubiera muerto? Parpadeó para romper el velo de lágrimas que había acudido a sus ojos sin previo aviso.

—Entonces, supongo que el traductor sería su amigo Ishcate... —murmuró con el miedo estrangulando sus entrañas.

—Sí, creo que ese fue el nombre que me dijo. —Sebastián se percató de que el rostro de Suzette palidecía—. Lamento haberla consternado con estas noticias.

Suzette se giró hacia el lago. Un remolino de emociones la

embargaba. El alivio por enterarse de que Ishcate seguía vivo había durado un suspiro. Si no había muerto, ¿por qué no había cumplido su promesa? Si tenía tiempo, salud y energía para asistir a reuniones de paz, ¿por qué no había bajado a por ella? Ah, no se lo perdonaría jamás. Por lo que deducía de las palabras de Sebastián, Ishcate seguía con su trabajo y su vida mientras ella se consumía de impaciencia. ¡Qué ingenua había sido! ¿Acaso no había oído decir decenas de veces a su padre que los indios no eran hombres de palabra? Había malgastado demasiado tiempo pensando en él, esperándolo, imaginando una vida en una humilde cabaña en las tierras del norte... ¡Estaba dispuesta a renunciar a su propia familia y a sus comodidades por él! ¡Por un hombre que quizá ya hubiera encontrado a otra mujer!

Todo su amor se convirtió de repente en rabia.

Cerró los ojos y respiró hondo antes de girarse de nuevo hacia Sebastián, que había respetado su silencio, y le hizo un leve gesto para seguir caminando. Los rayos del sol arrancaban destellos a las aguas del lago.

—La muerte de Sarazen me ha entristecido. Era una buena persona... Pero estoy bien, no se preocupe, señor Orlac.

Por primera vez desde que se conocían y sin detenerse a pensarlo, Suzette descansó la mano en el brazo del hombre para retomar su paseo. Solo advirtió lo que había hecho al ver cómo él fijaba la mirada en su mano. Quiso retirarla corriendo, pero él se lo impidió con una sonrisa y un gesto.

—Por favor, no lo haga, no se aparte: me encantará ser un apoyo para usted en estos momentos... y en cuantos vengan.

Ella sonrió y le dio las gracias.

—No me las dé tan pronto —replicó él tratando de animarla. Otra vez asomaba a sus ojos esa picardía que ella iba conociendo—. Solo se lo ofrezco con dos condiciones. Y son innegociables.

Suzette lo miró con una ceja arqueada.

—La primera es que me llame por mi nombre —dijo él aprovechando la cercanía física—. Y la segunda, que nos tuteemos.

Suzette fingió un gesto serio e hizo una leve señal de asentimiento con la cabeza.

—Tenemos un acuerdo.

—¡Ah! —Él lo celebró—. Ojalá la negociación entre Villiers y las tribus indias hubiera sido tan satisfactoria.

—¿Y en qué quedó el asunto, Sebastián ? —Ella remarcó el nombre propio—. ¿Cómo puede un encuentro de paz convertirse en un problema?

—El gobernador anuló el acuerdo porque también es de la opinión de mantener a los osage por el norte. Como consecuencia, cuando estos acudieron al lugar del encuentro pactado para vender su mercancía y no estaba el mercader, enviaron siete hombres al comandante Villiers para recordarle el trato. De regreso a sus poblados, cinco fueron asesinados. Los dos supervivientes mataron a tres franceses y colgaron sus cabelleras. Ahora los cazadores y comerciantes franceses culpan a los españoles de los ataques contra ellos, y los osage y los quapaw nos consideran hombres de poca palabra, con lo cual es posible que sopesen nuevas alianzas con los británicos.

Suzette meditó unos instantes.

—¿Quieres conocer mi opinión?

—Siempre —respondió él en el acto.

—Esto es lo que yo haría: convoca un encuentro con los nativos de todas las tribus entre Arkansas y Nueva Orleans. Que acuda el gobernador en persona. Mostradles que es un hombre poderoso, que no acepta tratos en reuniones menores, sino que se reúne con los jefes. Organizad una ceremonia solemne en la que reciban de sus propias manos regalos y armas.

Sebastián se detuvo para mirarla.

—Es una idea brillante. No solo se olvidará el incidente, sino que consolidaremos y atraeremos nuevas lealtades.

—Ah, la lealtad —murmuró Suzette jugueteando con la cinta de su sombrero de paja de ala ancha—. Nada hay más difícil de conseguir en esta vida.

—Discrepo en esto, Suzette. —Sebastián se aclaró la voz antes de sincerarse—: Diría que es más difícil amar.

—Cuesta menos amar que ser leal. El amor es un sentimiento que surge y vuela libre; el respeto y la fidelidad a un compromiso establecido con alguien requieren de un gran esfuerzo y buena voluntad.

Sebastián frunció el ceño, pensativo e intrigado, y fijó la mirada en las aguas serenas y azules del lago. Suzette era todavía muy joven para sentenciar con esa rotundidad. Tal vez haber enviudado tan

pronto la hubiera hecho madurar. Se arrepintió de haber perdido la ocasión de formular mejor su pensamiento. Quería decir que, tal y como a él le ocurría con ella desde hacía ya un tiempo, por mucho que uno lo deseara, en la vida no resultaba tan fácil amar y tener la certeza de ser correspondido.

En cuanto llegó a su casa, Suzette fue en busca de Anne. La encontró en el cuarto de la ropa, junto a la cocina, terminando de alisar, con una placa de hierro calentada al fuego, el encaje mojado con almidón del escote de una camisa de lino. Desde que había retomado su vida social, su doncella tenía más trabajo. Se dio cuenta de que parecía cansada.

—Adonde vamos no tendrás que trabajar tanto —le dijo—. Ve preparando los baúles.

A Anne le dio un vuelco el corazón. Durante meses había temido que llegara ese momento y, como el tiempo pasaba sin noticias de Ishcate, había dado por hecho que él ya no vendría, que las cosas seguirían igual, que podría continuar con sus encuentros con Bamboula. Le extrañaba no haberse enterado del regreso del indio, pero si su señora hablaba de viajar y equipajes, significaba que no había vuelta atrás. No podía retrasar más el confesarle la verdad.

—Madame, no puedo marcharme con usted —le dijo sin rodeos para evitar tiempo a la duda—. Me dio la oportunidad de elegir y elijo quedarme. Agradeceré que me escriba una carta de recomendación.

Suzette parpadeó perpleja. Entonces comprendió que Anne estaba confundida y que le ocultaba algo.

—¿Puedo saber por qué? —tanteó en busca de información.

—Tengo mis razones para quedarme en la ciudad.

—Serán muy poderosas si te arriesgas a trabajar en cualquier otra casa en la que no te tratarán como yo lo hago.

Anne asintió, con la cabeza baja, pero guardó silencio.

—Me gustaría saberlas —insistió Suzette—. No hay secretos entre nosotras. ¿Acaso te has enamorado?, ¿es eso? —preguntó al recordar la ocasional actitud furtiva de Anne y se alegró por ella—. Si es eso, lo comprenderé. Nadie merece más que tú borrar el dolor que te provocó Bamboula con su partida. Maldito sea esté donde esté; si el muy el cobarde no hubiera...

—¡Mi marido no es un cobarde!... —la interrumpió Anne antes de bajar la voz—: Es un cimarrón.

Suzette abrió la boca, pero le costaba encontrar las palabras. Se frotó la frente y comenzó a caminar de un lado para otro.

—¿Ha estado todos estos años viviendo en los pantanos? —dijo por fin.

Anne asintió con la mirada fija en el suelo, arrepintiéndose ya de su arrebato.

—Por eso no puedo alejarme de Nueva Orleans.

Suzette se acordó entonces de algo.

—¿Aquella violación? ¿Tu embarazo? ¿El niño que murió...? Era de Bamboula...

Anne asintió de nuevo.

Suzette se detuvo frente a ella.

—Mírame, Anne. —Esperó a que alzara la vista y fijó su mirada en sus grandes ojos oscuros un largo instante antes de sincerarse con ella—: No puedo ni imaginarme el sufrimiento por el que has pasado. Ojalá lo hubieras compartido conmigo para descargar tu pena. Debo decirte que me has comprendido mal: no me voy a Arkansas, sino a la casa de mis padres. Voy a vender esta, a saldar las deudas y a tomarme un tiempo de calma para decidir mi futuro.

Ahora fue Anne quien parpadeó con asombro, sintiendo también vergüenza por su torpeza y cierta preocupación. Deseaba creerse las afectuosas y comprensivas palabras de su ama, pero ahora sabía dónde estaba Bamboula.

—Bamboula le pertenece a su padre. No irá usted a...

Suzette negó con la cabeza y le cogió las manos.

—Guardaré tu secreto, al igual que tú has guardado el mío.

En esa frase la joven mulata comprendió la fuerza del pacto velado e invisible que las unía. Ambas habían sido condenadas a amar de forma clandestina. La traición de una se convertiría en la perdición de la otra.

—Gracias, madame. ¿Puedo preguntarle por qué este cambio de planes?

—Ishcate no vendrá, Anne. Y es posible que me esté haciendo un gran favor.

Tendría que mentir a su familia con Bamboula, pero qué más daba. Si su historia de amor había terminado, al menos que Anne disfrutara de la suya. Suzette apretó los dientes para controlar el temblor que la rabia y un repentino e incontrolable deseo de sollozar

le provocaban en la barbilla. Intentaría con todas sus fuerzas olvidarse de Ishcate. Se convencería del gran error que había cometido al entregar su corazón y sus ilusiones a un indio.

Él había hecho su elección y había preferido seguir con su vida salvaje.

Pues ahora ella optaría por la civilización.

Pointe Coupée, septiembre de 1777

Sebastián organizó el encuentro del gobernador Gálvez con las tribus indias en el puesto al que los españoles llamaban Punta Cortada, situado en la orilla oeste del Misisipi, a algo más de treinta y cinco leguas de Nueva Orleans, pasados los puestos ingleses de Manchac y Baton Rouge del lado este. Pointe Coupée estaba relativamente cerca: unos diez días en barco. Entre subir y bajar, la delegación española —a la que se había sumado Jérôme Girard— no estaría ni un mes lejos de su nueva casa.

En la cubierta del barco que remontaba el río de una milla de ancho, Sebastián dedicaba varias horas del día a la contemplación del paisaje. De Nueva Orleans a Baton Rouge, más allá de los terraplenes de las orillas, allí donde se habían talado árboles, se distinguían plantaciones, con sus hileras de cabañas para esclavos y sus molinos de azúcar. El humo de la quema de montones de tallos indicaba que en algunas ya habían comenzado las labores de la recogida de la caña. Tras las plantaciones se apreciaban las paredes oscuras de cientos de cipreses.

Pasado Baton Rouge, un bosque denso a ambas orillas sustituía la planicie abierta, con algún espacio despejado o granja a intervalos, como si el río estuviera vallado por la naturaleza.

Sebastián deseaba que esa misión fuera un éxito. Que el propio gobernador se dignara salir de la ciudad de Nueva Orleans para entregar en persona regalos a los indios, tal y como Suzette había sugerido durante aquel paseo por el lago, era algo extraordinario. Desde luego, si algo había aprendido de su experiencia en el pasado con los indios en las provincias de Nueva España era que había que vivir siempre alerta para anticiparse y tomar así las decisiones correctas, ya fueran militares, políticas o amorosas. Estaba convencido de que ya se había ganado el afecto de Suzette. De hecho, Girard lo

trataba con una familiaridad más acusada en los últimos tiempos; sabía que era comunicativo con sus hijos, quizá ella le había dicho algo al respecto.

El puesto de Pointe Coupée era un lugar desangelado: un pequeño fuerte y dos o tres cabañas. Su única importancia radicaba en su ubicación estratégica. Sebastián recordó lo que había leído en el informe de Bouligny: convenía reforzar ese puesto con el fin de resguardar el río Rojo y evitar la navegación de ingleses y colonos americanos que, en caso de lograr la independencia, tuviesen como objetivo el virreinato de Nueva España a través de Texas. Una cosa era ayudar ahora a los norteamericanos; otra ser ingenuo. En la ambición de todas las naciones estaba el deseo de expansión de sus dominios. Si los colonos del este finalmente conseguían la independencia, dirigirían sus esfuerzos hacia el oeste, pasando por Luisiana, y la amistad disfrutada se convertiría en rivalidad.

Transcurrieron varias horas desde el momento del amarre del barco y el traslado de las mercancías al fuerte, que supervisó Girard en persona. Mientras tanto, el mensaje de que el Gran Padre español había llegado, tal como había prometido, y que convocaba la reunión para el día siguiente, 11 de septiembre, voló hasta los diferentes campamentos indios levantados en las cercanías, donde esperaban desde hacía algunos días los líderes de las tribus.

Girard se metió la llave del almacén en el bolsillo y ordenó a varios soldados que defendieran con su vida cualquier intento de robo. La mercancía allí guardada valía una fortuna: además de los regalos para los indios, había que sumar los víveres necesarios para la manutención de los asistentes españoles y para la celebración del encuentro. La mercancía, por supuesto, la había proporcionado él, gracias a su amistad con el señor Orlac, que había medido bien la estrategia: como esos regalos equivalían a un año de gasto militar en guerra, si servían para mantener la paz cinco o seis años, el desembolso merecía la pena.

Repasó una última vez el ordenado y detallado inventario del contador de la Real Hacienda de Luisiana y concluyó que siempre era mejor que sobrara a que faltase. Había bizcochos de pan, arvejas, arroz, seis quintales de carne de bisonte seca en tiras, manteca de oso para guisar, barricas de aguardiente y barriles de chicharrones y de maíz machacado. Podían convidar sin problemas hasta a cien

personas.

Cuando al día siguiente observó la procesión de indios que se dirigían al puesto, por un momento temió haber calculado por debajo de lo necesario. Por cada tribu había más de una docena de hombres. Los jefes se distinguían por sus atuendos cuidadosamente elegidos para la ceremonia. Llevaban túnicas decoradas con bordados o pinturas, vistosos tocados de plumas y collares y adornos de semillas, colas de animales y cuentas talladas de madera. Pronto se tranquilizó: solo los jefes y algún acompañante tomaron asiento en un semicírculo frente al gobernador; los demás guerreros, que no participarían en la comida, se retiraron a bastante distancia.

Girard se situó de pie cerca de Orlac para controlar la entrega de regalos, y junto al comandante Balthazar de Villiers, que había acudido desde el puesto de Arkansas.

Desfilaron ante el gobernador Gálvez los jefes de los alibamu, chetimacha de la gran tierra, chetimacha del río, taensa, houma, bayagoula, túnica, avojele, ofogoula, biloxi, mobilian, choctaw, atakapa, opelousa, bicategüeny, nilchez y carcoucy. Con el fin de no herir susceptibilidades, cada uno recibió un lote igual de fusiles, pólvora, balas, perdigones, piedras de fusil, yesqueros, sacatrapos para descargar las armas de fuego, cuchillos, azadas, azuelas, hachas, arpones, uniformes, casacas, camisas, sombreros, golas, hebillas, zapatos, medias, espejos, calderos, peines, abalorios, bastones, tabaco, agujas e hilo y barriles de comida.

Terminó el largo desfile de saludo con Angaska, gran jefe ahora de todos los quapaw, y su antecesor en el cargo, Guatanika, jefe quapaw de Kappa. Iban acompañados de su propio traductor, que tradujo al francés las palabras de Guatanika cuando este se dirigió al gobernador:

—Mi corazón desea que esta vez cumplas tu palabra. Acepté la propuesta de tu comandante Villiers de reunirme con nuestros enemigos los osage porque nos dijo que deseas que todas las naciones de tu tierra estén tranquilas y vivan en paz. Los osage violan siempre los tratados de paz, pero les dimos una última oportunidad. Fuiste tú quien anuló el acuerdo prometido a los osage de tener un comerciante oficial en el río Arkansas. Por esa mala decisión han muerto comerciantes y cazadores franceses y quapaw.

Gálvez meditó unos instantes antes de responder, en francés:

—No están aquí hoy los osage. Es mejor que hagan sus tratos más al norte, en la zona de Saint Louis. Tienes mi promesa de que os protegeré a ti y a estas tribus si tú prometes lealtad al gran rey de España, representado en mi persona.

—Los quapaw —intervino ahora Angaska— tenemos que defender nuestras tierras de caza de los osage del norte, los caddo del sur, los chickasaw y choctaw del este y partidas de iroqueses, delaware, miami, shawnee y potawatomi. Queremos mantenernos a salvo y seguros en nuestros territorios. Necesitamos esta alianza. Pero no más de lo que la necesitáis vosotros, no lo olvides.

Los jefes quapaw se retiraron, dando fin a la larga y solemne ceremonia. Sebastián preguntó entonces a Villiers:

—¿Conoces al traductor? Me ha sorprendido su conocimiento del francés.

—Es el hijo de un jefe indio kaskaskia. Ha vivido años entre los quapaw.

—¿Sabes su nombre?

—Se llama Ishcate.

—Me suena, sí. Suzette lo nombró. —Se dirigió a Girard—. ¿Es el mismo al que cuidaron en su casa?

Girard asintió con la cabeza. Apenas le había visto el rostro, oculto parcialmente por su larga melena negra y suelta, pero lo había reconocido al escucharlo.

—Los acogimos a él y a Sarazen, Dios lo tenga en su gloria. Hacía tiempo que ni lo veía ni sabía de él.

—Por cierto —se acordó de repente Villiers de aquel mensaje que había enviado por petición del kaskaskia—, ¿le han llegado a su hija las pieles?

—No sé a qué se refiere... —Girard se extrañó.

—Ishcate me pidió que le escribiera unas líneas a Suzette Girard. Decía que las pieles le llegarían en primavera. Yo bromeé sobre el hecho de que hiciera negocios con ella y no con usted...

—Ah, sí —lo interrumpió con una forzada sonrisa y con el deseo de cortar esa conversación—. Lo había olvidado.

No comprendía nada, pero lo que sí podía deducir de ese comentario era que su hija e Ishcate seguían en contacto. Y si Suzette no le había dicho una palabra acerca de una adquisición de pieles, solo cabía interpretar que se comunicaban en secreto.

Frunció el ceño.

Tenía que hablar con Ishcate y dejarle claro que cualquier amistad pasada entre ellos no tenía ya ni sentido ni futuro.

Con el trajín de la comida, aprovechó para ir en busca del joven, que no se había apartado de Guatanika. Permanecía de pie junto a él, y al verlo de espaldas —bien erguido, alto y fuerte, con más músculo que la última vez que se encontraron aunque aún delgado—, acudió a la memoria de Girard aquel día en que al contemplarlo tuvo un primer atisbo del jefe indio en que podía convertirse ese chico.

—Ishcate...

Este se giró y, al reconocerlo, le tendió la mano para saludarlo.

—Monsieur Girard...

—Las noticias de la epidemia llegaron a la ciudad —le dijo con sinceridad Girard, a quien no le habían pasado desapercibidas algunas cicatrices en los brazos del joven—. Toda la familia lamentamos la muerte de Sarazen. Habrá sido duro para ti.

Ishcate hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—Continúas con los quapaw... —añadió Girard—. ¿Acaso tu familia también sufrió la enfermedad?

—Está bien, gracias, monsieur. —No podía asegurarlo porque hacía tiempo que no veía a su padre y sus hermanos. Le hubiera preguntado a Ducoigne por ellos, pero, para su extrañeza, no había acudido a la reunión, y eso que el campamento kaskaskia de río Blanco no estaba lejos—. Espero que la tuya también.

Girard aprovechó la oportunidad para decirle lo que quería decirle de una manera neutra, meramente informativa, pero con suficiente detalle para que el indio comprendiera con nitidez el estado de la cuestión:

—Mis hijos mayores están empezando su carrera militar. Margaux se fue a vivir a Venezuela con su marido, la echamos mucho de menos. Y es posible que no sea la única de mis hijas que se case con un alto mando de Luisiana. Suzette y monsieur Orlac han congeniado muy bien.

Aguantó la intensa mirada de Ishcate, que no movió ni un músculo de su rostro. Pasados unos tensos segundos, este dijo:

—Salúdalos de mi parte. Y dile a Suzette que le deseo una vida larga y feliz.

Ishcate inclinó levemente la cabeza y se alejó, con el estómago

encogido por la rabia contenida.

¿Qué se esperaba?

La primavera y el verano habían pasado y él no había cumplido su promesa de ir en busca de Suzette.

Supo que no podía hacerlo el día en que enterró a Mikakh, la última fallecida del poblado. No podía quitarse de la cabeza que si Suzette hubiera viajado con él, tal como habían planeado, ahora podría estar muerta. El horror vivido le había hecho comprender que no podía arrastrarla a una vida dura para la que no estaba preparada. La amaba tanto que jamás la pondría en peligro. Haría cualquier cosa por protegerla: incluso renunciar a ella. Sin él, Suzette tendría un futuro mejor.

Por el gran amor que sentía hacia ella, supo que debía devolver la libertad a la única mujer que había amado, que amaba y que amaría siempre.

Había pensado hacerle llegar un mensaje explicando los motivos de su renuncia, pero finalmente, para evitar cualquier insistencia por parte de ella, había optado por permitir que con el paso del tiempo la joven concluyera que había incumplido su palabra o lo diese por muerto.

Lo que ahora motivaba su furia era pensar que no había pasado tanto tiempo para que Suzette —a quien suponía sufriendo tanto como él por la separación y la ausencia— hubiera encontrado un sustituto. Nada más y nada menos que el brazo derecho del poderoso gobernador.

Se dirigió a toda prisa hacia el corro en el que estaban sentados los oficiales españoles. Sin darse cuenta, mientras avanzaba llevó la mano al mango del cuchillo que siempre colgaba de su cinturón y lo apretó con fuerza, solo para serenarse y buscar certezas. A unos hombres la vida parecía sonreírles; otros, como él, debían abrirse camino. El camino del *maamiikaahkia* , del guerrero.

—¡Eh, Ishcate! —El comandante Villiers se plantó ante él, receloso, sin apartar la vista de la mano en el cuchillo—. ¿Adónde vas tan deprisa?

A un par de pasos, los oficiales españoles interrumpieron su conversación y los observaron con curiosidad. Ishcate se percató de que alguno liberaba su pistola del cinturón. Comprendió que su actitud por fuerza tenía que resultar sospechosa. Nadie podía

aproximarse a los hombres del gobernador; y mucho menos un indio.

Ishcate improvisó una explicación:

—Ahora que he cumplido con este trabajo para Angaska y Guatanika, es posible que me vaya durante un tiempo. Me he acercado a despedirme, comandante, y a decirte que tal vez necesites contratar a otro intérprete.

Conforme lo decía, se dio cuenta de que eso era justo lo que necesitaba: volver a galopar sin ataduras, sentir el aire en la cara y recuperar su espíritu, que parecía haberse alejado de él cuando murió Sarazen; como si los últimos meses hubiese huido para acompañar a su amigo hacia las Mihši Ahka —las grandes praderas— y cazar una última vez juntos. Era hora de regresar.

El semblante de Villiers se relajó.

—Espero que la paz dure tanto que no necesite a nadie hasta que vuelvas.

—¿Qué haces aquí, Ishcate? —preguntó Girard llegando a su lado.

—Ya se marcha... —respondió por él Villiers.

—Antes me gustaría presentar mis respetos al nuevo gobernador.

Ishcate sabía que era imposible, pero su objetivo no era él sino el otro, el tal Orlac. En la presentación de Guatanika no se había fijado con detenimiento en él, y quería verlo de cerca; quería saber exactamente cómo era el hombre que sostendría en sus brazos a Suzette de ahora en adelante, el que sería el padre de sus hijos, el que lo suplantaría en el lecho y, en definitiva, el que ya se había convertido en el objetivo de su odio aun cuando sabía que era él mismo quien había allanado ese terreno con su ausencia. Necesitaba asegurarse de que no había maldad en sus ojos.

—Será un honor para mí hablar por los kaskaskia. Tal vez no tenga otra ocasión de hacerlo —insistió.

Villiers frunció el ceño. Intercambió una mirada con Girard y fue este quien consultó a Orlac, que se levantó y se acercó a Ishcate.

—Yo hablaré por el gobernador —dijo Sebastián, mientras tendía la mano al kaskaskia—. Si has tenido algo que ver con la asistencia hoy de los quapaw, te lo agradezco.

—Hice una promesa a un hombre de paz y la he cumplido.

Ishcate estrechó la mano que acariciaría a Suzette, la mano que la sostendría cuando ella lo necesitara, y sintió un pinchazo en las

entrañas. Aun así tuvo que reconocer que la mirada del hombre era limpia, y el tono de su voz, sincero. Su piel, no obstante, era demasiado blanca y demasiado fina... Como la de Suzette. Se llevó la mano al cuello y acarició la medalla que ella le había regalado hacía mucho tiempo. Pensó en arrancársela y dársela al hombre para que se la devolviera, pero temió sentirse desnudo sin ella.

A Sebastián no le pasaron desapercibidos ni el gesto ni el objeto. Una medalla religiosa tan delicada en el cuello de un hombre como aquel resultaba sorprendente. Se preguntó de dónde la habría sacado y por qué la llevaba, pero no hizo ningún comentario. Tuvo la sensación de que Ishcate quería decirle algo y no se atrevía.

—Conoces a la familia Girard —comentó para romper el silencio, y advirtió un extraño brillo en la mirada del kaskaskia.

—Los conozco. Y les tengo afecto: monsieur y madame Girard... Suzette...

Sebastián tuvo la sensación de que en ese modo de pronunciar el nombre había una pregunta implícita y él no era un hombre que evitase las respuestas.

—También a mí me une el afecto. En particular hacia ella. Si Dios y el destino lo quieren, confío en ganar para ella la felicidad que merece.

Si a Ishcate le había preocupado la seguridad de su amada, podía quedarse tranquilo porque ese gran jefe blanco se la proporcionaría.

—Tal vez algún día viaje al norte —añadió Sebastián—. Me gustaría conocer el país de los illinois y la ciudad de San Luis. Espero que allá adonde vayas lleves nuestras palabras. España nunca olvidará a quienes le guarden lealtad y luchen de su parte.

Estaba convencido de que la ayuda en forma de provisiones, municiones, suministros y dinero no bastaría para que los norteamericanos ganaran la guerra contra los británicos; tarde o temprano, España, como Francia, tendrían que participar en batalla y arrastrarían a ella a los indios aliados.

—Las lealtades son tan sólidas como una pluma —dijo Ishcate con ironía, pensando en esa conferencia de paz comprada con regalos, en la venta de las tierras de los kaskaskia a aquella empresa y también, fugazmente, en lo que consideraba una traición por parte de Suzette—. Los colonos americanos os ofrecen ahora promesas a cambio de ayuda para ganar su guerra. Cuando hayan ganado,

querrán más. Se desplazarán hacia el oeste y no los podréis detener. Os echarán a vosotros y también a nosotros. Tal vez no vivamos para verlo, pero sucederá.

Sebastián coincidió con la apreciación de Ishcate: el indio comprendía el funcionamiento de las relaciones políticas. Pensó que el futuro de una persona dependía en parte de la voluntad y en parte de las oportunidades. Para muchos de los hombres con los que él había trabajado, los indios solo eran unos salvajes. Él discrepaba. Si un hombre con la mirada inteligente de Ishcate hubiera tenido otras opciones y otra educación, tal vez se dedicaría a otras tareas más elevadas que cazar y vender pieles.

—Si cambias de opinión, Villiers siempre tendrá trabajo para ti. Cada hombre es importante, y más si tiene experiencia como tú en la batalla y con la palabra.

Ishcate inclinó la cabeza, dando la conversación por terminada. Su primera impresión de Orlac había sido buena, y aunque eso lo aliviaba por un lado, por otro también le escocía. Con total certeza, a Suzette le esperaba una buena vida con él. Lanzó una breve mirada hacia Girard y se fue en busca de su caballo.

Al cabo de un rato Sebastián preguntó a Villiers:

—¿Es un hombre casado?

—No sabría decirle, pero lo he visto alguna vez comprando en el puesto acompañado de una joven india y un niño.

Sebastián sintió una indefinida punzada en su interior. Pensó en la intensa jornada de encuentro con los indios y llegó a la misma conclusión de sus experiencias anteriores con los apaches en Nueva España. Para justificar las campañas contra ellos, se los tachaba de crueles. Para firmar acuerdos, se los justificaba diciendo que eran razonables y que solo usaban la violencia para vengarse de afrentas.

No había duda, se dijo, de que cada persona —también él— era pacífica o agresiva según lo que el otro esperase de ella.

29

Kappa, aldea quapaw, cerca del puesto de Arkansas,
octubre de 1777

Ishcate recogió sus pocas pertenencias, las envolvió en su piel de oso y, junto a su fusil, las ató con cordones de cuero a las anillas de los faldones de la sencilla montura de su caballo.

Echó un último vistazo a su alrededor.

En el poblado de Kappa todavía persistía la tristeza causada por la epidemia de unos meses atrás. Habían fallecido demasiadas personas. El abatimiento ralentizaba las tareas de los supervivientes, que se preparaban para la llegada del invierno. En otras ocasiones, antes de partir, se despedía de Sarazen y Mikakh, de quienes tan buenos recuerdos guardaría para siempre; ahora sentía que a nadie le importaría lo que hiciera o dejara de hacer.

Al pasar por el puesto de Arkansas dudó nuevamente si dirigir sus pasos hacia el cercano poblado de los kaskaskia junto al río Blanco, donde vivían su padre y sus hermanos. Por un lado tenía muchas ganas de reencontrarse con ellos; por otro, no soportaría enfrentarse a más pérdidas. Que Ducoigne no hubiera acudido al encuentro de las tribus solo podía significar que la epidemia también se había cebado en su gente. Al final, pasó de largo y tomó rumbo al norte por las tierras más cercanas al Misisipi para evitar las de los osage. Pensó que estaba a la misma distancia de Nueva Orleans que de Saint Louis, justo a mitad de camino. Si fuera el mismo Ishcate de antes de la epidemia, su destino sería el sur, el calor y el aire que respiraba Suzette; sin embargo, su futuro ahora estaba río arriba.

Después de varios días de camino, un anochecer, cuando se disponía a dormir, oyó un sonido semejante a un maullido fuerte. Se incorporó, preparó el fusil y esperó un posible ataque de algún animal. No sucedió nada, así que se tumbó de nuevo, aliviado de no tener que delatar su presencia con un disparo, algo poco recomendable cuando

se viajaba solo. Al poco los maullidos se tornaron más persistentes, aunque no sonaban más cercanos. Pensó que sería algún animal herido. Dispuesto a terminar con su sufrimiento —y conseguir algo de comida— se dirigió con sigilo hacia el punto de donde provenían. Ojalá pudiera solucionar el asunto simplemente con el cuchillo, pensó. Oyó ahora un lloro suave y, a unos pasos, descubrió una figura humana agazapada en el suelo.

Empuñó su fusil.

—¡Ishcate, soy yo!

Reconoció la voz al instante. Pertenecía a la persona que le había susurrado palabras amables noche tras noche durante su enfermedad y cuyo cabello oscuro le había acariciado el rostro cuando se inclinaba sobre él. Pertenecía a quien lo había cuidado, poniendo en peligro su propia vida.

—¿Qué haces aquí, Kawutz?

Se arrodilló junto a ella y enseguida comprendió que lo que había oído era el llanto del pequeño que abrazaba contra su pecho.

—Te fuiste sin decir nada y te seguí —respondió ella antes de endurecer el tono—: Has faltado a tu promesa de cuidar a la familia de Sarazen. Os escuché la noche que murió.

Ishcate recordaba sus palabras.

—He favorecido la paz con los españoles y el pequeño Sarazen está en buenas manos contigo... —No mencionó la tercera petición de su amigo, la de casarse con ella, pues eso no lo había prometido. Se preguntó si Kawutz también lo habría escuchado.

—Mi única amiga era Mikakh. —Acarició con tristeza el brazalete de plata que Sarazen había comprado para su esposa en el mercado de Nueva Orleans y que ella le había regalado poco antes de morir—. En todas las familias han perdido a varios miembros y no están para ayudar a otros. ¿Cómo pensabas que podría conseguirme leña y comida para el invierno con un niño?

Ishcate admitió para sus adentros su egoísmo. Pensó en las únicas opciones que tenía: regresar a Kappa o llevarse a ambos al norte. Optó por la segunda.

—He seguido tu rastro —continuó ella—. Por las noches ataba el caballo lejos para que no lo oyeras y me acercaba por si surgía algún peligro.

—Has sido imprudente; también valiente... —Ishcate posó su

mano sobre la cabeza del niño, que se había tranquilizado con el murmullo de sus voces—. Y has hecho bien. Cuidaré de vosotros. —Le tendió la mano a Kawutz para ayudarla a incorporarse—. Como tú hiciste conmigo.

El viaje continuó sin incidentes durante semanas. Entre ellos se estableció una cómoda rutina: Ishcate descubrió que Kawutz era una cazadora tan hábil como él y que tampoco ella rehuía los silencios ni trataba de llenar el aire con palabras. Y cuidaba del niño como si fuera su propio hijo.

Poco antes de llegar a Saint Louis, tras varios días seguidos de lluvia, el niño empezó a mostrarse inquieto.

—Tiene fiebre —dijo Kawutz con preocupación—. Y no puedo darle un remedio de plantas tan pequeño.

—Estamos a dos jornadas de la ciudad. Confiemos en el Gran Espíritu. —Trataba de infundir tranquilidad a Kawutz, pero a él mismo le costaba creer sus palabras, pues sentía que el Gran Espíritu lo había abandonado.

—Temo que no aguante tanto. Démonos prisa.

Extenuados tanto ellos como sus caballos por la falta de descanso, entraron en Saint Louis al alba de un día de finales de octubre.

La ciudad había crecido desde la última vez que Ishcate había estado, hacía ya tres años, pero se acordaba de dónde se encontraba la casa del médico, cerca de la plaza. Allí una criada les dijo que el doctor había salido para atender a un paciente en la granja de madame Dubois. Haciendo acopio de las pocas energías que les quedaban, se dirigieron a las afueras. A pesar de la hora temprana, a través de las ventanas percibieron mucho movimiento en el interior. Antes incluso de que llamaran a la puerta, esta se abrió y apareció una mujer con una falda de indiana estampada con flores rojas y verdes y una camisa con las mangas remangadas.

—Ya os he dicho que el padre no puede ver a nadie...

—Madame Dubois... —Ishcate había reconocido a Cécile.

Esta entornó los ojos. La voz le resultaba familiar, pero el aspecto sucio y desaliñado de ese hombre la desconcertó.

—¡Ishcate!

—Necesitamos al médico. —Señaló al niño en brazos de Kawutz —. Nos han dicho que estaba aquí.

—¡Dios santo bendito! —exclamó Cécile—. ¿De dónde sales?

Bueno, ya habrá tiempo para que nos cuentes.

Los hizo pasar a la cocina y enseguida se puso a organizarlo todo. Ordenó a las criadas que avisaran al médico, les habilitaran uno de los cuartos de la planta superior y les subieran agua caliente y ropa seca para que pudieran asearse. Mientras, ella misma les sirvió un té y unas galletas recién hechas y calentó leche para el pequeño Sarazen. En un extremo de la gran mesa de madera, una joven entretenía a un niño de unos dos años.

—Ha pasado tanto tiempo que no sé si te acordarás de todos los de esta casa —dijo Cécile mientras ayudaba a Kawutz a quitar las capas de pieles y telas que envolvían a Sarazen—. Esta es mi hija mayor, Pelagie, y el niño es mi nieto mestizo, hijo de Étienne y Manon. Agnès y Victoire todavía duermen. —Tocó la frente de Sarazen, que apenas se movía. Humedeció un trapo limpio en un cubo de agua y se lo pasó por el rostro con delicadeza—. Monsieur Leroux, Étienne y mi otro hijo, Benoît, están con el padre Meurin. Cuando enfermó lo trajimos aquí para que estuviera bien atendido. Desde entonces no han parado de llegar indios a esta casa. Sabía que era apreciado, pero no tanto.

El médico entró en la cocina y Cécile le señaló a Sarazen. Tras escuchar con alivio de labios del hombre que había visto casos peores que se habían recuperado, Ishcate se acercó a Cécile.

—Quisiera ver al padre.

La mujer lo acompañó hasta la habitación. El padre Meurin yacía en un lecho de sábanas blancas con los ojos cerrados. Parecía un anciano consumido, aunque no llegaba a los sesenta.

Cécile se llevó un dedo a los labios para que su marido y sus hijos permanecieran en silencio y se acercó a Meurin.

—Padre, le traigo una sorpresa.

Invitó a Ishcate a que se aproximara y este se arrodilló junto al lecho. Meurin entreabrió los ojos y tardó un poco en reconocer al hombre. Cuando lo hizo, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Ah, Ishcate, qué pena que me veas así.

—Estuve muy enfermo y me curé. Tú también lo harás.

—Habla tu corazón mientras tus ojos mienten. Recuerda que te enseñé que no se debe mentir. ¿Qué ha sido de tu vida todo este tiempo? ¿Qué noticias nos traes del sur?

Ishcate pensó rápidamente un resumen muy general que no

pudiera perturbarlo.

—He estado por la zona de Arkansas. Las tribus están ahora en paz allí.

—Y por fin tiene mujer e hijo —intervino Cécile.

Ishcate lamentó la intromisión, pero no aclaró el malentendido.

—Me alegro por ti —dijo Meurin—. ¿Lo has bautizado?

—Esperaba que lo hicieras tú —mintió Ishcate.

—Ahora estoy cansado, más tarde tal vez. —Meurin cerró los ojos unos instantes. A tientas, acercó su mano huesuda y le hizo la señal de la cruz en la frente—. Dios te bendiga, hijo mío. Couroway se alegrará mucho de tu regreso.

Ishcate pensó que el hombre deliraba. Su padre estaba muy lejos de allí. Como el silencio se prolongó, se puso en pie para dejarlo descansar. Entonces Meurin preguntó:

—¿Viste a Bamboula?

Ishcate solo sabía por Suzette que el esclavo de Girard había huido años atrás. Se vio obligado a mentir de nuevo:

—Se casó, tuvo un hijo y ahora es un hombre libre.

—Nos lo quitaron todo y nos insultaron —murmuró Meurin, como si al pensar en Bamboula recuperara los tiempos de la expulsión de los jesuitas—. Primero Francia, luego España. Y todo porque a los reyes, que se consideran tales por derecho divino, les parecía peligroso que le debiéramos fidelidad al papa antes que a ellos. Nos echaron como a perros. —Esbozó una débil sonrisa—. Y aquí estoy.

Meurin se adormeció. Cécile pidió en un susurro a su hijo pequeño que lo vigilara mientras los demás salían a la salita aneja. Allí Benoît Leroux y Étienne estrecharon la mano de Ishcate.

—Hablaremos durante la comida —intervino Cécile ante el bombardeo de preguntas al que los hombres lo sometieron. Empujó con suavidad a Ishcate hacia la puerta de la habitación que había ordenado preparar para él—: Tienes que lavarte y descansar un poco. Ya voy yo a la cocina a por tu mujer y tu hijo para que os acomodéis.

—No es mi mujer —corrigió Ishcate—. Y el niño es el hijo de Sarazen, que falleció por la epidemia de viruela.

Cécile se quedó pensativa. Solo disponía de una habitación libre. Rápidamente concluyó que su casa no era un hogar convencional. Ella convivía con Benoît Leroux, con quien no se había casado todavía. Su hijo tenía un hijo con una de las esclavas indias. Y el padre Meurin,

conocedor de todo esto, había aceptado de buen grado sus cuidados.

—Si habéis viajado juntos, espero que no os importe compartir cuarto —dijo—. O eso, o tendrás que dormir en el cobertizo.

Ishcate entró en el dormitorio. No era muy grande, pero le pareció el lugar más lujoso en el que había estado en diecinueve meses, exactamente el tiempo que había transcurrido desde aquellas inolvidables noches en casa de Suzette. Había una cama con un recio cabecero de madera, un armario, una cómoda con espejo, una jofaina y un barril de baño con agua humeante. Sobre el mullido colchón de lana vio ropa de hombre y de mujer, toallas y una delicada mantita. Se desvistió, cogió agua del barril con la jofaina, humedeció una de las toallas y estaba frotándose el cuerpo de la cabeza a los pies cuando la puerta se abrió y apareció Kawutz con el pequeño en brazos. Ishcate se apresuró a vestirse.

—Conozco tu cuerpo —bromeó ella—. Te lavé durante la enfermedad.

Ishcate no supo qué contestar a eso y, azorado, fingió que no lo había oído.

—El agua del barril está limpia para vosotros —dijo.

Kawutz desnudó al niño y lo bañó. El pequeño Sarazen agradeció el contacto con el agua y emitió unos débiles gritos de alegría.

—El médico le ha dado un remedio llamado «corteza de jesuita» que tenía el padre Meurin entre sus cosas —informó ella—. Ha dicho que él ya no la necesitará, que me quede el resto. Y la comida le ha sentado bien.

Secó a Sarazen, lo envolvió en la mantita y lo colocó en brazos de Ishcate, que se tumbó en la cama con el niño contra su pecho. Con el rabillo del ojo observó cómo se desnudaba la mujer y se introducía en el barreño. Además de buen carácter y valentía, Kawutz tenía un cuerpo magnífico. Sintió una punzada de deseo. Kawutz y ese ser diminuto que dormía entre sus brazos eran ahora su mundo.

Por primera vez en la vida comprendió el significado de tener una familia, alguien por quien preocuparse, alguien a quien amar y cuidar, un objetivo, un sentido.

Con el sonido de fondo del agua sobre la piel de Kawutz, se adormeció. No supo cuánto rato estuvo así hasta que ella lo despertó.

—Nos esperan para comer.

Ishcate no pudo evitar esbozar una breve sonrisa al verla.

—No te queda mal la ropa de europea —le dijo.

—Solo será algo temporal —afirmó ella con rotundidad—. No pienso quedarme mucho en una casa en la que tienen a indias como esclavas. Pensaba que los españoles prohibían la esclavitud india; por lo visto, aquí no llegan esas leyes.

Ishcate se incorporó para salir tras ella. Se vistiera como se vistiese, Kawutz era india de los pies a la cabeza: una mujer fuerte, orgullosa, una guerrera.

Durante la comida Ishcate pudo satisfacer por fin la curiosidad de la acogedora familia. Aunque durante su estancia entre los quapaw para él lo más importante había sido su viaje y su encuentro con Suzette, se percató de que habían sucedido muchas cosas. Narró el rescate de Mikakh y Kawutz, la epidemia de viruela, el fallecimiento de Mikakh, de sus hijos mayores y del propio Sarazen —Étienne recordó entonces en voz alta cómo había conocido y ayudado al indio que había salvado a Ishcate—, y la conferencia de paz de las tribus, lo cual derivó en temas políticos sobre la independencia de las colonias norteamericanas.

—La gran pregunta es: ¿entrarán Francia y España en la guerra contra Inglaterra? —planteó Leroux—. Y si es así, ¿cuándo? Unos comerciantes del este trajeron noticias hace poco de que la moral estaba alta después de derrotar a los ingleses en Trenton y Princeton y de que la labor de Benjamin Franklin, Silas Deane y Arthur Lee, los comisionados enviados a Francia y España, había dado sus frutos en forma de mosquetes, dinero y acuerdos comerciales. No sabemos qué estará pasando ahora en Saratoga, pero también comentaron que las fuerzas estaban muy igualadas. —Se dirigió a Étienne—. Habrá empresas que saquen partido. ¡En vez de con pieles, deberíamos negociar con pólvora!

—Querido... —intervino Cécile fingiendo sentirse alarmada—. ¿Aún tienes ganas de embarcarte en nuevos negocios?

—No lo haré, puedes estar tranquila. Al menos hasta que solucione ciertos asuntos. —Se dirigió de nuevo a Ishcate—: Aunque aquí, de momento, la guerra no ha afectado, espero que sea seguro viajar por el río, porque en un par de días parto para Nueva Orleans. —Suspiró—. ¡Quién me iba a decir cuando llegué aquí que tardaría catorce años en volver a la ciudad!

—Entonces la encontrarás muy cambiada. —Ishcate aprovechó la

ocasión para sacar a colación el tema de René Dubois. Sentía curiosidad por averiguar qué sabían. Miró a Cécile—. Supongo que tú no podrás acompañarlo, por el requerimiento de tu marido...

—Oh, monsieur Dubois falleció el año pasado —dijo ella sin el menor atisbo de pena—. La explicación que recibí fue que un indio lo había asesinado. Algún ajuste de cuentas... No me extrañó, dado su mal carácter. El motivo del viaje de monsieur Leroux es precisamente el de solucionar la herencia de Étienne.

Leroux agradeció en su interior que ella no añadiera nada más. En realidad, la herencia de Étienne era un tema menor, pues consistía en vender la propiedad de la ciudad y pagar a los deudores de Dubois. Poco le quedaría al joven. El motivo principal de su viaje era Girard. Debía suplicarle en persona que le concediera más tiempo para saldar la gran deuda que aún tenía con él. Los años pasaban y no había forma de reunir el capital.

Ishcate pensó que los acontecimientos de la vida eran como el agua de los ríos: nada podía cambiar su fluir. Si él no hubiera matado a Dubois, no se habría tenido que marchar tan apresuradamente de la ciudad y no estaría allí en ese momento, envidiando a Leroux por su inminente viaje. Nada desearía más que embarcar en una de las barcazas de fondo plano que transportaban río abajo pieles, harina, plomo, manzanas y cebollas para la ciudad. En tres o cuatro semanas estaría en Nueva Orleans. Se preguntó cómo reaccionaría Suzette al verlo; si lo recibiría en sus brazos o lo rechazaría para seguir con ese tal Orlac. Ah, nunca lo sabría, porque ni la pondría ante esa tesitura ni pensaba arriesgarse a ser rechazado. Había tomado ya una decisión y no iba a dar marcha atrás. Se dirigió a Leroux:

—No creo que tengas problemas en el río. Como has dicho, la guerra, por ahora, queda lejos. Solo los barcos ingleses se tropiezan con algún obstáculo por parte de los españoles. Asegúrate de que viajas en uno francés o español.

El joven Benoît irrumpió en la cocina con cara de espanto.

—¡El padre Meurin está muy intranquilo!

Cécile, Leroux, Étienne e Ishcate se apresuraron a la habitación. Meurin movía la cabeza de un lado a otro, abría y cerraba los ojos y murmuraba palabras inconexas. Cécile se sentó junto a él y le tomó la mano.

—Es el fin —susurró a los hombres.

Tenía razón. A media tarde Meurin expiró.

Durante el velatorio y el entierro, que tuvo lugar al día siguiente, Ishcate no pudo quitarse de la cabeza la idea de que aquellos que lo habían ayudado, aquellos por quienes había sentido afecto, iban desapareciendo de su vida. Había tenido que cavar demasiadas tumbas. Al partir de Arkansas, no había tenido muy claro su destino final. Saint Louis era una opción. No le resultaría difícil llegar a nuevos acuerdos comerciales con tratantes de pieles como los Leroux-Dubois. Sin embargo, ahora le entró urgencia por regresar a las tierras de Kaskaskia en las que había nacido y crecido. La vida pasaba muy deprisa; había que aprovechar el aprendizaje de las experiencias, también de las dolorosas, para continuar adelante. Lo único que nunca había cambiado en su interior, a pesar de todo, era el honor de sentirse kaskaskia. *Kaahkaahkia* . Su alma se alegraba al escuchar, pronunciar o pensar la palabra.

Cécile insistió en que se quedasen más tiempo, hasta que el pequeño Sarazen estuviera completamente restablecido, pues tenían unos dos o tres días de viaje, pero Kawutz respaldó la decisión de Ishcate. Como había sido raptada en su infancia y vendida de unos europeos a otros, no deseaba convivir con ellos más de lo necesario. Aunque los recuerdos de su familia y su gente fueran borrosos, tenía claro que era india, y que viviría y moriría en un poblado indio.

Ishcate, Kawutz y el pequeño Sarazen partieron al amanecer del día siguiente del entierro de Meurin. Las lluvias habían refrescado el ambiente, pero el cielo estaba despejado y así se mantuvo en las siguientes jornadas.

Durante el trayecto, Ishcate se preguntó quién quedaría en su poblado natal. La mayoría se habían desplazado al sur tras la venta de gran parte de las tierras. Solo algunos ancianos y tres o cuatro familias habían decidido quedarse. Al contar desde la distancia más de una docena de tiendas, se llevó una gran sorpresa, que se tornó en mayúscula al saber que en una de ellas vivía su padre.

Las palabras de Meurin no habían sido producto del delirio.

Couroway había envejecido mucho en poco tiempo y se había quedado ciego. Cuando Ishcate se arrodilló junto a él, el anciano le acarició el rostro con sus manos huesudas.

—*Aya aya. Weeyaakiteehiaani* . —Couroway lo saludó emocionado—. Me hace feliz tenerte conmigo.

—No esperaba encontrarte aquí, padre.

—Cuando comenzó la epidemia entre los quapaw, algunos decidimos dejar el poblado del río Blanco y regresar a Kaskaskia con Ducoigne.

—¿Y mis hermanos...?

—Tu hermano Kicounaisa murió —lo interrumpió sin rodeos—. Una noche se golpeó en la cabeza al caer del caballo...

Ishcate entendió sin necesidad de oírlo que su hermano estaba borracho; al final la tafia había sido más fuerte que el alma del guerrero. Sintió un pinchazo de dolor en el pecho al escuchar esta noticia y, a la vez, admiró la entereza con la que continuó hablando su padre:

—Y Maughquayah decidió quedarse con sus hijos y el de Kicounaisa en Arkansas. Al llegar, descubrimos que nuestra aldea kaskaskia ya no existía. La habían quemado los fox y los sauk. Tenías razón, Ishcate. Hicimos mal en vender las tierras. Hicimos mal en abandonarlas. Con la guerra entre ingleses y americanos, por ahora nadie ha venido por aquí, así que seguiremos cazando y viviendo de la naturaleza. —Movió la cabeza al oír los gorjeos del pequeño Sarazen —. ¿Quién te acompaña?

Ishcate dudó un instante cómo proceder a la presentación para que no se produjera de nuevo un malentendido. La mujer se le adelantó:

—Soy Kawutz y el niño se llama Sarazen.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Couroway.

—Has tomado esposa y tienes un hijo...

—El niño está a nuestro cargo —dijo Kawutz—. Es el hijo de Sarazen y Mikakh, que fallecieron.

—Ya llegarán los vuestros —dijo Couroway poniendo una mano sobre el hombro de Ishcate—. Lo importante hoy es que has querido regresar aquí. Conoces ambos mundos: el blanco y el indio. Eres importante para nosotros. Pelearemos para anular la venta porque, como dijiste, está prohibido comprar tierras de los nativos americanos. La guerra entre colonos e ingleses nos beneficiará. Ayudaremos a los norteamericanos con la condición de que ellos nos ayuden. —Llamó a una de las mujeres que lo atendían—: Preparad una tienda para Ishcate y su familia. Llevadles leña y algo de comida. Que descansen. Mañana celebraremos que mi hijo ha vuelto.

Ishcate no quiso sacar a su padre de sus dos errores: ni Kawutz era su mujer ni se fiaba de los rebeldes que, una vez conseguido su objetivo de independencia, también desearían sus tierras. Ahora que estaba en casa tendría tiempo para conversar con él con calma. En todo caso, que lo considerara valioso para la comunidad le provocó una punzada de orgullo. Quizá ese fuera el propósito de su existencia. Había viajado, había conocido la ciudad y las formas europeas. El Gran Espíritu había encajado los acontecimientos para llevarlo hasta ese instante. Su hermano mayor no estaba allí y su hermano mediano había muerto. Couroway lo necesitaba a su lado.

Aquella noche hizo suyas unas palabras de Meurin: «Solo la muerte es definitiva. Me fui para no volver y aquí me tienes». El padre había cumplido su promesa: morir cerca de sus amados kaskaskia.

Ishcate se sintió reconfortado por haber respondido a la llamada de la sangre.

Aquella noche Kawutz se acurrucó contra él y él aceptó su calor.

30

Nueva Orleans, octubre de 1777

Sebastián regresó de la reunión con las tribus indias satisfecho por que se hubiera alcanzado un acuerdo de paz. El siguiente objetivo era conseguir su propia calma. La distancia y el viaje le habían propiciado largos momentos de reflexión tras los cuales había concluido que sus sentimientos eran firmes: estaba enamorado de Suzette y deseaba casarse con ella.

Forjado por firmes convicciones, acostumbrado a batallas e intrigas políticas, y de normal un hombre sereno y juicioso, no era capaz, sin embargo, de controlar el nerviosismo que le provocaba pensar que ella pudiera rechazarlo. Si eso sucediera, le costaría un enorme esfuerzo arrancarla de sus pensamientos y de su corazón. Suzette le resultaba inteligente, buena conversadora y afectuosa, adjetivos objetivos que podría utilizar para describir a otras mujeres que había conocido en su vida, pero que, sumados a su belleza y exteriorizados a través de sus gestos, sonrisas y movimientos únicos, lo alteraban como si fuera un adolescente.

Acudió nervioso a la cena que había organizado Girard para celebrar el éxito de la expedición. No esperaría ni un solo día más para expresar a Suzette sus sentimientos. Les había tomado afecto también a los miembros de su familia y, en caso de no ser correspondido, lamentablemente se vería obligado a cortar la relación con ellos.

Girard, locuaz e imperante, acaparó la conversación, permitiendo que Sebastián pudiera practicar en su mente un posible diálogo a solas con Suzette, a la que dedicaba frecuentes miradas. Esa noche ella mostraba un semblante serio. Fingía que escuchaba con interés e incluso sonreía ante algún comentario, pero sus pensamientos parecían estar a miles de leguas de distancia del plato del que le costaba levantar la vista. Centrado en sus cavilaciones y pendiente de

Suzette, tampoco estaba él muy hablador.

Tras los postres, unos y otros se repartieron en pequeños grupos por el salón para jugar a las cartas o continuar charlando. Los ventanales estaban abiertos de par en par para que el aire fresco mitigara el excesivo calor de la noche otoñal. Suzette dijo que quería un poco de aire y salió al exterior.

Sebastián esperó unos minutos y fue tras ella.

En el extremo más alejado de la galería, oculta por la penumbra y apoyada en la barandilla, la joven contemplaba el reflejo de la luna sobre las aguas del Pontchartrain. Resultaba misterioso cómo un lago tan poco profundo podía provocar, cuando se enfadaba, terribles inundaciones.

—Una imagen preciosa —murmuró él acercándose.

—Lo es.

—Me refería a ti.

Halagada, Suzette se incorporó y esbozó una sonrisa. Animado, Sebastián se aproximó un poco más.

—Esta noche has estado callado —observó ella—. Supongo que todavía no has descansado del viaje.

«Se ha dado cuenta —pensó él dándose ánimos—. Eso quiere decir que le importo.»

—Si admitiera cansancio, ¿cómo quedaría en comparación con tu padre, que es mayor que yo y estaba eufórico?

Ella volvió a sonreír.

—Mi padre revive al regresar a casa. A veces creo que descubrió en este lago esa fuente de la eterna juventud que buscaba vuestro Ponce de León en Florida. ¿No sería maravilloso? —Últimamente tenía la sensación de que la vida se le escapaba entre los dedos. En un gesto inconsciente, apretó los puños sobre la barandilla.

—¿La eterna juventud? —De repente Sebastián sonaba serio—. Cedería gustoso esa eternidad por una vida finita a tu lado. —Con un gesto dulce abrió su puño, le tomó la mano e hizo que lo mirara a los ojos—. Te he echado tanto de menos estas semanas, Suzette, que he comprendido que me resulta imposible concebir la vida sin ti.

Ella se ruborizó, pero no apartó la mano del cálido contacto de la piel del hombre. Tenía que reconocer que junto a él sentía que no existía ni el aburrimiento ni la tristeza. Cuando estaba con él no paraba de sonreír. Sebastián era un hombre responsable y de férreos

principios, dedicado al trabajo por su patria y por su rey, pero también era ingenioso y atento, y con ella era cariñoso y amable. Y adoraba a la pequeña Adrienne.

—Yo también te he echado de menos —le dijo. Y era verdad.

Su padre la había informado de su encuentro con Ishcate y de la intención de este de marcharse al norte. Tenía que asumir que él no volvería. Y su propia realidad tampoco era fácil. Con una hija pequeña y problemas económicos, solo tenía dos opciones: regresar definitivamente a casa de sus padres o aceptar las atenciones de un hombre como Sebastián que, a pesar de su posición y experiencia, temblaba ante ella de nervios y excitación, como un joven enamorado.

—¿Quiere eso decir que compartirías tu vida conmigo?

Suzette lo miró a los ojos y vio en ellos un futuro placentero, sincero y grato.

—Sí.

Sebastián se inclinó sobre ella y la besó en los labios con ímpetu, alivio y satisfacción. Ella le rodeó el cuello con los brazos y, durante un buen rato, alternaron más besos con breves comentarios sobre sus planes e ilusiones.

—¿Te parece bien que lo anunciemos hoy mismo a la familia? —le preguntó él—. ¿Cuánto tiempo cuesta organizar una boda? ¿Con una semana es suficiente? —Entonces cayó en la cuenta de algo que había pasado por alto—. Oh, no...

—¿Qué sucede? —preguntó ella súbitamente alarmada.

—Esta cabeza mía... ¡Creía que lo tenía todo pensado y he olvidado que necesito el permiso del rey para casarme! ¡Tardará meses en llegar!

—¿No te sirve el del gobernador?

—No. —Sebastián se inclinó para besarla de nuevo—. Y no quiero esperar tanto. Me moriré si...

Al decir estas palabras se le ocurrió una idea.

Por la expresión de su rostro, Suzette supo que el cerebro vertiginoso de Sebastián había dado con la solución.

Dos semanas más tarde, a mediados de noviembre, el fraile capuchino Cirilo de Barcelona, vicario general y juez eclesiástico de la provincia de Luisiana y cura de la iglesia parroquial de San Luis de la ciudad de Nueva Orleans, aceleró el paso, nervioso e intrigado.

Había recibido aviso urgente, sin más detalle, de la vivienda del

secretario del gobernador. Por si acaso, había cogido su estuche de los santos óleos de la extremaunción.

La distancia entre ambas residencias era corta y llegó en unos minutos. Salió a recibirlo el señor Girard.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Se trata del señor Orlac —informó Girard con semblante indescifrable—. Sígame, por favor.

Fray Cirilo cruzó el patio interior tras él, subió la escalera hasta un rellano cuadrado al que daban varias puertas de doble hoja. Tras las segundas, entró en una sala elegante por la que se accedía al dormitorio. El joven señor Orlac yacía en el lecho con los ojos cerrados. Sentada a su lado, la viuda Fournier, Suzette Girard, sostenía su mano.

Se acercó a la pareja. No le pareció percibir mucha preocupación en el rostro de la joven; en todo caso, cierto nerviosismo. En cuanto al yacente, estaba pálido, pero no cerúleo. Frunció el ceño. Los jóvenes se asustaban enseguida ante el pensamiento de la muerte. Diría que lo habían despertado en mitad de la noche para nada. Bueno, le daría la extremaunción si ese era su deseo y en menos de media hora estaría en su casa.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le preguntó inclinándose un tanto.

Sebastián giró un poco la cabeza y entornó los ojos, como si le costara distinguir a fray Cirilo.

—Padre —dijo—. Me encuentro gravemente enfermo...

—¿Qué le ha diagnosticado el médico?

—Algo de hígado —intervino Suzette en voz baja—. Ha ido a buscar una medicina. No tardará en regresar.

—¿Conoce usted a la señora Fournier? —preguntó Sebastián. Tras asentir el padre, continuó—: Es mi prometida. En el lance en el que me hallo...

—Sí, ya —lo interrumpió fray Cirilo con cierto retintín.

Sabía perfectamente lo que diría a continuación: quería casarse con ella, pues en el caso de que Dios dispusiese de su vida, moriría con el consuelo de haber cumplido su palabra. Desde que habían llegado los españoles no era la primera vez que celebraba un matrimonio *in articulo mortis* . Tenía serias dudas sobre la gravedad del enfermo, pero la realidad era que no le convenía oponerse a los

deseos de un alto oficial español. Tanto él como Girard eran poderosos y generosos con la Iglesia. Según la ley, un oficial no podía casarse sin un permiso real. Se arriesgaba a ser relegado de su puesto y a perder sus privilegios. Sin embargo, si se casaba *in extremis* y luego se recuperaba, ganaba tiempo para recibir la orden. De todos era sabida la estrecha relación que unía al señor Orlac y a la viuda Fournier, los rumores viajaban por la ciudad, se desplegaban como una telaraña hasta coparlo todo... Un hombre joven y vigoroso y una joven hermosa y viuda, por tanto, con experiencia; ¿acaso no habían podido esperar? La decadencia moral que se había encontrado entre los parroquianos de la colonia a su llegada cinco años atrás solo podía ser consecuencia de la relajación en las enseñanzas de su predecesor, el padre Dagovert —que Dios tuviera en su gloria—, con quien tantos enfrentamientos había tenido.

Recordó la lista de escándalos, resultado de una relajación cronificada, que había denunciado a sus superiores desde su llegada. Los capuchinos franceses vestían camisas, chupas, calzones, medias y zapatos en lugar de hábito. Disfrutaban de opíparas comidas en mesas espléndidamente montadas con cubiertos de plata y servidas por jóvenes mulatas. Acudían a fiestas y alguno, como el propio Dagovert, tenía serios problemas con el juego, hasta el extremo de verse obligado a hipotecar la hacienda rústica de la parroquia. No había catequesis semanal y sí una mala práctica de los sacramentos, que siempre administraban con prisa —como las misas, que duraban apenas un cuarto de hora— para lanzarse de nuevo a la tentación del segundo y el quinto de los pecados capitales, y quién sabe si no del cuarto, pues eran permisivos con el amancebamiento y el concubinato... Qué hombres tan negligentes. ¡No habían reemplazado la Sagrada Forma del sagrario mayor, comido por los gusanos, en dos años! ¡Y cuántas veces había tenido él que cambiar el agua estancada de la pila bautismal!

Frenó la deriva de sus pensamientos. Por fortuna para esa provincia, el monarca lo había enviado a él para reformarla y hacer la voluntad de Dios.

Se concentró en repasar mentalmente las fórmulas del ritual del matrimonio.

En cuanto el padre Cirilo y un satisfecho Girard abandonaron la estancia, Sebastián apartó la ropa de la cama y dio unos golpecitos

con la palma de la mano para invitar a Suzette a que se tumbara a su lado.

Ella sonrió y le dijo:

—Tendrás que ayudarme con esto.

Le dio la espalda para que él le desabrochara los botones. Había elegido para la ocasión un atuendo elegante y discreto compuesto por una falda de seda granate y un casaquín confeccionado con tela de Jouy cuyo estampado de motivos arbóreos era del color de la falda. Se sentía aún un poco nerviosa por lo sucedido y expectante por lo que pasaría a continuación. Su vida había dado un giro brusco en las últimas semanas.

Se puso de pie y se quitó el casaquín, el corsé, la falda, el tontillo y la enagua. Cuando llegó el turno de las medias de seda, atadas sobre la rodilla con una cinta, sintió la mirada ardiente de Sebastián y se ruborizó. Cubierta ahora solo por la camisa de lino claro con el escote y las bocamangas de encaje, se introdujo en el lecho y se acomodó entre los brazos de él.

—¿Crees que fray Cirilo se lo ha creído? —le preguntó.

Sebastián se rio.

—¡Ni por un momento! Dudo que haya celebrado una boda más rápida en toda su vida. Pero no te preocupes. Lo importante es que estamos casados. Ahora eres la señora de Orlac, Suzette. —La besó en la frente—. Me siento feliz. Y ruego a Dios que me permita disfrutar muchos años de tu compañía.

—Pido lo mismo, Sebastián.

—Y espero que seas española de corazón, aunque sigas siendo francesa de nacimiento.

Suzette le acarició el brazo y sus yemas tropezaron con una irregularidad bajo la tela.

—Una herida de flecha —le explicó él—. Tengo otra en el pecho. Me temo que no soy un hombre perfecto.

—Espero que no tengas que entrar en combate nunca más.

—Me debo a mi país. —Comenzó a acariciarle el cabello, el rostro y el cuello—. Y ahora también a ti. —Las yemas de sus dedos se toparon con un colgante. Se incorporó un poco para observarlo. Era una sencilla y hermosa combinación de huesecillos y cuentas de colores. Parecía un amuleto indio.

—Estaré más cómoda si me lo quito.

Suzette lo dijo con sinceridad y naturalidad, aunque en su interior lamentó que el olvido la hubiera hecho recordar a Ishcate justo en esos momentos. Dejó el adorno en la robusta mesilla de caoba. Hacía unos meses planeaba fugarse con Ishcate y vivir en una humilde casita en las tierras del norte. Ahora era la señora de Orlac. No podría entregarse plenamente a Sebastián con ese adorno al cuello. No sería justo.

Un pensamiento fugaz pasó por la mente de él.

Visualizó la imagen de aquel indio con una medallita religiosa al cuello. Era sin duda una extraña casualidad. Se analizó y concluyó aprisa que no sentía nada similar a los celos o a la desconfianza. Siempre vivía en el presente con la mirada puesta en el futuro. Comoquiera que Suzette hubiera vivido antes, comenzaba ahora una nueva vida con él. La abrazó con más fuerza y continuó con sus caricias. Ya se habían besado, abrazado y acariciado en otras ocasiones en las últimas semanas —siempre con la barrera de la ropa —, aunque nunca habían llegado hasta el final. En parte, la urgencia por firmar el documento se había debido al deseo de disfrutar de la intimidad. Ninguno de los dos era novato. Sabían qué sucedía entre un hombre y una mujer. Sebastián quería ir ahora poco a poco. Del buen entendimiento de esa noche dependería en gran parte su felicidad futura.

Buscó sus labios y la besó, al principio con suavidad y luego con creciente intensidad.

Por cómo respondió ella, supo que ambos iban por el buen camino.

Esa misma noche, un impresionante espectáculo de viento, rayos y truenos recibió a Girard en Auvernia. Ese año había sido benévolo en cuanto a huracanes y la temporada solía terminar en noviembre. Esperaba que esa fuera solo una más de las numerosas tormentas y lluvias que habían caído sobre la ciudad en las últimas semanas.

Blanche lo esperaba despierta.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Todo ha salido según lo previsto.

Su mujer juntó las manos ante su pecho.

—¡Mi querida Suzette! ¡Me alegro tanto por ella! Por ambos. Hacen buena pareja, aunque a ti te interesa más la parte económica y social...

—¿Cómo puedes decirme eso? —Él fingió enfadarse—. Te recuerdo que fuiste tú quien organizó un almuerzo en el que Suzette casualmente era la única mujer en edad casadera. Y en esta ocasión no te has tomado la boda en secreto como una afrenta a nuestras costumbres de celebrarlo por todo lo alto para complacer a la sociedad...

Blanche lo miró con coquetería. Con el codo en la almohada, apoyó la cabeza en el puño y con la otra mano empezó a desatar el cordel del escote de su camisón.

—Como sueles decir, hay que aprovechar las oportunidades.

Girard se apresuró a desvestirse y acostarse junto a ella.

Apenas llevaban unos minutos de risas cuando alguien llamó a la puerta con insistencia en medio del ruido de la tormenta. Girard se enfundó la camisa y abrió de golpe. Le llegaron gritos desde el pasillo.

—¡¿Qué demonios pasa?! —le gritó al criado de más confianza, que había sustituido a Bamboula.

—Tenemos que marcharnos, monsieur. El lago corre el riesgo de desbordarse.

Girard comprendió la urgencia. En épocas de lluvia como esa, las inundaciones eran frecuentes. La casa estaba construida sobre pequeños pilares, de manera que el agua discurriera por allí sin entrar en el edificio. Lo normal era que el jardín y las tierras cercanas se anegaran. El criado no habría dado la voz de alarma si la situación no fuera peligrosa.

Él y su mujer se vistieron rápidamente y metieron en una bolsa sus pertenencias más valiosas, sobre todo documentos y joyas. Cuando salieron al exterior, los hijos y los criados los esperaban repartidos en dos carruajes.

—¡Deprisa, monsieur! ¡Madame, deprisa! —los urgió el cochero.

Los látigos restallaron sobre los caballos, que se pusieron al galope rumbo a la casa de los Girard en la ciudad.

Nada más entrar en Nueva Orleans, entre los truenos se oyó un inquietante murmullo cuya intensidad fue aumentando por momentos. Y entre el temido rumor que conocían tan bien de otras ocasiones, surgieron los gritos de espanto de la gente, los relinchos, bramidos, balidos y gruñidos de los animales y los chirridos de los goznes de puertas y postigos al ser cerrados. Mientras la familia entraba en la casa, los criados desengancharon a los caballos de los carruajes y los

llevaron a las cuadras. Luego, unos y otros se juntaron en el salón y unieron sus rezos.

Las aguas del lago Pontchartrain y las del río Misisipi inundaron las calles de la ciudad durante horas mientras el viento y la lluvia atacaban sin piedad los edificios.

Al amanecer, cuando el ruido cesó y Girard se atrevió a asomarse al exterior, descubrió con alivio que en su barrio, aparte de barro, no había mucho destrozo, o no más que otras veces. Las noticias empezaron a correr de boca en boca y pronto supo que las zonas junto al Misisipi, los muelles y la plaza de armas habían resultado peor paradas. Se puso unas botas altas y pidió que le ensillaran un caballo. Como uno de los hombres más influyentes y acaudalados de la ciudad —y ahora, además, suegro de la mano derecha del gobernador, aunque este fuera todavía interino—, consideró que era su obligación ayudar a organizar las tareas de recuperación.

Se encontró con su yerno en la puerta de la iglesia. Lo acompañaba Suzette, con el espanto reflejado en el rostro y los ojos enrojecidos. De ahí hasta el río la vista era horrenda: una gruesa capa de barro mezclado con ramas, troncos, fragmentos de madera y cadáveres de animales y personas se extendía ante ellos. El aire olía a lodo y vegetación muerta. Y a sus oídos llegaban los gritos desesperados de quienes buscaban a un ser querido y los ocasionales disparos contra los caimanes que aprovechaban el desastre para darse un festín.

Un joven capitán, cubierto de barro, se aproximó a informarlos:

—La mayor parte de los cuerpos son del cementerio, que ha desaparecido casi por completo. Según nuestros cálculos, esta vez no habrá que lamentar muchas muertes.

No era una mala noticia, dadas las circunstancias, pero Suzette soltó un sollozo. Las tumbas se habían abierto precisamente en su noche de bodas, cuando se había acordado de Ishcate y no de su primer marido. Uno de esos cuerpos deformados y enfangados podía pertenecer a Belmont.

Y aunque no era supersticiosa, se tomó el suceso como un mal presagio.

Miró a su padre aterrorizada y le habló en tono de súplica:

—Tengo que saber qué ha pasado con Belmont...

Girard asintió comprensivo. Una vez más la vida se mostraba

mudable. Ese funesto acontecimiento mancharía el recuerdo de la noche de bodas de su hija.

—Me encargaré personalmente.

Solo cuando, dos días más tarde, su padre le aseguró que las aguas no habían abierto la tumba de su primer marido, Suzette pensó que su pasado quedaba enterrado y que podía entregarse plenamente a una nueva etapa de su vida.

31

Nueva Orleans, diciembre de 1777

Casi un mes después de la inundación apenas quedaban restos de los estragos causados por esta.

A Benoît Leroux —que no había oído hablar de otra cosa desde su llegada a Nueva Orleans— le sorprendió la rapidez con la que la vida cotidiana se había recuperado. Incluso la ciudad le pareció más limpia de como la recordaba.

Inspiró hondo ante las oficinas y almacenes de Girard. Tras liquidar la herencia de Étienne, le había costado tres días reunir fuerzas y coraje para enfrentarse a su antiguo socio. Después de catorce años sin verlo, se sentía, por otra parte, expectante por el reencuentro.

Abrió la puerta del edificio de dos plantas, ubicado en la calle Chartres, la avenida comercial más importante de la ciudad, en su unión con la calle Toulouse. Media docena de contables trabajaban entre papeles y libros de cuentas. Desde luego, las cosas le habían ido bien a Girard, pensó una vez más con una punzada de envidia. Aún conservaba su antigua vivienda en Nueva Orleans, y el matrimonio que había contratado para ocuparse de la casa durante su estancia le había informado de que Girard era uno de los hombres más ricos de la ciudad: poseía plantaciones, un aserradero, una empresa de construcción y doscientos esclavos. Además de seguir con los negocios de las pieles, había conseguido suculentos contratos para abastecer a las fragatas españolas.

Leroux no dudaba del empeño personal, la dedicación y el esfuerzo de su amigo —si es que aún podía considerarlo tal—, pero la suerte también había jugado a su favor. ¿Qué probabilidades había de que a una misma persona de orígenes humildes se le casasen dos hijas con sendos hombres influyentes? Se preguntó si, en caso de no haberse lanzado a la aventura del norte, su vida sería ahora tan opulenta como

la de Girard. Se respondió a sí mismo con un proverbio: «Agua pasada no mueve molino». Para qué darle más vueltas a esas alturas de la vida. Él era el único responsable de sus inversiones, surgidas más de la ilusión y el corazón que de la razón. Sentía que ya no emprendería nada más en su vida; como mucho podría echar una mano a Étienne para reconducir los negocios. Por eso estaba ahí.

Uno de los contables lo acompañó hasta la planta superior, donde estaba el despacho de Girard. Antes de cruzar el umbral, inspiró de nuevo profundamente. Se jugaba mucho en ese encuentro y se temía lo peor.

—¡Amigo Leroux! —exclamó Girard al verlo. Se puso en pie, se acercó y le estrechó la mano con fuerza—. ¡Qué visita tan inesperada y agradable! —Lo invitó a tomar asiento en una amplia y cómoda butaca tapizada junto a un ventanal.

Mientras se ponían al día de las últimas novedades en sus respectivas vidas y comentaban cuestiones generales en tono cordial, ambos hombres se analizaron.

Para Leroux, Girard se conservaba muy bien. Parecía el mismo de hacía años, salvo por alguna mancha en la piel y pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Seguía transmitiendo energía y determinación y la rica peluca le daba un aire distinguido.

Para Girard, Leroux había encogido. Como no llevaba peluca, era evidente que le raleaba el cabello y resultaba difícil hallar un pedazo de piel rosada y tersa en el rostro y las manos, aunque su voz sonaba tan melodiosa y agradable como recordaba.

Tras unos instantes de silencio llegó el momento desagradable que ambos temían. Leroux carraspeó y dijo:

—Hasta ahora me he comunicado con usted por carta...

—¡Por favor, insisto en que no me trates con tanta formalidad! ¿Acaso no somos los mismos?

Leroux esbozó una breve sonrisa.

—Dada la gravedad del asunto, no podía dejar pasar más tiempo sin dar la cara —continuó—. Tenía que venir en persona para decirte que todavía no he podido reunir todo el dinero que te debo. Te aseguro que es prioritario en mi vida, pero los negocios no siempre me han ido bien.

Girard asintió en silencio unos segundos, antes de apoyar los codos sobre la mesa, entrelazar las manos y mirarlo a los ojos.

—Si he llegado hasta aquí ha sido por mantener los negocios y la amistad en esferas separadas —dijo al fin, sin perder su tono afectuoso —. En tu caso, por el recuerdo de nuestra juventud, he sido benevolente. Creo que han pasado ya demasiados años. Nos hacemos mayores, Benoît. Podemos morir en cualquier momento. Coincidirás conmigo en que es mejor partir sin deudas, para consuelo propio y de nuestros hijos.

Leroux entendió que Girard procedería a la ejecución de las hipotecas sobre sus propiedades. La tensión acumulada en su interior se manifestó en forma de náusea. Iba a perder todo lo que había conseguido en su vida. Hasta que se pudiera recuperar de ese mazazo —si lo lograba—, tendría que depender de Cécile. Sabía que a ella no le importaría, pero a la larga lo despreciaría. ¿Qué esposa podía seguir amando a un fracasado?

—Mi corazón y mi mente están en lucha por tu culpa —continuó Girard—. No dormiría tranquilo si te despojara de todo. Me quedaré tu vivienda de Nueva Orleans y la mitad de tus edificios y tierras en Saint Louis. Yo consigo parte de mi dinero y tú ganas tiempo para pagarme el resto de la deuda.

Era un buen trato, pensó Leroux, sorprendido por la generosidad del hombre. Sin embargo, en lugar de alivio, sintió que había algo peor que ser un fracasado: ser un fracasado sin orgullo. Ese acuerdo lo mantendría ligado a Girard y él no quería ni continuar con esa carga sobre sus hombros ni aceptar su caridad. Pensó en Cécile. Siempre lo había apoyado. Comprendería su decisión. Había acudido a pedirle más tiempo a Girard y ahora, de repente, percibía cierta liberación en el hecho de perderlo todo y volver a empezar.

—Te agradezco el ofrecimiento —dijo enderezando la espalda—, pero debo rechazarlo. Asumo mis errores. Como bien dices, quiero vivir sin deudas.

Girard se mantuvo unos instantes en silencio, sopesando si insistir, aunque Leroux había sonado firme. Finalmente, dijo:

—Como quieras. Puedes quedarte en tu casa el tiempo que necesites. Luego ya veré qué hago con ella. Y ahora que empezamos de nuevo, estoy dispuesto a venderos a ti y a Étienne un cargamento de mercancías que os enviaría el próximo año para comerciar.

Leroux abrió mucho los ojos. Girard lo había sorprendido.

—Entonces, no hay rencor entre nosotros.

—Cancelada la ofensa, no ha lugar a ningún resentimiento. —Girard rio satisfecho mientras se levantaba para acercarse al escritorio donde guardaba los documentos—. Esto lo aprendí de los indios.

Esa misma noche, en el dormitorio de la que había sido su casa, allí donde había comenzado a amar a Cécile, donde había visto crecer a Étienne y engendrado a sus cuatro hijos, donde había diseñado los planes para su futuro en el norte cuando todavía era un joven valiente y convencido de estar destinado a acometer grandes hazañas, a la tenue y titilante luz de las velas, Leroux escribió a su hijastro una larga carta que concluyó con la siguiente recomendación:

> Si muero, liquida todo mi patrimonio, si es que queda algo después de pagar a Girard. Es duro tener que morir con deudas, pues uno solo lega dolor y problemas a sus amigos.

Su tristeza y melancolía fueron en aumento en las siguientes semanas. Ahora que se había liberado de gran parte de sus deudas, sentía que junto con sus bienes materiales había perdido también las fuerzas. Apenas le apetecía salir de casa y se percibía como un extraño por las calles de Nueva Orleans. Un extraño y un prisionero, pues en los meses de invierno no se podía viajar por barco aguas arriba del Misisipi.

En cuanto las primeras señales de la primavera hicieron su aparición, embarcó rumbo a Saint Louis con la mercancía que le había prometido Girard. Se preparó mentalmente para resistir otros tres meses de soledad. Cada día pensaba en todos los miembros de su familia, en cómo crecían sus hijos y su nieto mestizo.

Cada día pensaba en Cécile: ella se encargaría de restaurar su alma herida. Era la guía de su vida. Ojalá la hubiera podido llevar del brazo al altar y legalizar su matrimonio ante Dios y ante los hombres. ¡Se lo pediría en cuanto llegara a casa! La súbita excitación se extinguió con la rapidez de la chispa de una cerilla húmeda. ¿Aceptaría su propuesta cuando nada tenía que ofrecerle salvo todo el amor de su corazón?

A bordo del barco en el que viajaba, un luminoso día de mayo se descubrió paseando mentalmente por las callejuelas adoquinadas de Bedous, su pueblo natal de casas de piedra y tejados de pizarra en las montañas del Pirineo. Recordaba la iglesia de Saint-Michel, las fuentes de agua, las brumas, la recia torre cuadrada de su casa familiar y los rostros de vecinos a quienes no había visto en décadas. Se preguntó

qué vida llevarían aquellos niños con los que había compartido juegos y travesuras y aquellos familiares con los que mantenía una relación epistolar muy esporádica. La representación mental del paisaje de la lejana Aquitania fue suplantando poco a poco la realidad de las orillas del Misisipi mientras las náuseas, los vómitos, la fiebre y los escalofríos que acompañaban a un persistente dolor abdominal se fueron apropiando de su cuerpo, hasta que una mañana, cerca del puesto de Arkansas, se desplomó sobre la cubierta y sus pensamientos se fundieron en una mancha negra, acunados hasta el olvido.

El capitán informó al comandante Balthazar de Villiers del fallecimiento del conocido Benoît Leroux a bordo de su barco a causa de un cólico bilioso. Como todavía faltaban unas jornadas para llegar al puesto de Arkansas, habían procedido a darle sepultura en el bosque cerca del río.

Villiers inventarió los bienes del barco al detalle. Se quedó una copia y entregó otra al capitán dirigida al comandante del Illinois. El capitán frunció el ceño ante la irritante escrupulosidad del hombre: había anotado incluso que se había consumido un barril de vino de Málaga y tres barriles de tafia. El aguardiente de caña le daba igual, pero echaría de menos el delicioso vino que monsieur Leroux le había dejado probar en las cenas. El mensaje quedaba claro: si en algún momento había pensado en detraer algo, ya podía olvidarse. Los españoles solían hacer la vista gorda en muchas cuestiones, pero en lo relacionado con la muerte se ponían serios. De modo que, cuando el barco llegó en julio a Saint Louis, el nuevo comandante, que ostentaba el puesto de teniente gobernador de la zona, Fernando de Leyba, no encontró a faltar nada.

Leyba fue el encargado de transmitir la triste noticia a madame Dubois. La mujer, normalmente alegre, habladora, fuerte y dinámica, se quedó sin palabras. De su garganta solo salieron lamentos.

—He mandado precintar las puertas y ventanas de la casa de monsieur Leroux en la ciudad con lazos de papel y lacre hasta que se encuentren ustedes con fuerzas para asistir al listado de sus pertenencias —comunicó Leyba a un abatido Étienne.

La granja donde vivían los Dubois permaneció cerrada a visitas. Cécile no quiso recibir el pésame de nadie. Le parecía que Benoît aparecería por sorpresa con el siguiente barco. Mandaba a alguno de sus hijos a los muelles y esperaba que el milagro se produjera, algo

que no sucedió. No tenía ganas ni fuerzas para hacer nada; por omisión, delegó todas las tareas en sus hijos y en sus criadas y se recluyó en su cuarto: la realidad dolía tanto que lloraba hasta caer rendida, pero al poco la despertaban las pesadillas, que seguían ahí cuando abría los ojos. El gran amor de su vida se había ido para siempre. Fuera, sin embargo, la vida no se detenía. Al otro lado de la puerta oía los llantos de los pequeños, las voces amortiguadas, los ruidos del faenar diario. Tardó setenta y dos horas en reunir fuerzas para salir de la cama.

Demacrada, con el dolor grabado en los ojos, le pidió a Étienne que concertara una cita con el teniente gobernador y el notario esa misma tarde, para realizar el inventario.

En presencia de Cécile y Étienne, Leyba rompió los lazos de la casa de piedra. Al entrar, a este le sorprendió el amueblamiento, más bien espartano y pobre. Enseguida cayó en la cuenta de que Leroux solía alojarse con madame Dubois, con lo cual era lógico que allí no tuviera muchas pertenencias. Su dormitorio parecía más bien un almacén, pues solo había cajas y barriles. El notario tomó nota de dos camas, un armario, una mesa de caballete, un espejo, una estantería, doscientos libros, un conjunto de escritura, un sello de plata, un par de gafas, otro de candelabros de latón, una lupa, una caja de afeitar con cuchillas y piedra para afilar, un botiquín con sales de Epsom y de nitrato, ruibarbo y otros remedios y un par de viejas pistolas. En el armario descubrieron los objetos de más valor: hebillas de plata, camisas de buena factura, calzones de algodón, lino, lana, satén y seda, cuellos de bombasí, medias, varios trajes elegantes con pasamanería de plata, un abrigo de satén blanco, y una espada con empuñadura de plata para ceremonias.

—El señor Leroux tenía mucho gusto —comentó Leyba con intención de aliviar un poco la evidente tristeza de Cécile.

Ella suspiró y trató de controlar las lágrimas esbozando una breve sonrisa.

—Era un hombre elegante y trabajador cuya máxima diversión era leer. La fortuna no le fue siempre favorable, pero creo que tuvo una vida feliz.

—Desearía quedarme con los libros y la espada —dijo entonces Étienne.

Leyba abrió la carpeta de cuero que portaba y extrajo unos

papeles, que le entregó.

—El señor Leroux viajaba con estos documentos. Todos los bienes de su padrastro se irán vendiendo o subastando para liquidar sus deudas. Para cualquier petición especial, debe dirigirse al señor Girard, su principal acreedor.

Étienne leyó rápidamente los documentos, con los dientes apretados. Miró después a su madre haciendo esfuerzos para no gritar.

—Todos los edificios están hipotecados, madre. La casa, la granja, el molino...

Cécile asintió.

—¿Lo sabías? —preguntó el joven.

Ella asintió de nuevo. Se acordó entonces de Angélique, la amante india del fallecido capitán Bellerive, la madre de sus hijos, que lo había amado hasta el extremo de querer que la enterrasen junto a él, a pesar de que él no la hubiera reconocido como esposa ni en vida ni en el testamento. El amor era un sentimiento tan irracional que perdonaba lo imperdonable y justificaba lo injustificable. En su caso, Benoît Leroux la había convencido para seguirlo a esas tierras en las que había tenido que trabajar tanto o más que en la panadería de la ciudad. Él había sido imprudente en sus aventuras mercantiles; le repetía promesas de un futuro rico y plácido que nunca llegaba. Y ahora la había dejado sola con una familia a la que sacar adelante. En medio de su pesar, surgió un súbito pensamiento de supervivencia: por fortuna, no se había casado con Leroux una vez legalmente viuda de René, de modo que con su muerte no había heredado sus deudas. Lamentaba que sus hijos no pudieran recibir nada de los bienes de su padre, pero los suyos propios, obtenidos por sus transacciones de pieles, tierra y grano, estaban a salvo. Su granja había crecido. Tenía una huerta, un establo, una cabaña para sus esclavos y podía pagar el sueldo de los trabajadores contratados para las faenas agrícolas. A sus hijos no les faltaría de nada y ya se encargaría ella de que fueran más juiciosos que Leroux.

Étienne exhaló de manera prolongada y sonora el aire que le oprimía el pecho.

—¿Qué haremos ahora? —murmuró.

Cécile deslizó la mirada por las prendas que todavía conservaban el olor de su amante, del padre de cuatro de sus cinco hijos, de aquel a quien hubiera seguido hasta el fin del mundo, y respondió:

—Lo que habría hecho él: volver a empezar.

32

Kaskaskia, Alta Luisiana, julio de 1778

No hacía ni un año que Ishcate había regresado a Kaskaskia cuando Couroway comenzó a dar señales de una gran debilidad que lo mantenía postrado la mayor parte del tiempo. Ishcate, que se alojaba en su propia tienda con Kawutz y el pequeño Sarazen, se trasladó a la de su padre. Como en una réplica del rito de paso del niño al hombre, ahora era él quien vigilaba el sueño del anciano, mientras el jefe kaskaskia avanzaba solo en el crepúsculo de su vida, con la venda de la ceguera.

Tras varios días de un calor insoportable, densos nubarrones oscuros cubrieron el cielo una tarde y el sonido ronco de truenos lejanos anunciaron que se avecinaba una gran tormenta.

Couroway extendió la mano para tomar la de Ishcate.

—Nací en una noche de intensa lluvia. —Su voz apenas se oía por el repiqueteo de las gruesas gotas sobre el cuero de la tienda—. Y partiré de esta vida como vine. He comprendido estos días algo que me dijo mi padre: nacemos sin traer nada y morimos sin llevarnos nada; pero en el intervalo que es la vida peleamos por lo que no trajimos y por lo que no nos llevaremos. *Myaalisiaani.* Sé que me muero. Estoy preparado para descansar.

Couroway le repitió entonces las antiguas tradiciones y las costumbres que no debía olvidar. Ishcate lo escuchó atentamente, con el corazón encogido. Su padre era consciente de que la muerte estaba próxima y, sin embargo, se mostraba sereno. Se preguntó si esa calma era auténtica o si, como él en el bosque, trataba de mantener a raya los miedos para no avergonzar a sus antepasados. En todo caso, su voz no temblaba y no había lágrimas en sus ojos.

—Querido hijo —Couroway le apretó la mano—, he vivido tiempos difíciles, pero también he disfrutado de celebraciones. Suceda lo que suceda, no permitas que tu corazón se endurezca y la roca

silencie las voces de las tierras del Illinois. Nuestros ancestros hablan a través del viento en las hojas, el grito del águila en el cielo y la lluvia sobre la hierba. Que sean sus voces las que guíen tus pasos por la senda de la sabiduría, la prudencia y el honor para que estés en paz y puedas llevar la cabeza erguida cuando te reúnas conmigo en el mundo de los espíritus. —Tomó aire con dificultad y añadió—: *Eehkwi kati ašiihkiwi pimaamhkihsinki, alenia eehkwi mihtohseeniwici, kati nintaayaacimekooki noohsemaki, nintaayaalhsoohkaalikooki* .

Fue lo último que dijo con claridad: «Mientras la tierra resista, mientras el hombre viva, mis descendientes hablarán y contarán historias sobre mí». Se sumió en un sueño ligero interrumpido por murmullos incomprensibles y, al alba, exhaló su último aliento.

Ishcate permaneció junto a él un largo rato antes de avisar al chamán. El Gran Espíritu, que arrancaba de su vida a otro ser querido, volvía a poner a prueba su fortaleza.

Ayudó al chamán a lavar el cuerpo de su padre y envolverlo en una piel fina. Lo veló todo el día. A la mañana siguiente lo cargaron entre varios hombres y lo trasladaron a las afueras del poblado, donde lo enterraron junto a una gran roca con sus amuletos y objetos personales y una pluma de águila. Durante siete días Ishcate apenas comió y bebió. Tampoco se relacionó con nadie. Permaneció en la vivienda de su padre, con el cabello cubierto de ceniza en señal de duelo.

Al cabo de este tiempo el chamán fue a buscarlo para acompañarlo al río, donde rezó sus oraciones mientras Ishcate se desprendía de su ropa sucia y se sumergía en el agua para lavarse. A continuación, en la hoguera principal del poblado, prendió un atado de salvia blanca seca y sahumó primero la tienda vacía de Couroway y luego el amplio espacio en el que se iban sentando los habitantes para purificar el ambiente. El humo despedía una fragancia agradable e intensa, que quedó colgada del aire hasta que finalizó la cena en honor de Couroway.

En ese instante Ducoigne se dirigió a Ishcate, al que invitó a ponerse en pie frente a los demás:

—Ocuparás el lugar de tu padre, Ishcate. Conoces nuestras tradiciones y conoces el pensamiento de los europeos. —Tomó una cinta con plumas y la anudó alrededor de la cabeza de Ishcate—. Los kaskaskia necesitaremos hombres como tú para nuestro incierto

futuro.

Ishcate recibió el honor con emoción, aunque su rostro no lo reflejara. Se limitó a asentir con un gesto leve antes de dirigir la mirada hacia el horizonte y pedir fuerza en silencio al viento, a las montañas y a los ríos para que a partir de entonces su caminar fuera sabio y sereno.

Kawutz se le acercó y le tomó la mano.

—Tu padre estaría orgulloso de ti. Si el hijo que espero es hombre, lo llamaremos Couroway. Y también él se sentirá orgulloso.

Ishcate recibió la noticia con una sonrisa. Lo reconfortó la circularidad de la existencia: la vida continuaba en el seno de Kawutz.

Tumbado sobre un costado, Ishcate acarició con delicadeza el vientre de Kawutz, que dormía plácidamente. Acurrucado junto a ella, Sarazen abrazaba la bola de cuero que él le había regalado. No la soltaba ni para dormir. Era demasiado pequeño para darle patadas intentando alcanzar un poste, como hacían los demás niños, pero con lo observador y espabilado que era, aprendería rápido.

Ishcate disfrutó de la placidez del momento. Quería a la familia que había formado y le gustaba la sensación de saber que iba a ser padre de un hijo de su sangre, aunque implicase una nueva responsabilidad. Hasta hacía poco tiempo había tomado sus decisiones pensando solo en él; ahora tenía que pensar en dos personas más y pronto, en tres. Se cuestionaba si sería un buen padre, si sabría cuidar de su hijo y darle todo lo que necesitaba. Por fortuna, no podía haber encontrado una compañera mejor que Kawutz.

Ella parpadeó y abrió los ojos. Al percibir la caricia de Ishcate, apoyó la mano en la de él y le dedicó una sonrisa.

—Buenos días, *waapanwi* . —Ishcate solía llamarla así en la intimidad. Significaba «amanecer». Kawutz había aportado luz a su vida.

—Quedan todavía muchas lunas hasta que nazca el niño. No me importará despertarme así todos los días.

Ishcate se inclinó y la besó. Ella le acarició la nuca y cuando sus manos tocaron la medalla que él llevaba al cuello, le dijo:

—Un verdadero indio no lleva adornos de blancos. Y ahora que eres jefe, con mayor razón.

—Soy lo que soy por lo que fui. No me desprenderé de mi pasado.

Había renunciado a Suzette; sus vidas discurrían por caminos diferentes, pero la llevaba en su mente y en su corazón.

Entonces oyeron el ruido de caballos que llegaban al galope y gritos. Sarazen se despertó asustado y comenzó a lloriquear. Ishcate se apresuró fuera de la tienda y localizó con la vista a Ducoigne. Llegó hasta él cuando un guerrero le explicaba:

—¡Han llegado cientos de soldados al pueblo de Kaskaskia!

—¿Habéis oído disparos? —preguntó Ducoigne.

—Ni uno.

—¿Acaso han vuelto los ingleses? —Ishcate se extrañó.

Las últimas tropas inglesas se habían marchado hacía un par de años del Illinois para atender la creciente rebelión del este. En la guarnición de Kaskaskia apenas quedaban un par de docenas de soldados a las órdenes del comandante Rocheblave.

—Mañana lo sabremos. —Ducoigne posó una mano en el hombro de Ishcate—. Demuestra que nuestra elección del nuevo jefe ha sido acertada.

Poco después del alba del día siguiente, Ishcate, Ducoigne y medio centenar de guerreros cabalgaron hasta las afueras de Kaskaskia, donde acampaban decenas de soldados que, al verlos, empuñaron sus armas. Los uniformes de los oficiales —casacas azules con solapas y puños de color rojo y calzones blancos— indicaban que eran norteamericanos. Ducoigne les mostró una tela blanca para indicar que iban en son de paz y anunció que quería reunirse con los jefes blancos. No tardaron en recibirlos en la vieja casa de piedra que había pertenecido a los jesuitas, donde ahora se alojaba la guarnición.

A excepción de los soldados acampados en las afueras, no se veía ni un alma en el pueblo y los postigos de las casas estaban cerrados. No había ni rastro de lucha.

En la casa estaban reunidos el comandante de la guardia inglesa, varios vecinos influyentes de Kaskaskia, el padre Gibault —un hombre grueso que había sustituido a Meurin— y un teniente coronel americano alto, de cabello castaño ondulado, facciones rotundas y párpados caídos llamado George Rogers Clark, que había llegado de Virginia navegando por el río Ohio para ocupar las tierras del Illinois. Y lo había logrado de manera pacífica, pues los pocos soldados de Kaskaskia no habían arriesgado sus vidas por una batalla perdida de antemano ante casi doscientos americanos.

Clark se dirigió enseguida a Ducoigne e Ishcate:

—Os repito lo mismo que he dicho al pueblo blanco de Kaskaskia: los estadounidenses garantizamos la libertad de religión de los habitantes y sus derechos de propiedad. Solo os exigimos lealtad. Por si no lo sabíais, Francia se ha aliado con nosotros contra los británicos. Los kaskaskia siempre habéis querido a los franceses. Espero que también ahora estéis de su lado, que es el nuestro.

—Cedimos nuestros territorios hace cinco años a la Compañía de las Tierras del Illinois —dijo Ducoigne—. Los ingleses —señaló al comandante Rocheblave— admitieron que, según las leyes inglesas, fue una cesión ilegal. ¿Sois los americanos de la misma opinión?

—La tierra es vuestra y respetaremos vuestros derechos —respondió Clark con firmeza. Extrajo entonces dos cinturones, uno de color rojo y otro blanco, de una bolsa de cuero, y los puso sobre la mesa—. Me retiro para que debatáis y decidáis si queréis la guerra o la paz.

Pronto se dio cuenta Ishcate de que había poco que debatir. Los blancos de Kaskaskia, y especialmente el padre Gibault, tenían claro que lo más razonable y práctico era jurar lealtad a los estadounidenses. El comandante inglés no disponía de efectivos y dudaba que respondieran las milicias ante ese despliegue de soldados americanos.

—¿Qué opinas, Ishcate? —le preguntó Ducoigne.

—Comprendo la difícil situación, pero me inquieta. —Ishcate miró a los hombres blancos—. Para vosotros resulta fácil jurar lealtad a los recién llegados porque vuestra vida no cambiará mucho. Seguiréis con vuestras granjas y vuestros negocios. Los indios del Illinois nos vemos obligados a aceptar a quienes terminarán por expulsarnos de aquí. Los americanos solo quieren ganar territorios hacia el oeste.

Ducoigne extendió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Y qué propones? ¿Luchar?

—¡Sería una insensatez! —exclamó el padre Gibault—. ¡Moriríais todos! Has escuchado a Clark. ¡Respetarán vuestras propiedades!

—Podríamos entablar nuevas alianzas... —insistió Ishcate obstinado, pensando en cómo tiempo atrás Pontiac había conseguido unir a tantas tribus contra los ingleses. El proyecto había fracasado,

pero la idea original había sido buena.

Ducoigne lo interrumpió:

—Las uniones de enemigos para atacar a un enemigo mayor son inestables. Un jefe debe actuar con prudencia, Ishcate.

A Ishcate le irritó el tono empleado por Ducoigne para dirigirse a él, como si fuera un joven apasionado e ignorante que se dejaba llevar por el impulso. No lo era. Controló la rabia para no responderle con dureza delante de los otros. Una cosa era la prudencia y otra el miedo o la comodidad.

Entonces regresó Clark y Ducoigne le entregó el cinturón blanco como símbolo de que habría paz por parte de los kaskaskia.

Nueva Orleans, agosto de 1778

Suzette comprobó que todo estuviera perfecto en la mesa del porche del patio interior, donde la temperatura era deliciosa al atardecer. Había tazas de porcelana decoradas con diminutas flores para té o café, vasos para refrescos y bandejas con pastas recién horneadas. El embarazo estaba ya muy avanzado y se sentía pesada, además de nerviosa por la reunión con sus amigas, para las que había organizado esa merienda en la casa que había alquilado Sebastián, cerca de la vivienda del gobernador, tras la precipitada boda, el otoño anterior. Aprovechando que el calor impedía la celebración de reuniones familiares y el largo descanso veraniego en las plantaciones derivaba en aburrimiento, ninguna había encontrado excusa para rechazar la invitación. No se juntaban todas desde la despedida de Margaux, hacía ya dos años, y cuando había coincidido con Louise y Jeanne había percibido cierta frialdad.

El primer tema de conversación fue inevitablemente el de sus familias. Louise estaba embarazada de seis meses de su cuarto hijo con Bouligny; a Jeanne Laurent, que tenía uno de cuatro años, le preocupaba no quedarse de nuevo encinta; y Suzette podía ponerse de parto en cualquier momento de su primer hijo con Sebastián. Consciente de que Marie de la Ronde, la única soltera a sus veinte años, no disfrutaba de las conversaciones en torno a maridos exitosos e hijos, aunque no lo admitiera en voz alta, Suzette se apresuró a decir:

—Me alegra mucho que hayáis podido acudir hoy. Os he echado

de menos. Cuando mi hermana Margaux vivía aquí, no pasábamos más de tres meses sin vernos. Tendríamos que intentar recuperar esa costumbre.

—Hace poco recibí carta de ella —dijo Jeanne—. Parece feliz en Venezuela. A pesar de los compromisos, siempre encuentra tiempo para mandar unas líneas. De los compromisos y de los hijos... ¡En enero nacerá el cuarto!

—Por suerte, tendrá mucha ayuda en casa —comentó Louise—. Como tú, Suzette.

—No creo que a ninguna de nosotras nos falte de nada...

Louise sonrió brevemente antes de apostillar:

—Tengo que decirte que me alegra mucho que tu parto se haya retrasado. Recé por ello.

—¿Por qué? —quiso saber Marie mirando a Suzette—. ¿Has tenido algún problema?

—Oh, por las habladurías —respondió Louise—. Una boda tan rápida, sin apenas cortejo ni anuncio de compromiso... Y el hecho de que no se haya hecho pública... Media ciudad ha estado contando los meses.

Suzette sintió que enrojecía. Ahí tenía un nuevo ejemplo del tonillo y de la actitud de Louise hacia ella. Algo le pasaba a la que consideraba su amiga. Había cambiado desde el regreso de España de su marido, Francisco Bouligny, poco después de la llegada de Sebastián. Si había pensado que un encuentro tranquilo podía reconducir la amistad, no parecía estar funcionando.

—Pues media ciudad ha sacado conclusiones equivocadas. Mi marido se sentía muy enfermo y no quiso arriesgarse a fallecer cuando me había dado palabra de matrimonio. —No era cierto, pero Sebastián y ella habían convenido que esa fuera la explicación oficial de la premura—. En cuanto llegue el permiso real, ratificaremos públicamente el enlace. Entonces terminarán las malditas habladurías.

—No te enfades, Suzette —intervino entonces Jeanne—. Ya sabes cómo le gusta cotillear a la gente. Pero tienes que comprender que a todos nos sorprendió tu nuevo matrimonio. Como ya habías estado casada, digamos que... ya conocías los placeres de... —También ella enrojeció—. La conclusión fue que había urgencia.

Suzette la miró apenada y defraudada. Sus sospechas de que su cuñada Jeanne no había aceptado muy bien que se hubiera casado en

secreto y tan pronto, apenas dos años después de la muerte de Belmont, no eran infundadas. Hubiera preferido hablar del tema sin tapujos antes que ser objetivo de sus cotilleos. Sebastián y ella habían empleado una artimaña para adelantar el matrimonio, pero jamás habría imaginado que sus amigas la juzgarían en lugar de alegrarse por ella.

—En confianza... —Louise inclinó su menudo y redondeado cuerpo hacia delante y bajó la voz—. Probablemente yo habría hecho lo mismo. En tu situación, viuda y con una hija pequeña... Cualquier arma es válida para no dejar pasar una buena oportunidad.

Suzette sintió que la respiración se le agitaba y que un arrebato de ira surgía en sus entrañas.

—¿Así que yo me he casado con Sebastián por interés? —Se dirigió a Jeanne—. ¿Quieres decir que a ti no te deslumbró la idea de ser la esposa del heredero Laurent? —Se dirigió a Louise—: ¿Quieres que te recuerde cómo alardeabas de cada logro de tu marido, el señor Bouligny, como si su objetivo final fuese el de ser gobernador?

Jeanne agachó la cabeza, un poco avergonzada, pero Louise explotó:

—¡Cumplía todos los requisitos para serlo! ¡Más edad y más experiencia! ¿De qué iba a saber tanto el señor Gálvez si no fuera por la memoria que redactó mi esposo? ¡El gobernador y tu marido están haciendo uso de la información del señor Bouligny para un puesto que debería haber sido suyo!

—¡Por fin comprendo tu cambio de actitud hacia mí! —Suzette también elevó la voz—. ¡Los celos te han vuelto injusta, Louise!

Se puso en pie con los puños apretados. Con el rabillo del ojo vio que Jeanne seguía con la cabeza agachada y Marie tenía una expresión de espanto en el rostro. Se preguntó si no habían intervenido por cobardía o por estar de acuerdo con Louise. Se sintió decepcionada, herida y abandonada por las que consideraba sus amigas. Esa reunión que había esperado con tanta ilusión se acababa de convertir en un amargo trago. Habría comprendido que Louise hubiera hablado a solas con ella para explicarle su preocupación, pero no que le gritara con los ojos llenos de odio. Nunca más podría confiar en ella y le costaría perdonar a las otras. Las relaciones en las que se cuestionaba la lealtad tarde o temprano estaban abocadas al fracaso. Quizá la única cosa que tenía clara en esos momentos era que siempre

sería leal a Sebastián. Lo había jurado ante Dios.

—Quiero que os vayáis.

Su voz fue tan firme que las tres obedecieron sin decir nada. Suzette se quedó de pie, consternada, sin saber qué hacer. Se sentía agotada por la discusión, por el calor agobiante y la humedad. Percibía el sudor acumulado sobre su piel y le costaba hasta respirar.

Al poco Marie regresó con los ojos llenos de lágrimas.

—Debería haber detenido a Louise. O haberte advertido de su enfado, que conocía... Tú siempre has sido una amiga fiel. Y tu padre aconsejó bien al mío cuando la revuelta de los criollos. Nos salvó la vida. Oh, Suzette, ¿qué puedo hacer para que me perdones?

Suzette notó un dolor tan fuerte en el vientre que se dobló. Se apoyó en la mesa y le respondió:

—¡Busca a Anne!

Esa misma noche Suzette dio a luz a su segunda hija, a la que Sebastián y ella llamaron Estelle.

Entre el parto, la recuperación física, la ilusión del padre primerizo y los celos de Adrienne, que había sido el centro único de atención de su madre durante cuatro años, Suzette, que no había olvidado la discusión con Louise, tardó en encontrar el momento para hablar del tema con Sebastián.

Se lo contó una noche de tormenta, mientras disfrutaban de una tranquila velada los dos solos ante el fuego del hogar. El invierno anterior, terriblemente seco, había convertido ese otoño de 1778 en una concatenación de aguaceros y temporales.

—Si Louise tuvo el valor de soltármelo a la cara, seguro que no desaprovecha la ocasión de difamarte, a ti y al gobernador.

Sebastián se frotó las cejas con los dedos de una mano mientras mantenía la mirada fija en la copa de licor que sujetaba con la otra.

—Bouligny es un hombre ambicioso e insistente que no atiende a razones. Ansía un puesto y unas funciones que no le corresponden. Alega que Gálvez envió cartas a los comandantes de los puestos para informarlos de su nombramiento como teniente gobernador y segundo del mando militar, pero Bernardo no recuerda haberlas firmado y yo sospecho que lo hizo el propio Bouligny. —Levantó la vista hacia su esposa—. Lamento que te hayas visto involucrada y que tu amistad con Louise se vea dañada.

—Cuando mi hermana Margaux rompió su relación con Étienne

Dubois, le devolvió las cartas que él le había escrito y pidió recuperar las suyas para destruirlas. Entonces me pareció muy triste, pero con el tiempo comprendí que había hecho bien en no guardar pruebas de sus sentimientos... Cualquier fragmento de la historia tiene sentido cuando sucede. Después se puede malinterpretar.

Sebastián pensó unos instantes en las palabras de Suzette. No tardó en comprender que ella le estaba sugiriendo que destruyera la evidencia de que en algún momento el gobernador hubiera podido erróneamente aceptar el nombramiento de Bouligny. Se le ocurrió que podría solicitar a los comandantes de los puestos que le devolvieran aquellas cartas. Le pareció muy buena idea. Tomó su mano y la alzó para besarla.

—No me equivoqué al valorar tu inteligencia...

Suzette recibió el cumplido con una sonrisa.

—Detesto esa extendida creencia de que a las mujeres no nos interesa la política. Estoy segura de que ahora mismo hay muchos matrimonios norteamericanos en el este comentando los avances en la guerra contra los ingleses.

—¿Algún otro consejo, entonces?

—Si tanta es su ambición y tanto desea trabajar por esta colonia, podríais encomendarle a Bouligny misiones difíciles...

Sebastián entrecerró los ojos, pensativo. Estaban a punto de llegar los colonos de Canarias y Málaga, y habría que acompañarlos a sus nuevos asentamientos. Y también estaba el asunto de los cimarrones.

—Hace unos días varios hacendados, entre ellos tu padre, presentaron una queja al gobernador. Cada vez hay más esclavos que huyen y se convierten en cimarrones. Luego tienen la osadía de regresar por las noches a visitar a sus mujeres, con quienes siguen teniendo hijos. Algunos trabajan en la madera para blancos que no los denuncian porque tienen mano de obra muy barata; otros ayudan a otros esclavos en el campo a cambio de armas y munición. Los propietarios temen que la presencia de cimarrones corrompa a sus esclavos, entre los que empiezan a notar cierta insolencia. Y acusan al gobierno español de ser demasiado blando en este tema. Por cierto, recuerdo que tu padre me habló una vez de aquel esclavo que se fugó...

—¿Bamboula? —preguntó Suzette con un hilo de voz.

—Es posible que sea el que se conoce como «flautista de los pantanos», uno de los líderes. Siempre hay esclavos dispuestos a hablar a cambio de una recompensa...

—O de unos golpes...

Un sonido cerca de la puerta atrajo la atención de Suzette. Era Anne. Si sus amos se retiraban tarde, solía avisar cuando se iba a acostar, por si necesitaban algo. Suzette se levantó y se acercó a ella, rezando por que acabara de llegar. El espanto reflejado en los ojos y el semblante crispado de la joven le dejaron claro que había escuchado la conversación. A Anne no le caían bien los militares españoles porque, aunque sus políticas contra la esclavitud eran más moderadas que las anteriores francesas, habían autorizado la importación de esclavos africanos para fomentar la agricultura a petición de los poderosos hacendados criollos necesitados de mano de obra que veían cómo aumentaban cada vez más los esclavos que podían comprar su libertad o se fugaban, pero después de esto los odiaría. También a Sebastián.

Rogando mentalmente que no tuviera que enfrentarse a un nuevo dilema sobre la lealtad, Suzette apoyó la mano en el antebrazo de Anne y le susurró:

—Sabes que haré todo lo posible por proteger a tu marido. Ha sido así hasta ahora y no pienso cambiar.

Anne asintió sin mucha convicción antes de marcharse hacia su cuarto.

33

Nueva Orleans, enero de 1779

Suzette acudió con Anne a presenciar la partida de los colonos malagueños a principios de año. Cubiertas con sendas capas sencillas, pasaron desapercibidas entre la curiosa multitud que observaba el despliegue de carros, soldados a caballo y familias españolas.

Francisco Bouligny lideraba a un variopinto grupo de soldados, esclavos negros contratados para ayudar en la deforestación y construcción del nuevo asentamiento de Nueva Iberia y colonos acompañados de su parentela.

El cabeza de familia de cada una guiaba al buey o la mula que tiraba de una rudimentaria carreta. La mujer y los hijos iban sentados en la caja, con las espaldas apoyadas en los tablones laterales, entre los aperos de labranza, armaduras de camas, cubos y cestos con enseres y alimentos, aves de corral y lechones que recibían de parte de la corona para comenzar su nueva vida. Los crujidos de las ruedas sobre el pavimento, los cacareos y gruñidos y las expresiones en español —con un acento tan diferente al de Sebastián, pensó Suzette— animaban la fresca y apagada mañana de enero.

Suzette les deseó mentalmente toda la suerte del mundo. Le producía cierto pudor pensar que su vida habría sido similar a la de esas mujeres si hubiera seguido con Ishcate. Tendría ahora una pequeña casa con huerto y animales, unas hijas con sencillos vestidos de algodón y la piel de manos y rostro ajada por el trabajo al sol. Se preocuparía por las enfermedades, los ataques indios y las cosechas. Analizó las caras de las mujeres que pasaban ante ella y distinguió miedo y excitación a partes iguales. Alguna incluso sonreía. Se preguntó si ella sería feliz en esas duras circunstancias y suspiró. Cuando uno navegaba por un río, no servía de nada preguntarse cómo sería el viaje si hubiera elegido otro itinerario.

Un mes más tarde fue su hermano Gabriel quien partió como

ayudante del comandante del nuevo asentamiento de Valenzuela, en la zona del Bayou Lafourche des Chetimachas, al frente de un par de cientos de españoles de las islas Canarias. Su misión consistiría en dirigir los trabajos de desbroce de maleza, construcción de cabañas, siembra e instrucción militar. Suzette se preocupó por él. A sus veintiún años, Gabriel no tenía ni la edad ni la experiencia ni el temperamento obstinado de Bouligny.

Tras los cristales de su vivienda, grande y cómoda, la joven pensaba en aquellas familias y se enfadaba con el universo por haberles dedicado uno de los años más lluviosos que recordaba. Sebastián, quizá más acostumbrado a las condiciones adversas por sus campañas pasadas en Nueva España, le repetía un dicho español: «Que Dios no nos mande todo lo que podemos resistir», y se enfrascaba en sus documentos y pensamientos, que solo giraban —ahora que la política del gobernador Gálvez de aumento de población española ya estaba encauzada gracias a los asentamientos de Nueva Iberia, Galveztown, Barataria, Valenzuela y San Bernardo— en torno a la guerra entre norteamericanos e ingleses.

Mientras colonos malagueños y canarios trataban de crear vida en territorios inhóspitos, Francia se había unido a los defensores del derecho de los norteamericanos a ser independientes y había declarado la guerra a Inglaterra.

Era cuestión de muy poco tiempo que España hiciera lo mismo.

Una tarde de finales de junio, mientras los niños dormían la siesta de un día extremadamente caluroso, Bernardo de Gálvez convocó a Sebastián en su despacho. Cuando regresó con Suzette una hora más tarde, estaba nervioso.

—¿Qué pasa? —Ella había interrumpido la lectura de su libro al notar tan alterado a su marido, que no dejaba de caminar de un lado a otro del salón.

Sebastián la miró con expresión dudosa. Cerró las puertas del balcón junto al que ella buscaba algo de brisa, arrastró una silla y se sentó muy cerca.

—Nadie lo puede saber todavía —le susurró, como si hubiera espías escondidos entre los muebles—. España declara oficialmente la guerra a Inglaterra. Este pasado abril Francia y España firmaron un tratado en Aranjuez. Las noticias oficiales tardarán en llegar hasta aquí, lo cual deja un margen de tiempo.

—¿Para qué?

—Para tomar la iniciativa. Tenemos dos meses para prepararlo todo y comenzar las hostilidades contra los británicos.

Suzette sintió un miedo repentino a que su marido tuviera que tomar las armas. Miró hacia el infinito a través de las ventanas. Estaba cerca de cumplir veinticuatro años y desde que tenía uso de razón el mundo en el que vivía había gozado de pocas y cortas temporadas de paz. En su infancia solo se hablaba de la guerra de los Siete Años, tras la cual se había producido el traspaso del territorio hasta entonces francés a España. Se cumplían ahora diez años del ajusticiamiento de los criollos franceses que se habían rebelado contra los españoles. Apenas parecía que iban sanando las heridas, surgían nuevas amenazas. Recordaba haber temido ya durante el mandato del gobernador Unzaga que los primeros conflictos en las colonias del este acabaran salpicando a los habitantes de Luisiana. Entonces todo parecía lejano en el espacio y en el calendario. Pero el tiempo pasaba, los combatientes se desplazaban y la guerra llegaba. Ahora tendría que sufrir por la vida de su marido y de los hombres militares de su familia.

—¿Qué piensas, Suzette? —preguntó Sebastián.

—¿Qué ganan Francia y España metiéndose en esta guerra? —preguntó ella a su vez, pensativa—. Supongo que ambos querrán recuperar territorios perdidos y entiendo que habrá suculentos contratos comerciales con el nuevo país si ganan los americanos; pero también existe el riesgo de que luego ellos, si triunfan con nuestro apoyo, avasallen Luisiana o incluso que sus ideas revolucionarias se extiendan a las provincias de Nueva España, de Nueva Granada, de Perú o de Río de la Plata. ¿Te imaginas? Mi hermana está en Venezuela...

—Estamos ante una ocasión inmejorable para vengarnos de los ingleses por tantas décadas de derrotas frente a ellos y para reafirmar la posición de España en toda América. Coincido con el embajador español en Francia, el conde de Aranda, que ha representado a España ante las trece colonias norteamericanas, en que para la prosperidad de la monarquía española no hay nada más práctico que expulsar a los británicos de América Central, Gibraltar y Menorca. Los grandes imperios surgen de acciones locales y concretas. Defenderemos Nueva Orleans y Luisiana y recuperaremos las dos Floridas.

Suzette sabía que el sentido del deber era tan importante para Sebastián que todo lo demás, incluida ella, pasaría a un segundo plano. Había asumido que un día normal para él era una sucesión de largas reuniones y decisiones que requerían reflexión. A excepción de algún viaje para conocer el territorio, que en ningún caso había superado los quince o veinte días, solía disfrutar de su agradable compañía por las noches.

Ahora tendría que prepararse para olvidarse del hombre y convivir con el militar.

Kaskaskia, Alta Luisiana, febrero de 1779

Aunque Ishcate vigilaba que Kawutz no realizara actividades extenuantes ni levantara cargas, ella siguió con sus quehaceres hasta que notó los primeros dolores del parto y lo mandó en busca de las dos mujeres de la aldea que más hijos habían tenido y que estaban sobre aviso. Estas lo obligaron a esperar fuera de la tienda.

Al cabo de un tiempo que le resultó eterno, nervioso y asustado por la alternancia de gritos y silencios, Ishcate entró. Las mujeres insistieron en que se marchara, pero Kawutz le tendió la mano para que permaneciera con ella. Estaba en cuclillas y, a pesar del frío, gruesas gotas de sudor perlaban su cuerpo. Una de las mujeres le masajeaba el abdomen y, cuando lo consideraba conveniente, le pedía que empujara.

Por fin emergió la cabeza del bebé y enseguida el resto del cuerpo. La mujer lo recibió entre sus manos y anunció que era un niño. Sin saber muy bien qué hacer, Ishcate acarició el cabello de Kawutz, cuyos ojos se humedecieron cuando le confirmaron que estaba bien y sano a pesar de que no lo oyera llorar. La otra mujer cortó el cordón umbilical y lo envolvió en un trozo de ante que entregó a Ishcate. Lavó al niño con un trapito humedecido en agua templada, lo arropó con una mantita suave de piel y lo colocó en brazos de su madre para que le diera el pecho.

En los días que siguieron las mujeres del poblado se encargaron de la recuperación de Kawutz —a quien le colocaron un ancho cinturón para que su estómago no cediera—, de entretener a Sarazen y de que no le faltase comida a la familia. Contraviniendo la costumbre de no meterse en esos asuntos, Ishcate, fascinado por la magia de la

naturaleza, cogía al pequeño Couroway en brazos y le hablaba con cariño, o le acariciaba el rostro y jugaba con sus manitas cuando reposaba en el cesto de roble forrado con piel de ciervo que él le había hecho.

Una semana después de su nacimiento lo cubrió con otra piel, lo estrechó contra su pecho y lo llevó hasta un cerro desde el que se divisaba la confluencia del río Kaskaskia con el Misisipi. Abrigada por frondosos bosques de árboles de hoja perenne, la ancha banda de agua terminaba su solitario discurrir y comenzaba un nuevo viaje con el *Mihsi-siipiiwi* , el río Misisipi, «el padre de las aguas» en su lengua. Hacía un sol espléndido, y algún pajarillo se atrevía a anunciar con su canto que se acercaba el fin del invierno, pero la temperatura era gélida.

Ishcate se arrodilló y con una mano y su cuchillo excavó un pequeño hoyo donde introdujo el envoltorio que contenía el cordón umbilical.

—Esta es la tierra en la que has nacido y por la que siempre sentirás apego.

Alzó entonces a Couroway hacia los cuatro puntos cardinales y verbalizó su petición al Gran Espíritu.

—*Niniicaanhsa* , mi hijo, descendiente de jefes kaskaskia, ha nacido en la luna del *ayaapeensa kiilhswa* , del joven ciervo. Deseo que, como él, sea ágil y veloz; que viva en armonía con el bosque sin dejar de estar alerta; que su camino sea próspero.

De regreso al poblado le repitió lo que tantas veces le había contado su padre. Le habló de cuando el gran pueblo de los kaskaskia vivía más al norte, en las tierras del río Illinois —el *Inoka siipiiwi* —; de cuando llegaron los misioneros y comenzaron a convivir con los kaskaskia, peoria y miami; del gran ataque de los iroqueses, que deseaban expandir sus territorios de caza, y de la hostilidad continua de los fox que los llevó a desplazarse hacia el sur, hacia esa zona de buenos pastos y tierra fértil junto al río que acabaría llamándose *Kaahkaahkia siipiiwi* , el río Kaskaskia; de cómo había heredado las costumbres de su tribu a la par que conocía las francesas de quienes también se habían establecido allí.

Devolvió a Couroway a los brazos de su madre cuando el niño ya sacaba la lengua y movía la cabeza a ambos lados en señal de que tenía hambre. Observó cómo ella lo amamantaba y sintió una punzada

de plena satisfacción en el pecho, como si el saltamontes —la figura con la que siempre se había identificado— hubiese encontrado al fin un refugio en el que guarecerse. Se sentía afortunado por que el Gran Espíritu hubiera colocado a una mujer tan fuerte en su camino. Poco a poco había ido consiguiendo que él hallara la paz como hombre de familia y padre. Su lugar en la tierra era aquel donde estuvieran Kawutz, Sarazen y Couroway.

Miró a la mujer con un afecto profundo y sincero.

—*Neewe, waapanwi* — le dijo: «gracias».

Daría su vida por ellos.

Nueva Orleans, agosto de 1779

Sebastián salió del consejo de guerra preocupado por la obstinación del gobernador, que pretendía lanzarse a tomar fuertes y puestos ingleses, uno a uno. Había ordenado que comenzasen los preparativos en secreto, pero no tenían suficientes soldados: el ejército británico de la zona contaba con unos ochocientos veteranos; el español, con unos quinientos, de los cuales más de la mitad eran novatos llegados de México y las islas Canarias.

Con esas cifras, pensó Sebastián, solo podían defender Nueva Orleans, no pensar en campañas militares.

Cuatro días antes de la fecha señalada para la partida, un terrible huracán azotó la ciudad. En menos de tres horas envió a pique todas las embarcaciones, incluidas las que portaban las provisiones de la expedición, a excepción de la fragata Volante . Su violencia fue tal que derribó muchas casas y la mayor parte de las viviendas situadas en la orilla del río en un espacio de quince leguas. Arrasó las cosechas, mató cientos de cabezas de ganado y dejó la dantesca y recurrente imagen de cadáveres de animales y árboles clavados en el lodo, y hombres y mujeres desesperados una vez más por la implacable fuerza de la naturaleza.

El gobernador, sin embargo, no suspendió la misión.

—Gálvez piensa seguir con su idea inicial —le explicó Sebastián con preocupación a su suegro—. Opina que ahora más que nunca cogeremos a los ingleses por sorpresa. Nos supondrán vencidos, abatidos y trabajando en la reconstrucción de Nueva Orleans. Saldremos en unos siete días. Y usted se adelantará. Partirá ahora

mismo a Manchac, nuestro primer objetivo, en compañía del capitán Saint Maxent. Aprovechando que son comerciantes, se harán pasar por franceses descontentos sin levantar sospechas. Necesitamos conocer de primera mano el estado de la plaza y de la guarnición y los lugares adecuados para el ataque.

Girard soltó un resoplido. Tendría que desempolvar su uniforme de capitán de la milicia, pensó con pereza. A sus cincuenta y dos años le interesaban más los negocios que las empresas militares. Ya no era el joven impetuoso que aceptaba las órdenes de luchar contra los ingleses por cuestiones políticas o de honor. En esos momentos preferiría quedarse en su casa con su esposa, sus hijas solteras y sus hijos pequeños. Por otra parte, pensó para animarse, si cumplía con éxito, conseguiría un ascenso. Y un ascenso siempre iba acompañado de más sueldo. Además, sus jóvenes hijos estaban comenzando su carrera militar. Y monsieur Saint Maxent era el suegro del mismísimo gobernador, pues este se había casado finalmente con la joven Félicitè. Estaba claro que le convenía aceptar la misión.

En los siguientes cinco días, voluntarios de la ciudad a quienes el gobernador había contagiado de su espíritu bélico contra los ingleses ayudaron primero a sacar una goleta y tres lanchas cañoneras del fondo del río y luego a repararlas. Embarcaron en ellas las municiones, diez cañones y víveres. Jóvenes blancos, negros y mulatos libres se alistaron como soldados para sumar sus fuerzas a las del regimiento fijo y la milicia. También se sumó el comerciante Oliver Pollock, al frente de un pequeño grupo de voluntarios norteamericanos. A finales de agosto la expedición compuesta por unos seiscientos hombres salió a pie rumbo al norte a la aventura bajo el mando del general de brigada Gálvez.

«Rumbo al norte a la aventura y a la insensatez», pensó Sebastián en más de una ocasión durante el trayecto por el lado este del Misisipi. Para pasar inadvertidos, seguían un itinerario de sendas intransitables de ciénagas y pantanos emboscados. El calor era insoportable y la humedad asfixiante, y millones de mosquitos se cebaban con los soldados. La mayor parte del día el agua o el barro les llegaba cerca de la rodilla y por la noche no disponían de tiendas para dormir.

En esas condiciones, le resultaba sorprendente que la gruesa columna formada por negros, indios y mulatos y soldados de los

diferentes regimientos, sofocados bajo sus casacas y calzones azules, chupas blancas y tricornios, se fuera ensanchando con nuevos reclutas de la costa alemana y de las tribus opelousa y atakapa. El objetivo común de vencer a los ingleses en verdad infundía un coraje admirable.

Cuando avistaron el primer objetivo —el fuerte Bute, en Manchac — tras once días de viaje, las enfermedades y el cansancio habían abatido a una tercera parte de los miembros de la expedición. Sebastián dudó que los planes del gobernador pudieran seguir adelante. Lo razonable sería descansar y regresar a casa. Aunque eso también dependería de la información que trajeran Girard y Saint Maxent del fuerte.

Durante la espera, llegaron el teniente coronel Bouligny desde el asentamiento de Nueva Iberia, y el joven Gabriel Girard, desde el cercano de Valenzuela, acompañados de un par de docenas de soldados, esclavos jóvenes y colonos españoles instruidos para servir en la guerra. Sus informes no eran demasiado halagüeños, sobre todo el de Bouligny. Las inundaciones lo habían obligado a trasladar el primer enclave de lugar y comenzar de nuevo; todavía había familias sin vivienda y el gasto excedía lo presupuestado; los colonos tendrían que recibir arroz y maíz para resistir el próximo invierno. Aunque las noticias del joven Girard —un hombre tremendamente tímido, a diferencia de su padre— eran mejores en cuanto al número de fallecidos, también solicitaba raciones de comida para los colonos.

El agobio de Sebastián aumentó. Esas pobres familias enviadas a repoblar aquellas tierras hostiles tendrían que soportar muchas calamidades todavía. Y encima se veían obligadas a renunciar a sus hombres más fuertes. La prioridad ahora era esa guerra organizada por Gálvez.

Todavía seguía conversando con Bouligny y el joven Girard cuando apareció Jérôme Girard. Su suegro estaba sucio y cansado, pero se mostraba excitado.

—¿De dónde vienes, padre? —le preguntó Gabriel, tras saludarlo con un abrazo.

—De Manchac. El capitán Saint Maxent y yo alquilamos una habitación en la población con la excusa de que queríamos establecer vínculos comerciales. Visitamos el fuerte un par de veces para ofrecerles todo tipo de mercancías. No sospecharon nada. La mejor

noticia es que no hay mucho movimiento de casacas rojas. —Se refería a los ingleses, por el color de su uniforme—. No creo equivocarme si digo que será pan comido —concluyó Girard con una sonrisa de satisfacción.

«Dios lo quiera», pensó Sebastián.

Al amanecer del día siguiente los oficiales transmitieron las órdenes del gobernador de asaltar el fuerte.

El efecto sorpresa funcionó. En pocas horas, y sin tener que lamentar ni una baja, habían apresado a toda la guarnición británica.

—Ojalá todas las victorias fueran tan rápidas y fáciles —comentó Girard, agotado y orgulloso de la hazaña que podría contar a su familia. Como se conocía bien el fuerte, él era uno de los que habían entrado por una de las troneras.

—Una victoria, por pequeña que sea, eleva la moral —reconoció Sebastián, también satisfecho y aliviado—. Y quien comienza con una victoria va con ventaja.

Esa ventaja se fue consolidando: a Manchac siguió Baton Rouge, y antes de que se iniciase octubre, el fuerte Rosalie, llamado ahora Panmure —en Natchez, unas cincuenta leguas río arriba—, también se rendía.

La misma noche que supo de la rendición y del fin de la expedición militar, Girard le dijo a Sebastián:

—Si los habitantes de estas tierras estaban divididos entre partidarios de los sublevados americanos y partidarios de los ingleses, me atrevo a asegurar que ahora están todos unidos contra los españoles y su muy católica majestad.

Sebastián apreció la ironía con una breve sonrisa.

Su suegro levantó la copa de vino.

—Brindo por el gobernador Gálvez. Gracias a su audacia, España le ha arrebatado el Misisipi a Gran Bretaña.

Sebastián también alzó su copa. Si había tenido alguna duda, ahora admiraba la determinación de Gálvez: en pocas semanas había arrebatado tres fuertes a los ingleses: uno por asalto, otro por capitulación y otro por cesión. Nunca más volvería a cuestionar su capacidad.

Lo seguiría allá adonde fuera.

34

Nueva Orleans, diciembre de 1779

Jérôme Girard se mostró consternado al conocer la noticia de que su antiguo socio y amigo, Benoît Leroux, había muerto poco después de su visita a Nueva Orleans. De sus seres más cercanos, él había sido el último en verlo con vida.

Lo supo una tarde de invierno por Étienne Dubois, que había bajado a la ciudad para encargarse del papeleo de los asuntos de su padrastro. A Girard le costaba reconocer al hombre que tenía delante porque hacía más de una década que no lo veía y no quedaba ya ni rastro de aquel jovencito enamorado de su hija Margaux. Sus facciones se habían endurecido y, junto a la determinación de la madurez, en su mirada se percibía algo de resentimiento. Quizá si no hubiera hecho caso a su orgulloso amigo, pensó; si no hubiera ordenado la ejecución de las hipotecas, al menos Benoît no habría vivido entristecido y agobiado sus últimos días...

—Me cuesta creer que haya fallecido —dijo Girard con voz pesarosa. Se le humedecieron los ojos al recordar las ilusiones compartidas de jóvenes—. Espero que Cécile vaya superando este trago tan doloroso. Me consta el gran amor que ella y Benoît se profesaban.

—Se mantiene ocupada con las obligaciones diarias y con mis hermanos —dijo Étienne en tono serio—, pero no es la misma. El asunto de las propiedades ha resultado muy desagradable para ella. En primavera el comandante Leyba permitió que salieran a subasta el molino, la granja y la tierra. Mi madre y yo pujamos y superamos las ofertas, así que al menos hemos recuperado eso. Como puede ver —le entregó unos documentos—, con el importe de la venta aún no queda saldada la deuda que tenemos con usted. Hemos pensado que, si ejecuta también la hipoteca de la casa de piedra de Saint Louis y se queda usted con ella, prácticamente estaríamos en paz. —Lo habían

intentado, pero no habían podido reunir el dinero para comprarlo.

Girard leyó en silencio los datos. El primer edificio que había construido Leroux a su llegada a la Alta Luisiana servía ahora de cuartel para los oficiales españoles, de modo que percibiría un alquiler mensual. Por el detalle en las anotaciones, dedujo que Étienne era más prudente y juicioso en los negocios que su padrastro. En recuerdo de su amigo fallecido, se propuso tratar a Étienne con bondad en el cierre final de las cuentas que aún tenían pendientes. Carraspeó para liberarse del nudo de tristeza que atenazaba su garganta y dijo:

—Acepto y reitero el ofrecimiento que le hice a Leroux de continuar tratos comerciales con vuestra familia.

—Se lo agradezco, pues solo he podido conseguir café, azúcar y algunas bebidas. Supongo que hemos de culpar a la guerra de tanta escasez de bienes para mercadear con los indios, pero además casi no puedo comprar porque no me aceptan las notas de crédito americanas que circulan por Saint Louis. Sinceramente, no pensé en esto cuando vine. Es imperativo que acopie mercancías para evitar que los indios vuelvan otra vez con los británicos y para seguir apoyando a los norteamericanos, y más ahora que, como acabo de saber, España está en guerra oficialmente.

Girard hizo un gesto de extrañeza.

—Creía que había tranquilidad en las tierras del Illinois...

Étienne le explicó:

—El teniente coronel George Rogers Clark tomó Kaskaskia, Cahokia, Prairie du Rocher y Vincennes para los patriotas americanos el año pasado, gracias a los suministros militares que se quedó de los que enviaba Pollock al ejército continental y de los que le dio Leyba en Saint Louis. Clark necesita provisiones para mantenerse allí y garantizar también la seguridad de la ciudad. Supongo que comprenderá lo importante que es que esta no caiga. Es la guardiana del río. Si cae Saint Louis, cae el Misisipi y Nueva Orleans.

—Me sentí aliviado cuando supe que las acciones del gobernador habían frenado un posible ataque inglés sobre Nueva Orleans, pero, sinceramente, no me había parado a pensar que el peligro pudiera llegar también desde tan al norte. Haré todo lo posible para prepararte un envío. Ahora más que nunca hay que evitar cualquier amenaza británica. Y le haré llegar al gobernador Gálvez la petición de que envíe refuerzos. ¿Piensas quedarte mucho?

—Confío en poder tomar el último barco hacia Saint Louis antes de que el invierno impida la navegación.

—Podrías cenar con nosotros una noche...

—Gracias, señor.

Étienne se mostró cortés ante la invitación, pero no confirmó que la aceptara. Una cosa era verse en la obligación de tratar con Girard y otra actuar como si nada hubiera pasado entre ambas familias. Él, personalmente, ni había olvidado el rechazo de Margaux ni asumido sin envidia la diferencia de éxito entre unos y otros. Estaba convencido de que las preocupaciones económicas de su padrastro habían conducido a su temprana muerte. En realidad, Girard no tenía culpa de nada, pero formaba parte de los acontecimientos, y para él ese ya era suficiente motivo para limitar su vínculo a los negocios. Además, sabía que, aunque lo hubiera eximido de pagar por los libros y la espada de su padrastro, era inflexible con los asuntos económicos.

En cuanto se despidió de Étienne, Girard se dirigió a casa de Sebastián Orlac. Había dejado pasar un tiempo prudencial antes de visitar a su yerno para que este descansara y disfrutara de su familia tras la exitosa expedición militar gracias a la cual España había ganado más de trescientas leguas de las mejores tierras del Misisipi y excelentes asentamientos, pero ahora le urgía comentar con él su preocupación por lo que le había contado Étienne.

Tuvo la suerte de que su yerno no se encontrara reunido —como casi siempre—, sino en el salón con Suzette y las pequeñas Adrienne y Estelle. En cuanto entró chocó con su hijo Jules, que salía a toda prisa.

—¡Padre! ¡Me voy a España! —Jules agitó en el aire unos documentos—. ¡El gobernador me ha confiado que lleve en persona los despachos oficiales que informan de nuestras victorias! ¡Salgo mañana! ¡Tengo que preparar el equipaje!

—Tu madre... —Girard dejó la frase inconclusa. De todos modos, su hijo ya había volado a la calle. A Blanche le preocuparían los peligros de un viaje tan largo en tiempos de guerra, pero sabía, como él, que los hijos debían seguir su camino.

Suzette se le acercó y le dio un beso en la mejilla. Le explicó, con expresión divertida, los porqués de la reacción de su hermano:

—El gobernador ha solicitado muchos ascensos por el éxito de los fuertes tomados a los ingleses. También quiere distribuir medallas al mérito dobles de plata entre la milicia de color. En cuanto a Jules, es

costumbre que el oficial que porta buenas noticias sea recompensado, así que él ya se ve como capitán. También ha propuesto a Gabriel. ¡Y a ti igual te ascienden a teniente coronel de milicias!

—Es una buena noticia para toda la familia... —Girard se dirigió sin preámbulos a Sebastián—. ¿Está previsto enviar tropas a Saint Louis?

—¿Por qué? —preguntó Suzette. Sabía que el gobernador ya estaba planeando algo nuevo, pero esperaba que ni fuera inminente ni supusiera que su marido tuviera que desplazarse tan lejos.

Girard reprodujo la conversación con Étienne, que su yerno escuchó atentamente.

—No disponemos más que de los soldados justos para proteger Nueva Orleans y el siguiente objetivo del gobernador está en el este y no en el norte. Para Gálvez, el triunfo sobre los fuertes ingleses del Misisipi ha sido un ensayo para las nuevas victorias que piensa obtener. De momento se ha asegurado la retaguardia.

—¿El este? ¿Mobila y Pensacola? —Girard chasqueó la lengua—. Es una locura. ¡Están defendidas por imponentes fortalezas!

—Hemos solicitado el apoyo naval de Cuba. Es imposible enviar a nadie a Saint Louis. Habrá que confiar en la experiencia de Leyba...

—Y en nuestros ruegos —masculló Girard mirando a Suzette con preocupación.

Se despidió a toda prisa para ir en busca de Étienne y comunicarle que en el caso de que hubiera un ataque contra Saint Louis, no recibirían refuerzos.

Suzette sirvió café en dos tazas. Tendió una a Sebastián y le preguntó:

—¿Debo compartir la preocupación de mi padre?

—Las defensas de Mobila son más fáciles de destruir y desde allí se proporcionan suministros a Pensacola. Si cae primero Mobila, será más fácil tomar Pensacola.

—¿Cuántos hombres se necesitan?

—Cuatro mil, y cuatro navíos de línea. El gobernador partirá con o sin la ayuda de Cuba. —Miró a Suzette con un carraspeo—. Y yo con él. Son sus órdenes.

Suzette apretó los labios. Rezaría para que regresara sano y salvo. Ahora tenía dos hijas de las que preocuparse, y la idea de enviudar de nuevo la aterrorizaba, pero se esforzó por no cargar a su marido con

sus miedos.

—Espero que contéis con la ayuda de Dios.

—Dios recibe peticiones de todos los bandos, pero deja que los hombres tomen sus decisiones. —Sebastián extendió el brazo y apretó la mano de ella con fuerza—. Te prometo que volveré. Quiero cumplir mi sueño de llevarte a España.

Suzette sonrió y aceptó ese cambio de conversación para relajar la tensión.

—¿Cómo resistiré un viaje tan largo si nunca he viajado en barco? Solo he disfrutado de algún corto trayecto por el río en condiciones tranquilas...

—Me tendrás a tu lado.

Suzette cerró los ojos y se visualizó a bordo de un buque en alta mar, envuelta en agua y cielo, con la mirada embriagada por los difusos límites del horizonte.

Entonces un pensamiento irrumpió en su mente provocándole un súbito estremecimiento.

Le sucedía a veces. Por algo que alguien dijese; por una sencilla asociación de ideas; por un recuerdo...

¿Para qué engañarse?

En cualquier momento y por cualquier razón.

En esta ocasión, el aleteo del corazón le advirtió de que, cuanto más se acercase al continente europeo, más se alejaría de Luisiana y de Ishcate.

Kaskaskia, Alta Luisiana, enero de 1780

Cada vez que salía de caza, Ishcate tenía una sorpresa preparada para que Sarazen no se le agarrara a la pierna llorando porque quería irse con él. En esa ocasión le dio un diminuto arco de madera con flechas de punta roma. El niño se olvidó enseguida de la despedida.

Mientras el pequeño miraba orgulloso su regalo, Kawutz levantó la vista al cielo. Ishcate solo pensaba en educar a su hijo y a Sarazen como a verdaderos indios, y en eso ambos coincidían, aunque quizá el kaskaskia corría demasiado. Como si el tiempo se le escapase de entre las manos.

—¿Arco y flechas a los tres años? ¿Querrás que cace su propia cena con cuatro? —bromeó Kawutz.

—La suya y la nuestra. —Él sonrió—. A su edad yo ya usaba flechas de verdad.

Kawutz rio y lo miró a los ojos, sin saber si exageraba. Luego se puso seria, y le acarició la mejilla con ternura y preocupación.

—Ten cuidado.

Ishcate había tomado por costumbre dirigirse cada vez más al este para cazar, cerca del puesto de Vincennes. Sabía que era arriesgado moverse por esos territorios por los continuos conflictos entre ingleses y norteamericanos y porque eran numerosas las tribus —sioux, fox, sauk, shawnee, kickapoo y potawatomi— que no dudarían en cortarle el cuello a un kaskaskia amigo de franceses y españoles, pero disfrutaba del paisaje salvaje de las tierras cercanas al río Ouabache —Wabash ahora para los ingleses—, una de las principales rutas de comercio que unía Canadá y los Grandes Lagos con el río Misisipi y Luisiana, y conseguía buenas piezas que luego vendía muy bien en Saint Louis.

Ishcate la besó, alborotó el pelo de Sarazen y le pellizcó la nariz a Couroway.

Le costaba separarse de su familia, pero, más allá de esas piezas, de vez en cuando le iba bien alejarse de Kaskaskia para templar su ánimo. No se llevaba bien con el jefe Ducoigne. No solo este había aceptado la presencia del americano Clark, sino que le había proporcionado rastreadores y negociado a su favor con otras tribus. Cualquier opción de echar a los americanos estaba descartada, a pesar de que ya no había tantos soldados, ocupados en diferentes expediciones militares.

A Ishcate le agradaba la soledad, pero desde que había sido elegido jefe y era padre, su sentido de la responsabilidad lo alertaba cuando su deseo de libertad traspasaba ciertos límites. Vestía de trampero por precaución; así podía juntarse con otros para pasar la noche en el bosque. Entretenidos en las alianzas de la guerra, los indios no solían atacar a unos pocos cazadores que siempre estaban dispuestos a ofrecerles algo de bebida y algún trato comercial. Además de proporcionarle seguridad física, la compañía de los otros tramperos le permitía enterarse de muchas cosas. Media docena de ellos coincidían con frecuencia y siempre se sumaba alguno nuevo que traía noticias frescas.

Esa noche el intenso frío y la nieve que se acumulaba sobre su

piel de oso le estaban haciendo añorar el calor de Kawutz y del fuego en la tienda del poblado de Kaskaskia.

El sonido de unas voces rompió el silencio de los hombres apiñados junto a la gran hoguera que habían encendido en un claro del bosque. Instintivamente, todos cogieron sus fusiles, y apuntaron hacia los intrusos. Eran dos: uno de ellos cayó sobre sus rodillas, se desplomó exhausto; el otro, tratando de controlar el castañeteo de los dientes, explicó con dificultad:

—Gracias a Dios. Llevamos horas dando vueltas. La tormenta de nieve nos ha desorientado. Dejad que nos calentemos.

Les ofrecieron vino caliente, algo de comida y pieles secas. Cuando ambos se recuperaron, contaron que eran exploradores del este, de Ohio.

—A pesar de nuestra experiencia —dijo el que se había desmayado—, la edad no perdona. Juré que a mis sesenta años ya no volvería a los bosques y aquí estoy, vivo de milagro.

En la conversación salió el tema de la guerra. El mismo hombre, tras asegurarse de que allí no había ningún inglés, se declaró ferviente defensor de la causa de los insurgentes americanos y, animado por el abundante vino que se había tomado, quiso saber:

—¿Hay aquí alguno del Illinois?

Dos o tres levantaron la mano.

—¿Por qué te interesa? —preguntó uno de estos.

—Porque nos hemos enterado de que se está preparando una gran expedición inglesa para atacar Saint Louis bajando desde Canadá.

La noticia captó toda la atención de Ishcate.

—¿Cuántos hombres? —preguntó.

—Más de mil. Trescientos casacas rojas, milicianos canadienses y cientos de sioux. Hace tiempo que no voy por Saint Louis, pero si mi familia estuviera allí, recogería mis cosas y me largaría.

Como los otros del Illinois, Ishcate, preocupado por esas palabras, guardó silencio. Partiría al amanecer de vuelta a casa. Tenía que avisar al comandante Leyba de inmediato.

Pensó en Kawutz y en los pequeños Sarazen y Couroway.

Si la noticia era cierta, ni la unión del Dios cristiano y del Gran Espíritu detendría a ese ejército.

35

Bahía de Mobila, febrero de 1780

Los relámpagos y los susurros intermitentes de un viento del suroeste anunciaron primero tormenta desde los horizontes oscuros.

Poco a poco el viento aumentó su intensidad y convenció a la fuerza a las olas para que se estrellaran contra los cascos de los barcos, convertidos en muñecos cuyos hilos invisibles pareciera mover un ser enloquecido.

Los truenos que rugían sin descanso, las trombas de recio granizo que provocaban un desasosegante estrépito contra maderas y metales, y los rayos que crispaban la noche como si estuvieran eligiendo qué nuevo mástil partir hicieron que Sebastián, un hombre ya curtido, rezara por su alma.

¿Qué más podía salir mal en un trayecto tan corto?, pensó exasperado. Habían zarpado de Nueva Orleans con retraso. Por culpa del barro y los bancos de arena del delta del Misisipi habían tenido que trasladar y repartir la carga de las embarcaciones más pesadas entre las que calaban menos. Y al aproximarse al destino y disponerse a cruzar sobre la barra de la bahía de Mobila, bajo los cielos que amenazaban con una nueva tormenta, la fragata Volante y varias embarcaciones más, incluida la del gobernador, habían encallado en un banco de arena.

Estaba agotado. Llevaba tres días sin dormir. Como si de una funesta lotería se tratara, las embarcaciones más ligeras conseguían cruzar la barra y otras encallaban y empezaban a hacer agua, para consternación de quienes trabajaban sin descanso tratando de salvar tripulaciones, víveres y efectos bajo la oscilante espada de Damocles de un temporal que arreciaba y amainaba a capricho. No había forma de conocer la realidad en medio de ese infierno de agua, viento, gritos y noches y días de confusión, hambre y agotamiento.

El amanecer trajo la calma tras la tempestad y la respuesta a su

pregunta.

El panorama que ofrecía la bahía de Mobila era desolador.

Los barcos abandonados se mecían derrotados en el agua. Sobre la arena de la playa, los hombres parecían náufragos en lugar de soldados.

—¿Cuántos? —le preguntó Sebastián a su suegro.

—Según el recuento, unos setecientos hombres han perecido en el mar. Los supervivientes están agotados y enfadados. Han perdido sus provisiones y municiones.

Sebastián sintió que lo tentaba el desánimo. ¡Setecientos! ¡Casi la mitad de los hombres habían muerto! Qué tragedia. ¿Cómo iban a pensar esos infelices en la batalla tras las calamidades sufridas? La bahía era una estrecha ensenada que se extendía unas diez leguas al norte. Para recorrer la distancia que los separaba del fuerte Charlotte, que defendía la población de Mobila, los hombres tendrían que volver a embarcar de nuevo.

Su testarudo amigo, el gobernador Gálvez, no había esperado a las unidades de Cuba. Y aunque los soldados luchaban por la gloria de España, los voluntarios confiaban en sacar un beneficio económico de su participación en la batalla; de ahí que existiera el riesgo de la deserción.

—No sabemos si los ingleses están al tanto de nuestra situación —comentó Girard como si compartiera sus pensamientos—, pero sí sabemos que no han sido lo bastante avispados como para tener un destacamento aquí, en la entrada de la bahía. Aguardaremos a que lleguen los refuerzos solicitados de Cuba.

Sebastián dedicó una mirada de gratitud a Girard y trató de no perder la fe en que las tornas cambiaran.

Y lo hicieron.

Los refuerzos llegaron una semana más tarde. Primero fue una balandra; después una fragata, un paquebote, un bergantín y una goleta.

Entre los oficiales, Sebastián reconoció al sargento mayor Antonio Cornel, un hombre de su edad, buen conversador, con quien había coincidido hacía cuatro años en la batalla de Argel. Lo invitó a su tienda esa noche. No le iría mal despejar su cabeza charlando con alguien animoso.

—El destino ha querido que uno de Benasque haya llegado a

tiempo para socorrernos —le dijo ofreciéndole una copa de vino.

Recordaba que en cuanto surgía la palabra *Benasque* , Cornel no podía evitar alardear de la belleza incomparable de las montañas y prados de su lugar natal, una villa ubicada en el corazón de los Pirineos españoles. En esta ocasión, no obstante, Cornel tenía el semblante taciturno y no parecía tener ganas de chanza.

—¿Puedo preguntarte el motivo de tu abatimiento? —le preguntó Sebastián, consciente de que ese peso podía resultar contagioso para los soldados a su cargo en unos momentos en los que se necesitaba empuje.

Cornel se abstrajo unos instantes con la mirada fija en su vino.

—Hace poco recibí la noticia de un terrible suceso en la ciudad aragonesa de Zaragoza. Se produjo un incendio en el teatro. Murieron unas cuarenta personas..., entre ellas, mi prometida.

Sebastián guardó un respetuoso silencio. Solo el hecho de pensar que algo así le pudiera pasar a su amada Suzette le hizo comprender la insoportable tristeza que tenía que embargar al hombre. Estaba acostumbrado a arengas militares y a largos debates; ahora no encontraba palabras adecuadas de ánimo.

—Nos queda mucha vida por delante —dijo simplemente.

—Será una vida solitaria, porque me he jurado que nunca me casaré. El corazón solo se entrega una vez; las siguientes son remedos.

Sebastián sintió un estremecimiento.

Hasta ese instante no se le había ocurrido pensar que él pudiera ser un remedo para Suzette.

En efecto, el abatimiento resultaba contagioso.

A lo largo de las semanas siguientes el azar quiso que la batalla se desempeñara en esa misma línea, como un espejo de la débil línea que separa la alegría de la tristeza, la ilusión de la desesperanza, la gloria de la derrota.

Los españoles fueron avanzando posiciones palmo a palmo hacia el fuerte Charlotte. Conscientes de que la comida y la munición comenzaban a escasear de nuevo, desde el amanecer del 12 de marzo hasta el ocaso, los cañones dispararon sin piedad sobre el fuerte Charlotte. Al día siguiente el comandante inglés aceptó la capitulación. El ambicioso plan de eliminar la presencia británica en el golfo de México había comenzado con un triunfo, pero al llegar a Pensacola —tan solo a veintisiete leguas hacia el este, el centro de

operaciones de los británicos en esa zona de Florida y del golfo—, la falta de suministros dejó la batalla al pairo, como velas caídas y sin aire que las moviese hacia ningún lado. Ni siquiera el empeño de Gálvez resultó suficiente, aun cuando habría sido capaz de lanzarse él solo a la conquista del fuerte sin aguardar refuerzos.

—Los barcos de Cuba no podrán llegar antes de tres semanas —le contaba a Sebastián ante su mesa llena de mapas, planos y documentos—. He descrito mil veces mi plan y otras tantas se ha malinterpretado... ¡Me ordenaron esperar, cuando lo que deberíamos haber hecho era entrar en la bahía y atacar el fuerte de Pensacola por sorpresa desde el mar! Ahora ya es tarde para eso. Y un ataque por tierra sería muy arriesgado... —Se frotó los ojos abatido—. ¿Continuar o retirarse? ¿Qué es mejor para el servicio al rey?

—Cancelar la operación —respondió Sebastián, pesaroso por cuanto también creía que aquella era una oportunidad perdida, pero feliz de poner rumbo a casa, con Suzette.

Kaskaskia, Alta Luisiana, finales de abril de 1780

Ishcate entró en su tienda con intención de sacar a Kawutz a rastras si hiciera falta. Había tratado de convencerla sin éxito de que ella y los niños se refugiasen en Saint Louis ante el posible ataque de indios e ingleses del que él mismo había informado al vicegobernador de la Alta Luisiana, el capitán Fernando de Leyba, hacía varias semanas, pero Kawutz se negaba.

Había convertido el lugar natal de Ishcate en su hogar, argumentaba. Por primera vez en su vida se sentía feliz. Había formado su familia y no le faltaba de nada. No percibía el riesgo que tanto inquietaba a Ishcate, ocupado en viajes de ida y vuelta a la ciudad.

—El peligro se acerca, Kawutz —le dijo quitándole al pequeño Couroway de los brazos—. Recoge las cosas y vámonos.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó ella—. Si no traes noticias diferentes, seguiremos como estamos. El objetivo del ataque es la ciudad, no los poblados indios. ¿Puedes garantizarme que no estaremos más seguros aquí? El americano Clark detendrá el ataque desde su campamento en Cahokia y ayudará a su amigo español.

—No creo que sea posible. Sé por Étienne que unos exploradores

han avisado de que los ingleses y sus aliados indios atacarán a la vez Cahokia y Saint Louis. Los guerreros defenderemos los poblados; pero no puedo luchar si sé que tu vida y la de los niños corren peligro.

Kawutz se quedó sin argumentos.

—Os alojaréis en la casa de los Dubois —añadió Ishcate. Con Couroway todavía en brazos, se sentó junto a Sarazen, que construía un pequeño tipi con palitos y retazos de pieles—. Saldremos al amanecer.

Cuando llegaron a la vivienda de los Dubois, cuatro días después, Ishcate se sorprendió de la rapidez con la que la familia había avanzado en las tareas de preparación para la defensa de su propiedad. Como quedaba en uno de los extremos de la ciudad, la deteriorada empalizada de madera no llegaba hasta allí, por lo que habían levantado un parapeto con piedras, sacos de arena, barriles y maderas. Trabajaban todos con ahínco, también Cécile, sus hijas y los esclavos.

Étienne, cansado y cubierto de polvo, saludó a Ishcate con una palmada en la espalda:

—Me alegra tenerte aquí. Tú estás más acostumbrado a luchar que yo. Acompáñame. Te enseñaré cómo ha organizado Leyba la protección.

Ishcate no llevaba idea de quedarse, pues debía sumarse con Ducoigne a la defensa de los poblados al otro lado del Misisipi, pero lo acompañó. Quería comprobar que Kawutz y los niños estarían mejor protegidos allí que en Kaskaskia.

Anduvieron en dirección al oeste, donde un grupo de hombres levantaba un muro de piedra.

—Aquí va una torre de treinta pies de alto. La idea es colocar arriba cinco cañones. Leyba quería construir cuatro torres, una en cada esquina, pero solo ha podido reunir mil pesos. Da igual que el dinero no alcance porque yo creo que tampoco daría tiempo a construir las otras si es cierto que los enemigos andan a menos de trescientas leguas.

Pequeños grupos de hombres recorrían la empalizada reemplazando tablas podridas y clavando las sueltas. Ante esta, un mayor número se dedicaba a cavar una larga trinchera de este a oeste. El río, al sur, les protegería las espaldas.

—¿Cuántos hay que sepan disparar? —preguntó Ishcate.

—La guarnición solo consta de treinta soldados. Entre vecinos, voluntarios de Ste. Geneviève y esclavos negros sumamos unos trescientos.

Ishcate resopló. Por un momento deseó haber hecho caso a Kawutz y haberse quedado en Kaskaskia.

—Son muy pocos, sí —verbalizó Étienne—. Granjeros, comerciantes, barqueros, cazadores... —Lo miró con una sonrisa burlona con la que pretendía ocultar su preocupación—. Y un indio.

—Espero que lleguen refuerzos desde Nueva Orleans.

Étienne movió la cabeza de lado a lado.

—Girard se lo pidió al gobernador y Gálvez le dijo que no. Leyba le escribió insistiendo y la respuesta ha sido la misma.

Ishcate pensó en Suzette. Si ella supiera en qué situación se encontraban; si ella supiera que también él estaba en peligro, ¿convencería a los jefes españoles que abandonaban a los del norte a su suerte para que enviaran soldados? Pero ya era demasiado tarde.

—Me temo que tendremos que arreglárnoslas solos —dijo Étienne.

—Y yo debo volver con mi gente... —murmuró Ishcate preocupado. Era un jefe kaskaskia. Debía luchar al lado de Ducoigne.

Se acercaron a un grupo entre los que se encontraba el capitán Leyba, que estaba demacrado y ojeroso. Tendría unos cuarenta años, diez o doce más que Ishcate, pero estaba muy avejentado. Desde el fallecimiento de su esposa, el año anterior, nunca más había mostrado buen aspecto.

—Vamos mal de provisiones —informó—. He estado enviando muchas a Clark y apenas nos llega nada de Nueva Orleans. Ishcate, podrías sumarte al grupo de cazadores. Al menos, que no falte comida. —Se dirigió ahora a Étienne—. Aseguraos de proteger bien tu casa. Y dile a tu madre que, cuando llegue el momento, las mujeres y los niños se refugiarán en la mía. Mi hermana Teresa se encargará de ellos.

Durante las siguientes semanas todos en la ciudad trabajaron a un ritmo frenético con la angustia de que en cualquier instante podían caer sobre ellos las balas de un ejército del que apenas sabían nada. Cuando terminaron la empalizada y las trincheras, como en la torre no se necesitaba más que a un puñado de hombres, muchos volvieron a sus labores en los campos aledaños, pues no podían abandonar sus

cultivos precisamente en el mes de mayo. Todos esperaban y todos rezaban.

Ishcate había ido y venido varias veces de Kaskaskia a Saint Louis durante ese tiempo. Quiso el azar —la buena suerte, se dijo el indio— que el ataque lo sorprendiera en el sitio preciso.

El viernes 26 de mayo, a mitad de mañana, se rompió la tensa espera mientras él sostenía en brazos a su hijo. Unos disparos precedieron a los alaridos de cientos de indios. En segundos el vértigo y la urgencia se adueñaron de los habitantes de Saint Louis. Un grito se repetía por todos los rincones:

—¡A las armas!

Las mujeres y los niños corrieron a la casa donde se alojaba Leyba, que era el edificio de piedra que había construido Leroux y que ahora pertenecía a Girard. De la casa de los Dubois acudieron allí las hijas menores de Cécile y la criada Manon con el hijo de Étienne y los pequeños Sarazen y Couroway. Cécile, su hija mayor Pelagie, la criada Theresia y Kawutz, armadas con un mosquete cada una, se quedaron para luchar con Ishcate, Étienne y su hermanastro, Benoît.

Tras el sólido parapeto que habían construido los Dubois, Ishcate apretó las mandíbulas, consciente del enemigo al que se enfrentaban. Los informantes habían hablado de cientos, casi mil hombres, reunidos por los ingleses para hacerse con el control del comercio del Misisipi. Por los alaridos y la cantidad de balas y flechas que llovían sobre los campos y la ciudad, no se habían equivocado mucho. Se alegró de estar cerca de Kawutz y los niños. Los defendería hasta la muerte.

—¡No van a llegar! —chilló Cécile horrorizada, mirando hacia los campos—. ¡Los van a matar!

Decenas de campesinos que habían decidido faenar también esa mañana corrían hacia la puerta en el centro de la empalizada mientras sus vecinos disparaban sin tregua. Buena parte cayeron abatidos. Los gritos no cesaban. El ruido era insoportable. Las balas de los cañones instalados en la torre horadaban el suelo, pero los indios no se arredraban. Al contrario; tenían toda la intención de acercarse a la empalizada sobre sus caballos o a pie, y en el trayecto usaban los cuchillos para rematar a los campesinos heridos. Parecían lobos enloquecidos.

—La mayoría son sioux —dijo Étienne.

—Hay también sauk y fox —dijo Ishcate—. Creía que eran

aliados de los españoles. Les habrán prometido un buen botín.

—¡Primero tendrán que llegar hasta aquí! —gritó Benoît muy asustado.

—¡Oh, Dios mío! —gimió entonces Pelagie, que se sentó en la tierra y ocultó el rostro entre las manos, como si así pudiera evitar que la imagen de lo que acababa de ver se quedase grabada en su mente.

Los indios se estaban cebando en los cadáveres de los campesinos. Cortaban sus miembros y les abrían las tripas para sacarles las entrañas, clavarlas en sus cuchillos y ondearlas al aire.

De un extremo a otro de la ciudad pasó de boca en boca un mensaje:

—¡Orden de Leyba! ¡Que nadie se mueva de su puesto! ¡Seguid disparando! ¡Que nadie abandone su sitio!

En respuesta a la provocación de los indios al ultrajar los cadáveres, los habitantes de Saint Louis dispararon sin tregua. Las balas de los cañones de la atalaya reventaban tierra y carne.

Así pasaron varias horas: los enemigos, intentando acercarse cada vez más; los atacados, manteniendo sus posiciones y sacando energías del dolor y el espanto.

Étienne apuntaba y apretaba el gatillo del fusil sin fallar un disparo: se había convertido en un experto tirador, uno de los mejores que Ishcate había visto nunca, a fuerza de practicar a diario desde aquel lejano día en que su padrastro lo dejó al cargo de las mercancías y un indio lo despertó en plena noche con un cuchillo en la garganta, en busca de tafia.

Kawutz no tenía su velocidad, pero no le iba a la zaga en destreza y puntería. Ishcate la miró de reojo, orgulloso de ella. Admiraba su fortaleza. Si unos meses atrás alguien le hubiera dicho que terminaría peleando junto a los españoles contra los indios y los casacas rojas, ella lo habría tratado de loco. Al igual que él mismo, Kawutz creía que si los norteamericanos ganaban la guerra, luego querrían más y comenzarían a desplazarse hacia el oeste y echarían a los indios de sus tierras; sin embargo, en cuanto comprendió que estaba en juego la vida de su familia, no había dudado en tomar las armas para disparar a los ingleses.

Iba a tenderle munición cuando, de repente, Kawutz se tambaleó como si le hubieran dado un puñetazo y cayó al suelo. Ishcate abandonó su puesto y se arrodilló junto a ella. Una bala le había dado

en el cuello y la sangre salía a borbotones. Presionó la herida sin dejar de mirarla a los ojos mientras un horrible silencio se instalaba en su interior.

Le pareció que el estruendo de alaridos, disparos y relinchos había cesado de golpe.

Solo sentía el sonido de su corazón, que latía con cada parpadeo de Kawutz, cada vez más espaciado, cada vez más lento.

—No te vayas, Kawutz —le susurró—. No me dejes solo.

Apretó con más fuerza la herida, exigiendo ahora mentalmente al Gran Espíritu que conservara la sangre donde debía estar, en el interior del cuerpo joven y fuerte de su compañera y madre de sus hijos. Couroway y Sarazen la necesitaban. Él la necesitaba. Había encontrado la paz con ella. Cazaba y vendía pieles para regresar todas las noches a un humilde hogar en el que era bien recibido, siempre con una sonrisa cálida, una caricia suave, una actitud silenciosa y cómplice. La necesitaba para ser un jefe kaskaskia. La necesitaba para ser él mismo y no perderse en el camino.

—Aguanta, aguanta, mi *waapanwi* —susurró, con la voz quebrada y los ojos empañados de lágrimas. Ella era su luz, su amanecer—. Vendrá el médico. Te coserá la herida. Volveremos a casa. —Repitió varias veces esas palabras, esas mentiras, para no gritar de rabia, para alejar de ambos el miedo.

Kawutz alzó una mano y acarició su brazo, justo donde comenzaba su tatuaje. Le dedicó una mirada serena y tierna. Quería agradecerle que la hubiera hecho feliz después de los horrores que había padecido en su corta vida. Quería decirle que era un buen padre y que su corazón era noble.

Pero ya no le quedaban fuerzas.

Cerró los ojos. Solo quería dormir.

Al cabo de unos minutos expiró.

Durante un tiempo indefinido Ishcate permaneció inmóvil, aturdido, arrodillado junto al cuerpo inerte de Kawutz que tan rápidamente iba perdiendo su color y su calor. Inclinado sobre ella, le acariciaba el cabello, repasaba sus rasgos, revivía en su memoria la historia de ambos.

A su alrededor iban extinguiéndose los alaridos, el sonido de las balas.

Cécile se arrodilló junto a él y apoyó una mano en su espalda.

—Se han retirado, Ishcate —le dijo—. La ciudad está a salvo. Confiaban en una victoria rápida. No se esperaban que nos defendiéramos como lo hemos hecho.

La mujer repetía la información con voz tranquila para que el joven pudiera asimilarla.

—Estamos a salvo. Se han retirado. Tus hijos están a salvo, gracias también a Kawutz.

—No quería venir —murmuró él—. Debería haberle hecho caso. Deberíamos estar en Kaskaskia.

Viviría el resto de su vida con esa culpa. Había tomado una mala decisión y la consecuencia era que Kawutz estaba muerta.

Estaba muerta justo cuando él descubría que la había amado.

Se odió a sí mismo y odió al Gran Espíritu, porque lo había creado para vivir solo.

Poco a poco la ciudad de Saint Louis fue volviendo a la normalidad.

El capitán Leyba mandó partidas para perseguir a los huidos e Ishcate se sumó a ellas.

Durante días se dedicó a matar a todo aquel enemigo que tenía la mala suerte de cruzarse en su camino. Quería vengar la muerte de Kawutz y soltar la rabia que no lo dejaba pensar con claridad. No era un hombre. Era un ser herido que aullaba antes de descargar su hacha, violento como los tiempos que le habían tocado vivir y movido por la sangre resentida de un guerrero a quien le habían arrebatado la paz que tanto le había costado encontrar. Permaneció en los bosques hasta que ya no quedó nadie a quien perseguir, el agotamiento agarrotó su cuerpo y unos soldados lo convencieron para regresar a la ciudad.

El capitán Leyba quiso escuchar las noticias de la última cuadrilla directamente y los recibió en su casa. Hacía días que no se encontraba bien de salud. Tenía fiebre, escalofríos, náuseas, dolor de cabeza y mucha fatiga. El médico le había confirmado lo que él ya sabía: era malaria. Presentía que se acercaba su fin, pero aún debía terminar su informe para el gobernador.

—El peligro ha pasado —concluyó tras escuchar a los hombres—. Hemos defendido no solo la ciudad sino también los intereses de España. Tal vez incluso hayamos cambiado el rumbo de la historia... Solicitaré al gobernador que se os recompensen los servicios.

Cuando los soldados comenzaron a retirarse, Leyba pidió a

Ishcate que esperara y que los dejaran a solas.

—Veinte personas perdieron la vida en el asedio. Lamento que tu mujer fuera una de ellas.

Ishcate hizo un leve gesto con la cabeza.

—Yo también perdí a la mía hace un año... —añadió Leyba—. El dolor no desaparece. El sentido del deber hacia mis hijas y hacia mi país me ha ayudado a seguir adelante. —Se abstrajo unos segundos. Últimamente se acordaba mucho de su ciudad natal, Ceuta, de sus padres, de sus hermanos y de su esposa. Su hermana Teresa, que había viajado con él hasta Saint Louis, se encargaría de sus queridas hijas, demasiado pequeñas para comprender las vicisitudes de la vida, pero también con tiempo suficiente por delante para superarlas, cuando él muriera—. No sé de qué país te sientes, Ishcate, pero tienes dos hijos. Quizá encuentres en ellos tu razón para vivir hasta que tu dios te llame.

Él meditó sobre esas palabras. Desde la muerte de Kawutz no había pensado en los pequeños Sarazen y Couroway. No les habría faltado de nada en casa de los Dubois, pero eran su responsabilidad.

Miró al capitán y le pareció percibir en sus ojos una mirada similar a la de Kawutz poco antes de su último aliento. El mensaje de ambos era el mismo: aunque algunos caminantes se detuvieran, el camino seguía existiendo para otros.

Fue a casa de la familia Dubois, donde todos se alegraron de verlo. Se enteró de que Benoît había resultado herido en un brazo, de que Pelagie no había recuperado el habla desde la horrible escena de los cadáveres destripados y de que a Couroway le estaba saliendo su primer diente.

La vida continuaba en las encías de su hijo.

Su hijo. Su sangre.

Su obligación.

—Puedes quedarte aquí, Ishcate —le dijo Cécile.

También Cécile había perdido a su hombre y no le habían faltado fuerzas para defender a su familia y su casa en el asedio.

—Mi hermano Maughquayah vive cerca del puesto de Arkansas —dijo él—. Tal vez me vaya con él. Ya no me queda nadie cercano en Kaskaskia.

Tampoco se consideraba escuchado por su pueblo, que seguía ciegamente a Ducoigne, empeñado en que hubiera paz y cooperación

con los americanos. Y Clark pensaba más en campañas militares en las tierras del Ohio que en el Illinois. La Kaskaskia blanca estaba sin gobierno y sin protección, pero nadie cuestionaba ya la lealtad a los americanos.

—Es un viaje muy largo y pesado para un hombre solo con dos niños pequeños... —insistió Cécile.

—Puedes venir conmigo en barco —dijo entonces Étienne—. El capitán me ha encargado que baje a Nueva Orleans a por provisiones y soldados. Aunque hayamos ganado ahora, no tenemos la certeza de que no se repita otro ataque. Necesitamos ayuda y la única manera de conseguirla es pidiéndosela directamente al gobernador. Lo tendré todo preparado para la semana próxima.

Poco antes de embarcar los avisaron de que Leyba acababa de fallecer. Tuvieron que demorar la partida hasta después del funeral porque sus hijas y su hermana viajarían con Étienne hasta Nueva Orleans.

Ya a bordo del barco, Ishcate pensó en él, en sus padres, en su amigo Sarazen y su esposa Mikakh y en Kawutz. Como el agua del río que fluía, siempre la misma y siempre diferente, los humanos ocupaban durante un tiempo la tierra y desaparecían, y con ellos sus luchas, deseos y preocupaciones.

Costaba comprender el sentido de la existencia.

36

La Habana, febrero de 1781

Hasta su boda con Suzette, Sebastián nunca había cuestionado su trabajo como militar. Además, por ella y sus hijas sus esfuerzos tenían sentido. Cuanto mejor fuera su posición, mejor vida podría ofrecerles. Su voluntad de servir a su patria se mantenía firme, pero lamentaba las largas separaciones de su familia.

Solo había podido estar tres meses en Nueva Orleans tras su regreso de la bahía de Pensacola.

El gobernador no había digerido que la toma del fuerte se hubiera tenido que cancelar por culpa de los superiores de Cuba y la demora de los refuerzos, y se había instalado en La Habana, donde un consejo de guerra tras otro por fin habían conseguido que le permitieran organizar una nueva partida. Echando mano de amigos y nuevos argumentos, la expedición que debía ser la definitiva se hizo a la mar a finales de febrero.

Entre los diferentes barcos se repartían mil trescientos marinos y mil quinientos soldados de los regimientos del rey, del príncipe, de España, de Navarra, de Soria, de Guadalajara, de Hibernia, de Aragón y de la infantería valona, mil doscientos oficiales, cuarenta y siete artilleros y cien gastadores de fortificación, además de médicos, herreros, carpinteros, armeros y toneleros.

Esta vez con el tiempo en calma, navegaron directamente a la isla de Santa Rosa, una alargada barrera natural de doce leguas que protegía la entrada a la bahía de Pensacola de los embates del mar y de la llegada de enemigos. Allí la primera semana de marzo un destacamento español se hizo enseguida con la escasa artillería que los ingleses habían dispuesto y estableció una batería para proteger la escuadra.

Todo iba saliendo según lo previsto hasta que llegó el momento de que los barcos accedieran a la bahía. La difícil maniobra dejaba a

las naves expuestas a las balas de los pesados cañones de los acantilados conocidos como Barrancas Coloradas. Además, había que ser muy hábil para virar rápidamente en una ensenada estrecha y poco profunda, y, en efecto, la quilla del primer barco que lo intentó —el San Ramón , el navío de línea de mayor calado— se incrustó en el fondo y eso lo detuvo todo. Los oficiales al mando de los otros barcos esgrimieron excusas para no entrar en la bahía. Gálvez insistía en que lo intentaran, pero los días pasaban y nadie se movía.

Una semana más tarde del incidente, harto de esperar y furioso, el gobernador envió un mensaje a los demás barcos. El texto era breve y contundente:

> El que tenga honor y valor que me siga. Yo voy delante con el Galveztown para quitarle el miedo.

Sebastián pensó que el hombre había perdido el juicio al emprender esa acción solo, pero ya había aprendido que cuando se le metía una idea entre ceja y ceja no había forma de hacerle cambiar de opinión.

Sin esperar respuesta, Gálvez dio la orden de adentrarse en la ensenada y de mantenerse lo más cerca posible de la isla de Santa Rosa durante los peligrosos virajes, mientras los cañones ingleses disparaban desde los acantilados y algunas balas atravesaban las velas y dañaban el aparejo del bergantín. Sebastián temió por su vida y rezó y dedicó sus pensamientos a Suzette, Estelle y Adrienne, por si fueran los últimos.

El ruido era ensordecedor. Las astillas despedidas tras los impactos llovían sobre la cubierta.

Pero el bajel no se detenía.

Entonces Sebastián se dio cuenta de que la mayoría de las balas inglesas caían en el agua. Los acantilados estaban demasiado lejos. La fortuna estaba del lado de los españoles. Se unió al grito compartido de los soldados y marineros que celebraban el éxito de la imprudencia, ahora convertida en hazaña. A excepción del San Ramón , los otros barcos fueron siguiendo la estela del Galveztown .

Los españoles estaban en la bahía de Pensacola, los ánimos, alegres, y la gloria y la recompensa, cada vez más cerca. Pero quedaba todavía lo más difícil: tomar la enorme mole de piedra que era el fuerte, compuesto por una estructura con cuatro torres y un foso y dos

reductos más pequeños, y custodiado por una defensa superior en número.

Comenzaron las obras. Había que construir una posición de ataque junto a uno de los reductos y excavar trincheras en la parte trasera del fuerte para colocar las baterías. Sebastián supervisaba e informaba del avance día a día, semana a semana, lo cual suponía un riesgo, pues el acoso de soldados ingleses e indios era incesante.

En una de sus visitas, a principios de abril, un nuevo ataque lo pilló desprevenido. Decenas de balas procedentes de diferentes sitios comenzaron a silbar súbitamente a su lado, a la par que proyectiles de cañones de pequeño calibre se estrellaban contra el suelo, rebotando y destrozando lo que encontraban a su paso.

Sebastián no tuvo tiempo de ponerse a cubierto. Sintió de repente un agudo dolor en el abdomen y enseguida percibió que la sangre empapaba su camisa bajo la casaca. Demasiada sangre. Demasiado briosa.

Pensó en su mujer y sus hijas.

No podía morir. ¿Qué sería de ellas?

Vio que Cornel corría hacia él con el rostro crispado, en medio de un silencio extraño.

La vista se le nubló y cayó al suelo de rodillas.

Dejó de sentir dolor. Y esa calma que lo invadía…

Comprendió que ya no volvería nunca más a su querida España.

Nueva Orleans, abril de 1781

Suzette echaba de menos a Sebastián.

Sentada a una mesita redonda junto al balcón del salón, releyó su última carta. Su marido tenía palabras de cariño para ella y las niñas, a quienes añoraba, pero enseguida pasaba a hablar de la campaña. Suzette se preguntó en qué punto del mar estaría en esos momentos, a qué peligros se tendría que enfrentar y cuándo volvería a verlo, si es que no moría en la batalla. Él, su padre y sus hermanos…

Al pensar en los hombres de su familia que ahora estaban en la guerra, decidió visitar a su madre, que no llevaba nada bien la ausencia de los varones Girard. Iba a llamar a Anne para que avisara al cochero cuando la criada entró y le anunció la visita de Françoise de Villiers, la mujer del comandante del puesto de Arkansas, que

había pasado el invierno en la ciudad. Suzette y Françoise habían congeniado en cuanto las presentó la esposa del gobernador Gálvez, Félicitè de Saint Maxent, con la que Suzette tenía una relación simplemente cordial; aunque sus vidas fueran similares —ambas eran hijas de comerciantes exitosos, habían enviudado jóvenes y se habían vuelto a casar con españoles— no se tenían excesiva confianza. Con Françoise, por el contrario, diez años mayor, había compartido largos paseos y entretenidas conversaciones durante todo el invierno.

—Disculpa que me presente de esta manera, Suzette —dijo Françoise—. He venido a despedirme y a darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Me marcho dentro de tres días.

Suzette la invitó a sentarse junto a ella y pidió que les sirvieran un té.

—Echaré de menos nuestros encuentros —le dijo con sinceridad. Tras la discusión con sus amigas de la infancia, solo quedaba con cierta frecuencia con la única en la que todavía confiaba, Marie de la Ronde—. Los días pasan con demasiada lentitud sin la compañía de mi marido. Las niñas me entretienen, pero no es lo mismo.

—Opino como tú, aunque, si me permites confesarte un secreto, estos meses en la ciudad no he tenido mucho tiempo de echar de menos a mi marido. Bromas aparte, lo bueno de una despedida es que significa la promesa de un reencuentro ardiente.

Suzette rio abiertamente. Así era en su caso. Cuando Sebastián regresaba de sus batallas, pasaban horas encerrados en el dormitorio.

—¿Y cómo tienes planeado el viaje?

—Subo con un conocido hasta Natchez. Allí me recogerá uno de los barcos que enviará mi marido desde el puesto de Arkansas.

—¡Me iría contigo ahora mismo! —soltó Suzette sin pensar—. Sebastián ha prometido llevarme a España cuando acabe la guerra y estoy aterrorizada. ¡Jamás he viajado en un gran barco por el mar! Debería decir que no he viajado. Me conozco de memoria todos los lugares, pero en realidad nunca he ido más allá de los alrededores de Nueva Orleans... —dijo mientras se veía a sí misma con siete u ocho años, de pie en el puerto, viendo cómo zarpaban río arriba los barcos, y soñando con ser adulta y viajar a otros mundos. ¿Dónde había quedado eso?

—¿Por qué no me acompañas? —propuso Françoise—. Desde que el gobernador ocupó los puestos ingleses, es un viaje bastante seguro.

Además, iremos en un barco ligero, mucho más rápido que los de los grandes comerciantes. Calcula un mes, como mucho.

Eso sería demasiado tiempo sin ver a las niñas, pensó Suzette.

Por otro lado, quizá no volviera a tener una oportunidad como aquella.

—Si me decido y consigo arreglar el regreso, te avisaré.

En apenas unas horas la excitación ganó a la prudencia.

Empezó a preparar el equipaje esa misma noche con la ayuda de Anne, que no cejaba en su empeño de disuadirla.

—A su marido no le parecerá bien —le repitió varias veces—. ¿Y va a dejar a las niñas solas?

—Se quedan contigo, Anne. No podrían estar con nadie mejor. Estelle es muy pequeña todavía y Adrienne solo piensa en corretear por ahí con Demba. No creo que me eche de menos. También Françoise tiene un hijo y ha estado meses sin verlo.

—Puede ser peligroso...

—Menos que ir a los pantanos como haces tú, y no te lo prohíbo.

—No compare, señora. Usted es importante. Su marido es coronel.

—Y por eso puedo decidir por mí misma. ¡Tengo veinticinco años y no me he movido de Nueva Orleans!

La asaltaron con nostalgia los planes de irse a vivir con Ishcate al norte y recuperó algo de la efervescencia de aquellos tiempos. Solo habían pasado cinco años y le parecían una eternidad.

—Ya tendrá ocasión, señora. La guerra acabará y podrá viajar con su esposo.

—¿Desde cuándo eres tan prudente, Anne?

—Si le pasara algo, el amo lo pagaría conmigo.

—Dejaré por escrito que te opusiste, si así te quedas más tranquila.

El teniente coronel Pedro Piernas, a cargo de la fuerza militar de la ciudad durante la ausencia de otros oficiales, empleó las mismas objeciones que Anne cuando Suzette lo puso al tanto de sus intenciones de acompañar a la señora de Villiers hasta Natchez, pero ella se mantuvo firme.

—No pienso renunciar a este viaje. Si no quiere problemas con mi marido y tanto le preocupa mi seguridad, facilíteme usted el regreso.

—La acompañarán seis soldados en todo momento —accedió él, aunque preocupado por lo que consideraba una imprudencia que podía afectarlo directamente. Conocía bien esas tierras de su estancia en la Alta Luisiana. Nervioso, se secó unas gotas de sudor que comenzaban a descender por su afilada nariz—. Y mandaré aviso a Natchez de que tengan un barco preparado para regresar enseguida.

Antes de marchar, Suzette escribió una carta a su madre explicándole todo. Prefirió no hablar con ella en persona para no tener que escuchar los mismos argumentos de Anne y el señor Piernas.

La noche antes de la partida apenas pudo dormir por la agitación que la embargaba. Tanto tiempo deseando viajar hacia el norte y, por fin, su deseo iba a convertirse en realidad. Vería con sus propios ojos lo que conocía por las narraciones de las cartas de Étienne a Margaux y los comentarios de su padre y de Sebastián.

También recuperó las palabras de Ishcate cuando le describía cómo el río se contoneaba sobre la tierra, en una naturaleza salvaje, virgen, colorida, espléndida.

Las historias de los demás le habían resultado muy interesantes, pero pronto descubrió que no hacían justicia a la realidad. Mientras ascendían por el río cuando la primavera comenzaba a desplegar sus encantos, se sorprendió al percatarse de que también sus sentidos parecían despertarse de un largo aletargamiento, como si quisieran absorber, inhalar y saborear las esencias de la naturaleza. El agua, el aire, la luz del sol... El mundo era otro fuera de Nueva Orleans. Y era un mundo en el que primaba la sensación de libertad, pese a la presencia de los soldados. Y esa sensación de libertad afectaba no solo al plano físico sino también al espiritual. Le resultaba inevitable pensar en Ishcate, que había crecido en el inmenso espacio abierto de la hermosa tierra de Luisiana.

Los días discurrían apacibles con la contemplación del paisaje y la agradable conversación de Françoise. Por ella supo que en el puesto de Arkansas se habían enterado de la entrada de España en la guerra cuando España ya había capturado Manchac, Baton Rouge y Natchez y estaba preparando las conquistas de Mobila y Pensacola. Su marido, Balthazar de Villiers, que no tenía claro en qué situación había quedado el territorio entre Natchez y el puesto de Arkansas, ni corto ni perezoso cruzó el Misisipi con tres soldados y otros tantos civiles para que sirvieran de testigos y tomó formalmente posesión de

Concordia, un diminuto asentamiento británico justo al otro lado de la desembocadura del Arkansas. Françoise se rio a carcajadas cuando llegó a la parte de la toma formal de posesión: Villiers había enterrado una moneda con el escudo de armas de su católica majestad en una cajita de hojalata al pie de una palmera.

Al atardecer ambas mujeres daban un pequeño paseo por las inmediaciones del lugar donde el barco se detenía y luego se retiraban a dormir en el habitáculo que compartían en la barcaza. Los hombres pernoctaban en un campamento improvisado lo más cerca posible de la orilla, mientras los soldados hacían turnos de guardia. Suzette se acostaba cada noche agotada por los estímulos del día.

A medio camino entre Baton Rouge y Natchez, Suzette y Françoise se despertaron en mitad de la noche por el ruido de disparos y gritos. El miedo se apoderó de ellas, aunque el súbito silencio que siguió al estruendo resultó todavía más aterrador.

Cogidas de la mano, las mujeres ascendieron los pocos peldaños que conducían al exterior, y Suzette se asomó a la puerta con sigilo.

—¿Qué sucede? —le preguntó en voz baja al joven soldado que hacía guardia en la cubierta.

—No lo sé —respondió él en un susurro—. Vuelvan dentro y guarden silencio.

Las mujeres obedecieron. Horrorizadas ante la idea de tener que escapar, decidieron, no obstante, vestirse. Luego se sentaron juntas en uno de los camastros, alertas al menor ruido.

Escucharon un quejido sordo seguido de un chapoteo, pasos acelerados y el chirrido del gozne de la puerta.

De repente dos indios aparecieron ante ellas, que comenzaron a gritar pidiendo auxilio. Los hombres las arrastraron fuera de manera violenta y las empujaron sobre la pasarela hacia la orilla, donde las mostraron como si fueran piezas de caza a varios hombres blancos. El cabecilla iba ataviado con una ajada casaca roja, y sus ojos claros y vivos desmentían las arrugas de su rostro y las canas que salpicaban su pelo cobrizo.

—Soy Logan Colbert, señoras —se presentó—. Y ustedes son mis prisioneras. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Sin dejar de temblar, ambas permanecieron calladas.

Colbert hizo un gesto a uno de los indios, que se adentró en la oscuridad y regresó al poco con uno de los soldados. El indio lo obligó

a arrodillarse y le puso el cuchillo en el cuello.

—Repetiré la pregunta... —dijo Colbert.

—Soy la esposa del comandante Villiers de Arkansas —susurró Françoise echándose a llorar.

Colbert centró su atención en Suzette.

—¿Y usted?

Suzette estaba aturdida y horrorizada. No podía apartar la mirada del joven soldado ni pensar con claridad. Temía que, dijera lo que dijese, mataran al pobre muchacho. Inspiró hondo tratando de recomponerse y miró fijamente a Colbert.

—Júreme que, si la respuesta lo sorprende más de lo que hubiera imaginado, dejará marchar al chico.

Colbert esbozó una sonrisa burlona.

—Trato hecho —dijo intrigado.

—Soy la esposa del secretario del gobernador y no me gustaría estar en su pellejo cuando lo encuentre... Porque le aseguro que vendrá en mi busca con todo el ejército de Luisiana.

Colbert abrió los ojos asombrado. Hizo un breve gesto en el aire con la mano. El indio le rebanó el cuello al soldado y lo empujó contra el suelo, donde tras unas convulsiones quedó muerto en un charco de sangre.

A Suzette se le llenaron los ojos de lágrimas al tiempo que una oleada de rabia le subía desde las entrañas.

—¡Me ha dado su palabra! —le gritó abalanzándose contra él para golpearle el pecho.

Sin apenas esfuerzo, él la cogió de las muñecas y la empujó hacia Françoise.

—Reserve su energía, señora. Le hará falta.

Colbert se dirigió hacia la oscuridad del bosque, complacido por ese golpe de suerte con el que esperaba vengarse de españoles, franceses y americanos y sus aliados indios, todos ellos enemigos de los ingleses y de los chickasaw, entre quienes vivía. Muchos de los colonos británicos de la orilla este del Misisipi, en particular los del distrito de Natchez, no habían aceptado de buen grado la captura española de sus poblaciones y habían escupido tras fingir aceptar el juramento de lealtad a la corona como condición para poder continuar en sus casas. Desde entonces no habían dejado de intrigar para recuperarlas. Precisamente les llevaba ahora a los rebeldes de Natchez

un mensaje muy claro de parte del general inglés Campbell: cualquier sublevación en Natchez sería apoyada y aplaudida. De camino, Colbert había reclutado cincuenta guerreros choctaw; con los chickasaw y los rebeldes locales liderados por el molinero Blommart, el fuerte caería sin duda y volvería a manos inglesas. Y, si las cosas se ponían mal, ahora tenía dos bazas de gran valor con las que negociar. Había tenido suerte. Era el mejor botín que había conseguido de los numerosos barcos españoles que había atacado en el Misisipi.

Tras él, Suzette pensó en sus queridas hijas y en Sebastián y pidió a Dios que se apiadara de ella y le permitiera volver a verlos. Era demasiado joven para morir y para dejar huérfanas a Adrienne y Estelle. Quería hacer muchas cosas en su vida todavía. Quería volver a ver a Ishcate. ¿Dónde estaría? ¿Se habría casado? ¿Tendría hijos? Hacía cinco años que no lo veía. No lo había perdonado, pero había sido incapaz de olvidarlo. Y, cuando pensaba en él, sentía un placentero aleteo en el pecho y evocaba la percepción de plenitud sosegada compartida durante aquellos meses en su casa de Nueva Orleans, antes de que desapareciera sin dar explicaciones, antes de que la abandonara a una inconcebible vida sin él. Ahora, ante el temor de perecer en manos de Colbert, reconocía que lo perdonaba porque el amor que sentía por él era mayor que su rencor y los recuerdos de aquellos momentos de felicidad plena prevalecían sobre el resquemor.

Después de caminar cinco días, sin que nadie les diera ninguna explicación, se detuvieron cerca de Natchez. Allí varios indios se quedaron en el bosque para vigilarlas mientras los demás se marchaban profiriendo alaridos y con las armas en alto.

—Quedamos con mi marido que me recogería aquí —le susurró Françoise—. Nos rescatarán, Suzette. Nadie en su sano juicio se atrevería a hacernos daño.

Suzette no era tan optimista. Estaba sucia, exhausta y hambrienta. ¿Cómo podía mantenerse Françoise tan serena? Tal vez estuviera acostumbrada a soldados, indios, bosques y batallas, ya que vivía en el puesto de Arkansas... Ella, sin embargo, vivía en los ambientes sofisticados de la ciudad.

Un súbito pensamiento surgió en su mente.

¿Cómo hubiera podido aclimatarse a un lugar tan hostil? Y esos indios que las retenían... ¡Eran como Ishcate! Habían crecido y vivido como él, como lo que eran: unos salvajes. Comprendió con horror que

una cosa era amar a Ishcate desde la distancia y el recuerdo y otra haberse convencido en algún instante de que hubiera sido feliz compartiendo el día a día con él lejos de Nueva Orleans.

Colbert regresó.

—Queridas señoras, las informo de que el fuerte Panmure de Natchez ha caído. Ya no es español sino nuevamente inglés. Se alojarán ustedes allí. Veremos quién se atreve a disparar sus cañones contra él.

Pensacola, abril de 1781

Jérôme Girard emitió un suspiro de alivio cuando vio que su yerno abría los ojos. Esperó unos minutos a que recordara qué le había sucedido.

—Cornel actuó rápido —le explicó—, te taponó la herida y te trajo al hospital. El médico te extrajo la bala del intestino enseguida. Perdiste mucha sangre y has estado inconsciente. Me has tenido preocupado.

Sebastián trató de incorporarse y sintió un latigazo de dolor en el abdomen.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi una semana. Tendrás que guardar reposo.

—¿Hubo más bajas? —Se refería al ataque en las trincheras.

—Un muerto y diez heridos. El gobernador también resultó herido, pero está fuera de peligro.

—¿Han llegado los refuerzos de La Habana?

—Sí, gracias a Dios. Trajeron cañones, armas y provisiones. Los soldados estaban inquietos. Llevaban varios días recibiendo solo dos raciones de habas diarias.

Sebastián cerró los ojos. Estaba agotado. Si todo estaba controlado, podía permitirse descansar.

Una semana más tarde, cuando ya comenzaba a aguantar sin excesivo dolor pequeños paseos, se inició la ofensiva, en la que no pudo participar.

Girard lo mantenía informado. La lucha estaba igualada. Los españoles atacaban y los ingleses respondían con intensos fuegos de artillería y ataques por los flancos. Los españoles continuaban adelante con esfuerzo.

Al finalizar la primera semana de mayo, los ánimos se nublaron.

—La munición empieza a escasear —informó Girard desalentado —. Estamos reutilizando las balas de los cañones enemigos que encontramos por ahí. Algunos oficiales comienzan a impacientarse y los soldados están extenuados.

—Detesto no poder luchar —se lamentó con los puños crispados.

—Reza. Si no sucede un milagro, Pensacola se convertirá en sinónimo de fracaso.

Al amanecer del día siguiente una gran explosión sacó a Sebastián del incómodo lecho de su tienda.

Se apresuró al exterior y divisó una ancha y densa columna de humo elevándose sobre el fuerte. Con la mano apretada contra la herida del vientre, caminó todo lo rápido que pudo hacia la retaguardia, donde lo informaron de que una granada disparada por un obús había entrado por un hueco del polvorín del primer reducto, provocando la explosión que había arrasado con la fortificación y matado a más de cien soldados británicos.

Los españoles aprovecharon la confusión y asaltaron el reducto, del que se apoderaron en minutos. Desde allí dispararon cañones y obuses contra el siguiente, que tomaron al mediodía. Poco después el comandante inglés se rendía. El fuerte y la ciudad pasaban a manos españolas.

El milagro se había producido en el último momento, pensó Sebastián. Un golpe de suerte había inclinado la balanza.

Florida Occidental volvía a ser española gracias a Bernardo de Gálvez.

Y él podía regresar sano y salvo a casa, donde Suzette restañaría su orgullo herido por no haber podido empuñar un arma.

37

Puesto de Arkansas, principios de mayo de 1781

Villiers terminó sus últimas anotaciones del libro de cuentas del fuerte Carlos III, como había rebautizado al nuevo puesto de Arkansas. Hacía un par de años, después de mucho insistir, por fin había conseguido el permiso del gobernador para trasladarlo a un lugar en el que cada año no resultara dañado por las inundaciones. Ahora ya no estaba cerca de la desembocadura del Arkansas en el Misisipi sino en un meandro doce leguas río arriba, sobre un terreno elevado, que era lo lógico, encima del lugar donde el río Blanco entraba en el Arkansas. En las colinas próximas se habían reasentado los quapaw, las familias francoespañolas y las familias angloamericanas refugiadas de la guerra en el este. Y los kaskaskia conservaban también su poblado junto al río Blanco.

Aparte del traslado del fuerte, pensó, llevaban un tiempo tan tranquilos en la zona de Arkansas que costaba creer que hubiera una guerra en marcha.

Salió a estirar las piernas por los alrededores. Hacía un día espléndido. Tenía ganas de que regresara su esposa. Nunca había estado tantos meses alejado de Françoise. El hijo de ambos tampoco, aunque se pasaba el tiempo entretenido jugando con otros niños o haciendo prácticas de tiro con algún soldado. Afortunadamente, el barco que había enviado para recogerla en Natchez no tardaría. Contaba los días.

Se acercó a uno de los puestos de la entrada y se encontró con el indio Ishcate, que había bajado del poblado a adquirir algunos productos. Le caía bien ese hombre. Era solitario y misterioso, pero noble. Y nunca encontraría otro intérprete y otro rastreador como él. Le preguntó por sus hijos.

El ruido de los cascos de caballos aproximándose al galope rompió la paz de esa perfecta mañana primaveral. Eran dos soldados,

pero no los conocía. Pasaron a su lado y saltaron de sus monturas en medio de la plaza del fuerte llamando a gritos al comandante.

Villiers acudió a toda prisa, seguido de Ishcate.

—¡Aquí me tienen! ¿Qué pasa?

Uno de ellos le entregó un documento.

—De parte del comandante del puesto de Natchez.

Villiers leyó en silencio la breve carta y al terminar soltó una serie de juramentos.

—¡Los mataré! ¡Malditos bastardos ingleses! ¡Maldito Colbert y malditos indios! —Su mirada se cruzó con la de Ishcate—. Han atacado el fuerte Panmure. El comandante necesita refuerzos. Dice que no podrá aguantar más. ¡Y tienen de rehenes a mi esposa y a la del coronel Orlac! ¡Las secuestraron cerca de Natchez! Asesinaron a los soldados que las acompañaban y a los barqueros.

Suzette.

Ishcate no podía parar de repetir una misma idea. Suzette estaba solo a unas sesenta leguas de allí. A dos días de distancia río abajo en barco. Prisionera. En peligro. ¿Por qué había viajado hasta allí? ¿Acaso lo buscaba? Sintió que la vida que se había apagado en su interior tras la muerte de Kawutz parpadeaba en su interior como una pequeña llama con la promesa de convertirse en fuego.

Tenía que ir a por ella. Tenía que salvarla. Tenía que verla.

Nada debía pasarle a Suzette.

Como ella le había dicho hacía años cuando lo rescató de la cárcel, él también necesitaba que continuara viva para poder soñarla.

Para que siguiera acompañándolo en el duermevela, cuando su mente se liberaba de los pensamientos del día y se abandonaba al recuerdo, a la ilusión y al deseo.

Ishcate se sumó a la expedición de Villiers, que partió a la mañana siguiente en una de las numerosas barcazas que descendían por el río en primavera. Diez soldados —la mitad de la guarnición— habían cargado provisiones, algo de armamento y caballos y, siguiendo sus consejos, ropa civil, algunas pieles y dinero.

También habían atado una piragua, más rápida y fácil de manejar en caso de necesidad.

Dos días más tarde desembarcaron e improvisaron un campamento en un bosque al norte de Natchez. La alargada población estaba ubicada junto al río, a los pies del fuerte levantado sobre una

colina baja al borde de un acantilado. En dirección al oeste, estrechas columnas de humo indicaban la presencia de un campamento indio.

Ishcate partió enseguida con un fardo de pieles. Su intención era pasar por un trampero y conseguir información. Cuando regresó, puso al día a Villiers:

—El fuerte cayó ayer. El cabecilla es el molinero, que se llama Blommart. Lo apoyan unos doscientos hombres. Dicen que fue listo, que engañó al comandante al asegurarle que había puesto pólvora suficiente bajo la estructura del fuerte para hacerlo volar por los aires. El comandante le creyó y se rindió. Aunque unidas provisionalmente contra los españoles, entre los rebeldes hay dos facciones, británica y americana. Discutieron sobre qué bandera izar. El comandante y los soldados están prisioneros. Unos dicen que los llevarán a Pensacola, otros que a Nueva Orleans y otros que a Pointe Coupée.

—¿Y mi esposa? —preguntó ansioso Villiers.

—La han llevado al fuerte con la del coronel. Dicen que así no se atreverán a disparar con cañones.

—¿Qué cañones, maldita sea, si aquí no hay nadie para atacar? —Villiers se atusó el cabello, desesperado, mientras pensaba qué hacer. Se acordó entonces de la piragua—. Enviaré un par de soldados a Nueva Orleans para que manden refuerzos. —Calculó mentalmente que les costaría seis días bajar por el río. Entre organizar la expedición y subir ciento cincuenta leguas, no llegarían antes de tres semanas o un mes—. ¿Qué haremos mientras tanto?

Ishcate también había hecho sus cálculos y no esperaría tanto a que Suzette fuera liberada.

—Supongo que habrás traído papel y tinta.

Villiers asintió.

—Escribe a Blommart. Dile que están bajando tropas de Saint Louis y de Arkansas y subiendo de Nueva Orleans. Convéncelo de lo inútil de su actuación. Que el soldado que haga de correo memorice la distribución del fuerte. En cuanto se lleven a los prisioneros, relajarán la guardia y encontraremos el momento de liberar a las mujeres.

Villiers estuvo de acuerdo con el plan. Cambió su uniforme por el de trampero para poder acompañar a Ishcate en sus paseos por la población. Entre las informaciones del soldado y lo que veían y preguntaban con prudencia, pronto quedó claro que las predicciones de Ishcate se cumplían: en cuanto se llevaron a los prisioneros —

finalmente a Baton Rouge—, los rebeldes empezaron a pasar más tiempo en sus casas, por lo que durante el día había mucho trasiego de gente subiendo y bajando la colina y por la noche apenas quedaban un puñado de hombres de guardia en el fuerte, cuyos portones no se molestaban en cerrar. Por el soldado que había llevado la carta a Blommart supieron que tenían a las mujeres en una de las estancias de la primera planta del edificio principal, de donde salían un par de veces al día escoltadas para dar un paseo.

El tiempo pasaba e Ishcate comenzaba a impacientarse. Llevaban tres semanas esperando el momento adecuado. Tenían que entrar en el fuerte antes de que la llegada de los soldados españoles volviera a convertirlo en un lugar inexpugnable.

Una noche, mientras afilaba su cuchillo con una piedra junto al fuego, le dijo a Villiers:

—Afila también el tuyo. Mañana iremos a por ellas. Tú y yo solos.

A medianoche del día siguiente, cuando todo el mundo dormía, recogieron sus cosas y dejaron sus caballos en el límite del bosque, entre la población y la colina, vigilados por los ocho soldados, vestidos también como tramperos. Ishcate había elegido ese día por la luna. Iluminaba lo suficiente para ver algo, ni más ni menos.

Él y Villiers se arrastraron hasta los portones donde dormitaban dos hombres sentados que no tuvieron tiempo de ver la cara de quienes les cortaron el cuello. Pegados a la empalizada de madera, bordearon la torre de vigilancia y, tras comprobar que no se oía el menor ruido, cruzaron rápidos y sigilosos hacia la parte posterior del edificio. Allí Ishcate trepó con agilidad hasta la ventana del primer piso, donde debían de estar las mujeres según la información del soldado. Con el cuchillo ensangrentado forzó la hoja. Esperó unos instantes para asegurarse de que el chasquido no hubiera despertado a nadie, tampoco a las mujeres, y se introdujo en el cuarto en el que había dos camastros.

Dedicó unos segundos a contemplar la piel rosada del rostro de Suzette. Había sido tan feliz besándolo, recorriendo sus ángulos con las yemas de los dedos, que le dolía siquiera recordarlo. Escuchó su respiración y rememoró imágenes de aquellas noches que habían compartido en la casa de ella en Nueva Orleans. Nada desearía tanto como recuperar aquel tiempo pasado.

Se acercó a ella y le tapó la boca con la mano para evitar que sus gritos despertaran a alguien. Lamentó ver el horror en los ojos de Suzette al sentirse atacada, pero debía hacerlo. Acercó los labios a su oído y le susurró:

—Soy yo, Suzette.

Sintió que el cuerpo de ella se relajaba y que su mirada se iluminaba.

Ishcate le indicó por señas que despertara a Françoise y que cogieran algo de ropa.

Cuando Françoise comprendió que ese hombre estaba allí para rescatarlas, siguió sus indicaciones. Se asomó por la ventana, reconoció a su marido y los ojos se le llenaron de lágrimas. Se sentó en el alféizar. Ishcate la sujetó por el brazo y la descolgó para luego dejarla caer.

Suzette la imitó, pero antes de que Ishcate la dejara caer, con la mano libre acarició su rostro con una ternura exquisita.

Suzette tardaría en olvidar las semanas de encierro.

Había temido no volver a ver a sus hijas y seres queridos por culpa de su decisión de viajar río arriba. Lo que más deseaba era regresar cuanto antes a Nueva Orleans. Estaba agotada; sin embargo, recostada entre los brazos de Ishcate sentía que se iba apoderando de ella una agradable laxitud.

Alzó la vista hacia él. Reconocía todos los ángulos de sus facciones. Su mirada, que no había perdido intensidad, hablaba por su alma. Las nuevas marcas físicas, cicatrices de cortes, eran la muestra del dolor físico; el sufrimiento interior dejaba peores huellas. Era el mismo de siempre, pero en sus ojos oscuros, rodeados por unas pequeñas arrugas, había resignación y tormento.

Suzette se dejó acariciar por los mechones rebeldes del cabello negro de Ishcate que parecían querer abrazarla, como si cada pulgada de su cuerpo la reclamase. Se fijó en su cuello e instintivamente se llevó la mano al suyo.

—¡Llevas mi medalla!

Él asintió y no añadió nada, pero Suzette supo qué estaba pensando: se había fijado en que ella no llevaba el collar que le regaló él de niña. Se lo había quitado la noche de su matrimonio con Sebastián. Para no sentir el calor abrasador del recuerdo sobre la piel. Del recuerdo y del rencor por su abandono. Se incorporó para mirarlo

fijamente a los ojos. Para que supiera que le hablaba con el corazón.

—Sufrí porque no cumpliste tu palabra. Te esperé, Ishcate.

Ishcate le aguantó la mirada unos segundos, aunque enseguida miró de nuevo al frente. Ella apenas había cambiado. El tiempo había trastocado su orden para llevarlo de vuelta al pasado. El mismo rostro redondeado, la piel sonrosada y suave, el sedoso cabello castaño, el tono de voz cálido. Sentía que había sido creado para compartir su camino con ella y, sin embargo, no era posible.

—Los espíritus quisieron apartarte de mi camino. —Ishcate le habló del secuestro de la mujer de Sarazen, de la epidemia en la aldea quapaw, del pequeño que quedó a su cargo.

—Eso no explica tu abandono. Cuando pasó un tiempo prudencial desde la muerte del panadero y no viniste, pensé que habías muerto. Luego supe que no. No te perdoné.

Ishcate decidió sincerarse.

—Hay sueños que no pueden convertirse en realidad. Me di cuenta de que no debía arrastrarte a un mundo para el que no estabas preparada.

—Oh, Ishcate. ¡Dudaste de mi fortaleza! Y decidiste por ambos.

—Conocí a tu esposo... Supe que te daría el tipo de vida que yo no podía darte. Tal vez todo tuviera que ser así.

«No tendría que haber sido así», pensó Suzette. Pero ya no había remedio. Habían tenido que aprender a resignarse y a buscar otra felicidad.

—Y tú, ¿tienes familia?

—Kawutz cuidó de mí y me dio un hijo. —Ishcate le habló de la batalla de Saint Louis y de su muerte. Sintió una punzada de dolor al recordar a la mujer—. Después me trasladé a la zona de Arkansas con la familia de mi hermano mayor. Fue una buena decisión para mi hijo y para el hijo de Sarazen, que es como si fuera mío.

—Doy gracias por que tuvieses a Kawutz —dijo Suzette con sinceridad—. Los hijos dan sentido a la vida. Te imagino enseñándoles todo lo que sabes.

Ishcate sonrió.

—Couroway es todavía pequeño para ir a cazar, pero Sarazen ya practica con el arco.

—Me entristeció la muerte de su padre. Le tenía especial aprecio porque te salvó la vida. Gracias a él te pude conocer.

—Fue mi único amigo. Tu secuestro me ha traído recuerdos de él... —No añadió que había comprendido su reacción por el secuestro de su esposa Mikakh. La desesperación por creerla desaparecida, en peligro, tal vez muerta. Había sobrevivido al fallecimiento de Kawutz y, aun así, ¿cómo podría vivir él si Suzette muriera?

—Yo también soy tu amiga, Ishcate. A pesar de todo. Siempre lo seré.

Conmovido, Ishcate hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Entre la nada y el amor correspondido, la amistad podía resultar sanadora.

Pero no bastaba.

Como si ambos estuvieran reflexionando sobre este mismo pensamiento, cabalgaron el resto del camino en silencio.

Iban hacia Concordia, el pequeño establecimiento inglés conquistado por Villiers para los españoles, que estaba a cincuenta leguas. El plan era viajar hasta el fuerte Carlos III de Arkansas y allí organizar el regreso de Suzette a Nueva Orleans.

Poco antes de llegar al fuerte de Arkansas, Ishcate dio voz a lo que llevaba horas rumiando:

—Yo conozco tu mundo, pero tú no conoces el mío. Quizá nunca más vuelvas por aquí. Me gustaría que retrasaras tu marcha unos días y vinieras conmigo. No es Kaskaskia, pero conocerás a mi gente.

«También él quiere demorar nuestra separación —pensó Suzette, atrapada entre el deber de regresar junto a sus hijas y su marido y el deseo que la consumía—. También él se niega a aceptar lo inevitable.»

Un par de días más tarde, después de más de un mes, Suzette pudo disfrutar de un largo baño caliente, comer unos buenos guisos de la cocinera de Françoise y arrojar al fuego los harapos en los que se había convertido su vestido.

—¡Con la de telas tan bonitas que había comprado en la ciudad! —se lamentó Françoise al prestarle el mejor de los suyos.

—En cuanto vuelva a casa te enviaré en agradecimiento lo que nos robaron en el río y más —le dijo Suzette con una sonrisa nerviosa.

Una y otra fingían en sus charlas que nada grave había pasado, que ver morir a un hombre a sangre fría delante de ellas no había dejado un velo en sus miradas; que tres semanas de encierro no habían encadenado el miedo a sus entrañas; que seguían siendo las mismas que partieron de Nueva Orleans. Una a otra se ayudaban a

aguantar en alto sus máscaras en la confianza de que, como el agua del río, todo pasa.

Alzó con ambas manos el vestido que su amiga le tendía y lo miró con ojo crítico.

—¿No tienes otro más sencillo para ir al poblado de Ishcate? No quiero ni parecer ostentosa ni estropearlo.

Françoise la llevó hasta su armario y dejó que Suzette eligiera.

—Mi marido está preocupado por esta idea, que considera extravagante. Te acompañarán varios soldados. Tras lo sucedido no quiere asumir riesgos contigo.

—Ishcate y yo somos amigos desde la infancia —dijo Suzette con toda la naturalidad de la que fue capaz, ya que por dentro se sentía eufórica—. Mi familia lo conoce bien y yo ahora conoceré a la suya. Estaré en buenas manos. Además, es un trayecto corto.

Suzette tuvo que emplear todas sus dotes de convicción para que Villiers aceptara que no la escoltaran soldados. No quería que nadie fuera testigo de esos momentos a solas con Ishcate, tal vez los últimos de los que podrían disfrutar juntos en su vida ahora que el azar los había reunido.

—¡Una mujer blanca sola por estas tierras! —protestó Villiers—. ¡La mujer de uno de mis superiores! ¡Está en juego mi trabajo!

—Nadie tiene por qué enterarse…

—¡La verán marchar! ¡Los soldados hablan! ¡Las noticias vuelan!

—Llegado el caso, diremos que fui a entregar en persona un mensaje muy importante de parte de la gobernación. En cuanto a su trabajo, después de su hazaña al rescatarnos solo cabe esperar gratitud por parte de mi marido. No insista. No quiero que la presencia de soldados estropee una experiencia única…

—Si en tres días no ha vuelto —accedió al fin Villiers a regañadientes—, yo mismo iré a buscarla.

Suzette nunca había sido una buena amazona, pero Ishcate guiaba su caballo a reata. En cuanto perdieron de vista el fuerte, la invitó a que compartieran montura y ella aceptó de buena gana.

Lo que tantas veces había soñado se convertía en realidad. Ella pegada a él, en medio de praderas cubiertas de millones de flores que se abrían al sol, suspirando al recordar el pasado, asombrándose ante todas sus explicaciones, riéndose como llevaba tiempo sin hacer. Se recriminó sus injustos pensamientos hacia los que había calificado de

salvajes —grupo en el que había incluido a Ishcate— como consecuencia del miedo durante el secuestro. Se sentía diferente. Como si otra persona —liviana, risueña, atrevida, sosegada— habitara su cuerpo.

—Cuando supe que te habían secuestrado —le susurró él acariciándole el cabello con la barbilla—, pensé que te habías adentrado en estas tierras para buscarme.

Ella acarició el tatuaje del saltamontes de su brazo. Recordó la explicación que él le dio una vez.

—Ojalá fuera libre para moverme de aquí para allá.

—Podríamos desaparecer, Suzette.

—Pero no lo haré. No abandonaré a mis hijas.

—Podría secuestrarte.

—Pero no lo harás.

Durante las horas que pasó con él, Suzette se olvidó de sí misma y se entregó a disfrutar de la vida que podría haber vivido si hubiera sido la mujer de Ishcate. Jugó con sus hijos y sus sobrinos, los hijos pequeños de Maughquayah y el del fallecido Kicounaisa y se imaginó a Adrienne y Estelle enfundadas en vestidos de piel de ante y flecos correteando entre las tiendas del poblado y jugando en el suelo con perros, palos y huesos de animales; aprendió a hacer fuego y a asar carne; conversó con las mujeres que curtían pieles y se reían por sus preguntas, que Ishcate traducía, y dejó que la peinaran como ellas. Reconoció al mismo tiempo que nunca había sido tan feliz en su vida y pensó que tal vez sí habría sido capaz de acostumbrarse a esa vida aparentemente plácida y sencilla, aunque dura, sobre todo para las mujeres en el día a día, que pocos momentos de descanso tenían entre comidas, pieles y niños.

Le prepararon una pequeña tienda junto a la que ocupaban Ishcate y sus hijos, cercana a la de su hermano.

La primera noche, cuando Ishcate se acostó junto a ella, Suzette no pudo evitar una punzada de culpa.

Conocía y deseaba ese cuerpo firme y musculoso. Quería pegarse a él y recuperar el tiempo perdido desde la última vez que se habían amado. Quería que su vida actual se redujera a ese instante entre sus brazos y no pensar en la realidad.

Y la realidad era que estaba a punto de ser infiel a su marido, un hombre generoso y noble. A los ojos de Dios y de los hombres, la

infidelidad era un pecado.

Suzette razonó que las leyes humanas eran injustas. Si en la guerra se comprendía y aceptaba que las fidelidades cambiaran continuamente de bando, ¿cómo no esperarlo de la fuerza más incontrolable que era el amor?

La tenue luz del rescoldo de una hoguera difuminaba las facciones de Ishcate, pero ella lo percibía con total nitidez.

Según las leyes de los hombres y de la Iglesia, Ishcate representaba su flaqueza moral, la parte oscura de su alma, y, sin embargo, cuando estaba con él, ella se sentía luminosa, rutilante.

Cerró los ojos y buscó sus labios. Sus últimas dudas se disolvieron en contacto con la suave carne húmeda.

Estaba dispuesta a pecar porque su corazón le había pertenecido a él desde el principio. ¿Y acaso lo justo y recto no era lo que dictaba el corazón, tan sabio, tan franco? Sí; tenía derecho a disfrutar de su amor por Ishcate, aunque luego siguiera cumpliendo con lo que su sociedad y su familia esperaban de ella.

Se otorgaba el derecho a pensar en ella misma durante el breve tiempo del que disponían para estar juntos. Unas horas. Dos noches de abandono, de sinceridad absoluta, de ternura y avidez.

Más allá de las pieles de esa tienda la esperaban las garras de la realidad y la responsabilidad.

Ahí dentro era la verdadera Suzette.

Una joven que solo había ambicionado un amor verdadero.

Imposible pero auténtico.

—¿En qué piensas? —le preguntó Suzette a Ishcate al amanecer del último día, con la cabeza apoyada en su pecho.

—En una leyenda de Kaskaskia.

—Me gustaría oírla.

—Una muchacha llamada Marie, hija de un acaudalado comerciante, y un joven que también prosperaba en los negocios se conocieron en un baile y se enamoraron. Pero el padre de ella prohibió la relación porque el joven, aunque aceptado entre los colonos y convertido al cristianismo, era un jefe indio. El padre consiguió que lo echaran de Kaskaskia y nadie supo de él durante un año. Una noche Marie desapareció. Los amantes habían conseguido fugarse. El padre organizó partidas y no paró hasta que los capturaron. A ella la encerraron en Kaskaskia y a él lo llevaron a

orillas del Misisipi, lo ataron a un tronco y lo echaron al río. Sabiendo que iba a morir, el joven rezó al cielo y pronunció una maldición: que Kaskaskia acabaría borrada de la faz de la tierra, hasta que solo quedara su nombre. Cuando era pequeño me decían que, en las noches oscuras de tormenta, el espectro del indio se aparece flotando en el río —esbozó una sonrisa—, pero yo no lo vi nunca.

—Es una historia muy triste.

Él la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—He pensado muchas veces en ella. Y al pensar en ella pienso en nosotros, porque no podemos estar juntos, y me alerta de un negro futuro sobre mi tierra.

Ishcate estaba a gusto en la zona de Arkansas, pero echaba de menos Kaskaskia. Apenas llegaban noticias de allí.

—Pero estamos vivos —susurró ella—. Tal vez, algún día no tengamos que separarnos más. Es mi sueño.

Él se tumbó sobre un costado y le acarició el rostro con delicadeza.

—Aunque debas marcharte, agradezco al Gran Espíritu que te haya puesto de nuevo en mi camino. Unos tragos de agua no sacian la sed, pero salvan.

—¿De qué te he salvado? —preguntó Suzette en un nuevo susurro. Conocía la respuesta, pues ella sentía lo mismo, pero quería escucharla de esos labios que habían tatuado su piel.

—De mí. Durante años he vivido resentido por nuestra separación. Saber que todavía me amas como yo te amo da sentido a mi existencia. *Kila neehi niila. Moošaki* . Tú y yo. Siempre. Eres *ni siipiiwi* . Mi río. No puedo poseerte sino dejarte fluir; pero aun desde la distancia regarás siempre mi alma.

38

Nueva Orleans, junio de 1781

—¡¿Dónde está Suzette?! —le gritó Sebastián a su suegra nada más entrar en el salón de su casa, con el corazón acelerado.

Llevaba desde que había desembarcado temiendo la respuesta a esa pregunta. No había avistado a su mujer entre el gentío que se había congregado en la plaza de armas para recibir a los héroes de la toma de Pensacola. Estaba acostumbrado a la guerra, pero no quería ni pensar que la enfermedad o la muerte pudieran acechar a su esposa o a las niñas. Tras él, Girard se mostraba nervioso y preocupado, y el teniente coronel Pedro Piernas, que se había quedado al mando de la plaza, mantenía la vista fija en el suelo.

Blanche balbució unas palabras entre sollozos. Cuando vio a su marido se lanzó a sus brazos.

—¡Se fue! —consiguió decir—. ¡La raptaron!

Sebastián miró a Piernas con súbito odio. El hombre le explicó la verdad, que no se había podido negar a la marcha de Suzette y que después habían llegado noticias de la rebelión de Natchez y de que la tenían prisionera junto con la esposa de Villiers.

—¡¿Y qué ha hecho usted?!

—Una columna de cuarenta hombres va de camino. Según mis cálculos tienen que estar ya cerca.

Sebastián llamó a gritos a Anne, que no tardó en aparecer porque estaba escuchando tras la puerta, aterrorizada por la previsible reacción de su amo.

—¿Tú también lo sabías?

—Suzette es obstinada cuando se le mete algo en la cabeza —intervino Blanche, que acudió en defensa de la criada mostrando la carta que su hija le había escrito con los detalles de su viaje—. Obligó a Anne a guardar el secreto. Cuando no regresó en la fecha prevista, Anne vino a verme preocupada. Al poco llegaron las noticias del

secuestro.

—¡Prepare un destacamento de caballería! —ordenó Sebastián a Piernas. Midió sus fuerzas y el sentido común le dijo que a esas horas de la tarde no debían adentrarse en la oscuridad—. ¡Saldremos al amanecer!

Siguiendo el camino que lo había llevado hacía casi dos años a la conquista de los fuertes ingleses del bajo Misisipi, Sebastián guio a sus hombres y a sus caballos al galope hasta Baton Rouge, adonde llegaron extenuados al anochecer del tercer día.

Girard no conocía esa faceta irracional y extraviada de su yerno. Era imposible hablar con él siquiera para hacerle entender que corría el riesgo de que se le reabriera la herida sufrida en Pensacola —había observado que se llevaba la mano al vientre con frecuencia, señal de que le molestaba—. La rabia y la impaciencia que lo consumían tenían que ver con el amor que sentía por Suzette. Coincidió en que, si él estuviera en su lugar, mataría por recuperar a Blanche.

Sebastián se negó a dormir en el fuerte, así que acamparon al atardecer cerca de la orilla. Quería estar atento a cualquier movimiento en el río. Tal vez bajase algún barco con noticias de Natchez.

Meditaba absorto por el murmullo del agua cuando unas voces captaron su atención. Dirigió la mirada hacia el norte y divisó a unos cien pasos una embarcación de carga de fondo plano que realizaba maniobras para atracar. Sin avisar a sus soldados, se apresuró hacia allí, seguido de Girard, que no le quitaba ojo de encima.

Sebastián distinguió el movimiento familiar de la mujer que aceptaba la mano de un indio con una sonrisa para descender por la rampa hasta la orilla. Se acercó más.

Era ella.

El corazón le dio un vuelco de alegría y alivio. Y celos. Conocía a ese indio. No debería tocar la mano de su esposa. No debería provocar su sonrisa. Sintió deseos de matarlo.

—¡Suzette! —gritó dirigiéndose a paso ligero hacia ella.

Suzette, con expresión de sorpresa, aceptó su abrazo.

—Gracias a Dios estás bien —murmuró él acariciando sus cabellos.

Suzette se alegró de verlo, de constatar que también él había regresado vivo de su campaña; pero sintió con cierta tristeza que

debía amoldarse de nuevo al cuerpo de su marido mientras sus pensamientos solo recuperaban imágenes de las horas pasadas con Ishcate. Se separó de Sebastián para abrazar a su padre.

Sebastián comprobó entonces que, además del indio, en el barco viajaban varios soldados y un hombre que se le presentó como Étienne Dubois.

Girard se acercó y le estrechó la mano efusivamente.

—Te aseguro que llenaré esta barcaza con las mejores mercancías de Nueva Orleans en agradecimiento por traer a mi querida hija sana y salva.

Suzette quiso que quedase claro que su salvador era Ishcate. Les contó a grandes rasgos cómo había sucedido todo y concluyó:

—Coincidió que el primer barco que pasaba por el puesto de Arkansas fue el de Étienne, pero si no fuera por Ishcate, no sé si estaría aquí hoy.

Las miradas de Sebastián e Ishcate se cruzaron.

Como aquella vez en la reunión de las tribus en Pointe Coupée, Sebastián apreció que Ishcate era un hombre especial. Comprendía ahora, por el tono de su esposa al referirse a él, que sin duda alguna también lo era para ella.

Sintió la mano de Suzette sobre su brazo.

—Los refuerzos no llegaban a Natchez e Ishcate y el comandante Villiers se adelantaron y nos rescataron a Françoise y a mí —dijo ella con voz cansada y emocionada—. Y ha querido acompañarme para asegurarse de que llegaba a salvo.

—Tienes mi sincero agradecimiento —dijo Sebastián con voz neutra. Debía esforzarse para no mostrar los celos que aumentaban en su interior. No parecía que Suzette hubiera sufrido mucho en esa terrible experiencia.

—Y el mío —intervino Girard extendiendo ahora la mano para estrechar la del kaskaskia.

—Siento todo este lío. —A Suzette se le llenaron los ojos de lágrimas. No eran de culpabilidad, sino de tristeza: se acercaba el momento de la separación de Ishcate—. Yo solo quería hacer un pequeño viaje en barco y visitar algún otro lugar que no fuera Nueva Orleans...

Sebastián pasó su brazo por la cintura de Suzette en un claro gesto de posesión. Nunca más la dejaría sola. Se la llevaría con él a

todas partes. La alejaría de ese indio.

—Regresemos a casa, Suzette —dijo sin apartar la mirada de Ishcate, como si quisiera asegurarse de que captaba el mensaje que le transmitía: que nunca más la volvería a ver—. En cuanto hayas descansado, nos iremos a Cuba. Al gobernador lo han trasladado y me ha pedido que lo acompañe.

En un gesto que no pasó desapercibido a Sebastián, Suzette e Ishcate cruzaron las miradas un instante. Cuba estaba muy lejos. Ahora también los separaría el mar.

Ishcate dirigió entonces su vista hacia el Misisipi.

La despedida entre ambos, después de la intensidad compartida en el poblado, no podía ser más afectuosa en presencia de Sebastián y los demás, pero ella, con el corazón encogido por la pena, comprendió el significado de ese leve movimiento.

El río.

Estuviera donde estuviese, también para ella él siempre sería su aliento y su alimento.

Ni siipiiwi .

Su río.

39

Cerca de Nueva Orleans, julio de 1781

Bamboula se detuvo ante el cartel que colgaba del árbol que delimitaba la frontera entre el territorio seguro de los pantanos y la civilización. Hasta entonces ningún maldito blanco se había atrevido a cruzar esa frontera. De un tiempo a esa parte, sin embargo, los soldados de Bouligny se habían tornado más audaces. Entre los cimarrones se había corrido la voz de que debían extremar las precauciones: las recompensas por sus capturas eran tan generosas que los soldados estaban perdiendo el miedo a las tierras pantanosas y los animales salvajes que las habitaban.

Dudó unos instantes si darse la vuelta, pero no podría vivir sin saber qué le iba a pasar a Anne, a quien, por precaución, no había visto hacía semanas. Se había enterado de que el gobernador y el señor Orlac se marchaban de la ciudad, y eso quería decir que existía el riesgo de que su esposa se llevara a su doncella favorita. Otras veces, la ama Suzette la había dejado elegir y Anne había optado por quedarse en Nueva Orleans. ¿Cómo podía estar seguro de que ahora también tendría elección? Él jamás haría nada que pudiera perjudicarlos a ella y a su hijo, pero no podía soportar la idea de que su familia tuviera que abandonar Luisiana sin poder despedirse.

Llevaba muchos años escondido. Se había acostumbrado a la humedad y se había convertido en un experto cazador, pescador y tallador de madera de ciprés. Había conseguido apreciar el sabor de las raíces y plantas silvestres y no había dudado en robar ganado o comida de establos y graneros. Y todo lo había hecho para sobrevivir en libertad, movido por la ilusión de los ocasionales encuentros con Anne.

Haría como otras veces. Se escurriría entre las sombras de la noche y mandaría aviso desde una de las plantaciones cercanas para que ella acudiera a encontrarse con él.

Se palpó el bolsillo del calzón, en el que portaba una flauta que había tallado para Demba. Por precaución, Anne todavía no le había confesado su identidad. Los niños no sabían guardar secretos. Demba creía que Bamboula era un familiar de su madre al que visitaban de cuando en cuando en la plantación en la que trabajaba.

Prestó atención a su entorno. No se oía ningún ruido extraño. Se apreciaba la calma usual del crepúsculo. Pronto no se vería nada. Solo otro cimarrón tan acostumbrado como él a esos parajes podría desplazarse con sigilo.

Palmeó el cartel y juró mentalmente que regresaría. Ningún blanco lo atraparía. Ningún blanco le pondría sus asquerosas manos encima.

Nueva Orleans, julio de 1781

Los preparativos del traslado a La Habana mantuvieron ocupada la mente de Suzette después de la intensa experiencia vivida. Del miedo a morir a manos de Colbert y sus secuaces había pasado a disfrutar de unos momentos inolvidables con Ishcate. Al entregarse a él había sido consciente de que aquel iba a ser un encuentro fugaz, de que de nuevo asumiría el papel de perfecta esposa de un militar de alto rango y carrera prometedora.

Además de recoger las pertenencias y ropas de toda la familia, Suzette se despidió por carta de su cuñada Jeanne Fournier y en persona de su amiga Marie de la Ronde y de su cuñada mulata Alizée. Con Louise Le Sénéchal, ahora señora de Bouligny, no había vuelto a tener relación desde la discusión y tampoco echaba de menos sus aires de grandeza y sus chismorreos. La despedida más difícil fue la de su madre, que también se tenía que despedir de Jérôme Girard, a quien el gobernador había encomendado que acompañase a su suegro, monsieur Saint Maxent, a España, donde contarían en persona al rey las hazañas de Mobila y Pensacola.

Suzette se sentía triste por marcharse de su tierra natal, en la que dejaba toda una vida; pero a la vez debía reconocer que la oportunidad de cambiar de entorno y descubrir nuevos lugares la animaba.

Pocos días antes de la partida, mientras seleccionaba los objetos de decoración del salón que se llevaría, trató nuevamente de contagiar

a Anne su excitación por el novedoso viaje. Sus intentos previos habían resultado infructuosos. Anne se negaba en redondo a acompañarla y, aunque podría hacerlo —no en vano era una esclava —, Suzette no quería obligarla. Si la muchacha ya le había dejado claro años atrás —cuando Suzette planeaba escaparse para vivir con Ishcate en la zona de Arkansas— que nunca abandonaría Nueva Orleans, con más razón se negaba ahora que se trataba de un lugar más distante.

—Comprendo que no quieras alejarte de Bamboula, Anne —le dijo de corazón—, pero llevamos juntas desde la infancia y las niñas te adoran. ¿Y si consigo la promesa de mi marido de que volveremos pronto? Conoceremos La Habana...

—Las expediciones de su marido nunca duran poco tiempo, por más que él le diga —argumentó Anne—. Me encargaré de la casa para que la encuentren a su gusto si, como dice, vuelven ustedes pronto.

Suzette suspiró.

—Lo tienes pensado y decidido. Ay, Anne, te echaré mucho de menos.

Era verdad. Y no solo por su trabajo, sino también por su compañía. Quería a Anne. Había pasado más tiempo con ella que con sus hermanos. No había vuelto a ver a Margaux desde que se fuera a Venezuela hacía ya cuatro años, aunque se mantenían al día por carta. Gabriel había sido enviado a Galveztown con la esperanza de que su experiencia en Valenzuela sirviera para que mejoraran las condiciones del asentamiento, diezmado por huracanes, inundaciones, sequías, pérdidas de cosechas, hambre y muerte. Jules estaba volcado en su carrera militar. Victoire tenía planeado casarse ese año con un joven oficial naval. Y sus hermanos más pequeños eran eso, más pequeños.

Sebastián entró en el salón con un papel en la mano y Anne salió para dejarlos a solas.

—He pensado que querrías saber esto, Suzette. Cuando llegaron a Natchez los soldados de Nueva Orleans con la noticia de que Pensacola había caído, los ánimos de los rebeldes se desinflaron y negociaron la rendición.

—¿Han detenido a Colbert? —Suzette sentía desagrado por el hombre, pero también había pensado que gracias a su secuestro había podido encontrarse con Ishcate. Le daba igual lo que le sucediera; simplemente tenía curiosidad.

Sebastián hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Se escapó con sus indios.

De repente oyeron un gran barullo y ladridos de perros desde la calle y se asomaron al balcón.

Un grupo de soldados habían atraído la atención de mucha gente porque llevaban encadenados a varios hombres negros cubiertos de barro y con la ropa despedazada. Tiraban de una pequeña carreta en la que había dos cuerpos.

Sebastián salió a toda prisa para averiguar qué sucedía. Suzette esperó en el balcón, pero cuando reconoció el grito desgarrador de una mujer, tuvo una terrible sospecha y también bajó a la calle.

Sebastián hablaba con Bouligny, que sangraba de un brazo. Suzette recordó entonces que él estaba a cargo, entre otras cosas, del asunto de los cimarrones. Poco había tardado desde el regreso de Pensacola en salir de caza, pensó con desagrado.

—Los de la carreta están muertos, señor —informaba el marido de Louise Le Sénéchal a Sebastián—. Hemos capturado a seis. Los perros seguían su rastro desde hace días. El cabecilla, Saint Malo, se nos ha vuelto a escapar, pero daremos con él.

Anne lloraba desconsolada junto a la carreta, tan pronto acariciando como golpeando uno de los cuerpos, como si así pudiera devolverle la vida. Suzette sintió que se le partía el alma. Pobre Bamboula. Pobre Anne. Pobre Demba. Frenó el impulso de acercarse a ella porque sabía que nada podría decirle para consolarla. Escuchó entonces la conversación de los hombres.

—Encárguese de que los entierren y entreguen los otros a sus dueños —dijo Sebastián ajeno a la reacción de la criada Anne.

—Permítame, señor —dijo Bouligny en voz alta para que todos lo oyeran—. Si queremos que esto sirva de ejemplo para terminar con la insolencia de los esclavos de la que se quejan los propietarios, deberíamos colgar los cadáveres en la plaza y dejar que se pudran. Y a los vivos, marcarles con hierro candente una C en la mejilla delante de todo el mundo.

A Suzette se le detuvo un instante el corazón. No consentiría que Anne añadiera ese otro sufrimiento a su calvario ni que en el recuerdo de su hijo Demba quedara constancia de esas trágicas y desagradables imágenes. Se situó junto a Sebastián, que la tomó del brazo para apartarse de Bouligny.

—No deberías estar aquí —le susurró él.

—Uno de los muertos es Bamboula, el marido de Anne. No puedes autorizar que lo cuelguen. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y no trató de enjugárselas—. Yo lo conocía bien. Recuerdo perfectamente cuando lo compró mi padre en aquella subasta. Le encantaba la música. Era un hombre bueno, Sebastián, no se merecía pasar sus últimos años perseguido por perros, encadenado o cazado como si fuese un animal.

—Supo a lo que se arriesgaba. Hace dos años el gobernador concedió el perdón a todos los cimarrones que regresaran a sus amos.

—No lo hizo por hombres como Bamboula, sino para solucionar el asunto de los propietarios que le exigían indemnizaciones por los fugitivos muertos, lo cual suponía un tremendo gasto para la hacienda pública.

Sebastián valoró la situación. No tenía tiempo para comentar el asunto con el gobernador. Quería zanjarlo cuanto antes. Se dirigió a Bouligny en voz alta y clara:

—Mi esposa me indica que uno de los fallecidos es propiedad de su padre y que, por tanto, será él quien decida qué hacer con su cadáver. En cuanto a los demás, tiene mi autorización para proceder como considere.

Bouligny bajó la voz para que solo lo pudiera escuchar Sebastián:

—He recomendado en muchas ocasiones a los hacendados que traten mejor a los esclavos para que no se les escapen. No hacen caso y luego quieren medidas ejemplares. Le aseguro que situaciones como esta no resultan nada gratas, pero cumplo mi deber, tal como me encomendó usted de parte del gobernador.

Sebastián hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza y regresó al interior de su residencia con un sabor amargo en la boca. No soportaba la imagen de esos hombres cazados como alimañas, pero su obligación era hacer cumplir la ley; una ley muy clara que listaba los derechos de los esclavos y de los negros libres para que todos supieran a qué atenerse. El negro libre disfrutaba de los mismos derechos de propiedad que el blanco. Sus únicas restricciones eran que no podía refugiar a esclavos fugitivos y que debía mostrar respeto a su antiguo amo y familia. Pero también era cierto que la ley estipulaba que los esclavos tenían derecho a ser apropiadamente alimentados y cuidados y no siempre lo eran, y encima sus maltratadores podían

cobrar una indemnización si los perdían. De repente deseó que los días pasaran con rapidez para marcharse de Luisiana, al menos por un tiempo.

También Suzette entró en la casa pesarosa por lo que acababa de suceder. Ordenó a sus esclavos varones que trasladaran el cuerpo de Bamboula a un cobertizo del jardín. Ella se encargaría de que tuviera un entierro digno y cristiano, y ayudaría a Anne a soportar su pérdida igual que había hecho ella tras la muerte de Belmont.

Realmente era cierto ese dicho de que «el hombre propone y Dios dispone», pensó. Su pobre y querida Anne desearía ahora viajar a cualquier lugar del mundo con tal de dejar atrás esa pesadilla.

Anne lavó suavemente con paños blancos el cadáver de su marido. Lo hizo con lentitud, recorriendo con las manos y los ojos arrasados en lágrimas cada pliegue, arruga o cicatriz. Lo acariciaba como si todavía pudiera sentirla, sin dejar de hablarle, como si todavía pudiera escucharla. Cuando hubo terminado, le colocó entre las manos unidas sobre el pecho la flauta que había encontrado en su bolsillo. En un momento de lucidez se percató entonces de que no era el mismo instrumento que siempre tocaba sino uno nuevo, un poco más pequeño. Dedujo entonces que lo habría tallado para Demba y decidió guardarlo. Cuando su hijo fuera más mayor conocería la historia de su padre y agradecería tener un recuerdo de él.

Le acarició por última vez el pelo ensortijado, lo besó por última vez en los labios y le susurró entre sollozos unas palabras de despedida al oído.

Suzette temió que Anne nunca más volviera a recuperarse. La muchacha se encerró en sí misma. Cumplía con sus obligaciones, pero nada le provocaba ni un pequeño gesto de contento o asombro.

Con intención de borrar sus pensamientos sombríos, Suzette verbalizó con énfasis todo lo que a ella le suscitaba admiración durante el viaje de Luisiana a Cuba: los humedales y marismas del nervudo delta del Misisipi por donde se desplazaron con lentitud; la embriagadora sensación de futilidad en medio de la inmensidad de las aguas del golfo de México; la estrecha entrada —custodiada por dos fortalezas— al magnífico puerto natural de la bahía de La Habana; las primeras impresiones de la ciudad cubana amurallada bajo la intensa luz de un mediodía de agosto, a medida que el barco se desplazaba entre decenas de embarcaciones distribuidas por tres ensenadas; la

torre del formidable Castillo de la Real Fuerza...

Anne la escuchaba en silencio.

Suzette creía que la comprendía, pero era consciente de que la comprensión teórica no mordía las entrañas como el tormento por la separación definitiva. Mientras Bamboula estaba en los pantanos, Anne vivía con la ilusión de verlo. Ahora tenía que encontrar un nuevo sentido a su existencia. En cierta manera también a ella la movía la ilusión de reencontrarse algún día de nuevo con Ishcate, aunque pasaran años separados. Podía soñar con él y soñar que el sueño se convirtiera en realidad; de esta esperanza surgía la energía de gran parte de los latidos de su corazón. Si Ishcate muriera, ella no podría vivir.

A pesar de las tragedias individuales, sin embargo, el mundo no se detenía ante la muerte de sus moradores.

A principios de noviembre, justo cuando se cumplían cuatro años de la boda de Suzette y Sebastián, este la sorprendió con una proposición.

Después de cenar, cuando las niñas ya dormían y ellos disfrutaban de una tranquila velada en el salón, Sebastián desapareció unos minutos y regresó con algo escondido en las manos. Se sentó junto a ella en el canapé de madera dorada y brocado y le entregó un paquetito deliciosamente envuelto que contenía un precioso anillo con una esmeralda verde rodeada de pequeños diamantes.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó él.

—¡Si ya estamos casados! —exclamó ella, divertida, colocándose la exquisita pieza en el dedo.

—Sigue habiendo comentarios maliciosos acerca de nuestro enlace secreto. No quiero que nada empañe tu nombre ni que nadie cuestione la legitimidad de mi hija Estelle y de los demás hijos que espero tener contigo. Me gustaría que el obispo de La Habana nos impartiera una bendición especial que ratifique nuestro matrimonio. —Sebastián se aclaró la voz y se ruborizó ligeramente—. Todo esto suena muy formal, pero lo cierto es que me haría muy feliz renovar mis votos matrimoniales como prueba de mi inquebrantable amor por ti. ¿Aceptas?

Suzette se conmovió. Sebastián no era un hombre dado a hablar de sus sentimientos. En los últimos meses se había dedicado en cuerpo y alma a ella, como si quisiera recuperar el tiempo perdido en las

expediciones de Mobila y Pensacola; incluso como si, en algún momento, hubiera sospechado que pudiera perderla.

Un fugaz pensamiento sobre Ishcate cruzó su mente. Él era su amor inquebrantable, pero su futuro estaba junto a Sebastián, razonó.

Tal vez debiera tomarse esa ratificación de su matrimonio como una nueva etapa de su vida junto al padre de sus hijas, un hombre especial, solícito, perseverante y generoso. Un hombre que le ofrecía todos los días un amor sincero y sereno, a pesar de sus muchas ocupaciones.

Aun así no podía engañarse. Se había casado la primera vez con Sebastián en la creencia de que Ishcate la había abandonado. Creyó ser libre y creyó haber tomado la mejor decisión para ella y Adrienne. Tal vez no sintiera una pasión arrebatadora por él, pero no había mentido ante Dios. Si aceptaba ahora, se estaría mintiendo a sí misma y al Altísimo. Había engañado a su marido, y sabía que lo volvería a hacer siempre que Ishcate se cruzara en su camino. Asumía ese pecado, pero su conciencia le dictaba que no podía recorrer una iglesia del brazo de Sebastián y aceptar la bendición del obispo.

Tomó las manos de Sebastián entre las suyas, se inclinó hacia delante para depositar un breve y tierno beso en su mejilla y le dijo:

—Nuestro matrimonio fue íntimo y sencillo. Así quiero recordarlo. No necesito ratificar nada.

Sebastián se irguió defraudado.

—¿Acaso no me amas?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? Eres mi marido y el padre de Estelle.

Una sombra se extendió por el interior de Sebastián. Suzette había evitado responder con un simple «sí que te amo»; lo único que él deseaba escuchar, lo único que hubiera refutado sus sospechas. La estaba perdiendo. La mujer a quien amaba se alejaba y no sabía qué más hacer para retenerla. ¿Qué más opciones tenía, aparte de ver cómo se escapaba entre sus dedos?

Era por culpa de ese indio. Había sido testigo de cómo se miraban. Ah, cómo lo odiaba.

Suzette nunca sería libre para amarlo mientras ese otro existiera.

Y tal vez él debiera hacer algo al respecto.

Suzette no tenía muchos quehaceres en Cuba.

Por el contrario, Sebastián no paraba, sobre todo desde que ella

había rechazado su propuesta de matrimonio. El trabajo le había proporcionado una buena excusa para estar fuera de casa todo el día. El gobernador Gálvez, además de estar al mando de las provincias de Luisiana y Florida Occidental desde la distancia, acababa de ser nombrado capitán general del ejército de operaciones en América. Su siguiente objetivo era terminar con las fuerzas británicas en el Caribe y para eso había que preparar una expedición contra la isla de Jamaica, su bastión más importante en el golfo de México.

Sebastián se reunía todos los días con Gálvez para repasar los planes, que tardarían meses en estar listos. Debían encontrar financiación para los veinte mil hombres que se necesitarían y para los barcos que habrían de llegar desde España y diferentes puntos de América. Mientras tanto, los mil soldados acuartelados en el Castillo del Príncipe, una fortaleza levantada sobre una colina próxima a La Habana, debían proseguir con sus prácticas de tiro, artillería y construcción de trincheras.

Suzette era consciente de que su situación era privilegiada: no le faltaba de nada y tenía personas a su servicio que se encargaban de todo. Disponía de tiempo para pasear, leer y jugar con sus hijas. Y con cierta frecuencia asistía a cenas con los oficiales y sus familias. Pero sentía un vacío en el pecho. Sebastián tenía que cumplir una misión por su país. Lo había sabido desde que era un muchacho. Ambicionaba éxitos para sí y para su patria. Cada paso que daba en su vida iba dirigido a contribuir para lograr una nueva victoria y cobrar más. A sus casi veintiséis años ella nunca se había planteado cuál debía ser su misión en la vida, aparte de fundar una familia, que era lo que se esperaba de una mujer de su clase social. Ni había hecho nada muy útil, ni dejaría mucha huella en la vida a excepción de ser la esposa de un militar de alto rango. Achacó estos ocasionales oscuros pensamientos de subestimación a su creciente nostalgia de Luisiana.

Echaba ella de menos su tierra.

Y solo llevaba unos meses en Cuba.

Un par de semanas antes de Navidad Sebastián invitó a cenar a Antonio Cornel, por quien profesaba especial afecto por haberle salvado la vida en Pensacola. A Suzette, que lo había conocido en otras ocasiones, le agradaba su conversación y su ánimo jovial. Era un buen ejemplo de la teoría de no caer en la ociosidad para, si no olvidar, al menos hacer más llevaderas las penas. Atareado en

misiones en las islas de Barlovento, ya no se apreciaba en la mirada del joven esa melancolía provocada por la muerte de su amada. Ojalá tuviera ella ocupaciones que la distrajeran de sus pensamientos, pensó.

Comentaron con Cornel las últimas noticias recibidas de la guerra entre británicos y norteamericanos. El último reducto inglés en territorio norteamericano —Yorktown, en Virginia— había caído en otoño. Gracias a la ayuda de Francia y España, el fin de la guerra estaba cada vez más cerca.

—Si la caída de Yorktown significa el fin de la guerra entre las colonias norteamericanas e Inglaterra, ¿se suspenderán las actuaciones en el Caribe? —quiso saber Suzette, deseosa de regresar a su hogar.

—Seguiremos adelante con nuestros planes de echar a los ingleses de Barlovento y conquistar Jamaica —respondió Sebastián.

—No lo comprendo.

—Nosotros no luchamos a favor de los americanos, sino contra los ingleses.

—Pero España ha ayudado a los americanos con sus conquistas.

—Que compartamos enemigo con ellos no significa que sean nuestros aliados. Bajo ningún concepto se ha utilizado la armada o la marina de su majestad para ayudar en la guerra de los americanos contra su madre patria. Lo que hemos conseguido ha sido para España, que coincide que también está en guerra contra Gran Bretaña.

Suzette frunció el ceño confusa.

—Querida amiga —intervino entonces Cornel—, España nunca ha reconocido formalmente la independencia de los estados angloamericanos. ¿Qué ejemplo estaríamos dando a las provincias españolas de nuestros virreinatos? Si lo analizas desde esta perspectiva, comprenderás por qué las reacciones americanas a los logros de España no han sido demasiado afectuosas. Los americanos hubieran deseado tomar ellos Manchac, Baton Rouge y Natchez para controlar el tráfico del Misisipi y Mobila y Pensacola en Florida Occidental para tener ellos el acceso al Caribe.

Suzette tomó un sorbo de su vino y reflexionó unos instantes.

—No quiero ni pensar que la nueva nación pueda convertirse también ahora en una amenaza para España. Desde que tengo uso de razón, solo he escuchado hablar de guerras. Una tras otra, sin fin. Me pregunto si las cosas serían diferentes si gobernaran las mujeres.

Tras un momento de silencio provocado por la sorpresa que les produjo el comentario, ambos hombres rieron.

—¡No sé qué responder! —dijo Cornel—. ¡Me cuesta siquiera imaginarlo!

—La ambición es consustancial al ser humano —dijo Sebastián—. Me temo que, en la situación que planteas, nada cambiaría.

—Las esperas suelen producir desasosiego —comentó entonces Cornel, que se había percatado de la actitud un tanto decaída de Suzette—. A mí también me gustaría que llegaran ya los soldados que necesitamos y se acabara la guerra de una vez y pudiera regresar a mi querida España...

—Quizá a todos nos iría bien un cambio de aires. —Sebastián miró a Suzette—. Podríamos trasladarnos a la isla de Guarico. Allí ha de llegar la flota y estar la tropa lista en primavera.

Suzette tomó otro sorbo de vino. Cuando Sebastián proponía algo, simplemente sucedía.

Su deseo de regresar a Nueva Orleans no se iba a cumplir.

40

París, agosto de 1782

Tras acercar el rostro a la ventanilla del carruaje que lo conducía a la vivienda del embajador de España en Francia en busca de aire, Jérôme Girard se arrepintió de las veces que había protestado por el calor de Nueva Orleans. Las calles de París ya ardían a primera hora de la mañana. Esperaba despachar con rapidez el asunto que lo había llevado allí y despedirse de Europa cuanto antes. Llevaba más de un año lejos de su esposa y su familia y había cumplido con creces su objetivo.

El viaje a Europa le estaba resultando muy provechoso.

A raíz de la lluvia de honores que habían recaído sobre el gobernador Gálvez, todos sus cercanos habían sido ascendidos por su lealtad, celo y servicio al rey. También él había sacado réditos. Ni en los mejores sueños de su modesta juventud podría haber imaginado que llegaría tan lejos en la vida, y confiaba en que aún le quedara mucha por delante.

Recordó su comparecencia ante el rey. Este había aceptado su ambiciosa propuesta económica. Pretendía acopiar y tener en depósito en Nueva Orleans mercancías de un valor de unos ochenta mil pesos fuertes para regalos; otro de mercancías por valor de doscientos mil para proveer a los tratantes que se enviasen a los indios; y un repuesto de cien mil como reserva en caso de guerra o interrupción del comercio. A cambio, él se comprometía a obtener el género de las principales fábricas españolas y solo adquirir en Francia aquello que no se produjese en España o resultase más caro.

Las mercancías compradas en ambos países esperaban en sus barcos anclados en Burdeos. Solo le quedaba una cosa por hacer en París.

Miró al exterior y, a pesar del calor, disfrutó de la vista de la preciosa avenida arbolada dotada de pabellones y cafés al aire libre

que cruzaba el centro de la ciudad. A simple vista parecía que nada había cambiado en Francia desde su juventud. El paisaje seguía igual de hermoso, sobre todo en su territorio natal, que también había visitado. Pero en París, cuya población había crecido muchísimo, percibía emoción por el tema de la independencia de las colonias americanas. La ciudad estaba ahora llena de cafeterías y clubes donde se debatía de todo. Había quejas por los altos precios de los alimentos, los bajos salarios y la falta de trabajo. Las palabras que más se repetían eran *libertad* y *democracia* . Algunos incluso se atrevían a cuestionar al rey y a poner la revolución americana como ejemplo práctico de hacia dónde debían ir las naciones. Las alteraciones políticas nunca terminaban, pensó, y ningún lugar del mundo se libraba de ellas.

Al final de la avenida el carruaje se detuvo en la plaza del Rey Luis XV ante un lujoso edificio de piedra, el hotel Crillon, donde estaba la embajada española.

El despacho del embajador, conocido como el conde de Aranda, estaba repleto de papeles, libros y documentos repartidos por varias mesas.

Aranda le estrechó la mano con fuerza. Había sobrepasado la barrera de los sesenta años y su porte grave, digno y serio transmitía una sensación de contundencia y solidez. Girard le dedicó de súbito un pensamiento al padre Meurin, a quien con certeza no le habría caído bien el hombre porque había sido el ejecutor de la orden real de expulsión de los jesuitas de España. Aranda lo invitó a tomar asiento y enseguida dirigió la conversación hacia temas relacionados con Luisiana. Se notaba que no tenía tiempo que perder.

—¿A qué debo el honor de su visita?

Girard se había atrevido por su cuenta y riesgo a solicitar una entrevista con el embajador español. No sabía cuándo tendría una ocasión como esa de aportar su grano de arena en beneficio de Luisiana. Lo consideraba una cuestión moral. Le entregó un documento en cuya portada se podía leer *Confines de Florida y Luisiana* y su nombre en grande: don Jérôme Girard. Lo había redactado durante la larga travesía a bordo de su barco. Se percató de que le temblaban ligeramente las manos. Alguien curtido como él se sentía de repente nervioso por el juicio que Aranda pudiera hacer sobre su persona. Una mala impresión de alguien con tanta influencia podía

terminar con el buen nombre de un hombre.

—Le entregué una copia al ministro de Asuntos Indios en España. Aprovechando mi viaje a Francia, he querido darle otra a usted, por si puede resultar de utilidad.

Aranda lo hojeó con expresión de interés mientras Girard permanecía inmóvil. El papel que más llamó su atención fue un mapa.

—Coincide en lo principal con lo que pude hablar con el señor Saint Maxent, el suegro del gobernador, hace poco.

Girard, un tanto decepcionado, esperó algo más específico, un halago concreto.

—Me alegra saber que no soy el único preocupado por el futuro de Luisiana —añadió Aranda por fin.

Girard respiró aliviado. El embajador había comprendido con extraordinaria rapidez el mensaje.

—Entonces usted también teme el creciente poder de la nueva nación norteamericana.

Aranda asintió, mientras se pasaba la mano en un gesto distraído por el rostro cuadrado y la marcada barbilla.

—El fin de la guerra entre España e Inglaterra traerá tres problemas entre España y los Estados Unidos: el repago de los préstamos hechos por España, la delimitación de la frontera con Florida y la navegación del Misisipi. Como los americanos han ganado a los ingleses, quieren ahora los derechos sobre los territorios ingleses al este del Misisipi y, de paso, la tierra india a espaldas de las antiguas colonias.

—Unos territorios que les *hemos* ganado los españoles a los ingleses —apuntó Girard, recalcando con el énfasis en el plural que se sentía español como el que más y temeroso de perder sus privilegios comerciales—. Los únicos derechos que tienen los Estados Unidos en el Misisipi son los que derivan de la gratitud hacia nosotros y no los de la usurpación. —Señaló el mapa—. He dibujado los límites que considero que se deben respetar en las negociaciones: desde el golfo de México, incluyendo la península de Florida, recto por los Apalaches hacia arriba hasta el lago Erie. Cualquier otra propuesta sería inaceptable.

El conde esbozó una sonrisa tensa y Girard temió haberse excedido en su explicación. No pretendía cuestionar la aptitud negociadora del embajador. Para su tranquilidad, este dijo:

—El mapa me resultará de mucha utilidad. Lo emplearé en las reuniones con los representantes americanos. El señor Franklin es más flexible, pero John Jay es un hueso duro de roer. Está empeñado en que todo el río Misisipi debería ser suyo, aunque no estoy dispuesto a ceder.

Girard emprendió el regreso a Luisiana satisfecho de todas sus acciones llevadas a cabo en Europa. La propuesta económica aprobada por el rey español y la firmeza que había transmitido Aranda aseguraban la continuidad de su monopolio sobre el comercio con los indios. Y para tamaño éxito solo había cometido un pequeño pecado, que por supuesto no pensaba confesar: había comprado mercancías inglesas. Ni en España ni en Francia había podido conseguir los géneros preferidos por los indios, que cada vez eran más exigentes en cuanto a la calidad. Se liberó rápidamente de su fingida culpa repitiéndose uno de sus dogmas: ¿acaso alguien prosperaba en los negocios ciñéndose a la legalidad?

Las semanas transcurrieron con tranquilidad sobre las aguas del Atlántico. Hasta el tiempo parecía acompañar su viaje de vuelta triunfal, pensó un orgulloso Girard. Sin embargo, a pocas jornadas de Cuba, la aguda voz del grumete rompió la calma:

—¡Buques de guerra ingleses!

Por mucho que el final de la guerra entre España e Inglaterra estuviera cerca, sin un documento firmado que lo certificara, a esa distancia de Europa las cosas no habían cambiado.

Por primera vez en su vida ni el rango, ni los ruegos, las habilidades comerciales, las amenazas o el nombre de sus importantes yernos le sirvieron de ayuda. Con las aguas del mar y el límpido cielo como testigos, lejos de su Francia natal y de su Luisiana querida, Girard encomendó su alma a Dios y se despidió mentalmente de cada miembro de su familia, dedicando el pensamiento más apasionado a Blanche, su añorada esposa, que tanto tendría que luchar para sacar adelante a sus hijos pequeños.

Guarico, isla de Santo Domingo, diciembre de 1782

Sentada en la galería de la gran casa alquilada en la parte de la población más cercana al campamento militar, Suzette acunaba una tarde en sus brazos al pequeño Guillermo, de tres meses de edad, bajo

la atenta mirada de Adrienne y Estelle, mientras Sebastián leía.

Aunque precioso por sus verdes paisajes, un mar cristalino y un ir y venir de gentes de diferentes procedencias, Guarico no era un lugar entretenido como La Habana y lo único que había hecho la familia durante meses —aparte de disfrutar de alguna visita agradable como la de Cornel— era esperar, por un lado, el nacimiento del bebé, y por otro, que la flota y la tropa estuvieran de una vez listas para tomar Jamaica. Como esto nunca sucedía, Guillermo se había convertido en una diversión para todos.

Sebastián miró al pequeño y al levantar la vista hacia su mujer, ella advirtió en sus ojos una determinación que le era familiar.

—Guillermo estudiará en España —dijo él de repente—. Espero que lo acepten en el Seminario de Nobles de Madrid y luego en una escuela militar. La buena educación de un hombre es esencial para su futuro. ¿Y quién sabe? Si mi hermano no se casa y no tiene hijos, el título de la familia pasará a Guillermo. Tiene que estar preparado.

—¿Y yo? —preguntó Adrienne, con la ilusión reflejada en sus grandes ojos castaños—. ¿También podré estudiar en un colegio español? Nos iremos todos con él, ¿verdad?

—Falta todavía mucho para eso, cariño —respondió Suzette, aunque en el fondo la asustara lo rápido que pasaba el tiempo. Tenía fresco en su memoria el nacimiento de Adrienne y Estelle, y ya tenían ocho y cuatro años respectivamente.

Acarició la carita de Guillermo y se preguntó qué le depararía el futuro. Desde su nacimiento no había podido librarse de pensamientos lúgubres, como si el niño le hubiera contagiado su fragilidad. Se sentía triste y cansada a todas horas. En cualquier momento la asaltaba el llanto. Nada podía haber más satisfactorio que criar a tres hermosos hijos como los suyos, pero no había forma de sacudirse de encima una desesperante sensación de inseguridad y desencanto. Había escuchado que a algunas mujeres les pasaba lo mismo tras un parto, y la explicación servía para mantener engañado a Sebastián; en su caso, el origen estaba en la íntima convicción de que su vida había sido un cúmulo de equivocaciones. Nunca debería haberse alejado tanto de su tierra. Debería haber luchado por su amor por Ishcate, con quien tendría que estar compartiendo su vida. En cambio, aceptaba las peticiones amorosas de su marido en la cama y sus consecuencias: otro hijo. Otra atadura a una vida no deseada. Acarició la mejilla de

Guillermo y suspiró. Amaba a ese niño con todo su corazón y sería una buena madre para él, que ninguna culpa tenía de sus indecisiones.

—Debemos organizar el bautizo —continuó Sebastián—. Un banquete, música, baile... ¿Qué te parece? ¿Puedes encargarte de que le confeccionen a Guillermo un uniforme de granadero del regimiento de la corona de Nueva España? Quiero que el rey se entere de que mi hijo se dedicará al servicio de su majestad.

Después de tanto tiempo juntos Suzette ya tenía asumido que las sugerencias de Sebastián eran órdenes. Aunque su ánimo no estaba para fiestas, quizá no le fuera mal tener algo en que pensar que no fuera ella misma.

—Me gustaría que vinieran mis padres —repuso—. Si los avisamos enseguida, podríamos celebrar el bautizo dentro de un par de meses.

Con el rabillo del ojo, Sebastián vio que Demba merodeaba por ahí. El muchacho, de once años, no se separaba de Adrienne y ambos se trataban como hermanos. Le hizo una seña para que se acercase y le pidió que fuera en busca de Anne para que se hiciera cargo de los niños. Cuando por fin se quedó a solas con Suzette, se sentó en un sillón de mimbre junto a ella.

—Tengo algo que contarte, querida. Has estado tan triste últimamente que no encontraba la ocasión... Tiene que ver con tu padre.

Suzette entrelazó los dedos de ambas manos con fuerza.

—Por favor, dime que está bien.

—Su barco fue atacado cuando regresaba de Europa en algún momento de septiembre. No tenemos noticias de él, pero podría estar en Jamaica.

Incapaz de asumir que su padre podría haber muerto, Suzette se aferró a la idea de que estuviera preso. Hasta entonces había agradecido que la expedición contra Jamaica hubiera sido demorada. Ahora lo único que deseaba era que toda la fuerza militar española y francesa atacara a los ingleses.

—Haz lo que sea para traerlo de vuelta.

Sebastián negó con la cabeza.

—No es tan fácil. Si está... —iba a decir «vivo» , pero cambió la palabra— preso, y es cierto que se están redactando los artículos preliminares del tratado de paz entre España e Inglaterra, habrá

intercambio de prisioneros. Tenemos que esperar.

Suzette se puso en pie airada y recorrió la galería, con los dientes apretados, mientras recordaba los pocos días que su padre estuvo cautivo en su propia casa durante la rebelión de los criollos en Nueva Orleans. Según lo que le acababa de contar su marido, Girard podría llevar más de dos meses en la cárcel.

—Cálmate, Suzette. Siéntate y hablemos.

Ella se giró hacia él con los puños apretados.

—¡¿Que me calme?!

Avanzó hacia él y se detuvo a dos pasos.

—Tráelo de vuelta, Sebastián. Te lo pido por favor. Lo conoces tan bien como yo. Alguien de su carácter no resistirá una larga espera. —Elevó el tono de voz—. Habla con Bernardo. El gobernador siempre te hace caso y yo nunca te he pedido nada. Enviad a vuestros espías. Negociad lo que sea. ¡Rescatadlo!

—No negociamos con los ingleses.

—¿Ni siquiera para salvar a alguien de tu familia? —Lo miró de frente, retándolo, pero era un hombre acostumbrado a los desafíos.

—La integridad conlleva cargas y dilemas morales.

Suzette soltó un bufido y volvió a sentarse. Se inclinó hacia él.

—Gálvez dispuso a su antojo la manera de negociar con los indios. Empleó artimañas para lanzarse a tomar Manchac, Baton Rouge y Natchez. Se saltó las instrucciones para tomar Pensacola él solo. Y tú lo has seguido a ciegas. La rectitud absoluta no existe.

Sebastián enrojeció de ira ante la inesperada lista de reproches. No obstante, respiró hondo antes de responder, con la mandíbula tensa:

—Atribuiré tus injustos comentarios a la extraña melancolía que te embarga.

—Sé muy bien lo que digo —replicó ella con firmeza—. Cumplirás con tu deber y yo con el mío. Celebraremos el bautizo de nuestro hijo tal como quieres. Impresionarás al gobernador. Tus hombres lo recordarán y sus palabras llegarán hasta el mismo rey de España. Después yo me volveré a Luisiana, contigo o sola.

Sebastián se puso en pie y la miró desafiante.

—Eso ya lo veremos. Soy tu marido: harás lo que yo diga y estarás donde yo esté.

Suzette sintió que algo se rompía en su interior. Sebastián nunca

le había hablado de esa manera. Sabía que nada de lo que ella le dijera le haría cambiar su rumbo para lograr sus objetivos; pero que la considerase un soldado al que exigir obediencia le resultó intolerable.

Lo miró fijamente y creyó descubrir en él a otra persona distinta al hombre amable con el que se había casado. Distinta al hombre que la hacía reír y logró conquistarla en aquellos paseos junto al lago Pontchartrain. Su vida era un error. Nunca había ambicionado tanto, y ahora, con tres niños, no sabía cómo romper sus cadenas.

Envuelta en un halo de profunda tristeza, se alejó de su marido y se marchó a su dormitorio.

En la galería Sebastián permaneció un buen rato de pie tratando de normalizar la respiración. Buscó arrepentimiento, pero no lo encontró. Sus palabras habían surgido de un rincón oscuro de su interior; aquel recoveco donde guardaba el insoportable temor de que la nostalgia de Suzette por Luisiana no tuviera tanto que ver con su familia, con el paisaje o con las costumbres conocidas como con aquel Ishcate.

Se juró a sí mismo que Suzette nunca regresaría a Luisiana.

Kappa, aldea quapaw, cerca del puesto de Arkansas, abril de 1783

De vez en cuando Ishcate visitaba a sus amigos quapaw que vivían cerca de la desembocadura del río Arkansas, con quienes recordaba los tiempos junto a Sarazen y pasaba unos días con ellos. A veces, como en esta ocasión, se llevaba a Couroway y a Sarazen, que ya tenían cuatro y seis años, para que mantuvieran relación con ellos y para que Sarazen no se desvinculara de sus raíces. El gran jefe Angaska le tenía aprecio y mandaba que le prepararan una tienda junto a la suya. Ishcate también estimaba a Angaska, aunque deploraba su afición por el alcohol.

Una tarde, poco después del mediodía, un guerrero dio aviso de que se acercaba una flotilla de dos piraguas, una galera de cuarenta remos y otro barco. Angaska ordenó a sus hombres que se apostaran junto al río, preparados para atacar si fuera necesario. Con los españoles tenía el acuerdo de protegerse mutuamente: nadie se acercaba al puesto de Arkansas sin su permiso.

En cuanto Ishcate supo quién estaba al mando, se puso en alerta. Era Logan Colbert. El cabecilla de los chickasaw. Quien había

secuestrado a Suzette y después a la esposa del gobernador que había sustituido a Leyba en San Luis tras su muerte. Quien ordenaba atacar barcos españoles y secuestrar a personas importantes en el Misisipi. Acompañaba ahora a varios indios chickasaw y natchez y a una docena de blancos. Ishcate no se creyó ni una sola de sus palabras cuando el hombre se dirigió a Angaska.

—Estos americanos —Colbert señaló a los blancos— quieren presentar sus respetos al nuevo comandante del puesto. —Villiers había fallecido el año anterior tras una operación en Nueva Orleans—. Mis hijos y yo los acompañamos por su seguridad.

Colbert tenía una doble misión que cumplir.

Por un lado ocupar el puesto español de Arkansas. Su ayuda no había servido para evitar que se perdieran Mobila y Pensacola, después de la bochornosa caída de Manchac, Baton Rouge y Natchez; pero su influencia entre los chickasaw había servido al menos para crear inestabilidad en el Misisipi y, de paso, ganar dinero con los rescates que pedía a cambio de liberar a sus secuestrados. Escocés de nacimiento y padre de once hijos medio indios, odiaba a los españoles con toda su alma: por culpa del apoyo de estos a los rebeldes americanos, los ingleses perderían su poder en esas tierras; y por el alcohol que suministraban a todas las tribus, los indios perdían su dignidad y se convertían en seres sumisos y desorientados. Mientras él viviera, los españoles de esa parte del Misisipi no dormirían tranquilos.

Por otro, la cantidad ofrecida por un desconocido a quien diese muerte al indio Ishcate de Kaskaskia era lo bastante tentadora como para arriesgarse a matar dos pájaros de un tiro. Había sabido por sus espías que ahora andaba por el puesto de Arkansas y mantenía relación con los quapaw de Kappa.

Ishcate confió en que Angaska no fuera tan inocente como para dejarlo atravesar sus tierras. Sin embargo, el jefe, que a duras penas podía ocultar su embriaguez, le dio permiso para continuar viaje.

—¿Acaso no sabes quién es Colbert? —le recriminó Ishcate—. Nada bueno proviene de él. Deberías haberlo mandado de vuelta al otro lado del Misisipi.

—¿Y acaso eres tú ahora jefe de los quapaw para dar órdenes? —le preguntó a su vez Angaska molesto.

—Al menos estoy sobrio para discernir sabiamente.

Ishcate cogió a sus hijos y regresó a toda prisa a su poblado cerca del puesto de Arkansas. Antes de dar aviso en el fuerte de la llegada de Colbert debía dejar a los pequeños a salvo.

Era ya noche cerrada cuando llegó a la aldea fuera de la empalizada del fuerte. Una treintena de casas se levantaba en un meandro en forma de herradura. Todo parecía estar en calma. Se dirigió hacia las puertas del fuerte, pero entonces un estruendo de gritos y disparos rompió la paz. Los hombres de Colbert irrumpieron en la aldea, dispararon contra las cerraduras de las humildes viviendas, entraron en ellas y sacaron a empujones a los habitantes, con el miedo reflejado en sus adormilados rostros. Quienes pudieron escapar buscaron refugio en el fuerte, por cuyas puertas salían los soldados alertados por los disparos.

Ishcate se dirigió a ellos, preguntó por el comandante del puesto y le explicó la situación. El capitán decidió defender el fuerte. Durante toda la noche los hombres de Colbert intentaron hacerse con él, pero los españoles los rechazaron con los disparos de sus cañones y tuvieron que refugiarse en un barranco próximo. Al amanecer un emisario se acercó al fuerte con una bandera blanca utilizando a una mujer como escudo para exponer la exigencia de Colbert: la rendición. El comandante se negó y preparó su contraofensiva. Se dirigió a Ishcate:

—Hay en el fuerte varios quapaw. Reúnelos, toma algunos de mis soldados y enseñadles vuestros gritos de guerra. Que Colbert crea que toda la nación quapaw está aquí para ayudarnos.

Ishcate así lo hizo. Se había visto involucrado en un conflicto inesperado, pero su deber era ayudar a los españoles y a los quapaw.

Cuando el comandante dio la orden, los soldados salieron del fuerte a caballo profiriendo alaridos al modo indio en dirección al barranco. Cogidos por sorpresa, los hombres de Colbert comenzaron a retroceder hacia sus barcos.

El escocés se enfureció por la cobarde reacción de los suyos.

—¡No os mováis! —gritó—. ¡Seguid disparando! ¡Mantened la posición!

Algunos le hicieron caso, se tumbaron junto a él en el suelo y dispararon sin piedad contra los jinetes, que cada vez estaban más cerca.

Uno de los soldados españoles gritó entonces:

—¡Hacia la derecha, Ishcate!

Colbert agradeció mentalmente su buena suerte, dentro de la complicada situación en la que se encontraba. ¿Cuántos hombres con ese nombre podía haber en esa zona tan poco poblada? Dirigió su fusil hacia el indio, apuntó al pecho y disparó.

Ishcate sintió un dolor agudo.

«No así; no ahora», pensó.

«Suzette...»

Perdió el conocimiento y cayó de su caballo.

Kingston, Jamaica, finales de abril de 1783

Una vez superadas la rabia y la desesperación de los primeros meses de encierro, Girard se había acostumbrado a la rutina de la prisión. Había adelgazado bastante porque las raciones de comida eran escasas, y además detestaba la sensación de notarse permanentemente sucio, pero había llegado a la conclusión de que su vida no corría peligro. Con los rumores de la posible firma del tratado de paz entre España, Francia e Inglaterra, la relación entre carceleros y prisioneros era hasta cordial. No perdía la oportunidad de repetir quién era, por si acaso llegaba a oídos de alguien capaz de sacarlo de allí. La ilusión por recuperar su vida y regresar con su familia lo animaba a resistir entre esas húmedas paredes de piedra.

Por fin una mañana se produjo el milagro. La puerta de su celda se abrió y apareció un hombre alto y flaco, de ojos vivaces, vestido con ropa elegante, que se presentó como mister Allwood, empresario inglés. Al poco de conversar con él, Girard dio gracias a Dios de que existiera alguien como él en versión inglesa: Allwood estaba acostumbrado a recorrer cárceles para ver quién podía resultar útil para sus intereses. La propuesta concreta del inglés no tardó en llegar:

—Le concedo crédito para pagar su rescate y, a cambio, usted lleva mis mercancías a los dominios españoles.

Girard comprendió que hablaban de contrabando.

—Me arriesgo mucho —dijo—. He de sortear los huracanes del Caribe y las tormentas del fisco.

—Por la mercancía inglesa que he visto en su barco, deduzco que está usted acostumbrado a asumir riesgos y a prescindir de escrúpulos.

Girard tenía ganas de salir de la cárcel y volver a su casa. Si en

tantos meses nadie, ni siquiera sus yernos, había conseguido sacarlo de ese agujero, su única opción era aceptar la propuesta.

Y la aceptó, pensando en el reencuentro con su querida Blanche, cuyo recuerdo lo había acompañado todos los días de cautiverio... Hasta entonces se conformaría con el placer de largos baños y copiosas comidas.

Allwood facilitó a Girard la devolución de su fragata, su carenado y habilitación y un cargamento consistente en harina, piezas de lona, barriles de carne salada y puerco, piezas de jarcias, botijas de aceite y cuñetes de manteca. La deuda contraída por su liberación ascendía a más de sesenta mil pesos. Una fortuna, pensaba Girard con cierto temor, a bordo de su barco rumbo a La Habana. ¡A saber de dónde conseguiría sacar el dinero para saldarla! Ah, pero ya resolvería ese asunto llegado el momento.

Ahora solo quería disfrutar de su recuperada libertad.

Llegó a La Habana en mayo, con el único propósito de solucionar sus asuntos de negocios con Allwood. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula al encontrarse con sus hijas Margaux y Suzette. Su yerno Tomás Durán seguía al servicio de Unzaga, ahora al mando de la Capitanía General de Cuba, y su yerno Sebastián Orlac había seguido al general y gobernador Gálvez desde Guarico porque, al estar próxima la paz entre España e Inglaterra, ya no había ninguna batalla en la que participar. Al abrazar a sus hijas, Girard sintió que se mitigaba el dolor de los malos momentos de los últimos meses.

—¡Temimos que hubieras muerto! —le repitió una vez más Margaux entre lágrimas al comienzo de la primera cena que pudieron disfrutar todos juntos en la residencia de los Durán—. Nadie nos daba noticias de tu paradero.

Recuperada ya la vanidad perdida en los largos meses de cárcel, Girard les contó con detalle el viaje a España, donde había conocido al rey; sus impresiones de la Francia entusiasmada con la independencia de los Estados Unidos y con los conceptos de libertad y democracia; su modesta aportación al futuro de Luisiana al entregarle su propio mapa al mismísimo conde de Aranda; su captura por los ingleses; y su encierro en Jamaica.

—Gracias a mister Allwood y a mi propia habilidad —lanzó una breve mirada recriminatoria a sus yernos— pude salir de prisión; pero, en fin, no hay mal que por bien no venga: esta experiencia me ha

servido para entablar nuevos negocios. ¿Y qué me he perdido en todos estos meses, aparte de la gran noticia del nacimiento de mi nieto Guillermo?

Margaux asumió la tarea de ponerlo al día:

—Hace unas semanas estuvo en la ciudad Guillermo de Lancaster, hijo del rey Jorge III. Tuvimos la ocasión de conocerlo. Y el padre del gobernador Gálvez ha sido nombrado virrey de Nueva España.

Girard hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Vaya, veo que mis hijas se relacionan con la realeza. —Miró a sus yernos—. Cuando unos ascienden, dejan su hueco para los siguientes más cercanos.

Todos se rieron menos Suzette, absorta en sus pensamientos.

—¿Te encuentras bien, Suzette? —le preguntó su padre.

Para ella nada había sido igual desde la discusión con Sebastián, que nunca se había disculpado. En presencia de otros él mantenía una falsa actitud afable y risueña hacia ella; a solas no le dirigía la palabra, como si esperara que fuera ella la que admitiera que había sido injusta. Que su padre hubiera aparecido sano y salvo le había proporcionado un instante de enorme felicidad; en el fondo de su ser, no obstante, permanecía anclada la desagradable sensación de que no había encontrado su propio camino, de que no era la dueña de su vida.

Deseosa de no ser el foco de atención, desvió el tema:

—Lo hemos pasado muy mal estos meses sin saber nada de ti. Ya puedes darte prisa en regresar a Nueva Orleans para tranquilizar a madre. Hasta que no te vea no se creerá que estás bien.

Margaux, que en el poco tiempo que había compartido con su hermana en La Habana tras tantos años sin verse también se había percatado de su ánimo alicaído, acudió en su ayuda y dijo con voz alegre:

—Te has perdido muchas novedades de Nueva Orleans, padre. La hermana y las hijas del fallecido capitán Leyba de Saint Louis ingresaron en el convento de las Ursulinas. Al parecer la hermana tuvo un romance con el teniente coronel George Rogers Clark, el que ganó la zona del Illinois para los americanos. Se corrió la voz de que él bajó a buscarla para pedirle matrimonio, pero ella le contestó que había tomado los hábitos y no podía casarse.

Suzette volvió a pensar lo mismo que al leer la noticia por primera vez en la carta de su madre. Se acordó de Cathy Lafrenière, aquella joven con la que una vez Margaux y ella tuvieron tanto trato y que había terminado también en el convento. Si Girard no hubiera elegido la opción de apoyar a los españoles en la rebelión de los criollos, su vida habría sido completamente diferente. Con toda probabilidad no se habría casado con Sebastián. No estaría ahora allí. Seguiría en Luisiana. También las decisiones de otros, no solo las propias, marcaban para siempre el destino de las personas.

—¡Y se marchó sin ella! —exclamó Girard antes de añadir, con un brillo travieso en los ojos—: Si hubiera sido vuestra madre, yo la habría secuestrado.

—¡Padre! —Margaux fingió que se escandalizaba.

—Y el comandante Balthazar de Villiers de Arkansas falleció el año pasado —dijo ahora Suzette esforzándose por incorporarse a la conversación con naturalidad—. Bajó a Nueva Orleans para operarse de un tumor en el hígado y no lo superó. Me dio mucha pena por Françoise y su hijo. Era un buen hombre.

Girard se rellenó la copa.

—Ha sido pensar en ellos y recordar el peligro al que te expusiste, Suzette. —Al ver la cara de extrañeza de Margaux, preguntó —: ¿No te ha contado tu hermana que la secuestraron?

Margaux abrió la boca sorprendida y miró a su marido, que parecía tan asombrado como ella. Se habían contado muchas cosas sobre los años que habían estado separadas, pero no todas, al parecer.

—¡Padre! —protestó ahora Suzette.

Este se encogió de hombros.

—Las aventuras que terminan bien son para contarlas. —Él mismo resumió lo sucedido.

—¡Te rescató Ishcate! —exclamó Margaux mirando a su hermana con una mezcla de preocupación y perplejidad.

Sebastián se percató de esa mirada y del tono empleado por Margaux al pronunciar el nombre del indio. Había extrañeza y cierta complicidad.

Él también tenía noticias frescas de Luisiana. Noticias que lo beneficiaban. La ocasión no podía ser más propicia. Por fin su esposa se desharía de la traba emocional con la que él sospechaba que siempre cargaría. Por fin podía liberar a Suzette de las ataduras del

pasado.

—Después de lo de Suzette, Colbert secuestró a la mujer del comandante del teniente gobernador de Illinois —comenzó a decir—. Afortunadamente también fue rescatada. He sabido por el gobernador en funciones, Esteban Miró, que hace un mes Colbert repitió la fechoría en Arkansas. Atacó de noche y pidió la rendición. La guarnición resistió el ataque. Hubo disparos durante horas. Los de Colbert se atrincheraron en un barranco cercano, con intención de no moverse de allí hasta que los españoles cedieran.

Suzette escuchaba a Sebastián sin comprender adónde quería llegar con una narración tan detallada.

—Un pequeño grupo de soldados y guerreros indios cargaron entonces por sorpresa contra el grupo de Colbert —prosiguió él, sin mirarla directamente—. Hubo varios heridos. —Sebastián hizo una breve pausa; era consciente del daño que causaría a Suzette, pero estaba convencido de que con el tiempo lo superaría—. Murieron dos defensores. Y en el informe que he recibido dice que uno de ellos era el traductor, vuestro amigo Ishcate de Kaskaskia.

Cuarta parte
Mar

41

La Habana, junio de 1783

Suzette se negó a creer que Ishcate estuviera muerto.

Dijera lo que dijese el informe, Ishcate no podía estar muerto. Lo habría sentido en su interior. ¡Estaba segura de que lo habría sentido! Seguía soñándolo. Y si seguía haciéndolo era porque todavía estaba vivo. La odiosa descripción de los hechos terminaba diciendo que el jefe Angaska se había hecho cargo de su cuerpo para enterrarlo al modo indio. Pero Ishcate no podía estar muerto. No. No. ¡Tenía que estar vivo!

Se repitió estas palabras una y otra vez durante días para no enloquecer, para no derrumbarse, para poder seguir ejerciendo su labor de madre.

Le resultaba inconcebible pisar un mundo en el que Ishcate ya no estuviera.

Debía regresar a Luisiana, decidió. Su padre tenía muchos contactos entre los indios. Recorrería las leguas que hicieran falta para conocer la verdad.

Una brillante mañana de junio Suzette fue al encuentro de Girard, que se pasaba el día en los muelles organizando la mercancía de sus barcos, vendiendo y adquiriendo nueva. Había recuperado toda su vitalidad. Con la casaca puesta a pesar del calor —según él era importante ofrecer una imagen digna en cualquier escalafón de los negocios—, revisaba documentos y daba órdenes a unos y otros.

Cuando Girard la vio desde la cubierta se apresuró a bajar a tierra.

—Este no es lugar para una mujer de tu condición. Y menos si no vienes acompañada.

—Quería hablar contigo a solas. ¿Ya lo tienes todo preparado para regresar a casa?

—Casi. Tengo aún que terminar de vender las mercancías

perecederas y comenzar a pagar la deuda contraída con Allwood. Calculo que en una semana podré marcharme.

—Necesito que me ayudes a convencer a Sebastián de que aprovechemos para ir contigo. Hace mucho tiempo que no veo a madre y a mis hermanos pequeños. Quiero que conozcan a Guillermo y vean cuánto han crecido Adrienne y Estelle.

Girard frunció el ceño. Conocía bien a su hija. La había observado. Desde que se había enterado de la muerte de Ishcate estaba absorta y despistada, incluso cuando los niños reclamaban su atención.

—¿Que lo convenza? ¿No quiere ir o acaso no se lo has dicho todavía?

—Es como si Sebastián no quisiera volver allí. —Suzette negó con la cabeza y perdió la mirada en el vuelo de dos gaviotas, que batallaban en el aire entre graznidos y violentos aleteos. Habló casi en un susurro—: Es mi casa. Mi tierra. Nunca pensé que la echaría tanto de menos.

—Ahora te debes a tu propia familia.

—¡Ya lo sé! —Suzette elevó el tono de voz y lo miró con ojos suplicantes—. Pero otros militares recorren el mundo sin arrastrar a sus familias. ¿Por qué no podemos vivir mis hijos y yo en Nueva Orleans?

Se percató de que su padre miraba tras ella y apretaba los labios. Al darse la vuelta vio a Sebastián, y su expresión le dejó claro que había escuchado sus palabras. No obstante, empleó un tono amable cuando le dijo:

—Te he buscado para darte una gran noticia, querida. Nuestra estancia en La Habana ha terminado. Por fin podré cumplir mi sueño de que conozcas Madrid. El rey va a recibir a Gálvez y quiere que lo acompañe.

«Madrid.»

Suzette dejó escapar un suspiro apenas perceptible.

Girard esbozó una breve sonrisa. Su yerno era un hombre valorado, algo importante para su futuro profesional y, sin duda, para el futuro de la familia. Quizá la nostalgia comprensible de su hija se disipase con esa extraordinaria experiencia que iba a vivir. Las islas como Cuba y Santo Domingo eran hermosas por su naturaleza y clima, pero también podían resultar asfixiantes. Llevaba demasiado tiempo

sumida en una rutina de niños y militares. La vida en una ciudad como Madrid estaría llena de novedades. Miró a Suzette:

—Estoy seguro de que Sebastián hará todo lo posible para que te sientas a gusto en su tierra.

Suzette apretó los puños para contener las ganas de gritar. Sus ilusiones de regresar a Luisiana se habían frustrado en un instante. Viviría con la incertidumbre de no saber si Ishcate había muerto o no. Viviría con la certidumbre de que el camino de su vida ya estaba trazado.

No pensaba ir a Madrid.

—Guillermo es todavía muy pequeño para un viaje tan largo —dijo.

Sebastián apretó los labios en una tensa sonrisa.

—Lo comentaremos en casa. Si nos dejas un momento, ahora tengo algo que hablar con tu padre. —Esperó a que ella se alejara unos pasos y se dirigió a Girard—: El intendente me ha dicho que ha pedido usted exención de derechos en sus transacciones alegando que son géneros para la trata de indios y de servicio oficial. Debe saber que se le va a negar tal exención. Su presencia aquí me pone en un aprieto. Ha traído mercancía de contrabando, está comprando negros sin pago de derechos y facilitando negocios ilegales a comerciantes extranjeros...

Girard enrojeció.

—De alguna manera tengo que obtener el dinero para saldar la deuda de mi liberación —se defendió—. Si por mis yernos fuera, todavía estaría en esa celda jamaicana.

—Tengo la impresión de que no solo hablamos de su deuda, monsieur. Queda advertido. Si sigue en sus trece, tendré que dar parte y ordenar su arresto. En mi posición no puedo mostrar favoritismo por nadie, y menos por mi suegro. A no ser que...

Girard esperó a que Sebastián concluyera la frase.

—... convenza a su hija de lo que tiene que hacer.

Girard buscó la complicidad de Margaux en ese asunto. Por su bien económico necesitaba que Suzette recapacitara. Margaux era consciente de las implicaciones sociales de un escándalo, que salpicaría a todos los miembros de la familia. Los españoles eran muy estrictos con sus esposas.

Margaux acudió a casa de Suzette:

—Padre me ha explicado la escena del muelle. ¿Acaso no estás contenta? —le preguntó con cierto tono recriminatorio—. ¡Yo me iría ahora mismo! Por todo lo que me cuenta mi marido, España tiene que ser un lugar maravilloso. A Tomás le gustaría que nuestros hijos estudiaran allí. Como se hace mayor y le falla la vista, confía en que pronto lo liberen de este destino y pueda regresar a su tierra. Disfruta, querida hermana, hasta que llegue yo.

Madre de cinco hijos a sus treinta y un años, Margaux conservaba su larga y preciosa melena oscura, su sonrisa y su vitalidad; sin embargo, a los veintisiete Suzette se sentía muy cansada y falta de ilusión.

—No quiero ir a España —confesó tajante.

—¡Es la oportunidad de tu vida! —Margaux trató de contagiarle su entusiasmo—: ¡Conocerás a nobles y puede que a los reyes! ¿Quién nos lo hubiera dicho cuando éramos pequeñas, Suzette?

Ese era el problema para Suzette. Que nunca se le había pasado por la imaginación algo así: por supuesto que había deseado ver mundo, pero ahora que ese sueño se le ofrecía se daba cuenta de que llegaba cargado no de alas, sino de cadenas. Ella nunca había sido socialmente ambiciosa, como su hermana; incluso en ocasiones se había sentido abrumada por lograr más de lo que había podido soñar. Que, tal vez, con Belmont habría sido feliz en Nueva Orleans y, si no hubiera muerto tan joven, estaría ahora allí criando a Adrienne y a los otros hijos que hubiera tenido con él, reuniéndose con sus amigas, con las que quizá no habría discutido. Que, tal vez, habría deseado para sí la vida de su madre, Blanche, con sus preocupaciones cotidianas.

Se había sentido a menudo como la viajera de un barco sobre las aguas encabritadas de un río crecido: no podía frenar ni dar marcha atrás. Pero algo tenía claro: con Ishcate siempre había sido feliz. No se alejaría más de Luisiana sin saber con certeza qué le había sucedido. Su corazón la advertía de que la distancia no serviría ni para olvidarlo ni para sosegarla.

Margaux la miró a los ojos y le habló con firmeza, como si su pensamiento fuese transparente para ella.

—Olvídate de él. No me alegra la muerte de nadie, pero en este caso debo reconocer que me alivia. Por fin podrás vivir tu vida.

—Mi vida era él —murmuró Suzette de modo apenas perceptible —. Mi vida es él. —Se negaba a hablar de él en pasado.

—Tonterías de juventud. Un indio no merece los pensamientos de una señora como tú.

—No pienso ir a España. —No se alejaría de Luisiana ni un palmo más sin la confirmación real de que Ishcate ya no respiraba en este mundo—. ¿Qué puede hacer Sebastián? ¿Llevarme a la fuerza?

—A nadie le conviene tu obstinación. ¿Eres consciente de las consecuencias de las habladurías? —Margaux intentó mostrarse firme, pero al mirar los ojos de su hermana los descubrió vidriosos y no tuvo fuerzas para insistir. Habían pasado muchas noches juntas, en la misma alcoba: sabía que tenía que estar destrozada para llorar. Dejó escapar un suspiro de derrota—. Muy bien, trataré de ayudarte.

Margaux empleó todo tipo de argumentos para convencer a su cuñado de que Suzette se quedase, al menos, en La Habana. Guillermo todavía no había cumplido nueve meses, era demasiado pequeño para un viaje tan largo y los inviernos en Madrid eran fríos. Y en cuanto a Suzette, su exagerada añoranza por su tierra y su gente podría hacerla enfermar.

Sebastián accedió a que Suzette no lo acompañara, pero se negó a dejarle firmado un salvoconducto para viajar a Nueva Orleans. Era su manera de castigarla: no iría a Madrid, pero tampoco a su tierra natal.

Suzette le dedicó una fría despedida; no iba a perdonarle que dispusiera de su vida prohibiéndole ir a Luisiana. Dudaba que la separación, como decía Margaux, pudiera frenar su deteriorado matrimonio.

Girard, que regresaba a Nueva Orleans, se sentía un poco triste por haber defraudado a su hija, por no haber sabido reaccionar como ella hubiera esperado de él, por anteponer su propio beneficio económico y el prestigio y el estatus social de ella a su felicidad. No era estúpido: siempre había sabido que a Suzette e Ishcate los unía una relación especial. Los hijos tendían a pensar, de manera equivocada, que la vida no era la misma para ellos que para sus padres, como si estos nunca hubiesen sido jóvenes o la experiencia no les hubiese enseñado a comprender más allá de lo aparente. Pero cuando los sentimientos se desbocaban, era mejor acudir al auxilio de la razón. La muerte de Ishcate había llegado en buen momento. Una excesiva añoranza de su tierra y el recuerdo de un amor imposible eran malos compañeros de camino. Girard estaba convencido de que, con el tiempo, Suzette lograría olvidarse de ese pasado que ningún

bien le hacía y aprendería a encontrar la paz en su familia.

—Mira siempre hacia delante, nunca hacia atrás —le dijo cuando al fin llegó el día de la despedida. Estaban de pie en el muelle mientras el oleaje azotaba los costados del barco como si tratara de despertarlo—. Es lo que he aprendido en mis cincuenta y seis años de vida. En mi viaje a Francia visité la aldea donde nací. Pensé que mis antepasados se sentirían orgullosos de lo lejos que han llegado sus descendientes. Has heredado el orgullo de los Girard y la simpatía de los Bonnet. Con esa combinación saldrás adelante siempre, pase lo que pase.

Suzette se abrazó a él con fuerza.

—Llévame contigo, padre.

—No puedo, hija mía. Tu marido no lo permite.

—¡Deberías haberme enseñado que el matrimonio es una prisión para la mujer!

—No seas injusta, Suzette —replicó él con el ceño fruncido—. Cuántas querrían estar en tu lugar. No te falta nada.

—¡Me falta mi libertad! —«Mi libertad y mi aliento», pensó—. Los hombres no pedís permiso para viajar.

—Necesitamos salvoconductos...

—Sabes a qué me refiero.

—Yo no redacto las leyes, hija mía.

—Por favor, padre. Dime que Ishcate no ha muerto. Solo eso. —Lo miró a los ojos—. Prométeme que te informarás y me escribirás.

A Girard le dolía la desesperación de su hija como si fuera propia. Manteniendo su mirada, le dijo:

—Te lo prometo.

Suzette rezaba para que estuviera vivo. No le pedía tanto a Dios. Aunque no pudiera verlo nunca más; aunque ese fuera su castigo por anteponer el amor de Ishcate a su sagrado matrimonio.

Solo suplicaba que estuviera vivo.

Durante meses aguardó una carta de su padre que le trajera noticias sobre Ishcate que nunca llegó. Iba al puerto, miraba al mar en dirección al oeste, en dirección a Luisiana. Contaba las horas, los días, los meses. Gracias a sus tres hijos continuaba adelante. Por ellos y por sus sobrinos, los hijos de Margaux, se esforzaba en parecer alegre. Y, de vez en cuando, visitaba a Oliver Pollock, encarcelado allí, para hacerle compañía y recordar con él los buenos momentos pasados en

Luisiana.

La prisión de los deudores se encontraba en los sótanos de uno de los grandes edificios oficiales de la plaza de armas, a poca distancia andando de su vivienda. En el exterior el sol siempre iluminaba y calentaba todos los rincones, incluidos los de las almas de los paseantes; en el interior de la pequeña y húmeda celda de piedra, ningún rayo lograba atravesar la reja del ventanuco. A Suzette le sobrecogía el aspecto del hombre, cuyas facciones no podían estar más afiladas por la extrema delgadez. El cabello que le quedaba se había vuelto completamente blanco. No llegaba a los cincuenta años y parecía un anciano.

Suzette, que también se sentía encarcelada en esa isla, aunque pudiera disfrutar de la luz del sol y los paseos, sabía que sus visitas lo animaban. La recibía con una sonrisa y los ojos le brillaban con afecto.

—Prefiero mil batallas a este encierro, querida Suzette —le decía —. Lo único que hago es escribir cartas al Congreso americano para reclamar lo que se me debe. Las deudas que contraje fueron para ayudar a la causa de mi país. ¿Cómo puedo solucionar este embrollo si al estar encarcelado se me ha privado de la posibilidad de trabajar?

Cuando lo escuchaba, Suzette pensaba en las ironías de la vida. Pollock había luchado contra los mismos enemigos que su marido y el gobernador Gálvez y, sin embargo, estos disfrutaban de honores mientras el preso había perdido todas sus propiedades.

También en el ambiente húmedo de la cárcel recordaba a Ishcate. De un lugar como aquel lo había rescatado ella con la ayuda de Margaux, la misma noche de su boda con Belmont. Qué lejos en el tiempo quedaba todo aquello. Cada vez que, por cualquier causa, pensaba en él, la invadía una súbita e inmensa pena.

Tenía que hacerse a la idea de que Ishcate había muerto. Si su padre no le había escrito era porque era cierto. Debía continuar con su vida. Acostumbrarse a una vida sin él. Resignarse.

Como si un río pudiese por voluntad propia frenar su curso.

Como si eso fuera posible.

La Habana, febrero de 1785

Un año y medio después de su marcha, Sebastián regresó. Adrienne y Estelle disfrutaron desde el primer momento de los regalos que les

trajo y de todas las anécdotas que les contó del viaje y de España. A Guillermo, de dos años, le costó aceptar las carantoñas de aquel extraño.

Suzette lo encontró cambiado. Había ganado peso y había cansancio en su mirada.

—Espero que hayas empleado mi ausencia para recapacitar, Suzette —le dijo él una fresca tarde de febrero mientras paseaban cerca de los muelles unos pasos por detrás del matrimonio Durán—. Me debo a mi trabajo y a mi país. Sabías esto cuando nos casamos. Os he echado mucho de menos, a los niños y ti. No volveré a separarme de mi familia tanto tiempo, pero tampoco puedo obligarte a seguirme. Pronto partiré a México, con Gálvez. El rey lo envía allí como virrey, para sustituir a su padre, que falleció. Seré el secretario del virrey de Nueva España.

Suzette se quedó sin palabras. Le costaba asimilar esa información. Nueva España era un territorio inmenso que se extendía desde la zona más alejada de Luisiana y gran parte de Norteamérica hasta el centro de América. Incluía los reinos de México, Nueva Galicia, Nuevo León, Yucatán y Guatemala y los territorios de las Californias, Nueva Navarra, Nuevo Santander, Nueva Vizcaya, Nueva Extremadura, Nueva Filipinas, Nuevo México, Florida y Luisiana, además de las islas de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y Filipinas. Su marido tendría muchísimo trabajo en su nuevo destino. Y muchos compromisos sociales. Y, no obstante, si no había comprendido mal, le ofrecía la libertad de elegir.

—México está lejos para que vayas y vengas con frecuencia a visitarnos...

Sebastián se detuvo, se situó frente a ella y la miró fijamente para que asimilara bien sus palabras:

—Creo que no me has comprendido. Yo me iré con Estelle y Guillermo: son mis hijos y me pertenecen. Me gustaría que Adrienne y tú vinierais con nosotros, pero no te obligaré. Es tu decisión.

Suzette cerró los ojos unos instantes para pensar. En ningún momento se le había pasado por la mente que tuviera que enfrentarse a esa tesitura. Sebastián le ofrecía una libertad que no podía aceptar. Jamás abandonaría a sus hijos. Pudo haberlo hecho antes, cuando Ishcate la había rescatado del secuestro de Colbert, y había elegido sin dudar seguir con ellos. Recordó entonces cuando de pequeña le dijo a

su padre que ella no quería vivir en otro lugar que no fuera la calle Dauphine de Nueva Orleans y dejó escapar un suspiro. La vida se empeñaba en alejarla de lo conocido, lo controlado, lo añorado, lo deseado. Intuyó y comprendió que no había argumentos para no acompañar a su marido. Los niños, incluido Guillermo, eran lo bastante mayores para resistir un viaje e Ishcate pertenecía al pasado. Debía retomar su vida. Convencerse de cuál era su sitio en el mundo.

Al igual que su marido seguía a Gálvez, ella debía seguir a su marido. Era así de sencillo. Dependía de él.

El matrimonio Durán aflojó el paso para esperarlos. Margaux, que confiaba en que el reencuentro entre los esposos sirviera para reconducir su matrimonio, se alarmó al ver la expresión de su hermana.

—¿Sucede algo?

Suzette forzó una sonrisa.

—Nos vamos a México.

Sebastián la miró con expresión satisfecha. Su amenaza había funcionado. No se sentía orgulloso de haber empleado a sus hijos para que Suzette tomara una decisión, pero no le había quedado otro remedio. Le dolía esa distancia entre ellos; él jamás había dejado de quererla, pero sentía que seguía sin llegar a ella. Tal vez con el tiempo Suzette se diera cuenta de que era lo mejor para la familia.

—Gálvez será el nuevo virrey —explicó él—. Me ha pedido que lo acompañe.

Tomás Durán le dio un breve y afectuoso abrazo y le palmeó la espalda, mientras que a Margaux se le heló la sonrisa en el rostro. La carrera de su cuñado seguía elevándose, y en cambio la de su esposo, que había cumplido ya los sesenta y ocho años, declinaba: en esos días se estaban preparando para ir a Málaga, pues Tomás deseaba retirarse en España, en su patria. Reaccionó con forzado regocijo y comenzó a hablar muy deprisa:

—¡Cuánto me alegro por vosotros! —Abrazó primero a Sebastián y luego a Suzette—. ¡Qué noticia tan maravillosa para toda la familia! ¡Ya veréis cuando se enteren padre y madre! ¿Cuándo os iréis? —Volvió a abrazar a Suzette—. Tendrás que prepararte mucho, estudiar para conversar con conocimiento cuando viváis en Ciudad de México, y renovar tu vestuario.

Suzette asintió entristecida porque había recuperado un momento

desagradable del pasado. Había reconocido en su hermana la misma mirada de envidia que no logró reprimir cuando Belmont Fournier no la sacó a bailar a ella.

Su propia hermana deseaba para sí lo que ella regalaría con gusto. Llegar a lo más alto. Codearse con virreyes. A pesar de amar a Tomás y a sus hijos, a pesar de gozar de una vida más lujosa de la soñada de niña, sus sentimientos más íntimos la habían delatado.

Qué extraña era la naturaleza humana, pensó Suzette. Resultaba fácil aplacar el hambre en el estómago, pero el alma era insaciable.

Su hermana la envidiaba, siquiera fugazmente. ¡Ah, si pudiera verla por dentro, no lo haría!

Sería inconcebible que quisiera para sí una milésima parte de la inmensa e insoportable sensación de tenuidad que la consumía.

42

Saint Louis, Alta Luisiana, junio de 1785

Ishcate no había estado nunca en una boda europea, y se encontraba fuera de lugar en aquella porque era el único indio, pero no había podido rechazar la invitación de Étienne Dubois que, con treinta y seis años y padre de un mestizo, se casaba con la hija de un rico comerciante.

Étienne se había portado muy bien con él. Para empezar, le había salvado la vida por segunda vez tras el ataque de Colbert, hacía dos años. El francés había navegado río abajo rumbo a Nueva Orleans y, al enterarse de que después de la refriega se habían llevado a Ishcate al poblado quapaw, había hecho un alto en esas tierras para despedirse de él y rezar ante su tumba. Su sorpresa había sido mayúscula al encontrarlo aún con vida. A pesar de las escasas posibilidades de supervivencia, se lo había llevado con él a la ciudad, donde lo había operado un médico excelente. La bala le había impactado cerca del corazón, pero el Gran Espíritu no había querido que este se detuviera.

Se llevó la mano al cuello. Después de tanto tiempo seguía haciéndolo, aun cuando de allí ya no colgara la cadenita con la medalla que le había regalado Suzette. Al despertarse tras la operación reparó en que no la llevaba. Pensó que se la habían robado al tomarlo por muerto. Se sentía desnudo sin ella.

Le había costado meses restablecerse por completo y, tras una visita a sus hijos y a su hermano en el poblado de Arkansas, había decidido aceptar el ofrecimiento de Étienne de custodiar sus envíos a Nueva Orleans y la compra de mercancías de vuelta hacia Saint Louis. Había estado muy cerca de la muerte y se había prometido que, si sobrevivía, retomaría sus vínculos con Kaskaskia, su tierra natal. Tal vez algún día, cuando sus hijos fueran más mayores, se estableciera definitivamente allí con ellos, pero no ahora.

Tras la celebración religiosa, Étienne había organizado una

comida en la granja de su madre. Ishcate nunca lo había visto ni tan alegre ni tan elegante. Llevaba un chaleco de brocado de seda y una levita plisada, y un pañuelo al cuello del mismo color coral que el vestido de su joven esposa, a quien doblaba la edad. En un momento que coincidieron en el porche, Étienne, un poco achispado, le palmeó la espalda.

—Amigo Ishcate, ¿cuántos años hace que nos conocemos? ¡Más de veinte! ¡Seguro que tú también pensabas que ya no me casaría y mírame! ¡Por fin estoy preparado para fundar mi propia familia! Me siento afortunado. Ojalá algún día tú también encuentres a una mujer tan hermosa y de buenos sentimientos como la mía... y como Kawutz... —Guardó silencio un instante al recordar el horror del ataque a Saint Louis, de cinco años atrás—. Nunca olvidaremos vuestra ayuda en la defensa de la ciudad. En fin, nos hacemos mayores... Hazme caso y abre tu corazón.

Ishcate esbozó una sonrisa, pero no dijo nada. Realmente la bebida había soltado la lengua de Étienne, de normal serio y callado. También su hermano Maughquayah le insistía en que tomara esposa, pero él no tenía ninguna intención de hacerlo. Había conocido la turbulenta felicidad con Suzette y, después, la calma con Kawutz. Había hombres que no sabían estar solos, que se casaban al poco de enviudar. Él se había acostumbrado a la soledad.

—Recuerdo haber envidiado a monsieur Girard por los buenos casamientos de sus hijas —continuó Étienne—. Pues ahora el mío también me proporcionará buenos ingresos. Después de tantos esfuerzos llegan los resultados. Me alegra que hayas aceptado encargarte de mis envíos a Nueva Orleans, así podré centrarme en los negocios del norte.

Étienne y su hermano Benoît se habían adaptado a los nuevos tiempos. Al norte de Saint Louis, los británicos del Canadá a ambos lados del Misisipi copaban el comercio y superaban a los rivales españoles. Tenían menos restricciones del gobierno y pagaban menos impuestos. Como otros comerciantes residentes en territorio español, los hermanos Dubois usaban, pues, la vía de Canadá para exportar pieles a Londres desde Montreal. Y no hacían ascos a los tratantes ingleses, que pagaban precios altísimos por buenas pieles. Además, el clima fresco del norte restaba pérdidas por deterioro en el transporte; de modo que, aunque la ruta fuera más larga, salía a cuenta. Sus

ganancias no hacían más que aumentar.

Ishcate era muy consciente de que las lealtades no importaban cuando mediaban el dinero y el interés. En el plano político, franceses e ingleses siempre se habían enfrentado en las guerras. La vida cotidiana, no obstante, la regían la practicidad y la conveniencia. Cada uno luchaba por su propio beneficio. Él seguiría trabajando para los Dubois siempre y cuando conservasen la ruta de Nueva Orleans, que solo implicaba tratos con franceses o españoles.

Cécile se acercó a ellos. Rondaba los cincuenta años y sus cabellos ya eran blancos, pero seguía transmitiendo una sensación de fortaleza. El calor hacía brillar su piel tostada por el sol.

—Hemos tenido mucha suerte con el día —dijo—; mis huesos me avisan de que se acercan tormentas. —Se dirigió a Ishcate—. Ahora que vas a trabajar con nosotros, ¿por qué no alquilas una casa aquí para que Sarazen y Couroway asistan a la escuela?

—Prefiero que conozcan las costumbres indias. Están bien con la familia de mi hermano Maughquayah. Cuando sean hombres, ya decidirán ellos su camino.

—Si tú supieras leer y escribir y cuatro nociones de cuentas, podrías tener tu propio negocio, Ishcate. Dales esa oportunidad. El futuro será diferente a lo que hemos conocido.

—Enséñame tú, Cécile, y te prometo que yo les enseñaré a ellos. Estoy seguro de que serás buena maestra.

Cécile soltó una risita y estrechó su mano para cerrar el trato.

Comenzaron con las clases al día siguiente de la boda cuando, tal como habían anunciado los huesos de Cécile, llegó la lluvia. Durante dos semanas llovió sin parar. Una tormenta seguía a otra y tan pronto las nubes descargaban un agua furiosa como se extendía una neblina húmeda que regaba mansamente la región durante horas y horas. No se podía hacer nada salvo atender a los animales domésticos y permanecer en casa. Cécile enseñaba bien, con claridad y concreción, e Ishcate, que se había quedado unos días con ellos, era rápido aprendiendo.

Jamás hubiera pensado que aprender a leer y a escribir fuera tan difícil y, a la vez, tan excitante. Le parecía que se le abría un mundo nuevo, desconocido, intrigante. Letras y palabras unidas por algo tan simple como la tinta. Sus pensamientos sobre un papel. La imaginación se le desbocaba. Más que con un posible negocio, soñaba

con que algún día podría sorprender a Suzette escribiéndole una carta. La imaginaba recibiéndola dondequiera que estuviera y sonriendo al leer todo lo que él le contaría después de tantos años sin verse. Los cambios de la naturaleza sobre la tierra de Luisiana. Sus hijos creciendo. Él, añorándola. Le contaría la tristeza que le producía el deterioro de Kaskaskia, como si estuviera bajo el influjo de una maldición.

De casi doscientas propiedades que había hacía unos cinco años, apenas quedaban cuarenta. Le preguntaría a Suzette, que tanto habría aprendido de los oficiales españoles por su marido, qué consejo le daría a un jefe como él, sin pueblo al que dirigirse. Qué consuelo le ofrecería a un jefe, como él, que había aceptado un trabajo fijo de los blancos. ¿Comprendería ella su decepción? ¿Su sensación de traición a sus raíces? ¿O alabaría su buen juicio y su orgullo por mantener el equilibrio entre el pasado y el presente, por adaptarse a esos nuevos tiempos de los que todos hablaban, aunque no tuvieran del todo claro cuál era la novedad salvo la aceptación sumisa de lo que llegaba según las instrucciones de quienes ostentaban el poder?

La tinta, el papel y la sensación de ir dominando la palabra escrita lo estaban convirtiendo en un hombre más reflexivo.

Una tarde Étienne entró en la casa de su madre con el rostro desencajado.

—Que Dios nos ayude —dijo con un hilo de voz—. No he visto nada igual en toda mi vida. El río...

Junto con el deshielo anual, las persistentes lluvias de las últimas dos semanas habían ido acrecentando el caudal de los afluentes del Misisipi, que se hincharon a su máxima capacidad. Como consecuencia, el Misisipi se desbordó, anegando leguas y leguas de tierra más allá de sus orillas. Resultaba difícil conocer la magnitud de la desgracia; lo poco que sabían procedía de quienes llegaban desde Ste. Geneviève porque lo habían perdido todo.

Pasaron semanas hasta que Ishcate pudo viajar a Kaskaskia. Contempló los daños causados por la gran riada y pensó que realmente su tierra natal estaba bajo los efectos de una maldición. Las aguas desbordadas del Misisipi habían inundado todos los edificios de la antigua población francesa. Si muchos franceses ya se habían reubicado en el lado español, en la creciente Cahokia o en Saint Louis —hartos de la anarquía imperante y de los abusos del sustituto de

Clark—, con más razón se irían ahora. Y eso por fuerza afectaría a su pueblo, unido por comercio y cercanía a su homónimo francés. No creía que ese año los kaskaskia pudieran trocar sus productos con sus vecinos, que bastante suerte tendrían si podían salvar algo de sus propiedades.

El río Kaskaskia también se había desbordado. Vio que su gente había trasladado las tiendas a una legua de distancia del emplazamiento anterior. Algunas mujeres, previsoras, estaban ocupadas en pequeños huertos. Unos pocos niños correteaban tras unos perros. Percibió una sensación de placidez, a pesar de lo sucedido; después de la tormenta llegaba la calma, y con ella el denuedo por continuar adelante hasta el siguiente temporal. Le extrañó la ausencia de hombres. Se dirigió a un par de ancianos sentados al sol, los saludó y preguntó por Ducoigne.

—Está de caza —le explicó uno—. Habrá que secar mucho búfalo para pasar el invierno.

Ishcate les entregó unos fardos con simiente, sal y algunas herramientas que les había traído de Saint Louis.

—¿Te quedas con nosotros, Ishcate? —preguntó el otro—. Necesitamos jefes fuertes.

Él negó con la cabeza. Amaba Kaskaskia, pero hacía tiempo que sabía que con Ducoigne solo cabía la discusión. Tal y como hizo en otros tiempos con los ingleses, ahora Ducoigne seguía obsesionado con cooperar con los americanos, en la creencia de que la buena voluntad sería recíproca, mientras los jóvenes kaskaskia marchaban a lugares más apetecibles. A veces Ishcate pensaba que el gran jefe miraba más por sí mismo, por lo que podía sacar de los americanos, que por su pueblo.

—Decís que necesitáis jefes fuertes, pero os complace cómo os dirige Ducoigne.

—Él vive entre nosotros —le recriminó el primero—. Criticas su actitud porque vas y vienes a tu antojo. Pareces un *peehkiyani.*

—*Pihkihsiiwaani!* —protestó Ishcate—. ¡No soy un forastero!

—Sueñas con lo imposible. Los tiempos gloriosos de nuestros antepasados no regresarán, Ishcate, y los sentimientos, por nobles que sean, no bastan para sobrevivir. ¿Acaso no negocias tú con franceses y españoles? Eso mismo ha hecho Ducoigne con ingleses y americanos y los kaskaskia aún seguimos en nuestras tierras.

Ishcate recibió la reprimenda con actitud respetuosa. Esperó a estar de nuevo a lomos de su caballo para dar rienda a su ira. Se alejó de Kaskaskia al galope. A los ancianos se los escuchaba por su sabiduría, pero lo que él había percibido en aquellos con quienes acababa de conversar era resignación y mansedumbre.

Sin embargo, su rabia tenía su origen en algo más profundo, en algo que se resistía a reconocer: él compartía mucho con aquellos a quienes criticaba. Se había acomodado a los nuevos tiempos de los europeos. Había comerciado con ellos y ahora trabajaba para ellos. Había aprendido sus costumbres y ahora estaba aprendiendo a leer y escribir. Y lo más relevante: le había entregado el corazón a una francesa y sabía que renunciaría por completo a su alma con tal de poder mezclar su sangre con la de ella.

¿Con qué derecho se permitía juzgar a Ducoigne y a otros como él?

El único derecho que tenía era el de seguir su propio camino y esforzarse por respetar el de los demás.

Ciudad de México, junio de 1785

Suzette tenía ganas de llegar a la que sería su vivienda tras unas semanas agotadoras.

Habían desembarcado en Veracruz hacía casi un mes. Allí habían estado cinco días; luego habían ido a Perote, Puebla, Tlaxcala, Hacienda Buenavista, Apan, San Juan de Teotihuacán y San Cristóbal y, antes de entrar en la capital, se habían detenido en el santuario de la Virgen de Guadalupe, protectora de México. En todos los lugares, la llegada del nuevo virrey, Bernardo de Gálvez, y su esposa, Félicitè de Saint Maxent, había causado expectación.

Por la ventanilla del carruaje en el que viajaba con Sebastián y los niños, Suzette observó con detenimiento el que ahora sería su mundo: el centro de la Ciudad de México. De los barrios de humildes habitaciones, estrechas y de mala construcción donde vivían los indios, negros, mulatos y mestizos, trabajadores de las minas, labradores de las tierras cercanas y artesanos, habían pasado a avenidas con soberbios edificios, a través de cuyos portalones abiertos se divisaban grandes zaguanes y patios, donde vivían las clases privilegiadas, los ricos hacendados y comerciantes, los empleados más

honoríficos del virreinato, de la Audiencia, de la Real Hacienda y de las jerarquías eclesiásticas. El contraste le pareció aquí mucho más evidente que en Nueva Orleans o La Habana, donde todo parecía más mezclado, menos delimitado.

Una vez instalados en una amplia y lujosa vivienda cerca del palacio, los días se sucedieron según una pautada rutina que sorprendió a Suzette por cuanto su marido parecía otro hombre.

Acostumbrada a que siempre estuviera reunido por cuestiones de trabajo y a su carácter prudente y juicioso, Sebastián se sumaba ahora a todos los planes festivos del nuevo virrey. Iban a espectáculos o bailes en el teatro del Coliseo y a corridas de toros. Paseaban a pie por los portales de Flores y Mercaderes, donde se comercializaban telas, joyas, especias, porcelanas y artículos de lujo europeos, y por los jardines de la Alameda.

Una tarde asistieron a un entretenimiento muy peculiar. El editor y el impresor de la *Gazeta de México* , sabedores de la afición del virrey Gálvez por los globos aerostáticos, llevaron uno al patio principal de palacio. Era perfectamente esférico, de veinte varas de circunferencia y cuarenta y ocho libras de peso. En cuatro filas habían puesto faroles y varias invenciones de fuego. El globo se elevó y, al poco, para regocijo de los hijos del virrey y de Adrienne, Estelle y Guillermo, pudo leerse un letrero de luces que decía, en ese idioma que los niños veían como propio gracias a su padre y que Suzette iba aprendiendo poco a poco: VIVAN SUS EXCELENCIAS .

El artefacto fue tomando gran altura antes de comenzar a desplazarse hacia el noreste.

—¿Por qué tanta diversión y tanto agasajo al virrey, Sebastián? —le preguntó Suzette en un susurro—. ¿No temes que el pueblo tache a los españoles de extravagantes, cuando has visto con tus ojos la miseria en la que viven muchos? No recuerdo que los Gálvez fueran así de ostentosos en Luisiana...

De manera instintiva, él se llevó una mano al abdomen y su mirada se ensombreció un poco.

—¿Qué probabilidades había de que yo, entre todos los de mi promoción, llegara a gozar de estos privilegios? ¡Disfrutemos de los buenos tiempos, Suzette, antes de que los arrastre el viento, como este globo! Por alto que vuele, se precipitará al vacío.

Como si las palabras de Sebastián hubieran sido premonitorias, a

los dos meses de estancia en Ciudad de México el horror se extendió por el territorio. Su origen fue algo tan inaudito, tan incomprensible, que solo podía atribuirse a la intervención del mismo diablo. Tras una salvaje sequía, una noche de finales de agosto una súbita helada destrozó la cosecha de maíz. El hambre y la enfermedad arrasaron los pueblos dejando a su paso miles de muertos.

Durante el otoño de ese año y el comienzo de 1786, el virrey tomó medidas urgentes. Controló hasta el último grano disponible; recaudó donativos; condonó impuestos a granjeros y campesinos; ordenó que alimentasen con alfalfa a los animales de carga y que se redujeran los viajes en carruaje para ahorrar en el gasto de maíz; y estableció precios públicos para zanjar la especulación de los ricos comerciantes y hacendados. Había que evitar a toda costa que miles de indios y campesinos abandonaran sus tierras y se dirigieran a la ciudad en busca de alimento.

A pesar de estos esfuerzos, en primavera la ciudad se llenó de hambrientos, que fueron atendidos en hospicios o contratados en obras si tenían fuerzas.

Después surgieron las epidemias. Cientos de personas morían cada día de todo tipo de fiebres malignas y los cementerios de las poblaciones se quedaban pequeños y había que construir nuevos.

Las desgracias ajenas hicieron que Suzette prestara menos atención a sus sentimientos y a su nostalgia por Luisiana. Se centró en apoyar a Sebastián, que anteponía su obligación a su propia salud. Apenas encontraba tiempo para comer y por la noche se desplomaba en la cama, agotado. Suzette valoraba la entrega de su marido para que las disposiciones del gobierno se cumplieran y aliviar así el sufrimiento de la gente humilde; aunque aún se sentía lejos de él, volvió a recordar por qué lo había querido un día, por qué lo había admirado.

A mediados de año, afortunadamente, la situación comenzó a mejorar. Las lluvias anunciaron que la cosecha se salvaría. Y así fue.

Pero sucedió algo que nadie podría haber siquiera imaginado. El virrey Bernardo de Gálvez, de cuarenta años de edad, cayó gravemente enfermo en otoño. Lo trasladaron al palacio del obispo en la población de Tacubaya, unas ochenta leguas al noroeste, donde el clima era más seco, pero falleció allí el 30 de noviembre.

Sebastián se encargó de organizar el funeral en la ciudad,

conmocionada por la noticia y sumida en un duelo colectivo.

El cuerpo del virrey, amortajado con el uniforme de teniente general de los Reales Ejércitos y cubierto con el manto de la Real Orden de Carlos III, llegó de Tacubaya en una carroza flanqueada por doce alabarderos y escoltada por cien soldados a caballo con antorchas. Durante los tres días que permaneció abierta la capilla ardiente en el gran vestíbulo del palacio virreinal, tañeron las campanas de las iglesias y sonaron disparos de cañón cada media hora. El día del funeral un cortejo de militares a caballo y seis compañías de granaderos y gastadores, todos con el uniforme de ceremonia, se extendió a lo largo de media legua desde el palacio hasta la catedral mientras los tambores sonaban con las cajas destempladas. Dos de los caballos de Gálvez, que nadie montaba, lucían mantas negras bordadas con el blasón de la familia en el que se leía el lema «Yo solo» en recuerdo de su hazaña en Pensacola.

Suzette no había visto ni imaginado nada semejante en su vida. Se preguntó con una honda tristeza cómo habría sido el funeral de su amado, el jefe indio Ishcate. Desde luego, nada comparado con aquello.

A petición de su marido, los días posteriores al entierro Suzette hizo compañía a la viuda de Gálvez, que estaba en la recta final de su cuarto embarazo. Sabía por experiencia que no había palabras de consuelo en un momento así, de modo que se limitaba a sentarse a su lado y respetar en silencio sus lamentos. Una semana después del funeral Félicitè de Saint Maxent dio a luz a una niña. La ciudad cambió entonces los adornos de luto de balcones y almenas por elegantes cortinajes de damasco y banderolas y organizó un bautizo fastuoso, como si la celebración de la vida pudiera hacer olvidar rápidamente la tragedia de la muerte.

Suzette se contagió de ese deseo. A excepción de los primeros meses, recordaría su estancia en México como un tiempo de muerte y sufrimiento. El fallecimiento del virrey implicaba que habría cambios en su vida, puesto que Sebastián tendría que marcharse de México. Ignoraba cuál sería su nuevo destino, pero fuera el que fuese, ella esperaba poder regresar a Luisiana, al menos durante un tiempo.

La ilusión fue creciendo en su interior. Cabía la posibilidad de que a Sebastián le encargasen el gobierno de Luisiana. Ella rezaba por ello.

Sin embargo, las semanas pasaban y nada parecía cambiar.

Un día, a principios del nuevo año, Sebastián la informó de que por fin había recibido instrucciones desde España.

—El rey me pide que acompañe a la condesa viuda a España, como era el deseo de Bernardo. Nos iremos en primavera.

Suzette no pudo ocultar su decepción. Se veía nuevamente retenida por las circunstancias.

—Había pensado pasar un tiempo en Nueva Orleans —protestó —. Hace cinco años que no veo a mi madre y a mis hermanos. Ni siquiera conocen al pequeño Guillermo.

Sebastián frunció el ceño. En honor a la verdad, no tenía motivos para dudar más de Suzette. Aquella tentación de su pasado ya no existía. No hubiera encontrado mejor madre para sus hijos y, durante la estancia en México, había recuperado el carácter afectuoso que lo había enamorado. Y comprendía su añoranza, pues él también la sentía por el hogar en el que pasó su infancia.

—Podrías adelantarte y viajar a Luisiana —propuso—. Nos encontraríamos después en La Habana para ir juntos a España.

Suzette lo abrazó. ¡Por fin podía volver a casa! Tras la insoportable lentitud de las últimas semanas, el mundo se puso en movimiento a una velocidad vertiginosa para ella.

A principios de febrero de 1787 Suzette, sus hijos, Anne y Demba partieron de la Ciudad de México en dirección a Veracruz, donde tomaron un paquebote a La Habana. Desde allí otro barco los llevaría, por fin, a casa.

43

Nueva Orleans, marzo de 1787

Desde que hacía de intermediario de Étienne Dubois en Nueva Orleans, Ishcate ya había visto en una ocasión a Jérôme Girard. El padre de Suzette ya estaba al tanto de cómo Étienne le había salvado la vida. Por eso, esta vez Ishcate no comprendió su expresión de asombro al recibirlo, como si hubiera visto un espectro.

Notó a Girard desmejorado y con un abatimiento impropio en él. Era sabido en la ciudad que tenía sus cuantiosos bienes embargados por una acusación de contrabando y de haber defraudado los derechos devengados por la adquisición de mercancías y esclavos. El proceso había comenzado a los pocos meses de regresar de su viaje a Francia, tras haber estado preso en Jamaica. Sin embargo, desde que el asunto había sido derivado al Consejo de Indias, nada más se había sabido en los últimos tres años, aunque no se había levantado el embargo. Tal vez, pensó Ishcate, acabara de recibir malas noticias al respecto y de ahí su preocupación.

—Si no te encuentras bien, puedo regresar mañana —le dijo al percatarse de que pasaba la vista por los documentos tan deprisa que probablemente no retuviera la información—. Estaré varios días en la ciudad.

Como en la vez anterior, el propósito de Ishcate era despachar con Girard, detallarle la mercancía que traía en los barcos y entregarle las largas listas de los pedidos para Étienne. Los días que se tardaría en prepararlos se dedicaría a disfrutar de los recuerdos de Suzette y aprovecharía para hacer algunas compras personales con las que sorprender a sus hijos Sarazen y Couroway, de diez y ocho años respectivamente. Llevaría a su familia objetos útiles, regalos y comida y guardaría la mayor parte del dinero ganado por si algún día el destino le pusiera delante una buena razón para invertirlo. A veces todavía soñaba con aquella casa imaginaria que hubiera podido

compartir con Suzette. Por imposible que fuera, le reconfortaba pensar que, si algún día ella volviera a aparecer en su vida, podría cumplir con la parte material del sueño.

Por Girard había sabido que ella estaba en México y que lo daba por muerto. Por un lado pensaba que quizá fuera mejor así, cuando un abismo separaba la vida de ambos; por otro lado, lamentaba el dolor que tendría que haber sufrido, pues si hubiera sido al revés, a él le habría resultado insoportable. Tendría que encontrar el momento oportuno para preguntarle a Girard si la había sacado de su error.

—Repasaré los listados y, si te necesito, mandaré a buscarte —dijo entonces Girard, abstraído y con evidentes deseos de finalizar la conversación—. ¿Te alojas donde siempre?

Ishcate asintió. Se sentía a gusto en la casa de Alizée, la cuñada mulata de Suzette. Había dudado si atreverse a volver allí, pero el asesinato de René Dubois era un asunto olvidado en la ciudad. La mujer no había puesto reparos. En cuanto le daba la llave de la habitación, lo ponía al día de los acontecimientos más importantes de la ciudad.

—Supongo que las noticias de la muerte del virrey Gálvez habrán llegado también a las tierras del norte... —le dijo Alizée nada más verlo.

—Oí decir que había muerto, sí —dijo Ishcate—. Era joven todavía. ¿Afectará esto a Luisiana?

—Supongo que no.

Desde la marcha de Gálvez, Esteban Miró se había hecho cargo de Luisiana. Ishcate había visto al hombre en alguna ocasión. No gozaba de la fama de su antecesor, pero tampoco hablaban mal de él. Quizá la mayor recriminación que podía hacérsele fuera que estaba animando demasiado a los norteamericanos a asentarse en el territorio español, precisamente después de los esfuerzos de los últimos años por frenar la expansión americana tras la guerra de la Independencia. Pronto volvería a verlo. Los jefes quapaw Guatanika, Angaska y el hijo de Cazenonpoint, Wapatesa, habían bajado desde Arkansas con él para entrevistarse con Miró y necesitarían de sus servicios como traductor. Como jefe indio kaskaskia, también él pensaba sumarse a la petición. Querían pedirle que prohibiera llevar alcohol a Arkansas para terminar con los desórdenes que este producía en la zona. Que Angaska, gran bebedor, fuera consciente del pernicioso efecto del

alcohol entre los suyos y apoyara la petición agradaba a Ishcate; otra cosa era que cualquier medida que el gobernador adoptara surtiera efecto entre los comerciantes ávidos de dinero, los indios alcoholizados y las autoridades necesitadas de mantener la amistad de estos.

Alizée no se consideraba una cotilla —había cumplido su palabra dada a Suzette de que nunca hablaría del asesinato de René Dubois—, pero había una noticia que afectaba directamente a Ishcate. Dudó unos instantes. Se adentraba en terreno pantanoso. Por otra parte, sentía aprecio hacia su cuñada, que no se había olvidado de ella y le había enviado algún presente mexicano. Se decidió al fin:

—Los Girard esperan la llegada de madame Suzette en cualquier momento.

Ishcate se quedó mudo mientras en su corazón brotaban nuevas esperanzas que la mente trataba de arrancar antes de que echaran raíces. Suzette en Nueva Orleans. Él también. La ilusión llegó acompañada de súbitos nervios. Si lo había creído muerto durante tanto tiempo y nadie se lo había desmentido, ya habría superado el duelo y se habría acostumbrado a su ausencia. ¿Renacería en ella el deseo de volver a sus brazos? ¿De amarlo con la misma intensidad de antaño?

Acalló sus dudas y se hizo una promesa. No podría vivir tranquilo sin conocer las respuestas a esas preguntas. Si en el pasado reciente había dejado en manos del destino, o del Gran Espíritu, la posibilidad de que sus caminos se volvieran a cruzar, ahora tenía claro que no se movería de Nueva Orleans hasta que la viera.

La preocupación de Girard fue en aumento. Mientras esperaba el barco en el que había de llegar Suzette el último día de marzo, dudó si compartirla con Blanche. De su familia, solo su esposa estaba al tanto de que Ishcate seguía vivo. No había querido que alguien se fuera de la lengua y Suzette se enterase. Una noticia como esa debía permanecer en secreto.

¿Por qué tenía que estar ese hombre en la ciudad justo ahora?

Sus trabajadores le habían dicho que lo veían todos los días por los muelles con la excusa de vigilar el cargamento, cuando no había necesidad. Tal vez se hubiera enterado del regreso de Suzette, pero ¿cómo? ¿Acaso pensaba que podría verla? Sintió rechazo por su osadía, siquiera de pensamiento. Suzette era la madre de los hijos de

don Sebastián Orlac. Era del todo inconcebible que esos dos se reencontraran. Tal vez debería enfrentarse a él y exigirle que dejara a su hija en paz. Se imaginó una escena ridícula en la que lo amenazaba para que se volviera al norte, y la rechazó. ¿Quién era él para entrometerse en la vida de nadie? ¿Y si producía el efecto contrario? Tal vez lo mejor fuera confiar en el buen juicio de su hija: ya era mayorcita para saber cuál era su sitio y cómo comportarse.

—¿Y esa cara, querido? —le preguntó Blanche tomándolo del brazo—. Olvídate de los negocios por un día. Quiero que Suzette y nuestros nietos nos vean bien.

—Pensaba en Margaux, Pauline y Victoire —mintió él, decidido ya a no contarle nada—. Me pregunto si alguna vez en la vida podremos estar todos juntos.

Margaux vivía en Málaga, y las otras dos se habían casado con militares españoles con destinos fuera de Luisiana.

—Rezo por ello, aunque soy realista. Cuando los hijos crean sus propias familias, la vida se complica. —Blanche suspiró—. ¿Recuerdas cuando supimos que los españoles se harían cargo de Luisiana? No nos lo queríamos creer, Jérôme. Rechazábamos la idea. Luego tú fuiste hábil y supiste aceptarlo. Ahora, parte de nuestra familia es española. ¿Quién nos iba a decir que acabaríamos tan unidos a España?

Girard depositó un beso en su frente, pero no dijo nada. En el fondo, él era más sentimental que Blanche. Le producía tristeza pensar en el futuro. Sus ambiciones se habían colmado al casar a sus hijas con hombres influyentes, pero toda ambición suponía una renuncia. Ellas estaban ahora vinculadas a otra tierra y se debían a sus propias obligaciones contraídas por sus esponsales. La vida pasaba demasiado deprisa y él tenía ya sesenta años. Por un segundo deseó volver atrás en el tiempo, a aquellos días de risas familiares en el jardín de su primera casa en la ciudad, cuando esta todavía era francesa y el futuro se presentaba cargado de ilusión.

Los gritos jubilosos de los niños anunciaron que se acercaba el barco que traía de vuelta a Suzette a su amada Luisiana, directa a su tentación.

Suzette lloró al abrazar a sus padres y hermanos en el muelle de Nueva Orleans. Habían ido todos a recibirla, y a su lado Adrienne, Estelle y Guillermo asistían tímidos pero sonrientes a las demostraciones de cariño y alegría. Solo faltaba Gabriel y su familia, a

quienes vería un día en la plantación familiar. Su madre, que contaba cincuenta y dos años, se conservaba delgada, apenas tenía arrugas en la piel sonrosada de su rostro, y eran pocas las hebras grises en su cabello. El de su padre, por el contrario, lucía casi blanco, como sus pobladas patillas. Parecía cansado y le notó los hombros ligeramente encorvados.

Los criados cargaron el abultado equipaje y la familia Girard se dirigió a la plantación frente al lago Pontchartrain. Por deseo de Suzette recorrieron las calles más importantes de la ciudad. Estaba feliz. No paraba de hablar, de contarles a los hijos sus recuerdos de esos lugares que no veía desde hacía tanto. Adrienne también señalaba a un lado y otro y lanzaba exclamaciones alegres, ella misma sorprendida de recordarlo. Todo estaba exactamente igual. Las casas de madera con sus porches y sus balcones pintados. Las zanjas que bordeaban las viviendas. Las calles llenas de gente que se apartaba al paso de las caballerías. Y la luz brillante de Nueva Orleans, que le calentaba el alma. Solo al pasar por delante de la casa en la que había vivido con Belmont, entre las calles Conti y Bourbon, sintió un estremecimiento pesaroso. Allí había compartido hermosos momentos con él y había nacido Adrienne. Y allí se había amado con Ishcate, había planeado su viaje al norte para vivir con él y lo había esperado hasta que, al no recibir noticias, se había comprometido con Sebastián.

En la plantación familiar, los robles que flanqueaban el camino de entrada habían crecido mucho y las demás especies vegetales que habían arraigado y se habían desarrollado tanto en los últimos años transmitían una sensación de exuberancia y frescor. Los niños enseguida comenzaron a corretear de aquí para allá emitiendo chillidos de felicidad. Todos compartían un mismo ánimo alegre, excepto Anne, que no había abierto la boca desde la desembocadura del Misisipi. Suzette comprendió que necesitaba tiempo para adaptarse de nuevo. Los últimos recuerdos de la mujer en Nueva Orleans tenían que ver con la muerte de Bamboula.

Tras acomodarse en sus dormitorios, los recién llegados disfrutaron de una opípara cena. Aprovechando la buena temperatura, salieron luego los jóvenes y niños al jardín y Suzette y sus padres se quedaron en el porche que daba al lago. Blanche se convirtió en la cronista oficial de aquellos sucesos de Nueva Orleans que Suzette se

había perdido.

—Étienne Dubois se casó con una joven de buena familia. Cécile me contó en su carta que está muy contenta porque la muchacha ha aceptado que Étienne tenga un hijo con su criada india.

—Lo que tendría que haber hecho Étienne es casarse con la madre del niño.

—¡Qué cosas se te ocurren, Suzette! —Blanche sacudió una mano en el aire y continuó—: Me alegro de que a Étienne le vayan bien las cosas, ya que Leroux no fue tan afortunado. ¿Sabes que Ishcate trabaja con él ahora?

Blanche se detuvo, pero ya era demasiado tarde. Cuando comenzaba a hablar en confianza se olvidaba de qué podía decir y qué no. Cruzó una rápida mirada con su marido, que había palidecido.

Suzette sintió que la alegría se extendía por su cuerpo, como un río recrecido por las tormentas que, impetuoso, rellenaba todos los huecos a su paso.

—Ishcate —murmuró, tratando de controlar sus ganas de saltar y gritar—. Está vivo. —Se repitió estas dos palabras varias veces en segundos, como si fuese el estribillo de una canción que alegrara el ánimo.

—Por lo visto fue una confusión —dijo Blanche con naturalidad, ya que su error no tenía arreglo. De todos modos, tarde o temprano Suzette se iba a enterar. Cuanto antes, mejor—. Dice Cécile que es buen negociante y que ha aprendido mucho de cuentas. Resulta que ahora tu padre hace tratos con él.

Suzette miró a su padre con rabia. Le transmitió su decepción por haberla mantenido en el error, por haber consentido su sufrimiento. Le había suplicado que le escribiera si sabía algo de Ishcate. Solo eso, que no era tanto. Girard agachó la cabeza, avergonzado como un niño al que pillan en un renuncio, por muy seguro que hubiera estado de hacer lo correcto.

—Me alegro de que le vaya bien —dijo Suzette con forzada tranquilidad, mientras maquinaba cómo enterarse de dónde estaba e ir en su busca, aunque tuviera que recorrer Luisiana entera. No se iría de allí sin verlo.

Blanche sonrió, aliviada por la serena reacción de su hija, que no parecía especialmente afectada. Alguna vez su marido le había confesado ciertas sospechas sobre esos dos —por eso habían acordado

mantenerla en la ignorancia de su regreso de entre los muertos—, pero después de tanto tiempo ella creía que eso pertenecía a las insensateces de la juventud. Suzette había sido juiciosa y había sabido aprovechar las oportunidades de la vida. Confiaba en que continuara así. Cambió de tema.

—Tu hermano Gabriel está feliz y tranquilo ahora con su esposa e hijos en la ciudad. Llegué a estar muy preocupada por él. Los años en Galveztown fueron muy duros. Solo hablaba de inundaciones, hambre, enfermedades, deserciones, indios que aterrorizaban a los colonos y mataban a sus animales. Pobre gente. Irse a otro país sin nada, con la ilusión de empezar de nuevo, para tener que soportar tantas calamidades... Cuando uno se siente desgraciado, las comparaciones sirven para dar gracias a Dios por ser tan afortunado.

Suzette comprendió su mensaje. Para su madre, tan práctica, no había nada que no pudiera superarse siempre que hubiera medios económicos.

Entonces Girard se puso en pie.

—Como ya me sé todo esto, con vuestro permiso me voy con los nietos.

Suzette comprendió que necesitaba alejarse de ella para rumiar cómo disculparse por algo imperdonable. Que se fuera adonde quisiera; ella tardaría en volver a dirigirle la palabra. Lo vieron alejarse con paso tranquilo hasta la zona ajardinada donde los más pequeños jugaban a perseguir lagartijas. Blanche se volvió de nuevo hacia Suzette con una sonrisa afectuosa en los labios.

—Jeanne Fournier y Philippe Laurent esperan su cuarto hijo —continuó—, y los Bouligny ya tienen seis. ¿Sabías que a Bouligny lo han vuelto a ascender? Hace dos o tres años, cuando el gobernador Miró estaba de congresos con los indios en Mobila y Pensacola, quedó al cargo de la gobernación. Organizó una expedición que capturó al cabecilla de los cimarrones, ese tal Saint Malo. Lo colgaron en la plaza de armas y dejaron que el cuerpo se pudriera a la vista de todos para que sirviera de ejemplo. Fue muy desagradable, pero de alguna manera hay que hacerles comprender a los esclavos que pertenecen a sus amos.

Suzette lo sabía por su marido y por la correspondencia con algunas de sus antiguas amigas; como la primera vez que se enteró, no pudo evitar estremecerse al recordar el final de Bamboula. Prefirió

hablar de temas livianos. Se sentía tan inmensamente feliz por la noticia de que Ishcate estaba vivo que solo quería escuchar cosas hermosas.

—Mantengo correspondencia con Jeanne y Marie de la Ronde. Tengo ganas de conocer a mi ahijado. —Jeanne le había pedido que fuera la madrina de su hijo, que ahora tendría dos años, y ella lo había tomado como una muestra de afecto y había aceptado—. Y Marie me anunció su compromiso. Decía que se casaba en marzo. Siento no haber llegado a la boda por poco.

—Como él era viudo, hicieron una celebración sencilla. Nadie creía que Marie ya encontrara marido a su edad, pero la espera le ha valido la pena. ¡El notario Almonaster! Ya verás los cambios que ha hecho en la zona de la plaza de armas, donde viven. En unos viejos barracones franceses que compró ha construido viviendas y pequeños almacenes para alquilar. La construcción le ha salido barata porque ha empleado a sus propios esclavos, y la madera y los ladrillos son de sus propios bosques y hornos. Negocio redondo. Tu padre sentía admiración por él y algo de celos, por su fama creciente, pero ahora le ha cogido manía porque fue uno de los encargados de realizar el inventario de nuestros bienes embargados y tenemos que informarlo de cualquier transacción económica. ¿Te acuerdas de que cenó en casa la primera vez que vino Sebastián con el difunto Gálvez? Lo tenía en mi lista de posibles candidatos para ti. —Blanche rio brevemente y enseguida se puso seria—. Esto me recuerda que tendrías que ir empezando a pensar en Adrienne. Ya tiene casi trece años; no es edad para corretear por ahí con Demba.

El comentario de su madre hizo que Suzette recuperara aquellos momentos de su infancia, cuando hacía compañía al herido Ishcate en la cabaña del jardín de la primera casa familiar y le enseñaba francés. Odió los prejuicios, que levantaban muros entre las personas.

—Han crecido juntos, madre. Son como hermanos.

—Me he fijado en cómo la mira él. Ya no es un niño, sino un hombretón de dieciséis años tan alto y fuerte como su padre. Algo me comentó también Margaux en una de sus cartas, así que no son imaginaciones mías. Si no hablas tú con ella, lo haré yo.

Suzette sintió un súbito arrebato de furia contra Blanche y contra el mundo en el que le había tocado vivir. Desde que era madre había podido analizar, comprender y comparar la educación que había

recibido y la que proporcionaba a sus hijos. A diferencia de su madre, ella sí los había acunado entre sus brazos, besado todas las noches y consolado cuando lloraban. Deseaba que se sintieran libres y fueran felices el mayor tiempo posible, y que encontraran el amor sin obsesionarse por la cuestión económica. No era justo, pensó. Todavía no había resuelto su propia vida; todavía sentía que no había encontrado su lugar, el sentido de su existencia, y la sociedad —perfectamente representada en la figura de su madre— ya le estaba exigiendo que domara a su primogénita de trece años. Recuperó un recuerdo de su infancia, cuando Ishcate le aconsejó que se liberara de aquella pieza interior de su indumentaria que la oprimía y admitió que su concepto de educación difería del de su madre; que aquella faja era un símbolo de eso en lo que su familia y la sociedad la habían convertido: un ser para encajar, para complacer.

—De mi familia me ocupo yo —le soltó en un tono airado, incapaz ahora de no enfrentarse a ella.

Blanche, sorprendida por la reacción de Suzette, apretó los labios unos instantes. Pero quiso tener la última palabra:

—Y tu marido. Me alegra que Sebastián insista en que sus hijos se eduquen en España. Ahora lo más importante en tu vida es su educación y su futuro. Tus hijos sufrirán las consecuencias de todas las decisiones que tomes. —Se puso en pie para ir con Jérôme y zanjó—: Anteponer el capricho a la razón conduce al desastre en todos los ámbitos de la vida. No lo olvides.

Esa noche, cuando todos dormían ya, Suzette, desvelada, seguía dándole vueltas a cómo comenzar sus indagaciones acerca de Ishcate. Mientras se cepillaba el largo cabello castaño ante el espejo del tocador del dormitorio de la planta superior, pensó que al día siguiente iría a la casa de huéspedes de Alizée. En el pasado él solía alojarse allí cuando bajaba a la ciudad. Solo había dos personas que podían conocer sus andanzas: su padre y su cuñada. Y a su padre no le iba a preguntar.

Anne llamó a la puerta y entró en su dormitorio.

—¿Qué sucede? —le preguntó Suzette al ver su rostro sombrío.

—Alguien solicita verla, madame. Le he dicho que no son horas, pero ha insistido y no me corresponde a mí ni decidir ni juzgar.

Anne se dirigió a la puerta para dejar entrar a un hombre.

Suzette tuvo un pálpito y se puso en pie de un salto.

A esa distancia, a la tenue luz de las velas, su figura era todavía una sombra que encajaba perfectamente en las dimensiones de sus sueños. La hechura y la inconfundible forma de moverse del hombre correspondían a Ishcate. Ahogó un sollozo. Ya había llorado demasiado por él mientras se obligaba a acostumbrarse a su ausencia.

Ishcate se aproximó un poco, como si tuviera miedo, como si quisiera retrasar el momento en que la tomara entre sus brazos, porque sabía que el tiempo hacia otra despedida comenzaría a correr en el mismo instante en que lo hiciera.

—Suzette... —susurró con voz grave.

Incapaz de hablar, ella se limitó a mirarlo. Era su voz. La misma que sonaba en sus recuerdos cuando repasaba los días contados que había compartido con él en su vida. La misma que le erizaba el vello y rellenaba su interior de dicha.

Se acercó a él despacio, como si fuera una deseada aparición que pudiera desvanecerse al menor ruido. A cada paso las facciones de Ishcate fueron ganando nitidez.

«Ah, Ishcate. Eres tú. Estás aquí.»

Era él. Estaba allí. Ishcate. Su largo cabello oscuro. Su cuerpo alto y fuerte. Su piel herida por cicatrices. Él. Vivo. Esperando su reacción para reaccionar, para abrir los brazos e invitarla a que acudiera a su abrazo.

—Ishcate...

Suzette pronunció el nombre con devoción y se aproximó.

Él abrió los brazos y ella se refugió entre ellos; y después de meses de tristeza y soledad, después de años de separación, halló al fin el consuelo que necesitaba, el calor que revivía a su helado corazón, la salvación de la vida.

44

Nueva Orleans, mayo de 1787

Poco antes del amanecer de una cálida mañana de finales de mayo, Suzette apoyó una mano en el pecho de Ishcate y acarició la cicatriz del disparo que casi lo había matado.

—¿Cómo se dice «mi corazón» en tu lengua?

—*Ninteehi.*

Ella repitió la palabra, dando gracias a Dios porque ese día Ishcate solo hubiese perdido su cadenita y no la vida.

Alzó la mirada en busca de la de él.

Iba camino de los treinta y dos años. Había tenido tres hijos. Durante mucho tiempo había conocido el cansancio y la apatía. Cuando estaba con Ishcate, sin embargo, se sentía como una adolescente. El corazón le palpitaba alocado. Sentía la respiración entrecortada. Le faltaba el aliento.

—Ojalá el tiempo se detuviera en este instante —susurró.

Les habían sido concedidas varias noches a lo largo de dos meses para reencontrarse, para amarse, para convertir sus deseos, sueños y recuerdos en realidad. Con todas las precauciones posibles para no ser descubiertos, se habían visto entre la posada de Alizée y esa habitación en la casa de sus padres. El resto del tiempo ella había actuado con normalidad y cumplido con todos los actos sociales organizados por su madre y sus amistades, esperando con el corazón palpitante el mensaje de Ishcate a través de Anne, cómplice de sus encuentros.

Pero el tiempo se acababa para ellos.

Habían hablado de sus opciones, todas imposibles.

Ella nunca se separaría de sus hijos. Podría llevárselos al norte de Luisiana, como había hecho Cécile Dubois, pero Sebastián mandaría a los soldados. Sus hijos, la carne a la que ella había dado existencia, no le pertenecían según las leyes de los hombres. En cuanto a Ishcate,

aunque quisiera, él no podía viajar a España sin documentación. Y, desde luego, Girard se encargaría de que nadie se la diera. Sabía de sobra qué había llevado a Ishcate a quedarse en Nueva Orleans en lugar de acompañar a los barcos de Étienne de vuelta a Saint Louis. Suzette veía la recriminación constante en su mirada, la advertencia por su imprudencia, la incomprensión por una actitud que desafiaba las leyes de la moralidad, la incapacidad de detener esa locura sin provocar un escándalo social que dañaría el buen nombre de la familia, el deseo de que llegara el mes de junio y ella se marchara y la vida familiar continuara en paz.

Ishcate recorrió con las yemas de los dedos las facciones del rostro de ella.

—Doy gracias por este regalo del destino.

—Un regalo doloroso. Pensé que iba a volverme loca cuando creí que habías muerto y ahora tengo que renunciar de nuevo a ti.

—No podemos cambiar lo que ya ha sucedido y no tiene remedio —dijo él—. Lo único que me importa es que todavía me amas.

Suzette sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

—¿Por qué no puedo ser libre para tomar mis propias decisiones? Estas semanas no han sido suficiente. No me he saciado de ti. No podré resistirlo. No puedo volver con Sebastián.

Recordó el sentimiento de culpa al haberle sido infiel por primera vez en el poblado indio de Arkansas; ahora no tenía ninguno. Se había entregado a Ishcate sin dudas ni cargos de conciencia. Todo el amor de sus entrañas era para él.

Ishcate la atrajo hacia sí e inclinó la cabeza para besar sus labios, primero con avidez y después con ternura, como si allí estuviera el agua dulce y fresca de una fuente que le asegurara la vida.

—El agua hace olvidar el sufrimiento pasado del sediento y le permite seguir su viaje. Cumple ahora con tu obligación, Suzette. Volveremos a vernos. Si tardas en venir a Nueva Orleans, buscaré el modo de viajar a España.

—La sed regresará pronto, Ishcate —murmuró ella—; y yo estaré en el desierto.

Lo besó por última vez con el alma desgarrada. Tenía que despedirse ya de él. El equipaje estaba preparado. La luz del día no tardaría en clarear el horizonte. Le resultaba angustioso pensar que en unas horas estaría a bordo de un barco. Odiaría la estela que dejaría

atrás según fuera avanzando.

Y odiaría el mar y el cielo por conservar su brillante color mientras ella se apagaba lejos, muy lejos de Luisiana.

España, septiembre de 1787

Suzette interpretó la lentitud con la que el barco salió del puerto de La Habana como señal de lo que sería su futuro inmediato.

El reencuentro con Sebastián había sido cordial, aunque ella había tenido que hacer verdaderos esfuerzos para no rechazar su abrazo. Por su culpa se alejaba de su hogar natal y de Ishcate.

Los días en alta mar se sucedían envueltos en un tedio que chocaba frontalmente con la congoja que sentía en su interior. Podía culpar a su marido, a Dios y al mundo por dominar y dirigir su existencia, pero era ella al fin y al cabo quien había tomado la última decisión. En su imaginación Ishcate la raptaba y desaparecían por los bosques de Luisiana; o decidían embarcar en un barco pirata rumbo a una isla desconocida. Pero esas ensoñaciones nunca se convertirían en realidad. Por mucho que amara a Ishcate, el amor que sentía hacia sus hijos era sagrado. No se trataba de una cuestión de valentía o cobardía para enfrentarse a las normas: simplemente no podía abandonarlos.

La presencia de la virreina viuda de Gálvez le servía para establecer comparaciones y reconfortar su ánimo. Recordaba que la mujer había sido objeto de envidia de las jóvenes de Nueva Orleans por su matrimonio con el entonces gobernador Gálvez. Ahora tendría que sacar a sus hijos adelante sola y en tierra extraña, porque él había dispuesto que se educasen en España. Tal vez ella hubiese deseado regresar a Luisiana; a pesar de su dolor, sin embargo, mantenía un porte digno y elegante y procuraba resultar animosa en las conversaciones que compartían. No olvidaba la compañía de Suzette aquellos aciagos días que siguieron a la muerte de su marido, y la gratitud se había convertido en amistad.

Los hijos de ambas mujeres, niños y adolescentes, corrían, jugaban, chillaban y reían juntos por la cubierta del barco, con el alma abierta a cualquier novedad, ya fuera una nube, un nudo en un cabo, un rincón recién descubierto o un dibujo de la espuma del mar, mientras los adultos paseaban, meditaban, leían y charlaban en una rutina que duró tres meses, el tiempo que transcurrió hasta que

llegaron a la ciudad de Cádiz, en el sur de España, bajo un sol de septiembre tan implacable como el del día más caluroso de verano en Nueva Orleans. Suzette pensó que había tardado lo mismo en llegar a España que si hubiera remontado todo el Misisipi hasta Saint Louis: una misma distancia temporal podía ser motivo de apatía o de ilusión.

En Cádiz alquilaron unas berlinas en las que viajarían a Málaga, cuna de Bernardo Gálvez y su familia. El encargo de Sebastián de acompañar a la viuda de Gálvez hasta Madrid incluía unos días de estancia en Málaga, algo que Suzette agradeció porque podría reencontrarse con Margaux, que vivía en esa ciudad.

Durante el trayecto surgían en sus pensamientos, inevitablemente, las comparaciones entre Nueva Orleans y Luisiana y esa tierra que se tendría que convertir en su hogar y en el de sus hijos. Se desplazaban por una vasta región en la que serranías, campiñas esteparias y alomadas, dehesas, pastizales, olivares y viñedos diseñaban un paisaje hermoso y muy distinto a las tierras pantanosas de exuberante vegetación; una región en la que caminos carreteros y de herradura, veredas y trochas vertebraban el territorio en vez del Misisipi y sus afluentes; un país en el que algunas cortijadas, casas de labor, ventas o aldeas desperdigadas traían a la mente los fuertes, puestos y asentamientos rodeados de empalizadas de la provincia española en el norte de América.

El encuentro con Margaux fue emotivo, a pesar de cómo se habían separado la última vez en La Habana, antes de partir Suzette a México. Si entonces había percibido en ella envidia por el destino de su marido, nada quedaba de eso. Margaux parecía feliz de vivir en Málaga y de ver a su hermana. Le enseñó la ciudad, la llevó de compras y mandó que prepararan los mejores guisos.

Una tarde, mientras caminaban por el nuevo y amplio paseo público en los arenales cercanos al mar, Suzette le confesó que, si le pasara algo, querría que sus restos descansaran en Nueva Orleans.

—Sebastián lo sabe, pero no tengo claro que respetara mis deseos.

—¡Pero qué cosas piensas! —exclamó Margaux—. ¡Con lo joven que eres! —Aceleró el paso hasta llegar a una gran parcela de tierra—. Aquí vamos a construir nuestra nueva casa. ¡La espera se me va a hacer eterna!

Margaux no tenía tiempo para la tristeza. Su marido, que ya tenía

setenta años, seguía en activo, aunque con menos responsabilidades. Entre la familia, los compromisos sociales y los planos de la casa siempre estaba muy ocupada, pero nunca dejaba de sonreír.

—Ojalá pudiera quedarme aquí contigo —deseó Suzette en voz alta.

Su hermana la tomó del brazo para continuar el paseo por las callejuelas cercanas a la catedral. Las gaviotas graznaban sobre los tejados de teja de las casas bajas.

—¿Y no conocer Madrid y la corte? Estarás bien, Suzette. La familia de Sebastián está bien relacionada. Date tiempo. Madrid no tiene el clima y la naturaleza de Luisiana, pero tus hijos recibirán una educación mejor aquí.

—Todo gira en torno a los hijos... —murmuró Suzette—. ¿Y qué hay de nosotras?

Margaux frunció el ceño.

—Cuando hay hijos, nosotras pasamos a un segundo plano. Nada hay más importante que ellos. Tienes la vida asegurada con Sebastián. —Señaló a las mujeres que vendían en los puestos callejeros—. Entendería la insatisfacción en otras con vidas duras, no en ti. Y no eres la única que conoce el sufrimiento. Yo misma veo con tristeza cómo envejece Tomás y temo pensar que un día no estará a mi lado. Así es la vida. Mi único consejo es que disfrutes del presente todo lo que puedas, porque nunca se sabe qué deparará el futuro. Y, en cualquier caso, la historia es una sucesión de generaciones que solo piensan en su propio presente. —Guardó silencio unos segundos, como valorando sus siguientes frases—. Recibí hace unos días una carta de madre —dijo al fin—. Estoy al día sobre Ishcate, y sabiendo eso me alegra aún más que estés aquí. No te preocupes: no se lo he dicho a nadie, ni siquiera a mi marido. Todo se olvida, Su. También las desgracias. Disfruta de tu presente.

En silencio Suzette alzó la vista hacia la impresionante catedral, de un estilo barroco y bellamente ornamentada. Resultaba inquietante que una de las dos torres no estuviera concluida. El cielo ocupaba un espacio que debería pertenecer a las piedras.

—Dicen que no se acabó de construir —comenzó a explicarle Margaux— porque se destinó el dinero a ayudar a la independencia de los Estados Unidos. No está completa, pero a mí me parece sólida y preciosa. —Sonrió y le dio una palmadita en la mano—. Como tú.

Suzette pensó en la diferente percepción de la vida que tenían ella y su hermana. Su propia interpretación de la ausencia de una de las torres de la catedral era más sencilla: sin Ishcate, ella se sentía incompleta y frágil.

A mediados de octubre Suzette y su familia emprendieron el largo viaje hasta Madrid. Durante veinte días recorrieron caminos abruptos y se alojaron en posadas humildes. La última parte del trayecto fue menos pesada porque pasaron por el nuevo paso conocido como Despeñaperros.

La vivienda de la familia Orlac, habitada por el hermano soltero de Sebastián, estaba situada en pleno centro de la ciudad de Madrid, en la calle de San Bartolomé, en el barrio de Santiago. Era una casona de dos plantas con jardín, patio y fuente propia, lo cual suponía una saludable comodidad porque no tenían que abastecerse de las fuentes públicas. Las paredes estaban cubiertas de hermosos damascos y todas las habitaciones tenían chimenea.

Vivían allí con Rinaldo, barón de Orlac, que compartía con su hermano la altura y el color claro de sus cabellos, si bien sus facciones eran más duras que las de Sebastián y su mirada, perturbadora. Suzette se sintió incómoda con él desde el primer momento. Rinaldo vivía de manera espartana y apenas tenía servicio, aunque, con la llegada de la familia, aceptó a regañadientes que se incorporasen un cocinero más experimentado, un repostero y un peluquero, todos ellos franceses, pues Suzette, Anne y los niños se comunicaban siempre en ese idioma, que también dominaban Sebastián y su hermano.

Pronto la vida se organizó en torno a una rutina que Suzette, siendo sincera, calificó de agradable. Se sumaba a las clases de sus hijos para mejorar su español y profundizar en las obras literarias del país. Recorría los paseos de preciosas fuentes, los excelentes caminos flanqueados por hermosos árboles y el entramado de callejuelas de la ciudad. Si acaso la sobrecogía algo, era la contundencia de la piedra, una característica que nunca había percibido en Nueva Orleans, pero que ya había intuido en su estancia en Málaga. Tanto en las callejuelas estrechas, en las que de repente descubría una preciosa iglesia o convento de siglos anteriores, como en las grandes avenidas, edificios opulentos como el Palacio Real, edificaciones recientes como la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y la Real Basílica de San Francisco el Grande, o incluso en las fuentes que se estaban

construyendo, para alguien como ella —que venía de una tierra donde los vientos y aguas encolerizados se llevaban edificios por delante como si fueran de paja— la sensación era de gravedad y pesadez. En todo: construcciones, costumbres y personas.

Percibía en Madrid una monotonía y lentitud exasperantes en la digestión de las comidas, en las celebraciones religiosas, en el simple acto de vestirse con varias capas para soportar el frío del otoño —¿cómo sería el del invierno?, se preguntaba—, en las conversaciones de frases largas y ensortijadas... Lo intentaba, pero a su alma, que había conocido la ligereza de las flores y plantas de las praderas cuando cabalgaba abrazada a Ishcate, le costaba encajar en ese lugar sobrio y parsimonioso.

Anne la acompañaba siempre y observaba todo con detenimiento. Los productos extranjeros eran carísimos, según ella; la moda iba con cierto retraso respecto de la francesa, por lo que le decía el peluquero y ella misma percibía al comparar sus vestidos de Nueva Orleans con los de las damas de la calle de la Reina, por donde solían pasear las personas distinguidas para presentarse sus respetos unos a otros.

Una cosa era cierta, sin embargo: como había dicho Margaux, los Orlac estaban bien relacionados. Y Sebastián estaba empeñado en que cuanto antes hiciera Suzette amistades, antes se adaptarían ella y sus hijos a una vida tan diferente a la que estaban acostumbrados. Por ese motivo acudían a alguna de las tertulias que ofrecían mujeres tan importantes como la condesa-duquesa de Benavente y de Osuna o la duquesa de Alba, en las que se alternaban las discusiones literarias con conciertos de música y representaciones teatrales. Pero donde más a gusto se encontraba Suzette era en las reuniones de la recién llegada condesa viuda de Gálvez.

Félicitè de Saint Maxent contaba entre sus amistades con antiguos conocidos de su marido fallecido y de Sebastián que habían coincidido en Luisiana, y nuevos amigos del mundo de la cultura y la política que compartían gusto por todo lo que fuera francés. Además de recordar su vida en Nueva Orleans, Suzette disfrutaba del ambiente francés que se respiraba. Hablaba en su lengua natal con sus nuevos amigos de temas muy variados, comentaba con ellos las publicaciones francesas que llegaban a través de los Pirineos, se divertía aprendiendo de los interesantes comentarios que surgían de los acalorados debates y sentía que sus opiniones eran valoradas. Poco a

poco su inicial rechazo a su vida en España fue desapareciendo y empezó a percibir que había encontrado un lugar en el que encajaba y que la existencia podía ser incluso placentera, aunque estuviera marcada por el recuerdo permanente de su añorado Ishcate.

Fue en uno de esos encuentros en casa de la condesa de Gálvez, poco antes de Navidad, donde conoció al conde de Aranda.

Suzette recordó cómo había descrito su padre al embajador español en Francia que había vivido de cerca todo el asunto de la revolución americana y la implicación de España y Francia en el conflicto. Coincidió en que su corpulencia y su porte digno transmitían una sensación de firmeza y seriedad. El conde iba acompañado de su joven esposa. La diferencia de edad en muchos matrimonios que ella conocía era algo común, pero el conde tenía sesenta y ocho años, y su esposa, María Pilar, veinte, por lo que la pareja llamaba la atención. Había oído que Aranda, que había perdido a su primera mujer, a sus hijos y a su nieto, se había casado con su sobrina nieta con la esperanza de poder dejar su patrimonio y títulos a un descendiente directo. De qué naturaleza estaba hecho ese hombre, reflexionó, si ante la pérdida, en vez de abandonarse al abatimiento, seguía pensando en el futuro.

Aranda besó la mano de Suzette cuando fueron presentados y tomó asiento en una butaca junto al canapé que ocupaban ella y Sebastián.

—Espero que su padre esté bien, madame. Mantuve un productivo encuentro con él en París. Los datos que me aportó sobre Luisiana me resultaron muy útiles para las negociaciones. Siento que no esté en España con usted. Ahora que he dejado mi cargo de embajador en Francia y dispondré de tiempo, hubiera disfrutado recordando en persona con él los sucesos americanos, que tan bien me pareció que conocía.

—Yo también los conocí de primera mano por mi esposo. —Ella señaló a Sebastián—. Ojalá pueda usted seguir defendiendo mi tierra. Me preocupa que las relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos no sean fluidas en lo relacionado con Luisiana.

Aranda negó con la cabeza, como si estuviera contrariado:

—España ha recuperado Menorca, las dos Floridas, y expulsado a Gran Bretaña de Centroamérica y del golfo de México, pero quedan cuestiones por resolver con los estadounidenses.

»La república federal norteamericana es ahora un pigmeo nacido de la ayuda de dos potencias poderosas como son España y Francia; pero mañana será un gigante, un coloso irresistible. Se olvidará de los beneficios que ha obtenido de ambas potencias y no pensará más que en su engrandecimiento y en conquistar aquel vasto imperio. Quiere ahora el Misisipi y querrá Florida para dominar el golfo de México, y quién sabe si Nueva España... —Se detuvo y miró a Suzette y a Sebastián—. Disculpen mi franqueza. Apenas acabo de llegar y ya he acaparado la conversación.

—Es un privilegio para nosotros escuchar sus palabras, señor —dijo Sebastián—. ¿Y cree usted que la independencia americana producirá un efecto contagioso en los territorios españoles americanos?

—Me temo que sí. Los habitantes de América harán esfuerzos para conseguir la independencia tan pronto como la ocasión les sea propicia. Existen argumentos que corroboran mi opinión: las vejaciones de algunos gobernantes para con sus desgraciados habitantes; la distancia que los separa de la autoridad suprema a la que pueden recurrir pidiendo el desagravio de sus ofensas, lo cual es causa de la dificultad de conocer bien la verdad y de que a veces transcurran años sin que se atienda a sus reclamaciones; las venganzas a las que permanecen expuestos mientras tanto por parte de las autoridades locales... Del descontento surgen los conflictos.

—¿Y no hay nada que pueda frenarlo? —quiso saber Suzette, pensando en la preciosa tierra mexicana en la que había vivido y visto tanto sufrimiento.

—Si de mí dependiera, me adelantaría a la historia. Hace cuatro años ya le di mi opinión al rey. Deben crearse tres reinos en el Nuevo Mundo y convertir a la majestad española en emperador de las coronas peninsulares y americanas. De esta forma, se le daría la independencia al Nuevo Mundo y al mismo tiempo quedaría por siempre unido por los invisibles lazos de familia. ¿Me han hecho caso? No. —Se encogió de hombros—. Soy el mayor de esta reunión y tal vez no viva para ver las consecuencias, pero ustedes algún día recordarán mi premonición.

—Cada nueva época engendra nuevos problemas —intervino entonces Sebastián pensativo—. ¿Y qué noticias trae de Francia, señor? ¿También allí se respiran nuevos aires?

Aranda resopló, se inclinó hacia delante y respondió en voz baja:

—Aires revolucionarios. Mal asunto.

En medio del silencio reflexivo que se instaló entre ellos, Suzette recuperó aquella conversación que había mantenido de jovencita con su primer marido, en aquella fiesta en la que él la invitó a bailar en los tiempos de la rebelión criolla. Fuera por la razón que fuese, cada vez que surgían rumores de conflictos políticos el desastre no tardaba en llegar. Francia era el país vecino y hermano de armas. Cualquier cosa que sucediera allí tendría repercusiones en España. A Sebastián lo destinarían pronto a un nuevo puesto y costaba pensar en uno posible en el que no hubiera peligro.

—Ojalá no nos veamos involucrados —deseó Suzette en un murmullo temeroso, si bien sabía, por la experiencia de su vida, que entre los deseos y la realidad siempre se abría un insondable abismo.

Poco después de las celebraciones de Navidad y de Año Nuevo —las más frías que Suzette había vivido—, Sebastián cayó enfermo. Empezó con un malestar general, algo de fiebre y dolor de cabeza, por lo que ella no le dio mucha importancia. Había constatado que cuando se excedía en el trabajo o en la alimentación o sufría alguna contrariedad, sentía molestias en el intestino, justo donde había recibido el disparo en Pensacola.

Una semana más tarde, al ver que los síntomas empeoraban, se alarmó. Los remedios del médico de la familia no hacían efecto y Sebastián estaba cada vez más débil. Suzette no se separaba de su lado y rezaba para que se recuperara. Era un hombre todavía joven para morir, el cariñoso padre de Estelle y Guillermo y la única figura paterna que Adrienne había conocido. Ella le había reprochado muchas veces para sus adentros que la hubiera alejado de Luisiana, que la hubiera obligado a elegir entre el verdadero amor y sus hijos, pero ahora que lo veía desvalido, indefenso y postrado, no podía sino ser justa con él. Siempre se había comportado con educación y generosidad. Gracias a las tertulias a las que a ambos les gustaba asistir, habían recuperado el placer de las largas conversaciones, similares a aquellas del comienzo, cuando paseaban por la orilla del lago Pontchartrain. Gracias a él había conocido mundo, había tenido acceso a una variada lectura, había ido al teatro, se había relacionado con algunas de las figuras más importantes de la política criolla y española. Con él había madurado y aprendido.

Apenas se separaba de él para tumbarse un rato en su cama y estirar la espalda. El resto del día permanecía alerta a cualquier signo de mejoría, que no llegaba. El enfermo estaba cada vez más somnoliento.

Una mañana de la segunda semana de la enfermedad, Sebastián abrió los ojos. Parpadeó varias veces hasta enfocar la vista. Reconoció a Suzette que, sentada en la cama en la que él reposaba, acariciaba su mano y sonrió.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ella.

—Recordaba cuando nos conocimos. Cómo me enamoré de ti. Los buenos momentos juntos. Solo los buenos.

Suzette se inclinó hacia la mesita de noche para coger una taza.

—Te he traído café con leche con mucho azúcar, como a ti te gusta.

—No me apetece. Estoy cansado.

A Suzette se le llenaron los ojos de lágrimas. Esa era muy mala señal. Lo sabía por experiencia. También Belmont había perdido el apetito pocos días antes de fallecer.

—Si no comes, no vencerás la debilidad.

—Querida Suzette, el único alimento que necesito ahora es el santísimo sacramento. Dile a Demba que me prepare el uniforme y venga a afeitarme. —El hijo de Anne era su ayuda de cámara—. Y manda a un mozo a por el párroco.

Suzette iba a protestar, pero él la miró con ojos de súplica.

—Por favor —insistió.

Ella así lo hizo. Cuando regresó a la habitación y se sentó de nuevo a su lado, Sebastián le dijo, con voz serena:

—Esta batalla no la puedo ganar, Suzette. He dejado escritas mis disposiciones sobre mis bienes, que se repartirán por partes iguales entre mis hijos. Le he pedido al rey que se te incluya en el montepío militar para que tengas una pensión.

Suzette apretó los labios con fuerza para no romper a llorar.

—Quiero agradecerte tu compañía estos años —continuó él—, los dos hijos que me has dado y una tercera, Adrienne, a la que quiero como si fuera mía. Te ruego que no te separes nunca de ellos...

—Eso sería imposible.

Sebastián le entregó una llavecita y señaló una arquimesa donde guardaba sus papeles más importantes.

—Abre la segunda gaveta de la derecha —le pidió, y Suzette se levantó y obedeció—. Hay una copia de mis últimas voluntades y el estado de mis cuentas. —Ella sacó un fajo de documentos que miró por encima—. Cuando yo no esté, comprendo que quieras regresar a tu querida Luisiana; pero mi última voluntad es que mis hijos se queden en España y sean educados bajo la supervisión de mi hermano. Sé que te pido un gran sacrificio.

Lo era, pensó Suzette, haciendo simplemente un leve e indefinido gesto con la cabeza. No iba a decir nada; no le llevaría la contraria ahora. Todo moribundo se merecía sosiego.

Dejó los papeles en su sitio, pero entonces una pequeña carta llamó su atención, pues estaba sellada en Luisiana, con fecha de hacía cinco años.

Al desdoblar el papel, un objeto metálico cayó al suelo. Se agachó para recogerlo y sintió que se le helaba la sangre.

Era la cadenita con la medalla que ella le había regalado a Ishcate.

Leyó entonces la nota:

> Uno de los hijos de Logan Colbert, que falleció de una caída de caballo, reclama el importe prometido por la muerte del indio Ishcate. Envía prueba. Espero instrucciones de cómo proceder.

Suzette contuvo el aliento. Releyó el texto varias veces. Llegaba hasta la firma, ilegible, y volvía a empezar. Cuando fue capaz de respirar de nuevo, el corazón comenzó a latirle con una fuerza desconocida de rabia y rencor. Le costaba creer que Sebastián hubiera pagado por matar a Ishcate. Y que hubiera guardado la carta y la cadena. Tal vez fuera su deseo que ella lo descubriese tras su muerte; una especie de retorcida venganza por haber sospechado o sabido la relación que la unía a él. ¿Qué otra explicación podía haber? Nadie capaz de un acto semejante habría conservado la prueba de su delito.

Volvió a sentarse junto a Sebastián, que permanecía callado y con los ojos cerrados. Todos los recientes pensamientos sobre su generosidad y educación desaparecieron en un soplo. Lo único que sentía ahora ante ese hombre era un profundo rechazo.

Sebastián percibió su presencia, abrió los ojos y tomó su mano. Suzette la retiró como si el contacto de su piel quemara. Hubiera preferido que él se llevara su secreto a la tumba. Se merecía que le gritara que se fuera al infierno. ¿Cómo podía haber convivido con

alguien así?

Con el rostro crispado y voz dura le preguntó:

—¿Reconocerás en tu última confesión que mandaste matar a Ishcate?

Cualquier duda que hubiera podido tener se disipó al observar su reacción. Sebastián se giró para mirarla fijamente y entreabrió los labios como si le costara respirar, pero no mostró ni extrañeza por la pregunta ni negó la acusación. Sin apartar la mirada, por fin le dijo, con dificultad:

—Te he amado tanto... No podía soportar que tu corazón prefiriera a un salvaje antes que a mí. Conseguí retenerte a mi lado, pero lo que hice fue imperdonable. Me arrepiento de ello.

—Que Dios juzgue tu sinceridad, Sebastián. No tienes mi perdón. —Suzette se dejó llevar por un súbito impulso vengativo. Sabía que nadie lo había sacado de su error: el nombre de Ishcate no se había pronunciado en su entorno familiar desde que vivían en España. Se inclinó hacia él y le susurró—: Ishcate está vivo y me ama y yo lo amo a él. Encontraremos el modo de estar juntos.

El moribundo cerró los ojos con un gesto de derrota.

Entonces Suzette oyó el ruido de unos pasos sigilosos y se giró.

Rinaldo, rígido, la miraba con una mezcla de asombro, odio y asco.

45

Madrid, enero de 1788

Sebastián fue enterrado en la capilla de la familia Orlac en la iglesia de San Juan Bautista, a poca distancia de la vivienda. Tras la ceremonia y el sepelio, al que acudieron muchos conocidos y miembros de la nobleza, Suzette reunió a sus hijos ante el sepulcro para que le rezaran una oración de despedida. Quería marcharse de allí cuanto antes. Había cumplido bien con el protocolo exigido en una viuda; había recibido el pésame con paciencia, actitud abatida y ojos llorosos. Ahora quería recuperar su vida. Se arrepentía de sus últimas palabras a Sebastián en su lecho de muerte. Había sido cruel y ella no era una mujer vengativa. Pero no pensaba cumplir con las últimas voluntades de un asesino. Se iría de Madrid enseguida.

—¿Sabe que estamos aquí, haciéndole compañía? —preguntó Guillermo con la inocente curiosidad de un niño de cinco años.

—Claro que sí —le respondió Suzette con naturalidad. La reconfortaba no apreciar en el pequeño excesiva tristeza. Entretenido en sus juegos y sus propios descubrimientos, no comprendía el verdadero alcance del significado de la muerte.

—Entonces tendremos que venir mucho. Aquí hace frío y está muy oscuro.

—Bueno, nos verá desde el cielo y nos acompañará allá adonde vayamos.

—¿Y adónde vamos a ir?

«Al calor de Luisiana», pensó Suzette. Se irían lejos de la sensación pétrea de pesadez y contundencia de España. En busca de las caricias del agua fresca de los arroyos, de la música del aleteo de cientos de pajarillos y del espectáculo diario del grácil baile de las hojas en los árboles.

No llegó a decirlo. En su lugar oyó de pronto a su espalda:

—A ningún sitio.

Suzette sintió un escalofrío por el tono tajante que había empleado Rinaldo. Nada le había dicho sobre lo escuchado ante el lecho de muerte de Sebastián. Después se había limitado a informarla de cómo eran los funerales en su familia y de la cancelación de todos los actos sociales por el duelo. Ella percibía que su presencia en la casa lo incomodaba, algo de lo que pensaba liberarlo muy pronto. Esas tres palabras, no obstante, la inquietaron.

Esa misma noche, tras la cena, su cuñado le dijo que tenían que hablar. Suzette acostó a los niños y se reunió con él en su despacho, un lugar de recios muebles oscuros llenos de libros y documentos, una gran mesa central y dos silloncitos de seda azul. Él la invitó a que tomara asiento y le ofreció una copita de licor, que ella aceptó por educación, con el deseo de que la conversación fluyera por el camino que deseaba.

Rinaldo fue directo al grano.

—No sé qué tienes pensado, pero quiero aclararte que me encargaré de que se cumplan las voluntades de mi hermano.

—Sebastián dejó ocho mil pesos para Guillermo, cuatro mil para Estelle y dos mil para Adrienne. Con esto y mi pensión podré vivir holgada si controlo bien los gastos. No te importunaré, puedes estar tranquilo.

—No me refiero solo al dinero, sino a mis sobrinos. Guillermo heredará mi título...

—Es de esperar que falte mucho tiempo para eso.

—Debo asegurarme de que recibe la educación apropiada.

—Me encargaré de que así sea.

Rinaldo entrecerró los ojos.

—Dudo que alguien como tú esté capacitado para discernir con claridad qué conviene a unos niños de buena familia.

Suzette notó cómo enrojecía de ira y de vergüenza. Comprendía la amenaza velada de sus palabras. Rinaldo estaba al tanto de su relación con Ishcate. Estaba claro que había escuchado su conversación con Sebastián. Ella no pensaba rendirse. Sentía deseos de gritarle, pero le convenía mostrarse razonable.

—Mi familia no tiene título, pero mis apellidos gozan de prestigio.

—Tu concepto de reputación es tan fútil como tu decencia. Sebastián me contó que tu padre tiene sus bienes embargados y está

acusado de contrabando y fraude. En cuanto a ti, y por el bien de mis sobrinos, espero que actúes de ahora en adelante con sensatez.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Con Sebastián tenías tu situación económica y tu posición aseguradas. Ahora tendrás que depender de tu habilidad. Presentarás tus respetos al rey y te pondrás a su disposición.

—Si me dirijo al rey, será para pedirle permiso para volver a Luisiana.

—Para eso necesitas mi aprobación y te adelanto que no la tienes. Bastarían unas palabras mías para convencer a su majestad de qué es lo mejor para Estelle y Guillermo.

Suzette sujetó la copita con fuerza entre ambas manos para controlar el incipiente temblor.

—¡No eres mi dueño! —dijo con desesperación.

—En eso te doy la razón. Solo tú eres la dueña de tus actos. Pero también de sus consecuencias.

Suzette parpadeó varias veces para controlar las lágrimas. No lloraría delante de ese monstruo. Dejó la copita, se levantó y se retiró sin añadir nada más.

Qué poco le había durado la sensación de libertad. Por el bien de sus hijos, por la reputación de la familia, se veía obligada a permanecer en un país en el que no se sentía querida. Ahora estaba angustiada; necesitaba descansar para pensar con claridad.

Pero de algo estaba segura: no cejaría en su empeño.

Encontraría la manera de regresar a su verdadero hogar.

Nueva Orleans, 21 de marzo de 1788

Poco después del mediodía del Viernes Santo, Jérôme Girard estaba comiendo solo en su casa de la ciudad —Blanche y sus hijos menores estaban en la plantación— cuando oyó gritos. Se acercó al balcón que daba a la calle y, a través del cristal, vio a decenas de personas que corrían despavoridas. Abrió una hoja para asomarse y no tuvo que preguntar qué sucedía: olía a humo y a madera quemada. En algún lugar cercano se había desatado un incendio.

Avisó a sus criados y salió con intención de ofrecer su ayuda. Caminó hacia la plaza de armas, a unas tres manzanas, avanzando contra la corriente de voces que le gritaban que se diera la vuelta, lo

cual hizo que acelerara el paso con preocupación. Sus oficinas estaban en el tramo de la calle Chartres cercano a la plaza. Apenas había cubierto una cuadra cuando el aire se volvió irrespirable. Dio un rodeo hacia el camino junto al río para acceder a su destino desde el muelle. El corazón comenzó a latirle con fuerza cuando vio cómo las llamas se alzaban por los tejados, avivadas por el viento.

Decenas de soldados y voluntarios habían formado varias cadenas para transportar cubos de agua desde el río hasta el origen del fuego, en la esquina entre las calles Chartres y Toulouse, como si se pudiera matar a un bisonte con un mondadientes, pensó con aflicción. El gobernador Miró, sudoroso y con la ropa ennegrecida, discutía con fray Cirilo cuando Girard se acercó.

—¡Ordene que toquen las malditas campanas! —le gritaba el gobernador al religioso.

—¡Es Viernes Santo! —arguyó a su vez Cirilo indignado—. ¡La crucifixión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo! ¡No sonará ni una campana!

Miró se dirigió a Girard:

—¡Ayúdeme a convencer a este testarudo de que la ciudad debe ser avisada!

Como todos en Nueva Orleans, Girard sabía que las relaciones entre ambos hombres eran poco fluidas, sobre todo desde que Cirilo de Barcelona funcionaba como obispo auxiliar del de Cuba, con responsabilidad exclusiva sobre Luisiana y las Floridas. Sus quejas y peticiones eran constantes y giraban en torno a las consecuencias de la actitud del gobernador, demasiado permisivo a la recepción de nuevos habitantes, entre los cuales había católicos, sí, pero también muchos protestantes americanos e ingleses, anglicanos y de otras confesiones. La población crecía, pero los recursos eclesiásticos, no, argumentaba Cirilo con vehemencia, y era imposible guiar a los habitantes por el buen camino si el gobierno y la Iglesia no iban de la mano.

Girard le tenía afecto al padre desde que accedió a casar en secreto a Suzette y a Sebastián, y coincidía con muchos de sus argumentos, sobre todo con los políticos. Por otro lado, detestaba a Miró, porque no había dudado en proceder al embargo de todos sus bienes por el asunto de Jamaica. Además, si él fuera uno de los padres fundadores de los nuevos Estados Unidos, estaría encantado con alguien como Miró, pensó con ironía. Al paso que iban las cosas los

estadounidenses terminarían por conseguir el territorio pacíficamente, sin el coste de una guerra. En los últimos cinco años, Nueva Orleans había aumentado su población en más de diez mil habitantes. Como comerciante, sus beneficios habían crecido; como franco-español, temía por el futuro de su idioma, sus costumbres y tradiciones; como ciudadano y hombre trabajador, no podía soportar que se hubiera puesto en duda su honorabilidad ante la hacienda pública.

—¿Se sabe qué ha pasado? —preguntó con intención de apaciguar los ánimos sin tomar postura por ninguno.

—Una vela en la casa del tesorero militar —respondió Miró—. Nadie se percató hasta que fue demasiado tarde.

Una andanada de viento produjo el efecto visual de que las llamas desaparecían un instante; enseguida ganaron fuerza. Aún no habían terminado de devorar el edificio y ya mordían los tejados de las casas cercanas. El viento provenía del sureste. Iría a más. Girard sintió ganas de dejarse caer al suelo y romper a llorar. Sus oficinas estaban en medio de la humareda. Podía darlas por perdidas. La ciudad estaba condenada. Dirigió la vista hacia Cirilo.

—Dios nos perdonará, padre —le dijo—. Pero no sé si nosotros le perdonaremos este castigo. Voltee las campanas. Hay que evacuar la ciudad.

Durante cinco horas Nueva Orleans fue un infierno de gritos, estallidos, crujidos y chasquidos entremezclados con el siseo del agua sobre las llamas. Cuando el viento cesó y el fuego languideció, las veinte manzanas más pobladas de la ciudad habían desaparecido. No quedaba ni un edificio en pie en el interior del rectángulo formado por las calles Conti, Dauphine, St. Philippe y Chartres. Cesó el crepitar de la madera al arder y un silencio sepulcral invadió las calles ennegrecidas y humeantes. Después llegaron los lamentos de quienes descubrían que lo habían perdido todo.

Ishcate ayudó a los vecinos de la manzana donde estaba la posada de Alizée y Pompe a acarrear agua desde el pozo del convento de las Ursulinas. El calor proveniente de las viviendas en llamas en el centro y oeste de la ciudad era insoportable, pero había que intentar frenar a ese monstruo como fuera. Unos lanzaban agua al fuego; otros mojaban las casas que seguían en pie para frenar el avance del infierno. Al otro lado de la calle St. Philippe había un negro abismo; en el de la casa de Alizée los ciudadanos todavía se aferraban a la

esperanza.

El incendio respetó esa línea. Saciado de destrucción, poco a poco fue perdiendo fuerza hasta que se desmayó ante la posada. Ishcate dio gracias al Gran Espíritu por Alizée y por su marido, en cuya compañía siempre se sentía a gusto. La vivienda había sufrido desperfectos por el agua, pero seguía en pie.

Después de reponer fuerzas, se sumó a los cientos de personas que continuaron mojando todos los edificios quemados para evitar que surgiera algún rebrote. Las labores ocuparon toda la noche. Al amanecer del día siguiente recorrió las calles para conocer la magnitud de la desgracia. En la zona de la plaza de armas, la iglesia, algunos edificios pertenecientes al cabildo, los barracones militares y la cárcel de donde Suzette lo había sacado en su noche de bodas ya no existían. Los soldados estaban montando tiendas de campaña para albergar a quienes se habían quedado sin hogar. Las construcciones próximas al río se habían salvado. En la cercana calle Chartres, donde se juntaba con la calle Toulouse, comprobó que las oficinas y almacenes de la compañía de Girard también habían sido pasto de las llamas. Reconoció al padre de Suzette, que hablaba solo mientras rebuscaba entre los restos carbonizados. Se acercó, pero se mantuvo en silencio porque nada podía decir que aliviara su desesperación.

—Ah, Ishcate, ¿has visto qué pronto desaparece un imperio? Lo estoy pagando todavía. Tendré que seguir trabajando para devolver los créditos. Se han quemado todos los documentos, y los contratos, y las mercancías... Y mis bienes, embargados de manera injusta...

Girard parecía un anciano desorientado. Con prudencia, Ishcate lo tomó del codo.

—Vayamos a tu casa.

Girard se dejó guiar mansamente.

—¿Y si ha desaparecido también? Mi esposa, mis hijos... ¿Qué les diré, muchacho?

Por fortuna, la vivienda de los Girard en la ciudad había sufrido la misma buena suerte que la de Alizée: el fuego la había respetado, gracias al esfuerzo de sus criados y esclavos, que no habían dejado de arrojar agua a uno y otro lado de la calle durante horas, según les explicó una de las criadas, con el agotamiento reflejado en el rostro. También los informó esta de que unos estaban ahora descansando, y otros, ordenando y arreglando los desastres provocados por el agua. Le

pidió a Ishcate que acompañara a monsieur al jardín mientras avisaban a su hijo mayor y preparaban el carruaje para trasladarlo a la plantación.

Gracias a la comida caliente que la mujer les llevó enseguida en una bandeja, Girard pareció ir recobrando la serenidad.

—Hoy me he acordado de mi amigo Leroux, que en paz descanse. Lo juzgué por no haber triunfado en los negocios como yo. Fui injusto. En la rueda de la vida a veces estás arriba y, a veces, abajo.

—Te recuperarás...

Girard levantó una mano en el aire para interrumpirlo.

—Pero ¿y el esfuerzo empleado? Eso no se recupera. He peleado con diferentes gobiernos para llegar adonde he llegado. No podría haber aspirado a mejores matrimonios para mis hijas. Mira ahora. ¿Dónde está mi familia? Lejos. ¿Mis queridas Margaux y Suzette? Encadenadas al arbitrio de la corona española. Y llega un día y te mueres de repente, como le pasó a mi amigo Leroux y a mi yerno Sebastián, después de tanto empeño y tantos desvelos...

Ishcate frunció el ceño. ¿Había oído bien? ¿Desvariaba Girard?

—O un maldito incendio destruye tu ciudad —continuaba Girard —. Y yo me pregunto: ¿para qué tanto? ¿Para qué todo si también yo moriré? —Se quedó pensativo unos instantes—. Poca cosa de la ciudad podrás llevar al norte en este viaje. Tal vez en la Costa de los Alemanes encuentres provisiones... El infortunio de unos es la prosperidad de otros. Y dile a Étienne que le vendo el edificio de piedra de Leroux que le embargué hace un tiempo. Que me dé lo que considere. En épocas de tristeza, también decae el valor de las cosas.

—Haré como dices —prometió Ishcate, consciente de que nada tenía que hacer ya en Nueva Orleans y, a la vez, preocupado por el estado de Girard—. Y regresaré pronto con un cargamento de pieles. Estoy seguro de que Étienne te ayudará ahora, como hiciste tú. Y yo también, pues, al fin y al cabo, me salvaste una vez.

Girard lo miró fijamente, como si de pronto lo reconociera y empezara a pensar con claridad.

—Cuando te vi en Nueva Orleans durante la estancia de Suzette, hubiera contratado un batallón para alejarte de mi hija. —Agachó la cabeza y emitió un prolongado suspiro—. En el fondo sé que en otras circunstancias habrías sido un buen yerno para continuar con mis negocios.

Ishcate agradeció en su interior la confesión de Girard, y, a la vez, sintió rabia de que ya no sirviera para nada a esas alturas de la vida. Ni podía dar marcha atrás en el tiempo ni podía traer a Suzette de vuelta porque ella nunca renunciaría a sus hijos. Por otra parte, si era cierto que el marido de ella había muerto...

—¿Has dicho que Orlac falleció? —se atrevió a preguntar.

Girard asintió ensimismado.

—¿Cuándo?

—Después de Navidad. Llegó una carta hace unos días.

Ishcate sintió que renacía en su interior la esperanza de verla de nuevo pronto.

—¿Suzette va a volver?

Girard se encogió de hombros.

—No lo sé.

El kaskaskia permaneció en silencio junto a Girard hasta que apareció su hijo mayor y se hizo cargo de él. Luego regresó a la posada de Alizée por la parte trasera de la ciudad. Le gustaba recorrer el trayecto que le traía recuerdos felices de sus encuentros pasados con Suzette.

Descubrió entonces que la casa donde Suzette y él se habían amado, en la calle Toulouse, tampoco existía.

Lo tomó como una señal aciaga, que no encajaba con la alegría de saber que Suzette era libre para regresar.

Había una posibilidad en la que no había pensado.

¿Y si Suzette se hubiese acostumbrado a su nueva vida en la lejana España?

46

Madrid, principios de julio de 1788

En el jardín interior de la mansión Orlac, Suzette se desanudó el pañuelo del cuello para aliviar el sofocante calor que abrasaba la ciudad.

De primavera a otoño todo aquel que podía permitírselo se desplazaba a algún lugar en el campo para disfrutar de un aire más fresco y puro —generalmente siguiendo los pasos de la familia real por Aranjuez, La Granja de San Ildefonso o El Escorial—, pero Suzette había preferido quedarse en Madrid porque el ambiente de la corte le resultaba más asfixiante que las altas temperaturas de la ciudad. Lo que sí echaba de menos era la compañía de ciertas amistades. Ya que estaba retenida en esa tierra contra su voluntad, al menos los animados encuentros con ellos la mantenían cuerda.

Pero el verano apenas acababa de comenzar. Quedaban por delante semanas de hastío. Por si fuera poco, con Rinaldo, que no la dejaba ni a sol ni a sombra, como si pudiera leerle el pensamiento, centrado en la idea única de encontrar el modo de escapar de allí. Suzette era consciente de que era imposible. ¿Adónde iría si no tenía documentación? ¿Cómo podrían pasar desapercibidos una mujer con tres hijos y dos criados de piel oscura? No le quedaba más remedio que aguantar y actuar como una viuda ejemplar ante el mayor número de testigos posibles y esperar al momento adecuado para suplicar al rey que le permitiera salir de España.

—¿Qué puedo hacer para no aburrirme, madre? —preguntó Adrienne, que iba y venía por el jardín—. ¡Hay tanto que ver y hacer y tengo la sensación de que me paso la vida encerrada! ¿Crees que me aceptarían como socia en la Sociedad Económica de Madrid?

En una de las tertulias de la viuda de Gálvez habían conocido a un escritor que defendía la admisión de algunas mujeres. En sentido contrario, el señor Francisco Cabarrús, director del Banco San Carlos,

argumentaba que en un lugar como la Sociedad, donde se trataban con gravedad los asuntos serios del país, la presencia de mujeres resultaría una amenaza para el orden y las responsabilidades específicas de cada sexo. El tema, que estaba en boca de todos, siempre provocaba acalorados debates.

Suzette se rio.

—¡A lo mejor solicito el ingreso yo también!

—Os advierto que, si preguntan mi opinión, emplearé los argumentos del señor Cabarrús —intervino Rinaldo, que leía en una silla de hierro algo apartado, aunque lo suficientemente cerca para oír la conversación—. La conveniencia social demanda que exista un orden. La política y los negocios son espacios masculinos; el hogar, los sentimientos, la virtud y la moralidad son vuestro territorio. La armonía familiar, que depende de vosotras, es indispensable para el buen funcionamiento de lo público. Aquí estamos en familia y conversamos con libertad. Conformaos con esto.

Suzette levantó la vista al cielo mientras lanzaba un resoplido. ¡Que él hablase de libertad! Tenía que reconocer que, a pesar de que el muy cretino la tenía sometida por la amenaza de separarla de sus hijos, en el día a día intentaba que los niños fueran felices, los animaba a que leyeran y se cultivaran e incluso fomentaba los acalorados debates. Era un hombre extraño: culto, huraño, con un alto sentido del deber. A veces Suzette pensaba que, en otras circunstancias, incluso podrían haberse llevado bien.

Rinaldo mostraba hacia ella una curiosa mezcla de rechazo e interés. Por su parte, Suzette lo veía como su carcelero, aunque no se permitía tratarlo con desprecio.

Le habló extensamente de Cécile Dubois.

—Ha sacado adelante tanto los negocios como a su amplia familia en un territorio muy duro —concluyó Suzette con una sonrisa de triunfo—. Y estoy segura de que nos daría varias lecciones sobre economía y política.

Rinaldo no pensaba darse por vencido.

—Cada asunto debe ser analizado en su contexto —replicó—. Por todo lo que he aprendido sobre Luisiana, yo diría que no es comparable el nivel de civilización entre ambos lugares...

Suzette pensó una respuesta mordaz al comentario despectivo hacia su país, pero entonces salió un criado portando una bandejita de

plata.

—Ha llegado una carta para la señora.

Suzette se levantó de su silla de un salto.

—¡Es de casa! —exclamó ilusionada al distinguir la letra de su madre.

Regresó a su asiento y la abrió. Dentro había otra carta de parte de Alizée. Alguna vez había aprovechado el envío de sus padres para incluir unas líneas. Comenzó a leer primero con avidez la extensa carta que había redactado Blanche. Como siempre, le hablaba primero de la familia, pero fue el segundo párrafo el que la dejó sin aliento.

—¿Qué sucede, mamá? —preguntó Adrienne acudiendo junto a ella.

Suzette estaba pálida y había dejado escapar un sollozo.

—Hubo un terrible incendio en Nueva Orleans —explicó con voz temblorosa y aire ausente—. Desapareció casi toda la ciudad. La casa de mis padres no. Las oficinas y unos almacenes, sí.

Con la detallada descripción de Blanche, podía imaginarse perfectamente las llamas devorando los edificios de las calles que ella había transitado, los rostros de sus conocidos sufriendo y resignándose a comenzar de nuevo. Leyó que Oliver Pollock, que había logrado salir de la cárcel de Cuba gracias al fallecido gobernador Gálvez y que había conseguido que el Congreso de los Estados Unidos pagara los créditos que había negociado por los norteamericanos durante la independencia, había regresado de Virginia a Nueva Orleans poco después del incendio y, fiel a su espíritu emprendedor y a su habilidad para aprovechar las oportunidades, había proporcionado gran ayuda en forma de mercancías y materiales de construcción a los residentes.

Cuando llegó a mitad de la narración, ya no trataba de contener las lágrimas. Su madre contaba a grandes rasgos cómo había ayudado Ishcate a Girard y luego pasaba a hablar de la desgracia familiar de su hermano Gabriel, cuya esposa había fallecido con solo veinticuatro años, dejando a dos niños pequeños. El llanto de Suzette era inconsolable. Lamentaba el sufrimiento de su padre, que debería añadir más deudas a su quebrado estado financiero; se arrepentía de no haber sido más afectuosa en su última despedida, enfadada como estaba con él por haberla engañado respecto a Ishcate; le dolía que su hermano Gabriel, un hombre solitario y sensible, hubiera tenido que pasar por el doloroso trance de perder a su joven esposa, con la que

había formado una feliz familia; y la añoranza por Ishcate cada vez era más punzante.

Su familia y su querida ciudad natal habían sufrido y ella no podía hacer nada, ni siquiera acompañar a esta en su transformación. Era como si Dios se empeñase en destruir todo aquello que para ella había significado algo. Como si la forzara a olvidarse de su pasado para centrarse en su nueva vida.

Miró a Rinaldo y le dijo:

—Debo regresar a casa de inmediato.

Aunque fuera sin sus hijos.

—No puedes —repuso él, tajante, antes de levantarse y entrar en la casa.

Adrienne se sentó junto a su madre.

—¿Por qué no te deja? —le preguntó—. ¡No es tu marido! Y, desde luego, no es mi padre. Yo también quiero ir a Nueva Orleans.

Suzette acarició su mejilla con cariño. En apenas dos meses tendría ya quince años. Podría estar casada. Pero para ella era su niña. No quería preocuparla ni podía confesarle la verdadera razón.

—Es un hombre complicado y testarudo. Trataré de convencerlo.

Le tendió la carta para que ella misma leyera las nuevas de Luisiana y abrió la de Alizée. Le sorprendió la caligrafía, que no conocía. Y leyó:

> *Ninteehi* , mi corazón:
>
> He aprendido a escribir. Te he ocultado este secreto hasta que me he creído capaz de comunicarme como deseo. Por fin puedo hablarte de lo que ven mis ojos, de lo que perciben mis sentidos, de lo que siente mi alma. Aunque no estemos juntos, si tú quieres nos haremos compañía con nuestros relatos. Ya no tendremos que esperar a que otros nos cuenten qué nos sucede. Mi corazón espera que regreses, ahora que eres libre de hacerlo. No te lo oculto: temo que ahora tu camino sea otro. No tardes en responderme.
>
> *Teepaalilaani* (significa «te quiero»).
>
> I SHCATE

Suzette estrechó la carta contra el pecho, en el que palpitaba un corazón emocionado e ilusionado. ¡Ah, Ishcate! ¡Qué maravillosa noticia poder estar en contacto directo con él! ¡Le haría saber que no tenía nada que temer! Su camino seguía siendo el mismo: el que lo llevaría a él.

Se levantó y entró en la casa en busca de Rinaldo. Se enfrentaría a él. No podía retenerla más. Lo encontró en el despacho.

—No hay ninguna razón para que no me ayudes a conseguir el salvoconducto. Me iré con Adrienne y con Demba. Anne se quedará aquí con Estelle y Guillermo.

Rinaldo alzó la vista de su lectura.

Suzette percibió que las mejillas del hombre estaban encendidas y que le temblaba ligeramente la mandíbula, como si rumiara qué argumento darle que fuera irrefutable. Por fin dijo:

—Eso no es garantía de que vuelvas.

Suzette abrió la boca. ¿Acaso la creía capaz de abandonar a sus hijos?

Entonces lo comprendió.

Rinaldo albergaba esperanzas respecto a ella.

Su cárcel tenía barrotes mucho más gruesos de lo que había pensado.

Madrid, junio de 1790

Mi amado Ishcate:

Quisiera lo imposible: que no nos separaran miles de leguas, que no hubiera un océano entre nosotros, que llegara una de tus cartas cada semana para alegrar mi corazón. Te envío las mías sin saber cuándo podrás leerlas, si estás en Kaskaskia, en Arkansas o en Nueva Orleans. Doy gracias a Alizée por guardártelas, por facilitar esta conexión que me ha mantenido a flote, ilusionada, estos dos últimos años. Conseguiré el modo de salir de aquí y volver a casa. Es en lo único en lo que pienso. Espérame.

Teepaalilaani . Yo también te quiero.

S UZETTE

Sentada ante el escritorio de su dormitorio, el único lugar donde se sentía a salvo de la ominosa presencia de Rinaldo, Suzette se llevó la carta a sus labios y la besó. Había tomado por costumbre redactar notas sueltas a Ishcate, como si fuera un diario, que luego juntaba y enviaba a Alizée.

Procedió entonces a redactar la carta que pensaba enviar al rey, con copia al secretario de Estado. Tenía un plan para librarse de Rinaldo. Una propuesta razonable para conseguir un pasaporte. Llevaba dos años atrapada en una espera interminable. Su comportamiento había sido intachable, como podrían atestiguar sus amistades si el rey recababa información. Había llegado el momento de pasar a la acción.

Se explayó en hablarle a Carlos IV de su difunto marido,

Sebastián Orlac, que tan buen servicio había prestado a su padre, el difunto rey Carlos III, en sus servicios al difunto gobernador de Luisiana y virrey de Nueva España, Bernardo de Gálvez. Y le expresó su deseo de trasladarse a Francia con sus hijos, utilizando las excusas de arreglar la herencia de Adrienne, hija de su primer marido francés, Belmont Fournier, y de buscar un colegio francés para su hijo Guillermo, por si resultaba conveniente que continuara su educación allí tras el verano. Para resultar más creíble, le solicitó recomendaciones para los embajadores en Francia, por si necesitase de su ayuda por los alborotos en el país vecino en las pocas semanas que pensaba pasar allí.

Una vez en Francia, pensó con una sonrisa esperanzada, embarcaría en Burdeos con destino a Luisiana. No podía aguantar más. Echaba de menos a Ishcate y a su familia y necesitaba calor. Sus huesos y su ánimo no resistirían otro invierno helador en Madrid. Iba camino de los treinta y cinco años. La vida pasaba demasiado deprisa.

Anne se le acercó sigilosamente.

—¿Les ha escrito ya? ¿Cuánto tardarán en responder? ¿Empiezo a preparar el equipaje?

Suzette sonrió.

—No sé quién de las dos tiene más ganas de regresar a Nueva Orleans... Recuerda que no puede saberlo nadie.

Anne no se había adaptado bien a Madrid. Apenas tenía con quién hablar y allá adonde fuera sentía que la miraban como si fuera un bicho exótico y raro. Y a su hijo le sucedía lo mismo, con el problema añadido de que su querida Adrienne pasaba más tiempo ahora con los hijos de las amistades que con él. En parte por esa razón Demba se había refugiado demasiado en la lectura de todas las publicaciones francesas que podía conseguir y en las conversaciones políticas de quienes veían con simpatía las noticias procedentes de París. Empezaba a emplear demasiado las palabras *igualdad* y *libertad* ; incluso su tono era un tanto insolente cuando hablaba de Suzette.

—No se preocupe. —Anne se lo había contado a Demba, pero estaba segura de que mantendría el secreto.

El mayordomo avisó de la llegada del conde de Aranda.

De todas sus amistades, Suzette sentía debilidad por él, porque le recordaba a su padre. Ambos eran apasionados, vehementes e inteligentes. La nostalgia por su familia había borrado toda

recriminación del pasado hacia Girard por el asunto de Ishcate; lo había perdonado desde la distancia. Por su parte, Aranda había encontrado en ella a una persona que lo escuchaba con respeto e interés, que comprendía su temperamento impetuoso, que no lo trataba como si fuera un anciano obstinado y que debatía sus ideas con sinceridad y desinteresadamente. Por eso era a la primera que visitaba cuando algo lo perturbaba.

Suzette se percató enseguida de su estado alterado.

—¿Qué sucede?

—Están denegando pasaportes a Francia.

Suzette pensó en las cartas que acababa de redactar.

—¿Por qué razón? —preguntó temerosa.

—Las fronteras están controladas. Se vigila a todos los emigrados, sobre todo a los que empezaron a llegar a España tras los disturbios de los últimos meses.

El año anterior la población francesa se había alzado en armas contra el rey Luis XVI. La burguesía y el pueblo llano habían fundado la Asamblea Nacional de Francia con el objetivo de elaborar una constitución y terminar con la monarquía absoluta y con los privilegios señoriales y eclesiásticos. Aun con las tropas reunidas por el rey en París, el pueblo, armado, había tomado la Bastilla, la prisión emblemática del poder real francés. Los insurgentes habían matado al gobernador de la fortaleza y después al alcalde de la ciudad, cuya cabeza habían cortado y exhibido clavada en una pica. Desde entonces la revolución se había ido extendiendo por ciudades y pueblos, creándose nuevas corporaciones municipales que no reconocían otra autoridad que la Asamblea, que además había publicado una declaración de derechos del hombre y del ciudadano en la que primaban la igualdad y libertad de los hombres.

—Se ha censado a todos los extranjeros, sobre todo a los franceses —continuó Aranda—. Los vigilan. No te extrañe que a ti también. Asegúrate de que no haya propaganda subversiva en tu casa. Dios no quiera que entremos en guerra contra Francia.

—¿Existe ese riesgo? —preguntó Suzette consternada porque a cada minuto que pasaba presentía que peligraban sus planes de marcharse—. En *La Gaceta* no hablan de lo que sucede en Francia; lo que sabemos es por lo que corre de boca en boca. ¿Tiene usted noticias nuevas?

—Por decirlo de una manera directa, nuestro rey se está mirando en espejo ajeno. —Por si Suzette no lo comprendía, aclaró—: Lo que acontece en Francia bien podría pasarle a él. La situación de nuestros vecinos resulta, cuando menos, interesante. Con el ejemplo de la independencia de los Estados Unidos, tal vez estemos ante el principio del fin del mundo conocido. «Igualdad y libertad» es un lema contagioso. Y pernicioso si no va acompañado de la razón.

Suzette reflexionó en voz alta:

—Desde que era una niña los imperios inglés, francés y español han peleado por el poder sobre otros territorios. Lo de Francia es diferente. Me recuerda a la revolución de los criollos: franceses enemistándose contra franceses por estar a favor o en contra de la presencia española en Luisiana. —Evocó fugazmente el día de la ejecución de Lafrenière, la calma tensa, los postigos cerrados, el silencio en el aire—. No hay nada peor que las guerras dentro de tu propia tierra. El sufrimiento es mayor porque la victoria sobre tu vecino, primo, amigo o hermano no puede producir satisfacción sino amargura. Mucho me temo que, cuando caigan los grandes imperios, el odio se proyectará dentro de cada país.

Sus palabras provocaron un largo y meditativo silencio en Aranda, que interrumpió ella:

—Cuando ha llegado usted, terminaba de escribir al rey solicitándole permiso para pasar un breve periodo de tiempo en Francia y conocer la tierra de mis antepasados. Con lo que me ha contado, es posible que no me lo conceda.

—En mi opinión, querida amiga, ni te dará permiso, ni es el momento adecuado para solicitarlo. En tu lugar quemaría la carta.

Suzette suspiró. Había perdido dos años. Su intento razonable para regresar a su hogar se había topado con el obstáculo insalvable de un conflicto político. Tendría que empezar a pensar en otra opción.

No fue la única que se sintió defraudada ese día.

Anne, que había prestado atención a la conversación en sus frecuentes entradas al salón, le anunció por la noche a Demba que «por ahora» no se irían de Madrid.

—Toda nuestra vida depende de los caprichos de madame —protestó él, rabioso porque se había hecho ilusiones con el viaje.

—No son caprichos —dijo Anne—. Sus decisiones dependen del rey.

—Debes de ser la única esclava que defiende a su ama.

—Me salvó de un futuro incierto y quién sabe si terrible. Gracias a ella, a ti y a mí nunca nos ha faltado de nada. Gracias a ella, sabes leer.

—¡Ella y su padre os compraron a mi padre y a ti como si fuerais ganado!

—Así eran y son las cosas en Luisiana.

—¡Las cosas pueden cambiar, madre! En Inglaterra y en Francia hay asociaciones contra la trata de esclavos... En Francia, el pueblo se está enfrentando al rey y a sus privilegiados. ¡El día que los esclavos nos levantemos contra nuestros opresores está cerca!

Anne no pudo evitar pensar en Bamboula, que había preferido morir libre a permanecer un día más como propiedad de un blanco. Se habría sentido orgulloso de Demba: había heredado su voluntad y determinación. Ella, por el contrario, se sentía unida a Suzette y no se imaginaba viviendo o trabajando en otro lugar lejos de ella.

—Vigila con quién compartes tus deseos, Demba —le dijo—. Hasta que llegue ese día, hay que seguir comiendo.

Una semana después Rinaldo informó que se estaba interrogando a todo el que hubiera disfrutado de estancias sospechosas en Francia y que se habían realizado varias detenciones.

—El rey ha decretado que salgan de la corte todos los forasteros y que se aumente la vigilancia de las tertulias y reuniones donde el ambiente sea demasiado francés. Se acabaron las reuniones, aquí y en cualquier otro lugar. Hasta que todo se tranquilice.

—¿Alguien que conozcamos? —preguntó Suzette.

—Precisamente tus amigos de la tertulia de Félicitè de Saint Maxent. Han detenido a Cabarrús.

Suzette se preocupó. ¿Qué sería de sus hijos si a ella la detuvieran? Conocía bien a Cabarrús, el director del banco. No había ninguna razón para sospechar de él. Y si la única razón para detenerlo era su origen francés y su gusto afrancesado, entonces también ella estaba en peligro. Ojalá hubiera podido marcharse antes de España. El único argumento que la aliviaba un poco era el de que, tal vez, su condición de viuda la mantuviera a salvo.

El tiempo pasaba con una gran inquietud bajo la calma aparente. El calor del verano era agobiante, y Rinaldo estaba insoportable. El hombre había adoptado el papel de protector de la familia. Se

dedicaba a criticar todo lo que decían o hacían ella y sus hijos y a sermonearlos. Suzette no estaba dispuesta a que la juzgaran.

Una noche la tensión explotó. Tras un día excesivamente caluroso, Suzette, Adrienne y Rinaldo tomaban el fresco en el jardín, rodeado por una alta tapia, sentados en unas sillas de hierro junto al pozo.

—Tenéis que suspender todas las salidas —ordenó Rinaldo.

—¿Por qué habríamos de hacerlo?

—No conviene que os asocien con ningún francés.

—No será fácil, teniendo en cuenta que soy francesa —dijo Suzette.

—¡Yo quiero seguir viendo a mis amigos! —protestó Adrienne, amiga de los hijos de Cabarrús y de los de la virreina viuda.

—Resulta de lo más inconveniente en estos momentos que haya rumores de noviazgos con quien no interesa.

—¿Qué noviazgos? ¿Es que las mujeres y los hombres no pueden ser simplemente amigos, sin pensar en bodas? —se quejó Adrienne.

En lugar de responder, Rinaldo continuó:

—Se acabó el comentar las noticias de los periódicos franceses. Y hablaremos siempre en español, por mucho que os cueste. —Suzette iba a protestar, pero él alzó una mano en el aire—: Es por vuestro bien. Y, Suzette, te convendría entablar nuevas relaciones. Incluso concertar los matrimonios de tus hijos con nobles sin tacha.

Suzette abrió mucho los ojos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Si son unos niños!

Sin hacer caso a su protesta, Rinaldo añadió:

—Estelle se debería casar con un pariente Orlac que ya es capitán destinado en México.

—Me pregunto en quién habrá pensado para mí... —murmuró Adrienne con sorna.

Rinaldo le lanzó una dura mirada.

—Descuida, jovencita. Estamos hablando del futuro de los Orlac. Que yo sepa, tú no llevas ese apellido. Además, no sé qué hombre querría a una mujer que muestra tanta confianza con un negro.

Adrienne enrojeció y Suzette salió en su defensa.

—Ese comentario está fuera de lugar —dijo con firmeza—. Adrienne y Demba son como hermanos. —Se dirigió a su hija—: Adrienne, déjanos solos.

La joven obedeció a regañadientes. Entonces Suzette se levantó de su silla, se acercó a Rinaldo y se encaró con él:

—No pienso comprometer a Estelle y Guillermo en matrimonio. Deja de entrometerte en mi vida y en la de mis hijos.

Rinaldo se puso en pie, consciente de que su altura la intimidaría.

—Te equivocas y te arrepentirás. Si no me haces caso, luego no me pidas que mueva hilos para ayudarte. No consentiré que tu nombre francés manche el buen nombre de esta familia.

—Estoy tranquila, pues nada comprometedor he hecho.

—No seas ingenua. La verdad es simplemente lo que se quiere que se crea. La solución está en tu mano y no quieres verla. Prefieres ponerte en riesgo.

—¡Vaya solución, casar a mis hijos!

—O casarte tú —casi gritó Rinaldo—. Conmigo.

Suzette se quedó sin habla. Sí; la estaba amenazando. ¿Sería capaz de acusarla ante el mismo rey si no respondía de manera afirmativa? Le mantuvo la mirada, en la que pudo leer una determinación cercana a la sinrazón. Sintió miedo.

Rinaldo la cogió de un brazo con fuerza.

—¿Nada respondes?

Suzette tragó saliva. Por fin se atrevió a decir con contundencia:

—No deseo contraer un nuevo matrimonio.

Tras unos instantes de silencio, él soltó su brazo con desprecio y escupió:

—Muy bien. No mentiré por ti. Si me preguntan, no me quedará más remedio que admitir que te relacionas con revolucionarios.

47

Madrid, septiembre de 1790

Suzette volvía de noche del teatro con Aranda, convertido en su confesor. Caminaban en silencio, ambos preocupados por el ambiente que se respiraba en la ciudad, y ella especialmente por la insoportable situación en su casa, con un Rinaldo que apenas le dirigía la palabra y que vigilaba todos sus movimientos, como si estuviera tramando una venganza.

A una corta distancia de la vivienda oyeron unos murmullos y distinguieron unas sombras en la oscuridad. Aceleraron el paso y, ante el portón, cuatro hombres se les acercaron. Dos de ellos llevaban atuendo militar; el tercero portaba una carpeta de cuero con papeles; y el cuarto —delgado, de rostro alargado, labios finos y cabello recogido con un lazo en la nuca— se presentó como José Colón de Larreátagui, juez o alcalde de casa y corte, oficial encargado de la administración de justicia, y les pidió que se identificaran.

—Suzette de Orlac, de soltera Girard —dijo Suzette con tono firme—, y vivo aquí. ¿Por qué desean saberlo?

—¿Nombre del caballero?

—Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda. Me aseguro de que la señora llegue sana y salva a su casa y me retiro a la mía. ¿Algún problema?

—Cumplo órdenes, señor —respondió el oficial—. Debo vigilar las entradas y salidas de esta vivienda. —Comprobó que el escribano terminaba su anotación a la luz de un candil de aceite y con un gesto indicó a los otros hombres que se retiraran.

En el zaguán, Suzette susurró angustiada:

—¡Me están espiando! ¡Dios mío! ¿Qué debo hacer?

—Lleva una vida normal con tus hijos y, de momento, no salgas mucho. —Aranda tomó sus manos y las apretó con fuerza para despedirse—. ¡*Courage* , querida amiga! Pensaré cómo ayudarte.

Suzette siguió el consejo de Aranda, aunque le resultaba difícil aparentar normalidad cuando sabía que la vigilaban por sospechosa. Sus hijos se aburrían sin la compañía de sus amigos y ella daba vueltas por la casa como si fuera un animal enjaulado.

La vida tenía ironías, reflexionó: la lucha por la libertad en Francia la había convertido a ella en una prisionera. La libertad de unos significaba la opresión de otros.

Y ella no podía hacer nada salvo pensar y pensar cómo librarse de las pesadas cadenas que la asían a una vida no deseada; cómo cumplir su sueño de regresar a las praderas cubiertas de flores de Luisiana que recorrería a lomos de un caballo, con un liviano vestido y el cabello suelto al viento, abrazada al cuerpo fuerte de su amado Ishcate.

Se repitió que no perdería la esperanza. Por tediosa e insoportable que fuera la incertidumbre, en algún momento se abriría un resquicio que ella sabría aprovechar. No cejaría en su empeño de volver a su verdadero hogar.

Un par de semanas después, al anochecer de una tarde de septiembre, se presentó de nuevo el alcalde de casa y corte Larreátagui a las puertas de la vivienda Orlac con el mismo escribano y los mismos guardias. A Suzette le sorprendió que lo acompañara Aranda y que hubiera dos carruajes.

Larreátagui le entregó un documento, a la vez que le explicaba:

—Es una orden de destierro para usted, sus hijas y los miembros franceses de su servicio. Se le permite que la acompañen sus esclavos negros. Recojan lo indispensable. Disponen de media hora.

Suzette leyó el documento porque le costaba creerse que aquello fuera real. Pensó que su amigo había ideado alguna estratagema para que la obligaran a marcharse de esa ciudad en la que su cuñado la tenía presa. Miró agradecida a Aranda, que le dijo:

—Me enteré de que el rey había emitido una orden de destierro y me atreví a mediar por ti y que te cambiara el destino.

—No pierda el tiempo, señora —le recomendó Larreátagui—. Saldrán a la hora prevista, ni un minuto antes ni uno después.

Dirigidos y vigilados por Anne, los criados empaquetaron las ropas, alhajas y pertenencias más importantes de la familia y unas cestas con comida, que fueron cargando en el carruaje destinado a la familia.

Llegado el momento de partir, cuando todos estaban listos ante el portón de la puerta principal, Larreátagui tomó de las manos del escribano un envoltorio que le entregó a Suzette:

—Aquí tiene un adelanto de veinte mil reales para los gastos del camino. Serán descontados de su pensión. Firme el recibo.

Ella se apresuró a hacerlo. Quería irse de allí cuanto antes.

—¿Adónde nos llevan?

—Los criados franceses viajarán hasta la raya de Francia, donde se los dejará libres con la prevención de que no vuelvan otra vez a España. Su destino y el de su familia es Zaragoza. —Señaló a los soldados sentados en los pescantes junto a los cocheros—. Viajarán vigilados para asegurarnos de que se cumple la Orden Real.

Zaragoza estaba en el norte, pensó Suzette con el corazón aleteando de alegría. Cerca de la frontera con Francia. De su libertad. Esa había sido la ayuda de Aranda.

El peluquero, el cocinero y el repostero —los tres franceses—, con el ánimo abatido, subieron a uno de los vehículos. En el otro viajarían la familia y Anne y Demba. Adrienne y Estelle subieron primero; cuando le tocó el turno a Guillermo, Larreátagui le puso una mano en el hombro para detenerlo.

—El niño no va con ustedes.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Suzette perpleja.

—Se lo he dicho y lo ha leído. El destierro es para sus hijas y usted.

Suzette agarró a Guillermo, que comenzó a llorar espantado, y lo abrazó.

—¡Mi hijo viene conmigo! —rugió ella.

A un gesto del oficial de justicia, los guardias separaron al niño de su madre por la fuerza.

—Tengo orden de que se quede a cargo de su tío, que se ocupará de su educación. Considérelo un privilegio de su majestad.

Suzette aulló de rabia. Su sueño se esfumaba. No iría a ningún sitio sin su pequeño. Creyó enloquecer y comenzó a dar voz a su furia y a golpear a quienes sujetaban al niño. Su cólera era tal que acudieron los soldados del otro coche. Adrienne bajó del suyo para enterarse de qué estaba sucediendo.

Aranda trataba de calmar a Suzette.

—¡No sabía nada de esto! Lo siento mucho. Prudencia, Suzette.

No empeores las cosas. El rey no se anda con chiquitas. No le ha temblado el pulso al enviar desterrada a Valladolid a la viuda del virrey Gálvez. —Apoyó una mano en el hombro de Guillermo—. Yo me encargaré de que esté bien atendido. Confía en mí. —Le entregó una nota—. Di que vas de mi parte.

Suzette no pensaba con claridad. A su lado Adrienne cogió el papel, lo leyó y se lo entregó a Anne para que lo guardara.

Suzette abrazó a Guillermo. Era un niño débil, delicado, sensible. No resistiría la separación de su mundo conocido y confortable.

—Sé fuerte, hijo mío —le susurró mientras le acariciaba el rostro y el cabello—. Volveré a por ti. —Comenzó a sollozar—. No nos merecemos esto...

Alzó la vista instintivamente hacia el balcón del primer piso, donde reconoció la figura de Rinaldo oculta entre los cortinajes. Había sido él. Por despecho.

Con el odio hacia él, la rabia y la tensión oprimiéndole el pecho, entrecortándole la respiración, desgarrándole las entrañas, Suzette subió al carruaje. ¿Qué pasaría con ella, con sus hijas, con su hijo? Tendría que sacar fuerzas de flaqueza para continuar adelante.

—¡Falta Demba! —exclamó Anne cuando el vehículo se puso en marcha.

Encogida en su asiento por lo sucedido y extrañada todavía porque Adrienne había cogido su bolsa y la había abrazado con fuerza en medio de los gritos y lloros de su madre y hermano, Estelle aseguró:

—También Adrienne. Los he visto subir al otro carruaje.

Viajaron en silencio hasta la primera posada, pasado Guadalajara, donde pararon ya de madrugada para dormir.

Allí Anne se dio cuenta de que ni Demba ni Adrienne aparecían. Dirigió su mirada hacia el norte y tuvo un aciago presentimiento.

Fue en busca de Suzette.

—Madame... —¿Cómo verbalizar su sospecha?—. Demba y Adrienne...

—¿Qué sucede? —preguntó Suzette casi sin voz, con el miedo estrangulándole las entrañas, incapaz de asumir otra desgracia.

—No están.

—¿Qué quiere decir eso?

—El otro coche ha continuado camino...

Anne sintió un doloroso vacío en su interior. Demba había aprovechado la oportunidad de cumplir su deseo de marcharse a Francia. A su mente vinieron imágenes de Bamboula, de su amor compartido en las cabañas de esclavos de Girard, de la infancia de Demba, de los pantanos a los que había huido su marido, de su dramática muerte, asesinado como si fuera un perro rabioso. A diferencia de otras esclavas separadas de sus familias, ella había sido afortunada. Había podido disfrutar de la compañía de su hijo durante diecinueve años. Debía respetar que Demba era ahora un hombre que quería tomar sus propias decisiones, aunque la primera y más difícil, la de dejar a su madre, supusiera romper su corazón.

Miró a Suzette y se sintió unida a ella en su dolor.

—Adrienne, ¿por qué...? —murmuró Suzette con la mirada perdida en el horizonte.

No tardó en comprenderlo. Las sospechas que tantas veces le repitieron su madre y otros tenían su fundamento. Demba y Adrienne tenían que estar unidos por un vínculo más estrecho que el de la amistad si ella no había dudado en huir con él. Y a Francia, el lugar donde el pueblo luchaba ahora por la libertad. La imaginó en todo tipo de peligros y, a la vez, alzando la voz por los derechos de los oprimidos.

La odió por abandonarla; la admiró por su valentía.

A su querida hija le habían bastado unos segundos para tomar una decisión que cambiaría su vida para siempre mientras ella sentía que iba de cárcel en cárcel.

El valor mostrado por Adrienne inspiró las siguientes decisiones de Suzette.

En los cuatro días que duró el viaje desde la posada hasta Zaragoza, una sensación de hartazgo y rebeldía venció a la aflicción y el agotamiento.

¿Qué había hecho desde la muerte de Sebastián? Esperar y esperar a que algo sucediera o que alguien acudiera a su rescate. Su único intento de cambiar el rumbo de su vida había sido mostrarse sumisa ante los demás a la espera de que el rey se dignase firmarle un salvoconducto. Todavía tendría que ser dócil un poco más de tiempo; pero se juró que el plan que había pergeñado en su mente funcionaría.

En Zaragoza, una ciudad de más de cuarenta mil habitantes ubicada en el corazón de la región de Aragón, tierra natal del conde

de Aranda, Suzette, Anne y Estelle se alojaron en la casa indicada por su amigo. Estaba en la calle Trenque y era pequeña y sencilla, pero cómoda y suficiente para las tres y el poco personal de servicio que necesitarían. Aunque no pensaba estar allí mucho tiempo, Suzette decidió contratar a un maestro para que Estelle estuviera entretenida mientras ella se dedicaba en cuerpo y alma a la primera parte de su plan.

Cuando consideró que había pasado un tiempo prudencial como para emplear un tono sosegado, redactó varias cartas. El contenido era básicamente el mismo en todas: consideraba que se había cometido una injusticia contra ella, cuyo marido había prestado tan buenos servicios a la corona; no se merecía ese destierro que la mantenía separada de su hijo, todavía pequeño; agradecía que este recibiera una buena educación bajo la tutela del barón de Orlac; y solicitaba que, al menos, se le permitiera a Guillermo disfrutar de las largas vacaciones del verano con ella en Zaragoza si su destierro no terminaba antes.

Escribió a su padre y a su hermana Margaux para que hablaran a su favor y apoyaran su petición enviando sus propias cartas al rey en nombre de las familias Girard y Durán respectivamente. Escribió a su amigo Aranda, a su cuñado Rinaldo, al rey Carlos IV y a la reina María Luisa. Y, por miedo a que su correo fuera espiado, no escribió a Ishcate.

De los reyes no recibió respuesta.

Aranda le prometió que en cuanto le quitara el cargo de primer secretario de la Secretaría de Estado al corrupto conde de Floridablanca, autor de los encarcelamientos, destierros y represalias contra los afrancesados, repararía la injusticia cometida contra ella.

Rinaldo le recordó que podía mover hilos para que acabase esa pesadilla, siempre y cuando aceptara su proposición.

Y Margaux, en una escueta carta, simplemente le expresó sus mejores deseos, dadas las circunstancias. Suzette comprendió que, por temor a represalias, su propia hermana mantendría una prudencial distancia. Hasta ese extremo había llegado su caída en desgracia.

De Adrienne no sabía nada. ¿Por dónde andarían ella y Demba?, se preguntaba cada día con preocupación. ¿De qué vivirían? ¿Cuándo y cómo podría reencontrarse con su hija? Estas preguntas sin respuesta le causaban un gran dolor que solo podía sobrellevar rezando por ellos.

El invierno enseñó sus dientes y Suzette volvió a la carga con las únicas armas de las que disponía: pluma, tinta y papel. Tanta fue su insistencia que, una mañana de primavera, por fin recibió una carta de Rinaldo en la que daba su consentimiento para que Guillermo pasara el verano con ella. Temía que el niño, de ocho años, enfermara de melancolía y no quería arriesgarse a perder a su heredero.

Suzette se preocupó por su hijo. Le escribió enseguida para animarlo con la noticia de que se verían en pocos meses y se repitió estas palabras varias veces durante su paseo diario con Anne. Solían salir a primera hora de la tarde, que era cuando menos gente había por la calle. Para no llamar la atención, evitaban los lugares comunes de esparcimiento de la ciudad, como el nuevo Canal Imperial, lugar de moda, y caminaban a paso ligero por la ribera del río Ebro o por las callejuelas cercanas a su vivienda.

Había conseguido salvar el escollo más difícil, pensaba Suzette con ilusión. Iba a recuperar a su hijo. Ya podía poner en marcha la segunda parte de su intento de huida.

Se sentía tan optimista que veía hermosos hasta los edificios que antes había ignorado, como el palacio arzobispal frente a la Seo del Salvador en su Epifanía —en la gran plaza donde también se levantaba la basílica de Santa María del Pilar—, que acababa de ser remodelado. Admiró la fachada de ladrillo, que le transmitió una sensación de ligereza, y la armónica disposición de los grandes ventanales con rejas de la planta baja y los frontones triangulares de las ventanas del piso superior.

Ante la gran portada, flanqueada por columnas, se detuvieron dos matrimonios, que observaron a Suzette y Anne con descaro. Al reconocerlas, pues no había otra dama en la ciudad que paseara con una criada mulata, uno de los hombres, de aspecto distinguido, exclamó:

—¡No queremos traidoras aquí!

Suzette sintió una súbita rabia. En los meses que llevaba allí había soportado malas miradas por parte de quienes sabían que era una afrancesada desterrada; pero de ahí a que la insultaran... Se le encaró:

—¿A quién llama «traidora»? —La mandíbula le tembló—. ¿Qué sabe de mí para juzgarme?

El hombre parpadeó sorprendido, pues no se esperaba una

reacción semejante de una mujer elegante, por muy revolucionaria que fuera. Tras unos instantes de duda, le espetó:

—¡Lo que está claro es que su actitud no es propia de una señora!

Viendo que Suzette pretendía quedarse con la última palabra, Anne tiró de su ama con decisión para sacarla de allí. Otros viandantes estaban pendientes del altercado. Suzette se dejó llevar. Cuando su respiración se normalizó, murmuró:

—No me he podido callar. Estoy harta de hacer lo correcto.

Miró a Anne y la vio con otros ojos. Había sido su esclava desde los ocho años. La vida de la mujer había dependido de sus decisiones, al igual que ahora la suya dependía del rey y de su cuñado, a quienes odiaba con toda su alma, aunque fingiera devoción y sumisión en sus cartas. ¿Cómo podía haber resistido Anne tantos años sin rebelarse?

En cuanto llegó a casa, fue directa a su escritorio, tomó una hoja de papel y escribió un texto. Llamó luego a su doncella y se lo entregó.

—He firmado tu libertad, Anne Operman, y la de tu hijo Demba.

—Ojalá él estuviera aquí para agradecérselo —dijo Anne emocionada y perpleja—. Soy libre... —Pensó en las implicaciones de su nuevo estado durante un buen rato, en silencio. A diferencia de Suzette, a ella nadie le prohibiría viajar. Podría partir en busca de su hijo, dondequiera que estuviese, aunque no conocía a nadie ni en España ni en Francia. O podría regresar a Luisiana. ¿Y de qué viviría? ¿Y si no respetaban ese documento y volvía a la esclavitud? Por fin preguntó—: ¿Y qué hago ahora?

—Necesito una doncella —dijo Suzette—. ¿Te interesa el trabajo? —En su voz había angustia—. No puedo imaginarme mi vida sin ti, Anne. Siempre has estado a mi lado. Y ahora te necesito más que nunca porque voy a cometer una locura.

48

Zaragoza, julio de 1791

Antes del amanecer Suzette despertó primero a Estelle y luego a Guillermo.

El niño había llegado, flaco y desmejorado, hacía tres días con unos militares amigos de Rinaldo. Reconfortado por los abrazos de su madre y hermana, cebado por Anne y bien dormido, había recuperado fuerzas. Estaba segura de que resistiría el viaje.

—¿Adónde vamos, madre? —le preguntó él somnoliento.

—A la aventura —susurró ella.

Todo estaba preparado. Los fardos con comida, ropa sencilla y calzado cómodo. Las joyas envueltas en telas. Las de más valor y el dinero escondidos en el dobladillo del bajo de su falda. La tartana alquilada esperando ante el portal de la vivienda. Lo demás se quedaría en la casa. Nadie sabía que se marchaban para siempre. Al cochero le habían dicho lo mismo que al casero: que iban a pasar unas semanas con unos familiares.

Los dos niños y las dos mujeres salieron a la calle, oscura y silenciosa. A la débil y titilante luz del hacha de la fachada, convertida en una masa grotesca de cera derretida, se subieron al carro de dos ruedas y se sentaron en los bancos laterales. Gracias al calor del verano, la gente solía acostarse y levantarse más tarde, así que no se cruzaron con nadie ni en la calle, ni en el puente, ni en el comienzo del camino hacia Huesca.

Suzette, la única que no se había dormido con el traqueteo, miraba nerviosa por la abertura frontal de la cubierta de lienzo hacia la silueta que se ondulaba en el horizonte. Las montañas por las que llegaría a Francia estaban a unas cuarenta leguas. ¿Qué era eso en comparación con las enormes distancias de Luisiana? Un poco menos que ir de Nueva Orleans a Natchez o subir y bajar de la ciudad a Baton Rouge. En apenas una semana su vida cambiaría. Después de

tanta espera, pocos días la separaban de la felicidad.

De los pasos fronterizos en Aragón, que había consultado en los mapas, había optado por el de Benasque, a pesar de que el trayecto fuera más largo, incómodo y, tal vez, peligroso. Recordaba haber escuchado una vez a Antonio Cornel decir que era el menos concurrido por desconocido y por su difícil acceso.

Con las manos cruzadas sobre el regazo, rezó para que el viaje transcurriera sin problemas.

El bullicio de la pequeña ciudad de Huesca la reconfortó. A pesar de que la situación con Francia era cada vez más complicada, la vida cotidiana parecía funcionar con normalidad.

Tal como habían pactado, el conductor de la tartana los dejó en la posada donde pasarían la noche y adonde acudiría a la mañana siguiente un guía con las mulas con las que continuarían viaje, porque desde Huesca hacia el norte, aunque había tramos de caminos de ruedas, la mayor parte eran solo de herradura.

Ya fuera por los rezos o por la habilidad del guía que, contento por la generosa suma de dinero que Suzette le había prometido, los llevaba por lugares solitarios, atravesaron sin problemas vastas extensiones de vides y trigo, dejaron atrás pequeñas poblaciones de casas de adobe y fértiles huertas y cruzaron riachuelos. Poco a poco peñas y colinas comenzaron a reemplazar a los llanos y el terreno se fue tornando cada vez más escarpado y el aire más fresco. Transitaron por estrechos senderos junto a despeñaderos que producían vértigo, cruzaron valles donde los campesinos segaban la mies de los campos, vadearon briosos ríos y, por fin, sucios y agotados, entraron en la villa de Benasque, una población de casas de piedra y tejados de pizarra rodeada de altas cumbres.

Como habían hecho en los otros lugares donde habían pasado la noche, el guía se encargó de buscarles alojamiento rápidamente en una posada, aunque en esta ocasión le extrañó que pagaran alquiler cuando le habían dicho que iban a visitar a unos familiares. Pero eso ya no era de su incumbencia. Cobró lo estipulado y se despidió. Anne, cuya presencia difícilmente pasaba desapercibida, se dirigió a su habitación, de donde no se movería hasta el momento de partir de nuevo.

Suzette decidió que descansarían un par de días en Benasque. Los cuatro necesitaban reponer fuerzas. Le entregó al posadero una bolsita

de monedas. La cantidad era muy superior al precio que él le había pedido por la estancia y la comida; ella quería comprar su discreción. El hombre, recio y de barba poblada, aceptó el trato. No le hizo preguntas indiscretas y la puso al día de la situación real cuando ella le preguntó por algún guía que estuviera dispuesto a acompañar a su familia a Francia:

—El paso fronterizo está ahora más vigilado que nunca. Sobre todo por la parte francesa. Y al castillo militar —señaló a su espalda— han llegado refuerzos.

—¿Podremos cruzar o no? —preguntó ella ansiosa.

El posadero se encogió de hombros.

—Sé de uno que se conoce las montañas mejor que los sarrios. El tiempo es bueno. Los tratantes de ganado van y vienen... Pero es muy arriesgado.

Al día siguiente Suzette cerró el trato con el guía y consiguió provisiones. Pidió al posadero que les preparara una cena temprana y aconsejó a Anne y a los niños que durmieran vestidos porque saldrían a las dos de la madrugada. A esa hora el guía los esperaba ya en la puerta de la posada con dos mulas. En una cargaron los fardos con sus pertenencias. Sobre la otra montaron los niños. Los adultos harían el viaje a pie. Para reducir el ruido al mínimo, no podían arriesgarse a llevar más caballería.

—No me gusta esta aventura —protestó Guillermo abrazado a la cintura de su hermana.

—Pronto terminará. —Suzette le acarició la mejilla—. Te prometo que el esfuerzo habrá merecido la pena.

En silencio, el pequeño grupo emprendió la marcha hacia el norte. La luz de la luna casi llena alumbraba el camino y permitía distinguir las formas de árboles, prados y peñascos, aquietados por la noche. Solo se oía el susurro del agua del río. Suzette pensó que la naturaleza hablaba el mismo idioma en todas las partes del mundo y emitía el mismo mensaje: la vida era interminable. Le pareció oír a Ishcate hablándole bajito al oído, dándole ánimos, diciéndole que pronto estarían juntos.

Al poco de dejar atrás la villa divisaron a su derecha la imponente figura de un castillo con torreón sobre una roca rodeada de colinas, justo donde el valle comenzaba a estrecharse. El guía se giró hacia ellos y se llevó un dedo a los labios para indicar que no hicieran

ningún ruido, aunque no se percibía movimiento; a buen seguro, a esas horas de la noche todos los soldados dormían.

Suzette soltó un suspiro de alivio cuando perdieron de vista la construcción. Siguieron el curso del río unas dos leguas más antes de detenerse a descansar y comer algo en un llano junto a un bosquecillo a los pies de las altas montañas que cerraban el valle. Suzette alzó la vista hacia ellas, con una mezcla de miedo, preocupación e ilusión. Todavía quedaba mucho camino por delante. Y mucha incertidumbre. Pero justo al otro lado de esa muralla natural estaba Francia. Su libertad.

—¿Qué es eso? —preguntó entonces Estelle, que se llevó la mano al pecho—. Me ha parecido sentir una pequeña vibración.

Súbitamente alarmada, Suzette escudriñó los alrededores y aguzó el oído. Ni veía ni oía nada extraño.

—A veces la tierra tiembla —dijo el guía, que continuó comiendo sin inmutarse.

Suzette, intranquila, se puso en pie. Conocía a su hija: tenía una sensibilidad especial.

—Será mejor que prosigamos.

Comenzaron la ascensión a la montaña por un estrecho sendero. El guía abría camino y guiaba a la primera mula del ronzal. Tras él iba Anne con la segunda y los niños. Suzette cerraba la fila.

Entonces sonó un disparo a sus espaldas. Y enseguida otro.

Suzette se giró y no vio a nadie, pero identificó unos ruidos que le parecieron más temibles que un terremoto.

Cascos de caballos.

—¡Tenemos que ir más deprisa! —urgió al percatarse de que parecía que se hubieran detenido.

—¡Madame! —gritó entonces Anne señalando hacia el guía, que huía hacia el bosque cercano.

Maldiciéndolo para sus adentros, Suzette ocupó su puesto y tiró del ronzal con fuerza. La mula respondió y trotó tras ella, que casi corría. Con lágrimas de rabia en los ojos, Suzette se juró que cruzaría esa frontera. No pensaba volver atrás.

Pero sus seguidores acortaron rápidamente la distancia. Sus voces se oían mezcladas con los sollozos de los asustados niños.

El siguiente disparo dio en una piedra a un par de pasos de ella. Suzette se detuvo, sin aliento. Derrotada, se dio cuenta de que no

podía poner en peligro la vida de sus hijos más de lo que ya lo había hecho.

—Me pareció ver algo desde mi puesto de vigilancia, señor —le explicaba con orgullo en la plaza de armas el soldado al gobernador del castillo, seguro de que su actuación tendría recompensa—. Pensé que eran imaginaciones mías, pero no me quedé tranquilo. Convencí a mi compañero para que diéramos una vuelta...

El gobernador, sorprendido por el extraño grupo que formaban los detenidos —una mujer blanca, que parecía bien educada, una mulata y dos niños—, miró a Suzette.

—¿Por qué iban a Francia? —le preguntó.

—Porque soy francesa y quiero volver a casa —respondió ella con tono firme y la espalda bien recta.

—¿Y su documentación?

—Nos la robaron de camino a Benasque —mintió.

El gobernador frunció el ceño. Por el acento, estaba claro que la mujer era francesa. Lo del robo no lo convencía.

—¿Y qué hago ahora con ustedes? —murmuró.

Suzette decidió emplear la única carta que le quedaba.

—Soy muy amiga del coronel Antonio Cornel. —Aunque no lo había visto desde los tiempos de La Habana, sabía de él por Aranda—. Estoy segura de que me dejaría continuar con mi camino.

La sorpresa del hombre aumentó. Casualmente el coronel estaba pasando unos días de visita en su casa familiar de Benasque. ¿No estaba ella al tanto de esto si tan amigos eran? Por otra parte, si fuera cierto que se conocían, ¿cómo reaccionaría su superior al saber que la había retenido allí? Solo había una manera de resolver ese problema.

—Se lo preguntaremos en persona.

Si Suzette se había hecho ilusiones con que Cornel la sacara de ese apuro, estas se esfumaron dos horas después cuando le vio la cara al entrar en el cuartucho de los bajos del torreón donde la habían acomodado con Anne y los niños. Cornel, a quien recordaba como un hombre amable, estaba muy enfadado. La tomó del brazo, la llevó a un rincón y le habló en voz en baja:

—¿Cómo se te ha ocurrido poner en riesgo tu vida y tu reputación?

—¿Mi reputación? El rey ya se ha encargado de mancharla injustamente. ¿Mi vida? Estoy desterrada, alejada de mis seres

queridos. Quiero recuperar mi vida donde se me quiere. En mi verdadera casa. En Luisiana.

—¿Y tus hijos? ¿Acaso no piensas en ellos?

—Mis hijos serán felices donde yo lo sea. —Lo miró a los ojos—. Estoy tan cerca de Francia... Por favor, intercede por mí.

—¿Y después? Suponiendo que lo hiciera y llegaras a Francia, ¿cómo te las apañarías allí para viajar a América? La nueva legislación francesa prohíbe salir a nadie del país para evitar tanto la fuga de capitales como la posibilidad de que los contrarrevolucionarios fomenten desde el extranjero la creación de un ejército. ¡Hasta el mismo Luis XVI fue detenido cuando intentaba huir para unirse a las tropas de Austria y Prusia, las potencias que prometieron ayudarlo! Con los revolucionarios divididos en varias facciones, más o menos moderadas, de monárquicos-constitucionalistas y republicanos, el rey francés ha tenido que jurar una constitución por la que se ve obligado a compartir poder con la Asamblea Nacional Constituyente. No se sabe en qué derivará todo esto, pero me han dicho que esté preparado para un conflicto militar, así que la cosa no pinta bien.

Suzette lamentó una vez más que el mundo fuera un lugar revuelto con más momentos de sobresaltos que de paz. Pero también pensó que Cornel le daba demasiadas explicaciones políticas para convencerla de que renunciara a su sueño de marcharse.

—Deja que me vaya como tenía planeado y no te preocupes por mi futuro.

—Me preocupo por ti y por los hijos de mi amigo Sebastián Orlac —dijo él con sinceridad.

A Suzette las palabras le sonaron a excusa. Desde la muerte de su marido, no había vuelto a verlo. Se acercó a él y le dedicó una mirada suplicante.

—Por favor, ayúdame.

Cornel se sintió ligeramente conmovido por la insistencia y determinación de Suzette. Pero al igual que Sebastián había jugado sus cartas en la vida, él tenía que jugar las suyas. Aunque había nacido en un lugar pequeño, había sabido aprovechar sus oportunidades y su carrera iba viento en popa. Todos los secretos acababan por saberse. El gobernador del castillo contaría lo sucedido: que el coronel Cornel había hecho la vista gorda y había permitido que una familia sin documentación cruzara la frontera. La familia de una mujer desterrada

por el rey. No podía arriesgarse a perder todo lo que había logrado y a arruinar su futuro militar y político. Sería la gran equivocación de su vida.

Se apartó de ella y le habló con franqueza:

—Me pides algo que no puedo hacer. Debo cumplir con mi deber. Te llevaré en persona de vuelta a Zaragoza. Con un poco de suerte, la insensatez que has cometido no llegará a oídos del rey.

Suzette vio en su mirada que esa amistad había terminado.

Una más de tantas.

La vida era como un gran río alimentado por los afluentes de las personas que una persona iba conociendo a lo largo de su viaje hasta su destino final. Algunos aportaban más que otros. Debía admitir que, exceptuando al fiel Aranda, el resto de los conocidos a través de su esposo ya no formaban parte de su vida ni estarían dispuestos a anteponer la amistad a la ambición.

Apretó los dientes. No podía sentirse más frustrada. Había estado tan cerca de conseguir su objetivo...

Había perdido otra batalla.

Una poderosa fuerza invisible y misteriosa se empeñaba en mantenerla lejos de Luisiana.

Pues entonces ella pensaría otra estrategia y emplearía nuevas armas.

No se rendiría hasta ganar su guerra.

49

Kaskaskia, Alta Luisiana, octubre de 1791

Después de entregar el último cargamento del año de Nueva Orleans para Étienne, Ishcate se dirigió al poblado kaskaskia. Solía permanecer entre ellos unas semanas antes de regresar a Arkansas para pasar el invierno con sus hijos y su hermano.

El jefe Ducoigne lo recibió con afecto, aunque con prisa.

—He acordado un encuentro con St. Clair. —Se refería al primer gobernador americano del recién delimitado Territorio del Noroeste, que incluía toda la tierra al oeste de Pensilvania y al noroeste del río Ohio, y toda la tierra al este del Misisipi por debajo de los Grandes Lagos—. Puedes acompañarme si quieres.

Ishcate hubiese preferido descansar y disfrutar del hermoso paisaje otoñal de su lugar natal a reunirse con otro jefe blanco cuyas palabras podía anticipar, pero recordó la recriminación que se cernía sobre él de ser un jefe itinerante, así que cambió su caballo por otro fresco y se unió a Ducoigne, que lideraba un grupo de veinte guerreros.

El lugar de residencia de St. Clair, la población de Cincinnati, a orillas del río Ohio, estaba a catorce jornadas de viaje hacia el este. Acamparon a las afueras y, al cabo de dos días, el general envió mensaje de que los recibiría en su casa.

Ishcate percibió enseguida el hartazgo en la cara del americano de mediana edad y melena canosa peinada hacia atrás. Simulaba escuchar a Ducoigne, pero su mente, con total seguridad, estaba en otra parte. Ambos hombres se habían conocido el año anterior en Kaskaskia. Probablemente St. Clair ya había escuchado esas mismas palabras. Ducoigne, ceremonioso, le recordó la historia de los kaskaskia y también la actitud de paz y cooperación de estos con los americanos desde los tiempos de George Rogers Clark. A su vez St. Clair le expresó en francés su simpatía por el sufrimiento causado a los

kaskaskia por otras tribus y le prometió su apoyo, con toda la sinceridad que fue capaz de transmitir. La reunión terminó con sonrisas y apretones de manos en el exterior de la casa.

Ishcate no creía a Ducoigne tan estúpido como para tragarse esas falsas promesas; concluyó, incluso con cierta admiración, que la única estrategia de este como jefe de una menguante tribu era la tenacidad.

Mientras los indios se iban marchando, Ishcate, que se había demorado tras los hombres blancos, escuchó que St. Clair le decía en inglés a su oficial:

—¡Qué pesado! ¡No se cansa nunca de rogar limosnas! ¡Este Ducoigne es el mayor mendigo que he conocido!

¿Había entendido la palabra *mendigo* ? Ishcate, que algo de inglés había aprendido en los últimos años por sus viajes y su trabajo y su contacto con comerciantes y soldados ingleses y americanos en Kaskaskia, sintió que lo invadía la ira. Una cosa era aceptar formalismos vacuos y otra, insultos. ¿Eso pensaban de ellos los americanos? ¿Que eran mendigos?

Esa misma noche, cuando los kaskaskia se sentaron junto a la hoguera del campamento, Ishcate le preguntó a Ducoigne en voz alta para que todos pudieran escucharlo:

—¿No estás cansado de las mismas palabras que no sirven de nada? Los jefes blancos nos reciben y nos hacen promesas que luego no se cumplen. Crecimos con los franceses, luego llegaron los ingleses y ahora los americanos. ¿Por qué debe depender nuestro futuro de ellos? ¿Por qué no podemos ser los dueños de nuestro destino?

—¿Lo preguntas tú, que vives entre los blancos? —El comentario de Ducoigne provocó un tenso silencio.

—Tal vez me quedaría entre vosotros si hubiera algo por lo que luchar —respondió Ishcate, que se puso en pie para dirigirse ahora a los demás—: Nos olvidamos pronto de Pontiac, y yo mismo lo critiqué por haberse vendido, pero por un tiempo consiguió algo impensable: juntar a tribus enemigas contra el enemigo común.

—Si estás pensando en unirte a Michikinikwa —Ducoigne se refería al jefe de los miami, que lideraba a las tribus del río Wabash contra los americanos—, eres libre de hacerlo, pero no en nombre de los kaskaskia.

—Como jefe, creo que al menos debo escuchar su propuesta. ¿Alguien más quiere acompañarme?

El corazón de Ishcate comenzó a palpitar con excitación. A veces las grandes gestas se iniciaban en sencillos momentos como ese: un hombre convenciendo con sus palabras a sus cercanos; una chispa que prendía rápidamente en un conjunto de leños secos y producía un fuego vivo.

Ningún guerrero se puso en pie. Con la mirada fija en el suelo, dejaron claro que optaban por la postura pacífica de Ducoigne.

—Muy bien —dijo Ishcate, con actitud orgullosa para que no se le notara la decepción—. Partiré al amanecer.

—Que el Gran Espíritu te acompañe —dijo Ducoigne con sinceridad— y te ofrezca respuestas.

A la mañana siguiente Ishcate se dirigió hacia el noroeste. Calculó que desde Cincinnati no tardaría más de una semana en dar con los seguidores de Michikinikwa, que se movían por el río Wabash. El otoño había sembrado los bosques de hojas amarillas, rojizas y ocres. Las más recientes crujían sobre las húmedas, que se adherían a los cascos del caballo. No había nada más hermoso, pensó Ishcate, que la naturaleza, inalterable y constante ante las preocupaciones de los humanos.

Cruzó el río Wabash y cabalgó hacia el oeste siguiendo su cauce. No tardó en dar con un gran campamento indio. El jefe Michikinikwa de los miami estaba reunido con Tecumseh, jefe de los shawnee y otros jefes de las tribus a lo largo del Wabash; tribus en contra de la intrusión de americanos en sus tierras.

Michikinikwa, a quien los americanos llamaban Pequeña Tortuga, tenía una fisonomía extraña. Más bien menudo, llevaba el cabello rapado hasta cerca de la coronilla, por lo que su frente parecía exageradamente ancha. En el cuello lucía un collar de colmillos con una medalla. Aunque ya no era joven, sus ojos brillaban como los de un chiquillo. Invitó a Ishcate a que se sentara y compartiera cena con ellos. A las preguntas de Ishcate habló con claridad en nombre de todos los demás jefes:

—No estamos de acuerdo con la presencia de St. Clair. Primero delimitaron el territorio y lo enviaron como gobernador para someter a las tribus del valle del Ohio. Lo siguiente será que nuestra tierra se convierta en un nuevo estado americano.

—Opino como vosotros —dijo Ishcate.

—Pues eres el único kaskaskia. El jefe Ducoigne no quiere ni

escucharnos. Tendría que haber venido contigo para ver las granjas que los blancos construyen en nuestras tierras de caza; luego ocuparán las vuestras. Hemos matado a más de mil colonos y seguiremos haciéndolo hasta que no quieran venir más.

—¿Cuáles son vuestros planes? —preguntó Ishcate.

—Quédate con nosotros y los conocerás.

Ishcate tenía ganas de regresar con sus hijos, pero su sentido del deber para con su tribu lo animó a aceptar la invitación. Además, en sus decisiones como jefe de los kaskaskia siempre tenía presente el futuro de sus hijos. Mientras existiera la menor posibilidad de que sus descendientes conservaran su tierra, lucharía por ello.

Durante los primeros días de noviembre, el campamento fue creciendo con la llegada de cientos de hurones, lenape, ottawa, chippewa, potawatomi y kikapús. Sumados a los miami y shawnee, formaron un ejército de dos mil guerreros. Ishcate se contagió de la exaltación compartida. Deseó que los kaskaskia lo hubieran acompañado para ver con sus propios ojos a tantos hombres unidos por un mismo ideal. Tal vez entonces salieran de su estado de aletargamiento. Allí había enemigos eternos, también de los kaskaskia; pero se habían unido para salvar a sus tribus de la desaparición.

Una fría mañana Michikinikwa dio la orden y la masa de hombres se puso en movimiento. En lugar de cabalgar junto al río, se adentraron en el bosque. Al caer la noche durmieron sobre sus pieles en el lugar que designaron los rastreadores del líder. Las instrucciones pasaron de boca en boca: no encendieron ningún fuego y no conversaron entre ellos. Al amanecer, como si fueran un único ser, los dos mil guerreros se desplazaron con sigilo y solo al atardecer giraron hacia el río Wabash, donde había un gran campamento de soldados americanos.

Junto a Michikinikwa, Ishcate sujetaba las riendas de su caballo con los músculos en tensión, esperando la orden de atacar. Por el número de tiendas, calculó que las fuerzas estarían igualadas, aunque ellos contaban con el factor sorpresa. Los ataques solían ser por la mañana, cuando el enemigo estaba adormilado. Nadie esperaría una ofensiva tan cerca de la noche. A excepción de algún relincho de los caballos indios y de algunas risas provenientes de los americanos no se oía nada más.

Michikinikwa alzó el brazo en el aire y emitió un grito que

secundaron primero los otros jefes y enseguida miles de gargantas.

Ishcate también gritó y, súbitamente, sintió que el espíritu guerrero recorría sus venas y guiaba sus movimientos. Su caballo piafó dos o tres veces y, cuando sintió las riendas más flojas, se lanzó por la leve pendiente hacia el campamento.

La impetuosidad y la fuerza eran contagiosas, pensó Ishcate mientras las balas de los fusiles americanos silbaban junto a él. La violencia, también. Su único objetivo era matar a tantos americanos como pudiera; demostrar con su acción que estaba en contra de la pasividad de su pueblo y de él mismo; que podían regresar los tiempos gloriosos de los únicos que tenían derecho a habitar esas tierras. El ruido era ensordecedor. Alaridos enloquecedores de hombres. Disparos. Caballos desplomándose en la tierra teñida de sangre. Golpes de hachas contra huesos. Lamentos y gemidos. Decenas de cadáveres por el suelo.

No supo cuánto tiempo había pasado ni cuántos hombres había matado cuando los gritos de los jefes indios indicaron que habían ganado. Los soldados que podían se lanzaban al río o se alejaban corriendo por la orilla. Michikinikwa dio la orden de no seguirlos. Que contaran la hazaña a sus jefes. Que comprendieran el mensaje.

Los indios regresaron al bosque y esa noche encendieron hogueras y comieron y bebieron los víveres saqueados a los soldados.

A la mañana siguiente Ishcate se despertó pronto. La mayoría de los indios dormían bajo los efectos del abundante alcohol consumido la noche anterior. Buscó a Michikinikwa para despedirse, pues quería regresar cuanto antes a Kaskaskia, y de ahí a Arkansas, para reunirse con sus hijos.

—Pide a Ducoigne que aparquemos nuestras diferencias —le dijo Michikinikwa—. Ya sabéis dónde encontrarnos.

Ishcate se subió a su caballo y se alejó. Una vez reposada la excitación de la batalla, tenía que reconocer que la experiencia le había dejado un sabor amargo. Había gritado y matado como un indio; pero era un indio que escribía cartas de amor a una francesa. ¿Qué pensaría de él Suzette si lo viera ahora, cubierto de la sangre de sus víctimas? Había matado a soldados. ¿Mataría también a hombres, mujeres y niños que solo buscaban un lugar en el que vivir? Se acordó entonces de aquella vez que se había enfrentado a su hermano Kicounaisa para defender a una inglesa y a su hijo. La respuesta a su

propia pregunta estaba clara: no podría matar a colonos indefensos. Por su trabajo había conocido a personas muy variadas y todas tenían algo en común: trabajaban o comerciaban para alimentarse y comprar bienes que mejoraran su vida. Él no se percibía tan diferente.

A medida que se alejaba de Michikinikwa, resurgía en su interior su educación europea. ¿Cuántas batallas como esa en la que había participado tendrían lugar en los próximos años, en las próximas décadas? ¿Cuántos hombres habrían de morir? Habían celebrado una gran victoria, pero vendrían más y más soldados. Michikinikwa era tan idealista como Pontiac. Era cuestión de tiempo que también cayera. Todos los líderes, por noble que fuera su causa, terminaban por caer ante la fuerza implacable de los nuevos tiempos.

¿Lo convertían estos pensamientos en un traidor a su sangre india, la misma que tan rápidamente se había encendido el día anterior?

Cuanto más se alejaba de Michikinikwa, más se acercaba Ishcate a Ducoigne, empeñado en la paz.

Zaragoza, mayo de 1792

Terminó otro invierno y con él se marcharon las largas semanas del viento helador que con frecuencia vaciaban las calles de la ciudad.

Suzette trataba de no dejarse arrastrar como una frágil hoja por las súbitas ráfagas de melancolía. Echaba de menos a Adrienne, de la que nada sabía, y a Guillermo, que el septiembre anterior había regresado a Madrid para continuar sus estudios. Le había hecho prometer que no le contaría nada a Rinaldo sobre el desastroso viaje a las montañas. Y contaba las semanas para volver a verlo. Su única compañía eran Anne y Estelle, que se estaba convirtiendo en una preciosa jovencita de ondulado cabello castaño y facciones redondeadas que protestaba por la poca vida social que tenían.

Una tarde de primavera las mujeres estaban en el pequeño salón, frente al fuego que aún encendían para la velada. Estelle pintaba; Anne cosía; y Suzette maquinaba cómo hallar una nueva manera de escapar de su situación.

Alguien llamó a la puerta y Anne fue a ver quién era. Regresó al poco con un paquetito para Suzette. Ella lo abrió ante la mirada expectante de las otras. En una escueta nota, Adrienne la informaba

de que ella y Demba se encontraban bien, le daba las señas de donde poder escribirle y la animaba a leer el librito que le enviaba. Anne y Suzette se miraron con los ojos empañados de lágrimas de alivio al saber que sus hijos estaban vivos.

El librito era una copia en francés de la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, que había escrito una tal Olympe de Gouges, parafraseando la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, que se había convertido en el texto de referencia de la Revolución francesa.

Suzette leyó en voz alta los diecisiete artículos. El texto animaba a las mujeres a despertar, a ser incluidas en la revolución de la que los revolucionarios las habían excluido. Y el texto hablaba, sobre todo, de libertad. Reflexionó sobre ese concepto, tan universal y, sin embargo, tan diferente; por ejemplo, para ellas tres. Si ella hubiera tenido derecho sobre sus hijos, no se habría quedado en España. Si Anne hubiera sido libre desde su nacimiento, no estaría allí con ella. Y en otro contexto, Estelle podría disfrutar de una divertida adolescencia yendo de fiesta en fiesta.

En su monólogo interior, comenzó a recriminar a Sebastián su tiranía envuelta en buenas maneras, cariño, generosidad y sentido del humor. Todas las decisiones que habían afectado a la familia habían sido el resultado de su egoísmo por cumplir sus sueños militares y su ambición. ¿Acaso le había preguntado alguna vez si ella quería salir de Nueva Orleans, si quería vivir en La Habana, en Guarico, en España o en México? No. Su obligación hacia su patria había sido más importante que todo lo demás. Y ella se había dejado arrastrar por los dictámenes de la razón, que provenían de la educación que había recibido.

Culpó a continuación a sus padres, que habían guiado a sus hijas, según las normas de la sociedad de Nueva Orleans, para contraer un buen matrimonio y criar con virtud muchos hijos. ¿Acaso alguna vez alguien se había preguntado cómo se sentía ella? La respuesta de nuevo era no. Y la única vez que pudo haber dispuesto de su propio destino, cuando lo tenía todo preparado para fugarse con Ishcate, su hermana se lo había impedido.

Culpó entonces a Margaux, por haberse preocupado más por el buen nombre de la familia que por la felicidad de su hermana pequeña.

Oh, sí. La escritora francesa tenía razón en muchas cosas. La mujer no nacía ni permanecía ni moría libre en derechos al igual que el hombre. Eso ella lo tenía claro. Pero en algún momento eso tendría que cambiar. Y quizá también tuviera ella algo de culpa. Se recordó que nadie la había obligado a casarse con Sebastián... Suspiró y preguntó en voz alta:

—¿Qué opinarían de las palabras de Olympe los hombres de nuestra familia, los intelectuales a los que conocí en las tertulias de Madrid o mi amigo Aranda?

—Se escandalizarían —respondió Estelle con una mueca—. Hasta los más avanzados que aceptan que las mujeres entremos en las Sociedades Económicas defienden, como mucho, que se nos dé el título de protectoras de las escuelas de hilar, de bordados y encajes y que se recurra a nuestro consejo y auxilio en las materias propias de nuestro sexo. Nada de opinar sobre temas importantes... ¡Como para pensar que nos dejen votar! —concluyó con ironía.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Suzette la miró asombrada por su elocuencia.

—Me lo contó Adrienne.

Suzette sonrió. Deseó que sus hijas pudieran vivir en un mundo diferente, más igualitario hacia las mujeres en todos los ámbitos de la vida, tanto públicos como privados; que fueran valoradas más allá del virtuoso cumplimiento de sus obligaciones como madres y esposas; que pudieran ser libres para tomar sus propias decisiones.

Memorizó el escrito y luego lo quemó. En los tiempos que corrían, no quería arriesgarse a que la Inquisición registrara su casa y encontrara propaganda subversiva. Miró a Anne.

—¿Y tú qué opinas?

Anne arqueó las cejas, pero no dijo nada y continuó cosiendo.

Suzette comprendió el silencio. Precisamente a ella no le tenía que resultar fácil hablar sobre la libertad.

—A cada uno le aprieta su zapato, Anne. No he recibido latigazos, pero me siento castigada. Me han arrebatado a mi hijo y estoy encadenada a este país contra mi voluntad.

—Si estuvieran aquí Bamboula o Demba —dijo por fin Anne—, le dirían que usted y ellos tienen diferentes conceptos sobre la libertad.

—No los emplees para expresar tu propia opinión —le recriminó Suzette—. Ahora que no eres esclava, que en teoría dispones de tu

propia facultad para obrar y decidir, respóndeme a esta pregunta: ¿tomas tus propias decisiones?

—Decidí quedarme con usted...

—Porque era tu mejor opción. Y la más cómoda.

Anne se encogió de hombros.

—Elegí ser práctica. El día que a madame se le agrie el carácter del todo, quizá busque otro trabajo. Con mi experiencia, no creo que tenga problemas para encontrarlo.

El comentario le arrancó a Suzette una sincera sonrisa.

—¿De dónde has sacado ese buen carácter? ¡No te oigo quejarte nunca!

—La vida continúa a pesar de las desgracias de alguien tan insignificante como yo —respondió Anne—. Me aferro a la esperanza. Para mal, pero también para bien, las cosas pueden cambiar de un día para otro.

Como si Anne hubiera tenido una premonición, pocas semanas después llegó una carta del conde de Aranda, que había logrado su ansiado puesto de secretario de Estado.

El rey le concedía permiso para abandonar su destierro.

En cuanto las mujeres llegaron a Madrid a mediados de verano, Suzette alquiló unas habitaciones en una casa de huéspedes y, sin descansar del largo viaje bajo un sol abrasador, se adecentó y fue a buscar a su hijo.

Ante el portón de la entrada de la residencia de los Orlac recordó con rabia cómo su cuñado la había echado de ahí, haciendo uso de sus contactos para acusarla de afrancesada, enviarla al exilio y separarla de Guillermo. Sintió un dolor en el estómago y respiró hondo para controlar los nervios.

Rinaldo la recibió en su despacho con el niño. Guillermo había crecido y parecía un hombrecito con sus calzones y su fina casaca azules. Suzette lo abrazó emocionada. Apreció que estaba fuerte y saludable y mostraba una actitud alegre ante las preguntas que ella le hacía.

Al cabo de un rato Rinaldo pidió a Guillermo que saliera al jardín para que los adultos pudieran hablar a solas un momento y este obedeció sin rechistar.

—Espero que hayas aprendido la lección —dijo él con frialdad—. Y que por su bien y el de Estelle, te comportes como es debido

mientras vivas bajo mi techo.

—No pienso quedarme en esta casa. He venido a por Guillermo. Quiero que pase lo que queda del verano conmigo.

—¿Y viajar al Pirineo, tal vez? —preguntó él con sorna.

Suzette abrió la boca estupefacta.

—¿Cómo lo sabes? —acertó a preguntar mientras culpaba mentalmente a Cornel.

—Me parece que Guillermo no ha salido tan aventurero como tú. Me pidió que no lo enviase más de vacaciones contigo. No tuve que presionarlo mucho para que me lo contara todo.

Suzette comprendió con pesar que Rinaldo se había encargado de poner al niño de su lado.

—Ya que no puedo fiarme de ti —añadió él—, Guillermo se quedará siempre bajo mi custodia. No tengo inconveniente en que lo visites en mi casa cuando quieras. Y da gracias de que no te quite también a Estelle; aunque a su edad, mucho me temo que ya puedo darla por perdida...

Suzette reprimió el impulso de abalanzarse sobre él y golpearlo: no debía perder los estribos ni darle motivos para tacharla de desquiciada. Salió al jardín para conversar con Guillermo, que le contó lo que estudiaba y los amigos que tenía en el Real Seminario de Nobles. Con él se mostró cariñosa y serena, aunque se sentía enfurecida. Rinaldo no se saldría con la suya. Haría todo lo posible por recuperar a su hijo.

De vuelta en la casa de huéspedes, les dijo a Anne y a Estelle que prepararan su equipaje.

—¿Adónde vamos ahora, madre? —preguntó Estelle con cierto hartazgo por tanto trajín.

—¡A ver al rey!

Era amiga del secretario de Estado. El monarca no podría negarse a recibirla. Le explicaría su situación y se apiadaría de ella.

Pusieron rumbo a Aranjuez, lugar de descanso de la familia real, que estaba a siete leguas de distancia. Suzette tenía las señas de la casa que Aranda había alquilado en Aranjuez para estar más cerca de la corte. La mala fortuna quiso que su amigo hubiera viajado a Madrid, pero la criada, que conocía de oídas a Suzette, les ofreció alojamiento para esa noche.

A la mañana siguiente Suzette eligió su mejor vestido y se peinó

el cabello en un sofisticado recogido. A paso ligero recorrió la corta distancia que separaba la vivienda del palacio real. Su ansiedad no le impidió percatarse de lo hermosa y luminosa que era esa parte de la población en la que regios edificios se levantaban entre las calles arboladas. Enseguida vio el palacio en medio de una explanada por la que iban y venían soldados, hombres y mujeres con ropa elegante, y jornaleros y campesinos con cestos de frutas y verduras que desaparecían por los laterales. Comprendió que el edificio estaba construido a espaldas de la población, así que se mezcló con la gente, lo bordeó y dio con la plaza de armas, en la que, para su sorpresa, no había ninguna verja que obstaculizase el camino hasta la misma entrada.

Para calmar su respiración, se detuvo un instante. Frente a la impresionante fachada de ladrillo y piedra blanca, adornada con frontones triangulares y curvos sobre los balcones, esculturas labradas y un formidable escudo con las armas reales, se sintió minúscula e insignificante. Pero su deseo de recuperar a su hijo le dio fuerzas para continuar adelante. De repente se encontró ante las puertas abiertas del palacio, que le permitieron ver una colosal y solemne escalera con baranda de hierro forjado que, de un único tiro, se bifurcaba en dos en un rellano. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?, pensó, con la mano apoyada en el pomo dorado del arranque.

Entonces alguien gritó desde arriba:

—¡¿Qué hace usted ahí?!

Dos soldados volaron sobre los peldaños. Suzette tragó saliva. Si había llegado hasta ahí, no se arredraría.

—Vengo a hablar con el rey —dijo con firmeza.

—No tenemos aviso de que vaya a recibir a nadie —replicó uno de los soldados.

—Soy amiga del secretario Aranda —añadió ella con decisión.

—Los secretarios tienen muchos amigos —dijo el otro con algo de sorna—. Vuelva usted con él otro día y sabremos que es cierto.

—Por favor —insistió ella—, dígale al rey que la viuda de Sebastián Orlac quiere verlo. ¡Tengo que hablar con él!

El primer soldado la tomó por el brazo y la sacó al exterior.

—¡Márchese si no quiere que la detengamos!

Suzette recorrió el camino de vuelta a la casa de Aranda con el ánimo abatido. Debería haberlo esperado, se repitió. Pero estaba harta

de esperar. Y encima, la criada de su amigo no le había querido decir cuándo regresaría este. Después de darle muchas vueltas, tomó una decisión. Se juró que no cejaría en su empeño. No se marcharía de Aranjuez sin hablar con el rey y conseguir su propósito: que le devolviera a su hijo y le concediera permiso para regresar a Luisiana.

Alquiló una casita cerca del río Tajo. En Madrid estaba más cerca de Guillermo, pero en cuanto empezaran las clases, en apenas unas semanas, poco podría verlo; le pareció más práctico vivir en Aranjuez, cerca de Aranda y de la corte, y desplazarse algún domingo a Madrid para visitarlo. Además, Aranjuez era un lugar agradable. Había muchos jardines por los que pasear en los que crecían pacanos y plátanos de Luisiana, lo cual le proporcionaba una agradable sensación de conexión y proximidad con su tierra natal. Y la vista del río la reconfortaba porque le recordaba al Misisipi y todo lo que para ella había significado: frescura, juventud, fuerza..., Ishcate.

Las numerosas obligaciones del cargo mantenían a Aranda tan ocupado que el tiempo pasaba y no llegaba la prometida cita con el rey. Suzette tenía que hacer verdaderos esfuerzos para cumplir su palabra de no volver a presentarse de improviso en el palacio, algo que pondría a su amigo en un aprieto en unos momentos tan complicados. Comenzó a desconfiar de él. ¿Y si Rinaldo tuviera más influencia de la que pensaba en la corte y hubiera convencido a Aranda de que agotara su listado de excusas? Lo cierto era que el político se mostraba errático en ocasiones y cambiaba de opinión cada dos por tres respecto de asuntos tan importantes como la relación de España con Francia.

Primero había defendido estrechar los lazos con los revolucionarios argumentando que siempre era necesaria una alianza con Francia —potencia fuerte, hermana en todos los conflictos internacionales y natural escudo de España— para no poner en riesgo las posesiones de América. Después, tras el asalto al palacio real francés de las Tullerías y el posterior confinamiento de la familia real francesa en la Torre del Temple, había estado de acuerdo en acudir al uso de las armas para restaurar la soberanía borbónica. Sin embargo, al conocer que el ejército popular francés había derrotado al ejército contrarrevolucionario prusiano en Valmy, en el norte de Francia, que la monarquía había sido abolida y que se había proclamado la República, había cambiado de nuevo de parecer: consideraba

arriesgado el enfrentamiento armado con la Francia revolucionaria.

Una tarde lluviosa de otoño su amigo entró como una tromba en su casa.

—¡El rey me ha destituido! —le contó enseguida rabioso—. ¡Solo siete meses he podido estar en el cargo de secretario de Estado! Me he pasado la vida trazando planes bélicos y ahora que veo conveniente adoptar una actitud comedida, me echan. A mis setenta y cinco años el rey me considera demasiado viejo, aunque me permite continuar como asesor. —Soltó un bufido—. ¿Acaso la experiencia no es el arma más valiosa en momentos tan desconcertantes como estos? El rey se equivoca. ¿Y a quién le da mi puesto? ¡A un petimetre de veinticinco años llamado Godoy, que dice que puede evitar el conflicto con Francia! —Negó con la cabeza, con los dientes apretados, antes de añadir—: ¡Lo que hará será llevarnos a la guerra! ¡Qué desastre!

—Sin ánimo de ofenderlo, querido amigo, cuesta comprender tanta indecisión. —Suzette, a quien le preocupaba más la pérdida de poder de Aranda que los conflictos con Francia, sabía que los preparativos para la campaña militar estaban en marcha y las tropas, concentradas en Cataluña—. ¿Habrá guerra o no?

—Repito lo mismo que pido al rey y a ese Godoy: prudencia. Nuestras plazas fronterizas son vulnerables y, aunque lográramos atravesarlas, ¿no nos caería encima un enjambre de rebeldes y fanáticos gallos? No comparto los ideales revolucionarios, pero estamos condenados a entendernos con Francia por el bien de nuestro país y nuestro imperio ultramarino.

—Pero cada paso para evitar conflictos supone un fortalecimiento de los enemigos.

—Nuestro enemigo siempre ha sido Inglaterra, no Francia —sentenció Aranda. Se mantuvo en silencio un instante, resopló y se frotó los ojos como si se estuviera apoderando de él un terrible cansancio—. Me resulta frustrante saber que tengo razón y que nadie más lo vea.

Suzette observó al enérgico y ahora abatido hombre, y por enésima vez le recordó a su padre, que también tenía algo de profeta político. Pensó que ni el mundo era tan grande ni las inquietudes tan diferentes. Y tuvo la extraña sensación de que los grandes hombres de cada época desaparecían engullidos por los acontecimientos provocados por las nuevas generaciones, en un constante ciclo de

creación y destrucción.

Deseó un imposible: que la evolución fuera orgánica, que todas las partes de la vida y de la historia formaran un conjunto coherente en lugar de una sucesión de capas que ocultaban las anteriores. Ella todavía era joven, pero tenía la impresión de que había vivido demasiado. Se sentía tan cansada como el viejo Aranda. Cada etapa que le parecía que superaba abría la puerta a nuevas y agotadoras perplejidades en las que siempre se repetía un mismo patrón: de las decisiones que tomaban quienes detentaban el poder dependía el futuro de una sola persona como ella o de todo un territorio.

¿Qué le pasaría ahora? Si Aranda perdía peso en la corte, ¿cómo recuperaría a su hijo? ¿Cómo conseguiría el permiso real para viajar a Nueva Orleans?

—No han terminado conmigo todavía —dijo Aranda, como si le hubiera leído el pensamiento.

«Tampoco conmigo», pensó ella, aunque en el fondo de su corazón sentía que las fuerzas comenzaban a flaquearle.

50

Málaga, mediados de junio de 1793

Por culpa de la situación de Francia y del cese de Aranda, los meses pasaban y Suzette no veía la forma de lograr que su vida cambiara en la dirección que ella quería.

Un día recibió una carta de Margaux, en la que la invitaba a visitarla. Suzette dudó hasta el último momento si aceptaba la invitación de su hermana. No podía evitar recriminarle que la hubiera abandonado durante su destierro, a lo largo del cual solo había recibido un par de breves cartas de cortesía. En última instancia, hizo caso a su corazón. Le había parecido percibir un tono desesperado en el texto. Siempre tan juiciosa, organizada y controladora, Margaux no podía soportar la idea de perder a su esposo, de salud cada vez más debilitada.

Suzette respiró hondo antes de descender del carruaje que se había detenido frente a la vivienda de la familia Durán en el paseo de Málaga que desembocaba en el mar. Había cambiado mucho desde la última vez que había estado allí, recién llegada de Nueva España. Ostentosas viviendas de reciente construcción demostraban que el lugar se había convertido en el preferido de la clase alta.

La nueva casa de su hermana la impresionó. Tenía cuatro plantas de altura y hacía esquina entre dos calles. Un estilizado torreón, como una torre de vigía, se elevaba sobre los dos cuerpos del edificio. En cada fachada contó cuatro balcones de forja y un mirador por planta. En los pisos superiores, unos graciosos arquillos y columnas enmarcaban unas largas galerías y aligeraban la pesadez de la construcción.

Su minucioso examen arquitectónico se debía a una razón: temía el reencuentro con Margaux, a quien tampoco había visto en seis años.

El largo y profundo abrazo con el que la obsequió su hermana en el silencioso recibidor de la primera planta, minutos después de que

una doncella la avisara de su llegada, evidenció que había tomado la decisión correcta.

Margaux, que había cumplido cuarenta y un años, estaba más delgada que como la recordaba. Acostumbrada a verla siempre muy arreglada, con vestidos costosos y elaborados peinados, Suzette descubrió a una nueva persona. Llevaba el cabello recogido en una larga trenza, de modo que en su rostro anguloso se apreciaban bien los signos de cansancio. Unas profundas ojeras enmarcaban sus ojos entristecidos.

—¡Oh, querida! —dijo Margaux—. Lamento que mi invitación te haya arrastrado a este triste viaje, pero me alegro mucho de que estés aquí. No podré llevarte de paseo o al teatro. No quiero separarme demasiado rato de Tomás. Me necesita a su lado.

—No tengo intención de socializar. He venido a hacerte compañía. Y a ver a mis sobrinos. Apenas se oyen voces. —Los Durán tenían nueve hijos de entre dieciocho y un año—. ¿Por dónde andan?

—Con sus niñeras y preceptores. Por suerte, la casa es muy grande y es posible respetar el descanso que necesita Tomás. —Sonrió brevemente—. Nos juntaremos en todas las comidas, no te preocupes.

Suzette esbozó también una sonrisa. No había tensión entre ellas; al menos, no tanta como había temido.

Margaux la condujo al lujoso dormitorio que le habían preparado y dio órdenes a dos muchachas del servicio para que ayudaran a la criada que había acompañado a Suzette desde Aranjuez a que organizaran sus cosas personales. Ellas tomaron un refrigerio en la salita contigua.

—Se me hace raro verte sin Anne —dijo Margaux.

—Se ha quedado con Estelle. Me hubiera gustado que mi hija se viera con sus primos, pero la corteja un joven oficial y ahora no existe nada más en el mundo. A Anne le ha ido bien la excusa. No le apetecía otro viaje largo después de los años que hemos pasado de aquí para allá.

El recuerdo del exilio sufrido por Suzette se cernió sobre ellas, provocando un largo silencio que rompió Margaux:

—No pude ser explícita en mis cartas, Su. Se me partía el alma imaginando tu sufrimiento, pero tenía que pensar en mi familia.

—Yo también soy tu familia —replicó ella.

—En cuanto llegan los hijos, los hermanos pasan a otro lugar en

el corazón. No podía arriesgarme a que tus decisiones pusieran en peligro todos los esfuerzos de Tomás en su profesión, por su familia y sus hijos.

—No hice nada, Margaux. Me acusaron de manera injusta. Me separaron de mi hijo. Me insultaron en la calle.

—Tienes que comprender que tu actitud tampoco resultaba sensata. Desde que llegaste a España, rehuiste la corte y solo te relacionabas con afrancesados. Y luego tu hija huyó con Demba... Por fortuna, esto no ha trascendido.

Margaux no había llegado a enterarse de su intento de cruzar a Francia por los Pirineos y Suzette no se lo iba a contar para no añadir un nuevo reproche a la lista.

—La verdadera amistad me salvó, no la familia... —Suzette pensó en Aranda—. Por no hablar de la de mi esposo. Mi propio cuñado me delató. —Había apretado los puños sin darse cuenta y, al advertirlo, abrió las manos y rodeó con ellas la taza, tratando de controlar sus emociones.

Margaux la miraba con el ceño fruncido. Parecía al tiempo triste, decepcionada, enfadada, agotada...

—Mi marido se muere, Suzette —susurró al fin—. Pensaba que venías a acompañarme en estos duros momentos y no a saldar cuentas y soltarme tu lista de recriminaciones.

Suzette sintió que se ruborizaba de ira. Debería haber hecho caso a la razón y haberse quedado en Aranjuez.

De nuevo permanecieron un largo rato en silencio, ambas con la respiración alterada. Y ahora fue Suzette la primera en hablar:

—Dudé si venir porque estaba enfadada contigo. Sentí que me abandonaste durante mi exilio. Me extrañó tu invitación, porque pensaba que no querías verme.

Margaux se encogió de hombros.

—No espero que me perdones, pero sí que me comprendas. Tu nombre está limpio. Ya no hay ningún problema. —Se rellenó su taza de café—. Has obtenido el permiso para viajar hasta aquí, eso quiere decir que estás libre de toda sospecha revolucionaria.

Suzette inspiró hondo. Podía moverse por España, pero no salir al extranjero. Y su hermana no había variado ni un ápice el discurso heredado que había guiado su vida: familia, orgullo, honor.

—Te comprendo más de lo que crees. Por mis hijos he

renunciado a mi propia vida. Por ellos me humillé en tantas cartas como escribí para solicitar el perdón real. Poca dignidad me queda, habiendo sido la esposa del brazo derecho de un virrey.

—Tal vez tu error fuera no actuar como tal.

—¡Sabía que ese era el motivo! —le espetó Suzette, con la barbilla temblando por una súbita ira—. Sentí que nos distanciamos cuando me fui a México. ¡Envidiabas mi puesto!

Margaux parpadeó sorprendida unos instantes.

—¿Tan injusta me crees como para evitar el contacto contigo por celos y no por prudencia, una actitud que ha salvado el nombre de la familia? Estoy a punto de perder a mi marido. También sé qué es el sufrimiento. Pero doy gracias a Dios todos los días por la familia que he creado. —Dejó su taza en la mesita y miró fijamente a su hermana mientras tomaba sus manos—: Ya que estamos, creo que está bien que abramos nuestros corazones y nos liberemos de cargas inútiles. ¡Claro que tuve celos! Habría disfrutado de todos y cada uno de los privilegios de esa oportunidad que tuviste. Tal vez si mi marido hubiera sido más joven... Pero Tomás siempre ha sido muy consciente de sus propias valías y limitaciones para ascender más o menos en la vida, y muy sensato para comprender y enjuiciar los hechos. Se alegró por Sebastián. Y yo, aunque pensaras lo contrario, me alegré por ti de corazón y alardeé del honor de ser tu hermana. Tú apenas has transmitido alegría a lo largo de tu vida. ¿Has sido feliz alguna vez? ¿Qué te ha faltado? Mi sitio ha estado siempre al lado de Tomás. El tuyo ha sido una eterna indecisión. Y mucho me temo que siempre he sabido la causa.

Suzette, aturdida por la abrumadora sinceridad de su hermana, incapaz de decir nada, esperó a que Margaux concluyera:

—Nuestra infancia y primera juventud nos marcan para toda la vida. Ojalá nunca hubieras conocido a Ishcate. Desear lo que no podemos tener es un error que solo produce amargura. Mi preocupación por ti ha sido una constante en mi vida, querida Su, y lo seguirá siendo mientras vivamos. Pero no puedo hacer nada por ayudarte y ya es muy tarde para reprocharte tu obcecación. Solo deseo que dejemos atrás nuestros enfados y nos respetemos tal como somos.

Unos golpecitos en la puerta salvaron a Suzette de verse forzada a una respuesta. No habría sabido si darle la razón, llevarle la contraria, sincerarse con ella o mentirle. Hacía años que Ishcate solo existía en

sus pensamientos y en sus cartas. No hablaba con nadie de él. Ni siquiera le gustaba escuchar su nombre en labios de otra persona. Tal vez entregarle su corazón hubiera sido un error, según su hermana; pero para ella era lo mejor que había hecho en su vida. Con él había logrado sentirse viva.

—El señor la reclama —dijo una doncella.

Margaux se puso rápidamente en pie.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Suzette.

—Por supuesto y te lo agradezco —respondió Margaux, con sinceridad y normalidad, como si la reciente conversación entre ellas no hubiera tenido lugar, como si no hubieran pasado décadas desde que se confesaran sus íntimos secretos en aquella habitación compartida en su infancia en Nueva Orleans.

Tomás Durán, de setenta y cuatro años, era ahora un hombre delgado de piel casi transparente que transmitió a Suzette una terrible sensación de soledad.

—Perdona que te haya llamado —murmuró al ver a su esposa—. Las horas se me hacen muy largas.

Margaux se inclinó sobre él y le dijo con voz dulce, como si fuera un maravilloso secreto:

—Tienes una visita que sé que te va a gustar.

Se apartó y le hizo un gesto a Suzette para que se sentara en una silla cerca de él. Durán la reconoció enseguida y sonrió.

—Querida cuñada... Cuánto me alegra verte, aunque sea en estas circunstancias, o precisamente por eso. Tu experiencia será útil para mi Margaux. Has sacado adelante a tus hijos sin sus padres y, a pesar de todo lo que has pasado, tienes buen aspecto. —Le guiñó un ojo—. No me equivoqué al emparentar con los Girard. Sus mujeres son fuertes.

Suzette admiró su entereza, que desmentía la imagen de su físico. Había perdido gran parte de su oscuro cabello y su rostro parecía más estrecho y alargado y sus labios menos gruesos. Hasta el hoyuelo de su barbilla parecía haberse difuminado. Todo él se perdía en la enorme cama de ese inmenso dormitorio de elegantes muebles, arropado por exquisitas sábanas bordadas de lino. Lo único que quedaba del Durán que recordaba era su mirada risueña y bromista, o tal vez se estuviera esforzando por parecer animoso ante ella.

—¿Sabes a qué me dedico ahora? —continuó él—. A recordar el

pasado. Los viajes. Cómo conocí a Margaux. Los años de Luisiana, Venezuela y Cuba... ¿Te quedarás unos días?

—He venido sin prisa —dijo Suzette—. Podemos recordar juntos.

Durán cerró un instante los ojos y la barbilla comenzó a temblarle, como si sollozara. Suzette miró a Margaux, que se acercó y tomó la mano de su marido.

—Los niños progresan mucho en sus estudios. Pasarán luego a verte.

Durán asintió y se quedó adormilado. Con sigilo, Margaux y Suzette abandonaron la habitación.

Margaux extrajo un pañuelo de la manga de su vestido y se enjugó las lágrimas.

—Le queda poco.

—Te ayudaré en lo que precises —le dijo Suzette de corazón—. Necesitarás estar fuerte.

Durante los siguientes cinco o seis días se tomó como misión entretener a sus sobrinos, encantados con la novedad de tenerla en la casa, y relevar algún rato a Margaux de su tarea de atender a su marido, para que pudiera descansar. Durán pasaba cada vez más horas dormido o delirando que despierto y consciente.

En uno de sus esporádicos momentos de lucidez, reconoció a Suzette y le dijo:

—No hay que tomarse nada demasiado en serio, querida cuñada. La vida pasa demasiado rápido. ¿Sabes cuál fue siempre mi lema para tomar decisiones en tierras lejanas y soportar el genio de mis superiores?

—¿Cuál? —quiso saber Suzette.

—«Obedezco, pero no cumplo... del todo.» —Al escuchar la risa de su cuñada añadió—: Aunque te parezca mentira.

—Me he reído porque me extraña para alguien tan formal como tú.

Tomás la miró como si supiera muchas cosas de ella, de sus sentimientos; como si ante el trance en que se encontraba pudiera permitirse decir lo que de otro modo no se atrevería.

—Encuentra tu manera.

Fue lo último que Suzette escuchó de sus labios.

Dos días después, Tomás Durán falleció.

Suzette no se separó de su hermana en ningún instante, por

temor a que se derrumbara. Por primera vez en su vida, Margaux desobedeció las normas al permitirse llorar en público, incluso durante la misa cantada y el posterior entierro. No encontraba consuelo ni en los abrazos de sus hijos ni en las palabras de ánimo de su hermana. Había amado a su marido con toda su alma. No podía concebir su vida sin él.

Poco a poco las rutinas de los niños y jóvenes de la casa, sus deseos, riñas y preocupaciones, contribuyeron a que Margaux se fuera serenando. Un par de semanas después del funeral, Suzette acompañó a su hermana al notario, donde se ratificó el testamento de Durán. Margaux seguiría habitando la residencia familiar y quedaba como tutora legal de los hijos. El patrimonio familiar era grande y ella se encargaría de gestionarlo. Y lo haría bien, pensó Suzette. Porque era una mujer de fuerte carácter y juiciosa.

Cuando una mañana de mediados de julio, tras el desayuno, Margaux le confesó que tendría que ir pensando en concertar matrimonios ventajosos para sus hijos, Suzette comprendió que ya podía regresar a Aranjuez. Añoraba a Estelle y a Anne.

En el momento de la despedida, antes de subirse al carruaje, Margaux la abrazó.

—Gracias, mi querida Su —le susurró—. Te quiero.

—Yo también.

Suzette aceptó de buen grado el abrazo. Se había reencontrado con Margaux. Compartir su tristeza la había sanado de algún modo, pues la había ayudado a olvidarse un poco de sus propios asuntos y a preocuparse por otra persona. Había comprendido que ella no era la única que sufría, que cada uno se enfrentaba a sus propios demonios.

La vida de ambas debía continuar ahora por separado. Vivían lejos. Tenían sus propias familias. Volverían a la relación epistolar. Pero encontrarían la manera de mantener su amor fraternal a pesar de la distancia. E intentarían volver a juntarse sin que transcurriesen muchos años sin verse.

Intensificó aún más el abrazo, que sus cuerpos se sintieran juntos un minuto más.

Por si fuera el último de sus vidas.

51

San Felipe de Placaminas, Luisiana, noviembre de 1793

Era casi de noche cuando Ishcate llegó al muelle cercano al fuerte de Placaminas, construido en la desembocadura del Misisipi para vigilar posibles acercamientos hostiles franceses desde el golfo de México. Llevaba un cargamento de víveres y otros efectos de parte de Girard desde Nueva Orleans para el comandante del puesto, que precisamente era su hijo Gabriel.

Tras el gran incendio de Nueva Orleans, Girard le había ofrecido trabajar para él. Sus bienes estaban embargados, pero seguía comprando y vendiendo para tener dinero en metálico. Ishcate había valorado que pasaría más tiempo en Nueva Orleans que en Saint Louis y que no tendría que hacer viajes tan largos que lo mantenían lejos de sus hijos muchos meses al año, aunque por sus edades, dieciséis y catorce, estos ya preferían la compañía de los amigos para salir a cazar y pescar. El tiempo pasaba deprisa, pensó con nostalgia. Recordó con cariño el rito de iniciación de ambos. Como había hecho antes su padre con él, había pasado la noche en el bosque velando por ellos mientras se enfrentaban a sus propios miedos. Y algún día ellos harían lo mismo con sus hijos.

En los últimos dos años también había viajado mucho por los asuntos de Kaskaskia y ya no había nada más en lo que pudiera ayudar a Ducoigne. Lo había acompañado primero al congreso de paz convocado por los americanos tras el ataque al campamento militar del río Wabash y la victoria de Michikinikwa; un congreso al que solo habían asistido las tribus del Illinois. Y lo había acompañado después a Filadelfia, el otoño anterior, para entrevistarse con el presidente de los americanos, George Washington. Entre Kaskaskia y Filadelfia había trescientas leguas de distancia, un mes de ida y otro de vuelta.

Le escribió una carta a Suzette describiendo el encuentro con tan alto dignatario y aquello que había llamado su atención, desde la

mansión o los caminitos pavimentados junto a las casas para que los paseantes no se ensuciaran los zapatos hasta cuestiones más profundas como el hecho de que el presidente tuviera entre su numeroso personal de servicio a una decena de africanos —a Ishcate le resultaba irónico y difícil de comprender que los americanos, que habían luchado por la libertad, tuvieran esclavos— o el resultado de las conversaciones. Durante la cena todo habían sido buenas palabras —y les habían regalado medallas, que Ducoigne lucía a todas horas con orgullo, a diferencia de él, que la había guardado—; pero, a la hora de la verdad, poco o nada había cambiado: los americanos no proporcionaban protección, el alcoholismo estaba extendido y continuaba el descenso de habitantes.

Ishcate estaba cansado de viajes tan largos y de decepciones.

Su relación con los Dubois se había enfriado desde que estos se habían centrado en el comercio con los indios osage. Ishcate no quería saber nada de los eternos enemigos de los quapaw, con quienes él había convivido. Ahora, además, los hermanos Étienne y Benoît Dubois también traficaban con esclavos negros, algo que él detestaba. Había indios que tenían esclavos, cautivos de guerra o robados, para comerciar; había indios para quienes la palabra *perro* y la palabra *esclavo* significaban lo mismo. Él no era así. No quería tener nada que ver con el negocio de negros ni con los osage. Así que había aceptado la propuesta de Girard y se movía entre el puesto de Arkansas y Nueva Orleans, con algún viaje hasta Placaminas.

Trabajar para el padre de Suzette le permitía ganar bastante dinero y, lo más importante, granjearse su confianza y volverse indispensable en el negocio, ya que ninguno de sus hijos pensaba continuar con él. En cuanto Suzette pudiera por fin regresar, el hombre tendría que asumir que se casarían, que estarían juntos, que él formaría parte de su familia.

Habían transcurrido más de seis años desde la última vez que la había visto, y había compartido desde la distancia su sufrimiento durante el destierro al que la había sometido el rey y su dificultad para regresar a Luisiana. Ella le hablaba en sus cartas de la Revolución francesa y del miedo a que en España y sus posesiones se copiaran esas ideas; y de que no se marcharía de allí hasta que el permiso incluyera también a su hijo Guillermo. Habían sopesado la idea de que él, que había ahorrado dinero para el pasaje y que podría conseguir

documentación con la excusa de algún viaje de negocios, viajara a España, pero la habían rechazado. Su presencia a duras penas pasaría desapercibida en el entorno en el que se movía Suzette y, en sus actuales circunstancias, no sería prudente colocarla de nuevo en el centro de las habladurías.

De modo que ambos solo podían esperar a que el tiempo pasara y algún giro del destino les ofreciera una solución.

En el muelle había mucho jaleo. Sentados en cajas, barriles y rollos de cuerda, varios soldados, en su mayoría mulatos y negros, hablaban con los marineros recién llegados de un barco de La Habana. Las voces subieron de volumen y captaron su atención. Lideraban ambos grupos respectivamente un mulato de unos cuarenta años al que llamaban Bailly y un joven negro de gran tamaño que respondía al nombre de Demba.

Ishcate observó a este con detenimiento, pues le parecía reconocer en el joven al fallecido Bamboula. Era demasiada casualidad que se le asemejara tanto y que, además, se llamara así. Que él supiera, el hijo de Anne había huido a Francia.

Cuando el joven cruzó la mirada con la suya, frunció el ceño y mostró su asombro al reconocerlo, Ishcate supo que era él.

Demba se le acercó y otro ocupó su lugar en el acalorado debate.

—No recuerdo tu nombre, pero juraría que te conozco.

—Me llamo Ishcate. Me viste alguna vez en la casa donde trabajaba tu madre. Si es que eres de verdad el hijo de Anne y Bamboula...

Demba sonrió.

—¿Conociste a mi padre?

—Sí. Era un buen hombre.

—Te pido que lo mantengas en secreto —le dijo Demba en voz baja—. No me interesa que se sepa que soy hijo de esclavos. Ahora soy un hombre libre.

Ishcate quiso saber cómo había podido regresar a Luisiana. Demba le contó el viaje al destierro de los criados franceses de Suzette y cómo Adrienne y él habían logrado cruzar la frontera de Francia.

—El peluquero se inventó que Adrienne era su hija y yo su ayudante, y que con las prisas de la expulsión no habíamos podido recoger nuestra documentación. No sé si los oficiales le creyeron acerca de mí, pero al escucharme hablar en francés supongo que

optaron por liberar a España de otro revolucionario peligroso. —Se rio brevemente—. Adrienne y yo vivimos dos años y medio en París, trabajando en lo que podíamos. En cuanto conseguí mi nueva documentación como hombre libre, pedí trabajo en un barco para pagarme el pasaje a Luisiana y aquí estoy.

—¿Qué hay de Adrienne? ¿Y por qué has vuelto?

Un brillo de ilusión iluminó los ojos grandes y oscuros de Demba.

—Ella lleva su vida. Trabaja, estudia y es miembro de una sociedad que lucha por los derechos de las mujeres. Volveremos a juntarnos cuando yo cumpla mi misión y regrese a París. Y he vuelto porque... —Instintivamente se llevó la mano a la flauta que siempre portaba en el bolsillo. Se la había regalado su madre al cumplir los quince años, cuando le contó la verdadera historia de su padre. No había logrado interpretar melodías tan hermosas como las que recordaba de Bamboula, pero del objeto, convertido en el símbolo de su lucha, extraía la fuerza que necesitaba para continuar adelante—. Alguien tiene que contar aquí lo que está sucediendo en Francia. Mi padre vivió soñando con la libertad y lo mataron como a un perro sarnoso. La libertad ya no es un sueño. La igualdad es posible. Esta es mi tierra y quiero ayudar a que se haga justicia.

Ishcate hizo un gesto de escepticismo.

—Ya puedes tener cuidado. El nuevo gobernador, Francisco Carondelet, ha aumentado la vigilancia y los controles a lo largo del Misisipi. Hubo un conato de revuelta en las plantaciones de Pointe Coupée hace un par de años. La milicia está alerta y los soldados tienen órdenes de arrestar a cualquier negro al que vean fuera de su plantación o a cualquier extranjero que merodee por los alojamientos de los esclavos. Hay temor tras lo que pasó en Saint-Domingue. —Se refería a las insurrecciones de los esclavos contra los colonos en la parte francesa de la isla de Santo Domingo.

—¿Y tú qué opinas de los levantamientos de los esclavos? —le preguntó Demba.

—También en esto están los indios divididos. Algunos todavía desean volver a los tiempos de los franceses; y a otros les preocupa que, si los esclavos negros, que triplican a los blancos aquí en Luisiana, tuvieran los mismos derechos que los blancos, podrían acabar esclavizando a las tribus indias para sus trabajos. Personalmente, yo no creo que mi vida vaya a cambiar mucho.

—Me iría bien una ayuda. ¿Conoces a alguien de confianza que me pueda contratar para no levantar sospechas?

Ishcate no tenía ninguna gana de verse involucrado en nuevos asuntos políticos que a un hombre como él no le habían proporcionado satisfacción, pero asintió. Echaría una mano al joven Demba con sus nobles propósitos; lo haría por Anne, que tan bien se había portado con él, favoreciendo sus encuentros con Suzette, a la que nunca había abandonado.

Entonces, el tal Bailly levantó la voz para que todos lo escucharan:

—¡Son todos iguales! ¡Me irrita que Girard nos llame «hijo mío», «mi moreno» o alguna otra cosa cariñosa a la vez que nos trata como a animales! Cuando llegamos, nos dijo que no habría distinciones entre blancos y negros, pero a la hora de la verdad, ¿a qué mesa se sienta? A la de los oficiales blancos. ¿Alguna vez lo habéis visto en la mía, que también soy oficial?

—No —respondió un hombre de su entregado público, también a voces, mientras rellenaba su pipa de arcilla con tabaco—, pero en honor a la verdad, nos da todo el café, la sal, el azúcar, la mantequilla y el vino medicinal que le pedimos...

—Es su obligación alimentarnos bien. Y yo no quiero regalos sino consideración. Una invitación a su mesa sería una auténtica señal de respeto hacia nosotros. Si estuviéramos con verdaderos franceses, estoy seguro de que a los pardos se nos trataría igual que a los blancos, como debería ser. Los franceses sí que son justos.

—¡Díselo a la cabeza del Capeto! —gritó uno, despertando las risas del resto.

—Es cierto que no han hecho bien en matar a su rey —trató de recuperar su atención el oficial, aunque en realidad por allí a nadie le había importado gran cosa la muerte de Luis XVI el pasado mes de enero en la guillotina—, pero son justos, pues han concedido a los hombres sus derechos. En Saint-Domingue y otras islas francesas ya tenemos el título de «ciudadano activo». Podemos opinar abiertamente. Sin embargo, eso no es así aquí en Luisiana. ¡Qué injusticia! Los hombres deberían diferenciarse por el pensamiento y no por el color de la piel. Hoy no he ido a trabajar alegando que estaba enfermo. Mañana haré lo mismo. Y los demás deberíais imitarme. ¡A ver si se enteran de que no somos sus esclavos!

El grupo jaleó sus palabras, pero Ishcate pensó que Bailly estaba siendo imprudente. Algunos oficiales blancos lo escuchaban con el ceño fruncido. El discurso continuó un buen rato en los mismos términos.

—Es un hombre valiente —comentó Demba—. Ojalá hubiera más como él.

—A veces cuesta distinguir la valentía del propio interés —murmuró Ishcate, que había traducido muchos discursos entre oficiales blancos e indios en su vida. Le pareció que Demba todavía no conocía la naturaleza humana y se sintió en la obligación de cuidar de él.

—¿Este del que hablaban es Jérôme Girard? —preguntó Demba.

—Su hijo —aclaró Ishcate.

Los ojos de Demba se ensombrecieron e Ishcate se preguntó qué pensamientos estarían cruzando su mente. Tal vez buscara venganza en nombre de Bamboula. Girard no tenía fama de ser duro y cruel con sus esclavos; de hecho, compartía la opinión del nuevo gobernador de que cuanto mejores fueran las condiciones de vida de los esclavos —comida, ropa, alojamiento y jornadas de trabajo—, menos riesgo habría de sublevaciones. Otros hacendados, por el contrario, consideraban la lenidad una muestra de debilidad que podría conducir a la insurrección. No tenía sentido convencer a Demba de esta distinción. Para ese joven, Girard era un opresor, como todos los propietarios de esclavos.

—Puedo conseguirte trabajo —le dijo con intención de tenerlo vigilado de cerca. No le importaban sus lealtades políticas ante la nueva situación entre Francia y España, antes hermanas y ahora enemigas, pero lamentaría que algo le sucediera a Girard—. Si quieres conservarlo, lo mejor es que te mantengas al margen de conspiraciones.

A la mañana siguiente Ishcate le comentó al comandante del fuerte lo sucedido en el muelle con Bailly.

Gabriel Girard, que cada vez se parecía más a su padre físicamente, aunque no hubiera heredado su energía, escuchó con cierto hartazgo. Después de la muerte de su esposa, había dejado a sus hijos a cargo de sus abuelos y había solicitado destinos fuera de Nueva Orleans. Si había algo peor que los huracanes, las inundaciones y las deserciones, era tener que soportar a personajes como Bailly. Resopló

antes de decir:

—Lo conozco bien. Participó en las campañas de Baton Rouge, Mobila y Pensacola. No comprendo cómo ha conseguido ascender a teniente. La ambición y agresividad que muestra, que en otros pueden ser cualidades loables, ocultan en realidad un carácter irrespetuoso y poco honrado. Que él hable de libertad... ¡Si tiene esclavos! ¡Y participó en la expedición de Bouligny que capturó y colgó a Saint Malo, el cabecilla de los cimarrones! Para negarse a trabajar, el muy vago ha encontrado ahora un nuevo discurso con el que altera continuamente la tranquilidad. Gracias por la información, Ishcate. Si hoy no se incorpora, le abriré expediente por insubordinación y lo acusaré de transmitir ideas rebeldes y perniciosas.

En el viaje de vuelta a Nueva Orleans, Ishcate le contó esta versión a Demba.

—Yo también creo en la libertad, Demba —concluyó—. La única verdad que dijo anoche Bailly es que los hombres deberían diferenciarse por el pensamiento y no por el color de la piel, pero él dice que piensa de una manera y actúa de otra en su propio beneficio. Te encontrarás muchos como él. Luisiana se ha convertido en un lugar confuso.

Demba guardó silencio para no resultar descortés. Le irritaba el tono paternalista de Ishcate; al fin y al cabo, un indio que hacía negocios como un blanco. Se acordó de su madre, que siempre defendía a su ama. Él ya no era un jovencito inocente. Había respirado el ambiente de Francia. Estaba en París en enero cuando ejecutaron al rey y había sido testigo de las movilizaciones de unos y otros. Había diferentes facciones y puntos de vista, pero en el fondo latía la idea de la democracia y los derechos sociales. Lo sucedido en Francia era un huracán imparable que golpearía todas las costas del mundo gracias a personas como él. Sabría cómo aportar su grano de arena para cambiar la historia, aunque le costara la vida.

Se lo debía a su padre.

Después de pasar unos días en Nueva Orleans, recordando los años vividos allí, Demba continuó viaje al norte con Ishcate, que llevaba el último cargamento del invierno para el puesto de Arkansas.

Cuatro días más tarde, a unas cuarenta leguas de Nueva Orleans, Demba le anunció que se quedaba en Pointe Coupée, en la orilla oeste del Misisipi. Por las conversaciones que había escuchado en las

tabernas de los muelles, había concluido que esa era la zona donde más esclavos ávidos de libertad había.

—¿De qué vas a vivir? —le preguntó Ishcate.

—Por aquí hay muchas plantaciones y asentamientos dedicados al cultivo de índigo, tabaco, maíz, algodón y madera. Estoy seguro de que en alguna casa me darán cualquier trabajo para pasar el invierno.

Ishcate se despidió de él, consciente de que no encontraría el modo de hacerle cambiar de opinión. Demba era el único dueño de su propio camino y ya que se quedaba en Pointe Coupée y no en ninguna plantación de Nueva Orleans, de momento podía estar tranquilo en cuanto a Girard.

—Si cambias de idea, pregunta por mí en la zona del Arkansas. Volveré por aquí en primavera.

Demba probó suerte en varias plantaciones hasta que en la de un tal Poydras consiguió su objetivo. Mintió al decir que su amo le había concedido la libertad en su testamento —algo no infrecuente— y fue sincero cuando aseguró que tenía más experiencia en el manejo de carruajes que en las labores del campo. Durante meses desarrolló las faenas que le encargaron en las cuadras. Se mostró respetuoso y poco hablador, y se dedicó todo el invierno a observar a los otros trabajadores, tanto negros libres como esclavos, para hacerse una idea de cómo hablaban y actuaban. A comienzos del nuevo año, ya estaba seguro de con quién podía comentar sus ideas revolucionarias.

De entre los africanos había uno de unos cuarenta años conocido como Joseph Mina, por la tribu de la que procedía, que salía muchas veces de las plantaciones y aprovechaba sus ratos libres para hablar con unos y otros de una manera excesivamente sigilosa. Al terminar la jornada, estos mismos con los que había conversado se reunían en la cabaña de Mina, aprovechando el jolgorio de los cantos de los africanos y la música de los tambores.

Una noche de finales de febrero Demba se atrevió a sumarse a la reunión. Se acercó a la vivienda de Mina y entró. En el reducido espacio había cuatro hombres sentados en el suelo escuchando lo que este, sentado en un camastro, les estuviera diciendo.

—¿Qué quieres? —le preguntó Mina.

Se había puesto en pie al verlo llegar y era casi tan alto como Demba.

—Viví la revolución en Francia. —Si quería que contaran con él,

tenía que ser franco, aunque se arriesgase a que lo delataran. Se dio cuenta de que intercambiaban miradas y añadió—: Mi padre fue esclavo en Nueva Orleans; huyó y se convirtió en cimarrón. Lo cogieron y lo mataron. No pararé hasta que vengue su muerte. —Le enseñó una copia de un manifiesto revolucionario titulado *Libertad e Igualdad* que los franceses libres dirigían a sus hermanos de Luisiana. Él lo había conseguido en París, pero se había enterado de que ya circulaba por las tabernas de Nueva Orleans.

Mina lo miró a los ojos unos instantes y percibió sinceridad.

—Tal vez no falte tanto para eso. —Le tendió una mano de piel muy oscura y, tras estrechar la suya, lo invitó a que se sentara con ellos—. Si repites algo de lo que aquí se hable, nosotros pagaremos tu traición, pero tú no vivirás para contarlo.

—Si he morir, será por nuestra causa —dijo Demba con firmeza —. Podéis contar conmigo. Tengo fe en que, si nos organizamos bien, la victoria será nuestra. Somos siete mil negros frente a dos mil blancos. Hace un tiempo nadie se hubiera creído que el pueblo luchara por sus derechos y lo consiguiera en Francia. Tendríais que haber visto lo que yo vi. Las calles estaban llenas de *sans-culottes* , hombres de las clases más bajas, vestidos con pantalones baratos de paño, terminando con la tiranía de los calzones y las casacas de los acomodados.

Mina sonrió.

—Nunca va mal un poco de savia nueva. Pero hemos de actuar con mucha prudencia. No podemos fiarnos de que todos aquí vayamos a una. Hay quien, por miedo, prefiere que las cosas no cambien.

—¿Tenéis algo concreto?

Mina levantó sin esfuerzo el camastro de madera. Mientras lo sujetaba, otro apartó unas tablas y dejó al descubierto un hueco en el que había fusiles y alguna pistola. Después de ocultarlos de nuevo, explicó:

—Llevamos meses reuniendo armas y munición en todas las plantaciones de la zona, en casas de negros libres y de algún blanco a favor de nuestra causa.

—Contad conmigo. ¿En qué puedo ayudar?

—Tantea a tus cercanos. Esperaremos hasta el último momento para decir el día exacto, que será en dos o tres meses.

Con súbita excitación, Demba pensó que faltaba poco tiempo. Del

éxito de esa empresa dependía que la sublevación triunfase después en las plantaciones de Nueva Orleans. Si el rey de Francia había caído, no era impensable que lo hicieran también amos blancos con numerosos esclavos como Girard o Bouligny.

Durante semanas Demba trató de convencer con habilidad y discreción a otros hombres. Descubrió que bastantes ya estaban al tanto; otros aceptaron la propuesta con ilusión; unos pocos rehusaron siquiera escucharle; y alguno le recriminó que colaborara en crear falsas expectativas sobre algo imposible que solo acarrearía castigos y más sufrimiento.

Cuatro días antes de la fecha señalada, Mina, en contacto permanente con los cabecillas de las otras fincas, dio la orden de que se pusiera sobre aviso ya a todos los afines a la causa. Al día siguiente del aviso un profundo silencio se apoderó de las labores usuales de los trabajadores de la plantación Poydras, que solían discurrir en un bullicio de cantos, risas y diálogos en voz alta. Demba lo achacó a los nervios y a la emoción de lo que iba a acontecer, pero la mañana del 12 de abril —el día clave—, una patrulla de soldados irrumpió en la finca. A estos se sumaron, armados, los capataces blancos y el dueño. Los trabajadores interrumpieron sus tareas y permanecieron quietos con la cabeza agachada, esperando a ver qué sucedía.

Desde las caballerizas cercanas a la vivienda principal, Demba presenció cómo los soldados regresaban poco después con Mina y el grupo de hombres con el que se solía reunir. Los obligaron a punta de fusil a colocar manos y pies en los cepos de madera que se utilizaban para castigar a los esclavos ingobernables.

Demba comprendió que alguien los había delatado y que también irían a por él.

Apoyó la espalda en un rincón oscuro y cerró los ojos. Tenía que tomar una decisión en cuestión de segundos. Valoró la opción de huir y se sintió como un gusano por pensar en abandonar a quienes se habían jugado la vida por los demás. Con toda probabilidad habría más soldados recorriendo los caminos y las otras haciendas, lo apresarían y quedaría como un cobarde. ¡Habían estado tan cerca de conseguirlo! Maldijo a quienes los habían delatado. Pero eran más, muchos más, aquellos que deseaban pelear por su libertad. Si todos los trabajadores que se habían quedado quietos y mudos levantaran en ese mismo instante sus azadas, rastrillos y demás herramientas y se

lanzaran contra los soldados, aunque algunos murieran, los vencerían...

Solo era preciso que alguien prendiera la llama.

Pensó en su padre y deseó que estuviera orgulloso de él.

Cogió una horca clavada en un montón de heno y se encaminó a la parte trasera del establo. Salió con sigilo y se dirigió hacia un extremo de los campos colindantes. Le dijo al primer hombre que vio:

—Pasa la voz. ¡Nos alzamos contra ellos!

Tras un instante de desconcierto el hombre lo obedeció y repitió esas palabras a los más cercanos.

—¡¿Qué murmuráis por ahí?! —gritó uno de los capataces.

Demba alzó la horca hacia el cielo.

—¡A por ellos! —gritó—. ¡Por la libertad!

Comenzó a correr hacia los soldados, convencido de que lo seguían cientos de valientes.

Oyó un disparo, sintió un dolor agudo en el pecho y cayó al suelo.

52

Aranjuez, marzo de 1794

Una fría tarde de mediados de marzo, Anne anunció a Suzette la inesperada visita del conde de Aranda. De normal un hombre sereno, a pesar de su fuerte temperamento, desde el primer momento se mostró nervioso.

—Vengo a despedirme, querida —le dijo—, y quién sabe si para siempre.

—¡Qué cosas dice! ¡Tenemos mucha vida por delante para seguir disfrutando de nuestra mutua compañía!

Suzette trató de convencerlo para que tomara un chocolate caliente con ella, pero el hombre rechazó la invitación.

—A quienes proponemos reformas y aportamos soluciones a los problemas no nos quieren —se lamentó mientras iba y venía por el salón—. ¡Pues que se queden el rey y la reina con el maldito Godoy y se apañen con él!

—Pero ¿qué ha sucedido esta vez?

—Esta mañana se ha reunido el Consejo de Estado, aquí en Aranjuez, para establecer el procedimiento a seguir en la guerra contra la Francia revolucionaria. He tenido una fuerte discusión con Godoy. Delante de su majestad. Me critican que esté contra la guerra. Los maledicentes me acusan de tener un acuerdo secreto con los franceses, de estar pensando en implantar una revolución similar a la francesa...

—¡Eso es absurdo! No sabe cuánto lo siento. En nada puedo ayudarlo, pero cuente con mi amistad y lealtad. ¿Qué hará ahora?

Aranda se sentó en una butaca junto a ella.

—Temo por mi vida. Parto mañana a mis posesiones en Épila, al menos hasta que los ánimos se calmen. Si he de morir, que sea en mi tierra natal. ¡No quiero ni dejarles mi cuerpo en este lugar!

—Lo echaré de menos, amigo mío —dijo Suzette, sintiendo cómo

las lágrimas acudían a sus ojos—. Espero que me escriba.

—Lo haré. —Aranda suspiró, se puso en pie y se acercó hasta la doble puerta de madera y cristal que daba al jardín. Mantuvo la vista perdida en algún punto indefinido—. ¡Ojalá no nos gobernaran los ineptos de ahora! ¡Cuántos días de gloria viviríamos! Apartan de la vida pública a los pensadores avanzados, pero el mundo cambiará a pesar de ellos. Nada es permanente. —Volvió sobre sus pasos y miró a Suzette—. ¿Quién nos puede asegurar que algún día no se dejen perder Luisiana? ¿Cuántas veces lo he advertido? Los estadounidenses querrán más y más. Primero conseguirán el derecho a navegar por el Misisipi y a utilizar el puerto de Nueva Orleans. Luego toda Luisiana. Esto es España: bandazos, indecisiones, retrasos. Como me dijo hace poco mi amigo Goya, «el sueño de la razón produce monstruos». ¡Gran verdad! —Tomó la mano de Suzette y la besó—. Perdona mis desvaríos y mi carácter agrio.

Entonces entró Anne, con cara de espanto.

—Unos hombres preguntan por usted, señor conde —dijo con un hilo de voz.

Aranda se aseguró de que llevaba bien puesta la peluca, tiró de las solapas y de los bajos de su casaca para quitar cualquier arruga y se dirigió al recibidor. Suzette fue tras él. Vio a dos oficiales. La puerta de entrada estaba abierta y afuera esperaban tres o cuatro soldados.

—¿Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda? —preguntó uno de los oficiales.

—El mismo.

—El rey ha ordenado su arresto. Lo acompañaremos a su casa para que recoja lo imprescindible y partiremos.

—Supongo que no me dirá el destino.

—Tengo órdenes de no hacerlo.

Aranda asintió a la par que esbozaba una leve sonrisa irónica. La suerte de los hombres era voluble. Le tocaba ahora a él sentir la rabia e impotencia de otros que habían pasado por lo mismo antes.

Como Suzette.

Se giró hacia ella y la tomó de las manos.

—Perdona si no te escribo, Suzette. Podría meterte en problemas y tú ya has pasado lo tuyo. Es mejor que ahora no te asocien con mi persona. No te olvides de este pobre viejo. Yo no te olvidaré.

Suzette le dio un abrazo. Y cuando se fue, rompió a llorar.

Ya no tenía a su amigo y confidente Aranda en esa tierra.

No podía estar más sola.

Sin saber por qué le vinieron a la mente las palabras de su cuñado poco antes de morir.

«Encuentra tu manera.»

Puesto de Arkansas, mayo de 1794

A bordo de una barcaza, Ishcate terminaba de repasar el primer cargamento de pieles de esa primavera para Girard. Estaba a punto de anochecer y, como partiría al alba, quería asegurarse de que todo estaba correcto. Otro barco procedente del norte atracó y sus pasajeros descendieron por la corta pasarela. Al poco alguien lo llamó por su nombre. Su sorpresa fue mayúscula al reconocer que el hombre bien vestido de mediana edad que se le acercaba era Étienne Dubois.

Se saludaron con un fuerte apretón de manos.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó Ishcate.

—Antes de que sea demasiado mayor, quiero dar una vuelta por Nueva Orleans y hacer unas compras de mercancías para llevar a Saint Louis. —Le dio una palmada en el hombro—. Te echamos de menos allá arriba. Mi madre se alegrará de saber que estás bien. ¿También tú preparas viaje?

Ishcate asintió.

—Parto mañana.

—Yo también. Solo hemos parado a pasar la noche. ¡Podríamos ir juntos y charlar!

A pesar de las reticencias de Ishcate hacia los negocios de Étienne, reconoció que se alegraba de verlo. Se conocían desde que eran adolescentes y le debía la vida por partida doble.

Quedaron, pues, para salir a la misma hora y acordaron detenerse en el mismo lugar para compartir cena y conversación, rutina que mantuvieron los siguientes días. A la altura de Natchez les sorprendió encontrar barcos españoles de cañones en una zona normalmente tranquila. Según descendieron por el Misisipi, comprobaron que aumentaban las galeras y galeotes. Y los soldados habían tomado Pointe Coupée. Se enteraron allí de que habían descubierto a tiempo una gran conspiración de esclavos.

Y pronto supieron cómo había sido sofocada.

Un hombre como Ishcate, acostumbrado a la sangre y la batalla, se sobrecogió ante el dantesco escenario desplegado desde Baton Rouge hasta Nueva Orleans. Cada cierta distancia, durante leguas, había una cabeza humana clavada en una pica. Los cabecillas habían sido ajusticiados y ejecutados.

—No está mal que los esclavos comprendan las consecuencias de cualquier acto subversivo —comentó Étienne una noche—. De momento Saint Louis está tranquilo, pero no quiero ni pensar que estas ideas se pudieran propagar a lo largo del Misisipi.

—En esas picas yo no veo esclavos —le dijo Ishcate—, sino hombres asesinados...

—Que no hubieran dudado en matar para conseguir su propósito —lo interrumpió Étienne—. ¿A cuántos inocentes matasteis Sarazen y tú para liberar a su esposa? ¿Y en el ataque a Saint Louis? ¿Y luego en esa emboscada contra los americanos en el Wabash? En todas las batallas hay víctimas. Unos ganan y otros pierden. En este asunto, como comprenderás, yo defiendo mis intereses. Nunca pensé que diría que prefiero ser español, pero si Francia sigue con su idea de abolir la esclavitud en todas sus colonias...

Ishcate no era ningún ingenuo, pero no podía evitar pensar que una de aquellas cabezas podría pertenecer a Demba. Cuando conocías a alguien, las batallas dejaban de ser algo abstracto y justificable según el bando en el que te encontraras, y se convertían en una preocupación concreta. Obligó a los hombres a su cargo a ralentizar el descenso para mirar las cabezas una a una. Poco antes de llegar a Nueva Orleans reconoció la de Demba y sintió pena por lo poco que habían durado los sueños del muchacho y por la tristeza que embargaría a su madre.

Había oído decir que la administración había ofrecido la libertad y una recompensa de trescientos pesos a cualquier esclavo que revelase detalles sobre la conspiración. Demba era demasiado joven para creerse que todos los principios, por nobles que fueran en sus orígenes, se disolvían ante ofertas tentadoras. Se recriminó no haberle insistido más en que se quedara con él, pero se recordó que nada lo hubiera disuadido.

Valoró entonces la determinación de Demba, que había entregado su vida por un ideal, y se percibió como un cobarde por su propia inacción.

Se deslizaba por la vida como un río plácido, dejándose llevar por la costumbre, recorriendo caminos trillados, arriesgando poco en cambiar su cauce, arrastrando el barro de los recuerdos sin crear otros nuevos. ¿Dónde estaba el ímpetu de su juventud?

Tomó una decisión: en cuanto llegara a Nueva Orleans hablaría con Girard para que lo ayudara a conseguir un pasaporte y le solicitaría un adelanto sobre pedidos futuros para reunir el dinero que todavía necesitaba para cumplir su sueño. Ya era hora de que ese río manso en el que se había convertido se aventurara hacia el mar; y no para morir, sino para renacer en forma de una nueva agua que bañara aquella costa lejana en la que se encontraba el sentido de su vida.

—Malditos huracanes —murmuró Girard ante su escritorio del salón—. Y maldita guerra. Y maldita Real Hacienda.

Estaba releyendo el memorial y los documentos que acababa de redactar con la información que le había hecho llegar su hijo desde Placaminas. La mala fortuna había querido que un tremendo huracán causara daños en el fuerte y grandes pérdidas de las mercancías que él suministraba, por lo que solicitaba una indemnización al nuevo gobernador. A sus sesenta y siete años debía seguir peleando para mantener el nivel económico al que su familia estaba acostumbrada. La vida se empeñaba en ponerlo a prueba, pero él nunca pensaba en rendirse.

—¿Qué sucede, querido? —le preguntó Blanche, sin levantar la cabeza de su lectura.

—¡Estoy harto de tanto papel! ¡Me gustaría vivir en una época en la que la palabra de un hombre bastara! Ahora todo tiene que quedar bien argumentado y redactado por escrito. ¡Soy un hombre de negocios, no un escritor!

En el incendio de Nueva Orleans había perdido el edificio de sus oficinas. Por culpa de las diligencias practicadas contra él por parte de la Real Hacienda, todos sus bienes seguían embargados y no llegaba ninguna resolución desde el Consejo de Indias. Cualquier nueva transacción económica debía tutelarla Almonaster.

—Las desgracias de un hombre se pueden medir por el volumen de correspondencia mantenida con la administración —continuó—. Cuando te ves inmerso en líos judiciales, lo bueno de tu persona queda eclipsado. ¿Acaso no luché por España en las campañas de Gálvez? ¿No he ayudado a la reconstrucción de la ciudad proporcionando a

buen precio suministros a los españoles? ¡Con mis negocios doy de comer a más de doscientas personas! ¡Eso debería contar! —Esperando algún comentario de apoyo por parte de su mujer, la miró de reojo y se percató de que seguía absorta en la lectura del nuevo periódico *Moniteur de la Louisiane* . Acudió a su lado y le preguntó—: ¿Me estás escuchando?

Blanche, que conocía de sobra las preocupaciones que habían convertido a su marido en un cascarrabias, le indicó con una coqueta sonrisa que se sentara a su lado en el pequeño canapé tapizado de seda color crema.

—Sale publicada la nueva regulación del gobernador para indemnizar a los propietarios que hayan perdido a uno de sus esclavos, tanto si se han fugado como si los han encontrado y matado. Doscientas piastras por cada uno. Nunca te dieron nada por Bamboula...

Moviéndose torpemente, Girard se sentó junto a ella con el ceño fruncido. Su única alegría política de los últimos tiempos había sido la sustitución del indeseable Miró por el nuevo gobernador, Carondelet, un hombre inseguro que veía amenazas por todas partes pero que, al menos, parecía actuar con moderación, lo cual ya era mucho en esos momentos de agitación.

—Pronto se le acabará el dinero si tiene que indemnizar a los de Pointe Coupée —comentó con ironía.

Blanche se encogió de hombros.

—Por intentarlo... Ahora que nombras lo de Pointe Coupée, corren rumores de que Carondelet anda detrás de las revueltas de los esclavos con la intención de destruir a sus enemigos antiespañoles, los hacendados franceses, entre los que te encuentras...

—¡Qué absurdo! —Girard suspiró—. Aunque no sé de qué me extraño ya... Nuestro mundo está desconocido, Blanche. Nuestro rey y nuestra reina, asesinados. Los vecinos divididos otra vez, como en la revolución de los criollos a finales de los sesenta. Entonces solo había dos bandos: o estabas a favor de España o en contra. Ahora Francia y España, naciones hermanas, están en guerra y Luisiana es un gallinero. Vivimos enfrentados unos contra otros, con miedo a que cualquiera se subleve. Esclavos contra amos. Franceses contra españoles. Republicanos contra monárquicos. Luisianeses contra colonos norteamericanos. ¿Sabes de quién me acuerdo mucho últimamente?

Blanche lo contempló con cariño para que él comprobara que ahora estaba atenta a sus palabras.

—De Lafrenière —se respondió Girard—. Me arrepiento de no haberlo defendido con ahínco. Nunca dejó de amar a Francia. Me pregunto qué pensaría ahora. Abrazar a nuestra madre patria implica abrazar la revolución y la república. Con tal de ser franceses de nuevo, algunos de mis conocidos alardean de ser jacobinos. Yo no puedo. Y eso me convierte en defensor de un rey tiránico, para más ironía, español. El dilema me corroe el alma. Soy un francés de corazón que cobra como militar retirado del ejército español. —Volvió a suspirar. De repente se sentía muy cansado—. Echo de menos aquellos tiempos, Blanche, cuando llegué aquí y era esta una tierra virgen, con poca población, y te conocí y me enamoré. Estaba también enamorado de la idea de comenzar de cero lejos de mi pobre pueblo natal, en Francia, donde dejé a mis padres sin su único hijo. Ahora, con este barullo de gentes tan diversas y con opiniones tan dispares, no reconozco ni a la colonia ni a la ciudad de Nueva Orleans. ¿Te puedes creer que, con esas ideas importadas de libertad, igualdad y fraternidad, algunos negros libres van por ahí tuteando a cualquier blanco?

Blanche le acarició la mejilla.

—¿Por qué estás tan negativo hoy?

Girard señaló hacia su escritorio.

—He llegado a la conclusión de que cuanto más crece el Estado, más disminuye la felicidad. —Apreció la súbita preocupación en el rostro de Blanche y se esforzó por recuperar algo de jovialidad—. ¿Qué más pone en ese nuevo periódico?

—Que la bandera española ondea ya en los acantilados que los chickasaw han cedido a los españoles.

Girard, asombrado, negó con la cabeza.

—Los antiguos enemigos hacen las paces y los nuevos enemigos surgen de entre nosotros mismos...

—¡Jérôme, ese ánimo! —Blanche le dio un golpecito cariñoso en la mano—. Escucha, en la sección de anuncios pone que se venden una curtiduría y un almacén ideal para una destilería cerca de la ciudad, con calderas, equipamiento y tierras para cultivar caña de azúcar para el ron.

—¡Ah, si tuviera veinte años! Ya solo pido tiempo para librarme de las deudas y disfrutar de mi familia. —Le pesaba incumplir los

pagos, debía reconocerlo; y era un recordatorio constante de la carga que tuvo que suponerle a Leroux durante años.

—Eso harás. Te recuerdo que pronto celebraremos la boda de Didier. —Se refería al varón más joven de la familia—. Todavía nos quedan muchas cosas hermosas por vivir juntos.

Girard tomó la mano de Blanche y se la llevó a los labios para depositar en ella un tierno beso. Recordó con nostalgia los tiempos de su llegada a Luisiana, su matrimonio con Blanche, que tan feliz le había hecho, el nacimiento de todos sus hijos y la época más gloriosa de la familia, cuando sus hijas se casaron con altos cargos de Luisiana. Había triunfado en los negocios. El dinero entraba a raudales en su casa por los suculentos contratos que le concedían. Las autoridades lo trataban con respeto. Los indios se fiaban de su palabra. Qué poco duraba lo bueno, se lamentó para sus adentros. Qué rápida pasaba la vida. Y qué corta era la memoria. Los tiempos cambiaban tan deprisa que se enterraban los privilegios de unos de la noche a la mañana. Por mucho que Blanche hablara de futuras alegrías, él no podía evitar sufrir también por sus queridas hijas mayores. Suzette había padecido lo indecible en España. Aunque por fin el rey la hubiera perdonado, nunca más volvería a ser la misma. Margaux había enviudado hacía pocos meses, y tendría que encargarse sola de sacar adelante a su numerosa prole. Y él y su esposa no podían ayudarlas ni económica ni emocionalmente con su presencia, porque Europa estaba muy lejos y porque no podía sacar dinero de la colonia en su situación.

Y porque él presentía que ya no tenía tiempo. El cuerpo y el alma le pesaban demasiado.

Aunque siempre había jurado que solo dejaría de pelear por sus asuntos cuando lo metieran en la tumba...

Se levantó del sofacito con lentitud y se sentó de nuevo ante el escritorio. Había una cosa que hacía tiempo que deseaba hacer. Tomó papel y pluma y redactó unas líneas. Esperó a que la tinta se secara, dobló el papel y escribió un nombre. Repitió la acción y dejó las dos cartas a la vista.

Tal vez su tiempo en la Tierra se estuviera acabando, pero quizá no fuera demasiado tarde para arreglar el futuro de otros.

Regresó entonces junto a su esposa, apoyó la cabeza en su hombro y murmuró:

—Te quiero, Blanche.

Eso era lo único que no cambiaba nunca. Que no lo haría aunque cambiaran los gobernadores, los reyes, las fronteras de los países o hasta el curso de los astros.

En cuanto su barcaza atracó en los muelles de Nueva Orleans e Ishcate puso pie en tierra firme, el contable de la compañía de Girard le contó que este estaba al borde de la muerte en Auvernia a causa de una apoplejía.

Ishcate lamentó que la vida del hombre corriera peligro, porque de alguna manera eso también afectaba a sus planes. Girard era fuerte y no muy mayor todavía. Le pidió al Gran Espíritu que le hiciese el gran favor de intervenir en su recuperación.

Cuando se lo contó a Étienne, quedaron en hacerle una visita juntos después de descansar y asearse en sus respectivos alojamientos: Étienne en la casa Dubois que Girard nunca había vendido y todavía le permitía utilizar, e Ishcate en la casa de huéspedes de Alizée.

Al día siguiente, mientras esperaban en la galería que rodeaba la vivienda de la plantación de Girard a que el mayordomo los hiciera pasar, Ishcate se entretuvo con la hermosa vista del lago Pontchartrain y pensó en las veces que Suzette habría hecho lo mismo. Se preguntó si, dondequiera que estuviese, echaría de menos la exuberancia de Luisiana, que invadía los sentidos. Cerró los ojos y le habló con la mente y el corazón. Cada vez la añoraba más. A lo largo de sus vidas, sus escasos encuentros habían servido para alimentar las esperanzas del siguiente. Ahora hacía demasiado tiempo que no la veía. Y justo allí, en esa casa, la había amado por última vez.

Una voz de mujer lo apartó de sus pensamientos. Se giró y descubrió a una jovencita Suzette y el corazón le dio un vuelco. Era su hermana pequeña, que los invitaba a pasar al salón.

La estancia estaba decorada con esmero y provista de mobiliario de buena calidad. Apenas se veían las paredes entre los ventanales que daban a la galería, los armarios, los escritorios de diferentes tamaños de caoba tallada y los espejos dorados. Para llegar hasta Girard, sentado en una butaca en la parte más luminosa del salón, sortearon varias mesitas de madera repletas de figuritas de mármol y marcos y candelabros de plata.

Cuando Ishcate vio a Girard, la sensación de opulencia dio paso a la de fragilidad. Había adelgazado tanto que no era el hombre fuerte que recordaba sino un anciano tembloroso con la boca torcida, patillas

ralas y ojos acuosos en los que percibió un destello de alegría al reconocerlo. A su lado, su esposa, convertida en intérprete de sus balbuceos, le cogía la mano y le hablaba como lo haría a un niño.

—No estaremos mucho tiempo, madame —le dijo Étienne, impresionado también por el abismo que se abría entre el recuerdo del hombre y su estado actual—. Les traigo saludos de mi familia y mis deseos de que monsieur Girard se recupere.

Ishcate permaneció en silencio. Girard no se recuperaría y podía dar por terminada su relación comercial con él. Ya no podía pedirle un adelanto económico ni un pasaporte. Tendría que emplear su tiempo en Nueva Orleans en buscar a otro destinatario de sus mercancías o volver a trabajar para Étienne.

Girard miró a su mujer y le hizo un gesto de impaciencia con la cabeza en dirección a una mesita cercana. Ella asintió y lo tranquilizó acariciándole la mano. Se levantó y cogió dos cartas selladas con lacre. Tendió una a Ishcate y otra a Étienne.

—Me hizo prometer que os las entregaría. Las tenía preparadas para enviároslas. Me alegra que hayáis venido para que vea que las recibís. No sé qué pone, pero sí que es muy importante para él.

Ishcate leyó el texto. Era una carta al gobernador solicitándole que le concediera el pasaporte para viajar a España por negocios como representante de la firma Girard.

—Gracias, monsieur —le dijo mirándolo a los ojos.

Agradecía profundamente el gesto, porque de alguna manera le daba su bendición para reencontrarse con Suzette; sin embargo, ese papel de nada serviría cuando falleciera y la sociedad se disolviera, puesto que ninguno de sus hijos, militares, iba a continuar con el negocio.

Étienne leyó su carta y arqueó las cejas sorprendido. Girard recordaba a Leroux con afecto y le pedía un gran favor.

—Tiene mi palabra, monsieur.

Girard cerró los ojos y dejó escapar un pequeño suspiro. El futuro estaba ahora en manos de hombres como Ishcate y Étienne. Dolía despedirse de la vida, pero reconfortaba que esta continuara. Nadie —ni siquiera él— era tan importante como para frenar su curso. Había cierto consuelo en esa sensación final de insignificancia.

Con la promesa de regresar otro día, Étienne e Ishcate se fueron de la plantación.

—Le queda poco tiempo —dijo Étienne, en el interior del carruaje que había alquilado para su estancia en la ciudad—. Cuando quieras, hablaremos de negocios.

Ishcate pensó en cómo cambiaban los hombres según las circunstancias. Él, que había sido feliz cabalgando libre por las praderas, que había vivido de la naturaleza, que había encontrado la diversión y la calma en la contemplación de las estrellas, había aceptado la condena de trabajar por dinero para satisfacer a su corazón, que solo latía con absoluta convicción por una mujer.

Apuró el tiempo antes de responder a la oferta de Étienne, con quien solía juntarse con frecuencia ya que ninguno tenía otros conocidos cercanos en la ciudad.

Cuando Girard falleció a principios de agosto, Ishcate se despidió de Nueva Orleans y volvió su vista y sus pasos hacia el norte de Luisiana.

53

Aranjuez, febrero de 1798

Después de pasar la noche en vela, Suzette había tomado una decisión. Llevaba meses dándole vueltas a una idea.

Otra locura.

Pero posible.

La había comentado con Anne, que había tratado de quitársela de la cabeza, aunque había sido precisamente ella quien le había dado la información. Suzette cada vez pasaba más tiempo en soledad y apenas se relacionaba con nadie. La lectura de libros y cartas y las respuestas a estas eran ahora la mejor —casi única— compañía de Suzette. Por Anne se enteraba del mundo exterior. Le contaba que había un descontento general contra el gobierno; que hombres templados y risueños se mostraban alterados; que los secretarios de Estado renunciaban a su puesto; que incluso había misteriosas sospechas de envenenamientos ordenados por Godoy... Y entre cuestiones políticas surgían también otras más anecdóticas, como que los hijos de varias criadas de otras casas habían viajado a América de manera clandestina y sin documentación.

Por lo visto, era un secreto a voces.

En los barcos viajaban más pasajeros de los que constaban en las listas. Como ayuda extraordinaria a su sueldo, o para ahorrarse el pago de los caros pasajes de sus sirvientes, algunos oficiales de buques mercantes amparaban a polizones. Era una artimaña común. Los escondían entre los pañoles, las velas, los cables o en el entrepuente. Una vez alejado el navío de la costa, ya no había posibilidad de desembarcar al polizón. Y, desde luego, ni lo echaban por la borda ni lo dejaban morir de hambre.

Anne había comentado el tema; pero la gran inspiradora de Suzette era Adrienne. Su hija se había arriesgado y había conseguido salir de España. En sus cartas le decía que era feliz en París viviendo a

su manera, sin depender de nadie. Para preocupación de Anne, siempre preguntaba si tenían noticias de Demba, pues no había sabido nada más de él desde que se fuera a Luisiana.

También él había conseguido viajar a Luisiana.

El mundo se movía, pensaba Suzette, menos ella. Estaba harta de esa sensación de pasividad, de ver cómo se le iba la vida esperando un cambio que nunca llegaba. Adrienne seguía su camino; Estelle se había casado con aquel oficial y cambiaba de lugar de residencia con frecuencia; y Guillermo, que también quería ser militar, seguía bajo el ala de Rinaldo, que había contratado a un tutor, el señor Ledesma, que a Suzette le caía bien. Ya no podía emplear a sus hijos como excusa para no lanzarse a la aventura. De su cuñado nunca recibiría ayuda para conseguir un salvoconducto para regresar a su tierra.

Dedicó un cariñoso recuerdo a su viejo amigo Aranda, a quien echaba tanto de menos y que —estaba segura— habría dado con el nombre de algún oficial para llevar a cabo su plan. Pero había fallecido, sin herederos, el mes anterior en su casa de la localidad aragonesa de Épila, donde se había recluido después de su detención y destierro —primero en la Alhambra y luego en Sanlúcar de Barrameda — por sus discrepancias con Godoy. El tiempo le había dado la razón a Aranda: la guerra contra Francia había resultado una catástrofe militar para España que, además de perder la parte española de la isla de Santo Domingo, finalmente se había unido a la Francia revolucionaria para hacer causa común contra el enemigo de siempre: los ingleses.

Pensó entonces en el tutor de Guillermo, el señor Ledesma. Conocía las tribulaciones por las que ella había pasado puesto que también había compartido amistad con Aranda. Hablaría con él. Seguro que a través de sus contactos daría con algún oficial que viajara a América y quisiera ganarse una buena suma de dinero. Suzette había ahorrado en los últimos años. Vivía sin excesos. La casa de Aranjuez era pequeña, así que el importe del alquiler era razonable. No gastaba en ropa ni mantenía carruaje porque no socializaba. Y como personal de servicio ya solo tenía a Anne.

Tenía que hablar con ella enseguida. No le cabía ninguna duda de que se sumaría al plan. También ella deseaba volver a Luisiana, y más sabiendo que Demba andaba por ahí.

Entusiasmada, descendió a la planta baja en su busca, pero no la

encontró. Por la hora, dedujo que estaría en el mercado. En la bandejita del correo del salón vio entonces dos cartas. Sonrió al reconocer la letra de su madre y la de Ishcate, que hacía tiempo que ya le escribía directamente, sin la mediación de Alizée.

Se preparó un café y salió al jardín.

Leyó primero la carta de Blanche.

Como en las anteriores, le costó discernir el grado de tristeza de su madre sin la compañía de su marido. Fiel a su carácter animoso, le contaba con todo detalle anécdotas de su vida y la ponía al día sobre sus otros hijos y sus nietos y de los conocidos de Nueva Orleans. La primera noticia importante era que por fin habían levantado el embargo sobre los bienes del difunto Girard. Después de muchos años la justicia había resuelto que la familia pagase unos miles de pesos a la Hacienda Real y el asunto quedaría solucionado.

Blanche tenía la pasmosa habilidad de estar al corriente de todo, tanto de cotilleos personales como de política, y no solo de Luisiana. Suzette supo por ella que los franceses también habían sido expulsados de Nueva España por temor a que extendieran el germen revolucionario. Y supo asimismo que la fiebre amarilla hacía su aparición casi cada año por Nueva Orleans —lo cual su madre achacaba a la cantidad de gente nueva que llegaba sin parar a la ciudad—, obligando a los habitantes a aburrirse, encerrados en sus casas.

Las noticias amargas, no obstante, ocupaban apenas unas líneas. Blanche las contaba deprisa, con pocas palabras, como si así pudiera evitarle un mal trago a su querida lectora a miles de leguas de distancia.

Suzette releyó el párrafo que más la había afectado: la muerte de Jeanne Fournier. Aunque hacía años que Suzette no veía a la hermana de su primer marido, la noticia la había entristecido. Solo tenía cuarenta y cuatro años, dos más que ella. No sería testigo de lo que el destino deparase a sus hijos. Evocó con cariño numerosos recuerdos de la infancia y juventud compartida entre ellas y Belmont. Y recordó las risas de las amigas, antes de que las obligaciones familiares de cada una las separaran. No guardaba rencor a ninguna de ellas, tal vez porque solo deseaba recuperar aquellos momentos de su vida en los que se había sentido feliz.

Emitió un largo suspiro y desplegó la carta de Ishcate, que leyó

con lentitud para saborear cada palabra. Le parecía que lo tenía a su lado, susurrándole al oído cómo el invierno se extendía por Luisiana, desde Nueva Orleans a las tierras del Illinois, con diferente intensidad; cómo los animales de los bosques iban reduciendo su actividad y se recogían en sus guaridas, sumidos en un estado de espera similar al suyo, que también soñaba con la promesa de que el sol anunciara pronto *miloohkamiwi* , aunque para él la verdadera primavera solo llegaría cuando pudiera abrazar a Suzette de nuevo.

Ishcate mantuvo el mismo tono nostálgico hasta el último párrafo, en el que le narraba el trágico final de Demba y se disculpaba por no habérselo contado antes; había querido demorar el sufrimiento que provocaría en Anne.

Suzette derramó lágrimas por él y por su querida Anne, a quien no sabría cómo darle la noticia.

Un ruido llamó entonces su atención y alzó la vista. Anne, a quien no había oído llegar a la casa, salía al jardín con un gesto de extrañeza en el rostro.

—Ah, está usted aquí, madame. Un caballero desea verla.

Suzette se pasó la mano por los ojos para secar las últimas lágrimas mientras repasaba mentalmente sus actividades desde que vivía en Aranjuez, y concluyó que no había nada que pudiera parecer sospechoso para los obsesionados con ver peligro en cualquier cosa relacionada con Francia.

—¿Qué quieren ahora de mí? —Los nervios le provocaron un fuerte ataque de tos.

—No viene de parte del rey, madame... Es el tutor de Guillermo.

Qué casualidad, pensó Suzette con cierta intranquilidad. No esperó a que Anne lo hiciera pasar. Fue directa al recibidor, con el alma encogida. Mantenía correspondencia con el señor Ledesma: si había acudido en persona a su casa era porque algo grave había sucedido.

El hombre, que advirtió enseguida su preocupación, se apresuró en aclararle:

—Guillermo está bien. Pero le traigo una noticia inesperada.

Suzette mantuvo las manos apretadas con fuerza hasta que escuchó:

—El barón Rinaldo Orlac falleció anoche mientras dormía.

Suzette se repitió que estaba mal alegrarse de la muerte de una

persona, por malvada, odiosa o perversa que fuera. A ella misma aún le remordía en ocasiones la conciencia por haberle hablado a Sebastián con tanta crueldad poco antes de que él muriera, cuando se había enterado de que él había mandado matar a Ishcate. Y con toda probabilidad también se arrepentiría de ese sentimiento de alivio que le había provocado la noticia del tutor. Pero no podía detener ese torrente de emociones. Hacía unas horas planeaba cómo poner fin a su monótona existencia fugándose de España como polizón. Ahora volvía loca a Anne con las instrucciones sobre su futuro inmediato, como si toda la energía perdida de los últimos años hubiera regresado a su cuerpo, a su mente y a su corazón en forma de un río desbordado por miles de afluentes ágiles, juveniles, primaverales. La perspectiva sobre su vida había dado un giro completo.

Asistiría al funeral de Rinaldo con el rostro compungido bajo el que ocultaría la alegría de saber que su cuñado ya no podía poner impedimentos a la consecución de su salvoconducto. El tutor de Guillermo se encargaría de todo el trámite para que Guillermo heredase el título y las posesiones de los Orlac. Ella no quería saber nada de ese asunto. Empaquetaría sus pertenencias. Compraría dos pasajes en el primer barco que saliera hacia La Habana. Alquilaría un carruaje hasta Cádiz. Realizaría el viaje inverso al que hacía once años la había llevado a España.

Suzette respiraba ya el aire húmedo y salino del mar; oía el graznido de las gaviotas; entregaba su rostro a las caricias del sol; cruzaba el golfo de México y penetraba en el Misisipi... Y volaba río arriba, como un pelícano, libre, hacia el origen, la luz, el calor, la calma.

Se entregaba a sí misma a la renovación.

Pero había algo que empañaba su felicidad y se recriminaba su cobardía para enfrentarse a ello.

Tenía que decirle a Anne que su hijo había muerto.

Se decidió por fin a hacerlo una mañana de mediados de marzo, durante el desayuno. Desde la puerta de la cocina la escuchó canturrear una melodía y estuvo a punto de darse la vuelta. Recordó que era una de las melodías que tocaba Bamboula. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se recompuso. Respiró hondo, tomó asiento y le pidió a Anne que se sentara junto a ella. Le cogió las manos y la miró a los ojos.

Le contó el encuentro de Ishcate con Demba en Placaminas y lo sucedido en la rebelión de los esclavos de las fincas de Pointe Coupée que llevó a su fallecimiento.

Anne escuchó en silencio, incapaz de creer que aquello fuera cierto. Después de un largo rato, el aturdimiento se tornó en un llanto desconsolado. Durante varios días deambuló por la casa con los ojos enrojecidos sin pronunciar palabra. Por fin, una tarde salió al jardín y le entregó papel y pluma a Suzette.

—¿Puede escribir algo por mí?

Suzette, intrigada, asintió y Anne le dictó:

—Sirviente pretende colocarse en una casa decente dentro o fuera de esta corte. Sabe hablar el español y el francés, como también guisar al estilo de dichas naciones, coser y almidonar. Darán razón e información de su conducta en el puesto de pan de María Palomo, sito en la plazuela del Gato. —Hizo una pausa antes de añadir—: Me han dicho que es lo que suelen hacer las criadas cuando buscan trabajo. También me han dicho que será más fácil si cambio a Ana mi nombre. Lo enviaré para que lo publiquen en la sección de noticias particulares del *Diario de Madrid* .

Suzette asintió con tristeza. Había rezado para que Anne la acompañara a Luisiana. Habían vivido juntas desde niñas. Pero comprendía que no deseara volver al lugar en el que habían muerto su marido y su hijo. Aunque ahora fuera libre para tomar sus decisiones, pasaría el resto de su vida encadenada a la tristeza.

—Me cuesta imaginarte aquí, en España, sola...

—A los ocho años aprendí a valerme por mí misma. Dios me bendijo con Bamboula y Demba y luego me los quitó; no regresaré a la tierra que miró hacia otro lado cuando los mataron a ambos. Seguiré sola, pues, a mi manera. No tengo miedo, porque lo he perdido todo y nada espero. Siento afecto por usted y le estaré eternamente agradecida.

—Te echaré mucho de menos, Anne. No sé qué hubiera sido de mí sin ti. —Se aferró a un último intento—. Espera un segundo.

Suzette entró en la casa, subió a su cuarto y regresó con unos documentos.

—Guarda tu pasaje y tu salvoconducto, por si cambias de idea.

Llegó el día de la partida. Los dos baúles de tamaño mediano con las pertenencias de Suzette estaban cargados en el carruaje. Solo se

llevaba lo imprescindible. Había vendido los muebles y objetos pesados que había comprado en los últimos años. Quería viajar ligera y comenzar su nueva vida sin excesivos recuerdos de los años pasados en España, que tan largos se le habían hecho. Anne se quedaría en la casa un día más para terminar de recoger y entregar la llave a la dueña antes de irse a Madrid. En una bolsa de mano llevaba las cartas que enviaría a sus hijos y a su hermana Margaux cuando estuviera a punto de zarpar. No les había dicho nada antes porque no quería opiniones sobre su decisión ni recriminaciones y advertencias por viajar sola. En la carta para Adrienne había incluido la triste noticia de la muerte de Demba.

Ante la portezuela abierta del carruaje, ambas mujeres se miraron a los ojos sin saber muy bien qué decir o cómo despedirse después de toda una vida juntas.

—Mi querida Anne... —dijo Suzette con la voz quebrada.

—Madame...

Impulsadas por los recuerdos de tantos años y de tantas vivencias compartidas, se fundieron en un profundo abrazo. Por las mentes de ambas desfilaron las imágenes de aquel mercado de esclavos donde Suzette había pujado por ella con sus pendientes; las horas de juegos, charlas y paseos; los cuidados dedicados a Ishcate; el disfraz de Suzette para camuflarse entre los criollos rebeldes; los matrimonios y nacimientos de sus hijos; los encuentros furtivos con Ishcate; los fallecimientos de sus maridos; los viajes a Cuba, México y España; y las largas veladas sin gran cosa que hacer salvo conversar, coser y esperar algún cambio. Habían sido testigos de las huellas que el paso del tiempo había impreso en sus respectivos cuerpos y en sus almas. Y la que había comenzado como una relación de ama y esclava había evolucionado hacia algo cercano a la amistad.

Se separaron con lentitud, como si así pudieran demorar la inminente y definitiva separación. Vivirían demasiado lejos; difícilmente volverían a verse.

Aún cogidas de las manos, se miraron a los ojos una última vez y, sin palabras, se desearon suerte y ánimo.

Suzette subió al coche. Reprimió las lágrimas mientras se despedía a través de la ventanilla y, cuando perdió de vista a Anne, dejó escapar un sollozo. La felicidad absoluta no existía. Por fin había tomado el rumbo deseado de su vida, pero el agujero que dejaba Anne

en su corazón tardaría en cerrarse.

Cádiz, abril de 1798

El puerto gaditano era un hervidero de gente de variada procedencia y diversos oficios y ropajes. Entre quienes faenaban en los muelles de atraque, almacenes y careneros, iban y venían oficinistas que portaban documentos y destacaban aquellos navieros que, con elegantes casacas, vigilaban el destino de sus mercancías. Las voces y gritos de soldados, oficiales, niños, marineros y cargadores se mezclaban con los sonidos de los animales que entraban en las bodegas de los barcos.

Al ver el mar y escuchar tantas lenguas, Suzette disfrutó de la sensación de sentirse en casa, aunque tuviera por delante tres meses de viaje. Aceleró el paso por el muelle empedrado hacia la rampa de embarque de su barco. Tras ella, los cuatro chiquillos a los que les había prometido una buena propina para que transportasen su equipaje tuvieron que correr para alcanzarla. El trayecto desde Madrid hasta Cádiz había sido tan pesado como lo recordaba. Faltaban todavía unas horas para zarpar, pero quería instalarse cuanto antes en su camarote para descansar y gozar de la certeza de que realmente volvía a Luisiana.

Había pagado una fortuna por poder alojarse en la cámara de popa, donde los oficiales y pasajeros de rango. Sabía —por el único viaje en el que había cruzado el Atlántico y por las explicaciones de Sebastián— que, por debajo de ese nivel, solo cabía esperar suciedad, mal olor y enfermedad. Tendría que cuidar de no mancharse la ropa: en tres meses no podría lavarla. Y los pasajeros con camarote no usaban las letrinas comunes sino unos cubículos privados que se podían baldear; y solían recibir antes que los demás sus raciones de agua y comida diarias. Prometió que no se quejaría; al fin y al cabo, había estado dispuesta a viajar de polizón.

Sintió una nueva punzada de tristeza al ver la cama que Anne no emplearía. La echaría mucho de menos. Había sido afortunada de disfrutar de su compañía y de su sabia alternancia de buenas conversaciones y respetuosos silencios durante tantos años.

Cuando calculó que se acercaba el momento de partir, salió a cubierta. Como otros pasajeros, se apostó en la barandilla y se entretuvo observando las tareas de desamarre de los últimos gruesos

cabos y los rostros de quienes habían acudido para despedirse de sus familiares. Hacía calor y muchos se secaban el sudor de la frente con el mismo pañuelo con el que se enjugaban las lágrimas.

De repente se oyeron unos gritos en el muelle y Suzette vio cómo varias personas se iban apartando y abrían un pasillo por el que corría una mujer. Con la mano del brazo del que colgaba un fardo se sujetaba el sombrero y con la otra agitaba unos papeles en el aire. Movida por la curiosidad, se dirigió por la cubierta hacia la pasarela de embarque. Unos hombres en la parte superior se disponían a izarla para recogerla y una cuerda en la parte inferior indicaba que ya no se permitía el acceso a viajeros. Sintió lástima por la mujer, que no llegaría a tiempo si lo que pretendía era subir a bordo de ese buque.

La mujer profirió nuevos gritos mientras se agachaba con intención de pasar por debajo de la cuerda. Un funcionario que había terminado la inspección de la carga y descendía por la plancha de madera le cerró el paso y la tomó del brazo con intención de alejarla de allí. La mujer le insistió, le enseñó los papeles y, en un momento dado, alzó el rostro.

—¡Anne! —gritó Suzette con todas sus fuerzas al reconocerla.

Se dirigió hacia la parte superior de la pasarela y suplicó a los hombres que esperaran. Sin escuchar su respuesta, se lanzó rampa abajo. El funcionario escuchó sus explicaciones, revisó de nuevo la documentación y accedió a que Anne embarcara.

—¡Anne! —Suzette solo acertaba a repetir su nombre. La condujo directamente al camarote, donde la acribilló a preguntas mientras la abrazaba, la soltaba, la miraba y volvía a abrazarla—: ¿Cómo es posible? ¿Por qué? ¿Qué te ha hecho cambiar de idea? ¿Y si hubieras perdido el barco?

Anne dejó el fardo sobre la cama y se sentó para recuperar el aliento.

—Fui a Madrid. Visité la casa en la que me habían ofrecido un trabajo. Aquella mujer nunca podría ser mi ama... Me lancé por esos caminos en carros, carretas y mulas. —Se sacudió la falda polvorienta —. Me he gastado la mitad de mis ahorros en llegar hasta aquí.

—Oh, Anne. ¡Olvídate del dinero! ¡Yo te lo daré! ¿Te das cuenta del riesgo que has corrido?

Anne se encogió de hombros.

—No tengo a nadie en este mundo. Solo a usted, madame.

Suzette la abrazó.

—Te lo dije una vez y te lo repito. Te querré conmigo hasta el final.

A una jornada de Nueva Orleans, julio de 1798

—¿Cómo hubiera resistido este viaje sin ti? —le preguntó Suzette a Anne, cuando ya se podía tocar la meta con los dedos.

Nada había roto la rutina del viaje hasta La Habana. Cada mañana unos marineros baldeaban la cubierta, la fregaban con vinagre y limpiaban las sentinas para aliviar el mal olor y la proliferación de chinches, pulgas, cucarachas y ratas. Aparte de las voces de los pasajeros, solo se oía el interminable susurro de las olas, el crujir de las arboladuras y el rechinar de los cables. Y cada mañana recibían su ración diaria de tres litros de agua cada una para cualquier uso: beber, refrescarse o lavarse. A medida que transcurría el tiempo, el líquido almacenado en las botijas de la bodega era más turbio, cenagoso y caliente.

—Lo primero que haré cuando lleguemos será hartarme de fruta y verdura —dijo Anne.

Suzette sonrió. Le habían cogido manía al bizcocho, cada vez más duro y mohoso, al tocino rancio, a la carne seca y salada de búfalo, vaca y oveja, al bacalao, a las legumbres, al arroz y a las habas.

—Y agradezco que no hayamos enfermado —añadió Anne.

Habían puesto mucho cuidado en no relacionarse con nadie con pruebas evidentes de poca higiene. Fiebres y diarreas eran comunes entre los pasajeros; y si alguien mostraba síntomas de algo peor, como la gripe, el sarampión o la viruela, se lo ponía en cuarentena en la bodega a la espera de dejarlo en el primer puerto en el que atracase el barco.

—¡Y que el tiempo haya sido bueno! —concluyó.

A excepción de alguna noche de tormenta, el mar no se había embravecido tanto como para temer por sus vidas. ¡Cuántas naves se hundían cada año por tempestades, choques con arrecifes, incendios, sobrecargas o ataques en periodos de guerra!

—A esto me refería, Anne. Siempre intentas ver las cosas por el lado bueno, a pesar de todo lo que has vivido.

Suzette dirigió su mirada al horizonte, donde el sol ya estaba a

punto de esconderse. En La Habana, la flota de varios barcos que habían comenzado viaje juntos en Cádiz se había dividido según el destino final. A partir de entonces, su corazón se había olvidado del tedio y había empezado a latir cada día con mayor emoción. Desde la desembocadura del río Misisipi, ya no era el órgano que simplemente la mantenía con vida, que se alegraba al reencontrarse con el paisaje conocido de exuberantes y floridas plantaciones y haciendas a ambos lados del río y que aceptaba con reconfortante familiaridad la humedad, el calor y los mosquitos de verano, sino el heraldo que le anunciaba con voz sonora y fuerte que todo iría bien a partir de ahora; que le aseguraba que las tristezas del pasado perderían intensidad como las estelas en el agua; que proclamaba solemne que pronto se reuniría con Ishcate.

Una última noche a bordo y llegaría por fin a Nueva Orleans. Lo primero que haría sería visitar a su madre en la plantación Auvernia y rezar ante la tumba de su padre; pero partiría enseguida en busca de Ishcate, dondequiera que estuviese.

Trató de no exteriorizar demasiado su alegría por respeto a Anne. Estaba segura de que su optimismo flaquearía al recorrer de nuevo la ciudad sin Bamboula ni Demba.

Oyó que la mujer suspiraba y le apretó la mano.

—Me tendrás a tu lado para enfrentarte a tu dolor y tus recuerdos —le dijo.

—Gracias, madame. —Anne esbozó una breve sonrisa—. Seré fuerte. Sé que algún día me reencontraré con ellos. Entonces me preguntarán cómo he vivido y yo tendré que contarles cosas amenas. Mis ojos ven ahora por ellos. Mis oídos escuchan por ellos. Viven en mí.

Suzette, con un nudo en la garganta por esas hermosas palabras, la tomó del brazo para regresar al camarote.

Apenas durmió en toda la noche. Al alba despertó a Anne y prepararon el equipaje. Se pusieron los dos únicos vestidos limpios que les quedaban y que habían reservado para la ocasión, y fueron las primeras en apostarse ante la rampa de desembarque.

Por fin el barco viró en el último meandro y la ciudad en forma de media luna apareció ante los ojos ansiosos de Suzette. Sus ojos se llenaron de lágrimas de emoción. Lo reconocía todo, como si no hubieran pasado once años desde su partida. Los huertos. Los molinos.

El convento de las Ursulinas. Pero también veía edificios nuevos, como el que ocupaba el lugar del antiguo hospital de la Caridad o, en la plaza de armas, la casa rectoral y el ayuntamiento, que flanqueaban la ahora catedral de San Luis, reconstruida con dos esbeltas torres tras el gran incendio de 1788. Sabía todo esto por las cartas de su madre, pero la realidad mejoraba la imaginación. La ciudad le parecía más grande, más luminosa, más viva.

Suzette puso pie en tierra firme en medio de decenas de cargadores que trajinaban con mercancías y equipajes, esclavos que obedecían a los gritos de mercaderes con prisa, soldados que comentaban sus primeras impresiones sobre su nuevo destino y familiares que se reencontraban después de mucho tiempo. Pensó fugazmente en su padre, que tantos años de su vida había pasado en esos muelles, y sintió una punzada de añoranza. Se dirigió hacia uno de los antiguos almacenes de Girard y se detuvo a unos pasos de la entrada; no sabía si todavía era propiedad de la familia, pero le hacía ilusión verlo. Visualizaba a su padre entre las cajas apiladas, los sacos, barriles y rollos de cuerda, los esclavos y oficinistas.

Un hombre de espaldas captó entonces su atención. Llevaba una elegante levita color avellana, unos calzones un poco más claros, un pañuelo de seda al cuello y el largo cabello oscuro recogido con una cinta negra. Se descubrió conteniendo el aliento. Por un instante le había parecido que era Ishcate. Oh, habría sido demasiada casualidad, pensó.

Como si hubiera sentido que lo observaban, el hombre se dio la vuelta.

Suzette se llevó las manos al pecho, donde su corazón comenzó a latir con tanta fuerza que le dolía. Ishcate estaba a apenas unos pasos de ella. La envolvió una sensación nebulosa de alegría e irrealidad.

Él tardó en reaccionar, la perplejidad reflejada en su rostro curtido. Caminó con lentitud hacia ella, sin dejar de mirarla a los ojos. Se detuvo a medio paso de distancia y siguió mirándola como si fuera una aparición, un espíritu maligno que hubiese adoptado la forma de la mujer que amaba con la fuerza devastadora de un río desbordado.

Con una amplia sonrisa y los ojos llenos de lágrimas, Suzette extendió los brazos en el aire a ambos lados de su cuerpo, invitándolo a que por fin se creyera que era real, que estaba allí, que había sido capaz, contra viento y marea, de regresar a él, dispuesta a retomar las

riendas de su vida; que nunca más se separarían, que lo que más deseaba en ese momento y desearía por siempre era que él la envolviera en un fuerte y cálido abrazo.

Y cuando su añorado, soñado y deseado Ishcate la estrechó entre sus brazos, Suzette sintió que desaparecían los últimos años de su vida, que habían causado estragos en su alma y en su piel, y tuvo el pálpito de que su verdadera existencia comenzaba en ese mismo instante.

54

Nueva Orleans, julio de 1798

—¿Cómo te atreviste a viajar, estando los mares tan revueltos? —le preguntó Ishcate a Suzette—. La armada británica está por todas partes, tratando de cortar las comunicaciones con el imperio español de América para que no lleguen aquí los ingresos. ¿Y si hubiesen atacado tu barco?

—Ni siquiera pensé en ello. Solo quería volver contigo.

—Deberías haberme avisado... —le recriminó él con ternura—. ¿Y si nos hubiésemos cruzado?

Sentada en sus rodillas en una butaca de la habitación que Ishcate tenía alquilada en la posada de Alizée, Suzette no se atrevía a apartar las manos de las mejillas de él, como si fuera una aparición que pudiera evanescerse en cualquier momento. La pareja no había interrumpido el abrazo en horas. Se miraban, se acariciaban, hablaban.

—Eso ya no importa. Estamos juntos. Nuestros corazones deseaban lo mismo. Yo quería regresar y tú también ibas a venir a buscarme, a pesar del peligro...

Ishcate lanzó una mirada al documento de embarque que estaba sobre la mesa y que ya no necesitaría.

—Debería haberlo hecho hace mucho tiempo, pero me costó tenerlo todo organizado. Antes de morir, monsieur Girard redactó una carta para mí y otra para Étienne. En la mía pedía al gobernador que me diera un pasaporte para representar a la firma en Europa.

Suzette, conmovida, sintió un profundo agradecimiento hacia su padre. En el cuerpo del hombre de negocios obsesionado por ascender en la escala social, había un corazón que le había querido hacer a su hija el mejor regalo del mundo.

—Pero tu padre falleció antes de que pudiera conseguirlo —continuó Ishcate—. En la carta para Étienne, le pedía que, puesto que

tus hermanos no iban a continuar con la compañía, él se la quedara y le rindiera parte del capital a tu madre mientras viviera.

Suzette sí estaba al tanto de esto. Su padre había pasado muchos años endeudado y, al final de su vida, había comprendido las vicisitudes que había soportado Benoît Leroux. Que la empresa terminase en manos de Étienne había tenido para ella un significado especial, como si Girard y Leroux se hubieran reencontrado y su amistad hubiera continuado más allá de la muerte.

—Estuviste con mi padre hasta el final... —murmuró con nostalgia.

—Tuvo una buena vida y estuvo cuidado y acompañado en su casa; es más de lo que muchos pueden decir. —Prosiguió con su explicación—: Después, Étienne me apoyó a la hora de conseguir un pasaporte con la excusa de encontrar nuevos contactos en Europa para exportar pieles. El gobernador me concedió el permiso para dos años, así que trabajé mucho mientras ahorraba el dinero que necesitaría para vivir allí con holgura.

A Suzette se le escapó una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Te he imaginado paseando por los jardines de Aranjuez. Todos te mirarían.

Ishcate sonrió a su vez.

—¿Sabes que a un jefe tamaroa del Illinois llamado Chicago lo llevaron a Francia en 1725 y conoció al rey? Seguro que tu rey me hubiese llamado ante su presencia.

El rostro de Suzette se ensombreció al recordar cómo la habían echado los soldados del palacio y las veces que le había rogado por escrito que terminara con su destierro y le devolviera a su hijo.

—No quiero oír hablar de reyes y nobles —dijo pensando también en lo mal que se había portado con ella su cuñado Rinaldo—. Aunque mi hijo sea ahora uno. —Lo puso al día acerca de esto y de cómo el tutor de Guillermo había redactado en nombre del nuevo barón de Orlac la petición de Suzette de viajar a Nueva Orleans por motivos familiares.

—¿Cuánto tiempo podrás quedarte? —preguntó Ishcate con cierto temor a que la respuesta lo desilusionara.

—Para siempre. —Sin apartar las manos del rostro de él, Suzette apoyó la mejilla en su frente. Ishcate olía a Luisiana. Le traía

recuerdos de praderas cubiertas de flores silvestres, de vientos huracanados, de agua dulce y un sol amable—. Mis hijos siguen su propio camino. Ahora yo solo seguiré el que me dicte mi corazón.

Ishcate giró la cabeza en busca de sus labios y la besó mientras intensificaba el abrazo.

Ella respondió, aunque se apartó demasiado pronto. Era libre y estaba por fin en su tierra, pensó: pero el problema era volver a aprender a andar cuando se había acostumbrado a estar sentada. Hacía un tiempo que se sentía tan cansada que dudaba que pudiera contagiarse de la fortaleza y el vigor de Ishcate. Percibía la espléndida forma física de su cuerpo: la firmeza de sus músculos, la densidad de su largo cabello todavía oscuro, la viveza de su mirada. Por el contrario, después de un viaje tan largo, ella estaba agotada. Y era consciente de que, al igual que su alma, su cuerpo también había cambiado. Había hebras blancas en su cabello, sus formas eran más redondeadas y blandas, y su piel, casi transparente. Sin embargo, por la manera apasionada en que Ishcate la miraba y acariciaba su espalda y sus muslos, parecía que no se daba cuenta o no le importaba.

—¿Qué sucede? —le preguntó él con cierto temor al rechazo.

—Te amo y deseo demostrártelo, pero necesito un buen baño y... —Suzette lo miró directamente a los ojos y añadió con franqueza—: tiempo para acostumbrarme de nuevo al contacto físico.

Él sonrió aliviado. Se aflojó el pañuelo que llevaba anudado al cuello y dijo:

—Si algo tenemos ahora, es tiempo.

La dicha de Suzette fue aumentando los siguientes días. Daría cualquier cosa por que nada cambiara y por vivir el resto de sus días envuelta en esa sensación de paz consigo misma. Repasaba su vida y concluía que su carácter, como el de su ciudad natal, Nueva Orleans, se había visto moldeado por cataclismos políticos y naturales y por el impetuoso Misisipi, salvaje cuando lo inundaba todo y plácido la mayor parte del tiempo. A pesar de cuanto había sufrido en su vida, ahora se sentía en el momento de mayor sosiego. No pensaba en el pasado ni le preocupaba el futuro. Vivía en una burbuja, en un paraíso.

Solo quería pasar todo su tiempo con Ishcate y trazar planes a su lado.

Por primera vez protagonizaba el sueño recurrente de compartir

su vida con él. Y gozaba de cada minuto como si fuera a ser el último. Tenía cuarenta y dos años y se percibía como una jovencita que se ruborizaba cuando él le rozaba la mano o cuando se inclinaba sobre ella para susurrarle algo al oído.

El lento cortejo de Ishcate había funcionado.

Su piel dormida, obligada a la soledad, despertaba a las sensaciones olvidadas de las caricias: el vello se le erizaba, el estómago le enviaba señales de ansia, el corazón le aleteaba.

Cuando llegaba la noche y él se introducía en la cama, ella lo acogía entre sus brazos, segura de lo que quería entregar y recibir.

Se consagraba a él con la felicidad de saber que el amor por Ishcate había dado sentido a su existencia.

Una semana después de su llegada, Suzette salió por fin de la posada. Acompañada de Anne, subió al carruaje del marido de Alizée y se dirigió a la plantación Auvernia para ver a su madre, que todavía no sabía que estaba allí.

A través de la ventanilla comprobó cuánto había cambiado Nueva Orleans. Recordó que, tras el fallecimiento de Girard, otro terrible incendio había quemado más de doscientos edificios, entre ellos la casa familiar de la ciudad. Las nuevas viviendas eran ahora de ladrillo y estaban adornadas por preciosos balcones de forja, materiales más resistentes al fuego que la tradicional madera.

Salvo por la vegetación —árboles más recios y altos, arbustos más frondosos y flores más abundantes—, Auvernia era una réplica exacta del recuerdo que Suzette tenía de ella. Apreció el esmero en el mantenimiento exterior de la vivienda, señal de que a su madre no le faltaba dinero. Y añoró el bullicio de los hermanos Girard en el jardín y la voz atronadora de su padre.

La puerta estaba abierta. Aun a riesgo de que a su madre le diera algo por la sorpresa, entró directamente en el salón. Blanche conversaba al fondo con alguien.

—¿Madre? —llamó.

La mujer se dio la vuelta como naturalidad, como si hubiese oído a cualquiera de sus hijas.

—Soy Suzette.

—¿Suzette? —Blanche se levantó como impulsada por un resorte y se acercó con rapidez—. ¿Cómo es posible? —La abrazó entre lágrimas—. No decías nada en tu última carta. ¿Has venido con mis

nietos?

Suzette le hizo un breve resumen de la vida que llevaban estos y de aquello que Blanche ignoraba: el fallecimiento de su cuñado y la obtención del permiso real para viajar.

—¡Has venido sola!

—He venido con Anne.

Blanche se percató de la presencia de la mulata y la saludó brevemente con un gesto de la cabeza.

—Ahora es una mujer libre a la que considero mi amiga —explicó Suzette—. Espero que no te importe recibirla en tu casa como tal.

Blanche, desconcertada, dudó unos instantes; pero fingió superar sus reticencias a compartir tertulia con una antigua esclava. Las invitó a sentarse donde estaba el hombre.

—¡Fray Cirilo! —exclamó Suzette al reconocerlo.

—He venido a despedirme. Regreso a España. —El padre resumió lo que acababa de contarle a Blanche: a pesar de su ardua labor en esa tierra, ni el vicariato de Luisiana ni el nuevo obispado de San Cristóbal en La Habana habían sido para él, como había solicitado, por lo que había pedido a la corte que lo relevasen. Hablaba con resentimiento por la injusticia que se había cometido contra él, pero aceptaba con resignación el destino que Dios le reservara. Miró a las mujeres y se puso en pie—. Tendrán muchas cosas que contarse, así que si me disculpan...

Blanche lo acompañó a la entrada.

—¿Y mis hermanos? —le preguntó Suzette en cuanto regresó.

—Ocupados con sus trabajos y sus familias. Me visitan cuando pueden, pero resulta difícil juntarnos todos. Tendré que organizar una fiesta en tu honor...

—No te preocupes por eso ahora. —Suzette cambió de tema; no sabía cuánto tiempo se quedaría en la ciudad, y cuando su madre conociera sus intenciones se olvidaría de las celebraciones—. ¡Qué diferente he encontrado Nueva Orleans!

—Tenemos mucho que agradecer al señor Almonaster, el marido de tu amiga Marie. Gastó gran parte de su fortuna personal en la reconstrucción de la ciudad tras el último incendio y en la construcción de nuevos edificios públicos. Lástima que falleciera en abril. Pobre Marie. Sus hijas todavía son muy pequeñas. —Suspiró—.

Qué le vamos a hacer. Con la fortuna que le ha dejado su marido, no le han de faltar pretendientes.

Suzette sonrió. Además de ágil, su madre seguía siendo una mujer muy práctica.

Blanche pareció acordarse de repente de algo.

—Tengo que avisar a los criados para que se hagan cargo de vuestro equipaje y preparen algo de comer. Estaréis hambrientas después de un viaje tan largo... ¡Qué ilusión que estés aquí para hacerme compañía! Esta casa es demasiado grande para mí sola.

—Madre...

Suzette cerró un instante los ojos e inspiró hondo. Había llegado el momento de sincerarse con ella.

—Estaré en el jardín, madame. —Anne comprendió que debía dejarlas a solas.

Suzette se sentó entonces junto a Blanche y le cogió las manos.

—No he venido para quedarme sino para despedirme.

Blanche frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Me alojo en la posada de Alizée. Parto pronto hacia el norte. —Hizo una pausa—. Con Ishcate.

Blanche abrió la boca y parpadeó varias veces intentando asimilar la información. Liberó las manos del contacto de las de su hija y las mantuvo apretadas en su regazo.

—Cometes un gran error —dijo por fin muy seria—. Cuando se enteren tus hermanos... Cuando se entere la gente... Qué vergüenza para la familia.

—De momento nadie sabe que estoy aquí. Si tanto te preocupa el qué dirán, puedes guardar el secreto. A mí me da igual lo que otros piensen. He vivido demasiados años encadenada a las normas. Pasaré el resto de mis días con Ishcate, con o sin tu bendición. He venido a decírtelo porque te quiero y deseaba verte.

—Si realmente me quisieras, me evitarías este disgusto —repuso Blanche enderezando la espalda.

—Si realmente me quisieras —Suzette apoyó una mano en el brazo de su madre y le habló con dulzura y firmeza—, te alegrarías por mi felicidad.

Blanche dejó escapar un suspiro de derrota. Apareció en su mente la imagen de su añorado marido. Girard siempre había sabido de la

especial relación que unía a Suzette e Ishcate; por su parte, ella había agradecido que las circunstancias hubieran mantenido a su hija lejos de ese indio. Suzette aún podría optar a un nuevo casamiento, y más siendo ahora la madre de un barón. Pero elegía una vida incómoda con un hombre que, desde luego, estaba muy por debajo de su posición. Aunque fuera un jefe indio o un buen comerciante.

—Nada puedo prohibirte a estas alturas de la vida. Rezaré para que no te arrepientas de tu decisión.

Suzette no lo dijo en voz alta, pero al oír a su madre tuvo la certeza de que solo se arrepentiría si no lo hiciera. Nunca se había sentido tan segura como en ese instante. Junto a Ishcate, nada temía.

En cuanto regresó a la posada, en la salita que Alizée les permitía usar porque la habitación era demasiado pequeña, le contó cómo había sido el encuentro con su madre y reflexionó en voz alta acerca del padre Cirilo.

—El desencanto aumenta con el paso de los años. Creo que no debería ser así. Sabemos que en la vida surgen problemas, que la fortuna va y viene. Esa incertidumbre debería ser fuente de esperanza y no de amargura y decepción. —Extendió las manos para tomar las de él, sentado frente a ella a una mesa—. Hasta hace poco estaba sumida en la melancolía y mírame ahora: estoy aquí y he recuperado la ilusión. Mi esfuerzo por continuar adelante a pesar de todo no ha sido en vano.

Ishcate apretó las manos de Suzette.

—Cuando era joven, mi padre me dijo: «No pidas una vida fácil; pide fuerzas para soportar una vida difícil».

Suzette sonrió.

—Palabras muy apropiadas para una Girard que ha vivido varias guerras, enterrado a dos maridos y sufrido la separación de su familia y del hombre a quien ama, y el destierro en un lugar helador como es la ciudad española de Zaragoza.

—Todavía no conoces las tierras del Illinois... —la interrumpió él con la sonrisa en los labios.

—Sabes que sueño con hacerlo.

—Recorreremos todo el Misisipi. La vez anterior no pasaste del puesto de Arkansas...

Suzette recordó cómo la había rescatado del fuerte de Natchez; inspiró hondo mientras alejaba de sí la memoria de esas tres semanas

presa, que aún acudían a veces a sus pesadillas, y la inhalación le produjo un fuerte ataque de tos. Cuando se recompuso preguntó:

—¿Tienes ya los pasajes?

Ishcate asintió.

Habían acordado enviar el equipaje en barco hasta Saint Louis con Anne, que los esperaría en casa de Cécile. Suzette e Ishcate viajarían con ella hasta Arkansas, donde pasarían unos días con Sarazen y Couroway antes de continuar por tierra hasta el norte. Suzette tenía muchas ganas de conocer a los hijos del kaskaskia. Los recordaba vagamente de cuando tenían cuatro y dos años; ahora eran ya unos hombres.

Partirían en un par de días.

Solo les faltaba decidir el lugar exacto donde comprarían la vivienda con la que soñaban desde que eran jóvenes. Una casita con porche, huerto y jardín cerca de un río. Ishcate pensaba que la ciudad de Saint Louis le resultaría a Suzette más entretenida.

Pero ella tenía otra idea.

Buscó en el bolsillo de su falda y extrajo el objeto que le había servido de amuleto durante años y en su viaje por el océano. Lo había acariciado y besado innumerables veces. Se había aferrado a él soñando en el momento en que se lo devolvería a su verdadero dueño.

Una cadenita de oro con una medalla.

—Es igual a la que tenía —comentó él cuando ella se la entregó.

—Es la que yo te regalé de niña.

—No lo comprendo. Me la robaron cuando me hirieron en el ataque al fuerte de Arkansas.

—Lo sé.

Ella le dio una breve explicación de cómo había aparecido. Le desagradó tener que verbalizar lo imperdonable: que su marido había puesto precio a su cabeza y que, como en una mala broma del destino, fue precisamente un hijo de Logan Colbert, que la había secuestrado a ella, quien acudió a reclamar la recompensa. Suzette nunca llegó a saber si Sebastián cumplió su palabra y acabó pagando a quien podría haber matado a su esposa, como premio por asesinar a quien ayudó a rescatarla.

—Olvidémonos del pasado. —Ishcate se puso la cadenita al cuello y la acarició con una sonrisa—. Mi suerte ha regresado.

—Lo primero que dijiste cuando te conocí fue tu nombre: Ishcate

de Kaskaskia. Los ojos se te iluminaban al hablar de tu tierra. Viviremos en Kaskaskia.

Ishcate la miró a los ojos y, sin palabras, le transmitió su profundo agradecimiento.

—Debes saber que allí hay ahora más americanos que franceses —le advirtió cuando la emoción le permitió hablar de nuevo.

—Pues aprenderemos inglés.

55

Kaskaskia, Alta Luisiana, junio de 1800

Sentada en una banqueta de madera, Suzette arrancaba malas hierbas del huerto. Con lo que ya sabía de agricultura doméstica, la ayuda de Anne y el buen clima, ese verano la cosecha sería abundante.

Se secó el sudor de la frente y descansó un instante. Últimamente se cansaba demasiado. Ishcate bromeaba con un posible embarazo y le pedía que no realizara tareas pesadas. Cabía esa posibilidad, aunque después de dos años juntos ella creía que ya no concebiría y lo asumía con naturalidad. Sin duda, recibirían la llegada de un hijo en común con ilusión y la interpretarían como una bendición de su amor; pero no era algo que les preocupara. Vivían el uno para el otro, sin otra responsabilidad que disfrutar de la felicidad que los unía.

Deslizó la mirada por los alrededores. Adoraba la pequeña granja que habían comprado a las afueras de la población de Kaskaskia. Similar a las otras propiedades, constaba de una vivienda, varios cobertizos para los diferentes animales domésticos y algo de tierra para cultivar sus propias hortalizas. Le encantaba sobre todo dar de comer a las gallinas y a las ocas, que seguían todos sus pasos en cuanto la veían aparecer con cubos de grano y restos de comida. De la parte que les correspondía de las tierras comunales, Ishcate solo obtenía leña para la cocina y el invierno, pues la única condición que le había puesto a Suzette al comprar la granja era que él no criaría ganado. Para no estar fuera de Kaskaskia mucho tiempo, había retomado el negocio de las pieles y ya no se encargaba de los convoyes de Étienne a Nueva Orleans.

Suzette se había adaptado sin problemas a la vida en esa comunidad, acostumbrada a personas de diferentes procedencias. Se llevaba bien con sus vecinos, iba al mercado, asistía a la misa dominical y colaboraba en la organización de los encuentros festivos. Le gustaba ir de vez en cuando a Saint Louis, compartir recuerdos con

Cécile Dubois —en cuya vivienda se alojaba—, y comprar aquello que no se podía conseguir en Kaskaskia. Pero al tercer día ya tenía ganas de regresar a su hogar.

Consideraba su hogar no solo la casa que había decorado con sencillez, practicidad y armonía, sino también el territorio que era capaz de recorrer a lomos de su caballo junto al de Ishcate. La sensación de libertad que experimentaba entonces convertía su existencia en un eterno presente sin prisas, sin normas, sin decisiones, sin sufrimiento.

Con Ishcate.

Un eterno presente de amor y naturaleza.

—¿Qué harás cuando yo no esté?

Ishcate frunció el ceño.

—No me preguntes eso.

—Me gusta imaginarte en algún lugar concreto. Aquí, en nuestra casa. O en el poblado de Arkansas, con los tuyos, con tus hijos. Celebrarás sus bodas y conocerás a tus nietos.

—Es posible.

—Aunque aún eres joven y fuerte para volver a casarte... Debes hacerlo.

—¿Debo?

—Soy práctica. No quiero que estés solo. Tus hijos llevan su vida.

Ishcate la besó en la frente para desviar la atención de Suzette de esos pensamientos y para que ella no percibiera la insoportable tristeza que lo embargaba. Le ardía la piel.

No habían dado importancia a los primeros ataques de tos de Suzette, que se habían vuelto cada vez más broncos y frecuentes.

Ni al repentino cansancio.

Por fin la fiebre y el dolor en el pecho habían hecho su aparición. Después de dos semanas en cama, el calor de julio la había animado. Habían celebrado su recuperación. Pero el mal seguía anidando en su interior. La fiebre y los escalofríos habían regresado. Y la dificultad para respirar. Y la debilidad que la obligaba a pasar el tiempo en cama.

Ishcate no se separaba de ella. Deseaba aprovechar cada segundo a su lado. Se negaba a creer los pronósticos del médico. Había pedido a Anne que recorriera los puestos del mercado en busca de hierbas —tomillo, gordolobo, llantén, yemas de pino, eucalipto y regaliz— para

limpiar los pulmones. La bebida caliente apaciguaba al lobo que mordía sus entrañas, pero no terminaba con él. No podía soportar ver cómo ella se consumía. Ninguna experiencia dolorosa anterior ni ninguna de las sabias leyendas de su gente lo habían preparado para la posibilidad de perder para siempre a Suzette, que alternaba momentos cada vez más largos de sopor con ratos de lucidez en los que sentía la necesidad de hablar.

—Me acuerdo de todas las personas y lugares que he conocido —murmuró Suzette—. Pienso sobre todo en mi casa en la calle Dauphine de Nueva Orleans. Mis primeros recuerdos nítidos son de aquella niña que se despedía de Étienne Dubois. Por él te conocí. En esa casa te cuidé cuando te trajo Sarazen.

—Me salvaste y mejoraste mi francés.

—Fui mejor profesora que tú, desde luego. Poco he aprendido de la lengua de *Kaaskaaskia.* —Exageró la pronunciación, que a él siempre le resultaba tan graciosa.

—En cuanto te recuperes, seguiremos con las clases.

Suzette giró la cabeza para mirar fijamente a Ishcate.

—Si este ha de ser mi final, no tengo miedo. En la cárcel, la noche de mi boda con Belmont, te dije que solo ante la muerte descubre uno la verdad. He vivido una vida corta pero intensa. Y es ahora cuando puedo decir que he encontrado mi sitio. No era Luisiana ni México ni España. Mi sitio estaba contigo. Siempre fuiste mi río. *Ni siipiiwi.*

Suzette le dedicó una sonrisa cargada de ternura y paz, que contrastaba con la crispación en el rostro de él. Le acarició la mano.

—Todos mis asuntos están en orden, Ishcate. —Señaló la pila de cartas viejas y recientes que había en una mesita cercana y que había releído durante su enfermedad. Su madre, sus hijos y Margaux le escribían. No habían comprendido su decisión, aunque la querían y la mantenían al día—. Pero tú...

Se quedó callada unos instantes, con los ojos cerrados. En las últimas semanas había dedicado su tiempo a repasar su vida. Había llegado a un lugar alto del éxito social; había disfrutado de cierto lujo, recorrido mucho mundo y vivido experiencias solo destinadas a unas cuantas privilegiadas en una época tan convulsa; y también había conocido el sufrimiento. Y había concluido, con una embriagadora sensación de lucidez y libertad, que —ahora que el río de su vida

parecía terminar su trabajo de arrastre— afloraba su yo más puro: el que agradecía haber conocido el amor de Ishcate y la felicidad plena junto a él.

Inspiró profundamente con dificultad y abrió los ojos.

—Acércame la cajita con las flores de nácar del tocador —pidió. Cuando la tuvo en sus manos, la abrió y sacó varios objetos que él, conmovido, reconoció enseguida. Eran el collar de cuentas de colores y huesecillos, el sonajero y el pequeño *calumet* que le había regalado en diferentes ocasiones—. Han ido siempre conmigo. Quiero que los guardes tú. Nadie más conoce su significado. No quiero que los tiren.

Ishcate los aceptó. Se anudó el collar al cuello para lucirlo con la cadena y la medallita de oro y guardó en el bolsillo interior de su casaca los otros objetos.

Suzette alzó una mano en el aire y se asió al largo cabello de él.

—Nunca he querido que te lo cortes; pero ahora espero que lo entierres conmigo para que me haga compañía en mi último viaje.

—No irás a ningún sitio sin mí, *ninteehi* ...

—Vive por mí, Ishcate. No dejes que tu corazón se endurezca. Quiero que me lo prometas.

Ishcate no movió ni un músculo. También su padre le había pedido lo mismo poco antes de morir. ¿Acaso era esa una revelación que surgía ante la muerte? ¿Cómo no se iba a endurecer su corazón sin la respiración de Suzette sobre la tierra? Con las mandíbulas apretadas con fuerza, aguantó la mirada suplicante de ella.

—Anne me dijo una vez algo muy hermoso —añadió Suzette agotada—: No están muertos los que viven en los corazones que dejan atrás. Nuestra existencia perdura mientras alguien nos recuerda. Tú me has conocido de verdad. Tú me recordarás tal como fui. Viviré en ti.

Ishcate hizo un breve gesto de asentimiento con la cabeza. Algo similar le había dicho su padre en su lecho de muerte: «Mientras la tierra resista, mientras el hombre viva, mis descendientes hablarán y contarán historias sobre mí».

—*Neewe*. Gracias. Por tanto. Por todo. —Ella esbozó una débil sonrisa de satisfacción y, con voz somnolienta, le pidió—: Háblame otra vez de nuestra Luisiana, amor mío.

Él comenzó con voz grave y suave a contarle los secretos de la naturaleza que escondían los meandros del Misisipi desde las tierras

del Illinois hasta su desembocadura. Comenzó en Kaskaskia y fue descendiendo hasta Nueva Orleans, la hermosa ciudad donde se habían conocido hacía muchos años cuando ella era una niña curiosa y cariñosa a la que le costaba pronunciar bien su nombre...

Suzette se abandonó una vez más al silencio y la oscuridad, donde ocasionalmente parpadeaban, como breves destellos placenteros, imágenes en las que caminaba, siempre junto a Ishcate, por plantaciones de azúcar, tabaco y arroz; o acariciaba el borde violeta de las flores de índigo; o aspiraba el intenso aroma, dulce y fragante, de las flores blancas y enormes, como bolas de nieve, de los magnolios, y se apoyaba en mullidos cipreses cubiertos de musgo barbudo o en paredes interminables de densos bosques.

Sentía entonces un gozoso calor.

Lo sintió también ahora.

Y ya solo deseó aceptar la insistente invitación de un inmenso río sin fin, plácido y sereno, para que se sumergiera en sus aguas limosas y disfrutara de su tierno abrazo hasta que su cuerpo, ingrávido y libertado, se hiciera uno con el mar.

Aunque los indios dijeran que no había muerte, solo un cambio de mundos, Ishcate se rebeló contra la muerte.

Él quería a Suzette en su mundo terrenal.

¿Qué iba a hacer sin ella?

Arrastrarse por la tierra como un animal herido esperando la hora de su propia muerte. O terminar con su vida para viajar con Suzette a praderas más amplias. Se apartó un lado de la casaca y palpó el cuchillo que siempre llevaba consigo.

Pero le había hecho una promesa. Tendría que vivir por ella. Hablarle todos los días desde la distancia como había hecho durante tantos años de separación para que su permanente recuerdo la mantuviera tan cercana que consiguiera creerse que seguía viva. Como si eso fuera posible, después de haber podido disfrutar por fin de su compañía sin prisas y sin miedos...

—Los Dubois no tardarán en llegar —dijo Anne a sus espaldas—. Deberías asearte y cambiarte de ropa.

Enjugándose las lágrimas con un pañuelo, Anne apoyó una mano con suavidad en el hombro del indio. Había avisado a Cécile y a Étienne cuando fue consciente de que el final se acercaba para que pudieran llegar a tiempo al sepelio. Se había encargado de todos los

preparativos. Un carpintero le había tomado las medidas a su ama y clavaba las tablas del féretro en el cobertizo. Dos hombres ya habían excavado un hoyo en el cementerio del exterior de la iglesia. También ella estaba desolada por el desenlace, pero alguien debía tomar las decisiones, por desagradables que fueran.

La vida continuaba en Kaskaskia como si nada, pensó Ishcate, mientras él se sentía enloquecer de dolor. No dudaba de la sinceridad de las lágrimas de Anne, pero también ella saldría adelante: Suzette había dispuesto que se quedara en la casa de Kaskaskia, tanto si Ishcate permanecía allí como si decidía marcharse a la zona de Arkansas.

—*Šaaye, ninteehi. Šaaye, ni siipiiwi* —repitió una vez más.

«Adiós, mi corazón. Adiós, mi río.»

Tomó la mano de Suzette. Todavía estaba caliente. Se levantó de la silla y se inclinó sobre ella para besarla. Aún no había exhalado su último aliento.

Un súbito pensamiento surgió en su mente.

No permitiría que la vieran ni que la tocaran para meterla en el ataúd ni que hablaran de ella en pasado. No la dejaría sola bajo tierra. No soportaría escuchar las palabras del sacerdote en la ceremonia religiosa ni recibir el pésame de los vecinos.

—Trae mi caballo, Anne.

Ishcate se quitó su ropa europea y se enfundó un calzón largo con flecos y una camisa de ante. Sacó del armario un pañuelo y una sábana de lino con la que envolvió el cuerpo de Suzette. Con delicadeza, la cogió en brazos y salió al exterior, donde Anne esperaba instrucciones. La mujer, que sujetaba al caballo por las riendas, se sorprendió al ver al indio cargando con su ama.

—Acerca el caballo —le ordenó él.

Desde el escalón del porche, Ishcate montó en el animal y acomodó a Suzette sobre la cruz.

—Déjala morir en paz, Ishcate —dijo Anne tendiéndole no obstante las riendas, como si, en el fondo, comprendiera que la quisiera sacar de la penumbra de la casa.

Ishcate dirigió a su montura hacia el lugar donde el río Kaskaskia confluía con el Misisipi. La luz del atardecer le permitió recorrer con su mirada todos los ángulos del rostro de Suzette, cuya cabeza reposaba en su pecho. Le parecía que el sol le sonrosaba las pálidas

mejillas, que algún intento de parpadeo se adivinaba en los ojos, que los labios se entreabrían un poco más en busca de aire puro.

Desmontó en la orilla y tumbó a Suzette en el suelo. En ese lugar había jugado de niño con sus hermanos y se había purificado tras la muerte de su padre. En un cerro cercano había enterrado el cordón umbilical de su hijo. Era su río sagrado. No podía defraudarlo. Se quitó el collar indio que ella le había devuelto y se lo anudó al cuello. Humedeció entonces el pañuelo en el agua y comenzó a lavarle el rostro mientras murmuraba oraciones y cantos en su lengua. Le lavó los brazos, el pecho, la espalda y las piernas.

A lo largo de su vida había pedido fuerzas a los ríos, a las montañas, al viento y a los espíritus de sus antepasados. Necesitaba ahora la intervención de instancias superiores.

Alzó la vista al cielo y suplicó al dios cristiano y al Gran Espíritu que arrancaran a Suzette del abismo y se la devolvieran.

Kaskaskia, Alta Luisiana, finales de otoño de 1803

Ishcate se despidió de Sarazen y Couroway, que regresaban a la zona de Arkansas antes de que el frío y las primeras nevadas les dificultaran el viaje. Convertidos en dos hombres altos y fuertes, de vez en cuando aparecían por sorpresa en Kaskaskia. Le traían noticias del sur, compartían unos días de caza y pesca y se volvían a marchar.

Estar con sus hijos le traía recuerdos de cuando era un joven guerrero con grandes sueños para él y para su pueblo. Había conocido más mundo que muchos otros indios. Eso le había permitido ser testigo de sus mecanismos. Y, al igual que un niño perdía el interés cuando comprendía el misterio de un objeto o una acción, también él se alejaba cada vez más de lo que los blancos llamaban «civilización». La naturaleza era el único lugar donde su corazón no se endurecía; el único escenario donde podía cumplir sin esfuerzo la promesa que le había hecho a Suzette hacía tres años. Había dejado de trabajar directamente para Étienne —convertido en una versión más joven de Girard, obstinado en ganar más dinero y ampliar sus negocios— y vivía de lo que conseguía de la naturaleza y de algunas ventas de pieles. No añoraba su vida anterior porque había perdido la pasión que movía a los jóvenes.

Sarazen y Couroway creían que todo era nuevo; parecían ignorar

que la savia nueva recorría los mismos caminos de la vieja, que todo ya había sucedido antes, con otros nombres, aunque con intereses similares. Eran hombres como sus hijos quienes se alteraban ahora cuando discutían de cuestiones políticas. Ishcate era todavía joven y fuerte para luchar si sus hijos y su tribu se lo pedían, y la sangre kaskaskia que recorría sus venas aún se mostraba impetuosa ante ciertos asuntos, pero los frentes abiertos para los pueblos indios eran tantos que convertían la causa de defender su tierra en un imposible.

El enemigo se presentaba bajo demasiadas máscaras en las tierras de Luisiana.

Hacía pocos años habían llegado primero rumores de que unos norteamericanos de Kentucky habían forjado el plan de invadir Luisiana para convertir el oeste americano en una nación independiente; luego se había comentado que la amenaza llegaba de Tennessee para anexionar el territorio a los Estados Unidos. Decenas de familias norteamericanas habían ido poblando las grandes extensiones vírgenes del norte y del este de Luisiana, obligando a las tribus a desplazarse hacia el oeste. Los españoles habían tratado de tranquilizar a sus antiguos aliados indios asegurándoles que los oficiales de la administración hacían todo lo posible para frenar la invasión de norteamericanos, anulando los decretos de concesión de tierra gratis e incluso obligando a los hijos de los inmigrantes a ser registrados como católicos...

Sin embargo, ninguna medida había resultado efectiva.

Un futuro incierto y poco halagüeño esperaba a las siguientes generaciones indias.

Sarazen y Couroway, que habían viajado ese año a Nueva Orleans, le habían contado que la bandera que ahora ondeaba en Nueva Orleans era la estadounidense. Las predicciones del amigo de España de Suzette se habían cumplido: España se había dejado perder Luisiana. Resultaba difícil de comprender.

Decían que el rey español, Carlos IV, se la había cedido al primer cónsul francés, un tal Bonaparte, en un acuerdo secreto, a cambio de un reino en Italia, con el compromiso verbal de que si Francia quisiera desprenderse de nuevo de Luisiana, volvería a ser de España. ¡Un pequeño reino en Italia a cambio de este interminable paraíso! ¿Y qué había hecho el francés de poca palabra en cuanto tuvo ocasión? Se la había vendido a los Estados Unidos.

Sintió una suave caricia en el brazo y volvió el rostro hacia Suzette, que le dedicó una sonrisa cariñosa. Aunque de vez en cuando sufría alguna recaída del mal que afectaba a sus pulmones, vivía cada día con alegría y serenidad, como si estuviera preparada para enfrentarse y vencer de nuevo a la muerte.

—Yo también los echaré de menos —dijo ella mientras se ajustaba el chal sobre el pecho—. Ojalá se quedaran en Kaskaskia.

Ishcate la tomó de la mano y la ayudó a bajar los escalones del porche para comenzar su paseo diario hasta el río, el recorrido favorito de ambos.

—Este lugar ha cambiado mucho. Pronto no quedará nada de mi mundo.

En verano Ducoigne había firmado un tratado por el que los illinois renunciaban a sus tierras. Había entregado nueve millones y medio de arpendes —ocho millones de acres en medida anglosajona —. A cambio, se había reservado trescientos cincuenta arpendes cerca de la aldea de Kaskaskia y algo más de mil dentro de lo cedido y había aceptado un subsidio anual de mil dólares en dinero o bienes y muchas promesas de protección. Además, en una parcela, los americanos le habían construido una casa de piedra, encalada en blanco, con una galería. Tantas reuniones y visitas a los blancos le habían proporcionado a Ducoigne esa recompensa, pensaba Ishcate con ironía y cierto rencor.

—Durante generaciones —añadió— los indios hemos tomado de la tierra solo lo que hemos necesitado y la hemos dejado como la encontramos para que otros la usen. Temo que el destino de mis descendientes sea el de estar siempre en marcha hasta que los norteamericanos acaben con nuestra forma de vida.

La luz del sol otoñal realzaba el brillo de los tonos rojizos de los bosques cercanos. El agua del río Kaskaskia alardeaba ante el cielo de la perfección de las imágenes que reflejaba.

—*Niašiihkiwi* —musitó finalmente con melancolía—. Mi tierra.

Franceses y españoles habían sacado provecho de ella, pero dudaba que la hubieran amado de verdad. La habían empleado como moneda de cambio, como si fuera un fardo de pieles. Y ahora la lengua inglesa y las costumbres norteamericanas estaban barriendo la presencia francesa y española como un viento suave, pero persistente. Cada vez serían menos quienes recordasen los años franceses y

españoles de Luisiana; y muchos menos quienes hablasen la lengua india y mantuviesen vivas las costumbres de su gente.

Suzette se puso de puntillas para besarlo en la mejilla.

—Contigo he aprendido algo hermoso: la tierra no pertenece a nadie. Somos nosotros quienes le pertenecemos. Disfrutemos de ella hasta que nuestros corazones se paren.

Ishcate la estrechó entre sus brazos y la besó en los labios. Su corazón pretendía latir muchos años acompasado por el de Suzette.

—*Kila neeki niila maamawi* —le dijo él.

—Tú y yo juntos —tradujo ella en un susurro tan esperanzador como el del agua del río, perseverante, eterno, inmortal—. *Noonki neeki aayaahkami* .

«Ahora y siempre.»

NOTA DE LA AUTORA

> Se necesitan mil voces para contar una sola historia.
>
> P ROVERBIO INDIO DE TRIBU DESCONOCIDA

Miles de afluentes han alimentado al río de esta novela. Cada una de las lecturas de la bibliografía consultada ha aportado al menos una pincelada a su creación.

Los personajes principales son producto de mi imaginación. Los secundarios están inspirados en personas que existieron. Los comandantes de los fuertes, militares, gobernadores, religiosos, jefes indios y políticos aparecen con su nombre real. En cuanto al contexto histórico —vida cotidiana, costumbres, arquitectura, indumentaria, inundaciones, tormentas, epidemias e incendios, batallas, congresos y encuentros con tribus, cambios de gobiernos, rebeliones y revoluciones—, he contrastado muchos textos. En caso de desacuerdo —y me he topado con bastantes—, he elegido la opción que a mí me parecía correcta. Por cuestiones narrativas, quiero aclarar que sí que he optado por una deliberada alteración en los siguientes puntos:

Neyon de Villiers, comandante del puesto del fuerte de Chartres, aparece solo con el nombre de Neyon para no confundirlo con el comandante del puesto de Arkansas, Balthazar de Villiers, que aparece más adelante en la novela.

Jean Payen de Noyan, uno de los ejecutados por O'Reilly en la rebelión de los criollos, casado con la hija de Lafrenière, aparece solo con el nombre de Jean Payen para no confundirlo con Neyon de Villiers.

Los indios que asistieron al encuentro con el gobernador Aubry en 1765 fueron el jefe shawnee Chariot Kaské y el jefe de los illinois Levacher. En la novela unifico las palabras de ambos en boca del

ficticio Ishcate.

La epidemia en el poblado quapaw, que en la novela sucede en 1776, tuvo realmente lugar en 1777.

El capítulo 33 comienza con la marcha de los inmigrantes malagueños al asentamiento de Nueva Iberia guiados por Francisco Bouligny. El historiador Gilbert C. Din explica que a los nuevos colonos se les entregaba el utillaje, menaje, mobiliario, vestuario, animales y semillas una vez que arribaban a destino tras su viaje en barco. No obstante, preferí que fuera Suzette quien viera con sus ojos a cada familia con lo concedido y los imaginé, como en las películas, dirigiéndose en carretas a su incierto destino.

En mayo de 1784, mientras el gobernador Miró participaba en un encuentro con indios en Mobila y Pensacola, el teniente coronel Bouligny, gobernador militar en ausencia del anterior, comandó la expedición para perseguir a la banda del famoso cimarrón Saint Malo, que fue capturado y ahorcado en junio. La escena en la que Bouligny captura al ficticio Bamboula en 1781 es de mi invención.

El jefe kaskaskia Ducoigne conoció en verdad al primer gobernador del Territorio del Noroeste, Arthur St. Clair, en 1790 en la zona de Kaskaskia. Tras las derrotas de las campañas de St. Clair por los miami y shawnee, el secretario de guerra convocó un congreso de paz al que solo acudieron las tribus del Illinois y de la zona de Vincennes. Después de este encuentro, Ducoigne se reunió dos veces con George Washington en Filadelfia. En la novela inventé que Ishcate asistía a una reunión con St. Clair en Cincinnati en 1791, lugar de residencia de este. Las palabras despectivas con las que St. Clair describió a Ducoigne sí constan en una carta al secretario de guerra.

La insurrección de los esclavos de Pointe Coupée fue en 1795, no en 1794, como aparece en la novela. Al tomar parte en ella el ficticio Demba, por una cuestión de ajuste de fechas, resultaba narrativamente conveniente. Tenía que encontrarse antes en el fuerte de Placaminas con Ishcate.

Antonio Cornel era de Benasque y estuvo en las tomas de Mobila y Pensacola dirigidas por Bernardo de Gálvez. Su amistad con Sebastián —a quien socorre en batalla— y Suzette es producto de mi imaginación y un guiño a mis lectores más cercanos. Lo mismo sucede con el famoso conde de Aranda, que tuvo un papel tan importante en la actuación española cuando la independencia de Estados Unidos.

Como aragonesa, quise que, de todos los políticos de entonces, fuera él quien ayudara a Suzette.

La novela termina con la venta de Luisiana, sobre la que me gustaría ilustrar un poco más al lector.

En medio de las guerras revolucionarias francesas, España y Francia firmaron el tratado de San Ildefonso de 1796, por el que ambos Estados convenían mantener una política militar conjunta contra Gran Bretaña, que amenazaba a la flota española en sus viajes a América. La Revolución francesa terminó en noviembre de 1799 con el golpe de Estado por el que Napoleón Bonaparte asumió el poder.

En octubre de 1800, España y Francia firmaron en secreto la retrocesión de Luisiana a Francia. Con este acuerdo, Carlos IV obtenía un territorio en Italia y se libraba de un problema. Confiaba en que Francia convertiría Luisiana en territorio tapón entre España y Estados Unidos, y los territorios de Nueva España en la América del Norte no correrían peligro. Por su parte, a Napoleón le interesaba Luisiana para someter la revolución haitiana.

La delegación francesa se comprometió de palabra a que, en caso de que Francia quisiera desprenderse de Luisiana, esta solo podría ser retrocedida a España. Solo a España. A ningún otro país. Pero no quedó firmado en ningún documento...

El presidente norteamericano Jefferson supo de este acuerdo extraoficialmente en mayo de 1801. Envió instrucciones al ministro americano en Francia para que, en caso de que Luisiana ya estuviera en manos francesas, intentase comprar las Floridas y Nueva Orleans.

En 1802, por real cédula, se hizo efectiva la cesión de Luisiana a Francia y comenzó la retirada de las tropas españolas de la región.

En 1803 aumentaron las presiones norteamericanas. Estados Unidos quería a toda costa el control del Misisipi y de Nueva Orleans, mediante compra o a la fuerza: si Francia rechazaba las negociaciones para la compra de las Floridas y Nueva Orleans, se arriesgaba a una guerra con los estadounidenses. Ni España ni Francia querían un enfrentamiento con Estados Unidos. En mayo España restauró el derecho de depósito de mercancías norteamericanas en Nueva Orleans. En abril Napoleón renunció a Luisiana. Necesitaba aliados y dinero mientras se preparaba para la guerra contra Inglaterra. Para él, el nuevo imperio francés residía en Europa y Oriente Próximo, no en tierras americanas; y con Haití ya al borde de declarar la

independencia de Francia, Luisiana perdía interés estratégico para Francia.

La compra de Luisiana por Estados Unidos se firmó en abril de 1803. Dos millones de kilómetros cuadrados de posesiones en América del Norte con límites indefinidos por quince millones de dólares. Fue anunciada por Jefferson en Estados Unidos en julio y el Senado americano ratificó la compra en octubre. Las autoridades civiles locales continuaron en sus puestos tal como se habían mantenido bajo el breve mandato francés, hasta que Francia abandonó Nueva Orleans el 20 de diciembre de 1803.

Para aquellos lectores que deseen saber algo más sobre los personajes reales que aparecen en la novela, y cuyo futuro o final no se conoce en ella, ahí van unos resúmenes con algunas curiosidades:

Marie Louise de la Ronde (**Marie** en la novela): Viuda de Andrés de Almonaster en 1798, se casó de nuevo en 1804 con Silvain Victor Castillon, cónsul francés en Nueva Orleans, siete años más joven que ella. La sociedad de Nueva Orleans mostró su desaprobación con este matrimonio organizando una cacerolada. Enviudó de nuevo en 1809 y se trasladó a Francia, donde murió a los setenta y un años. De Almonaster tuvo dos hijas: Micaela (1795-1874), baronesa de Pontalba, y Andrea (1797-1802).

Marie Louise Le Sénéchal d'Auberville (**Louise** en la novela): Casada con **Francisco Bouligny** , con quien tuvo cuatro (o seis) hijos, pudo ver cómo su marido ascendía en el escalafón militar. En 1791 él era coronel, y en 1799, tras la muerte del gobernador Manuel Gayoso de Lemos, cumplió su deseo de ser gobernador de Luisiana, aunque de manera interina y por unos meses. Fue promovido al rango de brigadier del regimiento fijo en 1800, pero falleció poco antes de poder aceptar la tarea, a los sesenta y cuatro años. Louise murió en 1834, a los ochenta y cuatro años.

Antonio Ulloa: Tras ser expulsado por los criollos franceses de Luisiana, continuó con su carrera militar por aguas del Caribe. En España sufrió un consejo de guerra por no defender a una fragata del comercio de indias que fue apresada por una inglesa durante el conflicto de la independencia de las colonias americanas. Tras un largo proceso, fue declarado inocente. Estuvo al mando de la armada española hasta su muerte en 1795. Tuvo seis hijos con la joven limeña con la que se casó en Luisiana.

Alejandro O'Reilly: Tras dejar Luisiana en manos españolas, fue destinado a Argel, donde las tropas fueron derrotadas en 1775. Carlos III lo nombró capitán general de Andalucía y vivió en Cádiz. Tras el estallido de la Revolución francesa, Carlos IV asignó al general Ricardos (nacido en Barbastro) la invasión del sur de Francia y la reconquista del Rosellón. Este murió repentinamente y Carlos IV envió a O'Reilly, que tenía entonces setenta y un años. Falleció durante el viaje antes de poder hacerse cargo de las tropas.

Antonio Cornel: En 1799 Carlos IV lo nombró secretario de Estado y lo puso al frente del Ministerio de la Guerra. Se llevaba muy mal con Godoy. De hecho, este pidió a la reina María Luisa que lo vigilara de cerca y quiso que lo destituyeran, acusándolo de proporcionar, gracias a su cargo, el ascenso de su hermano a la administración general del gobierno de Aragón. Mantuvo una estrecha relación con la duquesa de Alba, que terminó con el fallecimiento de esta en 1802. Godoy consiguió su objetivo y el rey destituyó a Cornel, que se fue al cuartel de Zaragoza. Participó activamente en la defensa de Zaragoza durante el primer sitio francés. Llamado por la Junta Central, ocupó de nuevo el Ministerio de la Guerra hasta 1811. Entonces, por problemas de salud, se fue al cuartel de Mallorca y ya no participó en ninguna actividad. En 1814 se trasladó a Valencia, donde pasó los últimos años de su vida, manteniéndose en contacto con los ministros de Fernando VII y con el propio monarca. Falleció allí en 1821, a los setenta y seis años.

Fray Cirilo de Barcelona: Entre 1785 y 1789 funcionó como obispo auxiliar de Cuba, con responsabilidad exclusiva sobre Luisiana y las Floridas. Realizó una visita pastoral para dar cuenta de la nada halagüeña situación de la feligresía. No fueron buenas las relaciones con el gobernador de Nueva Orleans, de modo que abandonó el territorio norteamericano sin haber concluido la visita pastoral y se refugió en La Habana, tal vez esperando que recayera sobre él el nombramiento de obispo de la sede vacante del nuevo obispado de San Cristóbal de la Habana. Al no ser así, ante la insistencia de la corona de que regresase a Florida, aceptó trasladarse a San Agustín, pero pronto pidió a la corte que se lo relevase. En 1793 ni el vicariato de Luisiana ni el cargo de primer obispo de la nueva diócesis de Luisiana y Florida fueron para él, de modo que regresó a España sin destino alguno en 1799, aunque con pensión anual. En 1801, cuando

el obispo de Luisiana Luis Peñalver y Cárdenas —desencantado por cuanto la situación del territorio no mejoraba nada a pesar de sus propuestas y esfuerzos— renunció a su cargo, Cirilo pidió nuevo destino al rey, que tampoco le concedió esa vacante, a las puertas ya de que el territorio pasase a manos estadounidenses. Murió en febrero de 1809 en Vilanova i la Geltrú, donde fue sepultado. En su correspondencia al padre provincial de su orden en Barcelona, al obispo de Cuba, al gobernador de Luisiana y la corte, denunciando el estado moral de la comunidad de capuchinos franceses, se pueden encontrar detalles muy curiosos de la vida diaria y la situación espiritual, que él consideraba desastrosa, de la provincia.

Oliver Pollock: Después de recuperarse económicamente con la venta de materiales de construcción tras el terrible incendio de Nueva Orleans, compró parcelas en la ciudad, en las que construyó casas que vendió, y acres de tierra, y se metió también en el negocio de esclavos a lo largo del río Misisipi. Pudo así recomprar su antigua plantación Old Tunica y explotarla agrícolamente de nuevo. En mayo de 1790 había pagado a todos sus acreedores particulares, pero le faltaba devolver dinero al gobierno español. En 1791 regresó a Estados Unidos, donde vivió veintitrés años, primero en Carlisle (Pensilvania), hasta la muerte de su esposa, Margaret O'Brien, y después en Baltimore (Maryland), hasta el fallecimiento de su segunda esposa en 1819. Entonces regresó al bajo Misisipi, donde vivió, con su espíritu emprendedor intacto, hasta su fallecimiento con más de ochenta años en 1824.

George Rogers Clark: Tras la campaña sin victoria contra las tribus a lo largo del río Wabash en 1786 y las acusaciones vertidas contra él por el abuso del alcohol, su reputación se vio empañada. Pasó el resto de su vida con dificultades económicas. Para ganar dinero, en 1793 aceptó el encargo del embajador de la Francia revolucionaria de ser general de división de los Ejércitos de Francia y comandante en jefe de la Legión Revolucionaria en el río Misisipi. Un año más tarde, el presidente Washington prohibió a los estadounidenses violar la neutralidad y le revocó el cargo. Su reputación quedó todavía más dañada. Con deudas y problemas con el alcohol y sin patrimonio, se construyó una cabaña con vistas a las cataratas de Ohio, donde recibía a viajeros que querían recorrer la zona que él se conocía como la palma de su mano y donde vivió hasta

1809, cuando sufrió un derrame cerebral. Por un accidente hubo de amputársele una pierna. Se fue a vivir con su hermana. Murió de otro derrame en 1818, a los setenta y seis años.

Arthur St. Clair: Primer gobernador del Territorio del Noroeste, creado en 1787, llamó a la ciudad donde estableció su residencia Cincinnati, en honor a la Sociedad de los Cincinnati, una asociación de oficiales que habían servido al menos tres años en el ejército estadounidense y oficiales franceses de alto rango y cuyo emblema era el águila calva. El nombre provenía de Lucio Quincio Cincinato, patricio, cónsul, general y dictador romano, figura legendaria de la virtud cívica romana —rectitud, honradez e integridad—, pero contrario al tribunado de la plebe. El primer presidente de la Sociedad fue George Washington (hasta su muerte en 1799); el segundo, Alexander Hamilton, también uno de los padres fundadores de Estados Unidos. Como gobernador, St. Clair redactó las primeras leyes del nuevo territorio e intentó terminar con las reclamaciones de los indios nativos americanos sobre la tierra del Ohio y fomentar los asentamientos de los blancos. Su mayor oponente fue el jefe miami llamado **Michikinikwa** o **Pequeña Tortuga** ; junto al jefe shawnee **Weyapiersenwah** o **Chaqueta Azul** , derrotaron a St. Clair en la batalla del río Wabash, en la que fallecieron más de seiscientos soldados. St. Clair dejó el cargo militar, pero continuó como gobernador del Territorio del Noroeste hasta 1802. Recibió críticas de los habitantes, que se quejaban de que daba cargos a familiares y amigos, de que no resolvía las reclamaciones sobre la tierra o de que temporizaba con el tema de la esclavitud —prohibió la llegada de nuevos esclavos, pero no hizo nada con los que estaban, aun cuando estuviera prohibida.

El ejército de Chaqueta Azul fue derrotado por el nuevo general que sustituyó a St. Clair. El jefe indio se vio obligado a firmar un tratado en 1795 por el que cedía gran parte de las tierras del Ohio a Estados Unidos y otro en 1805. Tras Chaqueta Azul, fue Tecumseh quien lideró los últimos intentos para recuperar las tierras de los shawnee siguiendo la filosofía de su hermano Tenskwatawa, profeta del movimiento que pregonaba abandonar las costumbres y productos europeos para volver a sus territorios tradicionales, recordando los tiempos de Pontiac. Los jefes Pequeña Tortuga y Chaqueta Azul fallecieron en 1812 y 1810, respectivamente. El retirado St. Clair

murió en 1818 a los ochenta y un años.

Los quapaw: El primer mestizo quapaw-francés del que se sabe su nombre fue Saracen, hijo de un cadete que aparece ya en 1744 en el puesto de Arkansas, que se casó con una india en 1752 y que trabajó como intérprete en la década de los cincuenta. Por edad podría ser el padre del Sarazen de mi novela, que aparece en 1763 con unos doce o trece años. En la historia de los quapaw es conocido un líder llamado *Sarasin* , *Sarrasin* o *Saracen* , que se convirtió en leyenda por rescatar a dos niños blancos capturados por indios chickasaw. En la *Encyclopedia of Arkansas History and Culture* online, Joseph Patrick Key cuenta en la entrada *Sarasin* que los colonos y oficiales americanos empezaron a empujar a los quapaw fuera de sus tierras alrededor de 1820. En el tratado de 1824, los quapaw cedieron sus tierras a Estados Unidos a cambio de tierras en el noroeste de Luisiana entre los caddo de Río Rojo, una anualidad de mil dólares y una reserva de ochenta acres en el río Arkansas. Los quapaw se trasladaron con los caddo en 1826. Tras seis meses de inundaciones, malas cosechas, hambre y muerte, *Sarasin* , que había perdido a su esposa y otros familiares, rompió con el jefe Heckaton y regresó a la reserva de Arkansas en 1827. El gobierno les permitió quedarse —siempre y cuando no compraran tierras— y les concedió una parte de la anualidad prometida que *Sarasin* empleó para adquirir herramientas de agricultura y llevar a los niños a la escuela para no tener que depender de los blancos. En 1830 el gran jefe Heckaton regresó a Arkansas. Como no se les permitía comprar tierras, fueron poco a poco expulsados de sus granjas por los colonos blancos. En la *Catholic Encyclopedia* de 1913, se dice que, en 1834, los quapaw firmaron otro tratado para trasladarse a la esquina noreste de Oklahoma, donde quedaban trescientos siete en 1910. Eran los tiempos de los senderos de lágrimas; los caminos donde lloraban también indios como los choctaw en 1831 o los cherokee en 1838, desterrados al oeste por imposición de los estadounidenses. Parece ser que *Sarasin* , sin embargo, no fue a la nueva reserva, sino que lideró a trescientos quapaw de vuelta a Río Rojo y regresó a Arkansas, donde vivió hasta su muerte. En la lápida de su tumba en el cementerio de St. Joseph, en Pine Bluff, Arkansas, pone que falleció en 1832 a la edad de noventa y siete años, lo cual ubicaría su nacimiento en 1735, diecisiete años antes del matrimonio de aquel intérprete francés. Ante estas

confusiones de fechas y edades, el personaje Sarazen de mi novela es el hijo de un intérprete francés y el padre de otro Sarazen (el adoptado por Ishcate), que sería el testigo de la triste pérdida de las tierras quapaw.

Los kaskaskia: En 1803, Estados Unidos negoció un tratado en Vincennes por el que los kaskaskia renunciaron a sus tierras y recibieron dos reservas, el poblado de Kaskaskia con trescientos cincuenta acres y otra de mil doscientos ochenta acres en Jackson County. En este tratado no habían participado los peoria, por lo que en 1818 Auguste Chouteau propuso otro. Un inciso: el personaje de Étienne Dubois de la novela está basado en Auguste Chouteau. Este y su hermano Pierre mantuvieron durante años el monopolio comercial con los indios osage. Auguste tuvo cinco (o siete) hijos y murió en 1829 a los setenta y nueve años. Pierre pasó mucho tiempo con los osage, aprendiendo su idioma, cultura y costumbres. En 1804 el presidente Thomas Jefferson lo nombró agente de asuntos indios al oeste del Misisipi. Fundó la Compañía de Pieles de Misuri en 1804 junto con el comerciante español Manuel Lisa. Negoció el tratado de 1808 por el que convenció a los osage de que vendieran parte de su tierra. Murió en 1848 a los noventa años. La madre de ambos, Théresè Chouteau, ayudó a sus hijos en el control del comercio de pieles hasta su fallecimiento a los ochenta y un años en 1814.

En el nuevo tratado propuesto en 1818 por Auguste Chouteau sí firmaron los jefes peoria, además de los kaskaskia, michigamea, cahokia y tamaroa. Por parte de los kaskaskia firmaron Louis Jefferson Ducoigne (segundo hijo de Jean-Baptiste **Ducoigne** , personaje en esta novela, de nombre indio **Macouissa** , fallecido en 1811), Wawpamahwhawaw o White Wolf; Awrawmpingeaw o Whale; y Keemawassaw o Little Chief. Los kaskaskia entonces sumaban unas sesenta personas, de las cuales quince eran guerreros. En 1820 algunos kaskaskia abandonaron Illinois y otros vivieron con sus tribus familiares peoria, michigamea, cahokia y tamaroa. En 1826 había treinta y un kaskaskia: quince hombres de sangre mezclada, diez mujeres y seis niños. En 1832 aceptaron dejar Illinois y establecerse con los peoria en su reserva del oeste. Cedieron su reserva de Jackson County a Estados Unidos, pero los trescientos cincuenta acres de Kaskaskia pasaron a Ellen Kicounaisa, la hija del jefe más viejo. En marzo de 1833 solo quedaba un hombre de sangre puramente

kaskaskia de un puñado de habitantes, que se trasladaron ya definitivamente a la reserva de Kansas de los peoria.

En cuanto a los personajes inventados, he de admitir un afecto especial por Jérôme Girard, inspirado en la figura real de Gilbert Antoine de Saint Maxent. Como si fuera su *alter ego* literario, Girard tiene también grandes ambiciones, una familia numerosa, una preciosa plantación frente al lago Pontchartrain y amistad y relación comercial con el aventurero Benoît Leroux, inspirado en el verdadero Pierre Laclède, que desde su pueblo natal de Bedous, al otro lado de las montañas del Pirineo aragonés, acabó formando parte del grupo de los primeros pioneros que construyeron la ciudad de Saint Louis en la Alta Luisiana.

AGRADECIMIENTOS

A los escritores Arturo Pérez Reverte y Leandro Pérez, por proponerme en 2018 que escribiera un relato para el libro *Bajo dos banderas* , editado por Zenda, que debía versar sobre el papel de España en la independencia de Estados Unidos. Redacté el relato y terminé la novela que estaba escribiendo, pero la curiosidad me impulsó a seguir leyendo sobre aquellos años en el inmenso territorio de Luisiana. Así surgió la historia de Ishcate de Kaskaskia y Suzette de Nueva Orleans.

A mis queridos lectores, por sus mensajes de ánimo y por su paciencia. Cada novela necesita su tiempo; el proceso de escritura de esta ha sido largo. Espero que la espera haya merecido la pena.

A Carlos Español, por su búsqueda bibliográfica, que siempre aporta curiosidades que nadie más que él sabe descubrir.

A Mar Gabás, por su ayuda constante durante la preparación de esta novela y por su imprescindible trabajo para localizar los artículos relevantes de los extensos archivos de *The Journal of the Louisiana Historical Association* y clasificar el abrumador material.

A mis queridos amigos, por cuidarme y acompañarme día a día, semana a semana. Me siento afortunada de poder compartir el viaje soleado y tormentoso de la vida con ellos.

A mi madre y a mis hermanas, fuertes y bellas, por su cariño y apoyo incondicional.

A mi marido y a mis hijos, por todos esos momentos que dan sentido a la existencia.

A la gran familia del Grupo Planeta al completo y, en especial, a las editoras con las que he trabajado y compartido momentos inolvidables en los últimos diez años, por lo que me han enseñado, por su contagiosa ilusión en cada proyecto y por su afecto más allá de la relación profesional.

Cerler, mayo de 2022

BIBLIOGRAFÍA

Las fuentes históricas relativas a Luisiana son innumerables. De los cientos de páginas consultadas, proporciono al lector la bibliografía —ordenada por bloques temáticos— que he utilizado para la reconstrucción histórica de la época de la novela. *The Journal of the Louisiana Historical Association* aparece abreviado como *The Journal of the LHA* .

Sobre la Alta Luisiana, el país de los illinois, la Kaskaskia de Ishcate, Saint Louis de Misuri, el padre Meurin y los jesuitas, la familia Dubois —inspirada en la familia de los pioneros Chouteau — y otros personajes que se mueven por la zona:

St. Louis Rising : *The French Regime of Louis St. Ange de Bellerive* , de Carl J. Ekberg y Sharon K. Person, University of Illinois Press, 2015.

The World, the Flesh and the Devil: A History of Colonial St. Louis , de Patricia Cleary, University of Missouri Press, 2018.

The First Chouteaus. River Barons of Early St. Louis , de William E. Foley y Charles David Rice, University of Illinois Press, 2000.

Kaskaskia: The Lost Capital of Illinois , de David MacDonald y Raine Waters, Southern Illinois University Press, 2019.

« Banishment of the Jesuits: The Decree against the Jesuits; The History of the Banishment; The Services of the Jesuits; Their Devotion to Duty; The Auction of their property at Kaskaskia; Jean Bte. Bauvais makes a Purchase» , en el volumen X de *Collections of the Illinois State Historical Library* editado por Clarence Walworth Alvord en 1915, páginas 62-133.

«El Alto Mississippi en el último tercio del siglo XVIII : encrucijada de culturas y núcleo estratégico en la rivalidad colonial», de Gilbert C. Din, en *Norteamérica a finales del siglo XVIII : España y los Estados Unidos* , ponencias del Congreso Internacional del mismo nombre

celebrado en 2006, Sebastián Garrigues, coordinador, Fundación Consejo España-EEUU y Marcial Pons, 2008, páginas 83-98.

Lives of Fort of Chartres: Commandants, soldiers and civilians in French Illinois 1720-1770 , de David MacDonald, Southern Illinois University Press, 2016.

«Franco-Indian diplomacy in the Mississipi Valley, 1754-1763: prelude to Pontiac's uprising?», de Carl A. Brasseaux y Michael J. Leblanc, en *Journal de la Société des Américanistes* , tomo 68, 1982, páginas 59-70.

Historical Kaskasia , de August Reyling, St. Louis, Missouri, 1963. La página 31 está dedicada al padre Meurin.

Cartas de la Nueva Francia de los misioneros jesuitas, siglo XVIII , de María Eugenia Ponce Alcocer, Palabra Viajera, Universidad Iberoamericana, 2008.

Sobre la zona del puesto de Arkansas y los personajes europeos e indios que aparecen en ella:

«Reacciones diferentes ante una política similar: los indios Osages y los Quapaws ante la política comercial franco-española en la Luisiana durante el siglo XVIII », de Carmen González López-Briones, *Anales del Museo de América* , 3, 1995, páginas 119-130.

«Noticias sobre los indios Quapaws durante el siglo XVIII », de Carmen González López-Briones, en *Revista Española de Estudios Norteamericanos* , número 7, 1994, páginas 11-37.

«Quapaw Indians», entrada de James Mooney, en *The Catholic Encyclopedia* , Robert Appleton Company, 1911, volumen 12, páginas 591-593.

«François Sarazin: Interpreter at Arkansas Post during the Chickasaw Wars», de Ann Dubuisson, en *Arkansas Historical Quarterly* , volumen 71, número 3, 2012, páginas 260-261.

«The Métis People of Eighteenth-and Nineteenth-Century Arkansas», de Morris S. Arnold, en *The Journal of the LHA* , 2016, volumen 57, número 3, páginas 261-296.

A Many-Storied Place . Historic Resource Study , Theodore Catton, investigador principal, Arkansas Post National Memorial, 2017.

«The Colbert Raid», por Edwin C. Berass para el Arkansas Post Memorial, United States Department of the Interior, National Park

Service, 1974.

Sobre otros indios que aparecen en la novela:

A river of continuity, tributaires of change: the Chickasaws and the Mississippi river, 1735-1795 , tesis doctoral de Dustin J. Mack, Norman, Oklahoma, 2015.

Indian Villages of the Illinois Country: Historic Tribes , de Wayne C. Temple, Illinois State Museum, 1958, Scientific Papers, volumen II, parte 2.

Transformation of Early Nineteenth Century Chickasaw Leadership Patterns 1800-1845 , tesis doctoral de Emily Paige Smithey, University of Mississippi, 2014.

«The Problem of Indian Slavery in Spanish Louisina, 1769-1803», de Stephen Webre, en *The Journal of the LHA* , 1984, volumen 25, número 2, páginas 117-135.

«El encuentro de Punta Cortada», artículo online de Antonio Sánchez de Mora, archivero del Cuerpo Facultativo del Estado.

Discursos del jefe indio shawnee Charlot (o Chariot) Kaské al gobernador D'Abbadie en diciembre de 1764 y de este mismo jefe y el de los illinois, Levacher, en febrero de 1765 al gobernador Aubry recogidos en el volumen X de *Collections of the Illinois State Historical Library* editado por Clarence Walworth Alvord en 1915, páginas 444-454. En este mismo volumen se puede consultar el diario del gobernador D'Abbadie y la correspondencia de su sucesor Aubry y del comandante de Illinois, Bellerive, entre el periodo 1763-1765.

Sobre africanos, esclavos, cimarrones y las sublevaciones de la década de 1790:

«More than a runaway: Maroons in Louisiana», entrevista a Sylviane Diouf, del Schomburg Center for Research in Black Culture de Harlem, N. Y., WWNO, New Orleans Public Radio, podcast del 10 de diciembre de 2015.

Africans in Colonial Louisiana: The Development of Afro-Creole Culture in the Eighteenth Century , de Gwendolyn Midlo Hall, Louisiana State University Press, 1995.

Spaniards, Planters, and Slaves: The Spanish Regulation of Slavery in Louisiana, 1763-1803 , de Gilbert C. Din, Texas A&M University Press, 1999.

«The Abortive Slave Revolt at Pointe Coupée, Louisiana, 1795», de Jack D. L. Holmes, en *The Journal of the LHA* , 1970, volumen 11, número 4, páginas 341-362.

«Carondelet, the Cabildo, and Slaves: Louisiana in 1795», de Gilbert C. Din en *The Journal of the LHA* , 1997, volumen 38, número 1, páginas 5-28.

«Free Persons of Color in Colonial Louisiana», de Donald E. Everett, en *The Journal of the LHA* , 1966, volumen 7, número 1, páginas 21-50.

«Cimarrones and the San Malo Band in Spanish Louisiana», de Gilbert C. Din, en *The Journal of the LHA* , 1980, volumen 21, número 3, páginas 237-262.

«Conflicting Loyalties: The French Revolution and Free People of Color in Spanish New Orleans», de Kimberly Hanger, en *The Journal of the LHA* , 1993, volumen 34, número 1, páginas 5-33.

Sobre la toma de posesión de la provincia de Luisiana por parte de España y la rebelión de los criollos:

«An account of Governor Alejandro O'Reilly's voyage from Havana to New Orleans in july 1769», traducido al inglés por David Ker Texada y Fernando Faraldo, en *The Journal of the LHA* , 1969, volumen 10, número 4, páginas 370-375.

«Ties that bind: The family, social, and business associations of the Insurrectionists of 1768», de Emily Leumas, en *The Journal of the LHA* , 2006, volumen 47, número 2, páginas 183-202.

«Traducción del diario de los sucesos de la Luisiana, noviembre de 1768 a marzo de 1769», incluida en la «Certificación del intendente de Nueva Orleans, don Esteban Gayarre, de lo acaecido en la sublevación de los franceses» (Nueva Orleans, 30 de octubre de 1768. Archivo Histórico Nacional, legajo 3.889-c); «Relación diaria, verídica, y circunstanciada de todos los acaecimientos habidos en la colonia de la Luisiana y ciudad del Nuevo Orleans, desde el 1.º de noviembre de 1768 que salió de ella su gobernador y capitán general D. Antonio de Ulloa, hasta 20 de abril de 1769

que salió la fragata de mi mando nombrada el Bolante», del capitán Josef Melchor de Acosta; «Relación de cómo D. Alejandro O'Reilly pacificó la ciudad de Nueva Orleans (30 de agosto de 1769)»; «Carta de D. Alejandro O'Reilly a D. Julián de Arriaga dándole cuenta de su viaje a Nueva Orleans y de lo que había hecho en esta ciudad (31 de agosto de 1769)». Todos estos textos en *Documentos históricos de la Florida y la Luisiana, siglos XVI al XVIII* , de Serrano y Sanz, en Biblioteca de los Americanistas, 1912, páginas 272-312.

«Confusion, Conflict, and Currency: An Introduction to the Rebellion of 1768?», de Carl A. Brasseaux, en *The Journal of the LHA* , 1977, volumen 18, número 2, páginas 161-169.

«Eyewitness History: O'Reilly's Arrival in Louisiana», por R. E. Chandler, en *The Journal of the LHA* , 1979, volumen 20, número 3 páginas 317-324.

«O'Reilly and the Rebels: Report to Arriaga», de Richard E. Chandler, en *The Journal of the LHA* , 1982, volumen 23, número 1, páginas 48-59.

«The German Involvement in the Rebellion of 1768», de Reinhart Kondert, en *The Journal of the LHA* , 1985, volumen 26, número 4, páginas 385-397.

«Ulloa's Account of the 1768 Revolt», por R. E. Chandler, en *The Journal of the LHA* , 1986, volumen 27, número 4, páginas 407-437.

«Antonio de Ulloa: A Profile of the First Spanish Governor of Louisiana», de John Preston, en *The Journal of the LHA* , 1967, volumen 8, número 3, páginas 189-218.

Sobre las familias criollas de Nueva Orleans en las que encontré inspiración para Suzette Girard, su familia, sus amistades y sus viajes:

Romantic New Orleans , de Deirdre Stanforth, Pelican Publishing Company, 1986.

«*Cherchez les Femmes* : Some Glimpses of Women in Early Eighteenth-Century Louisiana», de Vaughan B. Baker, en *The Journal of the LHA* , 1990, volumen 31, número 1, páginas 21-37.

«La mujer y la vida familiar en Nueva Orleans (1763-1803)», de

Inmaculada Martínez y Gálvez, en *Actas del XIII Coloquio de Historia Canario-Americana; VIII Congreso Internacional de Historia de América* , Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2000, páginas 1380-1394.

«Las mujeres en la cultura de la ilustración», de Mónica Bolufer Peruga, en *Ilustración, ciencia y técnica en el siglo XVIII* , Enrique Martínez Ruiz y Magdalena de Pazzis Pi Corrales, editores, Servicio de Publicaciones Universidad de Valencia, 2008, páginas 209-232.

La vida social en la Nueva España , de Manuel Romero de Terreros, México, Editorial Porrúa, 1944.

«La bella criolla Felicitas de Saint Maxent», de Eric Beerman, en *Norteamérica a finales del siglo XVIII : España y los Estados Unidos* , ponencias del Congreso Internacional del mismo nombre celebrado en 2006, Sebastián Garrigues, coordinador, Fundación Consejo España-EEUU y Marcial Pons, 2008, páginas 281-296.

«Governor Bernardo de Galvez's New Orleans Belle: Felicitas de St. Maxent», de Eric Beerman, en *Revista Española de Estudios Norteamericanos* , número 7, 1994, páginas 39-43.

«Un patricio colonial: Gilberto de Saint-Maxent, teniente gobernador de Luisiana», de Ramón Ezquerra Abadía, en *Revista de Indias* , 1950, volumen X, número 39, páginas 97-170.

Gilbert Antoine de St. Maxent, the Spanish-Frenchman of New Orleans , de James Julius Coleman Jr., Pelican of New Orleans, 1968.

México Viejo , de Luis González Obregón, México, Librería de la Viuda de Bouret, 1900, especialmente capítulos XXI («El Fasto Colonial», páginas 195-199) y LV («Los Bautizos Virreinales», páginas 533-538).

Sobre el papel de España en la independencia de Estados Unidos:

Hermanos de armas: la intervención de España y Francia que salvó la independencia de Estados Unidos , de Larrie D. Ferreiro, Desperta Ferro Ediciones, 2019 (2016).

España ante la Independencia de los Estados Unidos , de Juan F. Yela Utrilla, Ediciones Istmo, 1988 (1925).

Norteamérica a finales del siglo XVIII : España y los Estados Unidos , ponencias del Congreso Internacional del mismo nombre, Sebastián

Garrigues, coordinador de la edición, Fundación Consejo España-EEUU y Marcial Pons, 2008.

Bernardo de Gálvez: Spanish Hero of the American Revolution , de Gonzalo M. Quintero Saravia, The University of North Carolina Press, 2018, publicado en español en 2021 por Alianza Editorial.

Bernardo de Gálvez, héroe recuperado , de Manuel Olmedo y Francisco Cabrera, Asociación Cultural Bernardo de Gálvez y Gallardo, Conde de Gálvez, 2016.

Bernardo de Gálvez: de la apachería a la independencia , de Carlos Canales Torres y Miguel del Rey Vicente, Edaf, 2015.

«Bernardo de Gálvez y la ayuda española de los Estados Unidos», de Eric Beerman, en *Péndulo: Revista de Ingeniería y Humanidades* , 2007, número XVIII, páginas 216-239.

«El diario de Bernardo de Gálvez en la batalla de Mobila (1780)», de Eric Beerman, en *Cuadernos de Investigación Histórica* , publicación del seminario «Cisneros» de la Fundación Universitaria Española, 1990, número 13, páginas 125-144.

The Spanish in New Orleans and Louisiana , de José Montero de Pedro, Pelican Publishing Co, 2000 (1979).

Synopsis of history of Louisiana. From the founding of the Colony to the end of the year 1791 , de Guy Soniat du Fossat (Louisiana Historical Society, 1906). Guy de Soniat, nacido en el sur de Francia, fue militar en Luisiana y designado alcalde de Nueva Orleans por el gobernador Luis de Unzaga en 1775. Su hijo François Guy de Soniat du Fossat heredó el Chateau de Fossat y el título de barón. Con motivo de la visita a la exposición de París de 1900, un descendiente, Charles T. Soniat, viajó al Chateau invitado por el propietario de entonces y allí descubrió el texto de su antepasado el alcalde y lo tradujo al inglés.

«El intervencionismo de la Corona de España en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica y las campañas de Gálvez», por Guillermo Calleja Leal, en la revista *La Coronelía, Guardas del Rey* , número 6, octubre de 2003, páginas 12-50.

«Noticias de América», en *Mercurio Histórico y Político* , Madrid, Imprenta Real de *La Gazeta* , enero de 1780, páginas 96-107.

«El círculo de los Gálvez: formación y ocaso de una élite de poder indiana», por Manuel Hernández González, en CATHARUM, *Revista*

de Ciencias Sociales y Humanidades del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, número14, 2015, páginas 43-58.

«El Galveztown», de Manuel Olmedo Checa, en *Péndulo: Revista de Ingeniería y Humanidades* , número XX, 2009, páginas 200-228.

El que tenga valor que me siga , novela de Sebastián Garrigues, La esfera de los libros, 2016.

España contraataca: Bernardo de Gálvez: «Yo solo». La derrota del imperio inglés en Norteamérica , novela de Pablo Victoria, Kindle, 2014.

Sobre otros personajes:

El gobernador Luis de Unzaga (1717-1793). Precursor en el nacimiento de los EE.UU. y en el liberalismo , de Francisco José Cazorla Granados, Rosa María García Baena y José David Polo Rubio, edición coordinada por Frank Cazorla, Fundación Málaga, 2019.

«In Defense of Crown and Colony: Luis de Unzaga and Spanish Louisiana», de Julia Frederick, en *The Journal of the LHA* , 2008, volumen 49, número 4, páginas 389-422.

«La era Miralles: el momento de los agentes secretos», de Vicente Ribes-Iborra, en *Norteamérica a finales del siglo XVIII : España y los Estados Unidos* , ponencias del Congreso Internacional del mismo nombre celebrado en 2006, Sebastián Garrigues, coordinador, Fundación Consejo España-EEUU y Marcial Pons, 2008, páginas 143-169.

«The Bouligny Affair in Louisiana», por J. Horace Nunemaker, en *The Hispanic American Historical Review* , volumen 25, número 3, agosto de 1945, páginas 229-363.

Comerciantes extranjeros en Alicante (1700-1750): hombres de negocios franceses y genoveses en una ciudad mediterránea , tesis doctoral de Vicente Seguí Roma, Universidad de Alicante, 2012, páginas dedicadas a Bouligny 111-120.

«Oliver Pollock's Plantations: An Early Anglo Landowner on the Lower Mississippi, 1769- 1824», de Light T. Cummins, en *The Journal of the LHA* , 1988, volumen 29, número 1, páginas 35-48.

« Problemas eclesiásticos de la Luisiana tras su cesión a España», de José A. Armillas Vicente, en *Hispania Sacra* , col. 53, número 107, 2001, páginas 311-326.

«El ministerio pastoral de D. Luis Peñalver y Cárdenas, primer obispo

de la Luisiana (1793-1801)», por José A. Armillas Vicente, de la Universidad de Zaragoza, en *Iglesia y Sociedad en el Antiguo Régimen* , de Enrique Martínez Ruiz y Vicente Suárez Grimón, editores, actas de la III Reunión Científica Española de Historia Moderna, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 1994, volumen I, páginas 93-109.

«Organización eclesiástica de la Luisiana española: el Vicariato», de José Antonio Armillas Vicente, en *Homenaje a Alberto de la Hera* , coordinado por José Luis Soberanes Fernández, Rosa María Martínez de Codes y Alberto de la Hera Pérez-Cuesta, 2008, páginas 21-56.

«El Conde de Aranda, embajador y político», de José A. Ferrer Benimeli, en *El Conde de Aranda* , catálogo de la exposición sobre su figura, Zaragoza, 1998, páginas 75-83.

«Destierro y prisión del Conde de Aranda», de Marcelino Tobajas López, en *El Conde de Aranda* , catálogo de la exposición sobre su figura, Zaragoza, 1998, páginas 85-97.

«El conde de Aranda y la tertulia madrileña (1788-90) de la viuda de Bernardo de Gálvez», de Eric Beerman, en *El conde de Aranda y su tiempo* , Actas del Congreso Internacional celebrado en Zaragoza del 1 al 5 de diciembre de 1998, José A. Ferrer Benimeli, director, y Esteban Sarasa y Eliseo Serrano, Institución Fernando el Católico, 2000, páginas 349-363.

Antonio Cornel y Ferraz. Ilustrado, militar y político , de Javier Tambo Moros y Alfredo J. Martínez Tirao, 2010.

Sobre la inmigración de habitantes de las islas Canarias y Málaga a Luisiana que se establecieron en los nuevos asentamientos de Valenzuela, Galveztown, Barataria, San Bernardo y Nueva Iberia desde 1779:

«Canarian Immigration to America: The Civil-Military Expedition to Louisiana of 1777- 1779», de Pablo Tornero Tinajero, traducido y editado al inglés por Paul E. Hoffman, en *The Journal of the LHA* , 1980, volumen 21, número 4, páginas 377-386.

«The Canary Islander Settlements of Spanish Louisiana: An Overview», de Gilbert C. Din, en *The Journal of the LHA* , 1986, volumen 27, número 4, páginas 353-373.

«Lieutenant Colonel Francisco Bouligny and the Malagueño Settlement at New Iberia, 1779», de Gilbert C. Din, en *The Journal of the LHA* , 1976, volumen 17, número 2, páginas 187-202.

«Overview of the Consumption of Food and Goods by Isleño Inmigrants to Louisiana, de Antonio Acosta Rodríguez, traducido y editado al inglés por Paul E. Hoffman, en *The Journal of the LHA* , 1981, volumen 22, número 3, páginas 299-306.

Varios textos útiles para la ambientación o cuestiones muy puntuales:

«Earliest Extant Issue of the Moniteur De La Louisiane », de Jack D. L. Holmes, en *The Journal of the LHA* , 1966, volumen 7, número 2, páginas 133-151.

«Proposals and Plans for Colonization in Spanish Louisiana, 1787-1790», de Gilbert C. Din, en *The Journal of the LHA* , 1970, volumen 11, número 3, páginas 197-213.

«An Adventurous Voyage to French Colonial Louisiana; The Narrative of Mother Tranchepain, 1727», por Marion Ware, en *The Journal of the LHA* , 1960, volumen 1, número 3, páginas 212-229.

«Impact of Epidemic Yellow Fever on Life in Louisiana», de Jo Ann Carrigan, en *The Journal of the LHA* , 1963, volumen 4, número 1, páginas 5-34.

«The Germans in Louisiana in the Eighteenth Century», por René Le Conte y Glenn R. Conrad, en *The Journal of the LHA* , 1967, volumen 8, número 1, páginas 67-84.

«The Role of Congress in the Acquisition of the Louisiana Territory», de David A. Carson, en *The Journal of the LHA* , 1985, volumen 26, número 4, páginas 369-383.

«Empires Too Far: The Demographic Limitations of Three Imperial Powers in the Eighteenth-Century Mississippi Valley», de Gilbert C. Din en *The Journal of the LHA* , 2009, volumen 50, número 3.

«Tripulantes de inferior categoría: llovidos y desvalidos, siglo XVIII », de Ángeles Flores Moscoso, en *Andalucía y América en el siglo XVIII* , actas de las IV Jornadas de Andalucía y América, Universidad de Santa María de la Rábida, 1985, volumen 1, páginas 251-270.

Miami-Illinois Language, de David J. Costa, University of Nebraska Press, 2002.

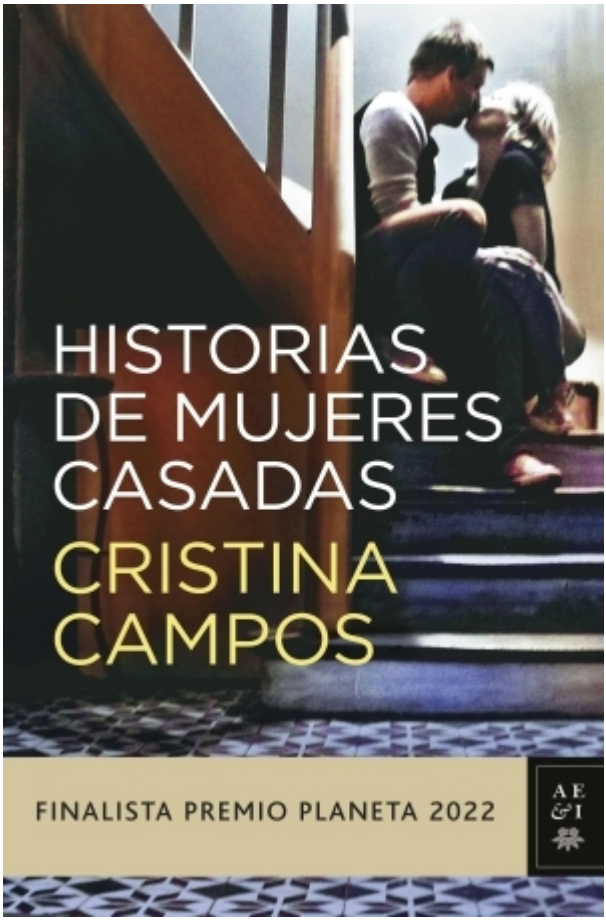
ILDA: Indigenous Languages Digital Archive en https://mc.miamioh.edu/ilda-myaamia/dictionary .

Quapaw Language en https://www.quapawtribe.com , página oficial de Quapaw Nation.

Lejos de Luisiana
Luz Gabás
No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Diseño de la cubierta, LookatCia
Imagen de la cubierta, © G. Dagli Orti, © Museo Nacional Thyssen-Bornemisza, Madrid / Album y © John James Audubon /Rawpixel
© Luz Gabás, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26585-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!



Historias de mujeres casadas

Campos, Cristina
9788408265863
464 Páginas

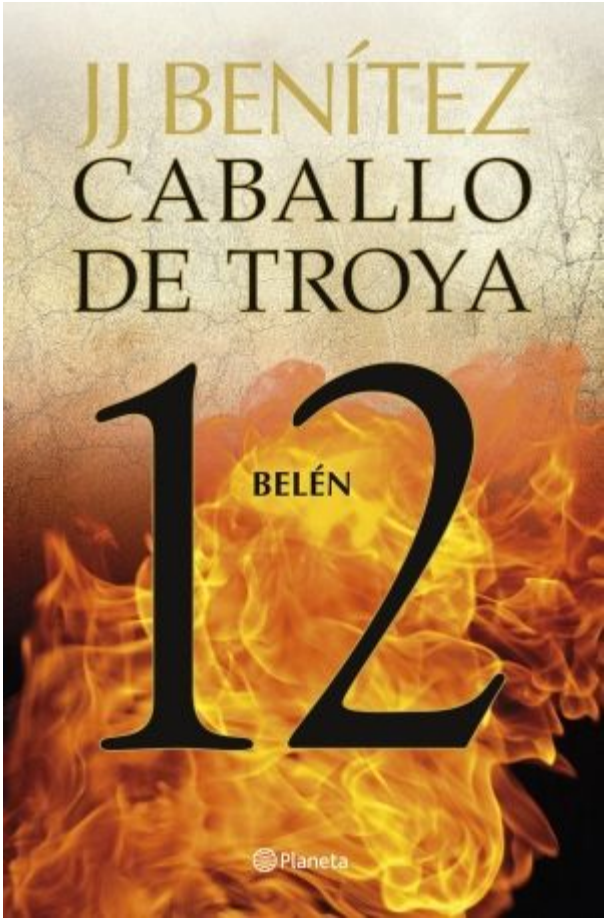
Cómpralo y empieza a leer

Maridos, amantes y amigas van y vienen, pero el amor, el verdadero amor, permanece para siempre.
Una novela sincera y actual sobre el matrimonio, la amistad, el deseo y el amor.

Gabriela es una mujer casada con un hombre al que quiere. Al que adora. Un hombre que le mendiga sexo una vez al mes. Y Gabriela, porque le quiere, porque adora a su marido, sin desearlo, se lo concede. Pero cada mañana, Gabriela se cruza con un desconocido, un hombre al que, incomprensiblemente, desea.
Gabriela es periodista y trabaja junto a sus compañeras de redacción, Silvia y Cósima, mujeres con las que ha forjado una preciosa y sólida amistad. Como Gabriela, también ellas esconden pequeños secretos a sus maridos.
Historias de mujeres casadas **es una poderosa novela que ahonda en la intimidad femenina y narra con naturalidad la realidad de muchas mujeres contemporáneas atrapadas en unas vidas que nunca imaginaron.**

Cristina Campos, finalista del Premio Planeta 2022, triunfó entre los lectores con su primera novela, ***Pan de limón con semillas de amapola*** **. Esta acabó convirtiéndose en un** ***longseller*** **desde su publicación en 2016, se ha traducido a diez idiomas y su adaptación cinematográfica ha logrado un gran éxito de público.**

Cómpralo y empieza a leer



Belén. Caballo de Troya 12

Benítez, J. J.
9788408264736
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Caná. Caballo de Troya 9 fue publicado en 2011, pero estaba incompleto. Por razones técnicas, algunas de las páginas del diario del mayor de la USAF fueron retiradas por la editorial. Ahora son publicadas en su absoluta totalidad.

Durante seis meses —entre abril y octubre del año 27 de nuestra era— Jesús se vio obligado a huir para no ser capturado por el Sanedrín; huyó sin cesar. *Belén* es un libro que descubre por qué Jesús no pudo ser un esenio, así como un repaso por las principales sectas judías: fariseos, saduceos, escribas, cenotas, esenios, nazirs… Los prodigios de Jesús que nunca fueron relatados. ¿Qué sucedió durante ese tiempo? No se lo pierda… Le sorprenderá y emocionará: pasajes desconocidos de la vida del Maestro.

Con *Belén,* J. J. Benítez termina la serie *Caballo de Troya.* Una aventura literaria que empezó en 1984 con la publicación del primer volumen

Cómpralo y empieza a leer

La chica del Zodiaco. Segunda parte

Izquierdo, Andrea
9788408265993
352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El chico acuario es independiente y natural
El chico piscis es sensible y espiritual
El chico aries es enérgico e impulsivo
El chico tauro es estable y sensual
ANNA YA NO ES LA MISMA

Lleva ya un tercio de su experimento del Zodiaco y ha aprendido más sobre ella misma que sobre los hombres que ha conocido. Sin embargo, los recientes sucesos familiares han dado un giro vertiginoso a su vida.

ANNA TIENE EL CORAZÓN ROTO

El amor no se puede controlar y ha llegado para poner a prueba el experimento. Pero en una ciudad como Los Ángeles nada es lo que parece, y las mentiras se pueden ocultar tras una buena actuación.

ANNA VA A LUCHAR

No puede rendirse ahora. Tras un intenso desengaño amoroso, tiene que recomponerse y encontrar su propio camino. Aunque, durante todo el experimento, siempre haya una persona poniendo su corazón patas arriba y tentándola a romper las reglas.

¿Conseguirá Anna encontrar su *match* o está cada vez más lejos de lograrlo?

Cómpralo y empieza a leer

12 reglas para vivir

Peterson, Jordan B.

9788408200314

512 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Cuáles son las reglas esenciales para vivir que todos deberíamos conocer? Regla n.° 1: mantente erguido con los hombros hacia atrás…, como las langostas; regla n.° 8: di la verdad, o por lo menos no mientas; regla n.° 11: no molestes a los niños cuando montan en monopatín; regla n.° 12: cuando te encuentres un gato por la calle, acarícialo.

Jordan Peterson, «el pensador más polémico e influyente de nuestro tiempo», según el Spectator, nos propone un apasionante viaje por la historia de las ideas y de la ciencia —desde las tradiciones antiguas a los últimos descubrimientos científicos— para tratar de responder a una pregunta esencial: qué información básica necesitamos para vivir en plenitud.
Con humor, amenidad y espíritu divulgativo, Peterson recorre países, tiempos y culturas al mismo tiempo que reflexiona sobre conceptos como la aventura, la disciplina y la responsabilidad.
Todo con el fin de desgranar el saber humano en doce hondas y prácticas reglas para la vida que rompen radicalmente con los lugares comunes de la corrección política.

Cómpralo y empieza a leer

Las recetas de Julie

Andrieu, Julie

9788408266228

352 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿El boniato? Cuando se carameliza queda sublime.

¿El arroz? Cocinado a la manera iraní es una verdadera delicia...

¿El pollo? ¡Cuando se prepara con cerveza, adquiere un perfume maravilloso!

Julie Andrieu, creadora y presentadora de *Las recetas de Julie,* revela

sus secretos para sacar el máximo partido de los productos que todos tenemos en nuestra nevera mediante 150 recetas imprescindibles, para el día a día, así como para momentos más excepcionales. ¿El compromiso de Julie? Recetas universales, fáciles de cocinar, que ponen en valor las verduras de la huerta y los ingredientes de proximidad.

¡La referencia de la cocina cotidiana que no te puedes perder!

Cómpralo y empieza a leer